



**El cielo está  
envuelto  
*en cadenas***

Pamela Díaz

  
**Círculo  
Rojo**  
Editorial



El cielo está  
envuelto  
*en cadenas*

Pamela Díaz



Editorial Círculo Rojo

[www.editorialcircularojo.com](http://www.editorialcircularojo.com)



**EL CIELO ESTÁ**

**ENVUELTO EN CADENAS**

**Créditos**

© Derechos de edición reservados.

Edición: Editorial Círculo Rojo.

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Colección Novela

© Pamela Díaz

Fotografía de cubierta: © Shutterstock

Diseño de portada: © Isabel Sánchez

Ajuste a formato EPUB: Javier Salvador López

ISBN: 978-84-9160-038-1

Prohibida la reproducción total o parcial sin el consentimiento expreso de éstos.

A ti, por leer estas páginas.

A ella, por estar siempre a mi lado.

A ellos, por contarme su historia.

Antes de embarcarte en un viaje de venganza,

cava dos tumbas.

Confucio.

**ÍNDICE**

**[Créditos](#)**

**[NOTA DE LA AUTORA](#)**

**[Prólogo](#)**

**[Capítulo 1](#)**

**[Capítulo 2](#)**

**[Capítulo 3](#)**

**[Capítulo 4](#)**

**[Capítulo 5](#)**

**[Capítulo 6](#)**

**[Capítulo 7](#)**

**[Capítulo 8](#)**

**[Capítulo 9](#)**

**[Capítulo 10](#)**

**[Capítulo 11](#)**

**[Capítulo 12](#)**

**[Capítulo 13](#)**

**[Capítulo 14](#)**

**[Capítulo 15](#)**

**[Capítulo 16](#)**

**[Capítulo 17](#)**

**[Capítulo 18](#)**

**[Capítulo 19](#)**

**[Capítulo 20](#)**

**[Capítulo 21](#)**

**[Capítulo 22](#)**

**[Capítulo 23](#)**

**[Capítulo 24](#)**

**[Capítulo 25](#)**

**[Capítulo 26](#)**

## **Capítulo 27**

## **Capítulo 28**

## **Epílogo**

## **Agradecimientos**

## **SOBRE LA AUTORA**

### **NOTA DE LA AUTORA**

Algunos de los escenarios y sucesos citados en la obra son reales. Sin embargo, me he tomado la libertad de modificar e inventar ciertos detalles durante la escritura de la novela. Todos los personajes y los nombres de estos son completamente ficticios y cualquier parecido a la realidad es pura coincidencia.

### **Prólogo**

*Domingo, 15 de abril de 2001*

*Rainier Valley, Seattle.*

La culata del revólver se me incrustaba en la piel. La espalda me ardía en carne viva, como si me estuvieran azotando con fustas fabricadas con fuego del infierno. Frené en seco cuando el semáforo cambió a color rojo y, de manera automática, mi mente evocó la imagen de Peter Romero desplomado como un guiñapo en un charco de sangre. Los labios se me curvaron en una sonrisa mientras por los altavoces retumbaba a todo volumen una canción, que hablaba sobre que había un asesino en la carretera.

Qué ingenuo había sido Peter.

¿En qué cojones había estado pensando cuando me abrió las puertas de su casa? No es que él no

me conociera. Nos conocíamos a la perfección y por eso mismo no debería haberme recibido con los brazos abiertos tras haber sido amonestado dos veces. Joder. Aquello era de cajón. De pura lógica. Si el jefe te da un aviso, paga el dinero que le debes; si te da dos, entonces echa a correr como una furcia sin bragas. Pero, en todo caso, no le hubiera servido de nada huir como un conejito salvaje, porque tarde o temprano yo le habría encontrado.

Yo siempre encontraba a mi presa.

Apenas Peter se asomó a la entrada, me interné en su vivienda sin dirigirle ni media palabra, así que él adivinó que mi visita no era de cortesía. Tuvo suerte de que nos viéramos interrumpidos por Evelyn, su hijita mimada, cuando apareció saludándome con una sonrisa audaz. Peter, como buen anfitrión, nos presentó con voz trémula, pero enseguida, como buen padre o al menos esmerándose por serlo, le pidió que se marchara. Aquello era una reunión de hombres, y una señorita cándida como ella debería estar en misa a esas horas.

Ese tío era tan gilipollas que no sospechaba que Evelyn y yo nos conocíamos desde hacía semanas, cuando una noche coincidimos en un garito de mala muerte. La joven de dieciocho añitos, de aire virginal

y una mirada inocente que embaucaba a cualquiera, se me insinuó en la barra del bar, contoneándose delante de mí en busca de un poco de diversión. Para ser sincero, no me solían atraer las jovencitas. Lo que a mí me gustaban eran las mujeres con recorrido, que supieran mamarla de puta madre y no se quejaran cuando quisieras metérselas por el culo. Pero mandé mis gustos a tomar por saco cuando la niña no paró de restregar su trasero contra mi abultada bragueta. Follamos de pie en el cuarto de baño, como dos descosidos.

¿Quién podría haberse negado a semejante tentación?

Evelyn era joven pero experta, con unas tetas exuberantes y un culito respingón que invitaba a hacer locuras, además de un coñito prieto que enloquecería hasta al más santo.

El semáforo se iluminó en verde. Pisé el pedal del acelerador y los neumáticos chirriaron contra el asfalto. En mi mundo los negocios funcionaban de un modo bastante jodido y había una norma fundamental a seguir: nunca le des la espalda a quien te da de comer. O mejor dicho nunca cagues donde comes. Pero el miserable de Peter Romero había hecho exactamente eso: había cagado donde

no debía hacerlo. Como consecuencia, su cuerpo reposaba en la descolorida moqueta de su casa, con un agujero entre ceja y ceja.

Llegué a mi destino tras dejar unas cuantas manzanas atrás. El hogar de John, mi hermano, era diminuto pero acogedor, amueblado con mobiliario barato pero eficiente, situado en el barrio Rainier Valley. Hacía más de una semana que no le había visto el pescuezo y aunque eso ocurría más que de vez en cuando, las últimas conversaciones que intercambié con nuestro jefe me habían inquietado sobremanera.

Apagué el motor, acomodé el revólver en la parte trasera de mis vaqueros y salí a la calle. La húmeda brisa me atizó la cara, pero en cuanto achiqué los ojos hacia la casa color verde musgo que se erguía ante mí, una sensación de alarma me puso los vellos de punta. Algo andaba mal. Olía a putrefacción. Olía a muerte.

El corazón empezó a bombearme con fuerza. Empuñé la pistola, prescindí del seguro y troté con

suma precaución hasta la entrada. La puerta principal estaba entreabierta, pero la cerradura no parecía haber sido forzada. Agucé el oído, empujé despacio la tabla de madera y eché un vistazo adentro. De súbito, se me revolvió el estómago. La bilis acudió a mi garganta, bañando mi lengua con el sabor nauseabundo del vómito al ver que lo que inconscientemente había temido se acababa de confirmar.

Corrí hacia el vestíbulo. El oxígeno abandonó mis pulmones cuando me arrodillé en el suelo y situé la cabeza de John sobre mis muslos. Sus mejillas habían perdido el color natural que tienen los vivos. Con congoja y respirando con agitación, palpé su pecho. Quise gritar cuando noté que su camiseta estaba cubierta de sangre.

Alguien lo había matado a balazos.

Y yo sabía quién era el culpable.

Observé mis manos ensangrentadas a la vez que un escalofrío circulaba por mis vísceras. En un intento por mantener a raya la ira apreté los párpados, pero la cólera avivó mis furiosos sentidos. La

violencia que encendía mis venas me estaba desgarrando, como si un ente demoníaco estuviera triturando mis órganos. Permanecí así durante varios segundos, estremeciéndome con poderío, hasta que el sonido de unas pisadas me sacó de la niebla que me había envuelto como un tornado.

Entorné los ojos y me puse de pie.

Un tío grandote, de pelo corto color rubio canario, salió canturreando de la cocina con una birra en la mano. Pero no me detuve a averiguar quién era ese cabrón.

Levanté el arma y disparé.

La tapa de sus jodidos sesos voló por los aires.

Trémulo, me aproximé a él y me bastó un instante para reconocerlo. El muy capullo había ingresado en la pandilla hacía pocos meses. Se llamaba Paul Sanders. Era un joven hispano, de ascendencia americana. Una joya en bruto, según la opinión de nuestro jefe. Paul aún no tenía nuestros símbolos en la piel, lo que significaba que la vida de John era la prueba de lealtad que tarde o temprano nos exigían a todos.

Y mi pellejo estaba incluido en el pack.

—¡Hijo de perra! —mascullé y le escupí en la cara, seguido de una enérgica patada en los huevos.

El pecho me subía y me bajaba con agonía. La necesidad de cobrarle lo que me habían arrebatado se intensificó sumiéndome en un abismo. Blasfemé un par de veces a la vez que echaba una última mirada a John. Tras despedirme en silencio de él, regresé a mi coche. Golpeé el acelerador con la punta de mi bota y derrapé con rudeza.

Estaba temblando de arriba abajo. La vena de las sienes me palpitaba, así que me encendí un pitillo y conduje a una velocidad desquiciante por la interestatal. No dormí en todo el camino y apenas descansé unos minutos, por lo que el rótulo que recibía a los viajeros en *La Ciudad de los Árboles* emergió después de más de doce horas de viaje. En aquel momento la carretera era un torrente de actividad automovilística. El cielo resplandecía con fervor a pesar del tiempo templado, y la belleza de la urbe transmitía una serenidad cautivadora.

A los quince minutos aparqué a un lado de la acera, apoyé la nuca en el reposacabezas y respiré hondo. Era consciente de que me quedaban varias balas en el cargador, aunque casi nunca necesitaba más de una para exterminar a mi objetivo. Las agujas del reloj avanzaron a un ritmo perezoso, pero tras mucha paciencia y cinco cigarrillos consumidos sucedió lo que estaba aguardando.

Una avalancha de personas fluyó de las amplias puertas de cristal del edificio que había enfrente.

Entre la masiva aglomeración de jóvenes, distinguí a mi nueva presa. Él estaba sonriéndole a una rubia con gafas, que sostenía una carpeta violeta contra su pecho poco desarrollado. Los dos se carcajearon un rato más antes de que él se despidiera de ella con un beso en la mejilla; y caminó hacia el *parking*, con la mochila colgándole de forma grácil del hombro izquierdo.

No me lo pensé. Salí del coche y crucé la calle a apresuradas zancadas, con el revólver firme entre mis dedos manchados de sangre seca y el rostro contraído de enfado, mientras mantenía la vista fija en su silueta.

La muchedumbre, adelantándose a los desastrosos sucesos que estaban a punto de desencadenar una masacre que sería difícil de olvidar, empezó a chillar y a distanciarse de mí mientras me apuntaban con el dedo índice y pedían auxilio.

Él se volteó ante semejante alboroto, con una expresión confusa en sus rasgos. Los ojos color avellana, como los de su padre, casi se le salieron de las órbitas cuando se percató de que me estaba dirigiendo en su dirección a la vez que sus torpes pies retrocedían de manera involuntaria. Él no me conocía a mí. Pero yo sí a él.

Elevé mi mano hacia su corazón y presioné el gatillo.

*Uno.*

*Dos.*

*Tres...*

*Cuatro.*

*Cinco.*

*Seis...*

*Siete.*

*Y...*

*Ocho.*

El cargador quedó desocupado, pero yo continué oprimiendo el gatillo como si las balas fueran a reaparecer como por arte de magia. La ira me carcomía por dentro como el veneno de una mamba negra. Mi pulso aullaba en mis oídos y no podía cesar de estremecerme.

Su cuerpo cayó inerte sobre la grava, pero su débil imagen no me conmovió lo más mínimo. Para ser honesto, seguía sin darme cuenta de lo que acababa de hacer. Me sentía trastornado y no lograba percibir ni una pizca de realidad.

Había enloquecido.

Estaba loco.

Enfermo de odio.

Mi mente registró a duras penas los bramidos que provenían de los agentes de policía que recién habían llegado a la zona y se habían situado a mi espalda, ordenándome que arrojara el revólver y me entregara a las autoridades. No les hice ni puto caso. Tenía la visión ofuscada. La pérdida me estaba matando poco

a poco. De repente, un fuerte golpe me atenazó la nuca seguido de un empujón que me dejó tumbado sobre el asfalto. Aun así, no puse resistencia. No peleé.

Los gritos de histeria, los llantos y las sirenas de los coches patrullas y de las ambulancias, me rodearon en una burbuja como si se tratara de una psicótica melodía.

Al verme tan dócil un agente de policía aprovechó para quitarme el arma de las manos y, acto seguido, extendió mis brazos hacia atrás. Enseguida sentí las frías argollas de unas esposas alrededor de mis muñecas antes de que me levantaran con brusquedad entre dos hombres uniformados. Fue entonces cuando entendí que todo lo que estaba viviendo era real. Lo hice cuando mis ojos se inmovilizaron en el cuerpo sin vida de aquel muchacho inocente, que no era el culpable de que John estuviera muerto. Ese asesinato había sido en vano, pues no había disminuido el dolor ni la presión que me agujoneaba el pecho.

Cuando me arrastraron hacia el coche patrulla y me metieron con un brusco empujón en la parte de atrás, cerrando la puerta de un manotazo, comprendí que nunca tendría suficiente. Jamás descansaría en paz. No podía hacerlo. No lo haría hasta que aniquilara al hijo de puta que había ordenado la ejecución de mi hermano.

Un sentimiento malicioso nació desde lo más profundo de mi ser, apoderándose de mí y convirtiéndome en un depredador letal y hambriento, con un único propósito en la vida.

La venganza.

**1**

**Linda**

*Lunes, 3 de agosto de 2009*

*Sacramento, California.*

Fría como el hielo. Estoica. Imperturbable.

Tenía ese concepto de mí misma desde que forjé aquel muro de indiferencia a mi alrededor, para que nadie se involucrara más de lo debido en mi vida. O más bien para que nadie se entrometiera más de lo que yo les permitía que lo hiciesen.

Pero aquella calurosa mañana de verano, mientras fruncía el ceño y me daba un minucioso repaso en el espejo colgado detrás de la puerta de mi habitación, mi imperturbabilidad parecía haberse desvanecido. Mi frialdad aún era patente en mis facciones al igual que la palidez en mi rostro; sin embargo, mi aspecto lucía demacrado, como si hubiera estado de juerga toda la noche.

Esbocé una mueca ante tal pensamiento.

Apenas recordaba la última vez que había llegado tarde a casa por diversión. O por placer. O por ambas cosas. Pero quien creyera conocerme pensaría que me había quedado trabajando hasta las tantas,

encaprichada con terminar el infinito papeleo. En cierto modo, aquellos rumores no estaban del todo mal encaminados. Pero eso no era lo que me desvelaba por las noches. Algo mucho más siniestro me arrebató mis instantes de tranquilidad. Un mal que vivía conmigo desde hacía mucho y que parecía no tener intención de marcharse de mi vida.

Estiré un poco más mi altísima cola de caballo, me giré sobre mí misma y vi la caja metálica llena de recuerdos dolorosos, que yacía sobre la cama. La había sacado del armario tras despertarme gritando en plena madrugada; pero no tuve fuerzas para abrirla. En cambio, me había sentado junto a ella respirando con dificultad, a la vez que notaba un dolor punzante, casi insoportable, en el pecho.

En mi mente aún conservaba la borrosa imagen de ese hombre inhumano; la aterradora sensación al ver cómo una espesa cortina de sangre se expandía hacia mí, con el propósito de arrastrarme al abismo más profundo que existiera.

A la oscuridad.

A la muerte.

Un escalofrío me recorrió la espina dorsal. Lo que viví aquel día no me abandonaría nunca.

Recogí mi maletín y crucé la distancia que había hasta la sala de estar. La figura de Angy, sentada en el sofá mientras se llevaba una cucharada de cereales con leche a la boca, me dio una razón para fingir una sonrisa. Pero ella no me prestaba atención. Mi mejor amiga tenía la mirada fija en el noticiario matutino. Las expresiones de su rostro emitían una mezcla de asombro y horror a partes iguales.

Tomé asiento en el sillón.

—¡Qué barbaridad! —exclamó con sus enormes ojos azules desencajados y sacudió su cabellera

color rojo fuego, un tono tan pasional como ella—. ¿Has oído eso? ¡Más de cuarenta y dos mil personas mueren al año por sobredosis de drogas en los Estados Unidos! ¿En qué demonios piensan esos irresponsables cuando se están pegando un chute que les dejará más desmayados que vivos?

Me encogí de hombros.

—No creo que les importe mucho.

Expresó un gruñido de frustración antes de mirarme y formar la palabra «sexi» con los labios, en silencio.

—Te veo muy arreglada.

—La ocasión lo merece.

—Pero esas ojeras están cada vez más pronunciadas —observó con preocupación—. ¿Estás segura de que no deberías tomarte un descanso? Han sido unos meses muy intensos, por no decir que has estado sometida a mucho estrés estas últimas semanas.

—Estoy bien. Te lo prometo. —No me creyó. Lo supe por cómo comprimí sus labios. Por algo era la única persona que me conocía más o menos a la perfección.

Angela Nichols y yo nos conocimos en la Universidad de Stanford, en Palo Alto. Las dos estábamos recién salidas de la escuela secundaria y no teníamos nada en común salvo que cursábamos la carrera de Psicología. Ella no conocía a nadie y yo era nueva en la ciudad, pues mi tierra natal estaba en Tacoma, por lo que podría decirse que nos unió la conveniencia. Sin embargo, pronto fraguamos un gran vínculo entre nosotras y desde que intercambiamos el primer tímido saludo, no nos separamos jamás.

Después de especializarnos, Angy en psicología infantil y yo en una modalidad mucho más turbulenta, nos mudamos a Sacramento donde decidimos compartir piso; un apartamento amplio y moderno ubicado en el corazón de la capital.

Nuestra amistad se fortificó con el paso del tiempo, pero seguíamos siendo totalmente diferentes.

Ella era todo risas y bromas, y destilaba alegría por los cuatro costados. Además, gracias a su coquetería innata, los hombres estaban locos por ella y alguna que otra mujer también. Le llovían los candidatos del cielo.

Yo, al contrario que mi amiga, no me reía con facilidad; mi alegría brillaba más bien por su ausencia y jamás de los jamases me había considerado una mujer coqueta. No es que no tuviera hombres que quisieran compartir una noche conmigo. Los tenía, claro que sí, pero a mí no me interesaban los romances y mucho menos los revolcones de media hora en algún cuchitril de tres al cuarto.

Ella y yo éramos como el día y la noche.

Nos compenetrábamos bien.

—Te oí gritar —dijo Angy, quebrando el silencio—. Parecía como si te estuvieran matando.

Las imágenes que me habían asaltado horas antes se arremolinaron como diapositivas inconexas en mi mente.

—Supongo que en cierto modo lo estaban haciendo. Gracias por no venir a mi habitación.

—Sé que no te gusta que te vea así, pero me asusté muchísimo.

—Lo siento.

—No tienes que pedirme disculpas —calló un segundo—. ¿Qué soñabas?

Tragué saliva.

—Lo mismo de siempre. —Al percibir su inquietud, añadí—: Pero estoy bien. Solo algo cansada.

Nada que no se pueda arreglar con un par de horas de sueño.

—Sigo pensando que deberías bajar el ritmo. O salir más a menudo. ¿Te apetece ir a bailar esta noche?

—¿Un lunes? —Agité la cabeza—. Me parece que no.

—Si fuera viernes, también te opondrías —resopló como una cría de cinco años.

Tenía razón, pero preferí no admitírselo en voz alta. No me apetecía discutir en un día tan importante como ese. Eché un vistazo al reloj y me desinflé aliviada al ver que tenía que marcharme.

La convivencia con Angy no era complicada, pero cuando se ponía en plan inquisitiva me exasperaba un poquito.

Me levanté del sillón.

—Te veo luego.

Angy colocó el cuenco vacío en la mesita de centro.

—¿Te vas ya?

—Sí, no quiero llegar tarde. Benjamin Donovan odia que le hagan esperar.

—¿Se me había olvidado que tienes una reunión con él! —exclamó y se puso de pie—. No ha pasado mucho tiempo desde que te dieron el último caso.

—Tres meses. —Era muchísimo tiempo para mí—. Pero no sé si se trata de un caso nuevo.

Cuando me llamó hace dos días comentó que quería verme, pero no me dio más explicaciones.

—A eso me refiero con darte un respiro. No sé cómo soportas estar metida en ese mundo teniendo en cuenta lo que te pasó. ¿No crees que debido a que estás en contacto constante con esa gente las pesadillas se han vuelto mucho más violentas?

—Son así desde que tengo uso de conciencia —me defendí sin poder evitarlo.

—Sé que siempre han sido aterradoras y que las sufres desde que ellos... —Se me tensaron los músculos al oírla. Intentó recular—. Lo que quiero decir es que...

—Tengo que irme —la interrumpí con un beso en la mejilla, me desplazé hasta la salida y tomé el ascensor.

Mientras descendía hasta el *parking* privado, no pude evitar sentirme culpable por haberme ido con tanta brusquedad. Ella solo pretendía ayudarme, pero yo no deseaba hablar de ellos. Ni de ese hombre sin rostro. Ni de mí misma. Angy era la única que sabía lo que me había sucedido. Se lo confesé un día, cuando cursábamos segundo año de carrera. En aquel entonces vivíamos en una vivienda cerca del campus universitario. Tras oírme chillar varias noches en sueños, me preguntó a qué se debían esos gritos

que le destrozaban el alma. Yo había tenido mis dudas, pero al final me arrellané en la cama con ella y mientras permitía que me abrazara y me diera ánimos entre susurros apaciguadores, le conté mis recuerdos sin derramar ni una lágrima.

Ni siquiera mi tía Emma, quien gracias a su dinero conseguí convertirme en la persona que me había propuesto ser, se había percatado de mi sufrimiento y eso que convivimos bajo el mismo techo durante casi diez años. Después de aquella mañana, no volví a mencionar el instante en que me perdí a mí misma, pero eso no significaba que lo tuviera superado. Nunca lo superaría. Pero si tenía que sufrir, lo haría en silencio y sin amargarle la existencia a nadie.

Hay personas a las que el dolor las hunde, e incluso las llega a destruir en pedacitos irreparables.

En mi caso el dolor me volvió tan débil como fuerte y esa debilidad, con el transcurso de los años, se convirtió en el motor que me hacía funcionar día a día.

Las puertas del ascensor se abrieron. Subí a mi vehículo y conduje con la radio encendida. El verano en Sacramento era bastante más cálido que en Tacoma, pero también menos soportable cuando tenías que vestir tacones, faldas de lápiz y blusas de manga tres cuartos por asuntos de trabajo.

El aire acondicionado fue mi bálsamo particular durante el trayecto mientras enfilaba por la carretera. Por fortuna, llegué a mi meta después de un poco más de cincuenta minutos.

La estructura de una enorme fortaleza construida con muros de hormigón brotó en la lejanía.

Detrás de aquellas paredes la violencia reinaba en cada estancia y provocaba un sinfín de sentimientos ruines en aquellos que permanecían a la sombra. El perímetro estaba rodeado de largas y extensas cercas de espino electrificadas mientras que la edificación tenía forma de semicírculo y estaba dividida en tres instalaciones independientes. El paisaje se insinuaba fúnebre, a pesar de que el cielo brillaba como la plata recién pulida.

Giré el volante hacia la derecha y las letras «Prisión Estatal de California, Sacramento», conocida como Nueva Folsom, me dieron un gélido recibimiento.

Aminoré la velocidad y me detuve delante del guardia que bloqueaba la entrada a la prisión, al lado de una barrera blanca. La cabina de control, localizada a su izquierda, era de hormigón también, con un par de ventanas rectangulares. Bajé la ventanilla. Él me pidió mi documentación y yo le entregué el carné de identidad y el permiso de conducir. Les echó un vistazo y, a continuación, levantó la barrera.

El estacionamiento no estaba muy abarrotado, por lo que no tardé en hallar un hueco para aparcar.

Tomé el maletín por la correa y fui hacia la entrada con pisadas decididas. Por dentro, la prisión lucía tan deprimente como un velatorio. Paredes de piedra, pasillos infinitos y estrechos, suelos de baldosas de un gris insignificante, techos con lámparas de tubo cuya potencia se me antojó mortal para la vista y cientos de cámaras de seguridad distribuidas por los rincones.

Me dirigí hacia la zona de control, coloqué el maletín en la cinta de rayos equis y pasé con éxito la cabina de detección de metales. Isaac Taylor, uno de los guardias de seguridad, vestido impoluto y armado hasta los dientes, me devolvió el maletín.

Le di las gracias con una sonrisa simpática.

—¿Ha vuelto, doctora Evans? —me preguntó con voz aguda y suave a la misma vez.

—Eso depende del jefe.

—Salgamos de dudas entonces —dijo y me indicó que lo siguiera, mostrándose contento—. El señor Benjamin Donovan se encuentra en su despacho. La está esperando. —Hizo una pequeña pausa

—. Ya pensábamos que no la volveríamos a ver.

—Espero quedarme todo el tiempo que me permitan.

Él asintió y tras unos minutos, nos paralizamos delante de una puerta maciza.

—Espero que le tenga buenas noticias.

—Gracias. —Cuando Isaac se marchó, golpeé la puerta con los nudillos—. ¿Se puede?

No obtuve contestación. En cambio, la puerta se abrió con delicadeza y el rostro de Benjamin Donovan, director de la prisión, apareció vestido con un traje azul.

Me tendió una mano y yo se la estreché con firmeza.

—Linda, por favor, entra. —Mientras caminaba hacia uno de los sillones posicionados frente a su escritorio, observé la habitación decorada con mobiliario antiguo. Había buen gusto ahí, para ser parte de una cárcel repleta de delincuentes sanguinarios—. ¿Cómo has estado?

Benjamin tomó asiento con desenvoltura.

Yo crucé las piernas, me senté recta y lo miré a la cara.

—¿De qué se trata? —Fui a saco.

Se rio ante mi impaciencia.

—Te veo fenomenal. —Sacó una carpeta del primer cajón de la mesa—. ¿Qué tal va la tesis?

—Bastante bien —admití con las manos inmóviles sobre mi regazo—. Las entrevistas me han aportado información muy valiosa que de otra forma no habría podido recabar. Gracias a tu disposición, sin menospreciar a la Junta de Tratamiento, la tesis ha avanzado de manera considerable.

—Pero aún te queda un móvil por perfilar. —Empujó la carpeta en mi dirección—. Por eso te he

llamado. Tras varias pláticas y dimes y diretes con los miembros de la Junta, tenemos un interno que está dispuesto a que le entrevistes.

En eso consistía mi trabajo: elaborar perfiles psicológicos de agresores violentos y desenterrar los distintos patrones de conducta en asesinos a través del análisis de sus crímenes tanto a nivel psicológico

como criminalista y forense.

El mundo de la psicología era curioso y apasionante en proporciones iguales. Mi pasión, o más bien debería llamarlo mi fanatismo, era indagar en las mentes de los criminales más crueles y perversos del mundo. No me interesaban los actos delictivos de menor grado o intensidad. Y tampoco colaboraba codo con codo con la policía, aunque para ser sincera alguna vez les había facilitado mis perfiles psicológicos para la detención de criminales que imitaban a otros homicidas conocidos.

«¿Por qué una persona se convierte en un asesino?».

La pregunta me desmenuzaba por dentro.

Solía extraer información de los periódicos y de las fichas de prensa archivadas en la biblioteca pública, o gracias a los testimonios de los testigos cercanos o involucrados indirectamente en el homicidio, hasta que tras mucho esfuerzo me obsequiaron la oportunidad de ser aceptada para usar una de las herramientas más efectivas a la hora de estudiar a un criminal: las entrevistas cara a cara.

Desde entonces había ampliado los conocimientos que ya tenía sobre ciertos homicidios, siguiendo cuatro móviles que, bajo mi punto profesional de vista, eran los más importantes a lo que a crímenes se refería: el crimen pasional, el crimen de odio, el crimen de dinero y el crimen de venganza.

El último móvil era el único que aún no había tenido ocasión de profundizar, pero al parecer mi suerte estaba a punto de dar un giro drástico.

—¿Cumple con el último rasgo?

—Sí —asintió Donovan con seriedad—. El móvil principal en sus crímenes es el dinero. Pero la cosa no acaba ahí. Este interno es especial. Es perfecto para que solidifiques tu tesis.

—¿A qué te refieres con especial?

—El interno cumple con casi todos los móviles de la tesis. Podrías extender la información que ya posees usando como base al mismo recluso.

Intrigada, agarré la carpeta y leí las primeras hojas del historial.

—Zack Cassidy... —murmuré con aire ausente—. Creo que me suena este nombre.

—Salió en todos los periódicos y noticiarios del país. —Se aclaró la garganta al verme tan absorta en el documento. A regañadientes cerré la carpeta. Ya tendría tiempo de seguir analizándola

—. Lleva en prisión desde abril de 2001. Tiene tres cadenas perpetuas sin posibilidad de libertad condicional.

—¿Qué hay de sus crímenes?

Se cruzó de brazos en un gesto sombrío.

—Es un exsicario profesional, uno de los mejores que he visto en toda mi carrera. Sus ejecuciones eran tan limpias que logró escabullirse de la justicia durante años. Nunca se presentaron cargos contra él. Pero en su último crimen fue bastante indiscreto. Ahora cumple condena por siete homicidios en primer grado.

—¿Solo siete?

—Son los únicos cuerpos que se lograron recuperar tras un exhaustivo proceso de investigaciones. Excepto la bala en la escena del crimen, no hubo pruebas contra él. No había huellas dactilares ni tejidos extraños y mucho menos el arma del homicidio. Cassidy es un sujeto al que no le afecta la violencia. No tiene compasión. Ni debilidades aparentes. Le bastaba un disparo para acabar con sus víctimas. Por eso mismo, cuando eches un vistazo a los informes, llegarás a la misma conclusión que yo. El último asesinato no fue un asunto de dinero.

—Entonces sí tiene debilidades —afirmé.

Chasqueó la lengua con disgusto.

—Te equivocas. —Se puso en pie. Benjamin era un hombre más bien alto, con buena anchura en el cuerpo, de pelo oscuro y ojos grises como las nubes de una inminente tormenta—. Pertenecía a la Mafia Mexicana. Y ya sabes la reputación que posee esa pandilla: gente páfida, vil y arrogante que no teme ir a prisión, porque incluso dentro de los centros penitenciarios se las ingenian para seguir realizando sus trabajos sucios. —Rodeó la mesa mientras yo me levantaba también. Cogí la carpeta y el maletín, y continué escuchándolo en silencio—. Zack era el asesino de la eMe dirigida por Benicio Velázquez; uno de los hombres más buscados por el FBI. No sé quién de los dos es más peligroso.

Ahora, Benicio se encuentra en busca y captura por narcotráfico. Sin embargo, los federales piensan que existe una siniestra conexión entre Cassidy y Velázquez en el último homicidio ejecutado por el primero. —Me miró con prudencia antes de añadir—: Linda, haz las preguntas que tengas que formular en tus entrevistas, pero quiero que te ganes la confianza de este interno y le sonsaques toda la información que puedas. Los crímenes que ha cometido son más que siete. La justicia se está esmerando en atrapar a Benicio y así detener todas y cada una de sus redes con otros sindicatos delictivos. Por alguna razón, Cassidy no ha querido hablar sobre su exlíder y yo quiero averiguar el motivo.

—Quizás le siga siendo fiel.

—Lo dudo mucho. —Extendió una mano hacia la puerta—. Demos un paseo.

Caminamos por las instalaciones, pero nos mantuvimos alejados de las celdas.

—Por lo que me has contado, me parece que Zack Cassidy es el candidato perfecto para mi tesis.

—Lo es. Es el criminal que andas buscando; de los que te gustan a ti, con un pasado turbulento, un presente no mucho mejor y un futuro del que no podrá escapar jamás.

—¿Es un hombre mayor?

Redujimos la marcha al toparnos con una puerta que daba acceso al siguiente corredor.

Aguardamos a que el guardia, situado dentro de una cabina de seguridad, manipulara una serie de botones y nos diera vía libre.

Entramos.

—Tiene treinta y ocho años.

—¿Se ha metido en algún lío?

—Tiene buen comportamiento, pero no te dejes engañar por sus encantos. Es un manipulador.

Siempre da en el clavo con las palabras que uno quiere oír y qué miradas son las ideales para seducir a la persona que tiene enfrente.

Me encogí de hombros restándole importancia.

—¿Ha puesto alguna condición?

—Nada de grabaciones. Es lo único que le hemos concedido.

—Me parece bien.

Benjamin me guio hasta un enorme ventanal de cristal polarizado donde tuve un plano magnífico

del amplio patio de recreo y de los internos que pululaban por ahí. La mayoría estaban haciendo ejercicio en unas barras amarillas o se entretenían jugando al baloncesto mientras que otros hablaban en grupos a la vez que admiraban el partido, o se dedicaban a caminar fuera de la cancha.

—Empezarás este viernes en la sala de las entrevistas. —La voz del director me sacó de mi escrutinio—. No te dejes intimidar por Cassidy, ni por su apariencia sosegada. No hay calma habitando en él. Es una bomba de relojería.

—Entiendo —dije con frialdad, aunque mis dedos se sostuvieron con fuerza a la correa del maletín.

—¿Te gustaría verlo? —me preguntó de sopetón, pillándome desprevenida.

—Sí —balbuceé tras recuperarme de la súbita sorpresa—. Me encantaría.

—Míralo... —dijo con repulsión mientras señalaba con su barbilla afeitada un lugar a pocos metros de nosotros—. Está justo donde todos los días.

Al principio me costó distinguir algo más que el denso color azul de la vestimenta de los internos hasta que sonaron dos pitidos en el patio. Era hora de realizar el recuento. Los cuerpos gigantescos y sudorosos y los cabellos enmarañados empezaron a difuminarse a medida que se aproximaban a la

entrada del nivel al que pertenecían. Fue en ese momento cuando un grupo de jóvenes afroamericanos decidió moverse con parsimonia hacia la fila de reos, como si todos siguieran el mismo compás desgano, y de inmediato la silueta de un recluso que hacía un nítido contraste con los demás penetró en mis retinas.

Estaba apoyado contra un muro sucio a la vez que fumaba con calma un cigarrillo e ignoraba todo lo que le rodeaba, como si la cosa no fuera con él. Su pelo largo y rubio caía indomable a ambos lados de su rostro, y sus bíceps se marcaban bajo el mono azul, con las letras «CDCR

Prisoner» escritas en amarillo, en la espalda. El interno dio una última calada a su pitillo, lo arrojó con un simple movimiento de muñeca y se desplazó hasta sus compañeros, con un caminar arrogante.

El corazón se me apretó en el pecho. Mis mejillas se encendieron a causa de una emoción que no supe cómo interpretar. No entendía por qué mi cuerpo reaccionaba así ante la presencia de un desconocido, pero supe que estar en el mismo espacio con un personaje como Zack Cassidy no sería nada fácil de sobrellevar.

Mi mundo entero estaba a punto de sufrir el peor terremoto de su vida.

2

**Linda**

*Viernes, 7 de agosto de 2009*

*Nueva Folsom, California.*

Los últimos días me dediqué a revisar la ficha policial de Zack Cassidy, como también el informe de los cadáveres por los que se le había enjuiciado e incriminado. No podía negar que me ofusqué recopilando información que pudiera ser de utilidad para mis entrevistas, pero no descubrí nada en mi exploración. Sin embargo, Benjamin Donovan no se equivocaba respecto a dos situaciones: el recluso era un ser insensible y su último crimen había sido muy distinto a los anteriores.

Mientras caminaba por el estrecho pasillo de la prisión, detrás de Isaac Taylor, recordé lo que ponía en la declaración de los hechos. En el juicio el interno se declaró culpable, pero solo por el último homicidio. Aun así, gracias a la gran labor del equipo forense, se le logró atribuir otros seis crímenes. ¿La prueba definitiva? Una bala del calibre veintidós; los mismos casquillos que fueron encontrados en los cuerpos de las víctimas; el mismo calibre del revólver que empuñaba como si la vida le fuera en ello el día que le capturó la policía.

Regresé mi mirada hacia el guardia. Habíamos alcanzado la sala de las entrevistas. Isaac abrió la puerta y me pidió que entrara con un gesto del mentón. Al hacerlo me percaté de la presencia de Steve Dalton, su compañero, en un rincón con la vista al frente. Ellos siempre se quedaban conmigo mientras yo realizaba mi trabajo. Iban armados hasta la saciedad, e intimidaban bastante. Los dos se mantendrían a una distancia prudente, pero sin que resultara inalcanzable por si acaso tuviesen que intervenir para protegerme.

La habitación era de paredes blancas y carecía de ventanas, pero la luz artificial asomaba a cada ángulo. Conocía cada detalle de la estancia. Cada oscuro contorno. Lo conocía todo, excepto al hombre que estaba sentado tras la mesa metálica. Tenía la cabeza gacha y unas apretadas esposas restringían sus muñecas mientras que sus tobillos estaban rodeados por unos pesados grilletes.

Isaac cerró la puerta y se posicionó en la esquina contraria.

Respiré hondo y caminé hacia el interno, mostrándome fría, distante y controlada.

Zack Cassidy, por el contrario, siguió mirando la superficie de la mesa e hizo caso omiso a mi persona, por lo que pude observarlo sin ningún disimulo. Era un hombre de constitución fuerte.

Debía de medir más de un metro ochenta y cinco, y sus hombros lucían poderosos bajo la prenda azul oscuro. Tenía una recortada, y a pesar de las circunstancias, bien cuidada barba de pocos días y la piel un tanto dorada por el sol de agosto. Se había peinado su pelo rubio, que casi le rozaba los hombros, hacia atrás y sus facciones, sin que hiciera falta que me mirara, me resultaron sombrías, duras e inquietantemente peligrosas.

Tomé asiento frente a él y situé el maletín en el suelo.

—Buenos días, señor Cassidy. Soy la doctora Evans —dije con profesionalidad—. Encantada de conocerle.

Al oírme alzó la barbilla con mucha lentitud. Sus ojos me atravesaron con la dosis exacta de terror, violencia y perversión a pesar de que sus iris eran hermosos; una fantástica y armoniosa mezcla de colores grises, verdes y azules. Durante varios instantes me estudió con una intensidad tan tenebrosa como la brisa que le cercaba como una burbuja protectora, con una curva ascendente en los labios y la cabeza medio ladeada. No era una sonrisa, sino una mueca vacía, sardónica e insidiosa.

—¿Qué edad tiene? —preguntó y me miró de arriba abajo, con voz áspera y profunda.

Me mantuve insondable ante la cuestión. No debería resultarme ningún esfuerzo. Yo siempre me comportaba de manera correcta e intachable, sobre todo en el trabajo.

—Supongo que Benjamin Donovan le ha puesto en antecedentes respecto a mi estudio. —Frunció una ceja. No supe si fue por mis esquivas palabras o porque el director no le había dicho gran cosa sobre mi tesis—. Si tiene alguna duda que quiera formularme antes de que comencemos con la entrevista, adelante.

No respondió, sino que aprovechó esos segundos para darme otro repaso con los ojos.

—La duración.

—Disponemos de una hora para charlar con calma. Los viernes están destinados para mí y las entrevistas se prolongarán durante las próximas seis semanas. —Le vi afirmar con la cabeza a la vez que observaba el techo y las esquinas—. No hay cámaras de seguridad —dije adivinando sus pensamientos—. Solo estamos usted y yo. Los guardias no nos incordiarán. No se preocupe por ellos.

Frunció con más profundidad el ceño.

—¿Qué le hace pensar que esos dos me preocupan? En todo caso, son ellos los que deberían

preocuparse.

—¿De qué?

—De su seguridad. —Sonrió con malicia. La primera reacción honesta que había exteriorizado hasta ahora—. Y también de la de usted, doctora.

Trencé mis dedos, sin inmutarme ni un poco.

—¿Me está amenazando? —inquirí sin rodeos. Sabía a lo que me enfrentaba.

—Tómeselo como una advertencia —murmuró, tranquilo—. Le seré sincero, puedo partirle el cuello antes de que alguno de esos dos incompetentes se acerque a usted.

Mi pulso se tornó tembloroso, pero le pregunté en tono calmado, como el suyo.

—¿Es eso lo que le gustaría hacerme? ¿Partirme el cuello?

—No. —Se mordió el labio inferior y me observó bajo sus claras y largas pestañas—. Se me ocurren situaciones más satisfactorias para ambos.

—¿Es siempre así de impulsivo?

—No suelo perder el tiempo analizando las cosas.

—Parece que tiene cierta inclinación a cometer crímenes.

—Era un asesino. Un sicario —matizó descansando la espalda contra la incómoda silla—. Matar significaba tener dinero para sobrevivir hasta fin de mes.

El tono de su voz era insulso, indefinido. Zack se comportaba como el psicópata perfecto que todo psicólogo moriría por estudiar. Más de uno pagaría por indagar en su mente, seccionar sus patrones emocionales y describir a grandes rasgos sus inquietudes, como si fuera un rompecabezas incompleto.

Saqué mis notas del maletín y les eché un vistazo.

—¿Le pagaron por matar a Tony Sánchez? —pregunté tras leer el primer nombre de la lista—.

¿Recuerda al señor Sánchez? Su primera víctima.

Sus labios se torcieron en una mueca.

—No fue mi primera víctima.

—¿Quiere que hablemos de ello?

—Me parece que no.

Bajé la mirada y pasé mi dedo índice sobre la hoja del informe 298672-6. Carraspeé antes de leer:

—Tony Sánchez, cuarenta y tres años, fue encontrado el dieciocho de junio de 1996 en su domicilio con dirección en Seattle. Hora de la muerte, catorce de junio de 1996, aproximadamente a las 15:56 horas. Causa del fallecimiento, impacto de bala en la nuca. —Lo miré a los ojos, que refulgían como dos bestias indómitas—. ¿Le suena de algo, señor Cassidy?

Alzó el mentón y sonrió apenas un poquito.

—¿Quién dijo que no me acuerde?

—Se acuerda. Eso está bien. ¿Puede decirme qué desató el crimen? —No respondió, así que dejé a un lado mis notas—. No tiene por qué callar. Le recuerdo que fue condenado por siete homicidios.

Está demostrado ante un tribunal que fue usted quien cometió esa ejecución.

Se lo pensó un segundo.

—Dinero.

—¿Conocía a la víctima?

—Sí.

—¿Conocía siempre a sus víctimas? ¿Mantén un trato cordial o amistoso con ellas?

—No y no —dijo con un gruñido.

—¿Se cuestionó alguna vez que quizás le estuviera arrebatando la vida a alguien inocente?

Emitió una pequeña risotada.

—No hay nadie libre de culpa en mi mundo, doctora.

«Interesante juego de palabras», pensé.

—Me resulta curioso que siga considerando ese mundo como suyo. No quiero sonar frívola, pero usted está en la cárcel. Y seamos realistas, no creo que pueda salir nunca de prisión.

Se encogió de hombros.

—Una vez que entras en ese mundo, no puedes escapar de sus tentáculos. La mayoría de los tipos que nos movemos en ese entorno somos iguales. Calcos de la maldad del otro.

—Tony era igual que usted. —Era una afirmación.

Se relamió los labios.

Tenía una boca muy sensual, deseable y peligrosa.

—Él era menos inteligente y más feo, pero sí, nos regíamos por los mismos códigos.

Afirmé con la cabeza y di por válida su respuesta.

—¿Qué sintió la primera vez que apretó el gatillo contra una persona? —Silencio. Modifiqué la pregunta—. Discúlpeme. Permítame que le formule la cuestión de otra manera. ¿Qué sintió cuando mató a Tony Sánchez? O cuando asesinó a Gabriel Cruz, Peter Romero, Manuel Vega, Paul Sanders o Edu Carmona. —Me faltaba un nombre por pronunciar, pero ese caso me lo estaba guardando para después.

—Que mi trabajo había concluido —respondió con desdén.

—¿Nada más? —Me observó impasible—. Matar no le causaba ningún estímulo.

—No me excita matar. No me la pone dura. Era un trabajo que me daba para comer. Solo eso.

—¿Y nunca le pareció un poco egoísta jugar a ser Dios? Para que usted pudiera vivir, otros tenían que perder la vida.

Se obligó a relajar los puños a la vez que se echaba más hacia atrás. Su cuerpo destilaba una arrogancia impetuosa y su mirada, una pasión siniestra y ardiente.

—¿De qué se sorprende? En el reino animal sucede lo mismo. Los depredadores fuertes se comen a los más débiles. —Me estudió unos momentos y se deleitó con mi silencio—. ¿Usted en qué bando está, doctora? ¿En los fuertes o en los débiles?

Pestañeeé repetidas veces hasta que el control regresó a mí y pude continuar con mi deber.

—Explíqueme con más detalle en qué consistía su trabajo.

—En pocas palabras, me entregaban una dirección y unas cuantas instrucciones.

—¿Sentía rabia hacia esas personas?

—Me eran indiferentes.

Estuve un segundo enmudecida, con sus ojos clavados en mí y casi sin poder respirar por la magnitud de su mirada, hasta que me centré en el siguiente informe.

—Es el turno de Manuel Vega. —Sus iris se ensombrecieron—. Mexicano con residencia en Norte

América. Tenía cincuenta y cuatro años cuando fue encontrado el uno de octubre de 1999 en el garaje privado del domicilio que compartía con su mujer y sus dos hijas menores, a las afueras de Navy Yard City, Washington. Hora de la muerte, ese mismo día a las 11:49 horas, aproximadamente. Causa del fallecimiento, impacto de bala en el pulmón. La colisión no fue letal. La autopsia reveló que el señor Vega murió por desangramiento. —Apoyé los codos sobre la mesa—. No entiendo ese repentino cambio

en su pauta.

—No la cambié —confesó Zack mientras tamborileaba la superficie con sus dedos—. No suelo fallar en la puntería. Soy muy bueno en lo que hago. Pero Manuel consiguió esquivar la primera bala.

La segunda, sin embargo, le agujereó el pulmón.

—Podría haberlo rematado con otro disparo.

—Podría —convino y elevó uno de sus hombros para luego dejarlo caer—. Pero no me apeteció.

—¿Por qué?

Arqueó una ceja con la intención de incomodarme.

Y lo logró.

—Porque me había hecho perder el tiempo.

Sus respuestas eran escalofriantes.

—Y mientras conducía hacia su hogar, ¿no pensó en el sufrimiento de Manuel Vega?

—Ni siquiera se me pasó por la mente.

Realicé un murmullo de afirmación y escribí un par de reflexiones en mi cuaderno personal.

Cuando aparté la mirada del informe y levanté la cabeza, nuestros ojos se cruzaron y una gélida esquirola de desconcierto me recorrió la espina dorsal.

Debía admitir que a simple vista no parecía ser el hombre que en realidad era. Quizás si me hubiera topado con él en la calle jamás habría pensado que era un asesino, que carecía de moral y sentimientos, que era incapaz de amar y que le importaba un comino ser amado. Pero tampoco me iría de copas con él. Era curioso, pero había cierta desesperación rodeándole como una misteriosa nube invisible; una maldad que podía tocarse con la punta de los dedos.

De repente, me sentí incómoda. Incluso temí que pudiera notar mi propia desesperación.

Bajé la vista.

—Su revólver... —La voz me salió ronca. Me aclaré la garganta y meforcé a mirarlo de nuevo a los ojos—. ¿Solía estar armado, aunque no tuviera trabajo que hacer?

—Sí.

—Eso podría significar que ha matado sin que hubiese dinero de por medio. —Su rostro se colmó de un gesto de concentración—. ¿De verdad se lo está pensando?

Sus ojos adquirieron un tono más grisáceo bajo las frías luces de la sala.

Era la mirada de un depredador.

—La lista es bastante larga.

—¿Quiere compartir conmigo qué tan larga es esa lista? —me atreví a preguntar al ver la imagen de Benjamin Donovan en mi cabeza, diciéndome que averiguara información sobre los homicidios que aún no habían conseguido resolver.

Zack se rio entre dientes y me lanzó una mirada que logró aumentar mi pulso.

Ese hombre me intranquilizaba.

—¿Cree que soy estúpido? Y no, no tengo miedo a las putas consecuencias. ¿Qué más me pueden hacer? Tengo a mis espaldas más años de los que podré vivir. Nada de lo que diga o haga hará que me rebajen la condena. Vivo en el nivel más jodido del trullo desde hace más de ocho años, y mi situación no cambiará por mucho que yo cambie. —Dibujó una sonrisa en sus labios—. No se moleste en preguntar. No quiero cambiar. Ni cambiaré. —Se inclinó hacia delante. Una cadena de sensaciones insólitas me puso el vello como escarpías—. ¿Quiere saber qué tan larga es mi lista de crímenes? Si se lo dijera, no podría dormir por las noches.

Intenté verme inmune ante la amenaza. Él parecía regodearse con mi nerviosismo.

—No me intimida, señor Cassidy.

—Eso es porque aún conserva el cuello intacto.

Desde muy pequeña había tenido la mala suerte de conocer la perversión del ser humano, la corrupción de la mente y la depravación del corazón, pero Zack Cassidy era distinto a los demás. Él, con pocas palabras, conseguía que mi vida ordenada y protegida bajo mil candados pareciera estar a punto de descarriarse. El hombre que me devolvía la mirada conseguía que me sintiera vulnerable, tal como hacía el monstruo que irrumpía en mis sueños.

Reprimí un estremecimiento.

—Tengo aquí la ficha de su última víctima. A él lo recordará un poco más. ¿Quiere hablarme de ello?

—No hay mucho que contar.

Endurecí la mandíbula ante su indiferencia, pero no leí el folio. Tenía la información grabada en mi memoria.

—Pablo Velázquez, americano con nacionalidad mexicana. Tenía dieciocho años cuando fue encontrado

el dieciséis de abril de 2001 en el *parking* de la Universidad Estatal de Sacramento. Hora de la muerte, aquel mismo día a las 14:16 horas. La causa, ocho impactos de bala. El primer disparo fue suficiente para matarlo. Le perforó el corazón. Pero usted continuó arremetiendo contra él. La autopsia reveló que el corazón le explotó por la potencia de las balas.

Me quedé en silencio.

Zack también permaneció callado mientras un brillo salvaje bailaba en las profundidades de sus ojos multicolor.

—Es un buen resumen —dijo al cabo de unos segundos, con total frivolidad.

—El móvil del crimen no fue el dinero, así que ¿qué lo desencadenó?

—Furia. Ira. Odio. Rabia. Cólera. Dolor —soltó un gruñido sin poder contenerse.

Una corriente de aire helada se apoderó de la atmósfera.

—¿Experimentaba esos sentimientos hacia Pablo Velázquez?

—No.

—¿Se desataron cuando llegó a la universidad o tenía planeado matar a tiros a su víctima?

Colocó los antebrazos sobre la mesa. Para ello, tuvo que juntar las manos, ya que las esposas le apretaban con ímpetu la piel.

—No tengo idea —reconoció en voz baja—. Cuando me di cuenta de lo que había hecho, ya había ingresado en la trena y un oficial, rechoncho y con ganas de darme una paliza, me ordenaba que le mostrara los huevos antes de llevarme a mi futura celda.

Su declaración no me sorprendió demasiado. Las medidas de seguridad en las instituciones penitenciarias a veces eran extremas y rozaban lo humillante.

—¿Qué sintió tras ensañarse contra Pablo Velázquez?

—Nada.

—¿Tenía pensado disparar todas las balas?

—No lo sé. Supongo que sí. —Estaba siendo sincero. Lo podía vislumbrar en sus ojos.

En mi opinión, un ramalazo de ira y de sentimientos despreciables se había adueñado de él antes o durante el trayecto que realizó desde Seattle hasta Sacramento. La rabia lo había poseído y, como consecuencia, había actuado por impulsos y sin control.

—Pero era consciente de lo que hacía o, al menos, de lo que estaba a punto de hacer.

—Una parte de mí, sí.

—¿Ha sentido remordimientos...?

—No —me cortó y negó con la cabeza, como si yo no hubiera entendido aún el concepto «sicario»—. Las personas a las que asesiné eran iguales que yo.

Enarqué una ceja.

—Pablo Velázquez dista mucho del patrón que seguían todas sus víctimas. A él lo asesinó como producto de la ira. El odio le ofuscó y no pudo distinguir el camino correcto del erróneo. —

Inspeccioné la siguiente página. Él siguió el movimiento de mi mirada—. Aquí dice que Pablo era el hijo de Benicio Velázquez, líder de la Mafia Mexicana en aquel entonces. Y, por lo que sé, usted era el sicario más temido de esa pandilla, así que dudo mucho que Benicio le diera órdenes de liquidar a su único descendiente.

Enervado, señaló mis notas con las palmas de sus manos.

—Si conoce todos esos detalles, también sabrá lo que sucedió en Rainier Valley.

—Prefiero que me lo cuente usted.

—Benicio mató a mi hermano. —Le tembló el cuerpo hasta el último rincón—. Lo encontré muerto en el vestíbulo de su casa, con el pecho y el abdomen agujereados a balazos. —Tensó los músculos de la cara—. Dígame, ¿qué más quiere saber? ¿Le da morbo curiosear en los detalles más sórdidos de sus casos?

Era cierto que había querido saber más sobre ese homicidio. De hecho, en mi búsqueda por encontrar más información, di con un artículo de prensa publicado por *The Seattle Times* en el que decía que los federales habían hallado dos cadáveres en un domicilio localizado en el vecindario Rainier Valley, en Seattle. Se trataba de John Cassidy, de treinta y tres años, y Paul Sanders, de veintidós. Tras hacer las investigaciones pertinentes, la policía descubrió que ambos hombres pertenecían a la Mafia Mexicana, con Benicio Velázquez como la voz cantante.

Ignoré sus preguntas anteriores.

—Fue Paul Sanders quien acribilló a tiros a John Cassidy.

—Porque Benicio dio la orden.

—¿Por qué? ¿Acaso su hermano incumplió las reglas? ¿Traicionó a Benicio?

Su rostro se tiñó de sombras en una fracción de segundo.

—Cualquier rumor de deslealtad es incierto —dijo cerrando los puños. Los guardias percibieron el cambio en el lenguaje corporal de Zack y extremaron la vigilancia—. John quería alejarse de ese estilo

de vida, ¡maldita sea! A él no le gustaba lo que le obligaban a hacer y mucho menos lo que hacía yo. Esa fue su perdición. Su culpa. Intenté varias veces quitarle esas chorradas de la cabeza.

Tíos como nosotros hay a raudales ahí fuera. Es lo que hay. No tenemos elección. Pero él siguió en sus trece. —Blasfemó en voz baja—. John soñaba con formar una familia y empezó a delegar en otros para que realizaran el trabajo sucio por él. John era más de meterse en asuntos de trapicheos de drogas, nada que ver con mi trabajo en la pandilla, pero a veces las cosas se iban a la mierda y había que poner orden. Le ponía enfermo tener que matar. Creo que incluso le ponía enfermo tener que dar una simple paliza. Cuando Benicio se enteró de que John estaba flaqueando, no le hizo ni puñetera gracia. Habló conmigo en plan «colegas», pero no debería haberme fiado. Él nunca toleraría que hubiera un inútil en su banda; un hombre con debilidades. —Me miró con fijeza antes de añadir—: Un hombre con sentimientos es comida para los perros.

—¿Y usted no tiene sentimientos?

—¿No lo ve? Estoy vivo. —Se me erizó la piel—. Benicio ordenó que nos mataran a los dos.

Estaba hasta los cojones de mi hermano. Él era prescindible. Cuando entras en esa categoría, no hay nada ni nadie que pueda salvarte el culo. Yo no tenía problema en ejecutar mi trabajo. Estaba acostumbrado. Para mí, todas esas personas eran nombres sin rostros. Pero Benicio sabía que, cuando John muriera, yo buscaría al culpable y el primero en mi lista de sospechosos sería él. Sabía que no me quedaría de brazos cruzados, así que quiso eliminarme también.

—Entiendo, pero debe comprender que Pablo Velázquez no fue el responsable de la muerte de John. Él ni siquiera vivía con sus padres en aquel entonces.

—Benicio me arrebató a mi única familia.

Ahí estaba el móvil principal.

—Crimen de venganza... —susurré. Pero también había odio y sentimientos de aprecio

revolviéndolo todo. Zack actuó por impulsividad ante la traición de su exjefe, pero quizás también era capaz de sentir y padecer. Sacudí la cabeza para despejarme—. ¿Desde cuándo conoce a Benicio Velázquez?

—Desde hace muchos años.

—Hábleme de...

—Hoy no —me interrumpió, y lo miré desconcertada—. La hora ha terminado.

Tenía razón.

—Muy bien. —Cerré los apuntes, tapé el bolígrafo que apenas había usado y guardé mis pertenencias en el maletín. A continuación, me puse de pie—. La próxima semana hablaremos un poco más.

—¿Tiene novio? —me preguntó sin venir a cuento.

—Eso no es de su incumbencia, señor Cassidy.

Paseó la vista por cada recoveco de mi cuerpo.

—Si tiene un amante en casa, dígame que tranque bien las puertas —murmuró con una sonrisa. Di

un respingo involuntario y él sonrió aún más al percibirlo—. Y en el caso de que no tenga a nadie que la deje satisfecha en la cama, entonces debería revisar las cerraduras de su hogar antes de irse a dormir.

Tragué saliva mientras oía a los guardias acercarse a nosotros.

—¿Es una amenaza u otra advertencia? —Aunque mi voz sonó firme, me dio un vuelco el estómago a causa de su espeluznante insinuación.

Los oficiales levantaron a Zack de la silla. El sonido de los grilletes tronó a nuestro alrededor.

—Hasta el próximo viernes, doctora —dijo en voz baja, penetrándome con sus pupilas.

Paralizada y con un desasosiego desmedido en mi interior, observé cómo ese hombre canalla e intimidante pasaba por mi lado y abandonaba la sala sin volver la vista atrás.

**3**

**Linda**

*Jueves, 13 de agosto de 2009*

*Sacramento, California.*

*El frío me cala los huesos. Las gotas de lluvia aterrizan sobre las ventanas y amortiguan la canción que está sonando bajito en la radio. Me estremezco de pies a cabeza y me abrazo a mí misma a la vez que asfixio sin querer a Punkie, mi peluche favorito.*

*Miro a mi alrededor y, apenas veo un par de chocolatinas en el mostrador blanco, mi estómago expresa un rugido. Alargo los dedos a la vez que procuro que nadie se dé cuenta de mi pequeña travesura, con la boca haciéndoseme agua, hasta que doy con mi objetivo y, mientras me peleo con el envoltorio, ahogo un poco más a Punkie.*

*Doy un respingo cuando me arrebatan el alimento de las manos.*

*—Eso no está bien —me reprende mami y coloca la chocolatina en su sitio—. Pronto pararemos a comer.*

*El dependiente me lanza una mirada de reproche, y yo vuelco mi atención en mis zapatillas color rosa fresa con purpurina.*

*¡Me encantan los colores!*

*Me fascina vestir todos los colores del arcoíris, aunque papi se ría de mí y me llame «payasita».*

*Una alegre curva dilata mis labios. Él suele llamarme «payasita» cuando visto diez tonos distintos de ropa, pero por las noches me convierto en su «princesa» mientras termina de contarme un cuento. De repente, la sonrisa se me congela en los labios.*

*El aire se nota cargante.*

*Me fijo en papi, quien tiene su mirada clavada en la ventana que hay detrás de mí, con el cuerpo tenso, mientras mami tiembla y se lleva una mano a la boca. Mi cuerpo la imita sin poder evitarlo y cuando me dispongo a mirar en la misma dirección que ellos, papi me detiene al instante.*

*Lo miro con los ojos muy abiertos.*

*—Hey, princesita, escúchame —me ordena con dulzura cuando intento girarme otra vez—. Ve hacia esas estanterías. Y no salgas de allí hasta que yo vaya a buscarte. ¿Me entiendes? —Asiento, pero tengo ganas de llorar. No quiero separarme de ellos. Me aferro a sus brazos y sigo asintiendo.*

*Como si notara mi angustia, me acaricia la mejilla y repite—: Ve, Linda, y no sueltes a Punkie.*

*Oigo el tintineo metálico de la campanita de la puerta justo un segundo después de que mis piernas echan a correr hacia las estanterías atestadas de patatas fritas, bolsas de golosinas y chocolates. Con la respiración agitada me sitúo detrás del mueble y aunque no logro ver nada debido a mi corta estatura, permanezco muy quieta.*

*La puerta se cierra con un fuerte golpe.*

*El ruido me sobresalta.*

*Y, entonces, el silencio se apodera del lugar.*

*Miro a Punkie, pero mi conejito me devuelve una mirada inexpresiva. Empiezo a debatirme entre quedarme donde estoy o volver con papi y mami, pero entonces distingo una voz que me resulta desconocida. Tiene un acento inquietante; un timbre peculiar; algo cantarín envuelve sus palabras.*

*Me inunda un profundo pavor cuando mami interrumpe a ese hombre; me suena a súplica, pero no estoy segura de ello.*

*Tiemblo y me aproximo a las voces.*

*El desconocido es el único que habla ahora.*

*«¿Dónde está?».*

*«Te lo advertí.»*

*«No hay segundas oportunidades.»*

*Me asomo para observar la escena, pero un escalofriante chillido me paraliza y retrocedo aterrada. ¡Es mami! Mi espalda choca contra una estantería, me caigo al suelo y me golpeo en la cabeza con la madera. Suelto un gimoteo de dolor y miro a Punkie, que ahora luce tan espantado como yo. Papi*

grita a pleno pulmón; creo que está llorando, pero su voz se extingue casi enseguida y algo pesado resuena en el aire. No quiero oír más. No quiero estar aquí. Me tapo los oídos, pero aún escucho los ruegos del dependiente. «¡No, por favor! ¡No lo haga! ¡Por favor!».

El silencio lo cubre todo otra vez.

Bajo las manos. Mi respiración está trémula y las lágrimas se acumulan en mis ojos. Respiro hondo, pero tengo miedo. Quiero volver con mami y papi. Con voz temblorosa susurro: «¿Mami?

¿Papi?».

Pero nadie me responde. Ni siquiera sé si me han oído. Recojo a Punkie, arrastro las rodillas por el suelo y rodeo la estantería, pero me detengo apenas visualizo una melena larga y sedosa, extendida como un abanico oscuro sobre las baldosas. Es el pelo de mami. Su rostro está oculto, pero su brazo yace en una posición incómoda.

Me acerco otro poco, y un hilillo rojizo ataca lastimosamente en mi dirección. Es sangre viscosa.

Desvío la mirada hacia la izquierda y cientos de escalofríos me atizan por dentro cuando los ojos grandes y medio azulados de papi me miran con tristeza, opacos y sin vida. Suelto a Punkie y me llevo las manos a la garganta.

Me ahogo.

No puedo respirar.

Cierro los párpados y rompo a llorar desconsolada. El dolor me destroza. Me duele el corazón.

Siento cómo se quiebra en diminutos pedacitos. Oigo unos pasos acercarse a mí. «Voy a morir. Voy a morir», pienso con un hipido. Las pisadas cesan. Espero. Espero. Sigo esperando mi final, pero este nunca llega y, entonces, me atrevo a abrir los ojos.

Lo primero que veo son unos zapatos negros, immaculados. Y, después, sus piernas largas, protegidas por unos pantalones blancos, muy elegantes, algo clásicos. Sigo subiendo mi mirada.

Camisa azul, chaqueta blanca y corbata marrón. Sus hombros anchos y sus manos fuertes empequeñecen todo lo demás. Lo miro a la cara con los ojos vidriosos, agitada. Pero no logro diferenciar sus rasgos. Una maraña de sombras se interpone entre él y yo, y por más que intento enfocar la vista, todo está difuminado. De repente, sus ojos se convierten en dos puntos negruzcos, distorsionados, y sus labios esbozan una cruel sonrisa.

Se me eriza el vello cuando se agacha con lentitud, casi con tiento, y gimo en voz alta. «Me va a matar. Va a acabar conmigo», me lamento y aguanto la respiración, pero lo único que hace es recoger a Punkie manchado de sangre. Me lo entrega con una suavidad que sé que no posee y mis dedos no dudan en engancharse a la manita de mi conejito mientras otro sollozo brota de mis cuerdas vocales.

Él me observa durante infinitos segundos. Me sonrío con amabilidad y me analiza en silencio antes de ponerse en pie y alejarse de mí, con las sombras rodeándole como imperiosas hélices, dejándome marcada de por vida..., abandonándome junto a los cadáveres de papi y mami.

Resurgí del mundo de los sueños y me incorporé con tanta violencia que casi me caí de la cama.

Tenía varios mechones de pelo pegados a la cara por culpa del sudor, y respiraba con apuro. Las manos me temblaban demasiado, así que volví a tumbarme, con la mirada en el techo.

Esa pesadilla se repetía cada noche, aunque mis recuerdos eran difusos y a veces variaban algunos detalles. En ocasiones, en mis sueños, no tenía hambre o agarraba una bolsa de doritos en vez de una chokolatina. En otras, abría el envoltorio y comía mientras el encargado se quejaba de mi poca educación. Pero el desenlace siempre era el mismo. Mis padres siempre morían a mano de ese hombre sin corazón.

Exhalé un suspiro, pero me negué a derramar las lágrimas que ansiaban escapar de mis ojos.

Desde aquella mañana de invierno, no había vuelto a llorar. Mentira. Había llorado un par de veces, pero con el tiempo dejé de hacerlo. Para mí, era un signo de debilidad; aunque el hecho de que no llorara no me hacía menos frágil.

Una vez que me sentí más calmada, aparté las sábanas, me levanté y eché un vistazo a mi habitación. Allí, en mi supuesto refugio, escaseaban los colores. Las paredes eran blancas, el suelo de tarima y los muebles habían sido pintados en tono blanco mate. Incluso el edredón era blanco con un par de flores azules estampadas en la tela.

No había más.

La niña que vestía todos los colores, sin que le preocupara la combinación, había desaparecido para siempre.

Abrí la puerta del dormitorio y caminé a oscuras por el pasillo. No había mirado el reloj, pero debían de ser pasadas las tres de la madrugada. Con cuidado empujé la puerta de la habitación de Angy. Ella estaba durmiendo con la boca abierta y el pelo revuelto sobre la almohada. Al comprobar que seguía ajena a mi desvelo, me dirigí hacia la cocina para tomar agua. Con el vaso en la mano me desplazé hasta el salón y apoyé la cadera en el enorme ventanal donde la luz de la luna alumbraba el interior del apartamento. No había nadie paseando por las calles, y muy pocos coches circulaban por las avenidas. Aun así, me notaba inquieta y sabía perfectamente que no se debía sólo a la pesadilla.

Bebí otro sorbo para engañar a la mente, pero al final me di por vencida. Coloqué el vaso sobre la mesita de centro y crucé la habitación hasta la puerta principal. El pestillo estaba echado, pero para asegurarme zarandeeé el cerrojo hasta que no dio más de sí. Odiaba reconocerlo, pero llevaba toda la semana revisando las cerraduras de casa antes de irme a dormir. Me había vuelto una paranoica por culpa de Zack Cassidy y sus palabras perversas, que resonaban todo el tiempo en mi cabeza.

Solté un gruñido y regresé a la ventana.

Excepto trabajar, no había hecho gran cosa tras mi primera entrevista con él. Eso sí, el sábado Angy me arrastró a un local pijo de la zona. A la tercera copa, yo ya estaba muerta del aburrimiento, pero puse buena cara por ella; sin embargo, la sonrisa se me borró de los labios cuando dos hombres se sentaron a nuestro lado, sin siquiera preguntar. Me irritaba que algunos se tomaran esas confianzas, pero a mi amiga le pareció fenomenal. Enseguida comenzó a charlar con ellos y me emparejó con un tal Eric. O quizás era Cedric. No lo recordaba.

A pesar de mi reacia disposición a entablar conversación con dos desconocidos, o conversación

en general, no podía negar que ambos hombres tenían su encanto. Eric o Cedric, como fuera que se llamara, era moreno, altísimo y musculoso como un jugador de rugby. Su mirada pícara y sus ojos grises irradiaban morbo puro. Sexo rápido y sin compromiso. Nada que ver con la mirada de Zack, que a lo único que invitaba era a salir huyendo. Con eso no quería decir que fuera feo ni mucho menos. Pero tenía una belleza distinta a los hombres con los que me codeaba. Él era varonil y atractivo de una manera mil veces más revoltosa, y poseía una mirada animal, demasiado fría y ardiente.

De todas formas, a pesar de que mi cita puso en práctica todos sus dotes de seducción, lo abandoné en mitad de la pista de baile cuando, mientras sonaba una canción movidita, sus manazas me agarraron por el trasero y me arrimaron a él. Me zafé de sus garras lanzándole una mirada que lo dejó bloqueado y al ver que Angy se lo estaba pasando de escándalo con el otro tío, salí del local.

¿Quién era yo para pedirle que nos marcháramos? No quería aguarle la fiesta.

Enfilé hacia el *parking* a la vez que le mandaba un mensaje de texto para que no se preocupara.

Hacía apenas un segundo que le había dado a la tecla «enviar» cuando mis pies se pararon en seco. El corazón empezó a latirme desbocado y aunque solo podía oír la música que retumbaba desde el interior del local, estaba convencida de que había advertido el sonido de unos pasos detrás de mí. Me giré sobre mí misma, pero estaba sola en el callejón, con el móvil en la mano.

Desde entonces había tenido la alarmante sensación de que alguien me vigilaba. ¡Qué estupidez!

¡No podía ser tan tonta! La persona que atemorizaba mis pensamientos se encontraba encerrada a más de cuarenta minutos de la ciudad.

Reprendiéndome a mí misma por permitir que una absurda amenaza me afectara de ese modo, sacudí la cabeza y me di la vuelta. Pero me quedé inmóvil al distinguir una sombra humana internándose en la cocina. Corrí hacia allí y encendí las luces, creyendo que me encontraría con Zack Cassidy y su sonrisa irónica. Pero no había nadie. Mi imaginación me estaba jugando malas pasadas.

Exhalé un suspiro lleno de agotamiento y miré el reloj colgado en la pared. Eran más de las cuatro de la madrugada. Resoplé con desencanto y caminé hacia mi habitación, conteniendo el impulso de revisar la cerradura por enésima vez.

Cuando me tendí boca arriba sobre la cama, no logré dormir por más que lo intenté. Fue imposible. Cada vez que cerraba los ojos, unos iris fieros con vetas grises, azules y verdes aparecían como imágenes pecaminosas en mi cabeza..., ansiosos por atraerme hacia un lugar sombrío y morboso de mi subconsciente.

*Viernes, 14 de agosto de 2009.*

Giraba el bolígrafo entre mis dedos en un intento por distraerme, esperando a que la puerta se abriera y entrara el hombre que había alterado por completo mis horas de sueño. Isaac había sido el encargado de conducirme hasta la sala de las entrevistas, en pleno silencio, mientras tanto Steve iba a buscar al recluso.

Depositó el tubo con tinta sobre la mesa justo cuando noté movimiento a mis espaldas. La sangre se me congeló en las venas al percibir el sonido de las cadenas chocando unas con otras cada vez que él avanzaba hacia mi posición. Sus pisadas eran provocadoras, lo que causó que un remolino de nervios se instalara en mi vientre. No entendía por qué me impresionaba tanto su presencia, pues nunca había perdido el control de mi cuerpo y muy pocas veces el de mi mente.

Mientras pugnaba por relajarme para que mi apariencia fría hiciera el honor de aparecer, atisé parte de su mono azul e hice un esfuerzo por no contener el aliento cuando se plantó frente a mí. Fue entonces cuando me di cuenta de que había temido que Zack hubiera estado rondándome en los últimos días, y que las sombras que divisaba en cada esquina no fueran consecuencia de mi paranoia mental.

Mi corazón dio una voltereta cuando le oí reírse por lo bajo a la vez que tomaba asiento.

—Buenos días —dije después de que se hubo acomodado en la silla. Lucía relajado y me observaba con atención, pero me centré en mis apuntes para no seguir mirándolo—. Empecemos cuanto antes. Hoy disponemos de diez minutos menos.

—¿Qué tal su fin de semana? ¿Salió a bailar por ahí?

Alcé los ojos hacia los suyos y aunque procuré no mostrarme alarmada, sus labios se estiraron en una sonrisa cuando apreció una pizca de angustia en mi semblante.

Me estaba tomando el pelo.

—¿Le interesa?

—La verdad es que no. —Dibujó un mohín de burla. Yo me dispuse a revisar el informe, pero su voz profunda me interrumpió—. ¿Quiere saber qué hice yo?

—La verdad es que tampoco me interesa.

Sonrió como si no me creyera.

Experimenté cierta subida de temperatura en mi cuerpo y me odié por ello.

—Vaya al grano, doctora.

—Hoy hablaremos de su infancia —dije a la vez que el ritmo de mi corazón se iba ralentizando segundo a segundo—. ¿Dónde se crio? Cuénteme sobre su familia.

Dejó escapar un suspiro de hastío.

—Nací el 10 de abril en una ciudad llamada El Fuerte, en México. John, mi hermano, también nació allí, tres años antes que yo. Mi madre era mexicana y mi padre norteamericano. Se enamoraron cuando él visitó la zona. Según me dijeron, ambos tenían amistades en común y se casaron al poco tiempo de conocerse. Yo no tenía ni once meses de edad cuando decidieron mudarse a Seattle, donde era originario mi padre. Aun así, me defiendo con el castellano, pues a veces mi madre se empeñaba en hablar en su

idioma. —Se encogió de hombros—. El caso es que cuando cumplí cinco o seis años, nos mudamos a otro vecindario, a un bloque de viviendas que apenas podía mantenerse en pie. Era un barrio marginal. Había tíos borrachos y fétidos a meado tirados en las escaleras, putas inyectándose heroína y parejas de drogadictos follando en cualquier esquina, a la vista de todos. —Hablaban sin emoción sobre aquella etapa de su vida, pero lo que me estaba contando era duro y serio—. Fui a la escuela hasta los diez años, pero mi educación siempre dejó bastante que desear. Era un crío muy desobediente, no podía estar quieto y eso era motivo de discusiones.

—¿Discusiones entre quiénes?

—Entre todos. Mis padres solían discutir a menudo.

—¿Por usted?

Frunció el ceño en un gesto pensativo.

—Supongo que discutían en general. Para ser sincero, estaban como unas putas cabras. Si no discutían era o porque estaban durmiendo la mona o porque estaban follando en plan reconciliación.

Usted ya me entiende. John era el único que no se entrometía en nada. —Su expresión cambió ligeramente al mencionar a su hermano. Aun así, me era imposible descifrar lo que sentía Zack en ese preciso momento—. Él sabía que lo mejor era no meterse en líos. Era un niño tranquilo e inteligente. Él sí era capaz de distinguir el bien del mal.

—¿Y usted no?

—Ni siquiera ahora soy capaz de hacerlo. Desde que tengo uso de razón las peleas, los golpes y

los insultos me parecían normales. ¡Esa mierda sucedía cada maldita hora en nuestra casa! Siempre creí que mis padres se trataban de forma correcta; que, si alguien me ponía un dedo encima, tenía el derecho de asestarle un puñetazo y causarle mucho más dolor del que me había infringido. —Sonrió con ironía—. Ya ve, doctora. Con solo diez añitos, apuntaba maneras.

Ignoré su sarcasmo.

—Sus padres nunca les mostraron cariño.

—Lo hacían muy rara vez; cuando estaban limpios de coca o heroína, o lo suficientemente sobrios como para vernos delante de ellos. —Hizo una pausa—. No sé cuándo empezaron a consumir, pero tampoco poseo muchos recuerdos de ellos estando sonrientes o serenos. Varias veces vi a mi padre levantarle la mano a mi madre y también a mi madre levantársela a él. Solucionaban los problemas así, a gritos y a golpes, después caía algún que otro polvo para hacer las paces. No había armonía en esa casa y mucho menos amor. Pero aunque ellos hubieran sido cariñosos con nosotros, no tienen excusa para lo que hicieron después.

Terminó de hablar, y yo escribí un par de datos en mis notas personales.

—¿Qué es lo que hicieron?

—Para mis padres, mantener a dos críos les jodía a menudo los planes, por lo de consumir drogas y tal, por lo que a veces tenían que reducir la dosis. No poder meterse toda la mierda que deseaban les ponía muy alterados. Una mañana, en el bus de camino al cole, le pregunté a John por qué se habían vuelto tan adictos a esa porquería que esnifaban por la nariz mientras nosotros veíamos algún programa de televisión.

Alcé una mano para interrumpirle.

—¿Consumían sustancias ilegales delante de ustedes?

—En esa casa no existían las reglas. Ellos bebían, follaban y se drogaban cuando les apetecía. —

Dominé una mueca de disgusto. Mi tía Emma nunca me había prestado mucha atención, pero por lo

menos no hizo ninguna de esas barbaridades—. Como le iba diciendo, tuve interés en saber por qué mis padres parecían tan desesperados cuando no podían ponerse hasta el culo de coca. Recuerdo que, ante mi pregunta, mi hermano se encogió de hombros y dijo que cuando estás colocado te pones a

cien, te sientes capaz de todo y el sexo es mil veces mejor.

—¿Y su hermano cómo sabía eso? —pregunté con sorpresa y turbación.

Se rio entre dientes.

—¿No se lo imagina? Menudo cabroncete. Y parecía un angelito. —Soltó una carcajada ante mi

cara pálida—. Doctora, no se asuste. Mis padres dejaban todo perdido en el salón. Es normal que John hubiera probado las drogas a tan corta edad. Yo, años más tarde, descubrí que él estaba en lo cierto.

Follar mientras estás bajo los efectos de la cocaína es alucinante.

—No sabía que usted fuera cocainómano.

—No lo soy —dijo con rotundidad—. Esnifé una raya una noche, conduje no sé cuántos kilómetros hacia el sur de Seattle y me follé a dos putas en un callejón. Quería demostrarme a mí mismo que mis padres eran unos capullos con debilidades y que la coca no influenciaba en el sexo.

Pero me equivoqué... Es jodidamente excitante.

—¿Está justificando el comportamiento de sus padres?

Me lanzó una mirada asesina.

—¡Claro que no! ¡Cedernos a John y a mí como si fuéramos dos trozos de carne no tiene justificación!

—¿A quién les cedió la custodia de su hermano y de usted?

Su cuerpo se volvió rígido.

—A Benicio Velázquez. Mis padres hacían algunos «trabajitos» para él a cambio de un par de gramos. Pero últimamente nada era suficiente para ellos. Estaban cegados por la necesidad. Un día, al parecer, no aguantaron más el mono y hablaron con ese cabrón para ofrecerle un trato. —Enmudeció un momento—. La vida de John y la mía por unos cuantos kilos de coca. Estoy seguro de que Benicio se rio al oír tal disparate. Nuestras vidas no valían tanto. Las vidas de dos mocosos no valen nada.

Pero Benicio les propuso otro trato: unos pocos miles de dólares a cambio de que renunciaran a nosotros. Para siempre. Por supuesto, mis padres aceptaron, aun sabiendo que no les iba a durar mucho el dinero.

En ese momento me di cuenta de que mi vida con mi tía no había sido tan espantosa después de todo. En comparación con la infancia de Zack, parecía un camino de rosas. Jamás pasé frío o hambre, a no ser que así lo decidiera yo. Gocé de comodidades que, aunque a mí me traían sin cuidado, en ese preciso instante las aprecié más que nunca. El hombre que me miraba como si me estuviera leyendo la mente, no había tenido oportunidad de ser una persona de bien. Jamás había recibido afecto. Ni siquiera tenía una educación básica. ¿Era lógico que hubiera acabado donde estaba? Lo raro habría sido que no lo estuviera.

—¿Qué sucedió después? ¿Se despidieron de sus padres?

—No. La última vez que les vi fue cuando Benicio vino al apartamento a negociar sobre nosotros.

Mis padres nos pidieron a John y a mí que nos encerráramos en la habitación que compartíamos.

Cuando oímos la puerta principal, al cabo de unos minutos, nos dimos cuenta de que se habían largado. Un momento después unos matones vinieron a por nosotros y tras cargarnos sobre sus hombros como si fuéramos dos sacos de patatas, descendieron las escaleras y nos metieron a la fuerza en un todoterreno negro.

Todo aquello era horrible.

Sentí una sensación de amarga impotencia.

—¿Conocían a Benicio antes de ese día?

—No. Todo lo que sé ahora es porque Benicio nos lo contó una vez que estuvimos bien domesticados.

—¿Qué quiere decir con eso?

Me miró como si fuera una ingenua.

—Benicio vio negocio en nosotros. Éramos jóvenes. Teníamos potencial. Así que se propuso doblegarnos. Nos rompió como personas y quebrantó nuestra voluntad hasta que no pudimos tomar decisiones salvo las que él nos ordenaba.

—¿Cómo lo consiguió? —inquirí en voz baja.

Sus ojos se tornaron casi negros por el recuerdo.

—Nos dejó a disposición de uno de sus esbirros, su mano derecha en aquel entonces; un estúpido grande y desaliñado. Se le conocía por el nombre de Franco. Él condujo el todoterreno hasta un vecindario al otro lado del lago. Yo no paré de patear y de removerme en el asiento. John, por el contrario, se limitó a mirar por la ventana. Estaba serio, como si supiera que nuestros padres no iban a volver nunca y que algo malo se avecinaba. Recuerdo que me impacienté ante tanto silencio y empecé a preguntarle a gritos al tal Franco quién era y adónde nos dirigíamos. John posó una mano sobre mi brazo y me pidió que me callara. Pero no le hice caso. Franco, harto de mi pataleta, me miró por el espejo retrovisor y me ordenó que tuviera el pico cerrado, o me haría llorar como a una niña cuando la desvirgan.

Un nudo me oprimió la garganta.

—Siga, por favor.

—Yo seguí gritando como un loco. —Sonrió apenas—. ¿Se hace una idea de lo que sucedió cuando llegamos a una casa casi en ruinas? —Esperé la respuesta con el corazón en un puño—. Creo que nunca he llorado tanto en toda mi jodida vida. —Cerró los ojos como si estuviera reviviendo todo aquello—. Cuando aparcó con brusquedad, intenté correr antes de que tuviera oportunidad de atraparme, pero me agarró por la nuca y con la otra mano inmovilizó a John por el suéter. Pataleé...

¡Joder, si pataleé! Franco estaba tan furioso conmigo que, cuando nos empujó dentro de la casa, apartó a John de un manotazo y a mí me estampó contra la pared más cercana. —Mis mejillas enrojecieron como llamas a causa de la indignación—. Perdí el conocimiento.

Inspiré hondo.

La entrevista se me estaba haciendo eterna.

—¿Recuerda cuándo se despertó?

—Lo recuerdo todo —admitió estirando las piernas. Sus pies cubiertos por unas zapatillas blancas rozaron mis rodillas. Me estremecí y me alteré aún más—. No sé cuánto tiempo estuve fuera de combate; quizás pocos minutos o tal vez horas. Volví en mí con el rostro empapado de lágrimas y un dolor lacerante en la frente. Cuando me toqué la piel, estaba húmeda. Era sangre. Tenía un tajo cerca del ojo y aunque la herida era superficial, sangraba bastante; por suerte no me quedó cicatriz. —Se señaló el lado izquierdo, próximo a la ceja, con las manos unidas—. Estaba desorientado, pero pronto me percaté de que me habían metido dentro de un armario minúsculo. Tuve que encogerme

para estar más cómodo. No había luz. Grité el nombre de mi hermano. Perdí la cuenta de las veces que chillé con la garganta desgarrada hasta que John por fin respondió. Su voz sonaba lejana; a él también lo habían encerrado en un armario.

No quería oír más detalles. El exsicario, en ese momento, se había esfumado como el humo. Era

como si tuviera frente a mí a un niño rubio y de ojos exóticos, relatándome su cruel historia. Pero debía proseguir. No podía ablandarme.

—Si Benicio pagó por poseer sus vidas, ¿por qué le cedió el cargo a su mano derecha? Imagino

que él conocía las sádicas medidas que iba a tomar ese hombre contra ustedes.

—Confió en que Franco no nos mataría mientras nos adiestraba. El plan era simple: quebrarnos a base de premios y castigos hasta que obedeciéramos a ciegas. Hicieron falta cuatro meses para conseguirlo. Sé que no es mucho tiempo, pero para mí, y estoy seguro de que para John también, fueron un infierno.

Clavé la mirada en mis notas y apunté algunas frases. Ese tipo de enseñanzas eran utilizadas con bastante frecuencia en las mafias, para manipular a chicas y a chicos jóvenes hasta lograr que fueran dóciles. Muchas veces las amenazas y los secuestros entraban en el juego. No era de extrañar que, al final, él y su hermano hubieran decidido acatar las órdenes para evitar ser sancionados.

—¿En qué consistían los premios y los castigos?

—Si no hacíamos lo que nos ordenaba Franco, nos daba unas palizas de infarto hasta que no éramos más que músculos temblorosos en el suelo. En ocasiones ese capullo estaba de un humor de perros y nos encerraba durante días en el armario, sin agua, luz y comida. —Como si percibiera la duda en mis ojos, añadió—: Pero siempre por separado. John y yo solíamos hablar cuando le oíamos salir por la puerta principal. Para que no nos muriésemos deshidratados nos entregaba una botella de agua, que ni siquiera rebasaba la mitad. Teníamos que ingeniárnosla para administrarla bien. Los premios, sin embargo, eran más simples. Nos daba comida más o menos buena, nos permitía ver la

televisión o podíamos deambular por el patio trasero. El simple hecho de notar la luz natural en el rostro, o apreciar la decadencia de la casa, era un regalo caído del cielo.

—¿Hubo abusos sexuales?

—No.

—Cuénteme cómo fueron los siguientes meses.

—Nos fuimos a vivir a la vivienda particular de Franco. Nuestro entrenamiento continuó en uno de los muchos almacenes de Benicio y empezamos a cometer delitos menores. Pero los maltratos nunca cesaron. Era una forma de que no olvidáramos quién estaba al mando. No vimos a Benicio en los siguientes dos años. Cuando nuestra formación hubo finalizado, John y yo éramos unos delincuentes expertos. Más adelante nos largamos a Rainier Valley. Yo me independicé poco después.

—¿Y esa vida era suficiente para usted?

—Tenía todo lo que necesitaba: cama, comida, mujeres.

—¿Franco trabajaba con ustedes?

—Él se encargaba de otros asuntos... hasta que se pasó de listo.

Tragué saliva.

—¿Le mató?

Esbozó una sonrisa.

—Pegué el estirón en plena adolescencia. A los veinticuatro, era mucho más grande, fuerte y ágil que ese subnormal —dijo con un guiño de ojo. Jamás admitiría un crimen que no hubiera declarado ante la justicia, pero, de todas formas, su respuesta me sirvió—. Le diré un secreto: me quedé bastante a gusto esa noche.

No me cabía la menor duda.

—Benicio también se habrá quedado bastante conforme con el resultado —deduje con cierta ironía.

—Mientras cumpliera la orden..., a él le importaba más bien poco mi procedimiento.

La hora iba a concluir, así que me apresuré a hacer un resumen de la entrevista.

—Tras oír su testimonio, no entiendo un par de cosas que para mí son de vital importancia. —

Aguardó a que continuara hablando—. Benicio pagó para conservar la vida de John y la de usted, consintió que un hombre de su confianza se ensañara contra ustedes y, como si eso fuera poco, les metió en el mundo de la delincuencia para su propio beneficio —callé un segundo y fruncí el ceño—.

Lo siento, pero no comprendo por qué no ha querido hablar sobre ese hombre con la policía. No entiendo por qué no desea ayudarles en la investigación que tienen contra Benicio. Lo único que sospechan las autoridades es que usted asesinó a Pablo Velázquez porque quería cobrarse la vida de John Cassidy.

Se encogió de hombros.

—No sé dónde está ese tipo.

—¿Por qué le encubre?

—No lo hago. —Se puso a la defensiva—. Y no intente meterse en mi mente. No pierda el tiempo.

No encontrará nada y lo poco que encuentre no le gustará.

—Todavía quiere vengarse —me aventuré a decir.

Negó con la cabeza y echó la silla hacia atrás.

—Hasta la próxima semana, doctora Evans.

—Espere, por favor. —Se quedó inmóvil en el asiento, con las piernas separadas, las manos en el regazo y sus pupilas fijas en las mías—. Sé que no se arrepiente de nada de lo que ha hecho, pero si tuviera la oportunidad de salir de prisión, ¿no le gustaría vivir como un ciudadano humilde y honrado? ¿Nunca se ha imaginado trabajando en algo que no tuviera que quitar para ganar?

Sus ojos chispearon con poderío.

Y a mí se me agitó el corazón. Quizás había ido demasiado lejos con mis preguntas.

—No me arrepiento ni me arrepentiré de mis acciones. Nunca he sido un hombre íntegro y tampoco pretendo serlo. Así que le diré lo siguiente de la forma más sutil posible: jamás voy a cambiar. Esto, el hijo de puta sin sentimientos que tiene delante de usted, es todo lo que soy. No hay más. Solo carne y hueso. Y le aseguro que no hay dinero en el mundo que pueda hacerme cambiar de opinión. Y tampoco existe la mujer que sea capaz de arreglar mis defectos. Nunca la ha habido y ahora menos aún. ¿Quiere hacerse un favor, doctora? Olvídese del niño maltratado, porque ya no queda ni una migaja de él. Hace tiempo que ese pequeño se convirtió en un monstruo, en un ser tan desalmado que me deberían haber condenado a muerte. —Se levantó con destreza de la silla mientras seguía mirándome. Las botas de quien supuse que eran de Isaac resonaron en el espacio. Yo también me puse en pie y, de inmediato, elevé mi mano para que no nos interrumpieran, con el corazón laténdome con potencia—. Pero en algo tiene razón: aún ansío venganza. Lo deseo con todas mis fuerzas. Y si para conseguirlo tuviera que matarla a usted, no le quepa duda de que lo haría sin titubear, aunque tuviera que destriparla con mis propios dedos. —Dio un paso al frente. Isaac le agarró por el brazo, pero nuestros ojos no se separaron ni un segundo—. Dígame, doctora, ¿aún ve al niño de diez años en mí?

Tomé una gran bocanada de aire. Me sentía mareada. El corazón me iba a estallar en el pecho.

—Yo...

—No se esfuerce. No merece la pena. —Retrocedió sin parar de observarme como una pantera—.

Que tenga un buen día. Y no olvide chequear las cerraduras.

Y con esas palabras... se marchó.

4

**Zack**

*Viernes, 21 de agosto de 2009*

*En la celda. Prisión de Nueva Folsom.*

Tres mil ciento treinta y tres días. Ese era el número exacto que me perseguía a todas horas, que aumentaba cada segundo un poco más. Tres mil ciento treinta y tres días teniendo las mismas infames perspectivas, obligado a compartir el mismo aire viciado con cientos de hijos de puta a los que no conocía de nada, a pesar de los años que llevaba allí. Tres mil ciento treinta y tres días atrapado en una celda.

Elevé mi mirada hacia el techo, con las manos trenzadas bajo la nuca, tendido en el colchón.

Cuando ingresé en la trena, creí que me volvería loco. O quizás ya había enloquecido. A decir verdad, no me di cuenta de dónde me encontraba hasta que cerraron la puerta de acero detrás de mí. Y

entonces, por primera vez, recordé lo que había ocurrido. Recordé a John, en su casa, muerto; la breve lucha contra Paul Saunders que, tras ensañarse con mi hermano y reducirlo a un montón de carne inservible, pretendía matarme también; el trayecto hasta Sacramento, influenciado por el odio, el dolor y

un profundo deseo de venganza; mi dedo índice apretando el gatillo contra Pablo Velázquez; los policías tirándome al asfalto mientras los gritos hacían eco a mi alrededor. Y por último mi entrada en Nueva Folsom donde me identificaron, confiscaron las pocas pertenencias que tenía conmigo y tras cachear todos mis orificios, sin excepciones, me facilitaron un juego de sábanas, una manta y algunos artículos de higiene personal.

Fui asignado al nivel IV, la unidad más controlada del trullo, donde los tíos más violentos estaban confinados, privados de cualquier privilegio. Me prohibieron acceder a las salas de entretención, no podía trabajar ni recibir paquetes y tampoco disfrutar de visitas regulares. Eran más de veintidós horas pudriéndome en una celda que no medía más de 2,4 x 2,4 metros.

Tenía suerte de no estar aislado en confinamiento solitario, aunque los primeros veinte meses experimenté de primera mano lo que era no hablar con nadie las veinticuatro horas del día, los siete días de la jodida semana. Los tipos considerados altamente suicidas y los miembros de las pandillas criminales eran enviados a aquellas malditas celdas, comían allí mismo y cuando se les permitía salir del agujero, los encerraban en una especie de jaula individual para animales, con una barra anclada en el techo para que pudieran divertirse colgándose como monos.

El único modo de escapar de ese infierno, para ser llevado a otro no mucho mejor, era siendo un informador. Un chivato. Los que cometían esa locura no tardaban en aparecer muertos. A mí me liberaron tras comprobar que ya no pertenecía a ninguna banda y también por buena conducta, pero eso no significaba que estuviera menos custodiado siendo uno más de la población general de la prisión.

Mi vida transcurría de esa lamentable y precaria manera mientras que Benicio Velázquez, el hijo de puta más grande del universo, seguía suelto, sin pagar por sus delitos. Pero aquello era culpa mía.

Debí haberme imaginado que ese cabrón tramaba algo contra mi hermano y contra mí. Debería haber hablado de nuevo con John; advertirle que, por más que lo ansiara, desobedecer a Benicio no era la solución. Pero ¿acaso me hubiera hecho caso? Él llevaba meses distraído, hasta la polla de cumplir órdenes que solo enriquecían a ese gilipollas y que nos perjudicaban a nosotros, sus marionetas que teníamos que respetar todo lo que salía de su boca.

Meterse con Benicio, cuyo poder se extendía más allá de las fronteras norteamericanas, era sinónimo de que la muerte te visitaría pronto. Yo, en aquel entonces, era la parca para los miserables que estábamos metidos en ese mundo. A cambio de unos cuantos miles de dólares me encargaba de

que los morosos, los traidores y los que pasaban a formar parte de la temida categoría

«prescindibles» desaparecieran de la faz de la Tierra. Nunca cuestioné las decisiones que se tomaban.

Jamás pedí explicaciones ni me involucré en asuntos de narcotráfico. Pero John sí. Y gracias a ello conocía algunas de las actividades que manejaba mi queridísimo exjefe.

Benicio era un hombre carismático y perseverante; resumiendo: un líder nato. Sangre mexicana circulaba por sus venas, pero hacía tiempo que residía en Seattle, con su mujer de la adolescencia; una rubia flaca y muy elegante, pero demasiado frígida en la cama, según palabras textuales de él. La ciudad más grande del estado de Washington se convirtió en su imperio gracias a los rentables negocios que compartía con el Cártel de Sinaloa. Mientras la droga era comprada en Colombia y luego trasladada a México, Benicio

se encargaba de que los incalculables kilos de cocaína y heroína cruzasen la frontera sin problema alguno.

Ni mi hermano ni yo sabíamos a ciencia cierta el procedimiento que seguía ese capullo en sus negocios, pero sí que la droga era movilizaba a Seattle, Chicago, Arizona, California, Nueva York y otras grandes capitales por medios de transporte tales como aviones, buques llenos de contenedores, lanchas rápidas, automóviles e incluso submarinos. Pero lo más eficiente, además de los barcos, eran los túneles secretos que la DEA (Administración para el Control de Drogas) no había descubierto aún. La influencia de Benicio Velázquez no conocía límites. Pero mis corrosivas ansias de cargármelo, lenta y dolorosamente, tampoco.

La ranura de quince centímetros que había en la puerta de la celda se abrió de golpe.

—Cassidy, levanta —ordenó el mismo guardia de todos los días, con irritación, mientras Steve Dalton me vigilaba de cerca—. Tienes permiso para ir a las duchas.

Con desgana atrapé el kit de higiene personal, lo situé cerca de la puerta y saqué las manos por la abertura. De inmediato, sentí las esposas en contacto con mi piel seguido del chirrido que emitía la puerta al abrirse. El hombre que recién había hablado, bien armado y vestido con un uniforme verde y botas negras, igual que su colega, recogió la bolsita y, entre los dos, me escoltaron hasta las duchas.

Eran las ocho y treinta minutos de la mañana, pero hacía más de media hora que habían hecho el

primer recuento de la jornada. La mayoría de los internos se encontraban en el comedor, pero yo prefería saltarme el desayuno, pues ese era uno de los pocos momentos en el que las duchas estaban vacías.

En todos esos años no había tenido ningún altercado. Mi supervivencia se basaba en una norma tan básica como útil: pasar desapercibido. No me metía en asuntos ajenos ni expresaba mi opinión, por más que algo me fastidiara. La gente allí solía estar cabreada por todo, pero aquello era normal.

No hacer nada el día entero, muchas veces durante décadas, era para estar de muy mala leche y hacía que volara la imaginación.

Una vez que alcanzamos las duchas, tiraron mi kit al suelo y me quitaron las esposas. Conteniendo un gruñido, tomé la bolsa y me interné en el aseo con una mueca en los labios. Esa parte de la prisión no era mucho mejor que las celdas. En realidad, era sencillo coger una infección de cojones como consecuencia de la humedad y las altas temperaturas, así que siempre acomodaba la toalla debajo de la alcachofa. No había cortinas. Ni puertas. Ni armarios. La intimidad era un lujo inalcanzable.

El agua tibia aterrizó sobre mis hombros. Incliné la cabeza hacia delante, agradecido por aquella relajante sensación. Sin embargo, mientras varios chorros de agua descendían sin rumbo fijo por mi cuerpo, me mantuve alerta por si algún cabrón pervertido irrumpía en el aseo. Las violaciones, silenciadas por el centro, ocurrían con bastante frecuencia. Las víctimas eran casi siempre chavales sin un bando definido, carnada fácil, sin posibilidad de defenderse contra los depredadores. Otros, los conocidos como *fuckboys*, intercambiaban sexo a cambio de favores como comida, tabaco o protección.

A mí nadie se me había insinuado, ni para abusar ni para ser abusado, pero había visto cómo algunos cerdos forzaban a pobres infelices a comerles la polla, incluso cómo les follaban el culo contra la pared

que se alzaba ante mis ojos.

Era repugnante.

Cerré el grifo, pateé la toalla mojada para apartarla de en medio y me vestí sin secarme. Cuando me devolvieron a la celda, me lavé los dientes y me peiné con los dedos. El mobiliario consistía en cuatro mierdas roñosas: una cama hecha de hormigón, una mesita fabricada con el mismo material y un lavabo e inodoro oxidados por el uso. Como única fuente de luz, una bombilla colgaba del techo.

Me senté en el colchón tras estirar la manta y me froté la cara con ambas manos, muerto del asco y del aburrimiento. No me apetecía leer el libro que me habían entregado a principios de mes, ni dormir un rato más y tampoco fantasear con que volvía a follar con una mujer. O con la doctora Evans. De inmediato, me puse duro.

*Joder.*

Cuando me dijeron que buscaban a un interno para participar en un estudio empírico, no dudé en fingir interés y así abstraerme un poco de lo que me rodeaba. Pero jamás imaginé que por la puerta de las entrevistas aparecería una mujer como la doctora Evans. La verdad es que me importaba una mierda la tesis en la que estaba trabajando, pero cuando abrió sus labios, mullidos y apetecibles, de un color rojo delicioso, y sus palabras sonaron gélidas como el mismísimo hielo, produciéndome un extraño escalofrío en la columna, supe que no pararía de decirle barbaridades hasta derribar aquella muralla de impasibilidad que la envolvía.

Esa mujer daba la impresión de ser tan fría, tan inaccesible, tan jodidamente controlada, que algo dentro de mí ansiaba verla ceder para que luciera cien por ciento humana y no un robot cuyos movimientos habían sido programados con antelación. Sin embargo, cada vez me era más complejo

apaciguar los impulsos que me asaltaban cuando estábamos el uno frente al otro.

¿Era lógico que anhelara destrozarla hasta que no quedara más que ella misma? La quería desnuda e indefensa y no solo de una manera física, sino también mental y emocional. Quería indagar si había algo más que puro hielo en su interior.

La ranura de la puerta chirrió de nuevo.

—Es la hora —me informó, esta vez, el tal Steve—. Ven a que te ponga las esposas y los grilletes.

Sujeto de pies y manos, nos dirigimos hacia la sala de las entrevistas. La habitación estaba apartada de las celdas. De hecho, había que rodear media edificación y pasar por varios controles de seguridad para que se cercioraran de que no llevaba ningún objeto oculto en mis prendas. Parecían unas medidas exageradas, pero los presos se las rebuscaban para fabricar navajas, pinchos creados con restos de huesos, lápices utilizados como punzones y un sinfín de armas más que ponían en peligro la vida del personal y la de los reos.

Entré en la sala y, de inmediato, la espalda de la doctora Evans me saludó desde la distancia.

Caminé hacia ella mientras el guardia se ubicaba en un rincón cercano, y noté cómo los músculos de la

psicóloga se ponían tensos a causa de mi proximidad. Con una odiosa sonrisa en mi boca, esquivé la mesa rozando a propósito su codo desnudo y me senté en la silla que había frente a ella.

La miré a los ojos.

La doctora apretó un poco los labios, pero me sostuvo la mirada.

Esas pequeñas reacciones en ella me sabían a gloria bendita.

Se había maquillado un poco más de lo habitual, pero su expresión seguía siendo serena y sofisticada. La delgada línea de kohl negro le daba un aire sensual y misterioso, destacando el color oscuro de sus iris, con manchas azul hierro que parecían decenas de estrellas bajo la luz artificial. Un ligero rubor resaltaba su tez nívea y también sus graciosas pequitas repartidas en sus pómulos y en su nariz. Y su melena tono carbón, larga y lisa, sin estar amarrada en esas coletas altas que ella solía usar, se ajustaba a la estructura ósea de su rostro.

No había ninguna duda.

Era una mujer muy atractiva.

—Qué guapa se ha puesto hoy para mí, doctora.

Levantó la barbilla en un gesto de soberbia.

—Ha vuelto a llegar tarde, señor Cassidy. La próxima vez sea puntual, por favor—se quejó con voz tranquila. Qué ganas me dieron de demoler toda esa puta fachada que había en ella—.

Disponemos de menos tiempo para conversar. Otra vez.

Puse cara de estar arrepentido, o al menos lo intenté.

—Me entretuve más de lo debido en mi celda, pensando en usted.

—¿Disculpe?

—Dije que estuve distraído imaginando qué guarda el recatado escote de su blusa —comenté a la vez que recorría su cuerpo con los ojos, con parsimonia, posándolos a la altura de sus tetas. Su respiración se tornó un pelín más agitada; una reacción casi imperceptible—. No son muy pequeñas.

—Abrí las palmas sin poder separar las muñecas a causa de las esposas—. Creo que caben perfectamente en mis manos.

Tensó la mandíbula y un rubor más intenso acudió a sus mejillas.

—¡Basta! —gruñó en un susurro.

—¿Le molestan mis palabras?

—Sí, y no me gusta a lo que está jugando.

—No juego a nada, pero me encantaría jugar con usted.

Sus ojos soltaron chispitas asesinas, pero se obligó a serenarse y extrajo sus apuntes del maletín.

Yo, en cambio, me había empalmado con mi propia declaración. Deseaba tocarla tal como le acababa de confesar.

—Le he estado dando vueltas a lo que me reveló la última vez y me han surgido algunas dudas sobre Benicio.

El nombre de ese hijo de puta hizo que se me bajara de inmediato la erección.

—No voy a hablar de él.

—La semana pasada dijo que aún ansía venganza —me ignoró con descaro—, pero ¿no cree que

debería pasar página y abandonar cualquier resentimiento que le haga más tedioso el día a día?

Tuve el arrebato de preguntarle: «¿Y qué cojones sabe usted cómo es mi día a día?». Pero me frené a tiempo.

—Quiero que pague por la muerte de mi hermano.

—Lo hará cuando la justicia le encuentre y sea condenado. No quedará exento de culpa.

Me eché a reír a carcajadas.

Mi risa reverberó en la sala.

—¡La justicia! —me descojoné sin pizca de humor—. ¡La justicia lleva más de ocho años tocándose los huevos con las dos manos!

—Señor Cassidy... —enmudeció cuando me incliné sin demasiadas sutilezas hacia delante. No pretendía asustarla, pero me traía por culo si lo hacía. A fin de cuentas, yo no estaba ahí para caerle bien.

—No descansaré hasta liquidar las cuentas pendientes que tengo con ese miserable.

—¿Y cómo pretende saldarlas?

Me encogí de hombros y volví a mi sitio.

No tenía ni puta idea.

—Me temo que ese dato no lo compartiré con usted.

—¿Por eso no quiere testificar contra él? Es cierto que Benicio tiene antecedentes penales como líder de la Mafia Mexicana y es buscado por tráfico de estupefacientes, pero no por homicidio. Y lo que usted me ha contado no es una confesión oficial. —Hizo una corta pausa—. Cuando a usted le arrestaron, la policía sumó dos más dos e investigó a fondo el homicidio de John, intentando establecer un patrón entre ese asesinato y Benicio y así poder jugar esa baza contra él. Pero no hallaron sus huellas en la escena del crimen. Y sin una confesión ni pruebas sólidas... —se interrumpió a sí misma. Yo no me inmuté ante aquella verdad—. Incluso si le atraparan, no cumpliría condena por homicidio.

—Lo sé.

—Si lo sabe, ¿por qué guarda silencio a favor de Benicio? —Cansado de toda esa comedia de

tarro, desvié mi atención hacia las paredes neutras. Los guardias permanecían casi al final de la sala, con los cinco sentidos puestos en nosotros. Sin embargo, su voz me retornó al presente—. Piensa que va a salir de aquí.

Giré la cabeza hacia ella y nuestras miradas se unieron. Le sonreí con el propósito de turbarla.

—¿Y usted no?

—No. ¿Por qué...?

—¿Qué edad tiene? —la interrumpí rehusándome a responder más preguntas.

—¿Por qué...?

—Porque quiero saber más sobre usted —la callé de nuevo.

Frunció el ceño y respiró hondo.

—¿Va a dejarme hablar?

—Sólo si sacia mi curiosidad —y puse especial énfasis en el verbo «saciar».

—No quiero sonar grosera, pero soy yo la que formula las preguntas.

—Siempre puedo negarme a responderlas.

—¿Por qué haría tal cosa?

—¿Qué hay de malo en que me diga su edad? —me reí sin ganas para destensar un poco el ambiente, pero ocurrió todo lo contrario. El silencio nos aproximó aún más y la tensión que nadaba entre nosotros siguió creciendo a niveles desorbitados.

Quería follármela.

Quería perderme dentro de ella.

—Veintiocho —respondió, dudosa.

—Cuando habla, parece más joven. —Ladeó la cabeza y me estudió con asombro mientras yo la analizaba a ella—. Tiene los dientes delanteros más largos que los demás. Eso le da un toque infantil, pero también muy sensual. —Se sonrojó de manera involuntaria y separó los labios para regular su respiración, que apenas se había alterado. Durante infinitos segundos la miré a los ojos y entonces, en un tono más cauto, dije—: Sé que no saldré nunca de esta mierda, pero no hallaré ni un resquicio de calma hasta que extermine a ese tío que me jodió la vida.

—El deseo de venganza le está perjudicando a usted, no a Benicio.

—¿Hay algún novio esperándola en casa?

La brusca interrupción la terminó de irritar.

—Mi vida personal no le concierne.

—Como quiera —acoté haciendo un gesto con las manos.

—Bien. —Se colocó un mechón de pelo detrás de la oreja. Tenía las mejillas encendidas. Qué preciosa se veía cuando no estaba tan pálida—. Como le decía...

Negué con lentitud y me arrellané más en el asiento.

—No me interesa seguir escuchándola. Sé lo que busca. No nací ayer, doctora, así que dígale a Benjamin Donovan que no conseguirá una confesión de mi parte. Y ahórrese los sermones.

—Nuestras conversaciones no han salido de aquí.

La observé un momento y me eché a reír al entender lo que le preocupaba.

—Teme que la estén utilizando para sonsacarme información y así poder hacer algún avance en el caso de ese capullo de Benicio. —No era una pregunta—. Omite lo que yo le ofrezco en cada entrevista para que no la despachen antes de lo acordado.

Estiró los hombros hacia atrás.

—Yo no he dicho eso.

Resoplé.

—No hace falta. Usted es como un libro abierto. Si alguien se detuviera a mirarla con atención, se daría cuenta de que hay tristeza en sus ojos; de que su frialdad se debe a una razón que mantiene con bastante recelo en secreto. O mejor dicho bajo tierra. No es feliz, quizás nunca lo haya sido y a juzgar por las capas de maquillaje que endurecen los suaves surcos de su rostro, tampoco duerme bien. ¿He acertado, doctora?

Un escalofrío naufragó por su cuerpo.

Incómoda, se agachó hasta agarrar un par de folios grapados del maletín.

—Son tests de empatía. —Me tendió uno—. Sea lo más sincero que pueda. Yo los evaluaré en privado. Nos quedan quince minutos, así que le dará tiempo a hacer unos cuantos.

Me acerqué a la mesa y escruté el folio escrito con afirmaciones del tipo «Me preocupo poco por los demás», «No siento compasión por las personas desempleadas», «No siento compasión por los criminales», entre otras, y cinco opciones a elegir que iban desde «Estar totalmente de acuerdo» a

«Estar totalmente en desacuerdo».

La miré y elevé una ceja.

—¿Pretende que pierda el tiempo tachando casillitas?

—Tome. —Depositó un bolígrafo cerca de mi alcance y observó mis manos apiñadas por las esposas—. Seguro que se las apaña.

Esbocé una sonrisa a la vez que sostenía el bolígrafo entre mis dedos.

—Me las he visto con menos. —Tras guiñarle un ojo, leí las frases y marqué con una cruz la opción que

más me convenía.

«Desprecio cualquier debilidad». Totalmente de acuerdo.

«Creo que está justificado pasar por encima de otros para conseguir mis propias ambiciones».

Totalmente de acuerdo.

«Tomo decisiones rápidas. Encajaría bien en un trabajo peligroso». Joder. Totalmente de acuerdo.

—Recuerde... —murmuró en voz baja—, conteste con sinceridad.

Levanté la cabeza al igual que la comisura izquierda de la boca.

—No la voy a engañar. Me estoy mostrando ante usted tal y como soy. —La vi realizar un leve movimiento afirmativo, pero sus ojos se habían quedado congelados en las caricias que le obsequiaban mis dedos al bolígrafo, así que me propuse divertirme un poquito a costa de ella—.

¿Tiene idea del poder que tengo ahora mismo? Podría abalanzarme sobre usted e incrustarle el bolígrafo en el cuello. Quizás sobreviva al ataque, depende de la profundidad que emplee en su carne tierna y joven, pero lo más probable es que le queden secuelas mentales; incluso fobia a estos chismes tan inofensivos.

Tragó saliva, pero su voz sonó distante.

—Tiene cierta obsesión por mi cuello.

—Parece suave. Me pregunto si otras zonas de su cuerpo son así de delicadas también, o cómo será su sabor..., la textura de su piel.

Una brillante pátina de sudor cubrió su frente. Estaba sofocada, y yo me estaba endureciendo otra vez.

—Continúe con el test.

La ignoré.

—Tiene suerte de que haya una mesa interponiéndose entre usted y yo porque, créame, las esposas no me serían ningún obstáculo para lo que tengo en mente.

—Quizás me sea indiferente.

—No lo es.

—¿Ha terminado? —apuntó el test con la barbilla.

—Sí, pasemos a algo más sugerente.

Con frustración capturó el folio con los dedos y empezó a recoger sus pertenencias.

—Siento aguarle la fiesta que se ha montado usted solo, pero ahora mismo será llevado a su celda. —

Cerró el maletín con más fuerza de la necesaria y arrastró la silla hacia atrás, pero no se puso de pie; en cambio, me miró con sus ojos emanando ira—. ¿Por qué se interesó en cooperar conmigo?

Era una pregunta trampa. Me estaba dando a elegir entre ser caballeroso como no lo había sido en toda mi puñetera vida, o comportarme como el cabrón de siempre. Me encogí de hombros al no tener nada que perder. Nuestra relación profesional tenía escrita la fecha de caducidad desde el día en que pisamos la sala de las entrevistas.

—¿De verdad quiere saberlo? —pregunté tentándola a retractarse.

—Sí.

Solté un suspiro mientras la miraba a la cara.

—La vida en la cárcel es dura, no es ningún misterio, pero es mil veces peor por una simple razón: la falta de sexo con una mujer. O mejor dicho la inexistencia del mismo. Ocho años sin una hembra, sin sentirla o admirarla a poca distancia, es una putada. Así que cuando me dijeron que la encargada de realizar las entrevistas era una experta en psicología forense, supe que esa era mi oportunidad de oro para volver a ver de cerca lo que más anhelo de mi vida pasada.

Cerró sus manos en puños a la vez que sus mejillas se ruborizaban aún más. Le estaba costando

persistir impasible y a mí el calentón me estaba produciendo un placentero dolor de huevos. Su pecho se infló en busca de aire.

—La próxima entrevista será la cuarta. —Le tembló un poco la voz, así que carraspeó antes de proseguir —: Espero que su curiosidad se sosiegue para que no interfiera más en nuestras conversaciones. — Inclinó la cabeza a modo de despedida y con una mueca de desprecio, dijo—: Que tenga un buen día, señor Cassidy.

Se levantó con la espalda tiesa. Yo hice lo propio, relajado y sin ocultar el bulto que bullía entre mis piernas. Ella se percató de mi polla dura, se puso aún más colorada y tras poner su interés en otro sitio, aguardó a que el guardia se acercara a nosotros.

—Si contesta mi pregunta, no la volveré a interrumpir —aseguré queriendo prolongar un poco más nuestro encuentro.

Ella me observó durante un largo segundo, pero justo cuando iba a responder, el guardia me tomó por el brazo y me empujó para que echara a andar.

—Espéranos un momento, Isaac —le pidió al hombre con sus iris fijos en los míos.

El aludido nos lanzó una mirada inquisitiva, pero retrocedió un par de pasos.

—¿Acepta el trato?

—No. —Ante su negativa emprendí mi marcha de nuevo, más que dispuesto a regresar a mi celda y aliviarme a mí mismo con la mano derecha—. Me refiero a su pregunta —se apresuró a decir—.

Quiere saber si tengo pareja, pues la respuesta es «no».

Satisfecho, asentí con un lento movimiento de cabeza y me humedecí los labios con la punta de la lengua.

Ella se estremeció ante mi visión.

—Que tenga un espléndido día también —dije dando media vuelta y dejándola desconcertada.

—¿No me va a aconsejar que compruebe las cerraduras de mi casa?

Al oír su pregunta la miré por encima del hombro y me regodeé con su imagen. La doctora Evans

lucía un poquito más vulnerable que hacía un par de semanas. Ella no era tan fría y lejana como pretendía ser con todos. Al contrario. Había un componente explosivo en su personalidad, algo intenso y adictivo.

Sonreí con franqueza, ampliamente, como no había hecho en muchísimos años.

—Esta vez no será necesario —comenté con entusiasmo—. Adiós, doctora.

La mano de Isaac tiró de mí y me condujo hacia la salida a la vez que la silueta de la psicóloga se desvanecía a mis espaldas. Cuando la oscuridad de mi celda me acogió, clavé los ojos en la pared de piedra mientras pensaba en que solo faltaban siete días para volver a disfrutar de mi pequeña dosis de diversión.

Y tener un poco más de la doctora Evans.

5

**Linda**

*Viernes, 28 de agosto de 2009*

*Sacramento, California.*

Los viernes se habían convertido en un infierno para mí. Llevaba desde las cinco de la madrugada dando vueltas en mi cama, con los párpados abiertos de par en par. Nunca antes había dormido demasiado bien, pero mi insomnio se había intensificado desde que retomé las entrevistas. O más bien desde que conocí a Zack Cassidy.

El corazón me dio un salto mortal en el pecho al recordar cómo las comisuras de sus labios se

habían alzado, deslumbrándome con sus dientes blancos. Aquella había sido una sonrisa de verdad, no como las otras que había esbozado hasta entonces. «Tiene una bonita sonrisa», pensé mientras me giraba hasta quedar de lado. No parecía que fuese la sonrisa de un asesino, sino la de un hombre con una vida normal y corriente.

Sacudí la cabeza a modo de contradicción.

Zack no era para nada normal, de corriente tenía bastante poco y era tan malvado como Benicio

Velázquez, o como los criminales que había entrevistado en los últimos dos años, tanto en la prisión Corcoran como en Nueva Folsom. Pero, aun sabiendo todo eso, mi cuerpo se empeñaba en reaccionar de un modo exasperante ante su persona.

La semana pasada me había echado unas miradas que podrían derretir hasta el mismísimo hielo de

Alaska y aunque me mantuve serena ante sus palabras, creí que el corazón se me iba a escapar por la boca. El hecho de que tuviera esa apariencia hosca, esos labios que no paraban de proferir obscenidades mortíferas para mis sentidos y que, muy a mi pesar, causaban una catástrofe épica en mi interior, no tenía nada que ver con que su sola presencia, el mero hecho de tenerle cerca de mí, me hiciera temblar por dentro. Me negaba a creer que todo aquello fuera solo física. Pero ¿acaso había también química entre nosotros? No estaba muy segura de ello y, la verdad, temía averiguar la respuesta.

Apoyé la espalda en el cabecero y al cabo de un segundo, fui hacia el baño. Mientras hacía mis necesidades, estiré el cuello hasta verme a mí misma en el espejo. Parecía un mapache debido a las ojeras, tenía el pelo hecho un desastre y los labios hinchados por la falta de sueño. Tendría que volver a echar mano de la magia del maquillaje, o tal vez no. Quizás debería ir con esas pintas a la prisión. Con suerte conseguiría espantar a Zack.

Tras lavarme las manos, me desplazé hasta la cocina y mientras deambulaba por el pasillo, observé los cuadros colgados en las paredes. Uno de ellos, era una fotografía de Angy posando con un Martini en la mano, el día de su vigésimo tercer cumpleaños; en otra, estábamos las dos abrazadas como osos. Fue en un viaje de fin de curso, en la fantástica ciudad de Roma. También había una donde ella simulaba tirar un beso a la cámara, con el Coliseo Romano de fondo.

Seguí caminando y me topé con la imagen que siempre conseguía poner melancólica a mi risueña amiga. Se trataba de una fotografía con sus padres, comiendo en un restaurante. Esa mañana había sido muy alegre para todos. Yo capturé aquella bella estampa familiar. Sin embargo, todo se marchitó cuando tres meses después el señor y la señora Nichols fallecieron en un trágico accidente automovilístico. Ya habían pasado un par de años de aquello y aunque Angy no era una de esas personas que perdían el tiempo rememorando a los muertos, su sonrisa aún vacilaba cada vez que se cruzaba con aquel sentido retrato.

Escuché el sonido de una cuchara golpear el borde de un tazón seguido de un cuchillo raspando

las tostadas. Forcé una sonrisa y entré en la cocina. Angy, vestida con ropa de trabajo, estaba sentada tras la isleta mordiendo un trozo de pan con mermelada. Apenas me vio, frunció el ceño, dejó de masticar y se tragó la bola de alimento. Hizo una mueca por el ardor que le produjo en la garganta.

La sonrisa no me había funcionado.

—¡Por Dios Santo, Linda! —farfulló quitándose con los dedos las migas de las comisuras de los labios—. Luces como si hubieras sobrevivido al atropello de un camión y, para celebrarlo, hubieras comprado media licorería para ti sola.

—Me subes el ánimo, lo sabías, ¿no? —Fui hasta la cafetera eléctrica. Puse una cápsula en el filtro y una

taza en el soporte, y la miré de reojo—. ¿Tan mal aspecto tengo?

—Te ves horrible.

Dejé caer los hombros y alcé las manos en un gesto de rendición.

—Está bien. No sigas.

—Solo estoy siendo sincera —dijo mientras yo retiraba la taza humeante de café. Me acomodé en el taburete, de cara a ella—. Si no fuera porque apenas has salido, e incluso te negaste a ir al bar a tomarnos unas copas este fin de semana, pensaría que te has ido de marcha todos los días.

Di un sorbo al líquido marrón.

—Me estás tachando de antisocial de una manera muy poco delicada.

—¡Eres antisocial! —Se rio en broma—. Pero no importa. Yo te acepto y te quiero así.

—Gracias, supongo.

Me lanzó un beso desde su asiento y continuó comiendo y canturreando a la vez. Exhalé un suspiro al imaginar que desayunaríamos en silencio, pero entonces ella cambió drásticamente de tema.

—Es por él, ¿cierto?

La miré por encima del tazón.

—No sé de qué me hablas.

—Del rubio macizo —al verme negar a toda prisa, agregó—: De Zack Cassidy. —Me estremecí al oír su nombre—. Normal que estés tan nerviosilla. Ese hombre impone y pone bastante.

—Espera, espera..., ¿cómo sabes que es rubio? — *Y que está macizo*, omití.

—Y macizo —agregó ella, pizpireta, como si me hubiera leído la mente—. Ayer te quedaste dormida en el sofá. Había una montaña de papeles a tu lado, entre ellos el de ese hombre.

—Puede ser, estaba agotada.

—¿Te gusta?

Casi escupí el café.

—¡Qué dices!

—¿Qué sucede? ¡Está buenísimo!

—¡Es un asesino! —Coloqué la taza en la mesa—. Y tiene tendencias psicópatas.

—Eso no te lo discuto.

—Me dijo que quiere partirme el cuello y clavarme un bolígrafo. —Dibujó una sonrisa en sus labios—. No sé qué te hace tanta gracia, Angy. Fue escalofriante oírle decir aquello.

Mordisqueó su tostada.

—No me parece gracioso. Yo también me acojonaría si oyera semejante barbaridad. Tú sabes que admiro el estoicismo que tienes con esos hombres.

—Entonces ¿por qué sonrías?

—Porque, a excepción de las pesadillas, es la primera vez que te veo tan alterada por algo. Y lo más curioso es que haya sido un hombre el que lo ha conseguido; uno que está...

Alcé las manos y la interrumpí.

—No es para tanto.

—Dime que no te gusta —me desafió inclinándose hacia delante, con los ojos entornados.

Desayunar con Angy era de verdad un castigo divino. Era mejor hablar con ella cuando llegaba al apartamento cansada de trabajar en la consulta y sin ánimos de entrar en disputas.

—Es guapito de cara —admití a medias con un encogimiento de hombros.

Mi respuesta hizo que Angy se riera a carcajadas, y que casi se cayera del taburete. Tuvo que sujetarse a los bordes de la isleta para recuperar el equilibrio. Cuando se hubo estabilizado, exclamó:

—¡Ese tío es guapito de todo! No sé cómo puedes resistirte a él. — *Usando la lógica y con mucho esfuerzo*, me mordí la lengua—. Qué pena que vaya a morir en la cárcel, si es que no se mete antes en un lío y lo asesinan. Tendrás que buscarte a otro.

—No estoy buscando a nadie. —Hice una mueca al beber el café. Se había enfriado—. Pero me alegro de que no te hayas encoñado de una fotografía. Eso sí que sería una pena.

Angy se levantó con un impulso de manos y se puso a lavar el plato y la taza.

—No te pongas celosa. Tu Zack no me interesa.

Volqué mi mirada hacia el techo, en una silenciosa plegaria.

—No es mi Zack.

—Hoy no me esperes a comer —me ignoró al tiempo que se secaba las manos—. Quizás no vuelva a dormir esta noche, depende de cómo vayan las cosas.

—¿Has conocido a alguien?

Se giró hacia mí y sonrió de oreja a oreja.

—¡Sí!

—¿Cuándo? ¿Por qué no me has dicho nada?

—Hace tres días. —Se mordió el labio inferior—. Se llama Morgan, tiene treinta y seis años y es mucho más atractivo que tu Zack.

—No es mi...

—Lo conocí por casualidad —continuó hablando y suspirando a la vez, con una mano sobre el corazón—. Estaba doblando la calle cuando tropezamos. —Se rio ilusionada por el fortuito encuentro—. La culpa fue mía, pero Morgan, como todo un caballero, me invitó a un batido de chocolate y charlamos hasta que nos dieron las nueve de la noche.

Elevé una ceja.

—Un batido de chocolate... —murmuré suspicaz.

—¿No es perfecto?

Le resplandecieron los ojos.

Se había vuelto a enamorar por enésima vez.

—Algún defecto tendrá.

Hizo un gesto como rechazando esa posibilidad.

—Es altísimo. —Levantó el brazo por encima de su cabeza—. Creo que me saca unos treinta centímetros, moreno y de constitución atlética. Se nota que va mucho al gimnasio. No me suelen gustar los hombres que llevan el pelo muy corto, pero reconozco que a él le queda genial. ¡Oh! ¡Me olvidaba de sus tatuajes! Tiene los brazos cubiertos de tatuajes con dibujos raros. Y en los nudillos la palabra *Life*, «vida», en la derecha y *Death*, «muerte», en la izquierda. —Dio pequeños brinquitos y se abrazó a sí misma—. ¡Me encanta, Linda! ¡Ese hombre puede hablar sobre cualquier tema! Me mira

siempre a la cara y me abre la puerta para que yo pase primero.

«Demasiado perfecto para ser verdad», pensé para mis adentros. Temía que le hicieran daño, aunque ella se recuperaba rápido de los fracasos amorosos.

—Ya no existen hombres así.

Me fulminó con la mirada.

—Sí existen, y es mío. Imagínate la suerte que tengo que ni siquiera intentó besarme. Me acompañó hasta el coche, me pidió mi número de teléfono y me dio un besito aquí, en la mejilla. Ayer me llamó para quedar, pero le surgió un problema en el curro. Hoy nos veremos antes de que tengamos que ir a trabajar.

—Miró su reloj de pulsera y abrió los ojos con mesura—. ¡Mierda!

¡Hemos quedado en media hora!

Echó a correr hacia el baño y pugnó por no caerse en sus tacones, como si estuviera haciendo malabares. Fui tras ella y cuando me apoyé en el marco de la puerta, vi que ya se había lavado los dientes.

—Tómalo con calma, ¿vale? No quiero que te lleves una desilusión.

—No te preocupes. —Se pintó la boca con *gloss* transparente, e hizo un ruidito goloso con los labios—. Morgan es diferente.

Quise preguntarle: «¿Y si no lo es?». Pero le formulé de nuevo la pregunta que aún no me había resuelto.

—¿Por qué no me contaste que habías conocido a alguien?

Me observó a través del espejo de medio cuerpo.

—Porque llevas ausente todo el mes. Muchas veces, cuando te cuento algo, no me haces caso.

Estás más pendiente de completar tu tesis que de prestarme atención.

Me dolieron sus palabras, aunque no me estaba diciendo ninguna novedad.

—No es cierto.

—Sí lo es, pero da igual. —Se encogió de hombros como si me comprendiera, cuando yo, muchas veces, ni siquiera me comprendía a mí misma—. Entiendo que no me tomes en serio. Sé que

me pillo fácil por un hombre, pero tengo un palpito y creo que es bueno. —Se peinó la melena rojiza con el cepillo—. Si no lo es, entonces disfrutaré el momento. Ya vendrá otro.

Le sonreí con toda mi admiración. Envidiaba su manera de ver la vida, sin complicarse por nada.

—Ya me pondrás al corriente mañana.

Ella asintió y me plantó un beso en la mejilla, con efusividad.

—Si no se lanza él, lo haré yo —dijo mientras salíamos del dormitorio, de camino a la puerta principal—. No tengo edad para perder el tiempo.

—¡Uf! ¡Me acabas de llamar vieja!

Se colgó el bolso en el hombro, y dijo con seriedad:

—Te acabo de lanzar una indirecta. La vida es demasiado corta. —Bajé la mirada al notarme sensible. Pero ella cambió el tono de su voz—. Todavía es temprano para ti. ¿Por qué no intentas dormir un poco? Ya luego te vas a visitar al *rubito* macizo.

Se me revolvió el estómago al recordar que era viernes.

—Está bien —dije para complacerla—. Cuídate, y ¡suerte!

Puso una mano en su cintura y me miró como si estuviera loca.

—No la necesito.

Y cerró la puerta.

«Yo sí la necesito», pensé mientras reparaba en el reloj de pared. Tenía unas cuantas horas por delante antes de conducir hasta la prisión; minutos en los que podría apretar los párpados, dejar la mente en blanco y procurar dormir. Pero a pesar de mi cansancio, no me apetecía echar una cabezada; aunque tampoco quería quedarme mirando al vacío, por lo que me dirigí hacia mi habitación, busqué sábanas limpias e hice la cama.

Estaba llevando las mantas a la lavadora cuando la caja metálica relució en lo alto de la repisa del armario. De inmediato, me embargó la necesidad de estrecharla contra mi pecho y llorar hasta no poder más. Pero aquello no me haría ningún bien, así que pasé de largo y programé la colada.

Cuando llegó el momento de lucir presentable, me duché y me maquillé lo mínimo para ocultar las bolsas oscuras que ennegrecían mi rostro. Abandoné el apartamento con el maletín en la mano, vestida con una falda azul y una blusa del mismo color.

El viaje, como siempre, fue tranquilo, casi mecánico. Momentos después, ingresé en el aparcamiento de la prisión. Cuando salí del vehículo, los ojos se me resintieron por los potentes rayos de sol, que apenas me dejaba ver con claridad. No lo entendía, y tal vez nunca lo hiciera, pero quizás fue a causa de eso que no me percaté de la sombra que se movía a mi derecha, rodeándome

hasta situarse detrás de mí. Quizás por eso me tomó varios segundos reaccionar. O quizás todo sucedió tan de repente que no pude hacer nada salvo quedarme de piedra mientras una mano robusta me tapaba la boca. Abrí los ojos como platos.

Un objeto duro y metálico presionó contra la parte baja de mi espalda.

—Grita, patalea o arma follón y te arrepentirás —gruñó una ronca voz masculina en mi oído—.

¿Entendido? —Temerosa, asentí como una marioneta, sin ser capaz de controlar las lágrimas que había provocado el sol—. Camina y no llames la atención.

Eché a andar a pasos cortos y torpes. La prisión estaba provista de seguridad y vigilancia a través de equipos electrónicos, pero ¿de qué me servía correr si fácilmente, y antes de que alguien pudiera venir a socorrerme, ese desconocido podía pegarme un tiro y matarme en el acto? Lo único que podía hacer era esperar que algún oficial nos descubriera antes de que nos siguiéramos alejando más y más de la zona.

Él clavó una mano en mi cintura y con la otra impuso más fuerza con el revólver sobre mi carne, guiándome hacia la parte trasera del edificio donde los muros se tornaban cada vez más elevados y más oscuros. Los tacones, de repente, se me doblaron, pero él me alzó con descortesía. Aun así, las piernas no pararon de temblarme durante todo el trayecto. Estaba tan confusa que no me atreví a girar mi rostro

hacia él. No quería cabrearle ni darle motivos para que decidiera apretar el gatillo contra mí.

A pocos metros apareció un árbol de tronco ancho, justo al lado de una cámara de seguridad.

Elevé la cabeza al pensar que tendría la oportunidad de hacerme notar, que alguien me rescataría de las zarpas de ese monstruo, pero mis reflexiones mentales se disiparon cuando, de un brusco empujón, ese tipo me arrojó contra la pared. Mi hombro colisionó contra el muro, pero no me molesté en quejarme o sobar mi piel dolorida. En cambio, volví a mirar hacia la cámara, pero el aparato no nos estaba enfocando. El árbol nos tapaba parcialmente.

Quizás ese fuera el único punto muerto en todo el centro penitenciario. Y ese hombre lo sabía.

Con un movimiento rebosante de energía, me giró sobre mí misma y quedé frente a él. Llevaba

puestas unas gafas de aviador. Cuando se las sacó, me vi reflejada en sus ojos color chocolate. Poseía un rostro de rasgos armoniosos, la tez del mismo tono del café con leche y unos brazos fibrosos, abrigados con enormes tatuajes. Era un hombre atractivo, de no más de cuarenta años, con una boca embellecida por una perilla oscura y el pelo muy negro, casi rapado. Sin embargo, a pesar de su apariencia intimidante y encantadora, lo que más destacaba en él era la violencia dibujada en cada uno de sus gestos.

—¿Quién eres? —indagué en un susurro. No era el momento de ponerse en plan heroína. Yo no lo era. Ni pretendía serlo—. Tengo algo de dinero. Puedes llevártelo todo.

Se rio a carcajadas.

—¿Tengo pinta de ser un ladrón? —Tenía pinta de ser un asesino, pero no se lo dije—. Linda Evans, vas a escucharme con mucha atención. —Un escalofrío surcó por mi columna. Yo no sabía quién era él, pero era evidente que él sí me conocía a mí—. Te he estado observando estas últimas semanas. —La corazonada de que alguien me acechaba por las calles se tornó más real que nunca—.

Sé que tienes buena memoria. Eres una chica lista, así que por el bien de tu amiga no hagas ninguna estupidez.

Fue entonces cuando me fijé en sus manos y vi la tinta negra que delineaba las palabras «vida» y «muerte» en sus nudillos.

—¡Angy! —Miré hacia la derecha y hacia la izquierda, aterrorizada por mis pensamientos—.

¿Qué le has hecho? ¿Dónde se encuentra? —Solté un quejido cuando tomó ambos lados de mi cara

con su mano libre y apretó mis mejillas entre sus dedos. Las lágrimas, esta vez de impotencia, retornaron a mis ojos.

Ignorando mis sollozos, se guardó el revólver en la parte trasera del pantalón y extrajo un móvil de uno de sus bolsillos.

Levantó mi mentón hacia él.

—Quiero que tengas presente dos cosas: mi nombre es Morgan y estás a punto de hacer algo de suma importancia para mí —ordenó sin inmutarse por mi malestar—. Y si te niegas a ayudarme... —

me mostró la pantalla del móvil. Se me oprimió el corazón al ver a Angy atada de pies y manos, con los ojos rojos y el pelo húmedo adherido a la frente, encogida en el maletero de un vehículo que no era el suyo—, ella morirá.

Custodiada por el oficial Isaac Taylor, andaba por el pasillo mientras me repetía a mí misma que todo saldría bien, que lo sucedido acabaría en un susto y luego me reiría del espantoso recuerdo.

Pero entonces evoqué el mensaje que me había dado Morgan; un código que debía entregar para que Angy conservara su vida.

«Si hablas con la poli, tu amiga sufrirá las consecuencias. Y si piensas que tendrá una muerte rápida, te equivocas. Será mucho más doloroso que follarla con un cuchillo y esperar a que se la coman las ratas», me había dicho entre dientes ese cruel individuo, con su voz demasiado ronca como si hubiera pillado un resfriado.

Tragué saliva cuando Isaac abrió la puerta de la sala de las entrevistas. Apenas mis tacones tocaron el suelo de la estancia, una desquiciante sonrisa torció los labios de Zack. Me tiritaron las piernas al encontrarme con su mirada. Estaba convencida de que pensaba que me sentía intranquila por él. Y era cierto. Su imagen me afectaba a niveles catastróficos, cuyo motivo no lograba explicar aún, pero eran las palabras de Morgan las que aumentaron mi desazón. En ningún momento, mientras emprendía mi camino hacia la mesa y me sentaba enfrente de él con un temblor en las extremidades, nuestros ojos se despegaron.

Coloqué el maletín en el suelo.

—Tiene mala cara, doctora.

—Hoy seré muy breve. Le pido que no me interrumpa.

Hizo una mueca.

—¿Me viene a informar que no vendrá más?

«Ojalá.»

—No tengo tanta suerte. —Separó los labios para expresar alguna obscenidad o quizás para amenazarme, pero me adelanté a sus intenciones—. Lo que tengo que decirle es muy importante para usted. A mí no me importa ni me interesa conocer el significado de este mensaje, así que présteme atención. —Me miró como si le acabara de decir que la luna era cuadrada. Zack no estaba al tanto de los planes de Morgan. Él no tenía el menor conocimiento de lo que me había pasado, y sus advertencias sobre que revisara las cerraduras de mi casa eran parte de un maquiavélico juego que había ideado con el propósito de angustiarme. Me acerqué a él hasta que mis pechos notaron el borde de la mesa—. La Cueva te espera. —En cuanto pronuncié esa frase, sus ojos se oscurecieron y un músculo palpó en su mandíbula.

Había reconocido el código.

—Continúe.

—Ve hacia la oscuridad, aunque el sol aún no se haya puesto. Sigue las señales. Afina el olfato.

Aguzo el oído... —callé cuando le vi realizar un gesto con la mano. Isaac había cambiado de posición y se había situado más próximo a nosotros mientras Steve persistía impávido en el lugar.

El corazón empezó a latirme con tanta vehemencia que creí que sufriría un paro cardíaco allí mismo, que moriría presa de la ansiedad. Mi nerviosismo iba a acabar conmigo, pero, por fortuna, Zack golpeó la superficie de la mesa a los pocos segundos.

Varias gotitas de sudor resbalaron por mi clavícula.

—Adelante, doctora .

—¿Por dónde iba? —susurré.

—Me acababa de advertir que aguzase bien el oído —respondió con sorna.

Respiré hondo.

—Los olores se entremezclan en el aire. Los murmullos quedan atrapados entre las paredes blancas. Ve hacia la oscuridad, aunque el sol aún esté en lo más alto. Lejos de posibles mirones. —Lo miré a la cara y una sensación gélida se deslizó por mi garganta—. La Cueva te está esperando.

Cuando me quedé muda, temblando y mirándolo inquieta, Zack me regaló una media sonrisa a la

vez que se levantaba y me estudiaba con un brillo maligno en sus iris. Lucía salvaje, más decidido y peligroso que nunca en ese momento.

Y aquello me mortificó.

No pude evitar sentir pánico.

Sentí que no podría librarme de él.

Jamás.

Isaac vino hacia nosotros para exhortar a Zack hasta la salida, pero él tenía otros planes en su cabeza. Hincó los pies en el suelo y enarcó una ceja con la arrogancia que le caracterizaba.

—Ha sido un verdadero placer trabajar con usted, doctora. —Fui a preguntarle por qué se despedía como si no nos fuéramos a ver más. Eso lo tendría que decidir yo. O mejor dicho la institución. Pero aquel pensamiento se volatilizó de mi mente cuando Zack se abalanzó sobre mí a una velocidad de vértigo. Lancé un grito estrangulado cuando se aferró a un pedazo de mi blusa.

Steve corrió a grandes zancadas y junto a Isaac, luchó por apartarlo de mí—. ¡Dígale que lo haré!

¡Cueste lo que cueste! ¡Lo haré, joder! —gruñó como un desquiciado mientras los guardias se le echaban

encima de la espalda. Rechinó los dientes por el esfuerzo que tenía que hacer para mantenerse en el sitio y hablar a la vez—. ¡Dígaselo, doctora! ¡Dígaselo!

Tras varios empujones, los agentes lograron empujarle hacia un lado. Lo arrastraron con rudeza y se lo llevaron de la sala a la vez que Zack se retorció entre bramidos.

Yo persistí ahí, sola, confusa y aterrada, agarrándome con fuerza a la mesa con las yemas de mis dedos, sin moverme ni pensar. No entendía lo que acababa de suceder, pero sabía que Zack no estaba bromeando. Él cumpliría su palabra.

Lo conseguiría..., aunque tuviera que arrastrarnos a todos a la destrucción.

**6**

**Zack**

*Sábado, 29 de agosto de 2009*

*Patio de recreo. Prisión de Nueva Folsom.*

La Cueva.

Esas dos palabras estaban presionándome el cráneo desde que huyeron de los labios de la doctora Evans, hacía más de veintiséis horas.

Después de que los guardias me arrancaron de la sala de las entrevistas y me metieron en mi celda, me pasé toda la tarde caminando como un sonámbulo a la vez que intentaba descifrar el significado del mensaje que podría cambiar el rumbo de mi vida. Estaba tan ansioso que no probé bocado a la hora de la cena y tampoco conseguí dormir cuando apagaron las luces del corredor y el silencio inundó cada esquina. Lo único que hice, tumbado en el colchón, fue repasar cada una de aquellas frases que no lograba desenmarañar.

Di una breve calada a mi pitillo a la vez que veía sin mirar a los internos que graznaban en el patio de recreo. Era imposible que la doctora supiera sobre la existencia de La Cueva, a menos que Morgan se lo hubiera chivado. Además, solo existían tres personas que hubieran estado antes en aquel lugar: Morgan, John y yo. Y, maldita sea, dudaba mucho que el espíritu de mi hermano se hubiera puesto en contacto con esa preciosidad de piernas bien formadas y ojos solemnes, cuya mirada era ahora menos contenida y más auténtica.

Una curva irónica se perfiló en mis labios, pero enseguida se atenuó al recordar a mi colega.

Morgan Boyd tenía dieciocho años, y yo veinte, cuando sus proezas con los puños llegaron a oídos de Benicio que no vaciló en ofrecerle un cargo en la pandilla. La primera impresión que tuve de él fue despreciable. Para mí, él era el típico capullo descerebrado, un bloque de músculos que le faltaban agallas para apretar el gatillo de un revólver, pero que alardeaba de sus dotes repartiendo palizas a unos pobres muertos de hambre. A pesar de su corta edad, Morgan poseía fama de violento y de no consentir que nadie se burlara de él. Y quien se atreviera a hacerlo, probaría de primera mano la fuerza de su infinita cólera.

Yo lo comprobé en mis propias carnes una tarde que lo desafié en una cancha de baloncesto desierta a aquellas horas. No sé quién de los dos empezó la pelea ni quién arremetió primero contra el otro, solo sabía que nos propinamos tantas hostias que, al cabo de pocos segundos, quedamos rendidos y sudorosos sobre la grava, con los rostros ensangrentados, algunas costillas rotas y los nudillos rojos como el rubí, mientras John bebía a morro una lata de cerveza, sentado en un muro repleto de grafitis, disfrutando del patético espectáculo.

Cambié mi opinión inicial sobre Morgan mientras nos vendábamos las heridas. No muchos tenían los huevos de meterse conmigo. No todos estaban tan pirados como para hacerlo. Pero Morgan sí. Y desde entonces forjamos algo parecido a una amistad teniendo en cuenta el mundo de mierda en el que estábamos hundidos.

Pero todo se truncó tras la muerte de John. Lo cierto es que no se me ocurrió acudir a Morgan cuando abandoné el cuerpo de mi hermano en Rainier Valley. Y luego tampoco pude hablar con él a excepción de aquella vez, una semana antes de que saliera la fecha oficial de mi juicio, cuando los federales me permitieron realizar una llamada telefónica a la que por ley tenía jodido derecho. Pero la conversación no transcurrió como yo esperaba. Cuando Morgan descolgó el teléfono, mientras yo permanecía aislado en una habitación sin ventanas, con el inspector de homicidios a mi derecha, murmuró en tono neutro: «No te rindas». Y entonces, de súbito, concluyó la llamada.

Esa fue la última vez que hablé con mi amigo. O mejor dicho la última vez que supe de él. Aun así, me aferré a esas palabras como una tabla de salvación. Y por supuesto no me rendí. Al contrario, me protegí las espaldas convirtiéndome en una insignificante proyección de la trena.

Tiré los restos de cigarrillo al suelo y con repugnancia, observé mi entorno. En el patio campaban varios grupos de negros, amarillos, blancos y marrones. Cada uno iba a lo suyo, sin mezclarse con los demás, pero atentos a lo que ejecutaban sus rivales. Allí nadie bajaba la guardia. Y nadie se fiaba de nadie.

Yo ni siquiera me fiaba de mi puta sombra.

Me fijé en el líder salvadoreño de la pandilla criminal Mara Salvatrucha, la MS-13, hombres inclementes y salvajes. Tenía la cara y el cuerpo lleno de tatuajes. En el cráneo las letras MS le conferían un aspecto aún más tenebroso. Era uno de los tipos más temidos del trullo. Se hizo famoso en el mundillo de la violencia por haber matado a sus padres a golpes con un bate de béisbol, cuando tenía trece añitos. Para deshacerse de los cuerpos los descuartizó e hirvió los miembros en una cacerola. Se desconocía lo que hizo con la copiosa comida, aunque se rumoreaba que él mismo se lo había devorado todo. Bueno, y para qué mentir, también se le conocía por sus hazañas en el ámbito del narcotráfico y delitos como secuestro, extorsión, trata de blancas y asesinato en primer grado.

Giré la cabeza y, de pronto, me topé con la mirada iracunda de un negro, que hacía dominadas con una barra amarilla. Era un puto miembro de los Bloods. Había sido detenido por violar a su hermana cuando en una riña ella lo llamó maricón. Fue tanta la ira que sintió hacia su hermanita que la ató a la cama y le hizo cosas perversas mientras una cámara de vídeo immortalizaba la pintoresca estampa hogareña. Poco después se descubrió que había violado a más de quince mujeres, gracias a las grabaciones que halló la

policía en su domicilio.

Ignoré la advertencia en sus ojos oscuros como el carbón y continué con mi escrutinio. Más allá de las mesas metálicas, estaban los marginados de la prisión. Algunos habían sido enviados de otras cárceles con condenas por violación infantil. Esos hijos de perra tenían las horas contadas. Ellos también lo sabían. Sus ojos inquietos así lo demostraban.

Uno de los casos más depravados era el crimen que había cometido un blanco de veintisiete años, que secuestró a su vecina de doce. Un día que los padres de la niña no estaban en casa, el muy sádico la engatusó prometiéndole que le enseñaría un gatito en un descampado cerca de la vivienda. Una vez allí la estranguló y se la cepilló durante dos noches consecutivas. La policía lo pilló con las manos en la masa.

Lo más seguro era que en cuestión de días o semanas los funcionarios encontrarán el cuerpo de ese cabrón ensangrentado y con el culo destrozado. A los internos les encantaba que los violadores probaran de su propia medicina.

El sonido de la sirena indicando que el receso había finalizado retumbó en el patio. Me levanté del escalón donde había posado el culo en la última hora y me dirigí hacia la puerta que daba acceso al nivel IV. No volteeé mi vista hacia los hombres sudados y malolientes que se aglomeraban cerca de mí, mientras aguardábamos a que los oficiales hicieran el recuento para que nos dejaran entrar en el comedor común.

Diez minutos después de estar bajo el sol abrasador y soportar aquella pestilencia a sobaco, me interné en el módulo. Cada bloque disponía de su propia cabina de seguridad, con personal preparado para lo peor. La hora de la comida era una de las más conflictivas, ya que algo tan nimio como un pedazo de pan podía desencadenar una pelea masiva. No sería la primera vez que ocurriera.

Pillé una bandeja de plástico y esperé mi turno en una especie de autoservicio rodeado de unas rejas más o menos altas, que protegían a los cocineros. Cuando me tendieron el plato a través de una pequeña abertura, lo recibí con una mueca al ver el arroz gris y el filete sólido que distaba mucho de ser carne.

Sostuve la bandeja entre mis manos e inspeccioné el territorio en busca de algún hueco donde pudiera tragar toda la mierda que reposaba en los compartimentos de la bandeja. Las mesas tenían forma cuadrada y en cada ángulo sobresalía un asiento de metal, sin respaldo. La mayoría ya estaban repletas de internos que comían riéndose y conversaban en grupos de a cuatro. Tras tantear un momento el terreno, caminé hacia un espacio libre, me senté con los muslos separados e ignoré a los chicanos que me lanzaban miraditas condescendientes.

«Hijos de perra.»

Tomé el tenedor de plástico entre mis dedos y recogí un puñado de arroz, que no alcancé a llevarme a la boca, pues un bastardo que hacía el imbécil perdió el equilibrio y colisionó sobre mi hombro. El tenedor resbaló en la mesa y manchó la superficie.

Gruñí y lo miré con una ceja arqueada y los labios apretados en una finísima línea a la vez que contenía el impulso de levantarme y propinarle un par de hostias en su desgastado careto de yonqui.

Él no se dio por aludido y continuó haciendo el payaso hasta dejarse caer en una silla junto a su grupito

de matones.

Eso era lo que más me jodía de ser una sombra: no poder manifestar mi verdadera personalidad.

En otro tiempo no muy lejano, hubiera reaccionado de una manera mil veces más agresiva, interponiendo la fuerza por encima de la razón. Pero como no quería llamar el interés de las pandillas, ni ser enviado al agujero, limpié aquel desastre con la servilleta.

De mala gana agarré el tenedor otra vez, pero el borde de un papel blanco captó mi atención.

Fruncí el ceño y miré el espacio que ocupaba el comedor. Todo parecía normal. Nadie tenía los ojos puestos en mí. Era invisible para los cerdos que engullían el arroz. Con disimulo apresé el trozo de papel, que había sido escondido a conciencia debajo del plato, y lo oculté en mi puño. Si alguien se daba cuenta de lo que tenía en mi poder, me metería en un lío bastante gordo.

A los pocos segundos abrí la mano y se me aceleró el corazón por un fugaz instante al leer:

«14:27 horas.»

De inmediato, arrugué el papel hasta formar una pelota pequeña, lo mezclé con la comida y me lo tragué de un bocado. No era tan idiota como para ir dejando pistas sueltas. Cuando noté el repugnante sabor de los granos de arroz, duros y rancios, me dio una arcada y los ojos se me volvieron llorosos.

¿Quién coño había escrito eso para mí?

Me pasé el dorso de la mano por la boca y viré la mirada hacia el autoservicio, pero los cocineros ya habían terminado su turno. Sin embargo, aquello no tenía sentido; pues ellos nunca hablaban con nosotros. Joder, rara vez nos miraban. Los guardias, en cambio, seguían en la misma pose y nos vigilaban con gestos serenos.

Mientras hacía conjeturas en silencio, bebí un trago de agua y luego examiné la pared del plato.

Estaba pegajoso, como si alguien hubiera echado pegamento ahí.

«Sigue las señales», recordé de pronto.

Esa era la primera señal y la segunda ocurriría a la hora citada.

Hasta ahí llegaba.

Dos pitidos irrumpieron en el comedor. Había que regresar a nuestras celdas. La desconfianza creció en mí a la vez que me ponía de pie y oía a uno de los guardias bramar que la hora permitida había terminado y que mantuviéramos el jodido orden, palabras textuales. Como solía suceder cada día, nadie le hizo ni puto caso, pero él continuó con sus exigencias. La puerta monitorizada, con cierre automático, se abrió para dar acceso al pasillo que conducía al otro extremo del bloque. El funcionario más próximo al portón se hizo a un lado cuando los internos, aún en grupos, empezaron a salir empujándose unos a otros. Mientras, tres agentes esperaban al pie de la escalera y nos acechaban con sus ojos de halcón.

Esa rutina siempre acababa igual: con un insoportable dolor de cabeza y un par de contusiones como

consecuencia de los codazos que recibía en las costillas.

De repente, un chino que estaba cumpliendo condena por abuso de menores impactó contra mi cuerpo. Fue tanta la exasperación que me asedió que no pude evitar agarrarlo por las solapas del mono, con la intención de apartarlo de un guantazo lejos de mí. Pero no lo hice, sino que persistí petrificado cuando el pedófilo escupió sangre por la boca y me ensució las mejillas.

Retrocedí un par de pasos.

Y el chino, que no dio más de sí, se desmoronó en el suelo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que los bramidos y los empujones no eran los de siempre,

que las sirenas de emergencia sonaban sin cesar, que las puertas de las cabinas y de los bloques no respondían a los botones y que el asiático tenía un cepillo de dientes incrustado en la yugular. El comedor se había transformado en un campo de batalla.

No tuve tiempo de analizar mucho más la situación, pues un cabrón que no pertenecía a mi nivel

chilló como un loco y se proyectó hacia mí. Mi espalda aterrizó sobre el autoservicio, pero bloqueé la punzada de dolor y absorbiendo toda la rabia que había dominado durante largos años, le propiné un puñetazo en la mandíbula.

Me ardieron los nudillos.

El tío se tambaleó como un pavo a punto de ser troceado. Medía más de dos metros y al parecer,

se había empeñado en hacerme morder las baldosas. Ajustó su turbia y diabólica mirada en mí, me mostró los dientes como un perro sarnoso y probó a derribarme de nuevo, con más ímpetu que hacía pocos segundos.

Los guardias, por otro lado, estaban atrapados en las cabinas, aporreaban el cristal a prueba de balas y toqueteaban de vez en cuando los botones, sin éxito. Hubo varios disparos. Gritos y arranques de histeria. Todos luchaban contra todos. No había rehenes. Ni razones aparentes para el improvisado motín.

Solo había ansia de sangre.

De poder.

Con un movimiento calculado me ubiqué detrás de mi enemigo. Le rodeé el cuello con un brazo y

presioné con todas mis energías. El hijo de puta se meneó pegando patadas y cabezazos, pero un cálido torrente de adrenalina atravesó mi cuerpo y debilitó cualquier obstáculo que pretendiera vencerme. Cuando me dio una ridícula patadita en la espinilla, supe que se estaba quedando sin aire.

Sin embargo, hartado de su resistencia y con los músculos tensos hasta casi arderme, enganché su cabezota entre mis manos y le partí el cuello con un crujido.

Cayó de rodillas.

Su rostro bañado de heridas viejas se estrelló contra el suelo.

Respiré convulsivamente, casi sin aliento, y eché un vistazo a mi alrededor. El número de reos se había triplicado en cuestión de minutos y los guardias apenas podían hacer frente al gentío que había perdido la cordura. No muy lejos de mi ubicación, había cuatro cuerpos sin vida que estaban siendo pisoteados como si de alfombras se tratara mientras la sangre les salpicaba las pieles.

Aparté la vista de los fiambres y esquivé a dos orangutanes que venían directos hacia mí . En los siguientes instantes sorteé golpes, navajazos y las descargas eléctricas de las pistolas Taser, manejadas por los guardias, que dejaban entumecidos a sus víctimas. Mientras hacía todo eso, como por inercia, advertí el penetrante hedor a humo. Seguramente hubieran prendido fuego a las distintas áreas del nivel después de haber burlado la seguridad de los bloques.

El aire se tornó asfixiante. Y pronto se pondría mil veces peor, pero nadie parecía reparar en ello.

La gente estaba cegada por la ira.

Me abrí paso entre trompicones, propinando algún que otro puñetazo, hasta alcanzar la tercera fila de mesas. Jadeé con fuerza. Tenía los pulmones colapsados de aquel aire dañino, que se estaba haciendo cada vez más irrespirable. Tosí repetidas veces al tiempo que me apresuraba a reanudar mi marcha, pero me detuve cuando mis ojos se estancaron en la puerta de la cocina.

*Afina el olfato. Aguza el oído. Los olores se entremezclan en el aire. Los murmullos quedan atrapados entre las paredes blancas.*

Me quedé tan absorto en mis pensamientos que no vi al matón que empuñaba el tubo de un bolígrafo, con la hoja de una cuchilla de afeitar en la punta. Casi la palmé allí mismo. Por suerte para mí, pero no para el otro tío, antes de que pudiera clavarle esa bestialidad en la carne, un cabrón más listo y más rápido que él le introdujo un cuchillo de plástico en el ojo. Le oí chillar como un energúmeno mientras la sangre le nublaba la vista, pero no me entretuve a contemplar qué sucedería después. En cambio, corrí hacia la cocina a la vez que los gritos de guerra, los disparos y las sirenas se volvían aún más atronadores.

Entré con los sentidos a flor de piel y estudié cada detalle. Las paredes eran blancas, con suelos de baldosas marrones que casi rozaban el naranja. Estaba solo junto a la hediondez que desprendían las sobras en las cacerolas, lo que hizo que se me encogiera el estómago. «Ve hacia la oscuridad».

¡Joder! ¡No entendía esa parte! La cocina era un lugar cerrado, sí, pero estaba bien iluminado gracias a las numerosas bombillas fijadas al techo. No había ni un resquicio de penumbra.

Confuso, me giré sobre mí mismo. Fue entonces cuando atisbé sobre mi cabeza, al lado de unas

gigantescas alacenas de metal y otros utensilios varios, una rejilla de ventilación. Sin más me subí a la encimera y me deshice de la tapa. Justo cuando había metido la cabeza y estaba impulsándome hacia arriba, escuché cómo la puerta de la cocina se abría sonoramente. Un segundo después, sentí que alguien me agarraba una pierna y tiraba de mí hasta hacerme trastabillar.

El oficial, que había entrado como un ciclón desmedido, me propinó un puñetazo en el costado y

me agarró por el cuello de la camiseta blanca, que sobresalía de la chaqueta del mono. No me dio tregua

para recomponerme. En cambio, impactó su puño contra mi mejilla.

Mi cabeza se propulsó hacia atrás y me di en la nuca contra la encimera, pero antes de que pudiera regalarme otro golpe de su cosecha, le asesté un cabezazo en su nariz chata. Se quedó unos instantes aturdido, segundos que me serví para retroceder y pescar un cuchillo afilado al otro lado de la mesa.

Pero el oficial no estaba dispuesto a rendirse y al advertir el arma blanca en mi mano, desenfundó su revólver y apuntó hacia mí. Él sabía que no me detendría hasta matarlo.

No medité mis acciones. Simplemente grité y corrí en su dirección. Sus brazos salieron proyectados hacia arriba, encarcelados entre mis manos. Apretó el gatillo, y la bala perforó el techo.

El sonido le hizo estremecer como si nunca antes lo hubiera oído. Los dos forcejamos mientras nos mirábamos a los ojos. Él aferrándose aún más a la pistola y yo, sin soltar el cuchillo. Ni de coña lo iba a soltar. Ese escenario solo podía concluir de una manera, y yo no sería la víctima.

El segundo disparo hizo añicos el hormigón del techo.

De tanto esfuerzo me empezaron a escocer los músculos. El oficial, al darse cuenta de ello, inclinó la pistola hacia mi cabeza. Un poco más y yo también probaría de mi propia medicina. Justo cuando el cañón estaba a un paso de rozar mi frente perlada de sudor, me abalancé sobre él y le mordí el pómulo hasta hacerle aullar de dolor. La sangre brotó enfurecida de su piel color canela y el gustillo a acre acarició mi lengua.

Escupí sobre su barbilla.

Sus dedos aflojaron la sujeción en el revólver, por lo que logré arrebatárselo con un golpe seco de muñeca y sin desperdiciar la excelente oportunidad, le enterré el cuchillo en el cuello. Pude oír cómo su carne se separaba en dos mientras su cuerpo se desvanecía en el suelo. Del profundo corte, su sangre me salpicó como si fuera una fuente de agua. Él balbuceó y procuró taponarse la hemorragia con ambas manos a la vez que sus ojos se descomponían por la mezcla de angustia y pánico al tener a la muerte frente a sus pupilas dilatadas. Pero frené sus dedos con los míos, con la respiración trémula por la adrenalina.

Murió a los pocos segundos.

«Ya van dos en menos de media hora», pensé a la vez que me limpiaba la líquida esencia rojiza con el antebrazo.

Exhalé con brusquedad y, entonces, volví a trepar por la encimera. Me interné en el conducto de ventilación y gateé a toda pastilla, sin cuestionarme si estaba yendo en la dirección correcta.

Tampoco había que ser un genio para ir caminando por ahí. Se suponía que tarde o temprano debía toparme con una salida. Al menos, esa era la idea. El humo se infiltraba a toda presión por las rendijas, pero me negué a detenerme y continué arrastrándome como un condenado en plena inquisición hasta que el bullicio de la pelea disminuyó de manera considerable.

De repente, encontré un medio de escape. El corazón se me alocó en el pecho al distinguir las sirenas de

las ambulancias, de los bomberos y de los coches patrullas, los cuales se oían tan próximos a mí que daba la impresión de que estuvieran al lado de mi oreja, susurrándome al oído.

Dudé un segundo sobre lo que debería hacer a continuación, pero no tenía otra alternativa más que improvisar sobre la marcha.

Guiándome por mi instinto, empujé la tapa del alcantarillado y subí por la escalerilla oxidada. El viento patinó por mi cuerpo. Inspiré hondo al sentir la súbita necesidad de cerrar los párpados. Pero no podía pararme a admirar lo poco que me envolvía, así que empecé a correr calle abajo mientras veía los edificios de la prisión en llamas, con una nube densa y oscura colándose en el tétrico paisaje.

Cuando en una esquina percibí el contorno de un Renault con los vidrios ahumados, me precipité

hacia allí y de un codazo rompí la ventanilla del copiloto. Entré y me desplacé hasta el asiento del conductor. No era la primera vez que mangaba un coche. Agarré los cables del arranque y tras algunos instantes, muchos más de los que me gustaría admitir, el motor emitió un gruñido.

Hacía más de ocho años que no conducía, pero conducir es como follar: nunca se olvida.

Dejé escapar una burlona risotada que rugió desde lo más profundo de mi pecho y tras echar una

última ojeada al espejo retrovisor, aceleré a toda hostia a la vez que gritaba «¡Que te jodan!» a aquel apocalipsis llamado Nueva Folsom.

Distanciándome de mi propio abismo.

7

**Zack**

*Sábado, 29 de agosto de 2009*

*Conduciendo por la CA-299 E.*

Estaba dirigiéndome a las afueras de Adin; hacia un espacio huérfano de vecinos y edificaciones cercanas, un lugar verde en su totalidad, con cielos despejados de intrusos, ideal para vivir en armonía y llenarte los pulmones de aire sin contaminación.

Hacía más de una década Morgan adquirió aquella pequeña parcela para alejarse de los estrafalarios rascacielos que inundaban Seattle, cansado del tráfico y de la gente que caminaba a un ritmo vertiginoso. Aquel aislado refugio de aspecto lúgubre se convirtió en una fuente de escape que, con el tiempo, tanto él como mi hermano y yo disfrutamos en su justa medida como consecuencia de los cientos de kilómetros que se interponían entre la gran urbe y aquel solitario hogar.

De súbito, la silueta moribunda de John floreció en mi cabeza. Pero en vez de fantasear sobre cómo ejecutaría mi codiciada venganza me limité a conducir sin pausa, mientras el sol de la última hora de la tarde se insinuaba pomposo a mis espaldas. Tomé una curva empinada y cuando atisbé el camino de tierra por el que debía acceder, recorrí otro par de millas antes de reducir la marcha.

El bosque empezó a partirse de manera uniforme. El terreno era impecable y muy húmedo, con un único fisgón invadiendo la naturaleza: La Cueva. La fachada de la cabaña era de madera oscura y el techo estaba cubierto de lejas de alerce. Constaba de dos plantas, bien iluminadas gracias a las ventanas cuadradas que permitían la entrada de la luz natural. El exterior de la casa era siniestro y carecía de simpatía; de ahí nació su apodo. Pero por dentro el asunto cambiaba. Los suelos eran de alerce también y las paredes y los techos de abedul, que implantaban un efecto hipnótico a la vieja madera de los troncos de la fachada, todo decorado con muebles modestos. Era un lujo en mitad de la nada.

Inspiré hondo y apagué el motor. El perfume a hierba fresca, musgo y flores silvestres penetró en mi nariz mientras me disponía a llamar a la puerta principal. No se escuchaba nada más que el canturreo de los pájaros y el silbido del viento que soplaba despacio, como una melodía fantasmagórica. Era como si la casa estuviese deshabitada, pero la camioneta de Morgan se encontraba en su hueco correspondiente.

Golpeé la puerta con los nudillos y casi al instante, como si hubieran estado esperando mi llegada, esta se abrió con brusquedad. Morgan, vestido con unos pantalones raídos y una camiseta negra muy ajustada, apareció en el umbral con una ceja en alto y el rostro sereno. Parecía un tipo peligroso.

Joder. Era peligroso.

Durante varios segundos nos miramos con los cuerpos tiesos, casi a la defensiva. Él, con el puño sobre el marco y yo, con los brazos cayéndome lánguidos a los costados. Su semblante concebía un ligero matiz de enfado, pero aquella idea se evaporó cuando una amplia sonrisa asomó a sus labios hasta convertirse en una carcajada, que ahuyentó a las aves más cercanas.

Mis labios imitaron los suyos.

Se rio con fuerza, dio un paso hacia mí y me envolvió en un apretado abrazo. *Mierda*. Hacía mucho que no me abrazaban; de hecho, muy pocas personas me habían abrazado en mi vida y el primero en hacerlo después de ocho años y un porrón de meses, era un tío enorme, diez centímetros más alto que yo.

Nos dimos fuertes palmadas en la espalda.

Morgan colocó sus manos sobre mis hombros.

—Luces como si hubieras rebanado a un cerdo —comentó con sorna, refiriéndose a mi pelo y a mis pómulos cubiertos de la sangre del oficial que había degollado en la fuga.

Hice una mueca.

—Algo similar.

—Te ves horrible. Peor de lo que imaginaba. —Me miró otro poco antes de sorprenderme agarrándome por la nuca, como si fuera a darme una tunda de cojones. Le sostuve la mirada a la vez que le oía decir con su escalofriante voz ronca, que casi no parecía humana—: Bienvenido a casa, Zack. —Y, a continuación, retomó las distancias como si nada hubiera pasado. Le palmeé el brazo en señal de agradecimiento—. ¿Te ha seguido alguien? —inquirió apuntando el coche robado.

Miré el vehículo por encima del hombro.

—No.

Morgan, con una sonrisa petulante, se internó en la casa. Yo cerré la puerta y lo seguí hasta la cocina de estilo campestre.

—Lo importante es que ya estás aquí. —Mojó un paño y me lo entregó para que me limpiara la cara y parte del nacimiento del pelo—. Esos cabrones no se darán cuenta de tu ausencia hasta que recuperen el control de la prisión. Hay diez rehenes en el nivel IV, el nivel I se ha desmadrado y según dijeron en el noticiario hace media hora, por el momento hay seis muertos; dos de ellos funcionarios. Además, el fuego aún no está bajo dominio. Resumiendo, el puto caos se ha desatado en Nueva Folsom y no hay Dios que lo controle. Tardarán horas en averiguar quién falta y quién no; tiempo que tú aprovecharás para largarte muy lejos de aquí.

Tiré el paño sucio sobre la encimera y descansé la cadera en la isleta.

—¿Cómo coño lo has conseguido?

Se encogió de hombros.

—Unos cuantos amiguitos por aquí, otros muchos por allá. Nada del otro mundo.

Me carcajeé y arqueé ambas cejas.

—¿Nada del otro mundo? El sistema automático de toda la trena dejó de funcionar. Las puertas no respondían, las cabinas tampoco y los guardias quedaron atrapados en sus propias mini fortalezas.

¡Me cago en la puta, Morgan! Hiciste que decenas de asesinos pudieran ir y venir de instalación en instalación, como si estuvieran en sus casas, peleándose como animales.

Se volvió a encoger de hombros.

—Yo no lo hice en realidad.

Lo miré achicando los ojos.

—No tienes dinero para pagar a nadie.

Sonrió como un lobo y alzó los puños.

—Pero tengo esto y sé darles un buen uso. —Movié la muñeca en círculos pequeños—. No sabes lo que son capaces de hacer algunos por salvar a los suyos.

—O para vengarlos... —musité, distraído. Agité la cabeza y me centré en el momento y no en el puñetero pasado—. ¿Cuál es el plan? Porque tienes un plan.

Fue hacia la nevera y sacó dos cervezas.

—Es sencillo, pero complicado. Lo sé. De primeras no tiene mucho sentido, pero en esta vida nada lo tiene. —Me tendió una botella, y le di un buen trago—. Tengo todo preparado para que mañana salgas pitando a primera hora de aquí.

Situé mi birra en la mesa.

—Te agradezco la ayuda, pero no voy a huir —declaré por si esa era su intención—. No he aguantado toda la mierda que he tenido que aguantar para esconder el rabo entre las piernas. Buscaré a Benicio y terminaré con él, aunque tenga que pagarlo con mi propia vida.

Morgan dio un sorbo a su botella, con lentitud, sin parar de mirarme a la cara.

—No tienes que agradecerme nada. Me hice a mí mismo una promesa cuando te metieron en la trena. Misión cumplida. Por otro lado, ¿crees que no te conozco lo suficiente? Nunca he pensado que querrías huir. Además, alguien tiene que pararle los pies a ese hijo de puta de Benicio y si eres tú esa persona, yo no tengo problema con ello. No seré yo el que te lo impida. —Se pasó una mano por la cabeza rapada y apuntó a la salida—. Ven, tengo que enseñarte un par de cosillas.

Nos desplazamos con palpable tensión hasta la sala de estar y nos sentamos a la mesa de madera, instalada al lado de la ventana. Unas simples cortinas bordadas frenaban los débiles rayos de sol. No había adornos ni cuadros en la estancia; una alfombra blanca y mullida, un sofá ancho y largo y dos sillones también blancos, con una mesita de madera rústica en el centro, llenaban el espacio principal.

Morgan y yo nos estudiamos en silencio. Seguía viéndose igual, con la misma aura intimidante que lograba atemorizar a todo ser humano que poseyera el mínimo sentido del peligro. Si antes provocaba cierto rechazo en quienes se percataban de la oscuridad en sus ojos, ahora que sus facciones se habían endurecido por la edad, nadie podía poner en duda que él era capaz de todo y de más.

—Cuando ingresaste en el trullo —empezó a decir con aire solemne—, temí que te crucificaran al día siguiente o que aparecieras muerto en algún rincón.

—No he tenido problemas —admití en tono sombrío.

Murmuró algo mientras extraía una cajetilla de tabaco de sus vaqueros. Me tendió un cigarrillo liado a mano y yo acepté con gusto, agradecido por la inyección de nicotina. Exhalamos con contención por la boca y saboreamos el efecto narcótico.

Irregulares espirales de humo nublaron la atmósfera.

—¿Y no crees que es raro? —Claro que lo era. No me chupaba el jodido dedo—. Las consecuencias del tiroteo contra Pablo Velázquez fueron desastrosas en nuestro mundo.

—Me lo imagino. —Sacudí el pitillo contra el cenicero—. ¿Qué tan graves fueron?

Se acomodó en el asiento.

—Después de tu detención, la policía le dio más caza que nunca a Benicio, pero no hubo valiente que se atreviera a testificar contra él. Estaban todos cagados de miedo. Y así siguen estando. El FBI no posee ni una mísera prueba que pueda incriminarle directamente. Todo es humo. Suposiciones. Está limpio dentro de lo que cabe —bufó con nervio—. Además, desapareció del mapa apenas se hizo pública la noticia de la muerte de su hijo. Ese capullo sabe que la decisión que tomó contra John fue precipitada, y que tú salieras vivo no entraba en sus planes. Desde entonces, su caso ha estado en punto muerto. —Negó con la cabeza—. Quizás las autoridades no estén al tanto de los datos más viles respecto a los asuntos de la pandilla, pero lograron identificar a varios socios de Benicio. ¡Se armó la gorda, Zack! Muchos integrantes tuvieron que huir de Norte América; algunos fueron ejecutados por amigos de los amigos de otros socios implicados en la repartición de la mercancía, y otros tantos fueron asesinados por el mismísimo Cártel de Sinaloa. Esa es otra historia. El Cártel se puso furioso con Benicio. Querían cortarle la cabeza, literalmente.

Corrí un poco la cortina y miré a través del cristal.

Todo seguía en absoluta calma.

—Hablas en pasado.

—No puedo expandirme en detalles, porque yo fui uno de los que tuvo que emigrar de Seattle, pero todos vimos cómo con el tiempo la búsqueda por parte del Cártel menguó de golpe. Creo que

Benicio hizo un tipo de pacto con ellos, algo que les beneficiara más que librarse de él, y logró salvarse de una muerte segura. No tengo otra explicación. Hubo rumores sobre que había regresado a México y que el Cártel decidió torturarlo hasta agonizar, lo cual es mentira. Nos habríamos enterado de haber sido así. Al FBI tampoco le convenció ninguna de esas teorías. —Enterramos al mismo tiempo el cigarrillo en el cenicero—. Tendrás que estar alerta las veinticuatro horas del día, Zack, porque apenas la pasma vea que ya no estás en el talego, sabrán que has ido tras él si tienen en cuenta tu jodido historial. Cuanto más se acerque ese cabrón a ti, o más te aproximes tú a él, más pegado tendrás a la poli a tu culo.

—Un juego a tres bandas —pensé en voz alta—. ¿Sabes dónde puede estar ese capullo?

—No tengo ni puta idea. Supongo que nadie lo sabe con seguridad. Ni siquiera el Cártel. —Se rascó la nuca y me miró con cierta culpabilidad antes de sacar varias fotografías de la parte trasera de sus vaqueros—. Sé que he tardado bastante en planificar tu fuga; primero, porque no disponía de los medios necesarios y segundo, porque no se le había visto el pelo a Benicio. Además, como ya he dicho, los bulos que se difundieron sobre él son inciertos. Quizás para causar confusión. —Situó una de las imágenes sobre la mesa y, de inmediato, una oleada de odio se retorció dentro de mí. Benicio caminaba con tranquilidad por un paseo, con las montañas nevadas en un punto a lo lejos—. Pero a raíz de estas fotografías empecé a maquinarme la manera de cortar la vigilancia automática de la prisión, para que cualquier artefacto quedara nulo. —Señaló la imagen con el dedo—. Se dejó ver unos cuantos días en Denver hace once meses. Desconozco el motivo de su visita.

Mi mandíbula se puso rígida y de mis poros emanó pura rabia.

—Nunca ha tenido negocios allí —dije con un gruñido.

—Creo que jamás conocimos todos los negocios que maneja este hijo de la gran puta. Pero sea lo

que sea que tuvo que organizar en Denver lo hizo en menos de tres días.

Comprimí las mejillas. Las ansias de vengar la muerte de John me escocían la piel.

—¿La policía sabe esto?

—Si lo saben, se han limitado a observar. Ya sabes que tiene a muchos en nómina.

—¿Qué asuntos pueden haberle llevado a Denver?

—No lo sé, pero no es lo que piensas. Clarence Chauncey Smaldone murió hace

aproximadamente tres años. Y dudo mucho que Benicio haya tenido tratos con esa familia. El Cártel no lo hubiera permitido. Además, nadie se atreve a financiar los casinos en el área de Colorado. —A continuación, expuso otra imagen mejor enfocada que la anterior, aunque la mirada de Benicio quedaba protegida por unas gafas oscuras—. Esta fue capturada hace ocho meses en el barrio francés en Nueva Orleans. Al día siguiente ya se había pirado de la zona. —Repasé el contorno de la tercera con las yemas de mis dedos—. Esta es de hace unos cinco meses, cerca de Boston.

Enrabiado, le di un manotazo a la fotografía.

Aquello no me gustaba.

—¿A qué cojones está jugando?

—No lo sé, pero lleva años toreándonos a todos.

Eché un vistazo a la siguiente imagen.

Benicio lucía una cínica sonrisa mientras bebía un café en la terraza de un bar.

—¿De cuándo es esta otra?

Morgan trazó una mueca en sus labios.

—De hace una semana —realizó una breve pausa antes de añadir con la voz un poco más ronca de

lo normal—: En Sacramento. Estoy convencido de que sabía que le estaban fotografiando. ¿Por qué los federales no van tras él? Ni idea. Pero lo que tiene tramado contra ti es mucho más macabro de lo que podemos imaginar. Y, por desgracia, él juega con ventaja y utilizará la artillería pesada para provocarte y hacerte perder el control hasta tenerte acorralado en su trampa.

Ignoré su advertencia, aunque tenía razón.

—Nunca he mencionado tu nombre a la pasma —afirmé con los músculos endurecidos—.

Morgan, dime que no has sido un irresponsable y te has mantenido al margen respecto a todo esto.

Dime que Benicio no sabe que sigues por ahí ayudándome.

Sonrió con poca energía.

—No creo que se haya tomado la molestia de averiguar mi paradero. —Elevó su dedo índice—.

Me he guardado lo mejor para el final. —Lanzó una última fotografía a la mesa—. No han transcurrido ni setenta y dos horas desde que se tomó esta imagen en Austin.

Agarré la fotografía y un gesto de asombro torció mi ceño.

—¿Un hospital psiquiátrico?

—Lucero Velázquez —dijo refiriéndose a la esposa de Benicio—. La tiparraca enloqueció al enterarse de que su hijo había muerto. Intentó suicidarse cortándose las venas, pero lograron salvarle la vida y la internaron en el centro. En aquel entonces Benicio ya había desaparecido, pero, de algún modo, se encargó de gestionar el ingreso de Lucero en el hospital y costear los pagos anuales. Es la primera vez que visita a su mujer.

—Eso es exponerse demasiado.

—Quizás Lucero sepa algo que nosotros desconocemos. Puede ser algo contra Benicio, contra ti o contra todos. —Arrugó la frente—. Esa mujer siempre ha sido una bruja. Tal vez no se involucrase en los negocios de su marido, o eso fue lo que nos hizo creer a todos, pero no es ninguna santurróna.

A lo mejor Benicio acudió al hospital a amenazarla. O para asegurarse de que no le haya delatado en un arrebato de locura.

—Si hubiera hecho esto último, ahora mismo estaría muerta. Además, no hay forma de que yo dé con lo que esconde si está encerrada en un centro psiquiátrico —gruñí antes de agregar en tono apático—: Si es que realmente esconde algo, que no es seguro.

—Sí hay una manera, pero es arriesgada. —Tiró en mi dirección un segundo pitillo junto al zippo, tras encenderse uno para sí mismo—. No fue sencillo que algunos capullos aceptaran trabajar para mí, pero debo admitir que las cosas se simplificaron bastante cuando la Junta de Tratamiento de Nueva Folsom aceptó que se realizara un estudio sobre no sé qué pollas criminales. —Me eché a reír ante la breve descripción—. Te juro que se me quedó cara de gilipollas cuando me contaron que te habías ofrecido voluntario para colaborar con una tal Linda Evans.

«Linda», repetí en mi mente y sonreí para mis adentros. El nombre le venía como anillo al dedo.

—Todo un deleite para la vista —dije con ironía y expulsé una nube de humo por la boca.

Morgan lanzó una carcajada.

—Seguro que te comportaste como un cretino con ella. No me asombra, pero prefiero que no me cuentes nada. Ya me hago una idea.

—No te pierdes mucho. —Di otra profunda calada mientras recordaba a la doctora y su fría belleza, que me ponía duro como una piedra—. Es tan antipática que no merece la pena hablar de ella.

—Lo que tú digas. —Negó con la cabeza—. Como iba diciendo, me encargué de vigilar a la psicóloga y a su mejor amiga con la que comparte piso. —No me sorprendieron sus palabras. Parte de nuestro trabajo consistía en acechar a la presa antes de intervenir—. En menos de dos semanas conocía sus horarios de trabajo, sus locales favoritos, el supermercado donde suelen hacer la compra semanal, sus idas y venidas con hombres... —calló mientras una sonrisa iluminaba su rostro—. No

es por presumir, pero fue bastante fácil tenerlas en mi radar. Pero, quizás, por eso mismo creo que Benicio estaba al tanto de que Linda Evans acudía a entrevistarte a la trena; es más, sospecho que tenía planeado actuar contra ella. Eso explicaría más o menos su reciente visita a Sacramento.

Me rasqué la barbilla y reflexioné sobre lo que acababa de oír.

—A estas alturas, ya debe de saber que me he escapado.

—Es lo más probable. Pero centrémonos. Nos hemos desviado del tema de Lucero. Por lo que he

averiguado, está día y noche vigilada. Incluso me atrevería a decir que es la única paciente que ha sido rodeada de semejante control de seguridad. No la dejan sola ni un minuto y casi siempre está bajo los efectos de los calmantes... salvo cuando la visita esta vieja. —Como si estuviera jugando su mejor baza, apagó el pitillo y me entregó la fotografía de una mujer menuda, que rozaba los sesenta años, saliendo del centro psiquiátrico—. Miranda Blair va al hospital una vez a la semana. No tengo muy bien entendido qué se supone que hace con Lucero durante esas visitas, pero es el único momento en el que le permiten estar alejada de los médicos y de las cámaras de seguridad.

Observé el semblante altanero de aquella mujer.

—No querrá ayudarme. Mírala. Y esto es una puta locura. ¿Qué quieres que haga? No puedo colarme en un hospital que puede que esté tan custodiado como la trena.

—Pero puede entrar alguien sustituyéndola.

Solté una risotada floja.

—¿Qué cojones...?

—Espera, se me olvidaba algo —me cortó y se puso de pie. Yo hice lo propio mientras veía cómo

se desplazaba hasta un armario; asió una bolsa deportiva y regresó—. En la cochera hay un Chevrolet Captiva 4x4, negro, de segunda mano y los vidrios ahumados, para que vayas a la cabaña del viejo Joe.

—¿Está intacto? —No me refería al decrepito de Joe que, sin duda alguna, estaría más tieso que una roca.

—Claro —aseguró guiñándome un ojo; y abrió la bolsa negra. Dentro, había una pistola con el

número de serie borrado, un pasaporte americano, munición a montones y un kit digno de un psicópata profesional, con toda clase de herramientas de gran utilidad. Mientras Morgan recogía las fotografías, empuñé el arma y vi que estaba cargada—. En el dorso tienes los datos que necesitas para encontrar a Miranda. No te dejes manipular por ella. Intentaré darte la puñalada traperera si puede.

—¿Por qué te empeñas en que viaje a Austin?

—Porque poseo tu comodín para que puedas averiguar qué oculta Lucero. —Morgan parecía muy

seguro de que la esposa de Benicio custodiaba un secreto. Pero yo no lo estaba tanto—. Yo no puedo ir contigo, ya comprenderás por qué. —Sin esperar respuesta, caminó hacia unas escaleritas que conducían al sótano. Lo seguí con el ceño fruncido mientras él alcanzaba una llave y manipulaba la ranura—. Evita las autopistas, no te hospedes cerca de las grandes ciudades e intenta matar lo menos posible. Y no te preocupes por el coche robado. Yo me ocuparé de esa chatarra.

—Mataré sólo si es necesario.

Me miró por encima del hombro antes de empujar la puerta con el pie, con suavidad.

—Es tu turno de elegir.

Una expresión traviesa adornó sus labios.

Nos adentramos en la oscuridad.

El sótano apenas había cambiado. Era espacioso, cálido en verano y jodidamente frío en invierno, con una ventana redonda como única fuente de luz, pues por lo visto la bombilla aún no había sido reemplazada por una que funcionase. Varias cajas hacían bulto en las esquinas; la mayoría de ellas estaban vacías y rotas por los salientes. La penumbra cubría gran parte de la habitación, pero aun así logré visualizar las siluetas de dos mujeres que habían sido atadas desde los tobillos hasta las muñecas, sentadas sobre un colchón descompuesto, con un trozo de cinta americana silenciándoles los labios y las ropas envueltas en polvo, sudor y serrín.

Mi corazón palpitó descontrolado y me acerqué a ellas, aunque solo tenía ojos para una.

—Te presento a Angela Nichols; experta en psicología infantil —comentó Morgan a mi

izquierda, aunque yo seguía concentrado en la morena que me fulminaba con la mirada—. Por otro

lado, tenemos a la psicóloga forense Linda Evans, pero a ella ya la conoces de sobra. —Un gruñido de frustración emergió de la garganta de Linda. No pude evitar sonreír al notarla tan humana, tan real

—. Ilumíname, Zack, ¿con quién te quedas?

No hacía falta que respondiera. En las últimas horas había creído que jamás volvería a ver a la doctora y, sin embargo, en ese instante, la tenía frente a mí, a mi disposición.

Fascinado, contemplé su larga y enmarañada melena oscura, sus mejillas rojas de ira contenida, el rímel negro que se acumulaba por encima de sus párpados y sus hermosos e intensos iris con pepitas azules,

que transmitían un odio tan inmenso que se me antojó enfermizamente excitante. *Maldita sea.*

Saber que toda ella estaría bajo mi poder hizo que agrandara la sonrisa y por la manera en que Linda apretó los ojos, entendí que esa misma idea también se le cruzó por la cabeza.

Me agaché hasta que quedamos frente a frente.

—Nos volvemos a ver las caras, doctora —dije a la vez que le golpeaba con un dedo el mentón,

para que abriera los párpados. Me estudió con sus pupilas llenas de miedo y rencor—. Si me lo permites, te voy a tutear. Creo que ya hay suficiente confianza entre nosotros. Como puedes advertir, han cambiado las tornas de la partida, así que por más que te pese y no lo quieras, yo dictaré las normas ahora. —Me acerqué un poco más a ella. Sentí la cinta americana contra mi boca, pero me

incliné hacia delante y pegué mis labios a su oído. Linda se estremeció—. No podrás escapar de mí, así que no me desafíes. Porque por más que corras, te alcanzaré. Por más que te escondas, te encontraré. —Me aparté y la miré a los ojos para que pudiera percibir la verdad en mí—. ¿He sido lo suficientemente claro?

Gruñó de nuevo como una fiera.

Le sonreí y le retiré un mechón de pelo de la cara a lo que ella respondió alejando el rostro como si la efímera caricia le hubiera herido la piel. No le di importancia.

Linda podía rechistar todo lo que quisiera. Me traía por culo si lo hacía, porque aunque le jodiera en el alma y sabía muy bien que lo hacía, ahora ella estaba a mi merced.

**8**

**Linda**

*Domingo, 30 de agosto de 2009*

*Sótano de La Cueva.*

Mi estado de atolondramiento se disipó cuando oí unas pisadas en el piso superior, que hicieron vibrar las tablas de madera situadas encima de mi cabeza. Aturdida, entorné los párpados; y cuando mi visión se ajustó a la oscuridad, un estremecimiento apalió mi cuerpo dolorido al recordar el encuentro que me había conmocionado hacía pocas horas, con él como protagonista.

Con la ansiedad por las nubes, giré mi rostro hacia la derecha. Angy seguía dormida con el cuello inclinado hacia un ángulo incierto, en una postura rocambolesca. Se notaba cansada, ojerosa y exhausta, y me pregunté cuánto más tendríamos que permanecer aisladas contra nuestra voluntad, que poco valor tenía en ese momento.

Cerré los ojos y reprimí un suspiro. No podía creer que estuviésemos allí. Cuando salí de la prisión, Morgan me estaba esperando con el trasero apoyado en el morro de mi coche. Sin pronunciarse me obligó a deslizarme al volante y él se acomodó en el asiento del copiloto. Fue entonces cuando me ordenó que condujera a Sacramento, pero nunca llegamos a la ciudad. Tras estar varios minutos en la

carretera, me dijo que me detuviera en el arcén y que me bajase para intercambiar nuestras posiciones. Me encontraba esquivando la carrocería cuando, de repente, se me nubló la vista y todo se tornó negro y confuso.

A partir de ahí no recordaba nada más. Recuperé la conciencia no sabía cuándo, en una habitación oscura y un dolor punzante en la nuca como consecuencia del puñetazo que me había dado ese infeliz, maniatada y amordazada, con Angy a mi lado.

Quizás debería haber sido más lista; no haber confiado en la palabra de un tipo rastrero como Morgan; o haber pedido ayuda a la policía. Pero ¿qué hubiera ocurrido entonces con Angy? Por lo menos ahora estaba junto a mí, con vida, sana y salva.

Con los párpados aún cerrados, traté de tranquilizarme pero no lo conseguí. Oír sus pisadas cada vez más cerca me estaba enloqueciendo. A pesar de las duras condiciones a las que estaba siendo sometida, prefería estar con el desequilibrado de Morgan a con él; aunque eso significara aceptar que nos alimentaran por turnos, o hacer nuestras necesidades más básicas en un cubo metálico, sin intimidación.

De manera automática, mi corazón apremió sus latidos. Notaba su presencia al otro lado de la puerta; su respiración calmada silenciando la mía, que cada segundo se volvía más irregular a la vez que imaginaba sus iris de ese color misterioso que en breve buscarían los míos.

Se oyó un crujido. Me quedé con la mirada perdida hasta que la puerta se abrió con un empujón y un atisbo de luz se expandió en el sótano, apuñalando a la penumbra. Esbocé una mueca cuando de repente le vi en el umbral, impactándome con una sonrisa sincera y perversamente resplandeciente.

Me observó en silencio unos segundos hasta que caminó hacia mí de ese modo resuelto al que me tenía acostumbrada mientras yo me esforzaba por mantener el tipo y evitaba pensar en la pregunta que le había formulado Morgan hacía escasas horas.

Se acuclilló frente a mí y me miró con atención.

—Apesta —dijo Zack tras inspirar hondo, logrando que le odiara aún más.

Tenía razón. Por lo visto, él se había aseado durante la noche, mientras yo dormía como un tronco, pues se veía mucho más presentable y presumía de prendas pulcras que resaltaban su virilidad; aunque tenía un pequeño rasguño en el pómulos izquierdo. Vestía una camiseta negra y encima de ella, una camisa azul de cuadros blancos, de franela, y unos vaqueros oscuros y unas botas negras impermeables.

La soberbia con la que me miraba hizo que me dieran ganas de gritar y aunque empecé a chillar a causa de la impotencia que traspasó cada músculo de mi débil anatomía, aquel sonido mutó a un quejido gutural cuando tiró de la cinta que tapaba mi boca.

De cuajo.

—¡Estás loco! —bramé a la vez que movía la mandíbula por el escozor que sentía en la piel—.

¡Tú y tu amigo iréis a la cárcel por esto!

Se rio en mi cara.

—Acabo de escapar de ahí y aunque me metieran de nuevo, encontraría la manera de huir otra vez. — Con un movimiento veloz apretó mis mejillas entre sus dedos y masculló en voz baja—: Si quieres que tu amiguita siga respirando te aconsejo que no me toques los cojones. Y si me los tocas, hazlo con cariño y como es debido.

Retiré mi cara con un gesto brusco, pero enseguida me volteé hacia Angy al darme cuenta de que el escándalo que estábamos montando debería haberla despertado o, por lo menos, haberle sacado una reacción.

—¿Angy? —No se movió. Seguía inconsciente. Y yo me puse de los nervios—. ¡Angy! —grité meneándome en el sitio—. ¡Despierta!

—Está viva —me informó él al verme tan desesperada.

—¿Qué le habéis hecho?

—Morgan molió un par de somníferos y los mezcló en su comida. Para cuando despierte, tú y yo ya no estaremos aquí. —Un escalofrío se apoderó de mi cuerpo—. No volverás a verla nunca más, a menos que hagas lo que yo te ordene.

—No pienso ir a ningún lado contigo —me opuse—. ¡Vete al infierno!

Ante mi bravuconería, se echó a reír a la vez que se ponía de pie y sacaba un revólver de alguna parte de su pantalón, como si estuviera haciendo un truco de magia.

Ahogué un grito en mi garganta.

—¿La mato? —preguntó apuntando hacia Angy, pero no esperó respuesta. El angustioso sonido del arma siendo desmartillada me horrorizó—. ¿Quieres ser la causante de su muerte?

—No la lastimes... —rogué con un nudo en la voz, pero él continuó encañonando a mi mejor amiga. La mataría sin dudar. No podía arriesgarme, por mucha inquina que le tuviera—. ¡Por favor! ¡Déjala!

Sonrió al oír aquello de mis labios.

—Eso está mejor. —Se guardó la pistola—. A partir de ahora te dirigirás a mí con educación y no con esa insolencia que me saca de quicio. Harás lo que te diga y cuando te invadan esos arrebatos de orgullo propio, te sugiero que evoques la imagen de tu amiga, con una pistola amenazándola, pero con Morgan sosteniendo el arma. Y te lo advierto, preciosa, si yo soy un hijo de puta, él no se queda muy atrás.

Descendí la mirada hacia mis pies hinchados.

—No le hará daño, ¿verdad?

—Depende de ti.

—¿Qué tengo que hacer?

—Lo sabrás más adelante. Despídete como quieras de ella. Pronto nos marcharemos.

—¿Cuándo la volveré a ver? —Su silencio hizo que lo mirara a los ojos y, para mi humillación, volví a suplicarle—: Dímelo, por favor.

Él estudió mi expresión durante unos segundos, pero en vez de darme una respuesta que aliviara

la desazón que me estaba matando por dentro, como si tuviera una soga al cuello, caminó hacia la salida y se marchó. Quise chillarle que regresara y me diera una contestación, pero no lo hice. En cambio, ignoré las ataduras, me encogí y miré a Angy mientras sentía un miedo muy parecido al que había experimentado años atrás. Miedo a perder a mis seres queridos. Miedo a quedarme sola en el mundo. Otra vez.

Una fuerte constricción me arrancó un gemido de pena, pero me obligué a no llorar. No quería

actuar como aquella cría que tras perderlo todo se había aislado del universo. No quería enfrentar la realidad con debilidad. No permitiría que aquello me superara y que todo lo que había conseguido desapareciera por culpa de otro hombre tan ruin como el asesino de mis padres. «Nunca más», me

prometí a la vez que estiraba las piernas. No afrontaría los problemas con cobardía, sino con valor y decisión. Lo haría por Angy porque ella era una parte fundamental de mí misma. Y también lo haría por mí; por todo lo que me habían arrebatado y pretendían arrebatarme de nuevo.

El eco de unas voces me produjo una descarga de pánico. Se me secó la boca y los sentidos se me aguaron cuando la puerta se abrió de nuevo con la misma brusquedad que antes, y Zack apareció con Morgan pisándole los talones. Esta vez no se anduvo con miramientos. Empezó a cortar mis ataduras con una navaja mientras yo me fijaba en su amigo, que se había detenido a pocos pasos de nosotros y examinaba a Angy de un modo que no me gustó ni un poquito.

—Si le pones un dedo encima, haré que te arrepientas —gruñí como una salvaje.

Morgan me miró con frialdad y se encogió de hombros.

—¿Tan pronto has olvidado lo que te dije? —me preguntó Zack y levantó mi mentón con la hoja de la navaja. Apreté la mandíbula y los labios hasta casi formar un mohín altanero.

Él prefirió ignorarme, atrapó mi brazo y me puso en pie. Sin embargo, no pude mantener el equilibrio y terminé cayéndome de rodillas.

—¡Mierda! —mascullé con las palmas en el suelo—. ¡No, déjame! ¡No quiero tu ayuda! ¡No me

toques! —Retrocedí cuando sus dedos rozaron mi piel y el breve contacto me provocó un sofoco en la parte baja del vientre. Fue angustiante sentir aquello.

—¡Te aguantas, joder! —Rodeó mi brazo, me alzó e hizo caso omiso a mis protestas—. No tengo

tiempo para tus pataletas.

Eché a andar otra vez, pero volví a caerme por culpa de los tacones.

—¡Eres un bruto, maldita seas! —me quejé sintiéndome ninguneada. Tenía la blusa pegada a la espalda, olía a perro muerto y la falda me apretujaba por todas partes como consecuencia de haber estado dos días sentada sobre un colchón desvencijado, pero Zack parecía no entender mi incomodidad.

—Camina —ordenó arrastrándome sin consideraciones.

Estábamos a punto de traspasar el umbral cuando observé por encima del hombro a Angy.

—Déjame despedirme de ella, por favor.

—Tuviste tiempo suficiente para decirle «adiós» —dijo, pero yo permanecí inflexible. Exhaló un suspiro, que me dejó claro que estaba harto de mí—. Avanza por tu propio pie o te cargaré yo mismo.

Tú decides.

Se me heló la sangre.

Negué con la cabeza, acongojada.

—No he podido hablar ni cinco minutos con ella. Ni siquiera he podido darle un abrazo. ¿Es que acaso no tienes corazón?

Alzó una ceja y siguió mirándome inescrutable, con las yemas de sus dedos sobre mi piel erizada por su cercanía, pero entonces tironeó de mí y salimos del sótano, diciéndome con hechos que era un monstruo y que no tenía corazón.

En el pasillo de la primera planta, me metió en un baño de invitados y me limpió la cara con una toalla que ya había mojado para mí. Una vez que tuve el rostro limpio y no parecía un payaso, nos desplazamos hasta la sala de estar. Encima del sillón atisé mi maletín abierto. Mi billetera yacía sobre un cojín, la barra de cacao para los labios estaba a medio hundir en la alfombra y la libreta que había usado para las anotaciones durante las entrevistas, había sido arrojada sobre la mesita de centro.

Zack, como si hubiera tenido el mismo pensamiento, se acercó demasiado a mí y, con burla, dijo:

—No eres tan interesante para que me haya molestado en leer lo que has escrito sobre mí. Me da

igual lo que pienses. —Se adueñó de algo con la mano derecha y, acto seguido, alzó un pañuelo delante de mis narices—. Date la vuelta.

Fruncí el ceño.

—Ya os he visto la cara.

—No es eso lo que me preocupa. Date la vuelta. Es la última vez que te lo repito.

No quería averiguar qué sucedería si le desobedeciera, así que hice lo que me pidió.

—Quiero llevarme el maletín —dije mientras mi visión quedaba reducida a nada.

—Tu móvil está en la basura, hecho trizas. —Se cercioró de que el nudo estuviera bien atado—.

Te lo dije ayer, no puedes librarte de mí. No hasta que yo te lo permita.

Estuve en silencio tras su declaración, que cada vez sonaba más espeluznante en mi mente. Él también persistió callado, detrás de mi espalda, sin tocarme con sus pectorales. De repente, se me precipitó la respiración al notar su aliento en mi nuca, que me produjo un intenso hormigueo por toda la piel. Me estremecí y cerré los ojos, aunque no podía ver nada, cuando el calor de su cuerpo empezó a calentar el mío como una manta térmica, aunque me eché a temblar como si una llovizna de aire glacial me hubiera envuelto en un abrazo.

—No cometas ninguna locura —susurró en mi oído. Él también se había percatado de lo que fuera que se estuviese dando entre nosotros. Una marea de nervios aleteó en mi estómago y suspiré al no entender qué sentía en mi interior—. O ya sabes quién sufrirá las consecuencias.

—No lo he olvidado. —Me tembló la voz—. Tú te dedicas a recordármelo todo el tiempo.

Creí que replicaría con alguna expresión salida de tono, pero me abandonó allí mismo y se fue

hacia otro lugar. A los pocos segundos, regresó y me condujo hacia el exterior. El aroma de la naturaleza, bañada por el rocío, se sintió enriquecedor como un relajante baño de espumas. Intuía que debía de ser muy temprano por la mañana. A tientes Zack me sentó en el asiento de un vehículo, me abrochó el cinturón y capturó mi muñeca derecha con unas esposas.

—Así no te me escapas —comentó con socarronería—. No te quites la venda.

Cerró la puerta.

El olor a tabaco serpenteó en mi nariz. Era obvio que no me encontraba en mi coche. No tenía idea de qué habrían hecho con él, pero dudaba mucho que lo supiera pronto. Di un respingo cuando la presencia de Zack se proyectó a mi izquierda. Le escuché bloquear las puertas y empezó a avanzar por el abrupto camino.

—¿Por qué Morgan no viene con nosotros? —pregunté tras varios minutos de mordaz silencio.

—¿No es evidente?

—Angy no dirá nada a nadie.

Soltó una carcajada amarga.

Casi pude ver su sonrisa en mi cabeza.

—Todos dicen lo mismo. Ya me conozco esa táctica. Llevo mucho tiempo en esto, así que no intentes engañarme.

Exhalé un suspiro casi inaudible.

—¿Morgan es un asesino a sueldo también?

—No.

—Pero pertenece a tu mundo.

—No se dedica a matar. —El humo de un cigarrillo empezó a circular entre nosotros—. Cuando una persona no está al día en los pagos, se le suele dar una advertencia; dos como máximo.

—¿Advertencias?

—Sí. —Esperó un momento antes de continuar—. Morgan se encargaba de hacerles saber a los morosos que, si no pagaban las deudas que acumulaban, les ocurrirían cosas desagradables.

—¿Quieres decir que les amenazaba?

Se rio con suavidad.

—Las amenazas no sirven con gente de esa calaña.

—¿Entonces...?

—Les daba palizas. Morgan iba a sus casas y les decía, a base de hostias, que debían pagar. —Le sentí exhalar por la boca. El humo casi me asfixió—. Funcionaba..., a veces. Pero no todos se tomaban en serio las advertencias.

Me pasé la lengua por los labios resecos.

—¿Qué sucedía tras la segunda advertencia?

El silencio que se prolongó entre nosotros durante extensos segundos me aceleró el corazón.

—Ahí es cuando yo entraba en escena.

Temblé de pies a cabeza.

—¿Me harás daño?

—Solo si tengo que hacerlo. —Por el tono que empleó, supe que no era una trola.

—¿Por qué? —No concreté la pregunta. Y, por lo visto, tampoco hizo falta.

—Porque te necesito —dijo sin titubeos.

Algo dentro de mí ardió inflándose como una ampolla al oír esas palabras tan repletas de un significado recóndito y poderoso.

—¿Y por qué Angy?

—Porque tú la necesitas a ella —y antes de que pudiera añadir algo más, me informó—: Ya puedes quitarte la venda.

Liberé mis ojos del pañuelo y aleteé las pestañas. No podía hacerme una idea de cuántos minutos u horas habíamos estado en la carretera, pero me asombró que el paisaje fuese montañoso y desolado, con pinos altos a cada lado del arcén.

—¿Cuándo me dirás adónde vamos?

—Cuando llegemos.

Sin saber qué más podría decirle, me encerré en mis pensamientos. Él continuó con la vista concentrada en la vía hasta que mi estómago rugió haciendo ruiditos extraños.

—Coge el maletín del asiento trasero —me dijo con tanta brusquedad que me asusté—. Pararemos a comer.

Viré la cabeza hacia atrás. Mi maletín estaba ahí, pero no había rastro de mis posesiones. Con el ceño fruncido, mis ojos regresaron a su perfil, pero él no se inmutó ante mi escrutinio. En aquel instante en que me dediqué a observar sus facciones varoniles y bellamente pulidas, se me ocurrió que podría hacerle dar un volantazo e intentar escapar. Pero deseché enseguida ese plan tan absurdo.

Estaba esposada, lo más probable es que él ya tuviera en mente que yo haría una cosa de tal dimensión y, además, podríamos perder la vida.

Resignada, me estiré hasta enganchar con un dedo la correa del maletín y me topé con un par de sándwiches envueltos en servilletas naranjas y dos botellines de agua. Estacionó en un área de descanso, se quitó el cinturón y esperó a que le diera su sándwich. Cuando lo hice, le propinó un succulento mordisco.

—Come.

No deseaba discutir con él y en realidad estaba famélica, así que mastiqué con calma y saboreé cada bocado. La comida nos duró escasos minutos. Zack agarró su botella y se bebió más de la mitad mientras yo situaba el maletín sobre la alfombrilla.

—Toma. —Lo miré con extrañeza cuando me ofreció mi botellín sin la tapa, en un claro acto de amabilidad—. Bebe.

Me mordí la lengua para evitar decir «gracias», pues Zack no merecía mi simpatía y casi que tampoco mi educación. Pero a él le dio lo mismo mi silencio. Se encendió otro cigarrillo, aumentó el volumen de la

radio y aceleró otra vez. Mientras conducía, le lancé fugaces miradas por el raballo del ojo hasta que me sentí extenuada y descansé mi cabeza contra la ventanilla. Poco a poco el monótono panorama fue tranquilizándose con los mismos efectos de una tila caliente y aunque luché por combatir la llamada del sueño, se me cerraron los párpados y me quedé traspuesta.

Desperté varias horas más tarde.

Parpadeando, visualicé una casita vieja a pocos metros de distancia mientras que Zack se disponía a salir del vehículo. A paso austero cruzó el trecho hasta la entrada al tiempo que yo analizaba el funesto paisaje, aunque no había mucho que observar. Lo único reseñable era la mustia construcción de aquella cabaña y los árboles de troncos oscuros y misteriosos repartidos por todo el terreno.

Volví a mirar a mi secuestrador, quien derribó de una patada la puerta principal y, entonces, se dio la vuelta, como a cámara lenta. El vello se me puso de punta cuando nuestras miradas parecieron impactar en todo su esplendor. Nos analizamos. Nos medimos. Nos estudiamos. Hubo una espesa quietud. Zack entornó sus ojos, que resplandecían negros e intimidatorios en el horizonte, como si quisiera verme a través del cristal opaco, mientras mis pupilas ansiaban profundizar en las suyas, hasta que de un segundo a otro, como si alguien hubiera pisoteado nuestro momento, el repentino hechizo que nos había embrujado se fundió con nuestros silenciosos deseos.

Zack emprendió sus pisadas en mi dirección, abrió la portezuela del pasajero y me quitó las esposas.

—¿Dónde estamos? —pregunté a la vez que me cogía por el codo, con firmeza.

—Lejos.

Caminamos en silencio hasta la entrada. El terreno estaba tapizado con un denso disfraz de hojas amarillentas, como si nadie hubiera barrido el camino durante años. La estampa color cobrizo, levemente verdoso, transmitía una desolación innegable que, junto al pausado canto del viento y el aullido de las hojas bajo nuestros zapatos, me amargó aún más la existencia. Nos paramos en el umbral.

La oscuridad en el interior de la casa era escalofriante.

—No quiero entrar ahí.

—No hay nadie dentro. Bueno... —dudó—, está Joe, pero él es inofensivo.

—¿Quién es Joe?

—No querrás conocerle. —Colocó una mano sobre mi espalda y me empujó con poca delicadeza

—. Entra. No hagas que te cargue sobre mi hombro.

A pesar del aviso, no tenía ninguna intención de hacerle caso. Él lo supo y tomó medidas al respecto. Solté un chillido cuando capturó mis manos entre las suyas, me encerró entre sus brazos y me arrastró dentro de la casa, sin miramientos.

Me removí como una culebrilla hasta zafarme de él, respirando con prisa. Zack me lanzó una mirada a modo de advertencia, pero me dejó ir a mi bola. Yo estaba tan cabreada con sus brutas formas, y con las

circunstancias en general, que preferí echar un vistazo a la vivienda. Todo estaba oscuro. En el suelo había varios trozos de madera carcomida y basura de hacía años, lo que hacía dificultosa la tarea de moverse entre tanta porquería. Las ventanas estaban sucias y tapadas con infinitas telarañas, y olía a una apesadumbrada combinación a polvo, moho y humedad.

¿Quién podría vivir en esas condiciones?, me pregunté hasta que el tacón de mi zapato se quedó enganchado en una pequeña fisura.

—No fastidies... —farfullé entre bufidos, pero Zack no se hizo problema por mi percance. Tiró de mi brazo hasta casi dislocármelo y me guio hacia unas escaleras próximas a la cocina.

—Por aquí.

Otro sótano.

Estaba harta de estar en esos lugares que me ponían de los nervios, pero tampoco quería tener sus electrizantes dedos sobre mi piel, así que avancé más rápido para imponer distancia entre los dos.

Alcanzamos una puerta cerrada. Casi morí del susto cuando Zack me arrinconó contra una pared, con sus manos en mi estómago, y me apretó contra el muro. Creí que abusaría de mí. O que me mataría allí mismo. Pero mis temores se dispersaron en el instante en que me di cuenta de que solo estaba haciéndose hueco para impulsarse sobre la madera.

Destruyó esa puerta también. Cogió el zippo de su bolsillo, lo encendió y la llama iluminó la habitación de dimensiones angostas. Sobre un mueble, había un par de velas con un envase de metal como soporte que no tardaron en cobrar vida, coloreando de penumbra un congelador horizontal apartado al fondo del sótano.

Fruncí el ceño cuando le vi caminar hacia allí, y agarró la tapa con las dos manos.

—No hay electricidad —murmuré deteniendo sus intenciones.

Zack, mirándome, sonrió sin alzar del todo las comisuras de sus labios.

—Quizás quieras darte la vuelta.

—Ni loca.

Se encogió de hombros.

—Luego no digas que no te lo advertí. —Y sin más protocolo, destapó el congelador y arrojó el liviano, pero descabellado, contenido al suelo roñoso.

Me tapé la boca cuando un esqueleto vestido de pies a cabeza se introdujo en mis retinas.

—Te presento a Joe —dijo hurgueteando en la chaqueta del pobre hombre hasta hallar un humilde

fajo de billetes.

Me enervó la sangre que le robara a un muerto.

—¿También lo mataste? —pregunté mientras él ponía el esqueleto en su sitio.

Se frotó las manos sucias de polvo.

—¿Aún te sorprende lo que haya hecho? —Había cierto matiz de ironía en la cuestión, pero también curiosidad.

—Creo que tienes la manía de pensar que todos somos iguales que tú.

Dejó escapar una risita a la vez que caminaba hacia mí, con calma, y me estudiaba con minuciosidad, mientras yo retrocedía sin darme cuenta. Mis nervios se multiplicaron por mil cuando mi espalda chocó contra la pared que había detrás de mi figura, y él disminuyó sus pisadas, con su pecho a punto de rozar el mío.

Una dolorosa tensión en mi tórax casi me hizo suspirar.

—Y tú no te pareces a mí, ¿cierto? —Dio otro paso hacia delante. Nuestros cuerpos se tocaron orquestando una insólita conexión. Me invadió el deseo de retroceder con la potencia de una tempestad, pero no me fue factible. Él me tenía a su merced, tal como había asegurado horas antes—.

Para tu desilusión, Joe murió a causa de su obesidad mórbida, aunque ahora mismo no lo parezca. Su asquerosa dieta consistía en comida saturada en grasas. La palmó solo en esta cabaña. —Se apretó un poco más contra mí y me enjauló con sus palmas apoyadas a cada ángulo de mi cabeza. Sentía cada uno de sus duros músculos en contacto con mi cuerpo, intimidándome, calentándome la sangre—. El viejo solía lloriquear que no quería ser enterrado bajo tierra, porque es sucia, oscura y miles de animales mean sobre ella. Un refrigerador fue lo más pulcro que encontré para él.

—Ese acto de «generosidad» no cambia quien eres.

Me miró bajo sus pestañas y, con mucha lentitud, aproximó su rostro hacia mis labios. Con el pulso inquieto eché la cabeza hacia atrás, buscando aire y espacio.

—Tienes razón. No cambia quien soy. —Sus labios acariciaron mi barbilla al hablar. Podía oír la música que creaban mis propios latidos en mis tímpanos—. Eres una mujer inteligente. Sabes que el hecho de que aún respire no significa que yo sea menos hijo de perra. No lo olvides. Nunca. Será lo mejor para ti.

No me dio tiempo a procesar sus palabras, pues me agarró por el brazo y me forzó a andar hacia las escaleras. Sopló las velas por el camino. Subimos hasta la segunda planta, en dirección a una habitación tan sucia y maloliente como el resto de la cabaña. La visión de una cama de dos plazas entumeció mis pies.

—No voy a dormir ahí —dije con un jadeo al ver una enorme cucaracha deambulando sobre la colcha raída—. Prefiero dormir en el coche. Tú puedes quedarte aquí si te apetece.

Zack ignoró mi petición. Envolvió mi cintura con un brazo, me pegó a su pecho y caminó hacia la cama, conmigo.

—Acuéstate —ordenó, pero yo me giré preparada para correr a toda carrera. No fui tan afortunada. Me encarceló entre su cuerpo y capturó el insecto con los dedos. Intenté esquivarle, en vano. Los bichos me daban un asco tremendo. Él se rio de mi reacción, abrió el cajón de la mesita de noche y encerró la cucaracha ahí—. Listo. Ahora acuéstate. El trayecto que tenemos por delante es largo y pesado. —Como me hice la sorda, suspiró a través de los dientes y señaló la cama—. Te doy tres segundos para hacerlo. No me hagas usar la fuerza contra ti. Es lo último que me apetece después de tantas horas en la carretera.

Busqué sus ojos por encima de mi hombro. Fue entonces cuando tuve la certeza de que utilizaría

lo que hiciera falta para conseguir su cometido. Quizás, hasta destriparme como había confesado en una de las entrevistas. Tragué saliva y, muy a mi pesar, me tendí sobre el colchón a la vez que procuraba no pensar en los bichos que podrían estar vagando debajo de mi cuerpo o los que podrían aparecer mientras estuviera dormida.

Levantó mi muñeca y me inmovilizó al cabecero con su, al parecer, juguete favorito: las esposas.

Aun así, no protesté ni hice aspavientos con el brazo. Cualquier intento sería inútil. En cambio, procuré no estremecerme como una boba cuando se recostó detrás de mí en la posición de la cucharita y me arrimó a su cuerpo. Su pecho generó una ardiente fricción contra mi espalda mientras iba deslizando con parsimonia una de sus manos por mis costillas hasta llegar a mi vientre.

Mi pulso aumentó al igual que mi respiración. Toda yo reaccionaba a él. Estar a su lado me retorció las entrañas y, a la misma vez, me conmovía de una manera que seducía al delirio. La calidez de su tacto, áspero y violento como su corazón, me abrasaba la piel a través de las prendas. Y fue a peor cuando me asedió una sensación de fuego al notarle duro contra mis nalgas. Estaba excitado.

Muchísimo.

—Así no te me escapas —repitió aquellas palabras y prosiguió con sus caricias, cada vez más lentas y maravillosas.

Embriagándome.

—Detente, por favor... —suplicué con un hilillo de voz sintiéndome confusa conmigo misma. Me

tensé dolorosamente. Como no respondió ubiqué mi mano libre sobre la suya, que no paraba de trazar diminutos círculos en mi estómago. Él inspiró hondo y hundió su nariz en mi pelo, rozando el lóbulo de mi oreja con su boca caliente—. ¿Por qué no dejas que me marche?

—Cierra los ojos y duérmete —dijo ciñéndome más con el brazo derecho, como si no quisiera

dejarme escapar. Estaba segura de que podía percibir los fogosos latidos de mi corazón, que chocaba como un caballo desbocado contra mi pecho—. Y yo haré como si no olieras peor que el viejo Joe

cuando estaba vivo.

Y para turbarme un poco más, trenzó nuestros dedos. Con tirantez. No lo hizo en plan romántico, sino posesivo. Otro modo de asegurarse de que no pudiera huir de él.

Exhalé un suspiro silencioso y aunque lo único que me apetecía era arrancarle los ojos con las uñas, cerré los párpados. «Te odio, Zack Cassidy. Te detesto con toda mi alma», pensé durante toda la noche mientras deliraba con la idea de escabullirme de sus garras, antes de caer rendida varias horas más tarde.

**Linda**

*Lunes, 31 de agosto de 2009*

*La cabaña del viejo Joe.*

Desorientada en mitad de la penumbra, abrí los ojos al sentir una mano robusta sobre mi garganta.

Me incorporé con dificultad, sudando por el miedo de la pesadilla, a la vez que miraba hacia todos los ángulos al no notar la calidez que me había arropado durante gran parte de la noche. Clavé la vista en un punto difuminado y ahí estaba Zack..., con la espalda recostada en la pared, a pocos pasos de la cama, con un cigarrillo en la boca. Sus iris resplandecían en la oscuridad y obtenían un tono rojizo cada vez que daba una perezosa calada mientras me observaba con una intensidad que rayaba lo descomunal.

—¿Qué soñabas? —preguntó con la voz algo ronca por el humo, y yo me angustié sin poder evitarlo—. Te movías mucho y gemías. Es casi imposible dormir a tu lado.

Negué con la cabeza y eché un vistazo a la ventana ubicada al otro extremo de la habitación.

—No ha amanecido aún —desvié la conversación hacia otro tema menos espinoso.

Suspiró ante mi evasiva.

—Es hora de irnos. La madrugada es más segura. —Tiró el cigarro al suelo y, tras aplastarlo con la bota, vino hacia mí y me despojó de las esposas.

—¿Dónde estamos?

—Un poco más allá de Sandy —afirmó sin dar más explicaciones y me ayudó a ponerme en pie.

No me trató con mucha brusquedad, pero aun así me tambaleé y casi volví a caerme de bruces.

—Espera. Espera un momento... —Aunque me perturbaba su proximidad, tuve que apoyarme en sus antebrazos—. Los tacones me molestan demasiado. Tengo los pies hinchados y me duelen los dedos al doblarlos.

Reflexionó un segundo sobre mis palabras.

—Dame tus zapatos. —Fruncí el ceño al oír su petición. Cuando no me moví, me hizo una seña con los dedos—. Vamos. Dámelos.

Recelosa, se los entregué. Casi me abalancé sobre él cuando les arrancó los tacones ante mi perpleja mirada. Con una sonrisa arrogante, me devolvió el calzado destrozado.

—¿Cómo te atreves? ¡Eres un...! —enmudecí cuando puso su dedo índice y pulgar debajo de mi

barbilla y presionó lo mínimo en señal de advertencia.

—Cuidado con lo que dices. Póntelos. Ya hemos perdido bastante tiempo con esta estupidez.

Le enseñé un poquito los dientes y me puse los zapatos de mala gana. Salimos del dormitorio y, sin detenernos, continuamos hasta el coche. El cielo aún estaba lleno de decenas de estrellas y la luna nos regaba con su luminosidad. Apenas me senté, Zack retuvo mi muñeca con las esposas y se deslizó al volante.

Durante horas se limitó a conducir y a fumar, distraído en sus cavilaciones. Yo, en cambio, luché por hallar el modo de rescatar a Angy. La única manera sería tratando de ponerme en contacto con la policía. Pero no sabía cómo, o si aquello sería posible, pues Zack siempre estaba vigilándome con sus ojos de depredador, que me hacían estremecer.

Los minutos avanzaron a un ritmo sobrecogedor. El reloj marcaba las ocho menos cuarto cuando mi estómago empezó a protestar con los típicos ruiditos que lograban que mis mejillas se ruborizaran de vergüenza. No habíamos comido más que el sándwich de la tarde anterior y ya habían pasado demasiadas horas de aquello.

—A cinco kilómetros hay una gasolinera —dijo sin mirarme—. Compraré algo para comer.

Realicé un gesto afirmativo. Mientras el sol empezaba a vislumbrarse con toda su majestuosidad en el norte, nos adentramos en una estación de servicio, a un lado del surtidor. No había nadie salvo el conductor de un monovolumen que repostaba gasolina. Reposé la nuca en el reposacabezas al creer que tendría unos breves instantes de paz, sin amenazas y sin preocupaciones, pero Zack no se bajó del coche. Al contrario, se giró en el asiento y me observó con fijeza; igual como yo hice con él.

—Los vidrios están tintados —me informó. Yo ya me había percatado de ello—. En cuanto acabe de llenar el depósito, iré a comprar comestibles y a pagar —me hablaba despacio, comedido, saboreando cada sílaba—. Te quedarás sola y sé que intentarás aprovechar la oportunidad, ya sea para huir o hacerte notar, pero el que avisa no es traidor. Haz algo de lo que haya tramado esa terca cabecita tuya y me cargaré a ese hombre de ahí, que está punto de soltar la manguera. —Siseé como una serpiente cuando me obligó a mirar hacia el establecimiento—. Y también al dependiente y a todo aquel que me estorbe. Y entonces, depende de lo cabreado que esté contigo, telefonaré a Morgan y le daré carta blanca para que le haga cosas horribles a tu amiga. Esas muertes caerán sobre tu conciencia. No sobre la mía. —Me soltó—. ¿Me he explicado bien?

—Sí... —susurré. Le lancé una mirada interrogante cuando empezó a rebuscar en la guantera y cogió una gorra negra con la que poder ocultar su pelo.

—Perfecto. —Abrió la puerta y deslizó una pierna fuera del coche—. ¿Café con o sin leche? —Lo fulminé con los ojos; reacción que le resultó divertida, ya que se marchó riéndose.

Inhalé hondo y cerré los párpados. No tenía claro si me decía todo aquello en serio o si, en un plan

descabellado, solo pretendía inquietarme. Lo cierto es que a él le encantaba incomodarme, hacerme sentir emociones, aunque casi todas fueran molestas para mí. Le gustaba verme más desinhibida, aunque para conseguirlo tuviera que actuar de un modo grosero, como un neandertal.

Zack retornó a los pocos minutos.

—Un *espresso* para ti —dijo ofreciéndome el vaso de cartón plastificado—. ¿He acertado con tus gustos? Algo me dice que te gusta lo soso y lo amargo.

Recibí el vaso a regañadientes.

—Es de mala educación hacer insinuaciones de ese estilo —dije tras dar un par de sorbitos.

Él aparcó debajo de un toldo de acero y sacó dos bocadillos y una cajita de donuts azucarados con glaseado de chocolate y fresa de la bolsa que acababa de comprar.

—No he dicho nada que no sea cierto.

Capturé un donut y tras terminar de masticar la deliciosa masa dulce, dije:

—La manera en que las dices es muy ordinaria.

—O quizás tú eres demasiado estirada, demasiado perfecta para mis formas imperfectas.

—¡No soy estirada! —me defendí y él se rio, irónico—. Y mucho menos perfecta.

Resopló ante esto último.

—Te crees superior a los demás. —Lo miré con cara de espanto—. Sí, lo haces, aunque sea de manera inconsciente. Y da igual que no sean unos cabrones como yo. Desde el principio me di cuenta de cómo observabas a los guardias de seguridad en la trena, con indiferencia y frialdad. Así tratas a todo el mundo excepto a tu amiga, quien más que seguro es tan estirada como tú.

—¿Qué estás diciendo? —escupí sintiendo la indignación mezclarse con mi sangre. La frialdad a la que se refería era el resultado de muchos años de preparación, para parecer profesional durante las entrevistas; aunque en más de una ocasión me habían entrado ganas de levantarme y abandonar la sala al oír tantas atrocidades—. ¡Eso no es verdad!

Se metió medio donut en la boca y se encogió de hombros.

—Quizás nos miras así porque no tenemos el mismo nivel adquisitivo que tú. ¿Te molesta compartir el mismo espacio con una persona que no tiene dinero?

—El dinero no tiene nada que ver en esto. Y ¿quién te crees que soy? ¿Millonaria?

—Por tus ropas, es evidente que tienes pasta.

—Vivo bien, cuido mis gastos y soy muy ahorradora —comenté con fastidio—. ¿Y por qué te estoy dando

explicaciones? —me reproché a mí misma.

Se acercó antes de que lo hubiera sentido moverse y enterró su puño en el respaldo, con el cuerpo inclinado hacia delante. Habló en voz baja. Fue apenas un susurro.

—Si no es por el dinero, ¿por qué miras a todo el mundo con ese aire de superioridad?

—Te estás equivocando. —Tragué saliva—. No me creo superior a nadie. No me importa la economía ajena y créeme, no soy perfecta. —Recordé las pesadillas que solía tener cada noche; mi forma apagada de ver y vivir la vida; el aislamiento emocional al que yo misma me había sometido.

Sin duda, no era perfecta. Ni siquiera en el trabajo.

La voz de Zack me resultó remota.

—Entonces ¿por qué eres así?

—¿Por qué soy como soy? —musité con desesperación mientras buscaba en sus ojos una solución a mis problemas—. Creo que ni yo misma lo sé.

Al percatarme de lo que acababa de admitir, aparté la vista. No tenía idea de cómo la conversación había tomado un rumbo tan personal, o por qué le había dejado entrever que me sentía perdida, que llevaba años dando bandazos por la vida, que me era imposible ser feliz y, lo más probable, que jamás pudiera abrir mi corazón a nadie.

Él continuó mirándome, pero yo no le devolví el gesto. Mantuve la mirada en mi regazo. Como si

captara la indirecta, se recolocó en el asiento y siguió comiendo. Yo picoteé sin ganas. Mi apetito se había saciado con mi propia confesión porque, a pesar del pasado que me había tocado vivir, no sabía por qué era de esa manera. Y no me gustaba ser así. Pero tampoco podía cambiar mi forma de ser. O

quizás nunca me lo había propuesto. Ni sabía cómo remediarlo. Me sentía como un juguete roto al que el destino no paraba de martirizar y romper con viles pesadillas.

Cansada del torbellino de emociones que me apabullaba sin cesar, metí lo que no había comido en la bolsa e hice un esfuerzo por beberme todo el café. Él, pese a que aún tenía hambre, también guardó las sobras y nos pusimos en movimiento otra vez. El tráfico era ligero, pero el viaje se me estaba haciendo interminable y el silencio, más asfixiante que nunca. Al cabo de algunas horas decidimos parar en un parámetro deshabitado, pues Zack quería descansar un momento.

—Necesito ir al baño —dije evitando hacer contacto visual con él, pero no por vergüenza sino porque aún estaba demasiado afectada por nuestra escena anterior.

—Vamos juntos. No miraré.

—¿Qué dices?

Ahora sí lo observé, estupefacta y boquiabierta.

—Me quedo contigo en el cubículo.

—¡Eres un canalla! ¡Que te jodan! —declaré dándole a entender que prefería aguantarme las ganas de mear a bajarme los pantalones en su presencia.

Sonrió y descendió la cabeza al igual que la voz, convirtiéndola en una cosquilla perversa.

—Eso me encantaría. Que me jodieras o me dejaras joderte yo a ti.

La temperatura incrementó de golpe, como si me hubiera aproximado al sol y este estuviera a punto de quemarme. Respiré hondo al sentir aquellas emociones inauditas en mí mientras él recorría mi cuerpo con sus ojos hambrientos. Sin embargo, aunque su declaración no era ningún farol, me permitió ir a una especie de cabina nauseabunda, aislada y de plástico verde, a hacer pis.

Él permaneció fuera, con la cabeza gacha y los brazos cruzados sobre el pecho. Después volvimos al coche y estacionó en la zona de *parking* para resguardarnos de los cegadores rayos de sol. Sin decir nada me dio la espalda y, al instante, se quedó dormido como un bebé. Su respiración colmó la atmósfera.

Yo estaba exhausta también, pero no pude dormir y tampoco logré reprimir el impulso que, con

una potencia bestial, bloqueó mi sensatez. Y aunque su actitud me había agriado el día y su última declaración no paraba de torturarme, me volví hacia él y me dediqué a observar cada centímetro de su cuerpo, como una acosadora.

No podía negar que su imagen y sus facciones eran arrebatadoras. Todo él irradiaba magnetismo.

Desde la anchura de sus hombros. Sus brazos rociados por una fina capa de vello claro. Su pelo largo y sensualmente desordenado. Hasta sus piernas y sus manos que descansaban sobre el muslo derecho.

Zack era un espécimen de belleza salvaje y el peligro que le precedía le hacía aún más irresistible.

Repasé cada recoveco de su anatomía, sin indagar demasiado en el motivo de mis acciones. No sabía qué esperaba ver en él, si es que de verdad esperaba ver algo, pero habría seguido recorriendo cada trozo de su piel si al levantar la mirada no hubiera descubierto que Zack había volteado su cabeza y me estaba mirando con el ceño fruncido.

Mis mejillas ardieron como dos antorchas mientras sus profundos ojos un tanto verdosos y azulados me estudiaban con intensidad. No emitimos palabra. Pasó un eterno e incómodo momento

hasta que se sentó erguido y volvió a conducir sin prestarme la mínima atención. Mientras dejábamos atrás milla tras milla, me sentí cada vez más abrumada por mis pensamientos. Leer a Zack era de lo más complicado, por no decir imposible. Era incapaz de meterme en su mente. En cambio, para él era demasiado sencillo meterse en la mía.

El sol se estaba poniendo cuando nos desviamos por otro camino. Un letrero verde y rectangular

me indicó que estábamos próximos a Nuevo México, a casi dos horas y media de allí, pero él parecía no tener intención de dirigirse a la gran ciudad. Tal como había supuesto, la presencia de varios camiones, que ralentizaban nuestra marcha, me dio a entender que nos habíamos internado en otra vía secundaria,

transitada mayormente por camiones y furgonetas. Pero aquello dejó de importarme cuando a los pocos minutos un rótulo luminoso, con las letras «Sands Motel», apareció en mi campo visual.

Exhalé un suspiro de satisfacción.

Eso significaba que pronto podría disfrutar de una cama, con un poco de suerte, en condiciones y sin padecer dolor de espalda al día siguiente; o que habría un aseo más o menos decente, con luz artificial y una puerta para tener privacidad; o que dispondría de una ducha para quitarme el sudor y la suciedad en las greñas.

La palabra «motel» significaba el paraíso para mí.

Zack paró en una sección apartada de la recepción, donde aún era visible la panzuda silueta del dependiente, que tenía la vista clavada en un pequeño televisor ubicado en la mesa atestada de papeles.

Se puso la gorra y caminó a paso seguro hacia la oficina. Desde la distancia vi cómo Zack colocaba un par de billetes sobre el escritorio. El encargado despegó con algo de esfuerzo los párpados del partido de fútbol y le entregó un llavero de madera con una única llave colgando de la argolla. Zack firmó en el libro de registros de clientes y masculló algo antes de regresar a mí.

El encargado apenas se dio cuenta de ello.

—Pasaremos la noche aquí —me informó mientras me liberaba de las esposas. Se las guardó en el pantalón.

—¿Cómo lo has hecho para registrarte?

Me miró como si hubiera nacido ayer.

—Usando un nombre falso.

«Por supuesto», pensé con ironía.

—Qué listo...

—Nada de armar escándalo.

—No hace falta que me lo repitas tantas veces. No soy tonta. Lo he captado a la primera.

Me ignoró.

—Vamos.

Recogió la bolsa con restos de comida y emprendimos la caminata a la habitación alquilada. El complejo del motel era grande, de apariencia modesta, blanco con el techo color granate; solo disponía de una planta y a juzgar por la cantidad de luces encendidas, la mayoría de las habitaciones estaban ocupadas.

De repente, un escalofrío zigzagueó por mi columna.

Zack había entrelazado nuestros dedos al tiempo que aceleraba sus pisadas. Cuando abrió la puerta, me instó en silencio a que me internara primero. Una cama de matrimonio decorada con un edredón grueso, de los antiguos, con dos mesitas de noche a ambos costados, de madera muy oscura, era lo que más destacaba a simple vista. También había una cómoda y sobre ella, un televisor que no tendría más de diez canales. En general, el dormitorio era perfecto.

El sonido de la cerradura junto al llavero rebotando sobre la mesita de café me hizo dar un respingo.

Zack acababa de esconder la llave del dormitorio.

—Quiero tomar una ducha —dije en tono reservado, y lo miré con desconfianza.

—Nadie te lo impide. —Señaló la única puerta que había en la habitación mientras se sentaba en la cama para quitarse las botas.

Fui hacia allí sin querer desperdiciar ni un instante. No había mucho que decir sobre el baño, pues poseía lo esencial. De inmediato, despejé mis pies de los zapatos sin tacón y me desabroché la blusa con dedos anhelantes. Estaba a punto de deslizar la prenda por mis hombros cuando escuché cómo la puerta se abría de par en par.

¡Aquello era el colmo!

Enfadada, me giré para exigirle a ese cavernícola sin modales que se largara de inmediato, pero no conseguí ni separar mis labios. Una fuerza seductora, que parecía fluir de forma natural entre nosotros, se despertó en mí agitándome por dentro cuando Zack apareció caminando hasta mi posición, descalzo y sin camiseta, con el botón de los vaqueros desabrochado.

Lo miré de arriba abajo, con descaro. No conocía el motivo, pero algo me persuadía a hacerlo. Y

no era para menos, a decir verdad. Zack tenía un cuerpo de infarto, aunque los músculos de su abdomen no estaban muy bien marcados. Sus pezones eran de un tono oscuro y muy pequeños, y una

excitante hilera de vello nacía desde su ombligo hasta perderse por el interior de su ropa íntima. Pero lo más alucinante y aterrador a la misma vez era el tatuaje que cubría por completo su brazo derecho.

Se trataba de la imagen de un águila sosteniendo una serpiente en la boca, sobre un flameante círculo de fuego y con unos cuchillos cruzados. La víbora se enroscaba una y otra vez en su brazo hasta morir un poco más abajo de su muñeca, donde la lengua bífida se escurría entre los labios del reptil. Entre las llamas se leía el número «17» tatuado con tinta negra, que parecía estar consumiéndose en el fuego.

Ese tatuaje rezumaba poder, peligro y fortaleza.

—¿Qué... qué estás haciendo? —atiné a balbucear cuando se situó delante de mí.

Me sacaba varios centímetros de estatura.

—He pensado que es mejor que sea yo quien se dé una ducha primero. —Su aliento fue como un mimo placentero en la frente—. De hecho, lo prefiero así.

—Como quieras... —murmuré encogiéndome los hombros. El movimiento causó que mi blusa se abriera. Él lo notó también. Me aferré a la tela, pero estaba tan cerca de mí que su pecho desnudo acarició el dorso de mi mano—. ¿Qué significa el tatuaje?

Me miró a los ojos y dio otro paso hacia delante.

—Nada que a ti te importe.

—¡Qué borde eres! —dije sintiéndome demasiado aturdida por aquella atracción. Necesitaba poner distancia. Necesita alejarme de él—. Está bien. La ducha es toda tuya.

Caminé hacia la puerta, pero él me impidió continuar.

—Tú te quedas.

Me empujó hasta atrapar mi muñeca con las esposas, que no había visto en su mano. Cuando quise darme cuenta, me hallé a mí misma inmovilizada al tubo de la calefacción.

—Pero ¿qué te pasa? —inquirí con la mandíbula endurecida y los puños apretados.

—No voy a dejarte sola para que trames algo que pueda perjudicar a centenares de vidas —dijo mientras se fijaba de nuevo en mi blusa, que se había vuelto a abrir, pero aquello no me incordió.

Estaba demasiado enfadada con él. Y también conmigo misma.

—Has cerrado la puerta y ocultado la llave de la habitación. —Mi voz acusadora le hizo alzar la mirada de mi canalillo. Entornó los ojos y yo entorné los míos—. Por más que quiera, y créeme cuando te digo que lo ansío, ¿cómo podría escapar de ti?

—Seguro que se te ocurriría algo. —Giró el grifo de la ducha. Nuestra discusión se extinguió en ese instante, pero no porque no tuviéramos nada más que reprocharnos sino porque se bajó el pantalón y se quedó en calzoncillos.

De inmediato, me volteé con demasiada torpeza hacia la pared. Su risa resonó de fondo, amortiguada por el chorro de agua que aterrizaba sobre el plato de ducha. Respiré hondo al tiempo que trataba de ignorar que había un hombre desnudo a escasos centímetros de mí. Pero Zack Cassidy no era un hombre cualquiera. Ningún hombre que conociera se parecía lo más mínimo a él.

Le oí pisar la cabina y correr la puertecita de cristal. Pero a pesar de que fueron pasando los minutos, no pude eliminar el intenso anhelo de virar el cuello hacia atrás. Había una fuerza casi sobrenatural que me estimulaba a actuar de una forma chocante, contra mis principios. Y aunque lo intenté por todos los medios e incluso pugué por convencerme de que aquello no estaba bien, no conseguí aplacar mi pequeño arrebató y con mucha prudencia, lo miré a hurtadillas.

Zack estaba de espaldas a mí, pasándose las manos por el pelo y quitándose de vez en cuando la espuma de la cara. Me mordí el labio. No podía negarlo. Ese hombre llamaba la atención por la

maravillosa belleza ruda que le había sido concedida. Y aunque lo odiara y apenas aguantara estar junto a él, no podía obviar que era muy atractivo y me avivaba el corazón de un modo insaciable.

Pero eso no obnubilaba la realidad. Sabía que era todo lo opuesto a un príncipe azul. Zack no te rescataba de la oscuridad; él te arrastraba hacia ella. Zack no te regalaba el oído con palabras bonitas; él te trataba con una fuerza bruta que, en otras circunstancias, podría resultar adictivo, quizás hasta sensual. Sin embargo, tener esa certeza no me afectó lo más mínimo y continué fijándome en sus músculos tensos, en el lento trayecto de sus manos y en sus glúteos firmes y llenos.

—¿Le gusta lo que ve, doctora? —Su voz pecaminosa me devolvió al presente.

Era la segunda vez que me pillaba con los ojos puestos en él.

Volqué de nuevo mi mirada en la pared. Me sentía demasiado anonadada. Tenía las mejillas prendidas. Mi corazón palpitaba a una velocidad desbordante.

—Puedes mirar todo lo que quieras. No me molesta.

No respondí.

Esperé a que terminara de ducharse.

Cuando salió de la cabina, me di cuenta de que las toallas estaban en una balda posicionada a mi derecha. Por un instante pensé en alargar el brazo y tenderle una, pero su respiración cálida y el efímero tacto de su piel húmeda me advirtieron de lo cerca que estábamos el uno del otro. Me tensé hasta morir cuando una afilada tensión se instaló entre mis muslos. Odiaba intensamente reaccionar de ese modo tan lujurioso, pero no lograba controlar la seducción que me barría por dentro.

Respiré hondo.

Él también lo hizo.

Finalmente, cogió una toalla y tras enroscársela alrededor de la cintura, me privó de las esposas.

—Tu turno... —dijo descendiendo de nuevo la vista hacia mis pechos. La blusa estaba en su sitio, pero la tenía adherida como una segunda piel por culpa del vapor.

Carraspeé para llamar su atención.

—No entrarás sin llamar, ¿cierto? —pregunté, pero no contestó. Recogió sus prendas y fue hacia la puerta—. ¿Zack? —insistí con nerviosismo, pero se marchó sin responder.

No había pestillo, por lo que tendría que conformarme con lo poco o nada que tenía a mano. Me negaba a estar un día más sin asearme. Terminé de desvestirme y me planté debajo de la alcachofa.

Apenas quedaba gel de ducha en el tubito cortesía del motel, pero me bastó con eso. Mi cabello tuvo

menos suerte, pues no había champú.

Una vez concluida mi pobre sesión de belleza, me sequé con una toalla pequeña y me enrollé a mí misma en una más grande, repudiando la blusa y la falda con una mueca. No quería ni por asomo volver a ponerme esa ropa. Sujeté la toalla por un costado, cuadré los hombros con falsa tranquilidad y salí del baño.

Me paralicé apenas vi a Zack a un lado de la ventana, fumando mientras observaba las calles y los pocos transeúntes. En cuanto oyó mis pisadas en la moqueta, volteó su mirada hacia mí y sus ojos me atravesaron como si fueran dagas letales para mi corazón, que se encogió hasta convertirse en un órgano diminuto. Se había puesto los vaqueros, pero aún andaba sin camiseta y con el tatuaje al aire.

Vacilé un momento antes de sentarme en la cama, consciente de que él seguía todos mis movimientos. Compartir el mismo espacio con él me hacía sentir indefensa. Zack podría hacer lo que quisiera conmigo y, por más que me defendiera, no podría detenerle. Él siempre me arrasaría con su fuerza. Además, mis pensamientos tampoco ayudaban mucho a sentirme más tranquila.

Sin romper la calma que nos había refugiado, apagó el cigarrillo a medio terminar y se movió hasta situarse delante de mí. Elevé la vista en busca de la suya, pero él estaba concentrado en mis manos, que agarraban con evidente angustia la toalla.

—¿Piensas que voy a violarte? —preguntó con una ceja enarcada y volvió a mirarme. Una cadena de escalofríos poseyó mi cuerpo—. Si hubiera querido follarte, lo habría hecho en la cabaña del viejo Joe. O en el sótano de La Cueva. ¿Acaso crees que la presencia de tu amiga me hubiera frenado? No me importa tener público a mi alrededor.

—No me fío de ti.

—Nunca he tenido la necesidad de violar a nadie para gozar de un poco de sexo. —Hizo una mueca irónica—. Las mujeres que han estado conmigo siempre me han aceptado de buena gana.

—No me interesan tus hazañas sexuales —espeté, pero mi corazón se saltó un latido cuando encorvó su torso hacia delante para que quedáramos a la misma altura.

—No te tocaré hasta que tú me lo pidas —aseguró a la vez que su respiración absorbía la mía.

Enrojecí de irritación, aunque, sin embargo, percibí cierta humedad en algunas zonas de mi cuerpo que no deberían inmutarse.

—Ni en sueños te pediría semejante locura.

—Lo harás —dijo muy seguro. Sus ojos chispearon como diamantes mientras se inclinaba un poquito más hacia mí. Estuve a punto de sufrir un infarto ante tanta tensión sexual no resuelta—. Me suplicarás que te folle y haga que te corras con mis dedos, con mi boca e incluso con mi polla —

susurró con un efecto hipnótico en la voz—. Y aunque no eres mi tipo de mujer, te follaré para que te des cuenta de la mierda de hombres patéticos que has metido en tu cama.

Inspiré hondo en un intento por dominar mis deseos más oscuros, unos anhelos que no sabía que tuviese, pero su aroma a pecado hizo que temblara con poderío.

—No me interesas. Y tú tampoco eres mi tipo. —No me pronuncié sobre lo segundo que había afirmado.

—Me alegro. —Enterró los puños a cada lado de mis caderas, pero su única intención era apresar la camiseta que se había puesto antes. Me la tendió con una sonrisa—. Puedes dormir con ella.

—Gracias. —La aparté de un manotazo—. Pero no la quiero.

—¿Prefieres dormir con tu ropa que apesta?

Acepté la prenda, me puse en pie con brusquedad y lo aparté de un empujón.

—¡Me exasperas! —exclamé cambiando de tema. Todo aquello me estaba sobrepasando. Zack me

hacía sentir cosas que no entendía; que jamás había sentido y me confundían sentir con una persona como él—. ¡Y no entiendo por qué me has traído hasta aquí!

—Lo sabrás mañana —dijo encendiendo el televisor, sin hacerse mala sangre por mi malhumor.

—Te atraparán tarde o temprano. La policía ya debe de estar buscándote... —callé. La carne se me puso de gallina al leer el subtítulo «Situación de crisis» en el noticiario que retransmitían en ese instante.

La voz informativa de la reportera inundó la habitación.

*«Continúa la investigación de las causas de la reyerta que tuvo lugar el pasado sábado veintinueve de agosto en la Prisión de Nueva Folsom, California. Tras más de veinte horas tratando de apaliar el fuego que se propagó por los distintos niveles del centro penitenciario y tras contener la furia de los miles de internos que acoge el interior de la institución, la policía nacional ha informado que la revuelta se ha cobrado las vidas de seis funcionarios y once reclusos que cumplían condena por diversos delitos, además de casi un centenar de heridos, dos de ellos en estado muy grave. Benjamin Donovan, director del centro, aún no ha querido dar explicaciones sobre cómo una cárcel de máxima seguridad ha podido verse envuelta en una rebelión de tal magnitud, pero ha asegurado que se ha extremado la vigilancia para evitar nuevos incidentes y que aún sigue en marcha la búsqueda de los cinco internos que huyeron...».*

Mientras la periodista hablaba, aparecieron cinco fotografías; entre aquellos hombres se encontraba Zack. A continuación, reprodujeron las grabaciones de la prisión en llamas mientras los policías se internaban armados en el recinto y las ambulancias llenas de heridos abandonaban a todo gas la zona.

Boquiabierta, alcé la mirada hacia Zack, que seguía absorto en la pantalla, pero el murmullo con forma de mi nombre hizo que volviera a interesarme en el noticiario.

*«Y seguimos con el caso CPS-Folsom. Linda Evans, psicóloga forense, de veintiocho años y residente en la ciudad de Sacramento, continúa en paradero desconocido desde el pasado viernes. La última vez*

*que fue vista ocurrió aquella misma mañana tras visitar a Zack Cassidy, uno de los reclusos involucrados en el motín y del que también se desconoce dónde se encuentra. La doctora Evans, que estaba cooperando en una investigación con la aprobación de la Junta de Tratamiento, está en busca y captura por orden judicial por la presunta conspiración que organizó junto a Zack Cassidy, su presunto amante, para ayudarlo a huir de la ley. Además, también se sospecha que la desaparición de Angela Nichols, supuesta amiga de Linda Evans, también está relacionada con el caso. Eso es todo por ahora. Volvemos en cinco minutos».*

Zack apagó el televisor, se dobló sobre sí mismo y estalló en carcajadas. Yo me sentía tan indignada que los ojos se me pusieron vidriosos.

¿Cómo ha podido pensar Benjamin Donovan que soy la amante de Zack?

¿Por qué ha pensado eso de mí?

—¡Para de reírte! —grité, pero él respondió riéndose con más fuerza. Era un canalla. De los mejores—. ¡No te saldrás con la tuya! ¡Les diré que eso no es verdad! ¡Les diré que me secuestraste, tú y tu asqueroso amigo! ¡Y a Angy también!

—¡Como si te fueran a creer! —Fijó las manos sobre la mesa en busca de apoyo—. Apenas te acerques a ellos, te arrestarán.

Mi pecho subía y bajaba con trémulas sacudidas. Zack tenía razón y eso me irritó aún más. Lo miré una última vez antes de ir hacia el baño, con su camiseta arrugada entre mis puños, pegando un portazo que vibró en el aire. Empecé a quitarme la toalla mientras intentaba sosegarme, pero no pude.

Mi vida entera se acababa de desdibujar de un día para otro, mi nombre estaba manchado con falsas acusaciones, mi reputación como psicóloga no valía ni un comino y mi dignidad como persona, esa que había mimado con tanto esmero, estaba por los suelos.

Me vestí con rapidez y me sostuve al lavamanos, cabizbaja y con el corazón alocado, a la vez que degustaba una profunda tristeza. Sentía rabia, incluso ganas de destrozarse algo, pero cuando levanté mi barbilla y capté mi reflejo en el espejo, cobijada bajo la camiseta de Zack, percibiendo su aroma en mi nariz, me noté tan agotada que ansié llorar durante toda la noche. Purgar con lágrimas todas mis heridas. Sin embargo, no lo hice.

Mojé mi rostro con agua fría. Estaba un poco afiebrada, pero ese breve toque me supo a gloria. A los cinco minutos me desplazé hasta la cama e ignoré tanto como pude a Zack, que había vuelto a espiar por la ventana. Me acosté debajo de la sábana y cerré los ojos, pero volví a abrirlos apenas aprecié que me estaba esposando otra vez.

Resoplé con amargura.

—No puedo huir, y lo sabes.

—Más vale prevenir que lamentar —dijo antes de acomodarse detrás de mí, tal como había hecho

en la cabaña. Instaló una mano sobre mi estómago y presionó fuerte, transmitiéndome el poder que emanaba de sus poros, haciéndome notar una sensación extraordinaria y desquiciante. Algo parecido al

anhelo.

O más bien... al deseo.

—¿Es necesario que estés tan cerca de mí?

—¿Te molesta? —me habló bajito en el oído.

—Sí. —Jamás había estado con nadie de esa manera. Ese tipo de cercanía era desconocido para mí.

—Entonces sí, es necesario.

Exhalé un suspiro lleno de agotamiento mental.

—No entiendo por qué te empeñas en hacerme enfadar.

—Porque es un soplo de aire fresco; el único momento en el que te muestras tal y como eres. —

Me apretujó más contra su pecho, pero aun así evité descansar mi mano sobre la suya. Aquello me había parecido un acto demasiado íntimo—. Estás enfadada con la vida. A mí no me engañas.

No desmentí sus palabras, porque él sabría que le estaba mintiendo.

—Hablas con mucha convicción.

—Porque estoy seguro de lo que digo.

—¿Por qué?

—Porque yo también me he sentido así; cabreado con todo lo que me rodeaba, incluso conmigo mismo.

Me crispé cuando curvó sus dedos sobre mi vientre, aunque no me hacía daño.

—¿Y ya no te sientes así? —Antes de que pudiera replicar, le formulé otra pregunta—. ¿Qué hiciste para despejarte de esa rabia?

Coló la nariz en mi cuello, con su frente sobre mi carne y enredando sus piernas entre las mías.

Estaba duro otra vez.

Y yo... yo no sabía cómo me sentía.

—Hueles a mí... —dijo con un ronroneo, ignorándome. Era cierto. Toda yo olía a él. Su olor me

embelesaba, aunque batallara hasta la saciedad por omitirlo. Permanecí en silencio respetando que no quisiera responderme; aunque quizás no lo hizo porque aún no se había deshecho de aquello que le

consumía poco a poco—. Deberías dormir. Mañana será bastante arduo de digerir.

—¿Por qué? —pregunté con el pulso acelerado, en un susurro—. ¿Qué va a pasar?

Zack acarició mi cuello una última vez antes de estirar el brazo hasta alcanzar el interruptor de luz. Cuando nos quedamos a oscuras, musitó en un tono de voz tan vehemente como angustiante, que me provocó un estremecimiento en el alma.

—Me ayudarás a conocer parte de la verdad.

**10**

**Linda**

*Martes, 1 de septiembre de 2009*

*Sands Motel, Grants.*

*Hace frío. Mi cuerpo sufre violentos espasmos. La angustia me taponaba la garganta cuando percibo que no puedo gritar. Caigo en la más letal de las depresiones y me hundo en la miseria más absoluta.*

*Tirito presa del pánico mientras observo sus cuerpos sin vida, exánimes sobre las baldosas bañadas en sangre.*

*Alzo la mirada y miro al hombre trajeado que se ha detenido frente a mí. Sollozo al ver sus pómulos despejados de vello facial, pero de repente me congeló en el acto. Una resistencia me impide elevar más mis ojos. No consigo moverme; y, entonces, todo se desvanece y sucumbo en el familiar precipicio del dolor.*

*Jamás podré averiguar quién es ese hombre.*

Me desperté como si me hubieran propinado un puñetazo en el estómago, pero no abrí los párpados ni realicé movimiento alguno. Permanecí quieta a la vez que pugnaba por regular mi respiración jadeante y también mi corazón, que latía ansioso al saber que Zack me estaba mirando no muy lejos de la cama. No entendía esa extraña fascinación que tenía por mirarme en sueños, por verme retorciéndome durante las pesadillas, pero no pensaba volver a tocar con él un tema tan íntimo y duro para mí. De repente, le oí carraspear y ubicar algo liviano sobre el colchón.

Aleteé las pestañas y lo hallé cerca de mi cabeza, a punto de liberar mi muñeca dormida.

—¿Qué hora es? —pregunté con la voz pastosa.

La cortina color carmesí impedía que la brillante luz del sol se infiltrara por la ventana.

—Las ocho y media —dijo y, para mi alivio, se alejó para recoger dos bolsas de papel mientras

yo me incorporaba hasta sentarme. Por su aspecto fresco, deduje que él se había levantado hacía horas—. Te he traído unos regalitos.

Fruncí el ceño.

Esa frase despedía sarcasmo a raudales.

Perfiló una sonrisa de oreja a oreja antes de extraer de la primera bolsa un par de *shorts* idénticos, algunas camisetas de tirantes y unas zapatillas planas de color marfil. Mi mirada se cubrió con un fognazo de enfado y me di cuenta de que sus prendas eran nuevas también. Tenía puesta una camiseta blanca y encima de ella, otra camisa de franela, color negro, para ocultar su tatuaje. En el cuello, colgaban unas gafas oscuras, y sus *jeans* desgastados combinaban a la perfección con su tez dorada.

Solté una risita desganada.

La situación no me hacía ni pizca de gracia.

—¿Por qué tengo que vestir pantalones cortos y tú, en cambio, sigues usando tus vaqueros?

Sacudí la cabeza a la vez que doblaba la ropa y la acomodaba en el colchón.

—Ya que tenemos que estar juntos, por lo menos puedes alegrarme la vista con tus preciosas piernas torneadas.

Ahí estaba de nuevo ese tono irónico tan propio de él, pero que al mismo tiempo sonaba tan ardientemente sincero. Demasiado para poder hacerme la loca.

—Siempre puedes dejarme marchar.

—No tan rápido. —Señaló la segunda bolsa, con talante travieso—. Esta es aún más interesante.

Mi mandíbula casi aterrizó a la cama cuando sostuvo en alto un conjunto de lencería en tono rojo y negro, con encaje, de esos que lucen las *strippers* en los programas de televisión mientras se contonean sobre la barra de un bar de carretera. Pero antes de que pudiera transmitirle mi horror, me tendió otro conjunto de bragas y sujetador muy similar al primero, pero en colores lilas y blancos, con transparencias, que dejaba muy poco a la imaginación.

Dejé escapar un ruidito de incredulidad.

—¿Qué mosca te ha picado?

—Los dos por tres dólares en la pequeña tienda que hay a pocos minutos de aquí —comentó haciendo caso omiso a mis palabras—. Toda una ganga. Y es de tu talla.

—¿Cómo...?

Siguió sacando más prendas.

—Este es más formalito. —Era un sujetador de algodón celeste, muy básico—. Y estos son una monada. —Me entregó un estuche de plástico en el que había cuatro braguitas—. Tienen dibujitos.

Levanté las manos como si las bragas me hubieran chamuscado la piel.

—¿Con qué derecho te atreves a comprarme ropa?

—La tuya huele que espanta.

—Y ¿cómo sabes mi talla?

—Anoche dejaste todo esparcido en el suelo del baño. —Situó a mi derecha un cepillo de dientes, un tubo de pasta de dentífrico, unas cuchillas de afeitar, un desodorante y un peine—. Tan recatada hasta para la ropa interior —dijo con un brillo oscuro en los ojos. Cogió un mechón largo de mi pelo entre su dedo índice y pulgar y yo, con las mejillas rojas, le propiné un manotazo—. Hay otro regalo aún mejor que estos, pero tendrás que esperar para verlo.

—No quiero más regalos.

Como si no me hubiera oído, dijo:

—Ahí tienes café y algo para comer. Hay un bar, El cafecito, a una manzana de aquí. No nos detendremos más de lo necesario por el camino, así que yo que tú me lo comería todo. —Y a continuación fue hacia la cortina y se quedó analizando las calles.

Mientras él parecía ajeno a mí, engullí el desayuno. Por culpa de la mala alimentación en los últimos días, había perdido algo de peso. Para colmo, tenía ojeras color violáceas bajo los párpados y un patético aspecto de cansancio, mucho más que el habitual. Zack, al contrario que yo, no tenía problemas con la falta de comida o las escasas horas de descanso, y tampoco perdía masa muscular.

Se mantenía en forma y con energía.

Tras lavarme los dientes, me aisé, me desenredé el cabello entre tirones y me vestí con la ropa que me había comprado Zack, además del sujetador celeste y unas braguitas con corazones estampados en los bordes. Lo demás lo introduje en la bolsa y retorné al dormitorio, con las zapatillas nuevas adornando mis pies.

Zack se giró en mi dirección y me miró con una vehemencia apasionante en su rostro. De manera mecánica, se apartó de la ventana y caminó hacia mí, con absoluta parsimonia. Nuestros cuerpos estaban casi acoplados cuando me preguntó en voz baja a la vez que asimilaba mi nueva imagen con el ceño fruncido:

—¿Dónde está la mujer seria y formal que conocí en la trena?

Una amarga aflicción se asentó en el centro de mi pecho.

—Sigo siendo la misma —aseguré, pero en el fondo me veía diferente. O más bien me notaba diferente, como si me hubiera despojado del disfraz tras el que me escondía cada día de la semana—.

No se ha ido a ninguna parte.

Hizo una mueca de desagrado.

—Por un momento creí que dirías que habías metido a esa petarda en la bolsa. —No me pronuncié al respecto. Era absurdo admitir que me sentía más joven y ligera vistiendo aquella vestimenta barata—. ¿Estás lista?

—No hay mucho que recoger.

—Como siempre, rebozas alegría.

—Y tú destilas sarcasmo hasta cuando duermes. —Hizo oídos sordos a mi comentario y entornó

la puerta de calle, no sin antes cogermela de la mano y apretármela a modo de aviso—. Lo sé, lo sé..., nada de armar follón.

Fui a dar un paso al frente, pero me acercó de súbito a sus pectorales. Confusa, levanté la mirada para decirle que no me apretujara tanto la muñeca, pero sus ojos, que se habían opacado con rapidez, me hechizaron por completo.

—El sarcasmo es bueno... —dijo en un murmullo mientras debilitaba su agarre. Sus yemas me brindaron vagas caricias en la piel, para apaliar el dolor.

—¿Para qué?

—Para ocultar a los demás los demonios que nos acechan, que nos dominan y no nos dejan vivir.

—Me pregunté si el demonio, la maldad con forma de hombre, no sería él mismo. Como si se arrepintiera de lo que acababa de confesar, agitó la cabeza—. Larguémonos. Ya he dejado la llave en recepción.

Se puso las gafas y la gorra y me llevó hasta el coche. Cuando abrió la puerta del copiloto, no tuvo que darme ninguna orden. Sin más protocolo, le ofrecí mi muñeca. Cuanto antes empezáramos, antes terminaríamos también. Como ya era habitual, Zack condujo adentrándose en las rutas secundarias y manteniéndonos alejados de los peajes. Estuvimos dos o tres horas así, en pleno silencio, hasta que me percaté de que, a medida que nos acercábamos a nuestro destino, él estaba cada vez más tenso y preocupado.

Aquello me alentó a ser la primera en hablar.

—¿Adónde nos dirigimos?

Meditó la respuesta durante varios segundos.

—Austin. Debes hacer una cosa allí por mí.

—Y luego podré irme, ¿cierto?

—Claro —masculló sin mirarme ni un momento—. Tu amiga y tú seréis libres.

Cuando volvimos a quedarnos callados, afirmé:

—Te gusta el silencio.

—Cuando estás años soportando gritos y vejaciones constantemente, agradeces más que nunca estos pequeños instantes de paz.

—Y, sin embargo, cuando hablas siempre eres muy irónico. —Se encogió de hombros mientras yo observaba su perfil lleno de sombras y misterios, de violencia y criminalidad, de belleza y crueldad—. Y estás empeñado con meterte conmigo.

Me lanzó una breve mirada por encima de sus gafas de sol.

—¿Tan espantoso te resulta dormir conmigo?

—No estoy acostumbrada a dormir de esa manera... —admití muy a mi pesar.

Arqueó una ceja. Su expresión se tiñó de suspicacia.

—¿Dormir abrazada a alguien?

—A que me abracen. —Estaba volviendo a violar las normas que yo misma me había obligado a seguir en los últimos años: nada de hablar sobre el pasado, nada de intimar con nadie, nada de necesitar a otra persona para ser feliz o, al menos, para continuar viviendo como había hecho hasta entonces. Pero a pesar de ello, confesé—: No estoy acostumbrada a sentir. No domino bien mis emociones. No sé qué hacer con esos sentimientos.

—¿Nunca has estado enamorada? ¿Loquita de amor por algún guaperas en la escuela secundaria?

—Negué con la cabeza y esperé más preguntas incómodas. Pero lo que dijo a continuación me dejó perpleja—. Estás tan jodida como yo.

Puede ser que lo estuviera; sin embargo, no quería hablar más de mí.

—¿Qué hay de ti? ¿Te has enamorado alguna vez?

—En mi mundo, el amor puede matarte. —Me miró como si quisiera añadir algo más sin palabras

—. Pero no, no tenía tiempo para ese tipo de ñoñerías.

—Entiendo... —resoplé—. Eres el típico hombre que después de meterla se desentiende de la chica.

Se rio con tantas ganas que casi logró que riera con él.

—Te equivocas —susurró mientras su expresión se tornaba penetrante. Su voz rebosaba de deseo, lo que me provocó una extraña picazón en el estómago—. Soy el típico hombre que después de meterla quiere meterla de nuevo.

Sonreí un poco.

—Cuando no te comportas como un capullo engreído, eres adorable. —Me chocó decirle aquello

dado su historial delictivo, además de por lo que me había coaccionado a hacer. Pero en cierto modo era verdad. O quizás poco a poco estaba acostumbrándome a su sentido del humor tan atípico para mí. Quizás lo que él encontraba refrescante en mí, yo empezaba a verlo muy paulatinamente en él.

—Adorable... —dijo la palabra con sus labios torcidos en una mueca—. Sí, eso es exactamente lo que suelen decir de mí —calló un instante. Fue un silencio denso. El diálogo agradable y distendido había finalizado—. ¿Qué soñabas hoy?

No pude evitar mentir.

—No me acuerdo.

—¿Siempre tienes pesadillas?

—Sí.

*Cada noche desde que tengo uso de razón.*

—Puedes contármelo. No te juzgaré.

Con una impresión de vacío en mi interior, consideré la idea de buscar consuelo en alguien que no fuera en Angy; aunque con ella lo había hecho solo una vez. Necesitaba llorar todo lo que no me había permitido; despejarme de la melancolía que me marchitaba el corazón. Porque ese era el precio de acumularlo todo en silencio, de ahogarme en mi propia soledad. Pero pese a la tentación, me encerré en mi cascarón y me distancié de la realidad.

—Quizás más adelante —dije a sabiendas de que después de Austin ya no habría más nosotros.

Ya no habría más Zack y Linda.

Llegamos a Austin por la tarde.

Zack no mintió cuando dijo que no nos detendríamos más de lo necesario, pues hizo una única parada para repostar combustible y comprar dos cafés grandes y un par de bolsas de patatas y golosinas. Por fortuna, permitió que fuera sola al «baño» sin que tuviéramos que discutir. El sol no se había ocultado aún y aunque los rayos no nos deslumbraban con la misma intensidad que antes, las farolas no estaban programadas para iluminar las calles a esas horas.

Nos internamos en una urbanización aparentemente tranquila. Él no llevaba ningún plano encima, pero sabía cuándo girar y hacia dónde tenía que hacerlo; de hecho, se conocía las avenidas y las carreteras con una exactitud envidiable, como si hubiera estudiado el mapa de los Estados Unidos de América.

Dio un par de vueltas y un complejo residencial se alineó ante nosotros. Buscó el domicilio con el

número cuarenta y uno. Luego, paró el vehículo y me miró más seco que nunca.

—No quiero que hables, protestes o intentes escapar. Límitate a respirar y a quedarte quieta. —La forma en la que me hablaba me dio a entender que no me agradaría lo que fuera que iba a pasar.

Menos aún de lo que ya había presenciado.

—Está bien...

La duda en mi voz le irritó. Sus ojos eran capaces de inyectarme veneno por intravenosa.

Se aproximó hasta mí y se apropió de las esposas.

—No me gustaría tener que lastimarte —dijo en tono inflexible. Estábamos tan juntos que nuestras respiraciones se fusionaron. Si se inclinara unos pocos milímetros más, nuestras bocas chocarían.

Separé los labios cuando aquella idea me intimidó. Un latigazo de lujuria sedujo todo mi cuerpo—.

Pero si tengo que hacerlo, lo haré.

—Lo sé.

Y era verdad.

Lo sabía a la perfección.

Me miró un momento de reojo y depositó las esposas en la guantera. Por lo visto, no las necesitaría de momento. En cuanto se retiró a su sitio, el aire volvió a fluir en mis pulmones. Respiré hondo, con alivio, y rocé el pomo de la puerta con mis dedos.

—Linda. —Mi acelerado corazón se derritió en su propia pista de hielo. Era la primera vez que me llamaba por mi nombre. Giré la cabeza hacia él y esperé nerviosa—. No me cabrees.

Cuando salimos, Zack me mantuvo pegada a él y sacó del maletero una bolsa deportiva que hasta entonces no había visto. Su cuerpo irradiaba tensión. Fuimos hacia la puerta de la casa. Mi alma tembló en sintonía con mi cuerpo cuando el timbre resonó en el interior, debilitando una voz femenina que apenas fue perceptible para nuestros oídos.

—¿Quién es? —inquirió la mujer un segundo antes de abrir.

Zack no respondió.

No fue necesario.

Apenas la señora miró a la bestia que se erguía ante ella, se le contrajo el rostro y se proyectó hacia la puerta para cerrarla de un empujón, con los ojos desorbitados. Pero él reaccionó a tiempo.

Sin soltarme, se arrojó sobre la madera y con la mitad del tronco de por medio, consiguió detener las

intenciones de aquella mujer desconocida que, al verse acorralada, empezó a correr hacia el vestíbulo. Sin embargo, Zack la pilló en un par de zancadas mientras yo me esforzaba por no caerme de bruces.

La mujer jadeó como si se estuviera asfixiando.

—¡Quieta, joder! —bramó Zack peleando con ella. La vi retorcerse varias veces, pero sus esfuerzos fueron en vano. En cuanto la tuvo retenida, me miró como si estuviera considerando la posibilidad de desengancharme de la mano. Pero decidió no correr el riesgo. Al fin y al cabo, podía controlarnos a las dos a la vez.

—¿Qué quiere de mí? —gimió ella con voz estrangulada.

Zack la arrastró hacia el salón y yo les seguí tropezando con mis propios pies. Allí me soltó con tosquedad, agarró una silla con respaldo de medallón y sentó a la mujer a la fuerza. Ella, no obstante, se levantó con el propósito de huir, pero se quedó tan pasmada como yo al ver un revólver entre los dedos de él.

No quería ser testigo de un asesinato.

De otro más, no.

—Siéntese, doctora Blair. —Les observé comedida mientras ella tomaba asiento. De repente, el sonido de un peso cayendo al suelo me sobresaltó. Era la bolsa deportiva—. Ábrela —me ordenó Zack, impasible.

No lo hice y él me observó con una ceja en alto. Fue entonces cuando supe que, si le desobedecía, me haría daño tal como me había advertido hacía pocos minutos. Me acuclillé en el parqué recién encerado y deslicé la cremallera dejando al descubierto lo que ocultaba la bolsa. Había varios metros de cuerda gruesa, cinta americana, balas, un pasaporte estadounidense y mil cosas más que no quise ni toquetear.

—¿Qué saco de aquí?

—Átale los pies y las manos a la silla, con la cinta americana. Hazlo, Linda.

Mi nombre sonó diferente en esa ocasión. Me entraron retorcijones, pero no por cómo lo pronunció, sino porque si acataba la orden me convertiría en cómplice de sus locuras. Titubeé un momento, pero cuando me taladró con sus pupilas colmadas de brumas, cogí la cinta y rodeé con ella los tobillos y las manos de la mujer. Una vez que terminé, me ordenó que tirara todo a la bolsa y retrocediera. Lo estaba haciendo cuando choqué contra un mueble lleno de libros de psiquiatría.

La nueva prisionera de Zack era psiquiatra.

—Es evidente que me conoce —afirmó él mirándola desde arriba, sirviéndose de su atlética estatura.

—No sé de qué me habla —respondió ella y movió las muñecas en un inútil intento por soltarse

—. No le he visto en mi vida.

—Hágase un favor y no me mienta. Además, no soporto repetir la misma pregunta, así que conteste de una

puta vez. ¿Quién la ha puesto al tanto de mi situación?

Yo no podía ver el rostro de la doctora. Ella estaba de espaldas a mí, pero apreciaba su pelo canoso recogido en un moño que apenas se había alborotado tras el forcejeo, y su menuda figura envuelta en delicadas prendas, aunque no alcanzaban a ser de diseño. En cambio, tenía un plano perfecto de Zack. Su semblante no mostraba ninguna emoción, aunque su mandíbula se insinuaba rígida y sus gestos eran premeditados. En ese momento me percaté de la tontería que le había dicho en el coche. Zack y «adorable» eran dos conceptos contradictorios.

Imposibles.

Inconcebibles.

—Le juro que no sé nada... —El ronroneo de un felino la interrumpió. Un gato blanco de raza persa se asomó enrollándose en la pierna de Zack. Él se agachó, acunó con delicadeza al animal y estudió a la mujer con una media sonrisa.

Un escalofrío me recorrió hasta la punta de los pies.

Y a juzgar por los temblores de la psiquiatra, a ella también le sucedió lo mismo.

—Le tiene cariño a su mascota. —Era una afirmación. El gato maulló a modo de respuesta.

—¡Por favor, no le haga daño a mi pequeñín!

—Última oportunidad: ¿cómo me conoce? Y no me diga que por las noticias. No necesito observar mucho para confirmar que no tiene televisor y no le interesan los dramas ajenos. —

Mientras hablaba, acarició al gatito con la punta del revólver. La mujer emitió un chillido de horror y yo me tragué el mismo sonido de pánico—. Sea sincera o este bicho empezará a perder cada una de sus extremidades delante de usted.

—¡Por favor! ¡Se lo ruego! —La súplica de ella no funcionó. Zack instaló la pistola en el estómago del felino, y este se frotó contra el arma—. ¡Por favor, deje a mi pequeño!

El miedo espesó la atmósfera.

—¡Basta! —exclamé tan aturdida como la dueña del minino. Cuando percibí el seguro del arma llenar el vacío, no pude evitar gritar—: ¡No! ¡No lo hagas, por favor!

Él hizo como si fuera a apretar el gatillo...

—¡Benicio! —lloró la mujer—. ¡Benicio Velázquez me lo dijo! ¡Él me dijo todo sobre usted!

Zack liberó al gato y este huyó maullando y sacudiendo la cola. Un sollozo de alivio escapó de

mis cuerdas vocales a la vez que el vértigo me obligaba a sujetarme a la estantería. La mujer lloriqueó también. Los ojos de Zack se tornaron negros, atestados de rabia y de rencor.

—¿Cuándo?

—Hace dos años. —Ella respiraba con dificultad mientras que Zack ni siquiera sudaba. Su frialdad era impresionante—. Benicio contactó conmigo. Yo ya trabajaba en el Hospital Psiquiátrico, en el caso de Lucero Velázquez, su mujer, así que cuando me llamó acepté quedar con él aquí, en mi casa.

Me pidió privacidad.

—Siga.

Ella asintió varias veces seguidas.

—Comentó que estaba muy agradecido por mis cuidados hacia su esposa, pues hablar conmigo la calmaba; aunque siguiera teniendo brotes y, a veces, recayera en el llanto y la autodestrucción. Pero que mis atenciones no eran suficientes, que Lucero estaba loca y jamás recuperaría la cordura —se interrumpió a sí misma antes de decir con voz contrita—: Benicio me propuso una oferta que no pude rechazar y cumplí a rajatabla sus órdenes.

Con total serenidad Zack posó sus puños en los reposabrazos de la silla y se cernió sobre el cuerpo de la mujer hasta que su rostro estuvo casi unido al de ella.

—¿Qué te ordenó que hicieras?

—Me habló de usted; y de John. —Zack gruñó al oír el nombre de su hermano—. Dijo que algunos rumores sobre sí eran ciertos, pero que no era un asesino, que él no ordenó la ejecución de John Cassidy, que la verdadera culpable es... Lucero Velázquez.

—¡Eso es mentira! —rugió Zack a un palmo de la cara de la mujer.

Di un respingo ante tal vozarrón.

Ella echó el cuello hacia atrás y sollozó.

—¡Me juró que su esposa había enloquecido mucho antes de que usted matara a su hijo Pablo Velázquez! Y yo... en aquel entonces no poseía la misma situación económica que tengo ahora, así que acepté el dinero que me ofreció a cambio de hacer algo por él.

—¿Qué cojones aceptaste? —Los reposabrazos emitieron un crujido cuando Zack agarró con más fuerza la madera—. ¿Qué haces con Lucero cuando estáis a solas?

—Intento que admita que fue ella quien mató a John Cassidy, que dio la orden de su muerte, que declare sus crímenes ante la justicia y confiese que Benicio es inocente de todos los cargos que se le adjudican.

Era evidente que Benicio había mentado para que Lucero se proclamara culpable de los delitos que él mismo había realizado, y así salir impune del crimen de John Cassidy; el único caso que podría meterle

entre rejas, si la policía consiguiera pruebas contra él. Las consecuencias serían catastróficas para Zack, que se vería atrapado en una encrucijada. Y Benicio no se detendría hasta conseguirlo.

Estaba segura de ello.

Y Zack también.

—¿Has logrado que se lo crea?

—No del todo —admitió, trémula—. Lucero rara vez está lúcida, sufre mucho, pero con la nueva medicación que le diagnosticué está un poco más calmada. Suele llorar al recordar la muerte de su hijo y cuando le explico lo que le hizo a John Cassidy, se pone histérica y tienen que atarla a la cama para que no se autolesione.

—Benicio la visitó hace un par de días. ¿Por qué?

—¡No lo sé! —Sonó desesperada—. No he vuelto a hablar con él desde que se marchó de aquí.

Todos los meses recibo el dinero que me prometió, en un sobre sin remitente, sin ninguna palabra o indicación, solo el fajo de billetes. Incluso a mí me sorprendió que fuera a visitar a su mujer.

Zack inspiró con impaciencia.

Yo no sabía qué pensar al respecto.

—Entonces, resumiendo, Lucero no ha declarado ante nadie.

—No. Aún no he podido... —La psiquiatra no pudo seguir hablando porque Zack le cubrió la boca con cinta americana. No había necesidad de seguir escuchándola.

Él empezó a atar el cuerpo de ella con las cuerdas, ignorando los penosos lamentos que emigraban de los labios de la mujer. Mientras le veía hacer un nudo perfecto, avancé a paso tembloroso hacia ellos, pero Zack alzó la cabeza y me apuntó con el dedo índice. La mirada que me dirigió me hizo detenerme de inmediato.

—No te muevas —ordenó con las pupilas dilatadas, y continuó inmovilizándola. Después, recogió

la bolsa y me dijo que me acercara con un movimiento de sus dedos. Al hacerlo, me tomó de la mano y subimos a la segunda planta mientras yo echaba un vistazo hacia atrás. Los ojos de la doctora lucían desencajados; y no paraba de sollozar. Entramos en un dormitorio espacioso—. Busca en el armario y escoge algo que ponerte. Ya sabes. Ropa elegante y aburrida, de esa que sueles vestir siempre.

—¿Para qué?

—Tú hazlo.

Fui al armario doble empotrado y tras revolver un poco entre las prendas, encontré una falda negra, una blusa color beige y unos zapatos negros de tacón grueso.

—La blusa es un poco grande y los zapatos no son de mi talla.

—Servirá.

Miró a derredor. Al dar con su objetivo se precipitó hasta la mesita auxiliar donde reposaban un bloc de notas y un bolígrafo. Se adueñó de ambas cosas y pegó mi pecho al suyo.

—Cuando bajemos, no quiero que hables. No voy a permitir que lo jodas todo solo porque no puedas mantener esos hermosos labios sellados. —Trazó el contorno de mi labio superior con su dedo índice. Sus manos ardían como láminas de fuego—. Ahora mismo me gustas así: calladita.

Cuando sea el momento, dejaré que grites todo lo que quieras.

Mis mejillas se tiñeron de rojo ante aquella insinuación, pero no me dio tiempo a replicar.

Regresamos al salón. La doctora seguía gimoteando cuando Zack puso el bloc en el reposabrazos, le tomó la mano derecha y cerró sus dedos sobre el bolígrafo.

—Escriba. Sin juegucitos. Si no me decepciona, nos marcharemos de aquí. Pero si me toca los

huevos, deseará haberse muerto antes de conocerme. —Ella asintió aturdida. Las lágrimas regaban sus exquisitos pómulos—. Escriba lo que le dicte y fírmelo con su nombre.

Las siguientes palabras me horrorizaron, pero nadie emitió sonido mientras la doctora Blair plasmaba las frases en el papel y lo firmaba de su puño y letra.

Tras asegurarse de que no había nada que pudiera perjudicarlo, Zack le arrancó la hoja y tiró de mí hasta la calle mientras la mujer volvía a llorar y a sacudirse, con el felino ronroneando desde el salón, despidiéndonos, siendo abandonados a su suerte.

No pegué ojo en toda la noche.

Después del encontronazo con la psiquiatra, compramos comida en un local pobre, en los bajos

suburbios, y nos registramos en un motel llamado Heart of Texas Motel. En la habitación, bombardeé a Zack a preguntas que él se negó a contestar, pues prefería comer en silencio. Pero todo aquello carecía de importancia.

En ese momento me encontraba oyendo el taconeo de mis pisadas mientras andaba por los amplios pasillos del Hospital Psiquiátrico, tras estar una eternidad en el despacho del director del centro, explicándole por qué la doctora Miranda Blair no había avisado que se sentía indispuesta, pues esos eran los problemas de salud expuestos en la carta, para acudir a la visita semanal con la señora Lucero Velázquez.

Tuve que mentir con atrevimiento diciendo que a todos nos había sorprendido su reciente enfermedad y que yo estaba ahí para hacerle un favor. Como último recurso le tendí el pasaporte a nombre de Rachel Moore, mi nombre falso para la misión. De mala manera el director accedió a que reemplazara a la psiquiatra, aunque me advirtió que hablaría muy seriamente con ella.

De modo que ahí estaba yo, con el maletín colgado en mi hombro, acompañada de una enfermera.

De refilón, atisbé mi reflejo en una ventana cuadrangular y, como en un *flashback*, me vino a la mente la reacción que tuvo Zack cuando salí del baño del motel y me vio vestida con las prendas robadas.

Fue un momento único y desconcertante. Los dos habíamos permanecido inmóviles a la vez que él me observaba con erotismo y devoción desde la distancia, comunicándonos y desvelando nuestros anhelos sin palabras. Y, luego, mientras yo me estremecía y no podía hacer nada mínimamente coherente, le había visto andar hacia mí, analizando cada contorno de mi cuerpo.

Su mirada quemaba.

Cuando se detuvo delante de mis ojos, casi me quedé sin respiración a la vez que sentía temblar partes de mi anatomía que no sabía que podían hacerlo. Él no dijo nada, pero tampoco fue necesario.

El modo en el que me miró, en cómo inspiró hondo mientras me abotonaba un botón de la blusa que se había desabrochado por casualidad, para luego deslizar sus dedos por mi vientre hasta llegar al borde de la falda, fue más que suficiente para comprender lo que él sentía en ese instante. Y también para deducir lo que yo empezaba a sentir hacia él.

Fue entonces cuando supe que tenía que terminar cuanto antes con todo aquello, en especial cuando una parte de mí anheló que Zack no se pensara tanto las cosas y presionara un poco más las yemas de sus dedos sobre mi carne. Debía alejarme de él antes de que cometiera la estupidez más grande de mi existencia porque, aunque tratara de bloquear mis pensamientos, había ciertos deseos que estaban ahí, acechando mi mente. Ese absurdo juego de pelearnos estaba yendo demasiado lejos.

Frustrada, meneé la cabeza.

Los mechones cortos de la peluca, que velaba mi melena, rozaron mis mejillas. Ese era el último regalo que había mencionado Zack. Una peluca de cabellos color rojo caoba.

Llegamos a la habitación. Le ofrecí una sonrisa de agradecimiento a la enfermera. La joven abrió la puerta y, después de que entré, cerró con llave. La figura encorvada de Lucero me produjo un escalofrío. Estaba sentada a un borde de la cama. El pelo dorado le caía sin vida y tapaba parte de su rostro. Vestía un camisón de seda con estampados florales, que le llegaba por debajo de las rodillas.

Como si recién hubiera sido capaz de registrar que había alguien más con ella, giró la cabeza en mi dirección y atrajo sus huesudas piernas hacia su pecho.

Me aproximé a Lucero, cautelosa.

Ella empezó a inclinarse hacia delante y hacia atrás.

—Lucero. —Al oírme se paralizó un momento antes de volver a mecerse—. Me llamo Rachel, la doctora Rachel Moore. Miranda Blair no ha podido venir hoy, pero yo cuidaré de usted —dije sentándome a su lado sin tocarla ni incomodarla.

—Él ha venido... —susurró mientras agachaba la cabeza y trataba de esconderse.

—¿Quién? —pregunté con delicadeza. Zack me había explicado que mi cometido era conseguir cualquier caudal de información de boca de Lucero. Y averiguar por qué Benicio Velázquez le había hecho aquella visita hacía pocos días.

—John... John vino anoche —gimió con pesar y angustia—. Me dijo cosas horribles.

—¿Qué le dijo? —formulé la pregunta, aunque era imposible que aquello fuera cierto.

Su mente enferma distorsionaba la realidad.

—Me dijo que, si yo no lo hubiera asesinado, ahora mismo mi niño estaría vivo. —Lloró como si le hubieran clavado un puñal en el pecho—. ¡No soporto este dolor! ¡Yo tengo la culpa! —Se tiró del pelo con el rostro enrojecido—. ¡Soy un monstruo! ¡Soy un monstruo! ¡Yo tengo la culpa!

Me puse de pie y me situé frente a ella.

—Eso no es verdad. Escúcheme. —Cogí sus manos y las retiré con delicadeza de sus cabellos.

Tenía varios mechones en los dedos, arrancados de cuajo del cuero cabelludo—. Lucero, usted no es la culpable de esas muertes. Lo que le pasó a su hijo fue una tragedia, y entiendo su dolor. Créame que lo entiendo. Pero usted no tuvo la culpa.

—John viene cada noche a torturarme. Quiere que confiese. Dice que si no lo hago nadie podrá descansar en paz. —Se aferró con las uñas a mis brazos y aunque me lastimó, no la aparté—. ¡Haz que se vaya! ¡Dile que me deje tranquila! ¡Ayúdame, por favor!

—Lo haré —me apresuré a decir—. La ayudaré.

Sus músculos se destensaron.

—¿De verdad?

—Sí, pero primero, para que yo pueda hacerlo, tiene que decirme un par de cositas. —Afirmó como un juguete al que le habían dado cuerda, dispuesta a todo—. Hace unos días la visitó su marido.

Necesito que me cuente el motivo de esa visita. ¿De qué hablaron?

Nerviosa, se dio la vuelta como si quisiera desaparecer.

—Es nuestro secreto —susurró con un timbre anormal en la voz.

—Cuéntemelo. No diré nada. Se lo prometo.

—Es nuestro secreto...

Suspiré con engañoso cansancio.

—No puedo hacer nada respecto a John si no me lo dice. —Tembló ante mis palabras—. Tiene que

confiar en mí.

—Se enfadará conmigo.

—¿Quién?

—Benicio. —Hizo un puchero—. Es nuestro secreto.

—Ahora será el nuestro. No se lo diremos a Benicio. No se enterará nunca.

Me miró por el rabillo del ojo a la vez que se relamía los labios con tanta fuerza que se hizo sangre. De repente, se apagó su mirada al tiempo que su voz se sombreaba con los colores del odio.

Tras unos segundos realizó un gesto para que me acercara, acomodó sus rodillas sobre el colchón y me habló al oído, balanceándose sobre mí. Sus labios helados tocaron el lóbulo de mi oreja.

—Zack Cassidy pagará por todo el sufrimiento que nos ha causado... —Un sonido pérfido retumbó entre nosotras cuando se echó a reír a pleno pulmón—. ¡Voy a matarlo! ¡Lo mataré! ¡Lo mataré! ¡Lo mataré!

Me aparté con brusquedad de ella.

—Usted no es una asesina.

Se encogió de hombros; un gesto demasiado humano para venir de una persona trastornada.

—Ellos lo harán.

—¿Quiénes?

—Los hombres que trabajan para mí.

—Lucero, nadie trabaja para usted.

—Ya he dado la orden.

—¿Qué orden? ¿Cuándo?

Gateó por la cama y se rio como una niña, como si hubiera hecho una travesura.

—Lo mataré. Lo mataré. Lo mataré... —canturreó completamente ida—. Lo mataré. Lo mataré.

Lo mataré...

Era hora de marcharme. No conseguiría nada más de ella en ese estado. Su locura la había consumido. Golpeé la puerta y, de inmediato, la enfermera me dio vía libre para salir al rellano. Justo cuando la joven estaba cerrando con llave, Lucero corrió veloz hacia la puerta y empezó a aporrearla con sus puños, gritando a vozarrones.

—¡Él morirá! —Su voz y sus facciones habían cambiado, como si estuviera poseída por el maligno—. ¡Y yo recuperaré a mi hijo!

Exclamando un exabrupto, la enfermera partió a avisar a los médicos que la paciente se estaba autolesionando mientras la pequeña franja de cristal de la puerta de la habitación empezaba a mancharse con la sangre que salía de los nudillos de Lucero, debido a los violentos golpes que se estaba propinando a sí misma.

Espantada, empecé a retroceder sin apenas percatarme y con el corazón descontrolado, abandoné el pasillo a trote urgente a la vez que la figura de Lucero quedaba desfigurada por su propia sangre, convirtiéndose en una sombra sin alma. Dentro de mí, sabía que ella no estaba adulterando la verdad; aunque estuviera loca y el dolor dominara toda su vida. Y también sabía que más pronto que tarde aquella realidad se transformaría en una sangrienta pesadilla.

La peor y más mortífera de todas.

**11**

**Zack**

*Miércoles, 2 de septiembre de 2009*

*Hospital Psiquiátrico, Austin.*

Estuve esperando a Linda sentado en el coche, sintiéndome jodidamente impaciente por que saliera del centro psiquiátrico. Pero cuando la vi caminar en mi dirección, con el rostro pálido y el cuerpo entumecido, tuve dudas de si todo aquello había sido una buena estrategia; si haber recorrido cientos de kilómetros hasta Austin habría valido la pena.

Apenas Linda se acomodó a mi lado, oprimí el acelerador. No hablamos durante el trayecto hacia el Heart of Texas Motel. Por fortuna, cuando entramos en la habitación, no hizo falta que le exigiera hablar. Ella misma empezó a relatar escena por escena, palabra por palabra y cada pensamiento macabro que le había confesado Lucero como fruto de su demencia.

Linda parecía turbada mientras me explicaba todo aquello. Y, joder, era para estarlo. Pero a mí no me sorprendió. Desde que abandonamos la cabaña del viejo Joe, había presentido que alguien nos estaba siguiendo. ¿Para qué? Seguramente para matarme. ¿Por qué no lo había hecho aún? Eso era algo que aún desconocía. Pero daba igual. Yo más que nadie sabía lo retorcido que podía llegar a ser ese despojo humano de Benicio. Mi muerte sería lenta y dolorosa, una auténtica carnicería. En el caso de John, fue bastante benevolente.

Linda dejó de parlotear y aguardó una explicación de mi parte.

—No tiene a nadie trabajando para ella —dije en tono mordaz.

Tenía mi culo apoyado en la mesa lacada en negro y los brazos cruzados sobre el pecho.

—Lucero no dijo eso.

—Porque está pirada. Mezcla la verdad con las mentiras que ella misma se inventa, o mejor dicho con

las mentiras que otros quieren que se trague.

—¿Otros? ¿Quiénes?

—¡Y yo qué sé!

—La doctora Blair...

—¿De verdad crees que Miranda es la única involucrada en manipular a Lucero? —la interrumpí rechinando los dientes. Linda, al darse cuenta de lo que aquello suponía, contuvo la respiración—.

Quizás hasta el propio director del hospital esté involucrado en esta mierda. O la enfermera que te atendió tan amablemente. Benicio tiene policías a sueldo, ojos y oídos en cualquier sitio, incluso donde menos te lo esperas.

Afligida por mi revelación, tomó una trémula bocanada de aire y bajó la mirada. Permaneció así

durante unos segundos hasta que levantó la cabeza con determinación, me miró con expresión asesina y con toda la aversión del mundo, clamó:

—¿En qué lío me has metido, Zack?

«Excelente pregunta», pensé.

Tras la conversación con Miranda, Linda sabía lo suficiente como para que su vida estuviera en

juego; lo suficiente para que Benicio la considerara una amenaza, en especial ahora que pretendía limpiar su maldita imagen culpando a terceros para poder salir a la luz y actuar con completa normalidad, sin tener que esconderse de las autoridades. Eso sí que me había dejado noqueado.

—¿No vas a decirme nada? —inquirió ante mi silencio—. ¡Da lo mismo! —Se quitó la peluca y la

arrojó sobre la cama—. Yo ya he cumplido mi parte. Te toca a ti. Me largo de este infierno al que me has arrastrado sin mi consentimiento, así que ya puedes ir llamando a tu amigo para que suelte a Angy.

Exprimí la mandíbula y descrucé los brazos.

—Tú no te vas a ningún sitio. —Al procesar el significado de mis palabras, caminó con decisión

hacia la puerta, pero no logró dar ni dos pasos. Me coloqué frente a ella y percibió el peligro brotando de mí—. Te quedas conmigo.

—¿Por qué? ¡Ya no me necesitas! —me gritó a la cara. La vena del cuello le palpitó con furia.

—Baja la puta voz... —gruñí.

Linda me estaba poniendo el cerebro del revés.

—¡No! ¡Y esto se acaba aquí mismo! ¡He sido bastante considerada contigo! ¡He hecho todo lo que te ha

dado la gana pensando que, cuando hiciera lo que querías de mí, me dejarías en paz!

La aproximé a mí con un rápido tirón del brazo.

Su pecho ascendía y descendía con agitación, rozándome, provocándome.

—Con todo lo que sabes de mi mundo, de los que me rodean y de los que han formado parte de él, eres un blanco fácil. Te matarán apenas pises una comisaría. —Comprimió los labios y me encaró—.

Pero en el remoto caso de que se apiadaran de ti y te permitieran seguir respirando, si te suelto puedes putearme mucho más que mis enemigos. —Le agarré la barbilla con la mano libre y con la

otra seguí sosteniendo su brazo—. No tardarías ni media hora en contarle todo a la poli.

—¡Ese es tu problema! —Me apartó sin lucir ni un pelín asustada. En realidad, estaba histérica—.

¡Yo no soy como tú! ¿Me escuchas? ¡Maldición, eres lo peor que he conocido nunca! ¡Eres tan tirano que no me has permitido hablar con Angy desde que me secuestraste! —Se le llenaron los ojos de lágrimas—. ¡Ni siquiera sé si está bien! ¡Joder! ¡Ni siquiera sé por qué me has traído hasta aquí!

—¡Porque creía que Lucero sabría dónde está Benicio! —chillé al igual que ella. No se achicó, aunque dio un brinco por el sobresalto—. ¡Porque necesitaba que entraras en el puñetero hospital y hablaras con esa loca de mierda!

Me enterró el dedo índice en el pecho.

—¡Pues te has equivocado! ¡Ahora apártate y dime dónde está mi amiga! —Respiré hondo en un intento por tranquilizarme y evitar hacerla callar a la fuerza. Pero mi sensatez pendía de un hilo demasiado delgado—. ¡Hazlo!

—¡Sosiégate! —La zarandeeé, la sujeté por los hombros y la alcé un par de centímetros. Nuestras narices se tocaron—. Y baja la jodida voz de una puta vez —gruñí sobre sus labios.

Me ignoró. Ni siquiera me escuchaba.

—Tenías todo esto planeado, ¿verdad? Nunca tuviste intención de dejarme libre. ¿Cómo no me cuentas antes? Con toda la ropa que me compraste... ¡Eres un jodido lunático! —No pude negar lo que acababa de decir, porque tenía razón. Aunque mis planes iniciales consistían en liberarla después de que me echara un cable con Lucero, dentro de mí siempre supe que no lo haría; que la seguiría reteniendo a mi lado—. ¡Dime dónde está Angy!

Cerré los ojos cuando el grito reverberó en mis tímpanos.

—Baja la voz —ordené con otro zarandeo, seguido de un empujón. Esa mujer me sacaba de quicio—. No te lo diré más veces.

—¡Eres patético, Zack! ¡Estás obsesionado buscando algo que no hallarás nunca! ¡Y al final te atraparán antes de que encuentres a Benicio! ¡Y yo le contaré a la policía todo lo que me has obligado a hacer bajo chantaje emocional!

Siguió chillando sin filtrar sus palabras mientras yo observaba su rostro acalorado y me sumergía en su propia ira. Estaba tan colérica que no parecía la mujer fría y contenida que había escuchado todas las barbaridades que ejecuté en el pasado, en las entrevistas. Nuestra discusión había estimulado a la verdadera Linda Evans y aunque no me gustaba ese inacabable griterío, verla así era mucho más apasionante que aguantar el insípido papel que interpretaba como psicóloga forense en la trena.

Sin previo aviso, experimenté una ferviente necesidad en lo más profundo de mi ser. Y perdí el control de mí mismo. Enterré las manos en su melena y la atraje hacia mí.

Nuestras bocas colisionaron en un duro golpe.

Con fuerza.

Con violencia.

Casi con odio.

El silencio retornó a nosotros mientras percibía cómo su cuerpo se ponía en tensión y los ojos se le tornaban vidriosos, como si estuviera a punto de llorar. No cerramos los párpados. De repente, una espiral de electricidad me entumeció los músculos, como espinas envenenadas, aunque enseguida me produjo un efecto balsámico, profundo y visceral. Se me aceleró el corazón como no lo había hecho en muchísimo tiempo. Era una sensación tan intensa que me causó hasta dolor físico.

Sus labios eran suaves y esponjosos comparados a los míos, crueles e inclementes. Una desesperación inigualable me barrió por dentro cuando colocó sus delicadas manos sobre mi pecho, pero no me apartó. O quizás yo no sentí que me apartara. Linda estaba confusa y abrumada. Lo advertía en su mirada. Quería interrumpir el beso, pero al mismo tiempo una urgencia mil veces más primitiva la incitaba a continuar.

Deslicé mi lengua por sus labios, ansiando introducirme en su cavidad. Cuando no me permitió el paso, mordí con avidez su labio inferior mientras resbalaba lentamente mi palma derecha hasta su cintura, obsequiándole sutiles caricias en sus costados, arimándola a mi torso y guiándola hacia mí, hacia un infierno placentero y lujurioso, a la vez que con la otra mano jalaba de sus sedosos mechones oscuros.

Gimió con los labios apretados. Sus ojos se tornaron pesados por la progresiva pasión que se estaba adueñando de ella, y volvió a gemir cuando apreció mi polla dura y gorda contra su vientre, que insistía contra los vaqueros. Se aferró con las uñas a mis antebrazos y tembló como si su interior fuera un volcán a punto de erosionar.

El dolor que me atenazó la piel me arrancó un gruñido, pero aquel juego de rol no era suficiente para mí. Necesitaba más. Necesitaba que Linda lo deseara tanto como yo, que nos empapáramos de

esa jodida y gloriosa locura que habíamos deseado en silencio desde el principio. Nos di la vuelta con salvaje deseo sexual. Clavé mis dedos en la tierna carne de su cintura y tironeé un poco más de su pelo. La oí quejarse. Y yo me maldije a mí mismo por no poder finalizar nuestra conexión, por no poder

ocultarle lo empalmado que me había puesto por ella.

La empujé contra la mesa, literalmente.

Linda expresó un jadeo de sorpresa, segundo que aproveché para meterle la lengua con ansia. Se tensó como un gatito indefenso, pero continué saboreándola, e incrementé el ritmo de mis labios.

Ella cerró los ojos con fuerza y empezó a respirar con dificultad contra mi boca, como si estuviera debatiéndose entre lo que debería hacer o no. Justo cuando creí que no me correspondería, me regodeé con el primer roce de su lengua. Fue un contacto tímido, pero los siguientes fueron tan rudos y ardientes como los míos. Esta vez gimió desatada cuando volvimos a acariciarnos, cada instante con más exigencia y más brusquedad mientras volvía a hundir sus uñas en mis brazos y me besaba

como si lo necesitara para sobrevivir. Yo también cerré los ojos y me dejé cautivar por su embrujo.

Con tortuosa demora subí mis dedos desde sus caderas, deleitándome con cada centímetro de su cuerpo y cada maravillosa curva, hasta cubrir su cabello con las dos manos. Linda se apretujó más contra mí y yo, en respuesta, le incliné la cabeza hacia atrás, intentando ahondar nuestro beso, convirtiéndolo en un ataque brutal y fiero.

No podía pensar con claridad. Ninguno de los dos estábamos pensando. Pero aquello no me iba a detener. Maldición. Sentir sus tetas contra mis pectorales hizo que mi polla palpitara dentro de los pantalones; aumentó de grosor y las pelotas se me tensaron dolorosamente cuando me imaginé con ella en la cama, desnuda para mi disfrute, lamiéndola entera y follándomela hasta que el oxígeno se negara a acudir a mis pulmones. No podía parar. O mejor dicho no quería.

Linda, como si hubiera leído mi mente, como si la parte racional hubiera vencido a la irracional, separó nuestras bocas y me miró con deseo y perplejidad. Se estremeció al notar sus labios hinchados, con los ojos abiertos y la respiración fatigosa.

Jadeó con fuerza y tembló.

—Dios mío... ¿Qué hemos hecho...? —se preguntó a sí misma en un susurro.

Esbocé una sonrisa genuina.

Ella sí que era adorable.

—Vas a destrozarme... —murmuré contra sus labios. La breve caricia la hizo temblar otra vez.

El corazón le bombeaba con tanta desesperación que sus latidos hacían eco entre nosotros y aunque el mío latía a un ritmo menos excesivo, sentía cómo chocaba contra mi tórax. Era una sensación compleja de describir, como si aquel órgano vital hubiera despertado por fin de su letargo después de muchísimo tiempo. O quizás después de toda una vida.

—¿Qué?

—Tus uñas —dije mirándome los brazos. Sus ojos siguieron el mismo camino y retiró con rapidez sus dedos. Yo desenredé los míos de sus mechones, a regañadientes.

Se quedó unos segundos en silencio, sin cesar de estremecerse, mientras yo la miraba enmudecido.

—¿Por qué?

Supe a lo que se refería a pesar de la concisa pregunta.

—Porque siempre hago lo que me da la gana. —Le devolví sus palabras solo para ver su reacción. Ella inspiró hondo, hecha un manojo de nervios, pero cuando se preparó para hablar unos golpes en la puerta nos alteraron—. ¡Lárguese! —bramé con la voz aún rasgada por el calentón mientras Linda se relamía los labios en un acto inconsciente. Estuve a punto de considerar la idea de besarla otra vez, pero el aporreo en la puerta tronó con más insistencia. Esa mierda no era normal.

Desenfundé el revólver y le dije a Linda—: Escóndete en el baño.

—¡Espera! No mates a nadie —se preocupó—. Dile que se vaya, sin violencia, por favor.

—Enciértrate en el baño —repetí con sequedad—. Y oigas lo que oigas, no salgas de allí.

—¿Sabes quién es?

—Ve, Linda. —La empujé unos cuantos centímetros y caminé hacia la puerta. Mientras la veía correr hacia el aseo y hacía lo que le acababa de indicar, le quité el seguro a la pistola, la oculté detrás de mi espalda y abrí para indagar quién era aquel incordio.

Un tío de unos treinta años, con unos brazos duros como el acero y un peinado a lo mohicano, tipo *fanhawk*, apareció ante mí con una sonrisita estúpida en los labios.

—¿Qué cojones son esos gritos, socio? —me preguntó como si fuéramos colegas de toda la vida.

Lo examiné un momento y aminoré la presión en el gatillo.

—Disputas con la parienta.

Se rio a la vez que posaba una mano en el marco, con confianza.

—¡Échale un puto polvo para que deje de fastidiarnos, o yo qué sé! ¡Estoy con un maldito dolor de cabeza desde esta mañana y tu piba no para de dar la lata!

—No os molestaremos más —asentí con una sonrisa que no me llegó a los ojos.

El desconocido dio un paso hacia delante.

—¡Estupendo! Pero, en serio, calla a tu chica, por favor. Es un coñazo tener que escucharla todo el

tiempo. Estamos pared con pared, socio.

—Claro.

Se dispuso a pirarse de allí. Lo miré con los ojos agudos y, entonces, empecé a cerrar la puerta, convencido de que me estaba volviendo bastante maniático. Grave error. No debería haber bajado la guardia porque, antes de que pudiera analizar lo sucedido, me hallé a mí mismo en el suelo con el arma a varios metros de mi alcance.

El grandullón había corrido hacia mí y me estaba golpeando sin parar con el puño.

Como un autómatas me cubrí la cara con los brazos, formando una cruz, y le aticé un enérgico puñetazo en la nariz. Él se echó hacia atrás y gritó como un bestia. De uno de sus orificios empezó a brotar sangre. Sacando tajada de su momentánea consternación, le propiné una patada en el estómago y, de un salto, me puse en pie para recoger el revólver y acabar ya mismo con ese capullo. Pero no lo conseguí. El cabrón apresó mi tobillo con una mano, me hizo caer como un saco de patatas y trepó sobre mí para continuar con lo que se había propuesto a hacer.

O mejor dicho lo que le habían ordenado.

—¡Tienes suerte de que te quiera vivo o ahora mismo estarías muerto! —rugió mientras se colocaba a horcajadas sobre mis caderas. Fue entonces cuando, al levantar por completo el brazo, me percaté del tatuaje que tenía grabado en su piel morena. El mismo dibujo que tenía yo, pero con un número diferente. El que teníamos todos los que pertenecíamos a la pandilla de Benicio Velázquez.

¡Hijo de puta!

Esquivé el guantazo que iba con destino a mi mandíbula y, actuando con celeridad, introduje mis pulgares en la concavidad de sus ojos y presioné con todas mis fuerzas, inmovilizando su cabeza con mis dedos. Dominado por el dolor, chilló como un endemoniado hasta quedarse sin aire. Aun así, logró coger una navaja de una de sus botas y, a ciegas, me apuñaló clavándome la cuchilla en el brazo.

Escupí un juramento, doblé como pude la rodilla y empujé esa tonelada de músculos con la planta del pie. Su enorme cuerpo se estrelló contra la mesa, y el televisor se tambaleó en la superficie. Lo miré a la cara, con la sangre ardiéndome en las venas. El mamón tenía los ojos rojos y lagrimosos, y empuñaba la navaja con más rabia que fuerza. Intenté gatear por el suelo, buscando el revólver, pero no fui muy lejos, pues estampó la silla de madera sobre mi espalda y me obsequió varias patadas en el estómago y en las costillas; aun así, cuando distinguí la pistola debajo de la cama, aquello me dio aguante.

Me levanté jadeando, le di la espalda y me impulsé hacia atrás contra él. Lo arrojé al filo de la mesa y la navaja resbaló de sus extremidades. Repetí mis embestidas una y otra vez, pero no podía permitirme extender más nuestra pelea. La mirada de esa escoria me decía que estaba a punto de mandar a la mierda las órdenes de Benicio, así que tras descargarle otro impetuoso codazo en la nariz, me lancé al suelo, rodé por la moqueta verde, enganché el arma y disparé.

Sus sesos salieron dispersos hacia la pared que había detrás. Todo quedó salpicado de sangre y de su propia carne. Su cuerpo cayó exánime ante la gravedad.

Respirando hondo, descansé mi nuca en el suelo. Me quedé así durante varios segundos, tendido

boca arriba y tratando de recobrar el aliento, mientras la sangre de la herida emergía de mi brazo izquierdo y resbalaba en zigzag por mi piel. Una vez que me repuse y me sentí más calmado, me puse en pie a sabiendas de que Linda habría oído todo aquel escándalo. Hice caso omiso a la quemazón que me punzaba los músculos y, sin vacilaciones, entré en el baño, imaginando que la encontraría arrinconada o abrazándose las rodillas. Nada más lejos de la realidad. Linda se echó sobre mí y peleó como una guerrera.

—¡Soy yo! —exclamé de malas, pero ella continuó pateando sin mirarme a la cara. La retuve por las muñecas y grité con más vigorosidad—. ¡Joder! ¡Soy yo! —Al distinguir mi voz, me observó con el rostro contrariado y la respiración desenfrenada.

—Pensé... pensé que te habían matado —musitó con un temblor en el cuerpo.

Torcí los labios en una sonrisa cínica.

—No es tan fácil deshacerse de mí. —Mutó de expresión al oír aquello, pero opté por pasarlo por alto. No había tiempo que perder—. Tenemos que irnos.

—¿Qué ha pasado?

—Vámonos. —No cedió—. Joder, ¿volvemos a lo mismo de antes?

—Quiero irme a casa.

—Olvídalo.

—Pero...

—Sé lo que dije. —Tomé su barbilla entre mis dedos. Estaba helada—. Y te mentí. No voy a arriesgarme a que le chives todo a la policía y estropees mis planes. —Trencé nuestras manos, pero Linda forcejeó a lo que yo respondí forcejeando también. A esa mierda podíamos jugar los dos—. En el fondo te estoy haciendo un favor. Estás más segura conmigo que sin mí.

—Lo dudo. —Miró mi brazo y mi pómulo que había empezado a hincharse—. Estás herido.

Su afirmación me hizo recordar la herida del navajazo. Mascullé entre dientes a la vez que me aferraba a su muñeca para evitar que se alejara, y enjuagué el corte con agua fría. El escozor se intensificó por el contraste de temperatura, pero me aguanté las ganas de darle una patada a algo y limpié los restos de sangre con la toalla.

—Cuando dé con el paradero de Benicio, serás libre y tu amiga también. Eso sí, tendrás que apañártelas tú sola. Yo estaré demasiado ocupado para salvarte el culo. —Aunque no me creyera, era cierto que se había convertido en un objetivo a derribar. Tras algunos instantes asintió, sumisa. Me alegré por su cambio de actitud—. Bien, larguémonos de aquí.

Salimos del cuarto de baño.

Linda se detuvo al ver la pared ensangrentada y el cadáver tirado en el suelo.

Apartó la mirada.

—¿Venía a por mí también? —me preguntó en voz baja.

—No lo sé, pero si saben que yo estoy aquí, entonces también estarán al tanto de que tú estás conmigo. Vamos —ordené, pero no logramos recorrer ni un paso. Esa vez fui yo el causante del repentino parón—. Espera. ¿Qué coño es esto?

Había algo en el bolsillo trasero del grandullón.

La postal de un paisaje que reconocí al momento.

—¿Tiene algún significado especial para ti? —indagó Linda echando un vistazo por encima de mi hombro.

—No estoy seguro... —dije mientras observaba las avenidas llenas de luces de colores y las decorosas edificaciones, con las estrellas y el cielo nocturno como componentes principales de la escena. Con una ceja arqueada, cacheé al matón, pero no hallé nada más—. No entiendo por qué lleva esta mierda encima.

—Hay unas letras ahí detrás.

Le di la vuelta a la postal y descubrí una única palabra escrita a mano.

— *Princesa*... —murmuré pensativo, pero enseguida puse mi atención en Linda. Su rostro había palidecido y se abrazaba a sí misma, consternada—. ¿Qué sucede?

—Nada.

—Dímelo.

Dejó escapar un sonido parecido a un suspiro.

—Así es como solía llamarme mi padre cuando yo era pequeña —susurró, mirándome con angustia.

Le sostuve la mirada durante un segundo antes de volver a escrutar aquella palabra, con el entrecejo arrugado. «Princesa», repetí varias veces en mi cabeza mientras pugnaba por descifrar aquel acertijo. Para mi jodida desgracia, no me costó mucho hacerlo. De inmediato, se me crisparon los músculos de la cara, pero me obligué a relajar el gesto para evitar que se me partiera la maldita mandíbula.

Linda no pareció reparar en mi reacción. Estaba demasiado distraída en sus recuerdos.

Me guardé la postal en el bolsillo.

—Será una coincidencia. —Entrelacé sus dedos con los míos. Por suerte, no puso resistencia.

Caminé con ella hacia la cama, recogí la peluca y nos largamos de allí.

Nuestra ropa la había embutido en la bolsa deportiva temprano por la mañana, en el maletero, antes de que nos dirigiéramos hacia el Hospital Psiquiátrico, así que nos metimos de inmediato en el coche y aunque Linda lucía lejana a todo, apreté su muñeca al reposabrazos. Mientras conducía, fulminé de manera constante el espejo retrovisor y pese a que nadie parecía seguirnos, persistí atento.

Linda, por otro lado, no habló y yo tampoco le di pie a entablar conversación.

Era mejor que nos mantuviéramos de ese modo, que las cosas fueran distantes y prácticas entre nosotros. Ya suficiente habíamos tenido con ese beso que por poco se nos había ido de las manos.

Agité la cabeza cuando la visión de Linda, notando mi polla contra su estómago mientras nuestras lenguas estaban enredadas en saliva, se recreó en mi mente. No, joder..., no podía pensar en eso ahora. Debía desechar esa necesidad de mi organismo, pues follármela solo me traería problemas.

Sin embargo, había estado a punto de joderlo todo y si se me presentara de nuevo la oportunidad, lo más probable era que volviese a sucumbir.

Horas más tarde, a unos treinta y tres kilómetros de Lubbock, me interné en una estación de servicio. La noche se había cernido sobre nosotros y había oscurecido el asfalto y el territorio sombrío. Cuatro o cinco estrellas titilaban en lo alto. Aparqué junto a dos árboles frondosos y salí sin darle explicaciones a Linda. El brazo aún me sangraba un poco, por lo que busqué la camisa de franela para cubrir la herida, que había adquirido un color verdoso. Mientras me la ponía, entré en la cabina y marqué los números, cabizbajo y con la cadera apoyada en el vidrio.

Los pitidos colmaron la línea.

Percibí el descolgar del teléfono seguido de una respiración parsimoniosa e insinuante.

El primero en romper el silencio fui yo.

—Lucero no sabe nada.

—¿Qué has averiguado? —preguntó Morgan tras escuchar mi voz tirante.

—Excepto que está más loca que cuerda, no mucho. Lo único que confesó es que Benicio planea inculparla por la muerte de mi hermano, para que no puedan relacionarle más conmigo ni con el homicidio de John.

—¡Será cabrón! —gruñó sin poder contenerse—. Y ¿qué ha hecho la arpía de Lucero?

—Nada.

—Por ahora.

Exhalé el aire a través de los dientes.

—Si declara a favor de su marido, si afirma que ella es la que lleva la batuta de todos los negocios

ilegales, ese hijo de perra quedará impune. Además, Lucero ya está metida en el psiquiátrico, con lo cual caso cerrado. Benicio tendrá campo libre para aparecer, matarme y esconder mi cuerpo hasta que me pudra en el olvido. Nadie me echará de menos, al fin y al cabo.

—Estamos como al principio.

—Quizás no tanto. —Hice una mueca. La carne del brazo me molestaba, como si me la estuvieran abrasando con un soplete—. Creo saber cómo dar con ese capullo.

—¿Cómo? —preguntó, sorprendido.

—Envió a uno de sus secuaces a por mí. —Eché un vistazo al coche. Los vidrios ahumados me impedían ver a Linda; pero estaba seguro de que ella me observaba a mí—. Por lo visto, sabía que me acercaría a Lucero. Mientras peleaba con su peón, que por cierto ya tenía el tatuaje y por la intensidad del color era reciente, ese tío comentó que tenía suerte de que no pudiera matarme.

—Porque Benicio quiere hacerlo por sí mismo.

—Lo sé. Pero cuando terminé con su vida, descubrí una postal en uno de sus bolsillos. —Eché otra moneda para que no se interrumpiera la llamada—. Y había una palabra escrita en el dorso.

—¿Un mensaje dirigido a ti?

—Más o menos... —suspiré con cansancio y me pasé una mano por el pelo sucio y sudado—. El asunto es que debo ir a donde el Nene. La postal es una pista.

Soltó una risita de estupefacción.

—¿Por qué cojones mandaría a uno de los suyos a darte una paliza con la condición de que no te matara? Al fin y al cabo, si ese desgraciado te hubiera apaleado, la postal no le habría servido de nada.

Fruncí el ceño y, a continuación, reflexioné un momento hasta atrapar la respuesta.

—Porque sabía que yo derribaría a su empleado. ¡Joder! Le envió a una muerte segura.

—Exacto. —Hizo una pausa antes de añadir—: No sé si has visto las noticias, pero la mayoría de las ciudades están en alerta. La frontera está cerrada y se han desperdigado más de cien hombres con uniforme por las calles de California y cercanías. Por tu seguridad, debes mantenerte lejos de las capitales más importantes.

—Morgan..., me niego a estar encerrado en una puñetera habitación de motel.

—¿Puedes pensar un momento con la cabeza? No vayas a...

—Escúchame —lo corté, malhumorado—. Debo hacerle una visita a ese tipo. El Nene es la única

persona que maneja los hilos tras el telón.

Resopló.

—Eres un jodido dolor de huevos, Zack —farfulló Morgan, molesto—. No he sabido nada de ese hombre desde hace años. Tú verás. Si te pegas el viaje hasta allí, cabe la posibilidad de que te encuentres con nada, sin olvidar que te estarás exhibiendo demasiado. Un control de carretera, un despiste, y a la mierda todo.

—Benicio confía en él para todos sus negocios. Ese tío es el que realiza las negociaciones y los tratos con líderes del Cártel de Sinaloa para que la mercancía traspase la frontera.

—¿Y si ya no trabaja para Benicio?

—Lo hace. —Eché otra ojeada hacia atrás. Todo seguía igual, cubierto en penumbra—. Sé que lo hace y sé que podrá decirme algo útil, aunque tenga que coserlo a balazos para que hable. Benicio no ha dejado esa pista así porque sí. Él quiere que vaya a por ese tipo, sea cual sea el motivo.

—¿Y qué va a pasar con la chica?

—Linda se viene conmigo.

—Con que Linda, ¿eh? —No pareció divertirse aquello—. Te la has follado —me recriminó; él opinaba igual que yo sobre las relaciones amorosas. El amor te mandaba a la tumba.

—No te confundas, Morgan. Ella y yo somos incompatibles. Además, aún me toca las pelotas y no de la forma que a mí me gusta.

Exhaló con brusquedad.

Esa mierda mental era agotadora.

—No voy a decirte en qué hoyo deberías o no meterte, pero ten cuidado con lo que haces.

Me sostuve a un lateral de la cabina.

—¿Qué hay de su amiga?

—Bien, muy bien. —Carraspeó—. Está más calmada que cuando se despertó en el sótano y no vio a su colega por ninguna parte. Ahora mismo está atada a la cama viendo un programa de televisión.

Es la única manera de que esté con el pico cerrado y no me insulte como si fuera la jodida niña del exorcista. Creo que ya no nos gustamos demasiado. La confianza ha roto la magia. —Río sin humor.

—Cuidado con lo que haces... —Le devolví la pelota mientras metía la mano en el bolsillo.

Mis nudillos rozaron la postal.

—Al contrario que tú, yo tengo la cabeza bien despejada. Las dos, por cierto —concretó para más señas.

Sonreí un poco antes de declarar más sereno:

—Tienen que volver a sus vidas.

—Me parece lo más acertado.

*Y lo más correcto, pensé.*

—Te llamaré en unos días.

—Esperaré.

Colgó.

Situé el teléfono en su lugar correspondiente, pero no fui hasta el coche. En cambio, agarré la postal y leí el mensaje escrito. Ese maldito apodo estaba jodiéndome el cerebro, retumbando todo el rato en mi cabeza; un mote que persistiría conmigo en los próximos amaneceres, desarmándome y

ahogándome en silencio.

«Princesa.»

**12**

**Linda**

*Miércoles, 2 de septiembre de 2009*

*Lubbock, Texas.*

Aquel día me pareció el más agotador de todos los que había vivido en las últimas cinco noches.

Había pasado por tantos acontecimientos que apenas podía asimilarlos todos, pero si me detenía a recapitular uno por uno, si era honesta conmigo misma, la única situación que realmente residía en mi memoria era el beso que me había dado Zack. El beso que yo le había devuelto. El beso que casi había acabado conmigo.

Nadie podía negar que Zack era intenso en todos los sentidos de la palabra, pero lo que más me

abrumaba de él era el mundo al que pertenecía. Su mera presencia representaba mi pasado, mis miedos y mis demonios y, sin embargo, había dejado que me besara.

Era oficial.

Había perdido la cordura.

Se me contrajo el vientre al recordar la manera en que tomó mi boca, con brusquedad y sin mi

permiso; o cómo separé mis labios para responderle con el mismo anhelo que me demostraba su exigente lengua. Fue como vivir de verdad, como alimentarme de una fuente extraordinaria. Nunca antes había sido tan consciente de las sensaciones que podía experimentar mi cuerpo como cuando nos estábamos acariciando con nuestras lenguas. Aquello había sido una insensatez de mi parte, pero es que nunca nadie se había portado así conmigo. Nunca me habían robado un beso y esa chispa de intimidad entre nosotros me gustó.

Me encantó demasiado.

Por primera vez sentí cosas a las que no podía ponerles nombres. Pero eso no fue lo más angustiante, sino que, cuando nuestras bocas estaban unidas y nuestros dientes se tantearon con avidez, ansié más. Muchísimo más. Lo quise todo, incluso su lado menos puro y ese pensamiento me asustó. Fue entonces cuando me aparté de él antes de que me embriagara su sabor y no pudiera parar jamás.

Quizás él tenía razón.

Estaba jodida de la cabeza.

Lo miré por el rabillo del ojo. Zack estaba conduciendo con el ceño fruncido, en busca de un lugar donde pudiéramos pernoctar. Hacía escasos minutos se había detenido a realizar una llamada telefónica, pero no me habló tras incorporarse a la carretera. Yo tampoco lo hice. Preferí fingir que no estaba por la labor de dialogar. Y en cierto modo era así, pero no por las razones que él creía.

Era verdad que me había impactado leer la palabra «Princesa» en el dorso de la postal que habíamos hallado en el cuerpo del matón. Ese mote poseía un significado muy singular para mí y me disgustó que un recuerdo tan bonito y a la vez doloroso se viera mancillado por un mundo pintado de injusticia, de sangre y de brutalidad, pero escogí tomarme aquello con filosofía y deseché todos los sentimientos contradictorios que habían empezado a apenarme el corazón.

Sin embargo, ese apodo poca importancia tenía comparado con el confuso revoltijo que aún revoloteaba en mi interior, porque tras todo lo ocurrido en un mismo día lo único que no conseguía quitarme de la cabeza era nuestro beso.

De repente, el cuchicheo del motor se atenuó con un suspiro. Estábamos en un recinto oscuro, pero podía vislumbrar las luces de la recepción situada a pocos metros de nosotros. El rótulo con fondo negro en el que figuraban las letras *Travelers Inn Motel*, en color rojo, apenas era visible en mitad de la penumbra.

La voz de Zack, áspera y con matices profundos, saturó el espacio.

—Ponte la peluca —dijo mientras se acomodaba la gorra en la cabeza y luego me arrebató las esposas. Su herida había menguado de sangrar durante el camino—. Descansaremos aquí.

Obediente, oculté mi melena. No era estúpida, pero tampoco una ilusa. Sabía que podría salir a la calle y correr hasta que sintiera mis piernas arder, pero él me cazaría a los dos pasos, así que cogimos la bolsa del maletero y nos internamos en la recepción.

La oficina era diminuta, de paredes color crema descolorido. Detrás del escritorio de un tono anaranjado,

había una joven de no más de veinte años que hojeaba una revista de cotilleos de famosos. Era guapa, de cuerpo esbelto y pechos grandes. Cuando advirtió la cautivadora imagen de Zack andando hacia ella, levantó la vista y abrió con exageración los ojos. Incluso bizqueó un poco.

—Hola... —balbuceó y lo miró boquiabierta. De mí ni siquiera se percató—, ¿puedo hacer algo por usted, señor?

Zack sonrió al comprobar que la muchacha no le había reconocido. Quizás ni siquiera estuviera al tanto de lo que sucedía en nuestra nación.

—Espero que sí —dijo él apoyando los codos sobre la mesa e inclinándose hacia delante. Ese movimiento tan aprendido me recordó a nuestras conversaciones en la sala de las entrevistas—. Una cama para dos estaría de lujo. —Ella agrandó sus hermosos ojos color amatista al malinterpretarle.

Con una mirada poderosa se corrigió a sí mismo, como si no lo hubiera hecho a propósito—. Para pasar la noche, me refiero.

—¡Oh, por supuesto! —Se rio ella con infantil nerviosismo a la vez que se retocaba un mechón de pelo rubio ceniza detrás de la oreja—. Pensé que... ¡Ay, Dios mío! ¡Lo siento! ¡No me haga caso, por favor!

Zack esbozó una amplia sonrisa, y la joven se quedó absorta en sus labios. No podía culparla. Su sonrisa tenía el poder de seducir y excitar cada zona erógena del cuerpo, pero que aquella desconocida fuera la causante de la hermosa curva que se reflejaba en su boca, me fastidió como nunca. Sin embargo, ambos se pusieron a coquetear y me ignoraron como si fuera un mueble más.

Mientras pasaban de mí, me dediqué a observarlo todo con una mueca de aburrimiento.

Necesitaba distraerme para evitar apartar de un empujón a esa niña. Entonces, vi algo entremedio de un par de revistas viejas. Mi corazón bombeó a toda velocidad la sangre a mi cabeza a la vez que oía la persuasiva voz de Zack, que intentaba convencer a la joven para que le fuera a comprar algo de comer a un local cercano llamado Denny's. Ella se hizo la difícil, lo que me proporcionó un tiempo ideal para reflexionar sobre mis pensamientos. Pero, contra todo pronóstico, tomé una decisión mucho más rápido de lo que esperaba.

Al verles sonriéndose con complicidad mientras ella asentía con un coqueto aleteo de pestañas, me apoderé del cúter que descansaba en la superficie del escritorio y lo sepulté debajo del conjunto de falda y blusa. La ropa de Miranda Blair.

Durante peliagudos minutos presencié las miradas que se intercambiaban ellos dos, soportando a duras penas los falsos cumplidos que salían de los labios de Zack. Todo por parte de él era una actuación digna de ser premiada con un Oscar, pero, a pesar de ser consciente de ello, un calor sofocante se expandía por mis mejillas cada vez que él la miraba con una lujuria muy similar a la que había experimentado horas antes conmigo. Y no había razón para que me sintiera tan violenta.

¿Qué andaba mal conmigo?

—Entonces... ¿lo harás por mí? —preguntó Zack y dio un paso hacia atrás.

El flirteo había terminado.

—No debería, pero sí. —La joven se mordió el labio inferior para luego deslizarlo entre sus dientes. Se lo humedeció con la lengua—. Pero primero tienes que firmar aquí.

Él garabateó en el libro de registro de clientes usando el nombre Paul Sanders.

No me sorprendió que estuviera utilizando el nombre de un muerto.

—Te daré el dinero después. —Le devolvió el bolígrafo. Ella lo aceptó con una sonrisa, le proporcionó una llave y rodeó el escritorio.

—No te preocupes —ronroneó—. Sé dónde encontrarte.

Zack, como todo un galán, abrió la puerta de la recepción y me hizo una seña para que les precediera antes de volver a volcar su atención en la muchacha. Otra vez ese ardor mordaz pareció quemarme la piel, junto a una opresión en algún punto inconcreto en el pecho, pero no repliqué ni me negué a hacer lo que me había ordenado sin palabras. Salimos. Ella echó llave a la cerradura y cuando se giró, suspiró al tener las manos de Zack en su rostro juvenil.

—Te estaré esperando arriba —susurró él mientras mis ojos iban y venían de un lado a otro.

La joven afirmó con fervor.

—¡No tardaré mucho! —Y se alejó de nosotros.

Zack se dio la vuelta y nuestras miradas tropezaron de forma casual. El silencio rugía vilmente denso. Los dos percibimos la rigidez en nuestros músculos, pero no articulamos sonido. Sin más ceremonias y sin mucho tacto, me agarró por la muñeca y me condujo hasta la habitación de la segunda planta del bloque de viviendas de estuco blanco, techos negros y puertas color verde musgo.

—No sabía que te gustaran tan jovencitas —dije sin poder contenerme mientras le veía introducir la llave en la ranura—. Podrías ser su padre.

Empujó la puerta con la palma y entramos.

—Pero no lo soy —dijo con una sonrisita que me cabreó bastante. Mientras se quitaba la gorra y

la mantenía entre sus dedos, me senté en la cama y él se apoyó en la puerta cerrada—. Mi límite está en los dieciocho. Las menores causan muchos follones, pero cuando llevas años sin estar con una mujer te conformas con cualquier cosa.

Me maté por mostrarme indiferente ante sus venenosas palabras.

«Un beso no puede cambiarte tanto», me regañé en silencio.

—Antes hablaste por teléfono —cambié de tema—. ¿Fue con Morgan? ¿Cómo se encuentra

Angy? —Exhaló un suspiro y asintió. Como no realizó nada más, pregunté—: ¿Podrías decirme qué tal está? —y al no obtener respuesta, añadí con una hiriente delicadeza—: Por favor.

—Tu amiga está bien, estaba viendo la televisión.

—¿No le ha hecho daño Morgan?

Caminó hacia mí con demasiada tranquilidad y colocó la bolsa deportiva cerca de mi pierna derecha. Procuré no empequeñecerme ante su gélida mirada.

—Desde que viste a tu amiga por última vez, ¿ha habido bajas? —Fruncí el ceño. Él aclaró su pregunta—. ¿He matado a alguien? Excepto al hijo de puta de hoy.

—No.

—Entonces, deberías saber que Morgan no le ha puesto ni un dedo encima a tu amiga.

—Se llama Angy. —Me mordí la lengua—. Y gracias.

—¿Por qué?

—Por no herirla.

Se rio a desgana.

—Ya conoces las normas. Te portas bien y haces lo que te ordene, y tu amiga seguirá intacta y entera.

La conversación empezaba a ir por mal camino, así que me levanté y construí un muro imaginario entre nosotros.

—Voy a ducharme si no te importa.

Varias arruguitas se dibujaron en su frente, como si le extrañara mi repentina docilidad.

—Ve antes de que traigan la cena —acotó, aunque yo ya había empezado a cruzar la distancia hasta el cuarto de baño. Notaba el cúter manosear la piel de mi espalda, pero me paralicé cuando su voz penetró en el ambiente—. Linda, espera.

Mi corazón me dio una patada en las costillas. Me giré hacia él y nos miramos a los ojos.

—¿Sí?

—Ven.

—¿Qué sucede? —dije aproximándome a él hasta quedar a un palmo de su pecho.

Me observó durante varios instantes, con audacia y algo receloso, y yo creí que me daría un infarto. Me fallaron un poco las rodillas y me mareé ligeramente, pero todo cobró sentido cuando asió la bolsa y sacó una de sus camisetas.

—Para después de la ducha. —Me la ofreció con demasiada amabilidad.

—Gracias. —Extendí mi mano para envolver la prenda blanca y palpé sus dedos sin querer.

Temblé ante el fugaz contacto y alcé la mirada. Sus párpados se habían entornado y habían adquirido un color oscuro que insinuaba al pecado.

Me marché a toda prisa de su lado y me aislé en el baño. Debía hallar el modo de mantener a Zack cautivo en el dormitorio, para que yo pudiera hablar con la policía y explicarles lo que había sucedido. Ese era mi plan. Ellos me ayudarían a encontrar a Angy. Estaba segura de que las autoridades no me dejarían desamparada. Además, si Zack estaba retenido, no podría llamar a Morgan y por lo tanto Angy estaría cien por ciento a salvo de futuras represalias. Debía ceñirme a esa estrategia. Por el bien de todos y, en especial, por el mío.

Me desnudé, tapé el cúter con la ropa y me ubiqué dentro de la ducha sin esperar a que el agua se entibiara. Esas frescas caricias me abstrajeron de todo lo vivido. La verdad es que precisaba de ese ligero pasatiempo; que el hombre que había cometido innumerables crímenes por dinero, y no se arrepentía de ello, estuviera lejos de mi mente. Sin embargo, no pude evitar recrearme de nuevo en nuestro beso y me pregunté qué habría pasado si no le hubiera detenido.

La respuesta era incuestionable. Habríamos llegado hasta el final. Habría accedido a que me poseyera, a que me tumbara sobre la cama y me penetrara con fuerza o como más se le antojara. Era demasiado aterrador tener esa certeza.

Cerré el grifo. Había estado tan sumida en mis propias fantasías que no me había dado cuenta de que estaba tiritando. Empecé a secarme el cuerpo, pero di un respingo al escuchar dos golpes suaves en la puerta del dormitorio. Era ella. La joven de la recepción. Con cierta rabia arrojé la toalla al suelo, me vestí con la camiseta de Zack y tras encajar mi desastrosa melena en la peluca, disimulé el cúter entre la tela de mi ropa íntima y regresé a donde estaban ellos.

El brazo derecho de Zack estaba recostado sobre el marco; y con la mano izquierda sostenía una bolsa de plástico. Por culpa de su estatura, no podía ver a la rubia. Pero ella sí me vio a mí sentarme en el colchón. Se acercó a él y en un murmullo bastante indiscreto, preguntó:

—¿Es tu novia?

Zack viró la cabeza hacia mí un segundo antes de mirarla con una cálida sonrisa.

—No, es una prima. Lejana —añadió con sorna mientras yo arrugaba el edredón entre mi puño.

—Te mira mucho.

—No le hagas caso.

La joven tiró de su camisa de franela, en busca de intimidad. ¿La estaría besando como me había besado a mí? Se me estrujó el corazón ante aquella pregunta; pero era un dolor distinto al que estaba acostumbrada a sentir. De repente, la oí reírse en voz alta y, después, soltar un gemido que me revolvió el estómago. Incapaz de justificar esas nuevas sensaciones, me ladeé hacia delante. ¿Estaba celosa? ¿Era así como se

sentían los celos? Volví a ladearme, inquieta. Fue entonces cuando recordé lo que escondía bajo mi camiseta. Mirando de reojo la salida, cobijé el cúter debajo de mi almohada, en el lado en el que yo solía dormir.

Me paré y caminé hacia el exterior.

—Mi padre no vendrá esta noche... —dijo ella con voz morbosa—. Podríamos ir a la oficina. Allí tendremos total privacidad para... —calló cuando aparecí como un fantasma a su lado.

La vi dar un traspiés.

Zack no se alteró en absoluto.

—Tengo hambre, primo —dije con una mueca irónica, arrastrando la última palabra.

Él me miró durante un eterno instante. Había un brillo divertido en sus iris.

—Toma. —Me entregó la bolsa y para desilusión de la joven, añadió—: Me reuniré contigo en un momento.

Algo más contenta, alcé las cejas a modo de despedida y me desplazé hasta la cómoda, sin cerrar la puerta. Regodeándome con los lloriqueos de ella y los falsos «Lo siento. No puedo dejar sola a mi prima» y miles de excusas más por parte de Zack, inspeccioné el contenido. Había una caja de cigarros, dos bocadillos de jamón cocido, chorizo mexicano, salami con extra de queso y un sinfín de ingredientes más, dos latas de cerveza, dos botellines de agua y un recipiente hasta arriba de patatas fritas con dos botecitos de ketchup y mostaza.

Mi estómago rezongó de hambre, así que capturé una patata crujiente y la hundí en el bote de las salsas. Poco después Zack despachó a la muchacha, pero evité mirarlo a pesar de que le sentí ponerse a escasa distancia de mí. Como si nada me adueñé de otra patata, pero el vacío que reinaba en mi interior se negó a llenarse con comida. Y él lo sabía. No era ningún ingenuo.

Alcé la mirada y nos estudiamos en el espejo colgado encima de la cómoda.

—¿La besaste?

Se quitó la gorra y se peinó el pelo con los dedos. Luego caminó hasta mi posición, se pegó a mi espalda y sin respetar mi espacio personal, colocó sus puños a cada lado de mi cintura. La tensión, que no paraba de acentuarse entre nosotros desde que nos conocimos, desde mucho antes de que hablásemos por primera vez, condensó el aire y lo tornó opresivo.

—Nadie se ha comido tus babas.

Enderecé los hombros a la defensiva.

—No creo que nos haya dado tiempo a intercambiar fluidos.

Retrocedió con una risita incrédula y se deshizo de la camisa y de la camiseta con movimientos arrogantes y sensuales. Se me secó la boca al ver su torso y sus bíceps perfectos.

—Sí nos dio tiempo —murmuró muy despacio—. Aún tengo tu sabor en mi lengua.

Sus palabras me sonaron condenadamente eróticas.

—Ese corte luce horrible —dije como si acabara de darme cuenta, dándome la vuelta y dirigiéndome lo mínimo hacia él—. Todavía te sangra un poco.

Le echó un vistazo a la herida, casi con desdén.

—Menos mal que no me dio en el brazo derecho.

—Deberías limpiarla.

—Tráeme la toalla que usaste para secar tu cuerpo.

Tragué saliva y lo miré por encima de mis pestañas.

—Está empapada.

—Por eso mismo la quiero. —Sonrió.

Me quedé algo atolondrada al imaginar que su piel tocaría la misma toalla que había usado yo, pero una bofetada de sensatez me zarandó el cerebro y troté hasta el baño. Retorné tras quitarme la peluca y le entregué la toalla. Mientras se limpiaba la sangre, cogí un bocadillo y un botellín de agua, y me senté a devorar la comida para no quedarme babeando ante la visión de su firme y llamativo abdomen.

Zack no tardó en sumarse a mí, pero no hablamos ni encendimos el televisor y tampoco mencionamos el tema de nuestro beso ni lo que estuvo haciendo con la joven rubia cuando yo no pude verles. Una vez que terminé de comer, reposé mi cabeza en la almohada. Estaba tan agotada que no me azoré al sentir las esposas en mi muñeca.

—Te tomas muchas molestias conmigo.

—Será porque no me fío de ti.

Se tumbó a mi lado.

Pensé que haríamos la cucharita, así que encogí las piernas como si fuera un feto. Pero para mi sorpresa, nada agradable a su vez, él no se acercó a mi cuerpo. Lo miré por encima del hombro, con un nudo en la garganta. Zack sostenía un cigarrillo entre sus dedos y tenía la mirada fija en el techo infestado de manchas de humedad.

—Buenas noches —musité para llamar su atención.

Sus ojos se volvieron con pereza hacia los míos, casi como si le aburriera.

—Buenas noches.

Puse mi cabeza de nuevo en la almohada, pero procuré no dormirme. Pasaron los minutos, o quizás las horas, hasta que apagó la luz y se acurrucó entre la delgada manta que cubría el colchón.

Fue entonces cuando me permití abrir los ojos. La única ráfaga de luminosidad provenía de las farolas en las calles y la clara nitidez de la luna.

Durante varios minutos, que me parecieron meses, vigilé la respiración de Zack hasta confirmar

que se había dormido. Solo entonces me giré con tiento hacia él. Dormía boca arriba. Su pecho desnudo vibraba a un ritmo sostenido. Sus labios estaban algo separados y el botón de sus pantalones, desabrochado, exponiendo aquella sugerente línea vertical de vello que desaparecía poco a poco.

Ese hombre era la tentación personificada.

Me acerqué a su rostro lo máximo que me permitieron las esposas, con cautela y atraída por su

belleza, mientras apreciaba que sus facciones no se habían relajado por el sueño. Apreté los dientes antes de palpar el bolsillo derecho de sus vaqueros, buscando la llave de las argollas, fracasando.

Realicé lo mismo con el bolsillo restante, pero cesé de hacerlo cuando Zack emitió un quejido ronco.

Estaba soñando. Trémula, aguardé con nerviosismo sin permitir que su imperfección me embelesara hasta que volvió a quedarse quieto y pude continuar con lo que estaba haciendo. Nada. La llave no estaba ahí.

¡Mierda! ¿Dónde la habrá escondido?

Sin la llave, no podía escapar de él.

Pero todavía había otra salida, una más arriesgada y muchísimo más efectiva.

De manera inconsciente, pesqué el cúter de debajo de mi almohada. El instinto de supervivencia me provocó un estremecimiento helado, aunque hacía bastante calor en la habitación. Empecé a jadear cuando me percaté de que había aproximado la cuchilla a su garganta y estaba a punto de cortar la piel. Mi corazón latió a un ritmo inseguro al ver que si apretaba un poco la hoja, si ejercía una mínima presión, su carne se abriría en canal y aquel infierno acabaría para mí. Su existencia no sería más que una lejana pesadilla, que terminaría olvidando con el tiempo y se llevaría las múltiples emociones que sentía con él.

Qué soñadora era.

Jamás podría huir de sus garras.

Todo lo que estaba viviendo era una ilusión creada por él mismo.

—Hazlo ahora o no tendrás una segunda oportunidad. —Su voz fue como una puñalada para mi inteligencia.

Grité fuera de mí cuando Zack se acomodó a horcajadas sobre mis caderas y atrapó mis manos

por encima de mi cabeza. Forcejeé, pero me infringía tanto dolor que grité de nuevo, más alto, con más potencia y más rabia.

—¡Suéltame!

—¡Cállate! —rugió e impuso más fuerza sobre mis muñecas. Pero me negué a soltar el cúter—.

¿En serio crees que no veo venir tus intenciones? Te lo dije, Linda, a mí no me engañas. Te conozco mejor de lo que te conocerás nunca a ti misma.

Unas esquirlas de sabor amargo se deslizaron por mi espalda hasta la punta de mis pies.

—¡Estoy harta de ti! —Me ardía la garganta. Estaba segura de que tenía la cara roja de frustración

—. ¡Harta!

Endureció la mandíbula.

—Yo también estoy harto de ti. Me tienes hasta los mismísimos cojones de tus rebeldías. —Me empujó contra el colchón y me inmovilizó con sus caderas. Le sentía duro y cálido contra mi vientre, y aquello me enloqueció. Nuestra pelea, junto a mis intentos por escabullirme, nos estaba produciendo un efecto excitante—. Deberías hacer esto más sencillo para los dos, pero te empeñas en estropearlo todo una y otra vez.

—¿De qué hablas? Eres tú el que... —me interrumpí con un jadeo trémulo cuando su pecho descendió hasta aplastar el mío. Nos miramos y nuestros alientos se moldearon ante la cercanía de nuestros rostros. Su furiosa mirada se había empezado a empañar por la lujuria y su bragueta estaba tensa por su gruesa erección.

Un escalofrío se proyectó hacia abajo, en dirección a mis muslos, y apreté las piernas.

—Lo que ocurrió no debería haber pasado. —Tembló al verme relamiéndome los labios. Bajó un

poco más la cabeza y cerró los ojos cuando mi saliva le humedeció la boca—. Joder, Linda... Esto no debería estar pasando. —Estiró más mis brazos, arqueándome de un modo doloroso y exquisitamente delicioso.

—Haz que pase —dije sin pensar, sorprendiéndonos a los dos. Su cuerpo era un imán para mis anhelos. La pasión que perfumaba la atmósfera me catapultó—. Lo deseo... —reconocí en voz baja,

asustada por mi revelación—. Creo que lo deseo desde la primera vez que te vi en la cárcel. Haz que pase..., o me volveré loca.

Me miró con sus pupilas que destilaban una fuerte excitación.

Y para mi estabilidad mental... sucedió.

Su boca abarcó la mía, con hambre y devoción. Suspiré, introduje mi lengua en él y me deleité con sus lengüetadas rudas y apasionadas, que me seducían con su agresividad. Quería demostrarle que me moría de ganas por fundirme con su cuerpo. Que, por alguna extraña razón, necesitaba vincularme a él; aunque fuera de esa manera tan primitiva. Zack me hacía volverme maleable.

La urgencia del beso incrementó. Zack me devoró con sus labios, con su lengua y con sus dientes.

Mi clítoris palpitó al mismo compás de mi corazón, sintiéndome extasiada por su aroma y por todas las sensaciones que él me hacía probar. Cuando colocó una pierna entre mis muslos, me abrí para hacerle hueco y elevé las caderas, ansiosa por acelerar nuestro enardecido contacto. Su erección se restregó contra el vértice de mi cuerpo. Estábamos flotando en el limbo del placer.

Sus manos apretaron aún más mis muñecas y, enseguida, su boca abandonó la mía para descender por mi cuello a la vez que lamía mi piel. Su pene se insinuaba grueso y duro contra mi carne, que ardía en ese momento. La fricción que creaban nuestros cuerpos fue aumentando, siendo cada vez mayor, siempre a más.

Con los talones tiré de su trasero hacia mí, y él respondió embistiéndome con la ropa. El pantalón se le había bajado entre arremetida y arremetida, por lo que podía notar el ardor que se acumulaba allí abajo, deseoso por explotar en espirales de liberación. De repente, me mordió un pecho y se incorporó para mirarme. Entre gemidos meneé las caderas y me froté contra su pene a la vez que él atravesaba mi cuerpo con su mirada, en una lenta inspección. Sus ojos se nublaron y exhaló deprisa por la nariz al ver mi imagen. A mí..., abierta de piernas, con su camiseta que apenas me velaba y las braguitas con estampados de ositos que se adherían a mi carne húmeda. Sentí el primer espasmo cuando su erección se puso aún más dura contra mi clítoris. Y perdí la razón de mi existencia.

Me dolía esa necesidad.

Me dolía necesitarle.

—Tócame. —La voz me salió ronca—. Necesito que me toques.

Se le dilataron las pupilas. El color negro resguardaba gran parte de sus brillantes iris. Respiró con pesadez antes de soportar mis muñecas con una mano, mientras la otra iba resbalándola por toda la longitud de mi cuerpo, rozando mis pezones y mis costillas hasta tantear mis muslos. Supliqué algo incoherente que ni siquiera yo entendí cuando ascendió de nuevo sus vagas caricias. Copó uno de mis pechos y, con sus dientes, se adueñó del pezón que sobresalía de la tela, succionándolo.

Cerré las manos y continué restregándome contra su enorme erección. Fue entonces cuando me

percaté de que había liberado el cúter. Sin embargo, mi preocupación se esfumó como una nube de humo cuando sus dedos se aventuraron a internarse por debajo de la camiseta. Su piel áspera me torturaba. Le oí jadear entre dientes mientras trasladaba su palma abierta hacia mi espalda y me agarraba con lujuria el trasero. Entonces, me aupó hacia él, para que encajáramos mejor, y prácticamente me forzó a masturbarme contra su músculo rígido, preparado para embestirme, con sus uñas enterradas en mis nalgas.

Su tacto era eléctrico.

Jamás me había sentido así.

Volvimos a besarnos con más voracidad y él empezó a masturbarme con movimientos rápidos y

descontrolados por encima de las braguitas, justo sobre el clítoris. Se me activó el corazón y gemí contra su boca, balanceándome para notarle más.

Estaba a punto de correrme.

Él también lo estaba. Su erección había alcanzado el tamaño máximo. Aprisioné su labio inferior entre mis dientes. Al percatarse de mi deseo, coló sus dedos dentro de mis bragas y esparció mi humedad, seduciéndome como el roce de una pluma, a la vez que me penetraba poco a poco con el

dedo corazón hasta los nudillos.

Eché la cabeza hacia atrás en un gesto de éxtasis y entrega absoluta.

—¡Zack...! —gemí con la voz ronca. No me avergonzó que me viera tan desenfrenada. En aquel momento no podía pensar sobre mi actitud—. ¡Más rápido! ¡Necesito... más!

A pesar de mi desesperada demanda, detuvo sus movimientos y aminoró las penetraciones de su dedo. Por alguna razón, la lujuria desapareció de golpe en él. Sus iris fueron recobrando su color habitual y su expresión de ardor se transformó en una indiferente. Lo que sucedió entonces me dejó desconcertada.

Zack no me arrancó la ropa con el salvajismo que le caracterizaba. Ni me hizo suya con furia explícita hasta que estalláramos de placer, hasta que nos doliera nuestra unión. Al contrario, su cuerpo se tornó tenso y distante sobre el mío, y sus palabras me cortaron por dentro.

—No vuelvas a cometer otra estupidez como esta —gruñó refiriéndose a la escena del cúter y sin darme tiempo a asimilar aquel escenario, saltó de la cama con una erección de caballo.

Recogió el objeto y me miró con una frialdad que me congeló la sangre. Mi excitación voló de un plumazo cuando, como si quisiera que me esfumara de su vista, me cubrió con la sábana hasta la barbilla y se marchó al cuarto de baño, a paso dificultoso. No tardé en oír el agua de la ducha mientras yo era consciente de que me dolían todos y cada uno de los músculos de mi cuerpo, hasta los que nunca había ejercitado.

¿Por qué me había rechazado?, me pregunté a la vez que apretaba los ojos e intentaba no imaginar que quizás él se estaba tocando debajo de la alcachofa, fantaseando sobre lo que podría haber sucedido. Me sentía demasiado humillada para pensar tal cosa.

Transcurrieron los minutos.

Yacía medio dormida cuando, de repente, el colchón se hundió bajo el peso de Zack. Como una idiota aguardé a que me estrechara contra su pecho, o que dijera algo sobre mis arrítmicos meneos de pelvis, pero no sucedió nada de eso.

Su indiferencia me achicó el alma. Y mientras el silencio alborotaba la atmósfera y la penumbra se interponía entre nuestros cuerpos, cedí a los profundos abismos de un sueño perturbador.

**13**

**Linda**

*Jueves, 3 de septiembre de 2009*

*Travelers Inn Motel, Lubbock.*

El sonido de un disparo me arrancó de mi inconciencia. Con las manos engarrotadas y el corazón encogido, me senté al sentir que el pasado me impedía respirar mientras percibía el típico olor a humo enturbiando el aire. Había empezado a acostumbrarme a aquel perfume tan denso y asfixiante, pero a lo que nunca me llegaría a acostumbrar era ver a Zack recostado en el marco de la ventana, acechando las calles con expresión imperturbable.

Con el mismo semblante, volteó su cuello hacia mis ojos. Nos miramos en silencio, como si estuviéramos recordando nuestro reciente tórrido momento, hasta que desvié la mirada y eché un vistazo a mis muñecas. Me había liberado de las esposas en algún momento de la noche. La sábana parecía enredada entre mis piernas y aún había cierta humedad en mis braguitas; un recuerdo de lo que había sucedido. O mejor dicho de lo que no había alcanzado a suceder.

Porque él no quiso.

Cerré los ojos a la vez que deseaba que todo aquello hubiera sido una pesadilla, pero, para mi desdicha, cada una de las emociones vividas, aunque las notara lejanas, eran más reales que cualquier otra que hubiera experimentado nunca.

—¿Por qué? —inquirí a la vez que sujetaba mi cabeza entre mis manos, con los codos en las rodillas.

No hacía falta que añadiera más.

Él me entendía mejor que yo a mí misma.

Se llevó el cigarrillo a la boca. El humo ascendió en espirales, opacando su arrebatador rostro, antes de apagarlo en el cenicero ubicado en el borde de la ventana.

—Porque es mejor así. Habría sido un error.

—Lo sé... Pero tú también querías continuar.

No entendí por qué dije eso; quizás porque mi orgullo estaba resquebrajado, o porque mi corazón no podía aceptar que me hubiera dejado con las ganas, que fuera más impulsivo con la rubia de la recepción

que conmigo en ese instante. Lo miré a los ojos mientras él se dedicaba a admirar mi cuerpo como si estuviera regodeándose en las caricias que me había regalado hacía pocas horas.

Luego, sin más, encendió otro pitillo y volcó su interés en las calles.

—El café aún está caliente. —Dio una rápida calada—. En esa bolsa de ahí tienes un *bagel* recién hecho con jamón, queso fresco y tomate.

Retiré las sábanas y cogí mi desayuno.

—¿Ha estado ella aquí? —pregunté tras tomar un sorbo, sentándome de nuevo. Pensar que quizás había estado con esa niña mientras yo dormía me puso de muy malhumor.

Me dolía y ni siquiera sabía por qué.

—No digas tonterías.

Tras aquel breve intercambio de palabras, me limité a disfrutar del pan recién tostado y del sabor amargo del café. Estaba bebiéndome las últimas gotitas que quedaban en el vaso cuando encendí el televisor para oír algo más que nuestras respiraciones. Casi se me cayó el resto de comida al regazo cuando una casita blanca, localizada en un barrio decente, emergió en el primer plano de la pantalla.

Aumenté el volumen y presté atención.

La voz de un bigotudo periodista, con un fuerte acento inglés, informaba de la salvajada que había consternado a la capital de Texas, relatando el maléfico acto que había horrorizado al vecindario que habíamos visitado Zack y yo.

Un escalofrío me recorrió las vértebras al distinguir una figura tapada con una bolsa de plástico negro. La policía había descubierto el cuerpo de Miranda Blair esa misma mañana, atada con cinta adhesiva y cuerdas gruesas a una silla, golpeada con saña.

Según el informante, el homicidio de la psiquiatra podría deberse a una venganza personal puesto que le habían cortado la lengua y seccionado la garganta. La víctima aún estaba viva, desangrándose, cuando le hicieron profundos tajos en el rostro. No se conocían más datos del crimen ni había sospechosos en el punto de mira. Y por desgracia los vecinos no habían visto a nadie desconocido deambulando por la zona. Habría que esperar a que los federales indagaran más en el caso.

Entristecida, apagué el televisor y me retiré el pelo de la cara. Tras un segundo osé mirar a Zack.

Creí que un agujero me engulliría de un mordisco cuando percibí que su expresión no se había alterado. Aún era fría e implacable, como si estuviera habituado a ver cosas de esa magnitud todos los días.

En cierto modo, lo estaba.

—¿Crees que ha sido...?

—Fue el matón —dijo antes de aspirar el humo. Lo expulsó poco a poco, con los labios apenas

separados—. No tengo ni puta idea de cuánto tiempo nos estuvo vigilando, pero lo más probable es que se haya encargado de Miranda Blair apenas nos marchamos de su casa.

Se me formó un nudo en la garganta.

—Murió por mi culpa... —musité temblando, conmovida—. Dejé que la abandonaras a su suerte. No tuvo posibilidad de defenderse contra ese hombre.

—No fue culpa tuya. Ni mía. —Enterró la colilla en el cenicero—. Aunque le hubiera aflojado las amarras, Miranda no habría sobrevivido a la furia de ese cabrón. —Se encogió de hombros—. Yo solo le facilité el trabajo que, al fin y al cabo, pretendía realizar.

Sus palabras me indignaron.

—¿Cómo puedes hablar así?

—¿Así cómo?

—¡Como si no te importara!

—¡Es que no me importa! —reconoció sin más—. En mi mundo estas cosas suceden a diario.

¡Joder, Linda! ¡Ella no es más que un daño colateral! Quizás, aunque no nos hubiera contado nada sobre Benicio y Lucero, la habrían liquidado de todas maneras. Sé que no son más que simples suposiciones, pero te garantizo que ese tío llevaba días espionando nuestros movimientos.

Se me erizó el vello ante tal afirmación.

—Pero ya no lo hace... Está muerto. Tú lo mataste. Nadie nos espía ahora.

Torció el gesto en una mueca.

—En el mejor de los casos, no. Pero Benicio terminará localizándonos. Tenlo por sentado.

—Pero ¿por qué? La doctora Blair era inocente —protesté de nuevo como si él tuviera el poder de cambiar los acontecimientos—. La tenía engañada. No merecía morir.

Se acercó con rapidez hasta plantarse a mi lado.

—Miranda sabía más de la cuenta. Le sirvió en su momento a Benicio, pero era demasiado arriesgado dejarla con vida. Y tú también sabes demasiado, que no se te olvide —me recordó y levantó mi mentón con su dedo índice—. Así funciona todo para nosotros. No hay segundas oportunidades ni misericordia en nuestro mundo. Nadie es lo suficientemente inocente como para ser perdonado.

—Tú tuviste piedad de ella. —Sus labios se curvaron en una sonrisa burlona, o más bien en algo apenada—. No la mataste.

—¿De verdad crees que alguien puede inspirarme piedad? —preguntó con desaprobación

mientras acariciaba mi mejilla con su pulgar hasta la comisura de mis labios—. Espero que tu visión sobre mí no haya cambiado, porque yo no lo he hecho. No intentes ver cosas buenas en mí porque te llevarás una gran decepción.

Pugné por no inquietarme.

Ni afligirme.

—No he olvidado ninguna de nuestras charlas en la cárcel —admití—. Recuerdo bastante bien todas tus palabras. Pero si no sentiste lástima por ella, ¿por qué no la mataste? Tú también te exponías a que te identificara ante la policía.

Se cernió sobre mi cabeza y me miró peligrosamente desde lo alto.

—Porque te habrías puesto a gritar y a llorar como una lunática. Y por mucho que me guste ver

tus mejillas sonrosadas, no podía arriesgarme a que te oyeran los vecinos —gruñó como un animal

—. No confundas mi decisión, Linda. Miranda Blair me traía por culo. Sabía que tú y yo nos habríamos distanciado lo suficiente de Austin para cuando ella hablara con la policía. —Se enderezó e impuso distancia—. Pero si te hubieras quedado en el coche, ten por seguro que el que le hubiera seccionado la garganta habría sido yo. Lo hubiera hecho sin dudarlo.

Zack enfiló de vuelta hacia la ventana y se cruzó de brazos mientras yo lo observaba con incredulidad. No le creía. Estaba mintiéndome y él pareció percibir la duda en mí porque pronunció mi nombre en un tono que no concedía réplica.

—Linda.

—No te preocupes... —Alcé las manos en son de paz—. Sé que eres un hijo de puta que no guarda sentimientos hacia nadie. Ni siquiera hacia ti mismo.

Exhaló el aire que parecía haber estado reteniendo. Se sentía aliviado de que pensara así de él.

—Me alegra que no seas la típica ingenua que quiere salvar al hombre malo, ese que está jodido.

—Sería inútil querer salvarte... —susurré agitando la cabeza—. Tú no tienes salvación.

Sonrió ante mis palabras en un gesto sórdido, aunque la sonrisa no iluminó sus ojos.

Hubo un momento de silencio y, entonces, comentó:

—Pronto regresarás a tu vida, podrás seguir con tu tesis e incluso acabar el perfil psicológico en el que estabas trabajando en el trullo. A pesar de que las entrevistas se vieron interrumpidas de forma tan radical, posees material suficiente y de primera mano.

El corazón me dio un salto suicida en el pecho.

—¿Cuándo?

—Como mucho serán dos o tres días más los que tienes que permanecer junto a mí. Tu pesadilla está a punto de finalizar a lo que a mí se refiere.

Otro vuelco, mucho más violento que el anterior.

—¿Y cuál es tu plan? Además de huir de las autoridades, que por cierto se te da bastante bien.

—Debo corroborar una sospecha que tengo con un antiguo colega de trabajo.

—¿Está relacionada con Benicio? ¿Es sobre la postal? —Cuando Zack no respondió, me quejé—:

Vamos, ya estoy metida en esto y no por elección propia.

Eché otro vistazo a través del cristal antes de dejar correr la cortina, con aspereza. Caminó hacia la cómoda, se sentó con las piernas estiradas y me miró a los ojos.

—Todo está relacionado con él. Mi intuición me dice que no debe de estar muy lejos. Quizás se encuentre mucho más cerca de lo que imagino. Por eso tengo que hacerle una visita a mi compañero.

—¿Y cómo sabes que él te ayudará?

Se rascó la barba que había crecido de manera considerable.

—No lo sé. Eso depende.

—¿De qué?

—De cuánto vale mi pellejo.

—No tiene gracia.

—Ese tío está jugando conmigo, Linda. Le fascina jugar.

—¿A qué?

—A acechar a su presa. A cazar. Al gato y al ratón.

Al oírle decir aquello me sentí aletargada.

—Y en este caso en particular, ¿quién es el gato?

No dudó en replicar.

—Benicio —dijo en tono apagado, pero al notar la turbación en mis facciones decidió poner fin a nuestro

diálogo—. Prepárate. Dentro de poco nos iremos.

Asentí con la cabeza, al borde de un ataque de nervios.

Zack me miró durante pesados segundos de una manera penetrante y casi angustiada antes de ir de nuevo hacia la ventana para seguir vigilando las calles, en busca de las amenazas que yo era incapaz de distinguir bajo la espléndida luz del día.

Las carreteras habían empezado a formar parte de mi existencia. Notar el sol en el rostro y contemplar las sombras coloreando el paisaje ocupaban ya un hueco importante en mi día a día.

Incluso estar junto a Zack ya no me resultaba tan espinoso como al principio, o al menos era mucho más soportable que antes.

Quizás pareciera ilógico que en poco tiempo me hubiese adaptado a aquel medio tan inédito y borrascoso para mí. O que me estuviera adaptando con tanta rapidez a él. Pero así era. Nuestro beso había cambiado algo esencial entre nosotros; aunque aún no tenía idea de cómo iba a culminar esa aventura para los dos. Si todo aquello, lo que le reconcomía por dentro, acabaría por completo con él.

—¿Cómo se llama tu padre? —me preguntó Zack con la vista fija en la vía solitaria.

Llevábamos unas cuantas horas en el vehículo, sin cruzar apenas pocas palabras.

—Scott. —Mi corazón vibró desconsoladamente al murmurar el nombre de mi padre. Hacía mucho que no lo hacía—. Scott Evans.

—¿Te llevas bien con él?

—No me llevo. —Se quedó en silencio hasta que le aclaré mi respuesta—. Está muerto.

—¿Y tu madre?

—También —dije dibujando con mi uña una cruz en la goma del reposabrazos. Estaba nerviosa, como siempre que hablaba de mi pasado—. Los dos murieron cuando yo era una cría.

—Por eso sufres pesadillas —afirmó duramente—. Sueñas con ellos. No vives en paz.

Me removí incómoda en el asiento y curvé los dedos de los pies dentro de las zapatillas.

¿Tan fácil le era leerme?

—Para ser sincera, casi nunca puedo verles en mis sueños. Ellos siempre están en un segundo plano, como si estuvieran ahí pero realmente no lo están. No sé si me explico... —Suspiré con congoja—. Es el asesino de mis padres el que me perturba en mis pesadillas.

Le vi enarcar una ceja.

—¿Qué quieres decir?

—Un desalmado asesinó a mis padres cuando estábamos comprando comestibles en una tienda.

Nos íbamos de vacaciones. Era invierno. Paramos a repostar gasolina y, de paso, decidimos coger provisiones para amenizar el viaje. Yo era muy pequeña. —Contraje los tendones del cuerpo—. No me acuerdo de muchos detalles.

—¿Conoces al culpable?

Buscó el zippo y se encendió un pitillo.

—Ojalá lo hiciera, pero no. Mis pesadillas han ido variando a lo largo de los años, pero creo que nunca vi al asesino. Estaba en *shock*. No entendía lo que estaba pasando. O quizás mi mente borró ese recuerdo de mi memoria. Pero, pese a todo, sé que era un hombre formado, de pelo oscuro, quizá sus ojos eran también del mismo color. —Fruncí el ceño mientras me concentraba en el fleco de sombras que había empezado a invadir mi subconsciente—. Le di esa descripción a la policía, pero no consiguieron dar con el responsable y, al final, cerraron el caso.

Deposité mi mirada en la ventanilla.

—¿Creciste sola?

Negué con un movimiento poco entusiasta.

—No, me crié con mi tía Emma en Tacoma.

Expulsó el humo por la nariz.

—Bueno, al menos tuviste compañía.

—No exactamente. Mi tía no se opuso a cuidar de mí cuando mis padres fallecieron. Y le estaré siempre agradecida. Me brindó todo lo que necesitaba. Nunca me faltó nada material.

—Así que ¿vienes de una familia de ricachones? —preguntó con ese tono curioso que rozaba el sarcasmo, pero no se estaba burlando. Había verdadero interés en él.

—No exactamente... —repetí con un suspiro—. Mi tía Emma se casó muy joven; acababa de cumplir dieciocho años cuando conoció a un abogado de prestigio. Se enamoraron y su vida cambió a llena de lujos, sin sufrir restricciones ni preocupaciones por el dinero. El caso de mi madre fue muy distinto. Ella se enamoró de mi padre a pesar de que él no podía ofrecerle ninguna comodidad.

—¿A qué se dedicaba Scott?

Se me erizó el vello al oírle llamar a mi padre por su nombre de pila.

—Trabajaba en el puerto de Tacoma. —Tras una pausa despejé su pregunta anterior—. Lo que quería decir antes es que, a pesar del patrimonio que compartió mi tía conmigo, nunca me sentí arropada por

ella. Su vida consistía, y consiste, en tomar el té con sus amigas y relajar a su marido cada vez que regresaba estresado a casa del trabajo.

—Te dieron todo salvo cariño y amor.

Me encogí de hombros restándole hierro al asunto.

—Nadie se muere por falta de afecto y con el tiempo te acabas acostumbrando a la soledad. Si fuera al contrario ahora mismo tú no estarías aquí. A menos que me hayas mentido sobre tu infancia.

—Todo lo que te dije es verdad —aseguró y me miró con una franqueza desbordante.

—Es difícil creer que fuiste sincero.

—En ese aspecto lo fui.

Hubo un espeso y largo silencio entre nosotros.

—¿Les echas de menos? —pregunté de repente, con cautela, sin perderme su reacción.

—¡Por supuesto que no! —dijo con una carcajada amarga. Pero cuando atisbó mi expresión triste, añadió más serio—: No, Linda, ni siquiera pienso en ellos.

—¿Ni cuando eras un niño?

—Ni siquiera entonces. Esas personas dejaron de existir hace mucho para mí. Nunca me he preguntado dónde estarán ahora o adónde fueron cuando nos abandonaron. Ellos decidieron pirarse y jamás regresaron a por sus hijos. No merecen ni un pensamiento mío. Me importa una mierda cómo les habrá tratado la vida.

Zack y yo no éramos muy diferentes. Él no sabía qué se siente al ser acariciado en el rostro por una madre. O cuando un padre te alza al vuelo mientras te hace cosquillas. O que se preocupen por ti cuando caes enfermo o, simplemente, respirar el aroma familiar al llegar a casa después de una aburrida jornada de colegio.

Yo tampoco sabía qué se sentía.

Ya no lo recordaba.

—Te lo pregunté en su día, pero quiero saber si has cambiado de opinión.

Me observó con un atisbo de sorpresa.

—¿Estás analizándome de nuevo?

Realicé un gesto poco elegante con los hombros.

—Más o menos.

—Está bien —cedió con una seña de la mano—. Pregúntame lo que quieras.

—¿Te arrepientes de los homicidios que cometiste?

—¿Cambiaría algo si me arrepintiera?

Lo medité durante varios segundos.

—Quizás no.

—Entonces evitemos tocar ese tema de nuevo —dijo, aunque me pareció ver un nuevo

sentimiento empañando su semblante; algo que no pude apreciar a simple vista—. No te haces una idea del número exacto de mis crímenes, pero son muchos; muchos más de los que puedas imaginar, muchísimos más de los que tú serías capaz de tolerar.

Respiré hondo al sentirme afligida.

—Necesito saber si tienes remordimientos —reconocí sin poder explicar el motivo de la pena que me había embargado de repente.

Zack apretó el volante entre sus dedos.

—Fui entrenado para matar. Para no pensar en si lo que hacía estaba bien o mal. Eso no importaba. Los sentimientos no importaban. Nada importa. —Su declaración me provocó ansiedad; sobre todo cuando meneó la cabeza para despejarse de sus propios demonios—. No, Linda, no tengo remordimientos. Jamás los he tenido y jamás los tendré. —Bajé la mirada hacia mis rodillas desnudas

—. Quizás hubo personas en mi lista que no merecían morir y, sin embargo, murieron. Pero ya es tarde para retroceder y deshacer mis acciones. No gastes tus energías buscando una manera de repararme. Estoy dañado. Jodido desde el día en que me trajeron al mundo. —Tomó una brusca bocanada de aire y exhaló con fuerza—. Tú misma lo dijiste. No tengo salvación.

Y él tampoco quería salvarse.

—No pretendo cambiarte —dije con la voz a punto de rompérsese—. Pero deseo saber más de ti.

Sé que hay mucha maldad en tu interior. La he visto con mis propios ojos. La siento ahora mismo.

Pero no eres un psicópata. Tienes sentimientos. —Cuando se rio entre dientes, me corregí enseguida

—: Pocos, pero tienes.

—Eres toda una romántica.

Escupí una risita trémula.

—No sé mucho de romanticismo. En ese sentido nos parecemos bastante.

—¿Por qué piensas que no soy un psicópata?

—No lo pienso. Lo sé.

—Soy todo oídos, doctora Evans.

Hice caso omiso a su tono petulante.

—Estos días contigo me han hecho darme cuenta de que mis apuntes iniciales no son del todo acertados. La primera vez que hablamos casi te confundí con un psicópata, pero me equivoqué.

Quizás te suene a ironía, pero eres simpático cuando te lo propones y también un conquistador nato.

—Dibujó una sonrisita de autosuficiencia—. No te crees más que el resto, aunque tratas de hacérselo creer a los demás. Eres versado en tejer mentiras, pero no mientes de manera compulsiva, cosa que te distingue al instante de un psicópata.

—Sigue, por favor —dijo con sorna—. Tu opinión es muy importante para mí.

—Eres un gran manipulador y reconoces de inmediato los puntos débiles de tus adversarios, pero también flaqueas y fallas, aunque no lo admitas abiertamente. Afirmas que no tienes remordimientos, pero yo no estoy tan convencida de ello. —Zack abrió la boca para discrepar, pero hablé antes que él

—. Eres indiferente en casi todas las situaciones cotidianas de la vida, pero aun así eres empático con lo que te rodea. De lo contrario, habrías matado a la doctora Blair. —Fue a protestar de nuevo, pero no lo logró—. Sí, sé lo que vas a decirme. Pero podrías haberme encerrado en el coche y, sin embargo, preferiste llevarme contigo; así te asegurabas de tener una excusa para no cometer otro asesinato.

Dio un par de caladas antes de decir:

—Joder con la psicóloga.

—¿Continúo? —pregunté con una sonrisa.

—Adelante. Tu discurso es mil veces mejor que la radio.

—No eres un psicópata porque no actúas de un modo descontrolado. No eres impulsivo ni irresponsable en ese aspecto. Planificas tus actos, eres calculador y detallista al extremo. Y a pesar de ser una persona que casi roza la insensibilidad, sí concibes emociones.

Nos quedamos callados durante abrumadores instantes.

—Yo también me equivoqué respecto a ti.

Lo miré con asombro.

—¿A qué te refieres?

—No eres tan fría como pensaba. No eres un témpano de hielo.

Varios rincones de mi cuerpo se contrajeron por el recuerdo de la noche anterior.

Mi corazón palpitó más deprisa.

—Fue un momento de debilidad —musité—. Yo también soy humana.

—No me estoy quejando. Salvo que intenten matarte con una maldita cuchilla, siempre es un placer ver cómo una mujer se corre a un palmo de tu boca.

—No llegué al orgasmo.

Mis ojos se detuvieron a la altura de su entrepierna y vi el bulto que empujaba dentro de sus vaqueros. A él también le excitaba lo que habíamos protagonizado entre las sábanas del motel. Mi clítoris se convulsionó al recordarle embistiendo entre mis muslos.

—Estabas a punto. Un poquito más y te hubieras deshecho debajo de mi cuerpo.

Era cierto, pero no se lo confirmé.

—Y, sin embargo, no quisiste continuar.

—Te lo dije, Linda, te habrías arrepentido si hubiéramos follado.

—¿Y desde cuándo te importa lo que yo sienta? —Su silencio me hizo devolverle sus palabras como una bomba a punto de detonar—. Te lo dije, Zack, no eres un psicópata.

Ignoré la tensión sexual que nos acorralaba con ambición, amplificándose cada segundo un decibelio más, y encendí la radio para dar por zanjada nuestra conversación.

En algún momento de la tarde, tras engullir una hamburguesa doble con queso comprada en un antro, mientras Zack comía conduciendo pues no quiso detenerse en el *parking*, me quedé dormida con la frente pegada a la ventanilla.

Al despertar, ya había anochecido. Las piedras se acumulaban en la irregular parcela de tierra y meneaban el vehículo como si fuera de juguete. Esa sección del tramo estaba apartada de las metrópolis, lejos de todo salvo por algunos arbustos mustios y nosotros mismos. La oscuridad parecía querer devorarnos.

—¿Por qué nos hemos desviado de la carretera?

Frenó hasta suspender la marcha y extrajo la llave de contacto.

La luna y las estrellas se encargaron de iluminarnos.

—Estoy muerto de sueño y no hay ningún motel a la vista —dijo echando el respaldo hacia atrás.

—¿No es peligroso?

—Es más seguro que un motel. —Se acomodó en posición fetal, de cara a mí, cerró los ojos y con un bostezo, murmuró—: Buenas noches.

—Buenas noches...

Fruncí el ceño y me quité el cinturón, pero no pude llegar muy lejos por culpa de las esposas. Con el cuerpo medio doblado, procuré dormirme de nuevo, pero por algún motivo me notaba inquieta, aunque no tenía ni idea del por qué.

—Deja de moverte, por el amor de Dios —farfulló Zack a los cinco minutos sin abrir los ojos.

Me quedé inmóvil.

—Lo siento.

Emitió un gruñido.

Recé por que pudiera caer en un sueño profundo, pero no lo logré, así que me quedé admirando

su imagen y las marcadas líneas de su rostro, que exponían las duras experiencias de su vida. Aun en mitad de la penumbra, se veía bestialmente hermoso. Esta vez no me sobresalté cuando abrió un ojo y me miró con intensidad.

—Duerme.

—Creo que he dormido demasiado, pero lo intentaré.

Cerró los ojos de nuevo. Sin embargo, yo no pude apartar mi mirada de él. Algo físico me atraía hacia su cuerpo y me hacía perder el control. Zack era nocivo para mí.

—Ayer te hubiera follado tan fuerte hasta el punto de lastimarte —dijo de repente, a bocajarro.

Entornó los párpados y sus iris parecieron querer penetrar en los míos. O mejor dicho en mí.

Continuó hablando en voz baja, pero lo suficientemente claro e imperativo para que no hubiera más dudas en mi cabeza—. Te habría desnudado y poseído como llevo ansiando desde hace semanas. Me

muerdo de ganas de sentir cómo te corres y te convulsionas con mi polla dentro de ti, penetrarte con violencia y hacer que te corras con fuerza. Joder..., Linda..., incluso ahora mismo anhelo arrancarte la ropa y follarte hasta que no pudieras soportarlo más. Y aun así no podría asegurar que pudiese parar, aunque me lo suplicas entre sollozos. —Se me tornó pesada la respiración. La suya siguió estando bajo dominio—. Habría hecho todo lo que te estoy diciendo, pero contigo, no con la niñata de la recepción del motel. Solo contigo.

Sonreí para mis adentros y me sentí victoriosa.

—¿Y por qué no lo hiciste? —susurró—. Yo no quería que te detuvieras.

—Lo sé. Hasta en este momento me permitirías que hiciera lo que me diera la gana contigo. Huelo tu excitación desde aquí. Siento lo mojada que estás aun sin tocarte. —Tensé las piernas y la fricción me hizo soltar un gemido. Sus pupilas refulgieron en las sombras—. No me tientes, Linda.

—¿Por qué no? Quizás me apetece jugar.

—Estás jugando con fuego y te garantizo que te quemarás demasiado pronto.

—Me arriesgaré. —Le deseaba con todas mis fuerzas. Es más, lo necesitaba de una febril manera

—. No me voy a enamorar de ti, si es eso lo que te preocupa.

Trazó una mueca en sus labios.

—Sería muy estúpido si te enamoraras.

—O si tú lo hicieras.

Nos quedamos en silencio hasta que él suspiró.

—Te haría muchísimo daño. Te causaría un dolor tan intenso que no sé si serías capaz de vivir con ello después. —No se refería a un daño físico, sino emocional. Quizás también mental—.

Deberías dormir. Nos pondremos en marcha apenas descanse un poco. Aún faltan varios kilómetros hasta que lleguemos a donde pretendo.

—Dime al menos adónde nos dirigimos.

Cerró los ojos a la vez que perfilaba una sonrisa sensual y seductora en su boca.

—A *La Ciudad del Pecado* —dijo refiriéndose al paisaje de la postal, y se mordió el labio de una manera provocadora—. Tengo el presentimiento de que será un día inolvidable.

No conocía sus planes ni qué me aguardaba en ese lugar repleto de placeres prohibidos y tentaciones perversas, pero yo también presagiaba que aquel día me marcaría para siempre.

Ese día sería un gran comienzo para nosotros.

**14**

**Linda**

*Viernes, 4 de septiembre de 2009*

*La Ciudad del Pecado.*

Bienvenido a la fabulosa Las Vegas, anunciaba el célebre rótulo situado en la entrada del Strip que daba paso a la ciudad y a los emblemáticos y prestigiosos casinos.

A pesar de la anchura de la calzada el tráfico estaba congestionado, así que me dediqué a empapararme de la visión de las avenidas plagadas de negocios y de los turistas que se hacían cómicas fotografías detrás de las edificaciones. Con el clima desértico espesando la atmósfera, me embriagué con la belleza del Excalibur Hotel, la fuente del Bellagio y también con el espléndido Casino Royale.

Era una bendita locura.

La gente sonreía y caminaba alegre, daba volteretas sobre ellos mismos y, luego, continuaban andando al ritmo de menudos brinquitos, con una sonrisa estirando sus labios. Por un instante envidié sus vidas monótonas, algo superficiales, pero me olvidé de todo aquello al volcar mi atención en Zack, que recorrió en silencio otra tanda de kilómetros antes de virar hacia una nueva salida.

Nos hallábamos en una urbanización con casas enormes de primera calidad.

—¿Tu colega vive aquí? —pregunté atónita.

—Sí.

—¿Cómo es eso posible? Os dedicabais a lo mismo, pero él puede permitirse un estilo de vida que, por lo visto, es bastante costoso.

—No nos dedicábamos a lo mismo. —Me lanzó una mirada dudosa mientras meditaba sobre si debería confiarme más información. Se decidió tras unos instantes—. Él lleva todo el peso de las negociaciones con las que se enriquece Benicio. Tiene amistades en varios países y eso conlleva una gran responsabilidad. Además, habla un sinfín de idiomas y posee una memoria privilegiada.

—¿Y tú no?

—Y tú tampoco. —Esperé a que continuara mientras él seguía conduciendo a baja velocidad—. El

Nene no precisa de ordenadores ni apuntes para recurrir a los diversos datos que maneja a diario, desde hace décadas. Todo está en su cerebro. Y, créeme, para un capullo como Benicio eso es una magnífica ventaja.

Eché un vistazo a la casa que estábamos a punto de dejar atrás.

—Tu colega tiene un caché bastante elevado.

—Esa memoria vale muchísimo más de lo que le pagan. —Frenó con suavidad hasta suspender el motor. Varios coches de diseño ocupaban el tramo, pero todo estaba muy tranquilo, sin nadie vagando en el exterior—. Es aquí.

Miré la mansión de dos plantas, que poseía una fachada en tono gris magistral, rodeada de un jardín hermoso y de una valla de hierro color negro metálico.

—No hay nadie. —Las cortinas estaban cerradas—. ¿Estás seguro de que no está de vacaciones?

Se rio ante mi ocurrencia.

—Está ahí dentro con medio centenar de personas.

Las calles estaban sumidas en un silencio abrumador y el sol no era más que una mancha rojiza en el horizonte.

—No hay nadie —repetí, taciturna.

—Intentaré no tardar demasiado —dijo extrayendo las llaves y aun sabiendo que las esposas me mantendrían firme en el lugar, se burló—: No te muevas.

Hizo ademán de bajarse, pero le interrumpí.

—¡No puedes dejarme aquí!

Zack giró la cabeza en mi dirección y me estudió con su pose fría y abrasadora.

—¿Y qué propones? ¿Venir conmigo?

—¿Por qué no? Estos últimos días he visto de todo. No creo que nada más pueda sorprenderme.

Esbozó una sonrisa sensual y acomodó la mano derecha en el reposacabezas de mi asiento.

—Te aseguro que lo que está sucediendo ahí dentro te sorprenderá y mucho. —Buscó algo en mi rostro a la vez que sus ojos chispeaban con un oscuro secretismo—. No creo que lo resistas.

—No me asustas.

—Si vienes conmigo, debes tener la mente muy abierta porque las escenas que puedas ver quizás no te agraden demasiado.

—¿A qué te refieres?

Negó con la cabeza y chasqueó la lengua contra el paladar.

—Eso tendrás que averiguarlo tú misma —me desafió con un brillo perverso en sus iris grises con vetas azul marino, medio verdosos—. Pero ya sabes lo que dicen: la curiosidad mató al gato.

Elevé la muñeca hacia él.

—Quítamelas.

Mientras Zack se tomaba su tiempo y sonreía como si yo no pudiese verle, luché por moderar mi ritmo cardíaco. No sabía qué escondía el interior de la casa, pero no pensaba amilanarme. Al fin y al cabo, había visto un hombre con el cráneo hecho añicos, con sus restos de carne rota y destrozada derramados en la pared de un motel de mala muerte.

Fuera, el ambiente se respiraba sobrecargado; y no se oía ni un ruido, ni siquiera el más superficial. Zack entrelazó nuestros dedos y me atrajo hacia él para guiarme hasta la valla que custodiaba la mansión. Luego se situó a mi espalda y me levantó sujetándome por el trasero sin que me diera tiempo a protestar.

—¡Salta, Linda! —ordenó con sus dedos clavados en mis nalgas—. ¡Salta, joder!

Mascullé un improperio a regañadientes, colé las piernas por encima de la franja de hierro y, a continuación, me dejé caer con cuidado de no pelarme las rodillas. Él se impulsó con maestría y, un segundo después, lo tenía a mi lado de nuevo.

—Si es tu colega, ¿por qué no llamamos y nos presentamos como personas civilizadas? —

pregunté a la vez que enfilábamos hacia la parte trasera de la mansión, rodeando el jardín, agarrados de la mano.

—Porque nadie nos haría ni puñetero caso. La fiesta ha empezado hace más de dos horas.

—¿Qué fiesta? No se escucha ni música.

—La casa está insonorizada —explicó señalando la vivienda—. Los viernes se organiza una fiesta que requiere invitación personal, pero no es la típica fiesta a la que debes de estar acostumbrada a asistir. Aquí no se celebra nada en especial.

Hice un gesto condescendiente con la mano libre.

—¿Por qué las ventanas están cubiertas?

Doblamos a la derecha y nos topamos con una puerta de cristal acolchada con una cortina roja.

Zack y yo estábamos codo con codo. Nos miramos. La expectación bulló a toda presión en nuestro ser. Un excitante hormigueo me cosquilleó toda la piel del cuerpo.

—Para tener intimidad.

—¿Para qué?

Dibujó una sonrisa al percibir mi tono trémulo.

—¿Nerviosa?

—No —mentí. Como si no me creyera, curvó los dedos sobre el pomo y entreabrió la puerta.

Unos leves sonidos resonaron en la lejanía.

—Vuelve al coche y... —empezó a decir, pero me zafé de su agarre, empujé la puertecilla y me

interné en una cocina vasta y moderna, protegida por la agobiante oscuridad que reinaba en la estancia. Intenté hacerme con todos los detalles del ambiente, pero no pude evitar alterarme cuando él se colocó

con diligencia detrás de mí.

—¿Qué clase de fiesta es esta?

—Ya no puedes escapar de mí. —Su aliento me estremeció. Lo miré por encima del hombro cuando sus manos empezaron a viajar hacia mi cintura, y susurró en mi oído—: Camina.

La orden, junto a sus caricias viciosas, me causó una sensación de electricidad, pero logré esquivar la isleta y toqueteando los muebles, alcancé la salida. De inmediato, percibí una sensual melodía. Una oleada de ardor me invadió por dentro. Obligándome a calmarme, atravesé el alargado pasillo hasta vislumbrar una luz rojiza, la vacilante llama de una vela, que ofrecía una vaga iluminación.

La música se tornó más audible y, cerca del umbral de una sala enorme, me llegó el sonido de un murmullo decadente con forma de susurros que a cada paso se fueron convirtiendo en un agónico y precipitoso compás de carne chocando contra más carne, de voces femeninas y masculinas que suplicaban entre respiraciones rápidas, jadeos y gemidos inestables, extasiados por el placer más adúltero.

Casi agradecí que Zack volviera a sujetarme cuando me temblaron las piernas.

—¿Has estado aquí antes...? —Perdí el habla cuando se apretó contra mi trasero. Por fortuna, conseguí terminar la cuestión con un suspiro colmado de deseo—. ¿Has participado en estas fiestas?

—Sí, aunque no tanto como me hubiera gustado. —Su voz era turbia, tan oscura como su alma, llena de cicatrices—. Las Vegas no se encuentra cerca de Seattle.

—¿Hay gente...?

—En todas partes.

Intenté retroceder, pero sus pectorales me lo impidieron.

—No debería haber venido.

—¿A qué le temes? —Plantó sus manos sobre mi vientre y me acercó a sus labios. Estaba erecto, o eso me pareció a mí, que estaba siendo pisoteada por mi libido—. ¿Tienes miedo a que te repugne lo que puedas ver o a que te guste tanto que quieras probar?

—No me gustará —dije en una débil protesta.

—Aún no has visto lo que están haciendo. Y no puedes decir que no te gusta algo que nunca has probado. —Como si hubiera tenido suficiente con tentarme como la serpiente que persuadió a Eva hasta hacerla sucumbir, señaló con el mentón el umbral de la sala—. Mi colega estará en su despacho.

No hables una vez que entremos. Limítate a mirar.

—No te preocupes. No me llama la atención lo que sea que estén haciendo tus amiguitos.

Pero mentí otra vez, porque apenas puse un pie dentro de la habitación lo único que hice fue mirar. Y mucho. Una parte de mí sintió que estaba violando la privacidad de aquellas personas allí reunidas, pero por otro lado no quería perderme nada de lo que estaba sucediendo. Además, a ellos no les importaba la privacidad; de lo contrario, jamás hubieran acudido a una fiesta tan poco convencional.

Zack me permitió observar a mi antojo mientras él me observaba a mí.

La sala decorada con muebles elegantes y sofisticados, con alfombras circulares en tonos pasteles, cada esquina alumbrada con velas de candelabros antiguos que parecían múltiples luciérnagas, se veía enturbiada por los cuerpos desnudos que se extendían a lo largo de cada centímetro cuadrado, con la música empañada por otros sonidos más deleitables. Había hombres con mujeres, hombres con hombres, mujeres con mujeres, grupos de ambos sexos follando desatados y

satisfaciéndose unos a otros en posiciones que no había visto en mi vida. Todo allí valía. No había discriminación.

Los gemidos aumentaron y los gritos al alcanzar el orgasmo retumbaron a mi alrededor. Un escalofrío gélido y caliente, intenso y prohibido, cobijó mi interior más lujurioso. Pero no retiré mi mirada. No pude. O mejor dicho no quise. Ver cómo esas personas follaban sin pausa ni prisa, sin pudor y sin dominio, sin reservas de ningún tipo, hizo que gran parte de mi excitación regresara arrasándome con más fuerza que nunca. Y, para colmo, saber que Zack había practicado todo aquello, que quizás podríamos hacerlo juntos, logró que me calentara aún más.

Zack repasó mis caderas con sus manos y me manipuló con su voz pecaminosa.

—¿Sigue sin gustarte?

—Me asquea.

—Qué sosa eres... —se burló, aunque sabía lo excitada que estaba por él; lo mucho que le deseaba en ese instante—. No perdamos más tiempo.

Me tomó de la mano y me llevó a rastras fuera de la sala mientras yo gozaba unos segundos más

con aquel constante chasquido de fondo, que era música para mis oídos. Sobre algunos muebles, había unos platos con forma cóncava hechos de porcelana, con grabados a mano, en los que se insinuaban una gran variedad de condones.

En el pasillo, gracias a las velas que aclaraban nuestra visión, se manifestó la entrecortada silueta de una pareja. Ella no tendría más de treinta años, era morena y curvilínea y tenía la cabeza echada hacia atrás mientras sus palmas peleaban por sostenerse a la pared que se alzaba delante de sus pupilas colmadas de éxtasis y otras sustancias de dudosa legalidad. Pero sus dedos resbalaban cada vez que era embestida por su ferviente amante, por detrás. A la izquierda, en una esquina secuestrada por las sombras, un hombre cincuentón se hacía una paja mientras le mantenía la mirada al joven que penetraba cruelmente a la mujer.

Todo aquello me resultó sucio y depravado, pero también nuevo y excitante.

—Es un *voyeur*. Se conforma con mirar —dijo de pronto Zack, en un murmullo, forzándome a seguir andando y apretándome con sus dedos—. Le excita mirar.

—¿Y a ti?

Ante mi descarada pregunta, me sorprendió con la más diabólicas de sus sonrisas. Haciéndome sudar, sus ojos se fijaron en mi penoso escote, luego en mis piernas y por último de vuelta a mi rostro.

—No me importa, pero prefiero follar. —Se encogió de hombros mientras el deseo me rompía desde adentro. Me gustó cómo pronunció el verbo «follar», cómo su lengua parecía enroscarse.

Como cuando le tuve en mi boca y me buscaba para seducirme. Poco después viramos a la derecha y nos vimos frente a una puerta blindada—. No hables —susurró mientras ponía la oreja en la madera.

Lo imité con el ceño fruncido.

Silencio.

—Me parece que tu amigo no está... —callé cuando un golpe sordo seguido de un jadeo delirante me hizo ponerme en alerta.

Zack sonrió.

—Está justo donde quiero que esté. —Agarró su revólver ante mi perpleja expresión—. Mírame.

—Lo hice—. Mantén la boca cerrada y si la cosa se pone fea, pon los ojos en otro sitio. No quiero que te entrometas en mis mierdas. Si gritas, me encargaré de que grites aún más cuando estemos a solas. Y no será precisamente de placer.

Aunque era una amenaza, percibí el anhelo en su declaración.

—Estaré callada.

—Ponte detrás de mí.

—Ten cuidado, por favor. —Me miró con sorpresa, pero me corregí a mí misma—: Debes conservar tu vida para que yo pueda recuperar a Angy. No te hagas ilusiones.

Se llevó una mano al pecho.

—Me acabas de romper el corazón.

Resoplé.

—Tú no tienes de eso.

Zack puso el dedo índice sobre sus labios y, a continuación, inclinó el pomo con meticuloso sigilo. En ese momento era el sicario en estado puro. Apenas abrió la puerta, los jadeos se convirtieron en aspiraciones agitadas y en sonidos más acuosos que los anteriores.

Y la curiosidad pudo conmigo.

Ladeando la cabeza, me asomé a un lado del hombro de Zack y contuve una exclamación. Había un hombre de unos setenta años sentado en un sillón de piel, frente a un escritorio de oficina, con los primeros botones de su camisa de lino desabrochados. Tenía la mirada en el techo, con un gesto morboso en el rostro, y estaba agarrado a la melena de una mujer arrodillada entre sus flácidos muslos, que le obsequiaba una ruidosa mamada. El Nene, cuyo apodo era una contradicción, se deshacía en gemidos y ascendía la pelvis arrancándole varias arcadas a la joven. Ella tenía el maquillaje pegoteado a los pómulos, le lloraban los ojos y se atragantaba con su propia saliva, pero parecía disfrutar con lo que hacía.

Justo cuando el orgasmo empezó a cuajar en él, el Nene le folló la boca con más energía a su amante. Pero Zack había maquinado un plan aún mejor. Contemplando divertido la escena y sin disimular su masiva erección, carraspeó dos veces seguidas y arruinó aquel momento de furor y lujuria. Su colega giró la cabeza hacia nosotros. Su rostro se crispó en una mueca de estupefacción, pero nuestra presencia no impidió que se corriera con un lastimoso alarido a la vez que mantenía la boca de la joven hasta el fondo de su pene.

Ella gimió satisfecha antes de levantarse con el culo al aire. Se reajustó la minifalda que era más bien un cinturón ancho y se relamió los labios con restos de semen.

El Nene, un señor de pelo canoso, constitución delgada y ojos verdes como el eucalipto, se desplomó en el sillón sin tapar su erección que poco a poco iba bajando.

—Tú siempre tan oportuno, Zack... —dijo tras varios segundos de desaliento antes de subirse los pantalones. A continuación, se puso en pie y besó a la joven.

—Te hubiera llamado antes, pero medio país me está buscando.

Le acarició las mejillas a su amante.

—No estoy muy pendiente de las noticias, pero algo he oído, sí. —Por increíble que pareciera, sonó sincero—. Te veo muy bien. Y en perfecta compañía. —Me sonrió. Yo persistí serena—. Puedes guardar el arma, Zack. No será necesario.

—Permíteme que sea yo quien lo decida.

Él se encogió de hombros, como si la amenaza le fuera indiferente, y se dirigió a la joven.

—Cielo, después te daré tu recompensa. Por favor, déjanos a solas.

Ella accedió con una sonrisa y caminó hacia la salida contoneando sus caderas. Sin embargo, al pasar por el lado de Zack, se detuvo un instante y guiñándole un ojo, le dijo:

—Me alegro de volver a verte, guapo.

Y se marchó tan contenta.

No me cupo ninguna duda. Esos dos habían follado. Y más de una vez. La sangre burbujeó como la espuma del más fino de los champanes en mis venas, y mis mejillas hirvieron de rabia, pero la voz del hombre me retornó al presente.

—Sentaos. —Señaló dos sillones también de piel—. No os quedéis ahí.

Di un paso hacia delante, pero el brazo de Zack me imposibilitó seguir avanzando.

—Estamos bien así.

El Nene frunció los labios y tomó asiento igualmente.

—Siento mucho lo de John. Lo que le pasó fue una verdadera putada —dijo con franqueza—. Me gusta verte tan bien, Zack. Siempre es agradable reencontrarse con un viejo amigo. Han pasado...

¿Cuánto? ¿Casi nueve años desde la última vez que coincidimos?

—Diez.

El Nene ignoró el dato exacto.

—Pero tu visita no es algo casual, así que ¿en qué puedo ayudarte?

Zack entornó los ojos.

Su cuerpo irradiaba ondas de tensión.

—¿Qué tal van los negocios?

—Normal. En este mundillo no hay mucha crisis.

—Sabes a lo que me refiero.

El hombre no se inmutó lo más mínimo y comenzó a toquetear el contorno de un bolígrafo; salvo unos cuantos papeles en blanco, no había más objetos en la mesa.

—Creo que te has equivocado viniendo aquí. No pierdas tu tiempo y vete... —Zack elevó la pistola y disparó una vez. La bala perforó el yeso de la pared emitiendo un sonido escandaloso—.

¡Joder! ¡Detente! ¡Detente! —exclamó el Nene con los ojos fuera de las cuencas al comprender que Zack no dudaría en quitarle la vida.

—¿Qué tal van los negocios? —preguntó de nuevo.

El color de sus ojos me recordó al de una temible tormenta de invierno.

Su *colega* lo miró a la cara mientras se limpiaba la pátina de sudor de la frente.

—Las cosas no han cambiado mucho. ¿O acaso creías que Benicio iba a tirar todo por la borda?

—Nunca lo pensé.

—Pues mejor, porque no ha parado de incrementar el imperio que ya poseía. —Se rascó el bigote blanco—. Fue difícil al principio, pero todo se ha ido normalizando con el tiempo.

—Cómo no. —Le sonrió Zack, con desdén—. Tú te has encargado de que así sea.

—Es mi trabajo —se defendió y echó un vistazo a Zack—. Joder. Algo me dice que ya sabes que

Benicio se ganó la desconfianza de muchos de sus inversores tras desaparecer del mapa. —Se rio meneando la cabeza—. Sí, algunos de sus empleados, que se encargaban de hacer la vista gorda en el puerto de Seattle, no se mostraron muy fieles a él. Por suerte, no tuvieron tiempo de hablar con la policía. Tú ya me entiendes. Aun así, hubo pérdidas millonarias. Fueron unos años desastrosos. Yo siempre estuve en contacto con Benicio, aunque le era imposible hablar directamente con sus socios y menos aún enfrentarse a las deudas.

—Pero logró pagarlas —afirmó Zack guardando el revólver.

El Nene no presentaba ninguna amenaza.

—Más o menos, sí. Conseguí «ablandar» algunos de sus socios, pero no todos estuvieron de acuerdo. El Cártel de Sinaloa no estuvo conforme con la suma de dinero que Benicio les había entregado hasta entonces. Y, maldición, aún faltan muchos millones por liquidar. Quizás nunca salde la deuda. Ya sabes cómo son esos tíos; quieren cobrarse los intereses de todos los años mal invertidos, lo cual están en su derecho, pues ellos fueron los mayores perjudicados en todo este maldito desastre. Sin Benicio en el mando y las considerables bajas que hubo en la pandilla, no se pudo distribuir tan ampliamente la mercancía. Había droga de más en Seattle y en las ciudades más grandes del estado de California, además de los muchos kilos que fueron confiscados por la DEA.

Era obvio que, mientras pagara, Benicio les era a todos más útil vivo que muerto.

—¿Dónde se oculta?

—Benicio nunca ha huido de Seattle —dijo él sorprendiéndonos con su respuesta—. Durante su ausencia, tuve que mover ficha en otra dirección, eso sí es cierto. Él pasó a ser una sombra en los negocios, aguardando que sus enemigos se olvidaran de él o que por lo menos no quisieran cortarle el pescuezo. Continuó operando en la clandestinidad en el Estrecho de Puget y, también, en el puerto de Seattle, pero bajo otro nombre; uno que le proporcionó cierta libertad a la hora de entablar conversaciones, sin llamar la atención de las autoridades.

El rostro de Zack se ensombreció tras pocos segundos de perpetuo silencio.

—El nombre de su esposa. —La irritación pugnó en él—. Ha estado haciéndose pasar por Lucero.

—No le quedó otra opción. La policía intensificó su búsqueda con toda esta historia del asesinato de John. Pero supongo que las cosas cambiarán un pelín a partir de ahora.

Fruncí el ceño al igual que Zack.

—¿Qué cojones dices?

—Que pronto Benicio no tendrá que esconderse; podrá participar de manera activa en los negocios y hacerse de nuevo con el poder que ahora mismo tiene tan limitado.

—¿Lo dices por mí? ¿Porque planea matarme?

—No eres el ombligo del mundo, Zack. En este caso Lucero tiene más protagonismo que tú.

—No me gustan los putos rodeos, Tom —gruñó con el instinto animal barriendo su ser hambriento de venganza—. ¿Qué más ha hecho Lucero por su marido?

—Ella sabe menos que tú y yo juntos. Una persona que no se vale por sí misma es fácil de manipular y Benicio se ha aprovechado de esa condición. La ha manipulado hasta tal punto que ayer Lucero se declaró la autora del homicidio de John Cassidy. —Zack endureció los músculos y negó

con la cabeza, maldiciendo en silencio—. Sé lo que te preocupa y descuida. No le diré que has estado aquí. Esto no me concierne.

—Dices que se encuentra donde siempre.

—Sí, pero el lugar exacto tendrás que averiguarlo tú mismo. Yo no puedo decirte más, porque no tengo idea. Si quieres un consejo de colega a colega, huye antes de que te localice porque cuando lo haga será demasiado tarde y no tendrá clemencia contigo.

—Yo lo encontraré primero.

El hombre se levantó del sillón con una mueca en los labios. Era hora de que nos marcháramos.

—No se juega con Benicio. Y tú ya le has cabreado bastante.

—Tampoco se juega conmigo. ¿Quieres un puto consejo de colega a colega? —Le devolvió la frase—. No te fíes de él porque cuando dejes de serle lucrativo, te matará.

Zack agarró mi brazo y, como una marioneta, me dejé trasladar hasta la salida. Pero la voz de ese hombre nos paralizó y al girarnos, noté que tenía sus ojos verdes fijos en mí.

—¿Quién eres, hermosura?

—Linda... Linda Evans —dije a pesar de la advertencia de Zack.

—¿Evans? ¿En serio? —preguntó mirando a Zack, estupefacto, medio riéndose—. ¡No puede ser...! ¿La hija de...? —dejó de hablar cuando Zack sacó su arma a una velocidad sorprendente.

—¿La hija de quién? —pregunté, pero no me respondieron. Siguieron estudiándose con aire austero, expresándose miles de confesiones sin palabras.

Se hizo una larga pausa.

El hombre suspiró con resignación.

—Tened cuidado —nos dijo con amabilidad, pero Zack ya me había empezado a conducir hacia el pasillo.

Me aparté de él y le planté cara. Estábamos solos en la semipenumbra.

—¿La hija de quién? —No replicó—. ¡Dímelo! ¡Basta de secretos!

Me aproximó con brusquedad a su pecho.

—Te ha confundido con otra persona.

—Mientes —siseé a un palmo de sus labios—. Si es sobre mí tengo derecho a saberlo.

—Cuando salgamos de aquí, hablaremos.

—¡No! ¡Dime ahora mismo a quién se refería...! —Perdí la voz cuando cerró una mano alrededor

de mi muñeca, abrió una puerta en la que no había reparado y me empujó adentro. Me volteé con la intención de pelear si hiciera falta, decidida a conseguir respuestas, pero me quedé helada al ver dónde y con quién estábamos.

Ese dormitorio era amplio, todo pintado en tono *burdeos* que casi se confundía con el negro.

Había una cama *King Size* con dosel y en una esquina, una silla de estilo victoriano y una cómoda que cubría la zona de la derecha. La lámpara fabricada con finos cristales enfocaba vagamente la habitación y transmitía pinceladas de intimidad, magnificando la oscuridad, las emociones y los sonidos.

Un sofoco se apoderó de mí.

Jadeé.

Sobre la cama, un hombre arremetía contra una mujer madura, mucho más que él, de cabello rubio y con unos enormes pechos naturales que rebotaban con cada empujón. Pero ella estaba más pendiente de la morena que yacía despatarrada sobre la cómoda, con las piernas abiertas y tocándose el clítoris con movimientos deliberados, mientras un caballero con un traje negro, confeccionado a medida, se limitaba a observarles.

Nadie nos prestó atención.

Y yo no logré moverme.

Sentí cómo me humedecía de nuevo, avergonzada por no ser capaz de dominar mis instintos más

bajos ni controlar las reacciones de mi cuerpo. Gemí en voz baja cuando el hombre salió abruptamente del interior de la rubia e instaló las rodillas a cada lado de su rostro. Ella le regaló una entusiasta mamada. A decir verdad, se tragó entera la bestial y venosa erección que relucía de fluidos corporales.

Apreté con fuerza los muslos y una cálida presión se alojó allí abajo. Mientras, Zack, detrás de mí, hundió su rostro en mi cuello y subió las manos hasta mi estómago.

—Te gustaría ser ella —afirmó a media voz, sugerente. Estuve a punto de decirle que no, pero

¿para qué engañarme? ¿Para qué seguir negando lo evidente?

—Sí —jadeé y puse mis manos sobre las suyas. La tensión entre nosotros había alcanzado la cumbre y estaba acabando con mi salud mental—. Y a ti te encantaría ser él.

Se restregó contra mis nalgas.

—Eso no es nada comparado con lo que me gustaría hacerte.

Lo miré por encima del hombro.

—¿A qué esperas entonces?

Al oírme sus ojos se oscurecieron y dejaron una perenne huella en mí.

Osada, arrastré nuestras manos hacia arriba, en dirección a mis pechos, pero él enterró con rapidez sus yemas cerca de mis costillas y me detuvo en seco.

—No sabes lo que me estás pidiendo... —susurró en tono ronco y excitado—. No me conoces y cuando lo hagas, agradecerás que me esté frenando tanto.

Agité la cabeza y me giré hacia él. De ese modo era más sencillo concentrarse en la conversación, pues el hombre había abandonado la boca de la mujer y se estaba ensañando embistiéndola a cuatro patas. La morena de la cómoda seguía ronroneando y esparciendo su humedad por sus hinchados labios vaginales, y el caballero de la silla aún no se había tocado como si le produjera placer sufrir así.

—Sé lo suficiente de ti y de lo que eres capaz de hacer. Sé que eres una versión siniestra del ser humano y que nunca cambiarás, porque no quieres ni puedes. Sé que esto acabará más mal que bien y que lo que podamos tener no tiene futuro. Pero también sé que me deseas. Y por alguna razón que escapa de la lógica yo también te deseo.

Inspiró hondo y se acercó como si fuera a besarme.

—Con todo lo que te he demostrado, deberías despreciarme.

—Lo hago, pero también... —No sabía qué tipo de fuerza perversa me empujaba hacia él, hacia la

boca del lobo—. Lo necesito. Lo quiero. Y lo deseo. —Me alcé de puntillas y me aferré a la cinturilla de su pantalón, pero él esquivó mis intenciones—. ¿Por qué no?

—Porque nos estaría condenando a los dos. —Un orgasmo femenino se oyó a lo lejos seguido de un par de gruñidos guturales—. Sería nuestra condena, Linda.

—Arriégate... —susurré a la vez que un estremecimiento me laceraba por dentro y por fuera—.

Hazlo. Conmigo. Quemémonos juntos.

Sus ojos conectaron con los míos y mi franqueza propició que se dejara barrer por la lujuria, por la necesidad que sentíamos y ansiábamos satisfacer. Rodeó mi nuca con una mano y me besó como si yo fuera de su propiedad, como si todas aquellas horas reprimiéndose le hubieran colmado tanto como a mí.

Le clavé las uñas en los omoplatos. No pensé en las personas que estaban follando a escasos metros de nuestra posición. O que cabía la posibilidad de que nos hubieran seguido, o que su colega nos hubiera mentido y ya le hubiera dicho a Benicio que nos encontrábamos en Las Vegas. No pensé en nada salvo en nosotros.

Apresó mi labio inferior entre sus dientes y me mordió con fuerza, a modo de catada sobre cómo nos desbordaríamos en breve. El sabor de la sangre explotó en mi lengua y envolvió la suya.

—Me odiarás tanto que querrás matarme —dijo sobre mi boca húmeda de nuestras salivas.

—Ya te odio y también he querido matarte.

Tembló bajo mi tacto por el control que estaba ejerciendo sobre sí mismo.

—No habrá vuelta atrás, Linda.

—Lo sé. —Le acaricié el labio superior con una tenue lengüetada y mirándolo a los ojos, murmuré con un jadeo—: Tenías razón. Estoy tan jodida como tú.

No se lo cuestionó más veces. Me sacó de allí, respirando con afán. Por el camino me adueñé de

algunos condones, ya que él tenía la mente en otro sitio. Subimos con premura una serie de escaleras hasta hallarnos en la segunda planta. La mayoría de los dormitorios estaban ocupados, pero descubrimos una habitación vacía casi al final del rellano y, con ansia viva, entramos chocándonos entre nosotros. La bombilla parecía que no funcionaba bien, pero el propósito era crear un toque incitante.

Zack cerró la puerta con el talón, me volteó entre sus brazos y volvió a besarme con urgencia.

Había despertado a la bestia, al hombre en su estado más primitivo, pero no me acobardé a pesar de la dolorosa forma en la que me estrechaba contra él, sepultándome con sus músculos. Quizás esa era su manera de reclamarme.

De hacerme suya.

De que yo le hiciera mío.

Bajó las manos hasta el borde de mi camiseta y me la quitó por la cabeza. Le siguió el sujetador.

Desnuda de cintura para arriba, se quedó observando mis pechos a la vez que los acariciaba y abarcaba sus formas con posesividad. Mis pezones se endurecieron. Enterró su rostro en mi carne, los lamió y los pellizó mientras gemía mi nombre entre susurros. Durante varios segundos me torturó de ese modo mientras yo me derretía bajo sus ardientes caricias. Una vez que mis pechos adquirieron un color rosado intenso, se quitó la ropa de arriba casi a tirones y se aproximó a mí para que nuestros cuerpos se tocaran y se restregaran.

Lo que sentí fue mágico.

Llamas de pasión.

Jamás había necesitado algo como lo necesitaba a él.

Sollocé como si estuviera a punto de correrme y eché la cabeza hacia atrás al tiempo que Zack iba dejando un reguero de húmedos besos por mi clavícula y me desabrochaba los *shorts*. Se regodeó unos instantes amasando mis nalgas entre gruñidos, con las palmas abiertas, antes de llevarme en volandas hasta la cama. Nos tumbó a los dos y terminó de desnudarme. Luego se irguió para mirarme, con las manos apoyadas en el colchón, y contempló hasta mis partes más íntimas.

Parecía un león admirando a su presa.

Como si me hubiera grabado en su retina, me besó a un ritmo más pausado, con una mano sobre mi cuello. Su lengua sabía a peligro. Él me embriagaba hasta emborracharme, pero necesitaba más..., así que separé las piernas y él encajó sus caderas. Sus dedos fueron encaminándose hacia mi vientre hasta cubrir mi pubis para que notara el calor que transmitían sus poros, como irradiaciones, como el mismísimo sol. Sin embargo, apenas me tocó.

Busqué desesperada sus caricias. Incluso estuve a punto de gimotear de impotencia cuando, de repente, me arqueé como si hubiera sido electrocutada y grité de placer ante los perezosos círculos que empezó a trazar sobre mi clítoris. Ebrio de mí, metió su lengua en mi boca y se tragó mis gemidos. Yo le respondí de una forma mucho más agresiva: hundí mis dedos en su pelo, se lo revolví, se lo tiré y me sostuve a él.

Si seguía así, iba a correrme pronto.

Demasiado pronto.

Zack se enderezó como si hubiera tenido el mismo pensamiento y dejó de masturbarme.

—Abre más las piernas.

Apenas lo hice, ubicó su cabeza entre mis muslos y su aliento se dedicó a atormentarme también.

Su lengua delineó sutilmente un paseo de saliva hasta mi muslo derecho, para luego seguir avanzando, tomándose su tiempo, pero no hacia el punto que más lo precisaba. Mi respiración se convirtió en un caos

y mi corazón, en un órgano desenfrenado. Elevé las caderas; y su barba me pinchó.

—No me hagas suplicar.

Sus ojos brillaron al oírme.

Sonrió.

Y a mí se me empañó la vista. Me tensé y gemí en voz alta, como una sinvergüenza, cuando sin

preverlo lamió mi clítoris con fingida timidez, para luego tirar más de mí hacia su boca y ejercer una magnífica presión sobre mi carne. Zack me devoró con sus labios, imitando un beso ávido y esbozando movimientos irregulares sobre mi piel, algunos dulces y suaves, otros más duros e insistentes, a la vez que sujetaba mis muslos con sus palmas para que me fuera imposible cerrar las piernas mientras me retorció sin ningún pudor contra su boca.

Cerré los ojos y me toqué los pechos.

Estaba sumergida en un bucle de sensaciones extremas.

—Mírame, Linda... —me ordenó. Y yo, automáticamente, alcé la cabeza. Yo no era más que ojos

vidriosos, un cuerpo trémulo, cardíaco y bañado en sudor. Él también jadeaba, con la barba húmeda de mí—. Mira cómo te follo con la lengua.

Me apoyé sobre mis codos con algo de esfuerzo y levanté las caderas en una invitación para que

continuara. Él sonrió con malicia y entonces procedió a follarme tal como había prometido. Era tanto el placer que me proporcionaba que los párpados se me empezaron a cerrar, pero me obligué a abrirlos cuando me mordió antes de penetrarme todo lo que pudo con la punta de la lengua. Los primeros espasmos me aceleraron el corazón.

Enredé mis dedos en sus mechones, con los músculos del vientre tensos.

—No te detengas... —rogué cuando volvió a dar vueltas sobre mis pliegues. Mientras me lamía

con ansias, introdujo dos dedos en mí, me dilató para él y los movió con suavidad para contrarrestar los vigorosos envites de su lengua—. No puedo más... —Aprisioné sus extremidades al contraerme

—. ¡Me corro, Zack! —Me fallaron los brazos y mi cabeza rebotó en la cama, muerta de placer y desenfreno—. ¡Ay, Dios...! ¡Voy a correrme!

Apreté la mandíbula e intenté no gritar, pero cuando succionó mi clítoris a la vez que sus dedos salían y entraban en mí, con energía y alcanzando puntos que no sabía que existieran, fue imposible contenerme. El orgasmo me vino tan de repente que me faltó el aire. Fue intenso, ardiente y excitante, infinitamente devastador. Le comprimí los dedos, me convulsioné y me corrí en su boca.

Él no paró de lamerme hasta que le aparté con cuidado, temblando y jadeante. La barba le brillaba por mi orgasmo. Con una sonrisa hincó los codos a ambos lados de mi rostro y rozó mis labios con los suyos.

Sin poder resistirme le envolví el cuello con los brazos, lo empujé hasta que me abatió con su peso y lo besé como si necesitara agradecerle de algún modo todo el placer que me acababa de dedicar; un placer desconocido y adictivo que iba a necesitar como el agua a partir de ese momento.

Tras un último y apasionado beso, se levantó y retrocedió para recoger los condones que yo, sin que me hubiera dado cuenta, había soltado cuando entramos en la habitación. Los lanzó a la cama y, observándome, se desabrochó los vaqueros y se los bajó junto con los calzoncillos. Casi me corrí otra vez. Estaba duro como una piedra, hinchado y grueso. Imaginar que pronto estaría dentro de mí hizo que se me secara la boca y los latidos de mi corazón se volvieran lerdos.

Zack caminó hacia mis piernas ya listas y flexionadas, se situó entre ellas y, entonces, rompió el envoltorio de un condón. Tras ponérselo y ajustar su pene en mi entrada, me dio un breve beso en los labios y, mirándome fijamente, susurró:

—Eres lo más hermoso que han visto mis ojos en treinta y ocho años. —Empujó lo mínimo para

hacerme gemir. Le arañé los bíceps y me arqueé sin poder evitarlo—. Lo más jodidamente perfecto, y yo estoy a punto de corromperlo.

Y entonces me penetró.

Con rabia.

Robándome el aire de los pulmones.

Se recostó sobre mí y yo lo abracé con las piernas, queriendo notarle tan adentro como me fuera posible. Su pene grueso me llenaba por completo. Me dilataba de una manera deliciosa. Gemimos a la misma vez y nos pusimos más excitados cuando Zack empezó a moverse más rápido y enterró sus

dedos en la colcha para impulsarse a sí mismo. Contraje los músculos de mi vagina y me enganché a su espalda impregnada de sudor. Él respondió penetrándome con una potencia más brutal y decidida.

Nos miramos a los ojos. Era increíble pero me vi reflejada en ellos. Me perdí en la grandiosidad de sus iris a la vez que dirigía mis dedos hacia su trasero para seguir el vaivén de sus caderas.

Cuando le acaricié los testículos desde atrás, su respiración se transformó en frenéticas y fugaces exhalaciones. Zack dejó escapar un largo gemido de lujuria. Sin poder evitarlo agarró mis pechos con las dos manos y apremió sus embestidas mientras gruñía algo a través de los dientes.

Mi nombre.

Como una oración.

Uno. Dos. Tres. Y cuatro penetraciones más. Y se corrió cerrando los párpados, tensándose y quedándose muy quieto mientras se vaciaba en mi interior. Le sentí palpar al tiempo que notaba su aliento sobre mis labios y me maravillaba al verle tan vulnerable, tan humano, tan mío; aunque no hubiera ni catado el orgasmo.

Zack tardó varios segundos en calmarse, hasta que entornó los ojos y dejó un beso fugaz en el valle de mis pechos. Yo le devolví el gesto, en su tatuaje, en el número 17 que se fundía con las llamas. Frunció el ceño y con una expresión confusa se salió de mí, se sentó sobre sus rodillas y tiró de mi mano para que quedara a horcajadas sobre él.

Se quitó el condón.

Seguía erecto. Y yo aún necesitaba desahogarme.

—¿Sucede algo? —pregunté al verle fruncir con más profundidad el ceño mientras empezaba a masturbarle con las dos manos, para que recuperara el tamaño.

—Me siento como un maldito virgen... —dijo con un suspiro y se puso otro preservativo.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo era la primera mujer con la que tenía sexo después de

muchísimos años.

Sonreí al sentirme poderosa. Él también sonrió, pero enseguida volvió a penetrarme.

—Ahora puedes esforzarte un poquito más —musité con una caída de pestañas. Me arañó la barbilla con los dientes y yo pellizqué sus labios con los míos. Éramos unos salvajes. Retrocedió sin llegar a salirse del todo y, entonces, me embistió con fuerza. Dejé caer la cabeza hacia delante cuando volvió a hacerlo, cada vez con más violencia—. ¡Joder..., me encanta! ¡Sigue, por favor, sigue!

Enredó un brazo alrededor de mi cintura y empezó a embestirme con una rudeza inhumana y déspota. Sus penetraciones eran cortas, rápidas y vehementes, tanto que grité cada vez que chocaba contra mi carne. Hundí las uñas en sus hombros con la intención de hacerle el mismo daño que él me causaba a mí, pero aquello le alentó a intensificar sus apasionados empujes. Me tomó por la nuca con su mano libre y apretó, inmovilizándome. Mis mejillas se inundaron de lágrimas al sentir esa sublime combinación de dolor y placer.

Iba a explotar como nunca antes había explotado. Zack me estaba destrozando de un modo tan adictivo que me haría suplicarle que volviera a hacerlo. Siempre.

Capturó mi cuello con la mano izquierda, dejándome a escasos milímetros de su boca.

—Tómame, Linda —dijo cediéndome el control, compadeciéndose de mí—. Hazlo o seguiré tomándote de la manera más bruta que sé. Conmigo no hay término medio.

—No... —Empezó a alejar su mano, pero evité que se apartara—. No quiero que haya punto medio entre nosotros. Quiero esto. A tu manera, porque también es la mía. —Lo era, aunque no lo sabía.

Hasta ahora. Hasta que llegó Zack y revolucionó mi vida con la potencia de un tornado.

Cualquiera en su lugar hubiera reflexionado sobre lo que le acababa de confesar, pero él no perdió el tiempo. En cambio, fue despiadado a la hora de follarme. En ocasiones incluso me faltó el oxígeno por la presión que ejercieron sus dedos en mi cuello, pero él sabía el momento exacto en que debía aliviar la opresión; aquello me proporcionó un placer tan prohibido que sentí miedo de mí misma.

De mis anhelos.

De lo que podría llegar a desear.

El orgasmo empezó a abatirme. Si el anterior fue intenso, aquel me rompió en dos. Mis músculos

internos le ordeñaron sin consideraciones mientras su cuerpo se estremecía en una silenciosa onda de placer. Nos corrimos juntos. Nos besamos. Nos succionamos la lengua y mientras nos mirábamos a

los ojos, nos tocábamos y nos contemplábamos de verdad, como no nos habíamos molestado en hacer hasta ese segundo, sucedió algo asombroso. Con total nitidez descubrí una diminuta franja de luz centelleando en su interior. Logré leer en su alma parte de lo que escondía y entonces, solo entonces, me di cuenta de que no todo era oscuro. No todo era malo. No todo estaba perdido. Aún podía rescatar cierta

benevolencia en él.

Su lenta y pesada exhalación me devolvió a la realidad. Me estaba secando las lágrimas con sus nudillos. Fue una caricia tan tierna y despreocupada que no pude evitar que se me encogiera el corazón. Nuestro encuentro sexual, de repente, se había tornado agrisado.

Suspiré y miré su rostro. Había un profundo dolor en sus ojos. Quizás él también podía ver las mismas grietas de sufrimiento en los míos, pues ambos sabíamos que no saldríamos impunes de lo que acabábamos de hacer. Nuestros actos tendrían consecuencias destructivas en nuestras vidas. Los dos éramos conscientes de que acabábamos de cometer un terrible error.

Un error que pagaríamos con lágrimas teñidas de sangre.

15

**Zack**

*Sábado, 5 de septiembre de 2009*

*A pocas millas de St. George.*

La había cagado. Había reprimido mis malditos deseos para no joderlo todo aún más, para evitar destruir a Linda cuando descubriera la verdad sobre su pasado, pero al final metí la pata hasta el fondo. Fue imposible seguir resistiéndome por más tiempo. Las ganas de follármela ganaron la batalla contra la razón.

Mientras nos alejábamos de *La Ciudad del Pecado*, repasé lo que había sucedido en la casa de El Nene en un intento por entender cómo había perdido el control de esa manera. Pero no hallé ninguna explicación; al contrario, mi polla creció de tamaño al recordar a Linda cabalgando extasiada sobre mí. *Joder*. Fui un cretino. La había hecho llorar y en vez de sentirme mal por ello, lo único que quería era verla en ese estado tan malditamente excitante otra vez.

No podía evitarlo. No podía dominarme. El salvajismo que emplearon conmigo, cuando era un crío, lo volcaba en el sexo. Pero tampoco había olvidado que Linda retornaría pronto a su vida y una vez que me enfrentara a Benicio y dependiendo de quién de los dos acabara con un agujero en el cráneo, ella averiguaría por qué intenté que no tuviéramos ningún vínculo emocional, ni siquiera carnal.

El sexo era un elemento demasiado poderoso, capaz de forjar ataduras más eficaces que el amor.

O quizás el sexo era el principio de todo. No tenía ni puta idea.

En todo caso, si tuviera una pizca de compasión le habría confesado lo que conocía de ella. Pero como un cabrón egoísta, preferí aprovechar los pocos instantes que nos quedaban juntos antes de que quisiera arrojarme al infierno y, lo más probable, arrancarme los huevos con los dientes.

La miré discretamente por el rabillo del ojo mientras sus palabras se reproducían en mi cabeza.

«No quiero que haya punto medio entre nosotros. Quiero esto. A tu manera.»

*Mierda.*

La necesitaba, así de simple, sin más vuelta de tuerca.

Paré derrapando a lo kamikaze en el arcén y me peleé con la cremallera de la bragueta, procurando desabrocharla a toda velocidad, como un desesperado que aguardaba su dosis de heroína.

Linda me observó con más deseo que vacilación y, sin emitir sonido, se sentó a horcajadas sobre mí.

Casi me di de hostias cuando me percaté de que no le había puesto las esposas. Me estaba volviendo descuidado y eso podía resultar peligroso. Incluso letal. Pero me olvidé de mi estúpido desliz en cuanto Linda coló su mano en mis calzoncillos y se adueñó de mi polla, que había empezado a expulsar las primeras gotas de líquido preseminal.

Había anochecido hacía horas. La luna parecía enfadada con el mundo y los camiones hacían temblar el vehículo cada vez que pasaban por nuestro lado, pero ni siquiera eso consiguió frenarnos.

Le bajé los tirantes de la camiseta, enrollando el sujetador en su cintura, y sus preciosas tetas, que me pusieron aún más cachondo, quedaron a la vista mientras ella deslizaba su mano arriba y abajo por toda mi polla, con suavidad, como si temiera lesionarme.

—Apriétame. Más fuerte, Linda. Más... —jadeé al sentir cómo me hinchaba entre sus dedos. Ella obedeció y aumentó la intensidad de sus caricias.

Mascullé una bendición en voz baja, la sujeté por detrás de la cabeza y estampé mi boca contra sus labios. Nos besamos como si no lo hubiéramos hecho en las últimas horas. Me succionó la lengua al igual que yo succioné la suya. Nos enroscamos. Nos seducimos como dos amantes que se conocían

de siempre mientras el anhelo comprimía la atmósfera. Su mano estaba empapada de mí. Siguió acariciándome, más rápido, y yo ascendí y descendí mi pelvis descontrolado, como si me la estuviera follando. En realidad, quería follármela a ella.

Lo ansiaba.

Gruñí de placer cuando apretó mi polla de nuevo. Se me encogieron los músculos y me invadió

un cálido escalofrío cuando la sentí toquetearme las pelotas con la mano libre. Empezó a explorarme más abajo, con tímida indecisión.

—¡Joder! —Aparté sus manos porque estaba a un paso de correrme—. Eres la única que me ha tocado así en toda mi puta vida. Podría correrme con solo mirarte. Con solo respirar tu olor.

No mentía.

Todo se volvía inestable con ella.

Sonrió por el cumplido y balanceó más rápido las caderas, dándome a entender lo que quería.

Con una seña le indiqué que se despojara de los *shorts*. Apenas obedeció, las braguitas negras de encaje desaparecieron también. Me mordí el labio inferior y acaricié su coño húmedo, listo y caliente. Sus gemidos empezaron a llenarme y lograron que mi polla palpitará tan veloz como mi corazón.

—Fóllame. Necesito que lo hagas —me suplicó. Cuando hablaba así, tan sucio, tan tremendamente desinhibida, me entraban ganas de eyacular como un adolescente. Continué tocándola, con la mirada fija en la suya, mientras de vez en cuando esparcía su humedad hasta la abertura de su culo—.

Fóllame, Zack.

No tuvo que decírmelo otra vez. Empecé a follarla. O más bien ella me folló a mí.

Introduje dos dedos en su coño y los arqueé. Linda apresó mi muñeca con una mano y la movió dentro y fuera, intensificando y aminorando la velocidad a momentos. Soltó un gemido, largo y decadente, y yo me humedecí el labio inferior, ciego de morbo. En circunstancias normales me hubiera regodeado prohibiéndole lo que ansiaba tanto, pero me dejé utilizar como un muñeco y me masturbé a la vez que observaba su rostro sofocado y contraído por descargas de lujuria.

Ella era lo más jodidamente erótico que había presenciado nunca.

—¡Dios! —gimió como si estuviera agonizando, deslizándose sobre mis dedos—. Me encanta todo lo que me haces.

—A mí me encantas tú.

Me miró a los ojos cuando uní nuestras frentes y respiramos sobre nuestros labios, nutriéndonos de los sonidos que ambos emitíamos. Tembló y siguió empalándose sobre mis dedos,

estremeciéndose, hasta que de súbito echó el cuello hacia atrás y se corrió con un grito ahogado. Su coño me engulló como si quisiera que formara parte de ella. Con rapidez me oprimí la base de la polla para no eyacular también. Linda me enloquecía. Era una deliciosa tentación.

Cuando paró de temblar y reunió aire suficiente para no desmayarse por la violencia del orgasmo, extraje mis dedos de su coño, le toqué el clítoris y se los llevé a la boca. Ella titubeó un momento, pero enseguida empezó a lamer su dulce humedad a la vez que me estudiaba con las pupilas dilatadas y ahuecaba las mejillas.

Sentí que iba a reventar.

Tenía los huevos cargados.

Estaba tan excitado que me dolían hasta los huesos. Cerré los ojos porque verla así me estaba matando, y respiré hondo. Apenas me enteré de que Linda había sacado mis dedos de su boca; hasta que cogió mi polla, se clavó con agresividad y me hallé enterrado en ella. Su carne seguía inflamada por nuestro encuentro anterior, así que decidí que fuera ella quien marcara el ritmo de las penetraciones. Pero Linda

se insertó con fiereza hacia abajo, cada segundo un poco más.

La miré fascinado. El témpano de hielo se había deshecho. En ese instante era puro fuego y yo deseaba arder con ella. Sin poder evitarlo le arañé la espalda desde la nuca hasta la curva de su culo.

Se arqueó con un gemido y enterró las uñas en mis pectorales, como si fueran garras, hasta hacerme sangrar. Aquello hizo que perdiera el dominio de mis acciones. Enredé mi puño en su melena, la otra mano la mantuve debajo de una de sus nalgas para ayudarla a aunar su peso, y la acerqué a mi boca.

Nos miramos.

Nos volvimos a arañar.

Nos mordimos como animales, marcándonos con los dientes.

Linda empezó a agitarse en espasmos sobre mis labios. Estaba a punto de saborear el orgasmo. Lo noté cuando se tensó y dejó de moverse, trémula, añorando más aire. Gruñendo, empecé follármela como un chiflado, eliminando de mi mente la posibilidad de que pudiera lastimarla. Ella, ante el dolor, dobló el pecho enfrente de mi cara y sus pezones erectos, rozados como la carne de su perfecto coño, se restregaron contra mis mejillas. Pero no permití que se viniera.

Todavía no.

Liberé su pelo, me salí a duras penas de ella y la empujé lo mínimo hacia atrás, contra el volante.

Linda hundió sus dedos en mis muslos y gritó mi nombre cuando froté su clítoris con la ancha punta de mi polla, deseoso de que nos corriéramos juntos. No tardamos en conseguirlo, pues ambos nos convulsionamos y gemimos ante el placer que nos perforó mientras varios chorros de mi semen ensuciaban la tersa piel de sus pliegues. Fue jodidamente maravilloso.

Nos quedamos sin palabras, jadeantes y sudados, hasta que el estridente pitido de una camioneta, que estaba adelantando a otra, me regresó a la realidad. De inmediato, alejé mis manos de su cuerpo.

¡Joder! La había vuelto a cagar. Lo había vuelto a hacer. ¿Qué puta mosca me había picado que no era capaz de entenderlo? No podía permitir que ninguna mierda emocional nos salpicara, ni a ella ni a mí, y, sin embargo, había tropezado de nuevo con la misma piedra, como un gilipollas.

Cerré los ojos y apreté los puños.

Linda permaneció inmóvil, pero al notar la tensión que desprendía mi cuerpo, se vistió en silencio y se situó en el asiento del copiloto. Cuando tuve los cojones de mirarla, me di cuenta de que se había quedado dormida. «Eres un hijo de puta», me reproché. Sin comerme el coco con gilipolleces, me subí los pantalones y me arreglé la ropa sintiendo un interminable vacío en mi pecho, aunque no entendía mi estado de ánimo. De mala hostia encendí el motor y conduje hasta el primer motel que vi; un edificio en precarias condiciones, que no tenía cámaras de seguridad ni la más mínima vigilancia, lo cual me venía de puta madre.

Me coloqué la gorra y abandoné a Linda, aún dormida, antes de internarme en la improvisada recepción. Un hombre calvo, vestido con un chándal amarillo fosforescente, me atendió sin más, sin preguntar mi

nombre ni pedir que me registrara. Le pagué treinta dólares para pasar la noche y él me entregó una tarjeta electrónica. Fui a buscar a Linda al coche y cargué con ella hasta la habitación, que carecía de aire acondicionado.

Las paredes eran de color rojo sangre, como recién extraída de las venas, y la atmósfera se respiraba candente y convulsa. Recosté su delicado cuerpo sobre la cama y me dediqué a deambular en círculos durante largas horas, como un tonto del culo. Me pasé una mano por el pelo a la vez que observaba su tranquila figura. Debería haberla dejado en Austin; haberla maniatado como a Miranda Blair. O, más sencillo aún, debería haberla matado. Y también a su amiga.

Pero no podía.

Ni podría.

¿Por qué no podía eliminarla, maldita sea?

Tras dar varias vueltas sobre mí mismo me dirigí hacia el baño, me humedecí la cara con un brusco restriegue de manos y, luego, me acosté al lado de Linda, sin hacer ruido. No la abracé y tampoco usé las esposas contra ella. Lo último que quería era que se despertara. Pero poco después las pesadillas empezaron a torturarla. Siempre sucedía la misma jodida historia. Se revolvía en la cama, propinaba torpes patadas en el aire y sollozaba sin derramar ni una lágrima. Parecía una niña.

Era una visión tan desquiciante que por un segundo deseé consolarla. Sin embargo, contuve el impulso y, al cabo de unos minutos, me dormí en un sueño ligero.

Cuando el amanecer inundó a raudales la habitación, vi que Linda seguía alterada y murmuraba

palabras incoherentes entre dientes. ¡A la mierda!, pensé. No soportaba ser testigo de eso. La agarré por los hombros y la desperté con un enérgico zarandeo.

Ella se sobresaltó al principio, pero luego me miró como si estuviera recapitulando las últimas horas.

—Puedes usar la ducha —dije con frialdad manteniendo las distancias.

Frunció el ceño y estiró el brazo hacia mí, pero me deslicé a un lado para evitar su contacto.

—¿Estás bien?

—Sí.

Suspiró con agotamiento. Sin embargo, apartó las sábanas y se encerró en el baño, con pestillo.

Tuve que luchar contra mí mismo para no ir tras ella y follarla como me pedía el cuerpo. Lo peor ocurrió cuando salió de la ducha vistiendo una toalla desteñida por el uso. Sabía que no intentaba provocarme, pero a mí ya todo me parecía una provocación.

Se detuvo a pocos pasos de mí, con sus ojos brillantes y sus mejillas paliduchas.

—Lo que pasó entre nosotros...

—Vístete con lo mismo de ayer —la interrumpí—. Se me olvidó la bolsa en el maletero.

—¿Estás seguro de que...?

—Sí —dije y para escapar de sus preguntas, también busqué refugio en el baño.

Poco después nos desplazamos hasta el coche, sin hablar. Durante el viaje Linda se mostró pensativa, preocupada y, cómo no, también molesta. Daría mis pelotas a que había apartado de su mente nuestras calientes escenas de sexo, pero seguía estancada en la conversación que tuve con el Nene, o mejor dicho en la pregunta que me había formulado a medias. Así que, esperando abstraerla un poco de sus pensamientos, le propuse ir a desayunar a una pequeña cafetería de la zona, con la condición de que se cubriera el pelo con la peluca.

Su expresión cambió ligeramente al oír la propuesta, y aceptó gustosa al saber que comería con

cubiertos y no con las manos, que notaría en los labios la textura sólida de un vaso de cristal y no la aspereza de uno de cartón, que volvería a sentirse como una persona y no como una fugitiva que vivía aislada del mundo real. La diminuta sonrisa que iluminó su rostro me hizo sentir aún más miserable.

Una vez que hube aparcado en el modesto *parking*, me puse la gorra y nos dirigimos hacia la entrada del Callie's Coffee. El local ubicado a las afueras de una ciudad próxima estaba deshabitado.

Cuando entramos, la campanita colgada en la puerta alertó a la camarera de nuestra presencia; una mujer de pelo blanco y piernas regordetas, vestida con un uniforme gris. Nos atendió mostrándose servicial y nos ofreció asiento al final de la hilera de mesas metálicas, que era donde estaba el aire acondicionado. Como consecuencia del ángulo y la funcional distribución del mobiliario, no tenía un plano ideal de la entrada, pero tampoco me importó. No nos quedaríamos mucho tiempo, solo lo justo para contentar a Linda.

Ordenamos nuestros pedidos, que no tardaron en aterrizar a la mesa.

—¿Está rico? —pregunté al verla masticar un trozo de *pancakes* relleno con mermelada de frambuesa.

Linda asintió a la vez que se limpiaba las comisuras de la boca y luego bebió un sorbo de café recién preparado. Pero cuando acomodó la taza en el platito y levantó su cabeza hacia mí, con decisión, supe que había llegado el momento que había tratado de evitar.

—¿Soy la hija de quién? Y no me vengas con chorradas. Los dos sabemos que estabais hablando de mí.

Sus ojos me dijeron que no iba a darse por vencida.

—Olvida lo que oíste.

—Tu colega reconoció mi nombre y quiero entender por qué.

Respiré hondo.

Quizás debería decirle la verdad. Terminar con todo aquello de una puta vez. Sin duda, sería lo mejor para mí, para mi misión y mis propósitos. Mi meta. Eliminar toda clase de distracciones, pues Linda era una distracción demasiado tentadora, sumamente peligrosa para un tío que se juega la vida cada segundo. Sin embargo, no quería desilusionarla aún más, aunque eso era inevitable.

Carraspeé y dejé fluir las palabras, aunque sabía que me arrepentiría al instante de hacerlo.

—El apellido Evans es muy conocido entre los que estamos involucrados en los negocios de Benicio. — La miré con fijeza—. Todos los que vivimos en ese mundo conocemos la trágica historia de la familia Evans. Todos sabemos lo que les pasó a ellos... y a su hija pequeña.

Sus mejillas palidieron como si le estuvieran drenando la sangre.

—No te entiendo —atinó a tartamudear.

Exhalé un suspiro y bajé un momento la mirada.

—Conozco a tus padres —admití en un murmullo—. Scott Evans y Jessica Evans.

Los ojos se le inundaron de lágrimas.

—¿Cómo...? ¿Cómo sabes el nombre de mi madre?

—Ellos no eran como tú crees que son —continué. Echaba de menos la calidez en sus ojos—.

Quizás antes de que nacieras fueron personas honestas, pero hacía años que se habían desviado del buen camino.

—¡No sigas! —estalló. Una marea roja de rabia invadió su rostro, y sus manos se convirtieron en dos puños apretados—. ¡No voy a permitir que manches el nombre de mis padres! ¡No toleraré que mientas sobre ellos de esa manera tan mezquina!

Eso me cabreó. Era hora de arrancarla de la mentira que le habían hecho vivir.

—Tus padres, el matrimonio idílico y envidiado del vecindario, eran peones de Benicio. —

Aunque sus mejillas se tornaron más pálidas, proseguí—: Trabajaban para él. Scott Evans hacía la vista gorda a muchos de los contenedores que provenían de México a Tacoma. Y Jessica tenía una habilidad extraordinaria para embaucar a pobres infelices enganchados a la cocaína.

Se estremeció y negó con la cabeza.

—Eres un mentiroso. —Se llevó una mano al corazón, devastada por el dolor que le causaban mis

declaraciones, que no eran más que verdades—. ¡Ellos no eran así! Te estás confundiendo... Mi padre era un trabajador honrado y mi madre, un ama de casa dedicada al hogar y a la familia. Éramos felices. Eso sí lo recuerdo. Recuerdo a mi padre llegando a casa y a mi madre colgándole el abrigo en el perchero que había detrás de la puerta principal —dijo con la mirada perdida, inmersa en unos recuerdos

que su mente había inventado. Ella misma había creado y creído sus propias mentiras; sin embargo, no se lo dije—. Recuerdo sus sonrisas, los cumpleaños celebrados en la parte trasera de casa, nuestros viajes en coche. Lo recuerdo todo hasta que...

—Hasta que murieron.

Me miró con una mezcla de rabia y desolación.

—Hasta que los asesinaron —me corrigió—. A sangre fría. A escasos pasos de mí.

—Lo sé. —Se le erizó el vello ante mi afirmación—. Sus muertes no fueron una casualidad.

—¿Y tú cómo sabes eso?

—Porque yo estaba presente cuando tus padres fueron ejecutados.

Trascurrieron eternos segundos hasta que Linda por fin reaccionó.

—No te creo. Y dudo mucho que alguna vez les hayas conocido. Ellos jamás se codearían con gente como Benicio —y con acidez, añadió—: O como tú.

No me inmuté ante su acusación.

—No conocía a Scott en persona, pero sabía de él por las conversaciones que tuvo con Benicio;

aunque nunca me enteré demasiado de los asuntos que compartían los dos. Mi cargo en la mafia era otro, y un funcionario en el puerto de Tacoma no me interesaba en absoluto. Pero tus padres llevaban años bajo el mandato de Benicio y continuaron estándolo aun después de tu nacimiento. De hecho, supe de la existencia del matrimonio Evans cuando vinieron un día a Seattle, contigo. Eras muy pequeña. Tendrías unos cuatro años. Jessica y tú os quedasteis en el coche mientras Benicio y Scott charlaban en la oficina que había en nuestro almacén.

Abrió los ojos con sorpresa.

—¿Me viste?

—No, pero mi hermano sí. John me contó sobre la hermosa niña que tenían los Evans; dijo que

no te parecías a tus padres, pero que habías heredado los ojos de Scott —callé cuando un temblor la zarandeó y tuvo que apretar la mandíbula para no sacudirse en el asiento—. Benicio y tu padre discutieron aquel día. Fue una bronca monumental. Se oyeron gritos, golpes y portazos. Fue la primera vez que vi alterado a Benicio, pero nadie supo el porqué de la discusión y, al final, la cosa quedó ahí. — Ahora empezaba lo escabroso; lo que le desgarraría el alma y le machacaría el corazón—. Unos años después, Benicio se percató de que algo raro sucedía en los negocios de Tacoma. No le cuadraban las cuentas. Hubo pérdidas y Scott fue incapaz de justificarlas. —La miré a los ojos antes de formular la siguiente pregunta—: ¿Entiendes lo que intento decirte?

Se tapó la cara, agobiada por la repentina información.

—Estás diciendo que... que mi padre le robaba dinero a tu exjefe.

Asentí, aunque no me estaba mirando.

—Benicio le dio un ultimátum: o pagaba lo que debía o él mismo se cobraría la deuda.

Enmudecí cuando la oí jadear.

—Continúa —me pidió aguantándose el llanto—. Necesito que continúes.

—Scott juró que no tenía con qué pagarle, que se había fundido todo el dinero en diversos vicios, con Jessica.

Me miró como si le pesara.

—¿Qué clase de vicios?

—Las malas lenguas decían que les gustaba el juego y la bebida; otros, que gastaban más de lo que podían permitirse. Yo creo que ambas teorías son ciertas.

—Y a Benicio le importó una mierda esa excusa.

—No era una excusa. Tus padres estaban en números rojos. Lo que habían ganado lo perdieron sin importarles las consecuencias. Pero sí, a Benicio no le afligió la situación de tus padres y no dudó en ir a por ellos cuando un soplón le informó que la familia Evans estaba huyendo a Calgary, a la provincia de Alberta, Canadá.

Insinuó una sonrisa mal fingida.

—Se suponía que nos íbamos de vacaciones a Calgary, pero ya veo que incluso en eso me mintieron —dijo con una nota de tristeza en la voz.

—Temían por tu seguridad —musité mientras tocaba la tela de mi gorra—. No querían que te sucediera nada malo. Solo pensaban en ti en ese instante.

—Es difícil creer que en algún momento pensaron en mí. ¿Qué pasó después? Imagino que a Benicio le jodió saber que nos estábamos alejando de su radar.

—Se puso histérico —admití—. Tras idear un plan básico pero práctico, formó un grupo de seis hombres. Yo fui uno de los elegidos. Cogimos las armas y nos aventuramos a la carretera en dos monovolúmenes. A la mañana siguiente os localizamos en una tienda situada cerca de una gasolinera.

Hacía un frío de mil demonios; incluso dentro del local hacía muchísimo frío. —Linda gimoteó como si estuviera de acuerdo, con lágrimas en los ojos—. Benicio distinguió a tus padres en el interior del local mucho antes de que hubiésemos detenido el motor. Cuando me di cuenta, él ya se había adelantado al grupo. Fue directo hacia tus padres.

Le temblaron las manos.

—Discutieron. Benicio estaba muy enfadado. Y entonces mató a mis padres. —Se le resquebrajó la voz y exhaló poco a poco.

Linda estaba sufriendo, agonizando aunque respirase, pero aun así se negó a llorar. Era una mujer fuerte. Mucho más que yo. Su fortaleza me deslumbraba.

—Sí, así es. —Las palabras salieron de mis labios sin proponérmelo. Quería terminar con esa mierda de conversación. Quería que dejara de mirarme con sus iris llenos de pena—. Benicio mató a Jessica, después a Scott y al dependiente de la tienda.

—¿Y tú? ¿Qué hiciste? —me recriminó—. ¿Te quedaste mirando? ¿Os quedasteis todos mirando?

—Linda... —Soné como si un nudo estuviera oprimiendo mi garganta. Sentía que me asfixiaba.

Necesitaba hacer que ella se sintiera bien. Prefería a la mujer glacial a esa persona que se estaba fragmentando delante de mí—. No sintieron dolor. Sucedió todo muy rápido. Murieron en el acto. No les dio tiempo a sentir nada.

Se puso más rígida.

—Quizás ellos no sintieron dolor, pero yo sí. Yo sí lo siento. Siento dolor todos los días. Todas las noches. —Aleteó las pestañas para disipar las lágrimas que se habían aglomerado en sus párpados

—. Llevo años preguntándome por qué les tocó a ellos, por qué habiendo gente tan podrida por dentro tuvieron que morir dos personas que se amaban con locura, que me amaban a mí... —Sorbió

por la nariz mientras yo me obligaba a que no me afectara su abatimiento. Pero incluso para un tipo como yo, a quien las emociones le parecían todas iguales, verla así me estaba rompiendo. No me gustaba esa maldita e inusual sensación. Esa jodida debilidad que había empezado a sentir por ella—.

Pero ahora resulta que no eran decentes. Quizás se querían. Quizás me querían a mí. Pero sus adicciones eran más fuertes que el amor o la bondad. En el fondo, mis padres no eran mejores que el hombre que les robó el aliento.

Nos quedamos en silencio hasta que ella tomó los cubiertos y cortó un trozo de *pancakes*.

—Linda.

Alzó el cuchillo y me apuntó con él.

—No quiero hablar más de ellos. No quiero sufrir más. Estoy harta de sentirme así. —Se metió la comida a la boca y tras masticar, dijo—: Lo único que quiero es que la policía capture a Benicio para que pague por todo lo que ha hecho. Quiero que esta infame pesadilla termine para mí. Quiero vivir.

Quiero empezar a vivir de verdad.

—Lo harás. —No supe qué más añadir—. Si quieres algo...

—Estoy bien. Gracias. —Iba a dar otro bocado, pero dejó caer los cubiertos al plato y me miró a los ojos—. Aquella mañana sí me viste.

Entendí a qué mañana se refería.

—No, no te vi.

Frunció el ceño.

—No recuerdo que fueran seis hombres los que irrumpieron en la tienda. En mis pesadillas, solo lo veo a él, a Benicio y a mis padres muertos. Nadie más está conmigo.

—Porque fue el primero en echar a andar. Él entró primero.

Se masajeó las sienes con un suspiro.

—Esto es de locos... —susurró con palpable agobio—. Me cuesta aceptar que lo que me has contado sea verdad, que el hombre al que odias tanto también está involucrado en mi sufrimiento, que en realidad nos conocemos de toda la vida.

Sonreí desganado.

—Menuda forma más dramática de conocernos —comenté con la intención de arrancarle una sonrisa. Pero su expresión se volvió más apagada, así que lo intenté de nuevo—. Aunque nuestra segunda vez tampoco fue la más idónea.

—Tienes una manera muy peculiar de aparecer en mi vida.

Negué con la cabeza y la miré con total transparencia.

—Te equivocas. Eres tú quien apareció en la mía.

Sus mejillas adquirieron un tono rosáceo pálido, pero nuestro diálogo siguió en la misma línea.

—¿Lo sabías desde el principio?

—No hasta que encontramos la postal en Austin. —Me froté los ojos—. Aquella mañana, en el monovolumen, yendo de regreso a Seattle, Benicio dijo que la «princesita» sería toda una belleza cuando creciera. —Se clavó las uñas en las palmas. Ese apodo era importante para ella—. Yo no le hice caso, no me apetecía hablar con nadie, pero otro miembro de la pandilla le preguntó a quién se refería y Benicio contestó: «La hija de los Evans».

Hubo varios segundos de silencio.

—Nunca he entendido por qué me dejó vivir —admitió en un susurro—. Benicio me encontró oculta detrás de una de las estanterías de la tienda, pero no me atacó como temía que hiciera.

—Yo tampoco lo entiendo, pero a Benicio no le gusta cargar con vidas de niños inocentes.

Mis palabras le enervaron la sangre.

—Él no tuvo problema en decidir sobre la vida de John o la tuya. Vosotros también erais inocentes. Podría haber hecho lo mismo conmigo.

—Lo hizo. Decidió dejarte con vida. —Tiré la visera de la gorra hacia abajo—. El verdadero motivo lo desconozco, pero aquí estás. Es lo único que debería contar para ti.

Linda exhaló por la boca, toqueteando los mechones cortos de su peluca. De repente, como si no pudiera soportarlo, observó el desabrido paisaje por la ventana que había a su derecha y algo se rompió dentro de ella. Lo percibí en mi propia piel.

—¿Qué va a pasar ahora?

Sentí una tensión en los tendones de los brazos.

—Serás libre. —Se volteó hacia mí. Sus ojos se perdieron en los míos, pero le sostuve la mirada.

No iba a ceder ante mis necesidades o ante las tuyas, ni siquiera ante las emociones que me abrumaban sin saber por qué—. Cuando llegemos a la siguiente población, llamaré a Morgan para

que esté listo con tu amiga.

—¿Así de sencillo?

—Sí. ¿No es eso lo que querías? —Pero no era sencillo en absoluto. Estaba siendo mucho más complicado de lo que imaginé, mucho más de lo que debería ser—. Que hayamos follado no cambia

las cosas. No significa nada —mentí como un cabrón—. Nos divertimos, nos corrimos y nos gustó.

Fue placentero. Eso es todo.

La camarera se aclaró la garganta, avergonzada, cuando vino a la mesa a retirar nuestros platos vacíos y a llenar nuestras tazas de café. Nos sonrió a modo de disculpa y se marchó casi corriendo mientras mi mirada seguía estática en la de Linda.

—No te lo estoy reprochando —dijo Linda, indignada por mi falta de tacto—. No me arrepiento de lo que hicimos.

—Bien.

—¿Y tú? ¿Te arrepientes?

—No deberíamos haber follado. —Oí la campanita de la puerta, pero cuando giré el cuello hacia atrás, con disimulo, la camarera ya estaba caminando hacia la barra—. Si tuvieras que permanecer más

tiempo conmigo, follar complicaría la convivencia. Es una suerte que tengamos que perdernos de vista. Hagamos como si esto no hubiera ocurrido. Yo continuaré con mi meta y tú volverás con tu amiga, despotricarás a gusto en mi contra y acabarás olvidando que me has conocido.

Mi corazón palpitó a un ritmo más pausado al decir aquello.

Linda bajó la mirada cuando nuevas lágrimas se acumularon en los bordes de sus párpados.

Cuando se recompuso, dijo en un susurro:

—Sí, supongo que la suerte nos sonríe. —Bebió un sorbo de café, pero le costó tragar el líquido.

Respiré hondo, deseando fumarme un pitillo o salir a dar un paseo—. Gracias por contarme lo de mis padres. Todavía tengo mis dudas, no te lo voy a negar. No entiendo por qué mi tía Emma nunca me explicó nada sobre ellos, aunque lo cierto es que a ella no le gusta hablar de mi madre. Pero yo siempre lo achaqué a la pérdida, al dolor por haber perdido a su hermana menor...

La presencia de la camarera volvió a interrumpirnos.

—Esto es para usted, señor. —Me entregó un sobre manila sin remitente—. Lo acaban de traer.

—¿Quién? —pregunté sin abrirlo aún, volteándome y fulminando la puerta, donde no había nadie.

—No lo sé. Me dijeron que se lo entregara a Zack Cassidy.

Contrariado, rasgué la solapa y, de inmediato, mi cuerpo se puso en alerta. Mi corazón se saltó varios latidos en una fracción de segundo al ver aquel descabellado mensaje en el folio, una carta concisa que no había sido escrita a mano. Un hijo de perra con la mente demasiado perversa se había tomado la molestia de pegar letra por letra con recortes de revistas hasta formar una sola palabra.

«Vida».

—¿Qué sucede? —inquirió Linda con voz queda, pero no reaccioné. Estaba a cientos de kilómetros de allí—. ¿Qué es eso que hay detrás?

Le di la vuelta a la hoja y me congelé al reconocer aquella dirección plasmada por el mismísimo Benicio Velázquez, con su pequeña y cursiva caligrafía. Jamás olvidaría ese lugar, por muchos años que pasaran, aunque me arrancaran los recuerdos de la memoria.

Volqué mi atención en la camarera, que se había alejado para darnos privacidad.

—¿Quién te ha dado esto? —le pregunté con fiereza. Cuando retrocedió dos torpes pasitos, me levanté y agarré su cuello con una mano. Ella expresó un chillido agudo, pero mis dedos hundiéndose en su carne paralizaron sus cuerdas vocales—. ¡Contéstame! —gruñí a pleno vozarrón

—. ¿Quién coño te ha entregado esta mierda?

—¡No lo sé! —lloriqueó mirando alrededor como si Dios fuera a socorrerla—. ¡Yo solo me encargué de recibirlo! ¡Me dieron cincuenta dólares por hacerlo!

—¡Mentira! ¡Contesta la puta pregunta!

—¡No sabe nada! —gritó Linda compadeciéndose de la camarera que no paraba de tiritar.

La miré por encima del hombro.

—No te metas, joder.

—¡Me está haciendo daño, señor! ¡Le juro que no sé nada!

—¿Qué aspecto tenía? —No respondió. Estaba hiperventilando, así que dejé ir su cuello y envolví sus brazos con ambas manos. No iba a escapar, por mis huevos que no lo haría—. ¿Cómo cojones era?

—Hombre blanco, pelo largo y muy negro. Brillante. Los ojos claros —hipó—. No me fijé mucho. Joven, veinticinco años.

No pude preguntar más, pues una suave corriente de aire con forma de silbido desfiló por la cafetería. Unas firmes pisadas me indicaron que no estábamos solos.

—¿Sucede algo? —preguntó una voz masculina a mis espaldas.

Solté a la mujer y di un paso hacia atrás.

Ella se limpió las lágrimas con el delantal.

—Nada importante —dije sentándome frente a Linda, que había palidecido. Mientras me guardaba el folio, le lancé una mirada para que se estuviera callada. Por fortuna, ella clavó la vista en la mesa.

El policía, que acababa de entrar con el sigilo de un jaguar, se acercó a la camarera y la examinó con los ojos entornados. Luego caminó hacia nosotros y en un tono de lo más pragmático, me exigió:

—Explíqueme qué ha pasado.

—Hemos tenido un pequeño malentendido —respondí a la vez que viraba los ojos hacia la ventana en un intento por esquivarle.

El oficial rumió algo y echó un vistazo a Linda.

—¿Se encuentra bien, señorita?

—Sí —replicó ella sin titubear.

Él asintió, aunque era obvio que no le creía.

—Muéstreme su identificación, señor —me ordenó en tono íntegro. Lo ignoré tanto como pude hasta que repitió la orden—: Su identificación, caballero.

Elevé los ojos hacia Linda. Nuestros cuerpos transmitían tensión en estado puro. Ella sabía lo que iba a

sucedier. El hombre uniformado rompió nuestra conexión asiéndome por el codo.

—Se nos han olvidado los papeles en el coche —dijo Linda cuando tiré con brusquedad de mi brazo, pero él continuó insistiendo sin darse por vencido.

Y, entonces, me quitó la gorra de un manotazo.

Todo se fue a la mierda.

Al puto traste.

El policía abrió los ojos hasta casi salirseles de las órbitas.

—¡Tú! —gruñó tras un segundo de desorientación—. ¡Hijo de puta! ¡Quedas arrestado!

La escena se transformó en un laberinto de imágenes rápidas. El policía, sin andarse con oficialidades, agarró el revólver que tenía ajustado al cinturón. Sin embargo, yo también empuñé mi pistola y me abalancé sobre él cuando apuntó hacia mi pecho. Oí gritos a mi alrededor. Los lloriqueos de la camarera y las súplicas de Linda quedaron vagando en el éter mientras nosotros arremetíamos el uno contra el otro.

Sostuve a tientas sus manos hacia arriba, hacia el techo, para evitar que volviera el arma hacia mi persona y me abriera el corazón con un fétido agujero a pólvora. Lo empujé varias veces hasta que su espalda colisionó contra la barra pulida.

Nos bambaleamos.

En ese momento no pensaba en nada ni en nadie más que en mí mismo; en salir pitando como alma que lleva al Diablo apenas me deshiciera de él, porque en cuanto alguien diera parte de la pelea, una maldita oleada de coches patrullas aterrizaría en la cafetería obstaculizando mi propósito de llevar a cabo mi venganza.

El oficial intentó hacerse con el control. No tendría más de cuarenta y pocos años, y estaba en perfecta forma física. Quizás más que yo. Me agitó las muñecas con fuerza, inclinó la rodilla hacia delante y la impulsó hacia mi estómago. La patada me jodió como si me estuvieran castrando los huevos, pero seguí luchando por mantener lejos su mano, con la que agarraba el revólver.

Le propiné un par de violentos codazos y tras atizarle dos golpes cerca del ojo, creí haber dominado la situación, pero entonces el policía me vapuleó con una patada mucho más impetuosa que la anterior y me arrojó hacia atrás con la planta del pie.

Caí desplomado sobre la mesa en la que había desayunado con Linda hacía pocos minutos. Y todo

se volvió tardío, angustioso y escalofriante. Procuré recuperar rápido el equilibrio a la vez que se oían más gritos, más advertencias, más súplicas y más sollozos. Y entonces el tiempo se congeló. El universo entró en modo pausa cuando dos disparos relampaguearon en el aire cortándonos la respiración a todos.

Clavé las botas en el suelo, me sujeté a un lateral de la mesa y levanté mi pistola. Fue entonces cuando me di cuenta de que acababa de apretar el gatillo, pero no pude hacerlo de nuevo, pues el cuerpo del policía reposaba lánguido en las baldosas.

La bala le había volado una cuarta parte del rostro, incluyendo la mejilla y el ojo derecho.

Poco a poco el llanto de la camarera fue penetrando otra vez en mis oídos. Linda estaba agachada cerca de la mesa, horrorizada y temblando como una niña desamparada. Me conmovió verla así, tan vulnerable, pero no podía perder el tiempo en tonterías, así que empecé a aproximarme al oficial.

Apenas lo hice, un pinchazo me atacó en un costado. No obstante, ignoré la punzada de dolor y me arrodillé ante él.

El hombre aún estaba vivo y respiraba con dificultad. El primer pensamiento que me asaltó fue que debería rematarlo con un segundo disparo y deshacerme de la camarera también, pero opté por no hacerlo; pues aunque esas vidas significaban nada para mí, matarles me traería problemas innecesarios.

La camarera, lloriqueando, caminó hasta el policía para socorrerlo, pero antes de que pudiera ayudarlo, la giré con un movimiento salvaje y su espalda chocó contra mi pecho. Situé la boca del revólver sobre sus sienes. Le entró el pánico y gimió de miedo.

—¿Qué hay detrás de esa puerta? —le pregunté señalando un punto detrás de la barra.

—Es el almacén —sollozó con un temblor—. Por favor, no me mate. Por favor.

La arrastré hasta allí. De mala gana, abrí la claustrofóbica habitación y la empujé dentro, como si estuviera arrojándola a los tiburones. Ella se dio la vuelta en un vano intento por escapar, pero se paralizó al notar la expresión homicida en mi rostro. Tras una última mirada, le confisqué las llaves del almacén y atranqué la puerta delante de sus narices. Le sería imposible salir de ahí.

A continuación, me desplacé hasta Linda, que no se había movido. Era como si hubiese sido abducida a un rincón oscuro de su mente, hacia un torbellino de recuerdos siniestros.

Recogí la gorra del suelo y me incliné a la altura de sus ojos, pero otro pinchazo me inmovilizó.

—Linda, mírame. —La voz me sonó rasgada. Ella obedeció al instante, pero no sabría decir si de verdad me estaba viendo—. Tenemos que irnos. —No reaccionó, sino que me observó con la frente arrugada. Trencé nuestros dedos y nos levanté a los dos. El esfuerzo empleado fue el mínimo, pero tuve que aferrarme a la mesa para no caerme sobre ella.

El malestar era cada vez más agudo y amenazaba con tumbarme allí mismo.

—¿Qué... qué te pasa? —me preguntó al verme apretando la mano contra mi costado derecho, como si una fuerza misteriosa la hubiera sacado de su aturdimiento.

—Nada.

Me enderecé, me tragué el escozor y la exhorté hasta la salida.

—¿Está muerto? —inquirió cuando pasamos cerca del oficial.

—No —dije con sequedad.

Rodeé el pomo y abrí la puerta, pero Linda no se movió.

Aquello logró exasperarme de verdad.

—Estás herido. —El blanco metálico del picaporte estaba cubierto de sangre.

De mi sangre.

—Estoy bien —gruñí y la llevé a trompicones hasta el jodido Chevrolet.

Debía distanciarme de allí antes de que me atraparan o tomaran nota de la matrícula, pero aún tenía que cerciorarme de que mis miedos no eran infundados. Conduje a una velocidad alta pero prudente, haciendo caso omiso a las miradas que me lanzaba Linda desde su posición. Al parecer, había guardado sus demonios internos en una caja y ahora estaba más preocupada por la palidez de mi rostro, que cada vez se insinuaba más cerosa.

Deslicé el volante hacia la derecha para tomar una curva y, de inmediato, el dolor se expandió por mis costillas hasta la zona de mi pecho. Gimoteé y aplasté la palma contra mi carne. Al apartar la mano me miré los dedos y me di cuenta de que me encontraba en serios problemas. La herida sangraba bastante. Yo había apretado el gatillo contra el policía, pero él también me había disparado a mí.

Aunque yo fui más preciso con la puntería.

A los pocos minutos empecé a sentirme mareado. Tenía el rostro lleno de sudor y varios escalofríos me estremecían el corazón. Me estaba bajando la tensión a un ritmo colosal.

—¿Dónde te han herido? —preguntó Linda al verme tan debilitado, pero no respondí.

Por suerte, a la media hora hallé una estación de servicio y me adentré en el lugar sin dudar.

Paré y me giré hacia ella.

—Quédate aquí.

—¡Necesitas un médico! —exclamó asustada y como vio que iba a irme, tomó mi antebrazo para retenerme—. ¡Te estás desangrando! ¡No vas a aguantar mucho así!

Quise patearme en los huevos por seguir cometiendo los mismos errores respecto a ella.

—¡Me cago en la puta! —Pillé las esposas que reposaban en la caja de cambios, atrapé su muñeca al reposabrazos y atravesé la puñetera distancia que había hasta la cabina de teléfono.

Cerré de un porrazo la puerta de cristal y marqué el número de Morgan. Diez segundos después el teléfono dejó de emitir los intermitentes pitidos. Telefoneé otra vez. Mi amigo no solía madrugar a menudo, pues no tenía un horario fijo para sus mierdas; dormía cuando se lo exigía el cuerpo y la mente.

Sin embargo, la llamada quedó suspendida de nuevo.

Colgué el teléfono con un golpe demasiado agresivo. El movimiento hizo que me tambaleara hacia atrás. Persistí allí, encorvado sobre la cabina durante varios instantes, hasta que logré cuadrar los hombros y regresé al coche transpirando como un cerdo.

Linda me miró frenética.

—¿Vas a decirme qué sucede?

—Que nos vamos. Eso es lo que sucede. —Me incorporé a la carretera con una maniobra imprudente.

—¿Has hablado con Morgan? ¿Cómo está Angy? —preguntó, pero yo no articulé sonido, más que nada porque no tenía ni pajolera idea.

Durante los siguientes minutos me limité a conducir, abstrayéndome de todo, sin apenas oír las preguntas que me formulaba Linda de vez en cuando. No sabía cuántas horas estuve de esa manera hasta que mi cuerpo gritó «¡Basta!». No podía dar más de mí. Estaba completamente agotado.

Parpadeé un par de veces, a pesar de que me notaba en otra dimensión. Ignoraba en qué punto nos hallábamos y tampoco conseguí crear ni un infame pensamiento coherente en mi cabeza.

De repente, se me engarrotaron las manos sobre el volante y me tensé hasta sentir malestar.

—¿Zack? —gritó Linda. Llevaba haciéndolo desde hacía varios segundos, pero cada vez la oía más lejana. O quizás era yo el que se estaba distanciando de la vida. Volvió a gritar, más angustiada—.

¡Zack! ¡Reacciona!

Y lo hice.

Metí el pie en el freno, y nos detuvimos con inestabilidad en el arcén. Mis brazos cayeron inertes sobre mis muslos mientras mi corazón palpitaba con dolorosa contención. Era incapaz de distinguir qué estaba sucediendo. No veía nada y, joder, supe que iba a palmarla. Y la única persona que podía ayudarme, o condenarme, era la mujer que chillaba a escaso medio metro de mi oreja. La mujer a la que había secuestrado y atraído a mi propio infierno sin pensar en las consecuencias, sin pensar ni un jodido instante en ella, sin pensar en nada más que en mis propias prioridades.

De improvisto, mi visión se tornó borrosa y la oscuridad me cegó con su frío velo.

Mi vida entera yacía en manos de Linda Evans.

**16**

**Linda**

*Sábado, 5 de septiembre de 2009*

*Ubicación desconocida.*

La auténtica identidad de mis padres, las verdades que nunca me dijeron e incluso el poder ponerle nombre y apellidos al asesino de mi familia, careció de importancia cuando Zack cerró los ojos y se desvaneció en el asiento, justo a mi lado.

En ese segundo deseché todas mis preocupaciones y las angustiosas dudas que no paraban de desbordarme. En cambio, grité su nombre mientras mi corazón latía a una potencia monstruosa, golpeando su brazo y ordenándole que me mirara, que curvara los labios de ese modo enervante que solía ponerme de los nervios.

Pero no lo hizo. Zack no estaba fingiendo estar desfallecido en un intento por trastornarme como le gustaba hacer tanto, sino que se estaba muriendo. Se moría poco a poco. El hombre que parecía poder con todos y contra todos lucía más frágil que nunca.

La realidad me dio una bofetada.

Intenté aproximarme a su cuerpo, pero las esposas tiraron de mí hacia atrás. Horas antes le había visto guardar la llave en el bolsillo izquierdo de sus vaqueros, así que respiré hondo antes de inclinarme hacia el costado de Zack y tantear con mis dedos la tela de su pantalón. Fue todo un reto alcanzar la abertura del bolsillo, pero tras muchos intentos capturé la llave en mi puño, me liberé de las argollas y me incorporé frente a él.

Zack tenía los ojos apretados con fuerza y también un corte un poco más arriba en la ceja derecha.

Su cara húmeda de sudor y el profundo dolor que irradiaban sus facciones me dieron ganas de llorar.

Estaba descolorido y cuando toqué sus mejillas con el dorso de mi mano, me di cuenta de la drástica caída de temperatura que había sufrido su cuerpo. Desabotoné a toda prisa su camisa de franela y le palpé el torso, los bíceps y por último el abdomen. Me horroricé ante la fresca y pegajosa sensación que se expandió por mis dedos. Su camiseta negra estaba mojada de sangre y se pegaba como una segunda piel a su cuerpo.

Más indecisa que nunca, levanté la prenda. La bala dorada estaba ahí, atravesando su carne rota, en la parte baja del estómago, en el costado derecho. El agujero era minúsculo y parecía una herida superficial. «Sería sencillo extraerle la bala», pensé mientras esa idea se convertía en mi nuevo propósito.

Lo supe cuando salí del coche y partí hacia la puerta del conductor, con las manos ensangrentadas.

La brisa que despedían los camiones, que transitaban a pocos pasos de mí, alborotaron los mechones de mi peluca y algunos cabellos me taparon los ojos. Hice caso omiso a los pitidos de algún que otro claxon con ganas de juerga, empujé el cuerpo de Zack hacia el asiento del pasajero y tras sentarme al volante, cubrí su herida para que no se desangrara.

Giré la llave de contacto y pisé el pedal del acelerador. La impresión de conducir de nuevo me pareció extraña, como si hubieran pasado años desde la última vez. No me puse el cinturón de seguridad y tampoco se lo coloqué a él. Y aunque no tenía idea de dónde estábamos, o a cuánta distancia nos encontrábamos del poblado más próximo, rogué que no estuviéramos muy aislados de

la civilización y, sobre todo, que Zack soportara lo suficiente para mantenerse con vida.

No quería que muriera.

Esa era la única verdad que sabía a ciencia cierta en ese instante.

Recorrí la carretera con premura, echando de vez en cuando un vistazo a Zack. Lo cierto es que cada dos por tres comprobé si aún respiraba. Pasaron los minutos. Mi nerviosismo se intensificó a medida que el paisaje se volvía más monótono y sombrío. Incluso empecé a creer que no conseguiría hacer nada por Zack, que debía aceptar que él iba a morir a mi lado. Esa probabilidad me dolió hasta estrangularme y sentí cómo me despedazaba desde adentro. Sin embargo, solté todo el aire de golpe cuando un letrero anunció la entrada a un pueblo tétrico y tras permanecer cinco kilómetros en línea recta, un motel emergió de la nada.

Suspendí el motor en la única plaza que había en el *parking* privado, pero no me moví del sitio.

No podía hablar con nadie en esas condiciones, con las manos llenas de sangre, así que me volví hacia Zack y tras cerciorarme por enésima vez de que aún tenía pulso, hurgué en sus bolsillos y me apropié de los trescientos dólares que encontré. Luego pillé la botella de agua que reposaba a sus pies y enjuagué mis palmas antes de correr hacia la recepción.

Sentado sobre un taburete, un muchacho que tenía todas las pintas de ser un macarra en plena adolescencia me miró con cara de aburrido y una ceja en alto. Su codo izquierdo estaba en contacto con la superficie de la mesa, y se mordía el piercing de pincho que traspasaba su labio inferior, haciéndolo girar con la lengua.

—Buenas noches. Necesito una habitación —dije a la vez que inspiraba descoordinadas bocanadas de aire.

Él no se enderezó para atenderme ni mostró interés por tener un cliente en su negocio. Al contrario, bufó algo entre dientes y extendió la mano hasta dar con un cuaderno con garabatos.

—Ajá. ¿Es solo para usted?

—No. —Al verle fruncir el ceño y oírle chupetear de un modo grotesco el piercing, añadí más segura—: Mi novio está en el coche.

El calor era sofocante allí. El ventilador situado a mi derecha apenas aireaba la atmósfera.

—Ajá... —rumió a la vez que estudiaba el cuaderno por encima, tomándose todo el tiempo del mundo que parecía estar en mi contra, hasta que se dignó a mirarme y esbozó una sonrisa hipócrita en sus labios—. Hay una habitación disponible. Son sesenta dólares.

—¿Sesenta dólares? ¡Eso es absurdo!

El macarra se rio a la vez que se cruzaba los brazos sobre el pecho.

—Es fin de semana y la única habitación que nos queda. Además, dispone de minibar. Libre consumición.

—No vamos a consumir nada.

Se encogió de hombros.

—Eso es decisión vuestra. —Tamborileó con los dedos sobre la mesa—. Son sesenta dólares. Si no estás conforme, ahí tienes la puerta. Ya vendrá otro cliente.

Pagar esa cantidad era un abuso y él, un sinvergüenza con letras mayúsculas, pero no podía arriesgarme a desperdiciar más minutos buscando un sitio más económico, o donde no quisieran timarme, así que deposité tres billetes de veinte en la mesa.

Él sonrió, abrió un cajón y me cedió una llave.

La 109.

—Que pasen una noche agradable.

Murmuré un crispado «adiós» antes de trotar hasta el vehículo. Abrí la portezuela del pasajero.

Zack continuaba en la misma posición. Me guardé la llave en el bolsillo, coloqué ambos brazos por debajo de sus axilas y lo empujé hacia mí. No fue un buen comienzo. A decir verdad, no podríamos haber empezado peor. Su cuerpo estaba tan pesado en ese estado de reposo que resbalé sobre sus muslos y me pegué en la rodilla derecha con el borde de la puerta.

Enrojecí al dominar un grito de dolor que hirvió en mi garganta.

—¡Zack, tienes que ayudarme o no podré hacer nada por ti! —le dije encorvada cerca de sus labios, rozándoselos al hablar—. Haz un poquito de esfuerzo y ¡arriba! —Intenté alzarlo de nuevo, en vano. Exasperada, le propiné una fugaz pero poderosa bofetada en la mandíbula—. ¡Maldita seas! —

Lo zarandeé—. ¡Despierta!

Ante la fiereza de mi voz, entornó sus ojos que parecían dos rendijas sin vida. De sus labios salió un enredado balbuceo; de los míos, un gemido torturado. No conocía a Zack desde hacía mucho tiempo, pero me había acostumbrado a verle como una criatura fría y enérgica, y me lastimó no distinguir nada de aquello en ese segundo.

Aprovechando que lucía algo más lúcido, ubiqué su brazo alrededor de mis hombros, saqué sus

piernas hasta que tocó la grava con las botas y tiré de él. No sé cómo lo hicimos, pero ambos salimos despedidos del coche, a trompicones, como dos borrachos.

Nos tambaleamos.

Apoyé su espalda en el lateral de la puerta trasera.

—Aguanta —murmuré sobre su cuello. Hundí mi rostro ahí mientras intentaba sostener su peso y también el mío—. Aguanta un poco más.

Su aliento tibio y electrizante me hormigueó la piel.

—Linda...

Lo miré con un nudo en la garganta. Su voz ya no era potente, sino pastosa, desprovista de carácter, de autoridad e incluso de decisión.

—No digas más —le pedí cuando a duras penas pronunció mi nombre de nuevo. Sus ojos empezaron a achicarse—. No te duermas. No te duermas, por favor.

Lo abracé en un arranque de nervios. Nos quedamos petrificados, acogiendo el calor que nos ofrecíamos mutuamente, hasta que me separé de él y empezamos a caminar poco a poco. No había

más de seis metros desde nuestra localización hasta la habitación 109, pero me parecía que el camino se alargaba a cada paso que dábamos.

Descoordinados, nos movimos a la derecha, luego a la izquierda y de nuevo a la derecha, como si estuviéramos bailando una lerda danza. Incluso tropecé con uno de sus pies cuando se dobló demasiado hacia delante, pero atiné a equilibrarnos a tiempo.

Para cruzar el complejo de habitaciones, que no eran más de diez puertas ubicadas una al lado de la otra, había que subir cuatro peldaños. No creí que fuera difícil, pero cuando nos encontrábamos en el segundo escalón la bota de Zack se quedó enganchada a la parte vertical y terminamos precipitándonos al suelo.

Dolió bastante.

—¡Joder! —me quejé con el muslo rojo y dolorido, pero aun así me puse de pie—. Ya falta poco

—animé a Zack y le ofrecí un apretón en la mano, pero sabía que me sería imposible levantarlo. Él estaba boca arriba y respiraba con afán—. Solo un poco más.

No hubo caso. Angustiada, me entremetí varios mechones de pelo de la peluca detrás de las orejas y miré nerviosa al hombre que sufría en silencio hasta que, pasados algunos interminables segundos, percibí una alegre risa cerca de nosotros.

—Ten cuidado, cariño. Vayámonos mejor... No te fíes demasiado —le dijo una mujer a su acompañante cuando nos distinguieron entre el penetrante juego de sombras.

Era una pareja de treintañeros. Él exhibía una tenida informal de vaqueros angostos y camisa blanca y ella, un vestido corto color turquesa que se ajustaba a sus curvas, combinándolo con unos zapatos negros de tacón. En el dedo anular llevaba una alianza sencilla pero bonita, que no paraba de toquetear con el pulgar.

—¿Estáis bien? —preguntó el hombre con la frente arrugada. Tenía acento sureño. Su mujer, sin

embargo, se detuvo a pocos pasos de nosotros, suspicaz.

—Sí, estamos bien —mentí—. Esta noche mi novio se ha excedido con el alcohol. Venimos de una fiesta y me está siendo difícil llevarle a la habitación.

La mujer sonrió al escuchar la palabra «fiesta» y alargó su mano. Su alianza brilló bajo la luna.

—¡Nosotros íbamos justamente a eso! —exclamó dándole un golpecito en el hombro a su novio

—. ¡A celebrar que nos hemos comprometido!

—Felicidades —musité, pero el gruñido ronco que soltó Zack me distrajo de sus gestos repletos de narcótica y ardiente pasión—. Esto es un atrevimiento de mi parte, pero ¿podéis ayudarme a...?

—¡Por supuesto! —El hombre no permitió que terminara la pregunta y le entregó las llaves a su futura esposa—. Sostén esto, *bebé*.

Se acuclilló frente a Zack.

—Procura no tocarle en la zona del estómago —le advertí. Cuando le vi fruncir el entrecejo, añadí con una mueca a modo de disculpa—: Se vomitó encima.

El hombre asintió y pugnó por no acercarse demasiado a Zack. Tras repartirnos las posiciones,

uno a cada lado de Zack, nos dirigimos hacia la puerta señalada como «109» y le tumbamos sobre el colchón. Él no se enteró de nada, pues se había quedado dormido.

Suspiré con cansancio y alivio a partes iguales.

—Muchas gracias —dije al cabo de un momento mientras acompañaba a la pareja hasta la salida

—. Me habéis salvado de una buena. Que disfrutéis de la noche.

—Suerte.

—Que beba mucha agua —me aconsejó ella a la vez que meneaba la mano.

Cerré la puerta con elegancia, aunque no me hubiera importado hacerlo de un puntapié. Mis pulmones se llenaron de aire, pero mi tranquilidad duró menos de un segundo cuando Zack tosió como si tuviera bronquitis. El sonido me alarmó. Me giré sobre mí misma imaginando que vería sangre mezclada con saliva sobre sus labios, que encontraría que Zack había dejado de respirar, que al final se había dado por vencido, pero no fue así. Me había vuelto una histérica.

Caminé hacia él y me senté a su lado. Tras deslizar su camisa por los hombros, le saqué la camiseta y la arrojé lejos de nosotros. La bala seguía ahí. La sangre se acumulaba en el horrible orificio y había restos de pólvora en la forma circular de la herida. No había ni un pedazo de piel que estuviera inmaculada en

su abdomen. Si estrujaba la camiseta, gotearía sangre como si de agua se tratara. Siguiendo mi instinto, aunque no tenía la más remota idea de lo que debería hacer, corrí hacia el baño y cogí una toalla antes de regresar a la cama y sentarme de nuevo.

Descendí mi mirada y tragué saliva. Debía hacerlo. No había alternativa. Resoplando, enterré mis dedos en la herida. La bilis subió a mi garganta cuando empecé a hurguetear dentro de su carne caliente. La sangre brotó con furia y rodó por sus costados como un irregular reguero color carmesí.

Pero no pude atrapar la bala. Cada vez que estaba cerca de agarrarla, se me escurría de entre los dedos. El proyectil no estaba localizado tan superficial como había supuesto, así que tuve que hundir más mis dedos y aguantarme el impulso de vomitar por la ansiedad.

Zack murmuró una lamentación, aún inconsciente.

Todo parecía un verdadero fracaso.

Lo único que quería era ayudarlo a sobrevivir, pero tenía la impresión de que lo estaba rematando con mis patéticos intentos. Cuando otro chorro de sangre manchó las sábanas, retiré mis dedos al sentir la frustración punzar mi piel. No podía hacer nada y no sabía qué más hacer. Todas mis intenciones eran nulas. Las lágrimas se abrieron paso a través de mis párpados mientras temblaba de pies a cabeza. Sollocé cuando más sangre circuló por sus costillas. Su herida había adquirido un tono morado, casi negro, pero todo él estaba pálido y sudoroso.

Como yo.

—¡No te mueras! —chillé a modo de amenaza y pugué de nuevo por sacarle la bala, esta vez con más empeño—. ¡Tienes que vivir! ¡No puedes morirte!

Ni siquiera entendía por qué me importaba tanto su vida, o por qué no había llamado a una ambulancia para que fueran los médicos los que se hicieran cargo de él. Pero me dije que era debido a mi moral; porque quizás los expertos no podrían socorrerle a tiempo y yo no quería cargar con otra muerte en mis pesadillas.

La sangre volvió a arrullarme. El impulso de alejar la mano casi ganó la batalla y justo cuando me planteé hacerlo, logré apresar la bala y se la arranqué de un tirón del cuerpo. Como si quemara, la lancé al suelo y tapé la zona lastimada con la toalla. La tela se tiñó enseguida con el color de la muerte. Presioné mis palmas sobre su carne y esperé a que la hemorragia se fuera controlando.

El corazón me iba desbocado.

Minutos más tarde fui a por otra toalla, aunque ya no salía tanta sangre como antes. Me encontraba doblando la prenda sobre su abdomen cuando recordé que había minibar en la habitación. Recorrí el espacio con la vista hasta que en la esquina izquierda, debajo de una mesa alargada y no muy alta, localicé una pequeña nevera.

Casi me alegré de que pudiera consumir cuanto quisiera, pero al abrir la puertecita mi repentina felicidad se volatilizó de un latigazo. Era apabullante lo que hacían algunos establecimientos para ganar más dinero estafando a los viajeros que tenían que parar por obligación en ese pueblo de no más de cien

habitantes.

Indignada, agarré las dos botellitas de licor, lo único que había para consumir. Cruzé la distancia hasta un dormido Zack y esparcí el líquido en la herida. Había introducido mis dedos ahí, sin haberme lavado ni siquiera las manos. Que muriera a causa de una infección no entraba en mis planes. Al menos, el alcohol mataría las bacterias. O eso esperaba. Ya después los sanitarios, o quien lo encontrara primero, se encargarían de darle mejores atenciones que yo.

De inmediato, eliminé aquel pensamiento de mi cabeza cuando se me estrujó el corazón. En ese momento no podía pararme a pensar en lo que él me hacía sentir o cómo me hacía sentir porque en el fondo, aunque había empezado a experimentar cosas por Zack que iban más allá del deseo o la lujuria, esos sentimientos eran antagónicos. Esas emociones aún desconocidas podían destruirme.

Podían destruirle a él. O mejor dicho podían destruirnos a los dos.

Casi había dejado de sangrar, aunque su palidez se había acentuado al igual que los sudores fríos que recorrían su cara y los estremecimientos que sacudían su cuerpo debilitado. Lo abrigué con la sábana y me quedé mirándolo durante varios minutos hasta que empezó a dolerme la espalda de tanto estar encorvada como una momia.

Su semblante no había sufrido signos de mejoría, pero tampoco de gravedad y aunque deseaba permanecer junto a él, mimarle en silencio, con cariño y ternura, como nunca nadie había cuidado de él, me dirigí hacia el aseo y me limpié con la pastilla de jabón. Me enjaboné las manos, los brazos, los codos, la cara descompuesta y la nuca. Restos de sangre se perdieron por el lavamanos. Restos de lo que había hecho por él. Restos de lo que estaba a punto de hacer por mí.

Tras secarme con la camiseta, pues no había más toallas, retorné a la habitación y me estancué a poca distancia de Zack. Pero no tan cerca como antes. Si me aproximaba un poco más, sería incapaz de alejarme de él. Y debía hacerlo. Debía distanciarme de su vida. Que él se distanciara también de la mía.

Noté un vuelco en el estómago como si estuviera cayendo desde un balcón. Cerré los ojos.

Gimoteé y puse una mano sobre mi corazón, como si alguien fuera a arrancármelo del pecho. Dolía.

Me ardía por dentro. Dolía considerar ese *futuro*. Y no entendía por qué me dolía tanto, por qué me costaba actuar interponiendo el bien al mal cuando yo siempre había obrado del mejor modo posible.

Pero si no quería hacer lo correcto, entonces ¿por qué era incapaz de mandar a la mierda mis ideales y hacer lo que de verdad me dictaba el corazón, a pesar de que mi cordura me pedía lo contrario? La respuesta era sencilla. Porque era una cobarde. Una maldita cobarde. Y me odié a mí misma por ello. Me odié por tener miedo a arriesgarme, a fracasar, a triunfar, a encontrarme como persona. Le tenía pánico a descubrir a la verdadera Linda Evans, con todas sus imperfecciones y sus escasas virtudes. Pavor a averiguar qué tanto sería capaz de hacer por...

No..., no podía ser. Aquello no era amor. En nuestra historia nunca había habido flores, frases dulces o cenas románticas como muestran en las películas. No había dedicatorias en notitas improvisadas, regalos sorpresas o susurros en el oído en mitad de la noche. Nunca habíamos tenido nada de eso y nunca lo

tendríamos. Lo nuestro no podía ser amor. Y de serlo..., ¿qué clase de amor sería ese?

¿Quién querría tener un amor así?

Era cierto que desde que le conocí había percibido una palpable tensión sexual entre nosotros, pero sentía que de un día para el otro, sin saber cómo ni cuándo, esa atracción había mutado a una necesidad enfermiza. Cuanto más tiempo pasaba con él, más sentía que le necesitaba. Más atraída me sentía por todo lo que le rodeaba. Cada segundo a su lado, parecía un año. Toda una vida juntos.

Miles de vidas vividas.

Debía escapar antes de que esa dependencia oscura me consumiera hasta las entrañas. Antes de que él y sus besos siguieran consumiéndome. Ya ni siquiera sabía quién era yo.

Di media vuelta con férrea decisión. Caminé hacia el coche y allí atrapé algo que me sería útil. No había nadie paseando por los alrededores. Todo era inquietante, como si estuviera atrapada en un pueblo fantasma. El silencio me acompañó en mi retorno al dormitorio. Tras atrancar la puerta, empleé las esposas que acababa de recoger en las muñecas de Zack, del mismo modo que él usaba conmigo. Mientras lo hacía, evité mirarlo a la cara. No quería echarme atrás, aunque podría esperar a que se recuperara. Aun así, no podía correr ese riesgo, pues mis sentimientos hacia él atentaban con hacer tambalear aún más los pobres cimientos de mi mundo.

Me lo tenía merecido.

Había querido jugar con fuego y toda yo me había quemado. Lo entendí esa misma mañana cuando me confesó que llamaría a Morgan para liberarme y yo deseé con todas mis fuerzas que no lo hiciera, que se quedara un poquito más conmigo.

Estaba enferma.

Tan loca como él.

Retrocediendo, metí mi mano en el bolsillo y toqué los billetes. En ese instante decidí que me llevaría el dinero. Todo lo demás se quedaría ahí, con él. Continué dando lentos pasos hacia atrás hasta que mi espalda se estrelló contra la puerta de la salida. El golpe sonó obscuro. Fue tan inesperado que me sobresalté como si alguien me hubiera empujado y mis ojos buscaron con desespero la imagen de Zack hasta encontrarlo. Pero cuando le vi en la cama, algo se fracturó en mi interior. Se resquebrajó en mil pedazos. Mi corazón tableteó en mi caja torácica.

Sin cuestionarme si lo que estaba haciendo sería una sentencia o una liberación, abandoné el lugar. Cerré la puerta y apoyé mi espalda en ella. El peso que sentía en mi pecho disminuyó de golpe.

Fue tan repentino que me temblaron las piernas y tuve que respirar hondo varias veces. Tardé bastante en recomponerme, en habituarme a esa intensa sensación de vacío, hasta que me obligué a caminar.

No se me ocurrió subirme al coche y conducir hasta mi nuevo destino, que ni siquiera sabía cuál era. Solo me limité a andar con la mente en blanco, como un muerto viviente. Caminé sin tregua y seguí caminando sin cesar hasta que me hallé a mí misma corriendo como una desesperada. Lo hacía a grandes zancadas fuera de la carretera, bajo la eterna oscuridad de la noche, como si hubiera sido programada

para correr lejos de Zack; lejos de la persona con la que de verdad quería estar.

Saber eso con tanta convicción, sin negármelo más, me impresionó tanto como si una tormenta

tropical se hubiera desatado en mí y, de súbito, aquel peso en mi pecho volvió con más potencia, vigorosidad y dolor que antes, como si estuviera saltando desde un acantilado, consciente de que tendría una muerte fatídica.

Mis piernas cedieron ante la gravedad. Caí sobre el asfalto y me raspé la piel con la gravilla mientras me ahogaba con mi propia respiración. Había olvidado cómo domar un simple soplo de aire. Las lágrimas enturbiaban mis párpados, pero ninguna gota descendió por mis pómulos. Estaba como ida. No me daba cuenta de nada salvo del dolor que sentía en todo mi ser.

Estaba muerta de miedo de mis sentimientos. De lo que podría sentir por una persona como él, por alguien que tenía los días contados y que se parecía tanto a lo que yo siempre había odiado desde pequeña.

¿En qué lugar me dejaba eso?

¿En qué me estaba convirtiendo?

Me ardía la cara. El corazón. La vida. El mero hecho de existir. Él me hacía arder. Me hacía odiarme por ser tan débil y, al mismo tiempo, por ser tan fuerte como para poder imponer distancia entre nosotros.

Encolerizada, solté un puñetazo en el suelo a la vez que reprimía un grito de desolación, que sonó más bien como un gruñido atormentado. No podía irme. No podía dejarle. Y lo más confuso aún era que no quería hacerlo. Estaba hecha un lío. Él era mi ruina. Mis pensamientos se contradecían una y otra vez. Toda mi existencia parecía una contradicción.

Un coche franqueó el carril opuesto e iluminó la vía. El conductor, aunque me vio de rodillas, demacrada y fatigada por el cúmulo de emociones, no se aventuró a prestarme auxilio, sino que aumentó la velocidad y se distanció con rapidez.

Temblando, levanté mi cuerpo. La rodilla derecha me sangraba un poco. Me froté la cara. Aún tenía puesta la peluca. Cuando la calma empezó a asaltarme otra vez, di un paso para retomar mi camino, pero me paralicé al sentir esa amarga opresión de nuevo. La angustia. El sufrimiento. El vértigo. Apreté los ojos y meneé la cabeza.

No lo soportaba.

Era demasiado dolor.

Tensé la mandíbula y continué avanzando, pero no para alejarme, sino para retroceder. Esta vez

no corrí, pues la rodilla me escocía bastante. Y, para colmo, el trayecto se me hizo eterno. No había registrado todo lo que había recorrido mientras corría como una loca y además, a causa del agotamiento, tuve que hacer un par de paradas; aunque quizás fueron muchas más que un par de veces, pues pronto la noche empezó a aclarar obsequiándome un nuevo y desconocido amanecer.

El sol arrojaba los primeros rayos de luz cuando el motel surgió en mi campo visual. A desgana

subí el tramo de escaleras y me detuve frente a la puerta 109 a la vez que notaba el contorno de la llave de la habitación en mi bolsillo.

En el fondo siempre supe que terminaría volviendo a Zack. Era evidente. Entre nosotros existía una afinidad inexplicable. Una conexión desconcertante e irrompible. Algo que el destino había unido y se negaba a separar.

Inspiré débilmente a la vez que la imagen de su cuerpo yaciendo sobre la cama se reproducía en mi cabeza, la expresión pálida y desmejorada de su rostro, conmoviéndome. Sin pensármelo entré en el dormitorio y cerré la puerta. De inmediato, mi corazón dejó de latir.

Nadie, ni en un millar de años, podría haberme preparado para lo que me iba a topar a continuación.

**17**

**Linda**

*Domingo, 6 de septiembre de 2009*

*En estado de shock.*

La sorpresa que me llevé al entrar en la habitación 109 no podría explicarse con palabras. Al principio me pareció una imagen surrealista e increíble, pero lo que sucedía a pocos pasos de mí era tan real como que yo estaba ahí de pie, conteniendo el aire en mis pulmones. Por un instante tuve la tentación de girarme y desaparecer para siempre, pero no pude moverme cuando Zack me fulminó

con sus opacos ojos grises rodeados de unas profundas ojeras.

Estaba recostado fumando un cigarrillo, como si no hubiera recibido un disparo hacía pocas horas. Por sus gestos, era evidente que no estaba cómodo ni contento con la situación y mucho menos conmigo. Cuando expulsó el humo por la boca, separando apenas los labios y elevando la barbilla, una consistente mata de humo envolvió sus facciones mientras retenía el pitillo con los dedos de la mano izquierda. A pesar de la gélida aura que bailaba en torno a él, se veía tranquilo; enfadado, sí, pero sereno a la misma vez, aunque esa contención no era más que una fachada temporal.

Exhalé un suspiro, sintiéndome trastornada por tener que enfrentarme tan pronto a él. Hubiera preferido encontrarlo dormido, o haber tenido algo de tiempo para quitarle las esposas y pretender que lo había cuidado toda la noche. Pero ahí estaba Zack, despierto y plenamente consciente de los hechos y de mis últimos actos. Y aunque me aliviara ver que no había muerto, que podría disfrutar más de su compañía, me atemorizó desconocer la reacción que podría tener hacia mí.

Rompí el silencio cuando al cabo de unos segundos empecé a ahogarme en él.

—¿Cómo te encuentras? —pregunté estancándome a pocos centímetros de la cama. Daba igual que estuviera esposado al barrote. No me fiaba de su fuerza oculta, adormecida como una bestia.

Tomó otra calada, lenta pero corta.

—Estaría mejor sin esto —replicó con un zarandeo de muñeca. El sonido metálico resonó entre nosotros y crispó el ambiente—. No es agradable despertarse con un balazo, mucho menos si descubres que te han atado como si fueras un animal rabioso.

«Lo eres a veces», pensé con ironía.

—¿Te duele? —Señalé la herida—. Sangrabas bastante. Creí que morirías. Me diste un buen susto.

Sonrió con su habitual manera burlona, lo que hizo que mi corazón cobrara vida otra vez.

Solo él podía hacerme sentir así.

—No tienes tanta suerte.

Reprimí un bufido.

Acorté nuestra distancia y retiré la toalla. Todavía sangraba un poco y la contusión se había extendido por todo lo ancho de su vientre, pero suponía que podría haber sido mucho peor.

—Si te quisiera muerto, créeme que lo estarías —dije con calma mientras eliminaba la sangre que había en su piel con la toalla—. No me hubiera sido difícil.

Zack me ignoró y se miró la herida. Fuera de sí, maldijo entre dientes y alegó que estaba hecho una mierda y que tenía un aspecto horrible seguido de unos cuantos juramentos que no logré descifrar. Una vez que se sosegó, más o menos, apagó el cigarrillo en la superficie de la mesita y me estudió con la mandíbula tensa.

—Si no me quieres muerto, entonces ¿cómo cojones me quieres?

—Todavía no lo sé. —Era verdad. Todo eso era nuevo para mí. Estaba perdida entre tantas emociones que me superaban, pero a la misma vez me sentía viva por experimentar más allá del miedo que me provocaban las pesadillas. Porque antes de Zack, antes de que él hiciera de mi vida un verdadero e interminable caos, yo solo conocía una cosa: el sabor más terrorífico del pánico.

—Hay que coser la herida —cambió de tema como si pudiera intuir el rumbo de mis pensamientos a la vez que intentaba sentarse. Su gesto se ensombreció al no conseguirlo—. ¡Joder, Linda! ¡Haz el favor y quítame las esposas de una puta vez!

Tragué saliva y di un salto hacia atrás.

—Si lo hago, ¿me matarás?

Un músculo palpitó en sus sienes.

—Debería —reconoció con frialdad—, así me ahorraría varios quebraderos de cabeza. —Fui a alejarme

de él, pero se apresuró a decir con un gruñido—: Pero no. No te mataré. Hoy no, al menos.

Su respuesta no me convenció.

—Creo que te dejaré así un pelín más.

Se echó a reír. Fue una risa falsa y maliciosa. El Zack de siempre había vuelto pisando con poderío.

—Pensé que eras una mujer que acepta cualquier desafío, pero supongo que las apariencias engañan.

—¡Te he salvado la vida! —gruñí con los músculos tirantes—. No hagas que me arrepienta.

—Quítame las esposas, Linda. —Aunque fue una orden tajante, no detecté la crudeza que había empleado en la frase anterior. Y cuando quise darme cuenta, me hallé con la llave en la mano, sentada a su lado.

—¿Qué tramas?

—Ir a mear. —Enarcó una ceja—. Será lo primero que haga.

—¿Y después?

Inspiró hondo y en vez de responder con desparpajo, como había estado haciendo hasta ahora, me analizó con el ceño fruncido como si fuera la primera vez que me veía. Parte de su soberbia se había evaporado y fundido con el calor de la mañana.

—¿Por qué lo hiciste? —preguntó negando con la cabeza—. Podrías haber llamado a la policía, dejarme tirado en medio de una cuneta o lo más sensato para una persona como tú, tan recta y disciplinada, haberme llevado a un maldito hospital. —Hizo una pausa con sus ojos fijos en mí—.

¿Por qué lo hiciste?

Una dolorosa tristeza me cerró la garganta.

—Yo también me lo pregunto —susurré mientras dirigía la llave hasta la hendidura de las esposas. Su muñeca derecha cayó como un peso muerto en el colchón—. Quizás siempre me lo pregunte. Quizás nunca entienda lo que me sucede contigo.

Me levanté para guardar las distancias con él. Mi estado de ánimo no era el más idóneo en ese momento. El exceso de sensibilidad emocional me estaba pasando factura.

Necesitaba que los dos estuviéramos apartados antes de que le preguntara como una necia si él sabía qué le sucedía conmigo.

—¿Dónde estamos?

Se frotó la piel enrojecida.

—No te preocupes. Esto es un pueblo pequeño, casi deshabitado... —callé cuando intentó sacar las

piernas fuera de la sábana y el dolor le tumbó en el acto. Corrí hacia él y lo ayudé con la tarea—.

Despacio. Debes permanecer en reposo. ¿Te duele? —Presioné la toalla contra su estómago, pues había empezado a sangrar otra vez.

—¡Joder! Claro que sí. Escuece de cojones. —Bajó la mirada y bufó al ver la mancha redonda y rojiza que teñía la tela—. Esto es una puta mierda. Hay que coser la herida —dijo recorriendo la habitación con la vista—. Genial. Tampoco hay teléfono. Necesito un puñetero teléfono.

Me acomodé entre sus muslos, con la palma presionando contra su abdomen.

—No tengo con qué coserte la herida y ¿con quién te urge hablar? ¿Es por Morgan? ¿No hablaste con él? —me alarmé al recordar su expresión en la cafetería, cuando la camarera le entregó el sobre—. ¿Angy? ¿Están bien los dos? ¿Les ha pasado...?

—Están de puta madre —me interrumpió y alejó mis manos de él—. No te pongas histérica. Es lo único que me faltaba.

—Entonces...

—Entonces nada. Necesito hablar con él para que tu amiga esté en condiciones de largarse a más tardar mañana. Debes marcharte. —Sus palabras se sintieron como una patada en la entrepierna. Yo había regresado como una idiota a su lado y, sin embargo, él aún quería echarme de su vida—. ¿Con qué sacaste la bala?

El proyectil, torcido después de haber perforado la carne de Zack, yacía en el suelo.

—Con lo único que tenía más a mano: mis dedos.

Sus ojos se colmaron de sorpresa, pero se recompuso casi de inmediato.

—No te veo capaz de hacer algo así.

—Ya ves, las apariencias engañan.

Decidió ignorar mi tono recriminatorio.

—¿Crees que tengan hilo y aguja en recepción? Iría yo mismo, pero temo desplomarme a los dos pasos.

Fue entonces cuando me di cuenta de que él dependía de mí en ese momento, que tenía la oportunidad de comportarme como lo estaba haciendo conmigo, que podría contestarle como una cabrona y decirle que si quería hilo y aguja debía arreglárselas él solito. Pero, en cambio, me quedé reflexionando sobre el macarra que me había atendido la noche anterior, con el entrecejo arrugado.

—No lo sé, pero deberíamos irnos. Me cobraron sesenta dólares. —Me levanté, introduje la mano en el bolsillo y dejé el dinero en la mesita—. Esto es tuyo.

—No te importó robarlos ayer.

Me indignó su comentario.

—No soy una ladrona. —No iba a permitir que me echara en cara los errores que habían cometido mis padres—. Y si no te has percatado, te estoy devolviendo el dinero. No lo quiero. No lo necesito.

Me miró en silencio de una manera visceral hasta que sacudió la cabeza y comentó:

—Por más que me joda, ni de coña puedo conducir en este estado. Necesito al menos hoy para recuperarme, pero mañana mismo nos piraremos sin falta.

—¿Adónde?

—A La Cueva. —Los latidos de mi corazón se ralentizaron al saber que nuestros caminos no tardarían en separarse—. Ten —dijo tendiéndome cuatro billetes; los acepté con recelo—. Paga la habitación y compra algo de comida.

No había dormido ni comido apenas y aunque quizás estuviera al borde de la deshidratación, lo único que sentía en ese instante era miedo de lo que crecía dentro de mí, tornándose más grande e intenso cada segundo que pasaba con él.

—¿Seguro que no quieres buscar algo más barato? El dinero se está terminando.

—Hay de sobra.

Con un suspiro me guardé los billetes en el bolsillo trasero.

—¿Qué pasará cuando llegemos a La Cueva? —pregunté sin mirarlo a la cara.

—Esto se me ha ido de las manos... —masculló mientras se frotaba los ojos—. Este no era mi plan, pero tu amiga y tú tendréis que quedaros allí hasta que yo vuelva a ponerme en contacto con Morgan. —Lo miré con nerviosismo—. No os hará daño.

—¿Te quedarás con nosotras?

—No, yo partiré ese mismo día.

Un estremecimiento me recorrió la columna.

—¿Adónde? ¿A por Benicio? ¿Sabes dónde se encuentra con exactitud?

—Cuando acabe con él, podréis marcharos a casa —continuó sin más, muy convencido de sí mismo, a pesar de que había recibido un balazo que casi lo había matado.

¿Es que acaso se había vuelto loco?

—Estás herido y no te curarás de aquí a mañana. ¿Cómo sabes que no será él quien acabe contigo?

La mera posibilidad de que muriera a manos de ese monstruo hizo que las lágrimas retornaran a mis párpados.

Suspiró al detectar la pesadumbre en mi expresión.

—Si me mata, lo sabréis también —dijo sin emoción, como si no le temiera a la muerte. Y quizás no lo hacía. Él bailaba con la muerte todos los días. Jugaba con ella desde que era un crío al que le habían arrebatado a base de golpes y castigos la inocencia—. En cualquier caso, vivo o muerto, Morgan no os pondrá ningún impedimento para que volváis a vuestras vidas. Lo único que quiero es que la policía no me toque los cojones mientras voy a por Benicio.

—No lo hagas —supliqué acercándome hasta él, con un nudo en el estómago—. Tienes que curarte primero. Estás demasiado débil. Por favor.

Negó con lentitud con la cabeza.

—Llevo años esperando este momento..., demasiados para echarme atrás.

—No lo hagas —repetí.

Odiaba sonar tan desesperada, pero no podía combatir la aprensión que sentía al pensar en su futuro. No era fantasiosa. Entendía lo que estaba diciéndome, pero también lo que supondría si se enfrentaba a Benicio en aquellas condiciones.

Los dos sabíamos que tenía todas las de perder.

—Linda. —Él también sonó ahogado. Puse mi mirada en su rostro, que se había contraído por algo que no supe cómo tomármelo. Sus manos eran dos puños que se aferraban al borde del colchón y su pecho estaba inclinado hacia delante, como si tuviera intención de levantarse y cobijarme entre sus brazos, pero aquella ilusión se esfumó cuando dijo—: Paga la habitación y averigua si nos pueden prestar un teléfono. También sería genial si nos pudieran regalar, o incluso vender, un rollo de hilo y aguja.

Aunque mi corazón se resquebrajó, realicé un gesto de asentimiento y contuve las lágrimas.

—Haré lo que pueda.

Hice ademán de ir a la salida, pero su voz me paralizó.

—Linda, arréglate un poco. —Lo asesiné con los ojos. Estuve a punto de gritarle que era él quien tenía un aspecto horroroso, aunque mi mente seguía viéndolo atractivo, pero al notar que me tensaba como un erizo, se corrigió—: Tienes la peluca torcida, varios restos de polvo en la camiseta y una mancha de tierra cerca de la barbilla.

Me sonrojé como un tomate.

—Está bien.

Quise proseguir con mi camino, pero él me interrumpió de nuevo.

—¿Qué te pasó en la rodilla?

Los recuerdos danzaron ante mí mientras observaba mi piel desgarrada en cortes irregulares.

—Me caí. No me duele mucho.

—¿Por mi culpa? —preguntó mirando con intensidad mi carne maltratada.

—Sí. —En cierto modo era verdad, así que esperé a que dijera algo, se disculpara o luciera arrepentido, pero esa reacción nunca la obtuve—. Olvídalo. Volveré pronto.

Fui hacia el baño. Si hubiera podido habría permanecido allí durante horas, pero cumplí mi palabra sobre que no me demoraría mucho. Tras hacer pis, mojé un trozo de papel higiénico y me di leves toquitos en la rodilla; luego humedecí mi rostro, me coloqué bien la peluca y salí al dormitorio pasando por el lado de Zack y cogiendo las llaves del coche, sin comentarle mis planes.

Las cosas se harían a mi manera.

Mientras caminaba hacia la recepción, me pregunté qué tal estaría el policía que había reconocido a Zack y que había sufrido un disparo también. O si la camarera ya habría narrado a las autoridades todo lo sucedido la mañana anterior; si les habría dicho que el hombre que atentó contra ella se llamaba Zack Cassidy.

Entré en la infernal oficina. No me sorprendió ver al macarra vestido con una camiseta ancha, negra y roñosa, y unos pantalones del mismo color, muy deshilachados. Pero lo que sí llamó mi atención fue la mujer que le estaba echando la bronca sin sutilizas de ningún tipo. Estaría rozando los setenta y pico años, pero aún había juventud en sus rasgos femeninos a pesar de su cabello blanco recogido en un moño al estilo oriental.

Los dos callaron al oírme abrir la puerta y avanzar hacia ellos. El enfado de la señora fue sustituido por una afable sonrisa, al contrario que la actitud del macarra quien resopló poniendo los ojos en blanco y se ganó una colleja a modo de advertencia.

—Buenos días —dije encaminándome hacia el escritorio.

—¡Oh, querida, lamento mucho la escena! —exclamó ella y se abanicó el rostro con la mano, abochornada—. Este niño saca lo peor de mí. ¡No sé qué hacer con él!

—¡No soy un niño! —se quejó el adolescente antes de levantarse del taburete y morderse el piercing—. ¡Qué asco de vida!

—Disculpa a mi nieto. Es propenso a no caer bien —dijo la abuela y se giró hacia el joven—.

Atiende a la señorita como es debido, hazme el favor, Chris.

—Ya la conozco —masculló él y me miró con desdén—. Deje la llave aquí.

—Eh... Me gustaría alquilar la misma habitación para hoy.

Esas palabras consiguieron que se le cambiara la expresión y observara nervioso a su abuela.

—Ajá. El precio es el mismo, pero puede pagar después.

—Tengo el dinero. —Coloqué tres billetes de veinte en el mostrador—. El minibar... —No pude terminar la frase.

La mujer estalló en cólera contra su nieto.

—¡Otra vez! ¡Lo has hecho otra vez, condenado! —bramó propinándole una colleja. Él se cubrió la cabeza con ambas manos e intentó defenderse—. ¿Cuántas veces te lo tengo que decir? ¡No se tima a la gente! ¡Por eso nunca regresan!

La taladró con la mirada.

—¡No regresan porque esto es un pueblucho de mierda!

Otro golpe en la nuca, por malhablado.

—¡No pienso encubrirte esta vez! ¡Se lo diré a tu padre! —Y tras esas advertencias que atemorizaron al joven, me dijo en un murmullo apenado—: Menuda imagen te estamos dando.

Puedes quedarte gratis esta noche, querida.

Negué con la cabeza.

—No se preocupe. No es necesario.

—¿Gratis? —oí protestar al macarra—. Eso es peor que lo que hice yo.

—Tú. —Le señaló ella con el dedo índice—. ¡Cállate!

El chico alzó los brazos.

—¡Pero es ridículo!

—¿Cuánto vale la estadía? —pregunté para que dejaran de discutir—. El precio real.

—Cuarenta dólares —respondió la mujer.

Cogí dos de los billetes que había en el mostrador. Con lo que había pagado el día anterior más esos veinte dólares hacían ochenta en total, justo lo que tenía que pagar para pernoctar dos días.

—Solucionado. —Sonreí. Ella sonrió también mientras el joven nos miraba con hastío. Escruté el dinero que me había sobrado, con una mueca—. ¿Saben de algún sitio donde pueda comprar comida para llevar? Mi novio y yo estamos hambrientos.

—Hay uno a pocos kilómetros de aquí —contestó la señora en un tono más calmado—. Chris, encárgate de comprar lo que desee la señorita en el restaurante de Ellie.

—¿Y por qué tengo que hacerlo yo?

—¡Porque le debes una disculpa! ¡Y porque te lo estoy ordenando! —Se desplazó con pisadas rápidas hacia el escritorio. Su nieto retrocedió y tropezó con el mueble al creer que recibiría otra colleja por contestón—. Yo me encargaré de atender a los clientes.

—Claro, como vienen tantos... —masculló por lo bajo para que no pudiéramos oírle y entonces, con un mohín, me preguntó—: ¿Qué quieres?

Ignoré ese tonillo condescendiente y me encogí de hombros.

—Lo que sea.

—Compra esas costillas tan ricas que prepara Ellie usando su receta secreta —dijo la abuela.

—¿A las nueve de la mañana? —indagó él con sorna.

—Habrá sobras del día anterior —afirmó y me miró con una sonrisa—. ¡Están riquísimas!

Tenemos un microondas en ese armario. —Señaló una puerta cerrada—. Podemos calentarlas a la hora que más te apetezca.

—Me parece bien.

El joven bufó entre dientes.

—Bueno, decídetes. ¿Qué quieres para desayunar?

Mi estómago protestó.

—Pizza. —Fue lo primero que se me vino a la mente. Abuela y nieto enarcaron las cejas con asombro—. La verdad es que cualquier cosa estará bien.

—Ya la has oído —dijo la mujer dibujando una seña con su arrugada mano para que se marchara.

Él bufó otra vez y caminó hacia la puerta.

—Por cierto... —comenté antes de que desapareciera de mi vista—, necesitamos agua y bebidas.

No hay nada en el minibar.

Encogiéndose, el adolescente se largó a toda prisa antes de que la furia de la abuela se desatara otra vez. Ella sacudió la cabeza mientras veía a su nieto alejarse por la acera.

—Quiero mucho a este niño, pero es un desastre. —Presté atención a sus palabras—. Desde hace dos años se ha convertido en la oveja negra de la familia.

—Es la época —dije por decir algo, aunque yo siempre fui muy aplicada en lo mío. No tuve años locos. No hice locuras ni cosas de las que me arrepintiera al día siguiente. Hasta ahora, porque tras conocer a Zack Cassidy había hecho la locura más grande del universo: volverme adicta a él, dependiente hasta de su respiración—. No sé si será posible, pero ¿tendría por ahí un rollo de hilo y aguja? Necesito hacerle la costura a un vestido que quiero ponerme mañana.

—Tengo una cesta en casa. ¿De qué color lo quieres?

—Da lo mismo, aunque prefiero negro o azul oscuro. Se lo agradecería mucho.

—Claro que sí, querida, no te preocupes. Te lo mandaré con Chris.

—Gracias.

Me miró con notoria curiosidad.

—¿Te estás hospedando con tu novio? —Asentí evitando esbozar una mueca—. ¡Qué tierno! ¿Un viaje de enamorados?

—Sí, algo así. —Sonreí con tirantez.

Ella percibió mi incomodidad, pero por fortuna no hizo preguntas embarazosas.

—Bueno, querida, no te molesto más. Seguro que estás deseando volver con tu chico. —Sonreí de nuevo, como una tonta—. Chris te llevará todo a la habitación. Quizás tarde un poquito con la comida ya que aún es temprano.

—No hay problema. —Fui hacia la salida—. Gracias por todo. —Y me marché de allí diciendo adiós con la mano.

La mínima paz que había notado con esos desconocidos fue disipándose a medida que me aproximaba al Chevrolet. Una vez allí, abrí el maletero y tomé la correa de la bolsa deportiva. Podía estar sin comida, incluso podía estar sin dormir si fuera necesario, pero me negaba a seguir con la misma ropa de hacía días. Además, la camiseta de Zack estaba asquerosamente manchada de sangre.

Ascendí el tramo de escaleras y entré en la habitación con fingida indiferencia. Estaba claro que me equivoqué al pensar que Zack estaría esperándome sentadito en el colchón. Empujé la puerta tras de mí y dejé caer la bolsa en el suelo. La cama seguía deshecha y sobre ella estaba la toalla ensangrentada, arrugada entre las sábanas, mientras el característico olor de Zack, mezclado con el aroma del sudor y de

la sangre, flotaba a mi alrededor, persuadiéndome.

Un sonido provino del baño. Fui hasta allí y me congelé en el umbral. Zack estaba con los brazos extendidos a ambos costados de la bañera empotrada, fabricada con losa blanca, con la mirada borrosa en la pared de enfrente. El agua oscura de su sangre le cubría un poco más arriba de la cintura. Se había mojado el pelo, peinándose hacia atrás, mientras su nuca descansaba en la pared de azulejos grises que había tras él.

Entorné despacio la puerta. Zack me miró inexpresivo y yo hice lo mismo con él hasta que no pude más con ese absurdo distanciamiento y tomé el bordillo de mi camiseta. La tiré a las baldosas antes de realizar lo propio con los pantalones, las zapatillas y los calcetines, muy lentamente. Respiré hondo al quedarme en ropa interior y esperé una invitación o un gesto que fuera algo más que lo que se asomaba por encima del agua, cerca de su ombligo. Su cuerpo respondía a mi semidesnudez, pero sus labios permanecieron sellados. Sin embargo, yo estaba decidida a conseguir algo de él, aunque fuera lo mínimo.

Localicé el broche del sujetador y lo aflojé. Las braguitas fueron coronadas bajo mis pies descalzos. A continuación, empecé a andar hacia él mientras mi corazón latía fuerte y retumbaba contra mi pecho hasta que por el rabillo del ojo me vi de perfil en el espejo. Aún no era yo misma.

Con un movimiento brusco me arranqué la peluca y ahuequé mis cabellos con los dedos a la vez que colaba las piernas dentro de la bañera y me acomodaba entre sus muslos separados.

A pesar de mis acciones, apenas percibí la temperatura del agua. Lo único que podía apreciar era su mirada turbia, sus ojos sin brillo y sus manos inertes sobre los costados de cerámica. Lo sentía todo de él, pero esa distancia, corta e infinita a la vez, me estaba envenenando, así que me arrastré hasta quedar montada sobre sus caderas.

Su pene se tensó al sentir mi piel pálida, que contrastaba notoriamente con la suya, provocándome pequeñas cosquillas en el vientre, pero no hizo nada más. Su frialdad era exasperante, demasiado desconcertante para mi mente. Y no lo entendía. Habíamos follado como salvajes. Habíamos perdido el control juntos y nos había encantado. Él me deseaba a mí tanto como yo lo deseaba a él, pero aun así pretendía mantenerme alejada, como si fuera un virus.

Me negaba a aceptar esa realidad.

Enredé mis dedos en su pelo y besé su cuello, ronroneando de placer. Entonces, desplacé mis labios hacia sus pómulos y continué hasta su mandíbula. El vello de su barba me molestó un poco, pero seguí besándolo a la vez que me apretaba más contra él, sin rozarle la herida, sintiéndole grueso contra mi estómago.

Oí cómo sus dedos se sostenían a los bordes de la bañera, aguantándose las ganas de tocarme.

Eché la cabeza hacia atrás y lo miré. Y aunque seguía teniendo la misma expresión, me incliné para que nuestros labios se fundieran en un beso. Pero él me rechazó y retiró su boca. Sus manos se engancharon a mis hombros y me empujaron hacia atrás.

—¿Por qué? —pregunté en un susurro, sintiendo que me estaban mutilando.

No contestó; en cambio, continuó ignorándome como si no estuviéramos desnudos, excitados y deseosos el uno por el otro. Y lo intenté, juro que lo intenté, pero no pude soportar más su indiferencia. Mi autocontrol se desvaneció en ese momento, como si mi paciencia fuera un bloque de apartamentos cayendo en picado, demoliéndolo todo a su paso.

Le salpiqué agua en el rostro.

—¿Por qué? —inquirí otra vez, con rabia e impotencia. Como no obtuve respuesta repetí el procedimiento, pero con más abundancia de agua. Lo único que conseguí fue que me atravesara con sus iris coléricos y se limpiara la mejilla con el dorso de la mano.

—No me toques los cojones, Linda —me advirtió en un tono que daba miedo escuchar, pero yo ya no le temía. Nada en él me daba miedo—. No tengo el puto día.

—Y yo tampoco. No lo tengo desde que te conocí.

Cerró los párpados y apoyó la nuca en la pared.

—Te jodes.

—Contéstame —exigí—. ¿Por qué te alejas de mí cada vez que follamos? ¿Por qué me apartas si tú también quieres estar conmigo?

Le vi tragar saliva. Sin embargo, siguió en la misma posición como si yo no estuviera delante de él. Como una idiota esperé varios minutos, pero mi ira fue aumentando más y más con cada segundo.

El silencio se tornó intolerable y no pude evitar descargar contra él todo lo que había aguantado y todo lo que seguía aguantando.

Le crucé la cara con una sonora bofetada.

Aquello le hizo abrir los párpados como platos, totalmente anonadado, mientras que a mí se me desordenaba la respiración y me sentía escandalizada por haberle pegado. Las lágrimas se apiñaron en mis cuencas debido a la furia que arrollaba mis sentidos.

Volvió su rostro hacia el mío, con una expresión amenazante y peligrosa, mientras su mejilla derecha adquiría un infantil tono rosado. Con un gruñido feroz, Zack llegó hasta mí en una milésima de segundo, me agarró de los cabellos con su puño y me atrajo hacia su boca. Me dolió el tirón de pelo, pero no me quejé, sino que abrí mis labios para él, para que su ávida lengua me invadiera, me poseyera y me devolviera a la vida.

Le clavé las uñas en los hombros mientras me mordía con sus dientes, pellizcaba mis labios con los suyos, tironeando de la parte más carnosa y sensible, para después mitigar ese plácido dolor con sus caricias cálidas y hambrientas.

¿Sería todo así con él? Agresivo, intenso, brutal.

Zack apartó nuestras bocas, empujándome de nuevo por el pelo, con más ímpetu.

Gemí más por la pérdida de contacto que por la brusquedad que utilizó para hacerlo.

—Qué estúpida eres... —gruñó antes de levantarse y dejarme destemplada en el agua. Salió de la bañera. Yo me quedé mortificada por el insulto, pero me emocionó oírle exhalar con fuerza a la vez que murmuraba—: Qué estúpido soy.

Sus palabras me hicieron evocar una de nuestras conversaciones, que había tenido lugar no muchos días atrás. «Sería muy estúpido si te enamoraras», me había dicho él. Y yo, muy convencida de mí misma, había respondido: «O si tú lo hicieras».

Aquello me dio esperanzas.

—Entonces vivamos en nuestra estupidez —dije mientras le veía aferrarse al lavamanos, cansado por la quemazón de la herida y por toda la situación en sí.

Me estudió con fijeza.

Y yo le desnudé parte de mis sentimientos.

—¿Por cuánto tiempo? —Ese era nuestro problema. Siempre lo había sido. No teníamos tiempo.

No teníamos futuro. Me puse de pie y me situé frente a él, con el corazón destrozado, viéndole negar con la cabeza—. ¿Cuánto tiempo crees que va a durar esto, Linda?

—Tanto como tú lo alargues.

Cuando no respondió, descansé mi frente contra su pecho y cerré los ojos.

Dolía.

Dolía tanto como cuando hui del motel. Estar con o sin él me abatía. Con él, por todos los males que nos acechaban. Sin él, porque todo se convertía en una realidad incoherente y sin sentido.

—No es posible —dijo en voz baja mientras reposaba su mentón sobre mi cabello—. Nunca lo ha sido. Esto es imposible. Lo sabes tan bien como yo.

—Podrías esperar a recuperarte en casa de Morgan... —sugerí con poca esperanza—. Y ya después...

Enmudecí, y él inquirió con suavidad:

—¿Qué crees que habrá después, Linda? —Levantó mi barbilla hasta que nuestros ojos se descubrieron sinceros.

«¡No lo sé!», quise gritar pero lo único que pude hacer fue agarrarme a su cuerpo.

—No quiero ver en las noticias que has muerto.

Acarició mi mejilla con su pulgar.

—¿Tan poca fe tienes en mí? —Se rio con tristeza.

—Estás malherido. —Suspiré—. Y no quiero perderte. No... no sé por qué, estoy muy confundida, pero... Pero te quiero en mi vida.

Exhaló con tristeza y miró hacia otro lado. Y yo no soporté ver que aquello, lo que le pedía con tantas ansias, era un sueño. Que tarde o temprano le perdería, que nos perderíamos los dos.

Con pasión me lancé a por su boca. Él respondió de inmediato. No hubo vacilaciones. Me apretó

contra él sujetándome por las nalgas e inmovilizándome por la nuca, pero no aumentó el ritmo de sus labios. Fue un beso profundo, pausado y vehemente. Un beso que saturó hasta la última fisura de mis heridas y, a la misma vez, me dejó vacía al saber que al final se terminaría.

Como todo lo nuestro.

Ese pensamiento me desmoralizó.

El beso, de súbito, se convirtió en una guerra de lenguas, saliva y dientes. Las manos volaron y las uñas se clavaron en las pieles mientras nacía desde lo más hondo de nuestro ser esa imperiosa necesidad que nos embargaba cada vez que estábamos juntos. Una dependencia que nunca me abandonaría y anhelaba que nunca lo abandonara a él.

—No quiero perderte... —repetí con la voz rota, buscando su mirada, con la vista empañada por las lágrimas—. No quiero que mueras.

—Todos moriremos algún día.

—¿Tú quieres que me muera?

—No antes que yo.

Su respuesta me bastó. Fue suficiente. No necesitaba más palabras. No necesitaba más demostraciones, porque si las hubiera no sería Zack. Si las hubiera..., no sería yo misma. Lo besé de nuevo, pero él interrumpió nuestra conexión.

—No me alejes de ti —supliqué—. Hoy no, Zack... Hoy no.

Cerró los ojos, pero los abrió de nuevo cuando el sonido de alguien llamando a la puerta causó que todos sus músculos se tensaran.

—¿Quién coño es?

—Será la comida. —Recogí la peluca y me la puse—. Se me olvidó decirte que ya he pagado la habitación. También me aseguraron que me entregarían un rollo de hilo y aguja.

—¿Qué hay del teléfono?

—Lo siento... —titubeé—. No me acordé.

—No importa —dijo frotándose la cara con ambas manos para luego mirar mi cuerpo desnudo.

Yo también me quedé mirándolo, pero cuando hubo más golpes en la puerta, grité un furioso «¡Ya voy!» antes de volverme hacia Zack.

—Espérame aquí.

Corrí hacia la cama, escondí la toalla sucia como también la sábana donde había una grotesca mancha de sangre, y pateé la bala hasta ocultarla detrás de la pata de la mesita. Me vestí con una de las camisetas de Zack y tras revisar mi deplorable aspecto en el espejo, abrí la puerta y me encontré con Chris y su cara de pocos amigos.

—Aquí tienes —dijo tendiéndome una bolsa, directo al grano—. No había pizza, pero Ellie os ha preparado unos *souvlakis* de pollo. Su marido es griego. Por cierto, las costillas llevan salsa barbacoa y dentro está lo que le pediste a mi abuela.

—Gracias.

Recogió un juego de toallas del suelo.

—Dame las otras para lavarlas.

—Ya te las daré después. El baño está ocupado.

—Como quieras... —murmuró a la vez que echaba un vistazo por encima de mi hombro—. ¡Ah, se me olvidaba algo! —Tres dólares con ocho centavos—. Sobró esto.

—Quédatelos.

—Guay... —Cuando calló y abrió los ojos, di media vuelta y hallé a Zack con la bolsa deportiva en la mano, de espaldas a nosotros, con todo al aire y sin ninguna vergüenza—. ¡Bonito tatuaje! —exclamó con sorna Chris al ver las nalgas prietas de Zack.

Él nos hizo una seña con la mano, sin mirarnos.

Sacudí la cabeza y me mordí el labio inferior para reprimir una carcajada.

—Gracias por todo, Chris. Y adiós. —Le sonreí con las cejas enarcadas antes de cerrar la puerta y dejarle con la palabra en la boca. Resoplé yendo hacia Zack y me quité la peluca. La dejé encima de la cama—. ¡Estás loco! ¡Podría haberte reconocido!

Se encogió de hombros y me arrebató la bolsa.

—Me aburría ahí dentro —dijo cogiendo la comida y el rollo de hilo con la aguja atravesada en las hebras—. Comamos primero, a menos que te dé asco. No quiero que te den náuseas después.

Coloqué las toallas sobre la cama.

—Puedo coserte la herida sin que me produzca ni una sola arcada.

—Pues a comer. —Se sentó en el colchón. Yo fui a hacer lo mismo, pero me tomó de la mano y, atrayéndome hacia su pecho, asió el borde de mi camiseta—. No me prives de las vistas.

Se me aceleró el corazón. Completamente desnuda, tomé asiento a su lado. Lucíamos como dos

hippies. Él con la espalda apoyada en el cabecero y yo con las piernas cruzadas. Comimos en silencio. Empezamos por los *souvlakis*, que estaban riquísimos, pero a los pocos mordiscos no pude resistirme y abrí el *tupper* atiborrado de costillas, que olían de fábula. Engullí tres en menos de cinco minutos. Estaba hambrienta. La salsa barbacoa sabía deliciosa y chorreaba entre mis dedos, incluso tenía un pegote en el mentón, pero me dio lo mismo que Zack me estuviera mirando, aunque él comió con la misma ansiedad que yo.

Una vez satisfechos, nos lavamos los dientes uno al lado del otro mientras nos observábamos en el espejo. Parecía que habíamos logrado hallar un equilibrio entre nosotros; que por fin habíamos recuperado parte de la calma y el control de lo que sentíamos. Pero nada era real. Lo corroboré cuando regresamos a la cama y mientras él se tendía y estiraba sus largas piernas en el colchón, yo me dispuse a encender el televisor.

—Deja eso ahí.

Fruncí el ceño y le lancé una mirada por encima del hombro.

—¿No quieres ver las noticias?

—Hoy no quiero saber nada de nadie. —Como no solté el mando a distancia, me arrebató el cacharro con delicadeza y lo situó sobre la mesita—. Solo me apetece una cosa.

—¿Qué te apetece?

Palmeó su lado izquierdo.

—Ven —me invitó con una pequeña sonrisa. Quizás debería haberme alegrado por esa muestra de cariño, pero yo sabía lo que estaba intentando hacer. Me estaba regalando los momentos que yo quería que me diera; aquellos que no podría darme más adelante. Tiró de mi mano y susurró—: Quédate conmigo, Linda.

Sentí cómo me traspasaba un agudo dolor en las vísceras y repercutía en todo mi ser, como una bomba nuclear. No obstante, me acurruqué suspirando entre sus brazos y pugué por que aquel ardor en mi garganta no me triturara las entrañas. Ya habría tiempo de coserle la herida. O pedir un teléfono. Casi me eché a llorar cuando acarició mi columna con las yemas de sus dedos mientras yo ponía una de mis piernas entre las suyas y me apretujaba más contra él.

Hubo algunos minutos de amargo silencio hasta que Zack comentó en un murmullo incrédulo:

—Eres la primera mujer que me da una bofetada.

Le rocé una tetilla con mi nariz.

—Me alegra ser la primera en algo, aunque esté relacionado con la violencia también.

—En cambio, yo llegué tarde para esto. —Introdujo una mano entre mis muslos y me tocó el clítoris. Le di una palmada en el brazo y él se echó a reír, pero era una carcajada tan falsa como todo lo que estaba sucediendo entre nosotros en aquel momento.

—Yo he llegado tarde para muchas cosas respecto a ti.

Desvió lentamente sus dedos hacia mi costado y los posó sobre la curva de mi trasero.

—Lo importante no es el primero que llegue, sino el último que se quede. —Sus palabras fueron como granadas letales para mi cordura. Yo sería la última si Benicio lo mataba. Y él sería el último para mí también, pues no imaginaba a otro hombre en mi vida—. Deja de pensar tanto. No pienses, Linda.

Tenía el corazón engarrotado.

—No puedo. Lo intento, pero no puedo... —dije con voz tenue mientras buscaba más de su calor

—. Me duele, Zack. Me duele mucho y ni siquiera sé dónde.

—Lo sé. —Su pecho se infló al tomar aire—. Sé cómo te sientes.

Tras un momento de absoluto mutismo, depositó un beso en mi coronilla y se quedó mirando el techo, con mi mejilla recostada sobre su hombro. Cerré los ojos e intenté centrarme en el ritmo de su respiración, en absorber el aroma a limpio y embriagador de su piel y apaliar el malestar que me punzaba cada parte del cuerpo.

—No quiero que sea mañana... —dije de repente, completamente destrozada.

Y para mi sorpresa, él añadió en el mismo tono desquebrajado:

—Yo tampoco.

Lo abracé con un intenso anhelo en mi interior y me aferré a sus palabras; a su declaración que expresaba un sentimiento muy similar a lo que yo sentía por él; a la ilusión más ingenua de la vida; a lo que mi corazón añoraba y reclamaba como suyo.

A eso que las personas normales, en situaciones normales, llamaban «Amor».

**18**

**Zack**

*Lunes, 7 de septiembre de 2009*

*De regreso a La Cueva.*

La culata del revólver me rozaba la piel. La sentía raspar contra mi carne, arañándome cada vez que realizaba una maniobra en la vía. Conocía esa sensación como la palma de mi mano, y me hacía recordar la mañana en que comenzó mi pesadilla. Vestía la camisa de cuadros azules de manga larga y unos pantalones oscuros y desgastados; la misma ropa que me había puesto el día que secuestré a Linda, prácticamente. La elección de la vestimenta había sido un acto inconsciente, pero eso solo podía significar una cosa: aquello era el principio del fin.

Mientras conducía a buen ritmo, Linda se dedicaba a observar el paisaje por la ventana, enmudecida y sin las esposas. Sabía que debía de estar tan agotada como yo pues el día previo, aunque apenas nos movimos de la cama, había sido demoledor para nuestras mentes. Tras no permitirle ver la televisión, se quedó dormida en mis brazos mientras yo fingía estar dormido también. No podía negar que me sentía fatal, más que nunca, como si me estuvieran machacando el corazón por estar junto a ella; aunque el dolor se agrandaba cuando nos distanciábamos y Linda me miraba con sus expresivos ojos congestionados de lágrimas.

A mí..., que nunca me había importado si alguien lloraba o sufría por mi culpa.

Me había quedado absorto contemplándola a la vez que una agónica desesperación se apoderaba de mí. No entendía qué coño me pasaba con Linda, por qué no podía matarla y deshacerme de su cuerpo como lo había hecho cientos de veces en el pasado. Ella ni siquiera era mi prototipo de mujer.

No tenía las tetas grandes ni el culo como dos voluminosas montañas. No tenía esa expresión de perra atrevida en la cara, que me solía poner tiesa la polla, ni los labios gordos como dos malditas bolsas de silicona. Linda no poseía nada que me gustara y a la misma vez lo tenía todo. Todo lo que había empezado a necesitar en algún momento de aquella travesía. Todo lo que creía necesitar a partir de ahora.

Cuando las pesadillas empezaron a manipular su subconsciente, contraí los músculos. Linda agonizaba en sueños, se estremecía y un sinfín de sollozos brotaban de sus labios. Y yo odiaba verla así. Odiaba no poder hacer nada por amainar su sufrimiento. Así que antes de que pudiera pensármelo, la besé de un

modo que distaba mucho de ser delicado; más bien fue brusco, pero también sincero.

Ella se despertó con un suspiro soñador y sin abrir los párpados, su lengua saboreó la mía. En aquel jodido segundo ansié que el tiempo se congelara. Creo que incluso supliqué que lo hiciera.

«Qué puta chorrada», me reocriminé a mí mismo mientras la besaba con una vehemencia inigualable.

Yo nunca había pensado de esa manera y para qué mentir, tampoco quería empezar a hacerlo ahora.

Confuso y sobrepasado por lo que sentía, interrumpí el beso abruptamente, pero cuando Linda me miró a los ojos, somnolienta y con los labios hinchados, supe que tampoco había vuelta atrás para mí.

Estaba jodido. Ella se había convertido en mi condena. Y quién sabe, quizás en mi única salvación.

Linda acarició mi rostro una vez más antes de levantarse y entretenerse ordenando la habitación mientras yo, aún tumbado, absorbía su desnudez. Había adelgazado bastante. Su melena ya no brillaba como cuando venía a entrevistarme a la trena. No llevaba ni una pizca de maquillaje y la mayoría de las veces que sus ojos resplandecían, era como consecuencia de las lágrimas.

«Sería mucho más feliz sin mí. Si no me hubiera conocido nunca.»

Mis pensamientos se disolvieron cuando se sentó a mi lado con un rollo de hilo negro y una aguja más o menos gruesa en la mano. No mintió cuando dijo que no le daría asco coserme la herida. A

decir verdad, mientras Linda juntaba mi inflada carne con las hebras, contuve una mueca de dolor.

Porque dolió y mucho. Dolió como si me estuviera clavando la aguja en los huevos. Por fortuna, ella pareció compadecerse de mí y terminó mucho más rápido de lo que me merecía.

El resto de la tarde y de la noche transcurrieron así, entre silencios espesos, miradas intensas, caricias lentas, suaves y decadentes, los dos tirados sobre la cama, hasta que tanto silencio se convirtió en pesadez, en desasosiego y en ganas de huir de la realidad. Y a mí no me apetecía pensar en nada. Ni siquiera le recordé que fuera a buscar un teléfono; en cambio, me limité a acariciarla por todas partes y antes de que nos diéramos cuenta de lo lejos que habíamos ido con nuestro inicial toqueteo, tenía sus muslos en mi cara y mi lengua hundida en la abertura de su coño.

Quizás no pudiera follarla con la polla, porque moverme en sí me producía un ardor de cojones y me picaban los puntos de la herida, pero no dudé en hacérselo con la boca. Si la palmaba, al menos me llevaría la imagen de Linda moviéndose sobre mis labios, balanceando las caderas y gimiendo agarrada al cabecero, mientras yo me corría sin haberme tocado ni un miserable segundo, salpicando mi estómago con descoordinadas descargas de semen, gruñendo completamente extasiado.

De repente, el brusco cambio de velocidad nos sobresaltó a los dos. Había apretado sin querer el acelerador mientras estaba sumido en aquel placentero recuerdo. Relajé el pie y seguí conduciendo sin disculparme con Linda, que me miraba por el rabillo del ojo.

Así lo habíamos pasado el día anterior, corriéndonos con la boca y con los dedos, frotándonos con cada parte de nuestros cuerpos hasta alcanzar el orgasmo. Incluso le supliqué como un desesperado, con la voz

ronca por el morbo, que me follara como ella quisiera. Casi morí del gusto cuando me hizo terminar en sus labios. En esa bendita boca suya. Tras un pequeño descanso, con el aliento recuperado y las pieles brillantes por el sudor, le pedí que volviera a hacerlo, con la polla más dura y caliente que en toda mi puñetera existencia.

Emplear el tiempo en follar había sido mucho más fructífero que especular sobre mierdas que solo nos lastimarían, como por ejemplo el hecho de que pronto no nos volveríamos a ver. Nunca más. Saber eso dolía más que la bala, mucho más que aspirar el hedor a carne chamuscada brotando de mi propio cuerpo.

Temprano por la mañana, antes de largarnos del motel, nos llevamos las toallas y las sábanas impregnadas de sangre y fluidos corporales. La llave la dejamos a un lado de la puerta 109. No nos despedimos de nadie y nadie se percató de que nos habíamos marchado.

Durante el camino decidimos omitir que faltaban pocos kilómetros para llegar a La Cueva.

Incluso conseguí no mostrarme nervioso cuando paré un momento a llamar a Morgan y él no contestó al teléfono. Otra vez. Regresé al coche pintando una sonrisa reacia en mis labios, pero a pesar de la falsa calma que expresaban mis gestos, nada iba bien. Todo se estaba yendo a la mierda y Linda, que lo sabía a la perfección, no paraba de retorcer sus manos en el regazo.

Su ansiedad me la estaba transmitiendo a mí.

Descendí un poco la ventanilla, arrojé el sexto pitillo que acababa de fumarme y encendí la radio en un intento por distraernos. Pero la frecuencia en aquel parámetro era mediocre y la voz del cantante se veía interrumpida por numerosas interferencias. Bajé el volumen y tamborileé con los dedos sobre el volante.

—¿A qué edad perdiste la virginidad? —solté de pronto mientras notaba su mirada en mí. Me giré un momento hacia ella y la vi pestañear como si no diera crédito a la pregunta.

Volví a centrarme en la carretera.

—¿A qué viene eso?

—Hablemos.

—Sobre mi virginidad —repitió, incrédula.

—Sí. Bueno, más bien sobre la ausencia de ella. —Sonreí de medio lado, pero ella se horrorizó y retorció aún más las manos. *Me cago en la puta*—. ¿Te da corte o qué?

—¡Claro que no! Es solo que... es raro. —Enarqué una ceja en plan odioso. Resopló ante mi semblante—. ¡Uff, está bien! Perdí la virginidad a los diecinueve años.

—¿Con un novio?

—No. —Cuando no aportó más datos, le pedí que continuara—. Fue con un desconocido. La loca

de Angy me arrastró a una fiesta que organizaban los de último año de carrera, me emborraché por primera vez y además de perder la pulsera que me había regalado mi tía Emma, también perdí la virginidad.

—Un recuerdo precioso —me mofé casi sin poder imaginarme a una Linda alocada.

—No te burles. —Se rio a regañadientes—. Ni siquiera recuerdo cómo fue.

—Lo más probable es que haya sido espantoso, sobre todo si él iba tan pedo como tú. Quizás ni siquiera atinó a metértela las primeras veces. ¿Qué tal fueron los siguientes?

Se volteó hacia mí y se recolocó el cinturón para que no le molestara.

—¿De verdad quieres hablar sobre los hombres que han estado en mi cama?

La miré por encima de las gafas de sol.

—No me importa quién te haya tenido primero. Y a ti tampoco debería incomodarte saber que he estado con varias mujeres desde los dieciséis años, por si te lo estabas preguntando.

—Un poco sí me fastidia —reconoció en voz baja.

—¿Por qué?

—No lo sé, pero no me gusta imaginarte con otra que no sea yo —lo dijo en un tono tan posesivo que se me encendió la sangre. Incómoda, cambió de tema—. He tenido pocos novios. Casi todas mis relaciones han durado escasos meses. Nunca he sido muy dada a los romances. No he tenido la necesidad de tejer mi propia historia de amor. Siempre me importó más mi profesión, ser un ejemplo a seguir en el mundo de la psicología forense, que me reconocieran por mis estudios e investigaciones, pero ya ves..., no he conseguido mucho de nada.

—Estás recién empezando tu carrera. Tienes toda la vida por delante para sorprender a aquellos de quienes has aprendido. Algún día destacarás por encima de todos.

—Ahora mismo piensan que soy tu cómplice —me recordó sin rencor ni reproches.

Sentí una oleada de agotamiento.

—Eso se acabará aclarando. La policía entenderá que no has tenido nada que ver conmigo. No te preocupes.

—No lo hago. —Sus ojos brillaron con un incitante destello—. Y sí he tenido que ver contigo.

Mucho, la verdad.

—Pero nadie tiene por qué saberlo —la tranquilicé—. La gente creerá que te secuestré, que soy un hijo de puta sin escrúpulos y tú podrás seguir con tus estudios, perfeccionar tu tesis y demostrarles a esos viejos orgullosos que se hacen llamar doctores que posees información privilegiada. Al fin y al cabo, no todos pueden presumir de haber convivido con un exsicario de la Mafia Mexicana durante más de una semana.

Sonrió, aunque apenas fue notorio.

—No te discuto los dos primeros puntos porque tienes razón. —Dejé escapar una amarga carcajada ante su franqueza—. Pero esos hombres no son viejos orgullosos. Son profesionales del campo. Yo no soy ni la mitad de buena que ellos.

—Lo serás.

—¿Y qué pasa si no quiero serlo? —La miré sorprendido y ella me devolvió el gesto. Estaba seria. La minúscula sonrisa se le había borrado de los labios—. ¿Qué pasa si lo que pensaba que me hacía feliz en realidad no lo hace? ¿Si lo que me hacía sentir viva solo me estaba matando sin que yo me diera cuenta? —Exhaló con pesadumbre y negó con la cabeza—. La tesis... No creo que pueda seguir con ella.

Sus palabras me perforaron desde adentro hacia fuera.

—Es pronto para que la retomes. Necesitarás tiempo antes de continuar con tu trabajo.

—¡Pero es que no quiero hacerlo! —dijo a la vez que elevaba las manos, frustrada. Se quedó callada un instante como si estuviera buscando una explicación a sus pensamientos—. No quiero seguir siendo como soy. No quiero ser esa mujer fría en la que me obligué a convertirme. No me gusta lo que hago. No quiero... No quiero...

Cuando se interrumpió a sí misma, turbada por su revelación, pregunté:

—¿Qué quieres entonces, Linda?

—No lo sé... Yo... nunca he pensado en ello. —Dejó escapar un suspiro y siguió mirándome hasta que de repente halló la respuesta—. Quiero algo que realmente me haga feliz. Sin complicaciones. Sin nada a lo que pueda agarrarme. Ni nada que pueda hundirme. Equilibrio. Quiero encontrar equilibrio en mi vida. Saborear el día a día y no tragarlo para que simplemente pase rápido.

Hubo un denso silencio entre nosotros.

—Quieres la típica casita en mitad del bosque —dije luchando contra la decepción que notaba hacia mí mismo—. Sin nada más que la naturaleza, la calidez de un hogar y el aire puro envolviéndolo todo.

—No lo sé.

—Puedes admitirlo —la animé con una sonrisa lánguida—. Es lo que quieren la mayoría de las personas normales.

—Yo no soy muy normal que digamos. Y, además, ¿no es eso lo que queremos todos? En el fondo

a todos nos gustaría tener una vida tranquila, donde reine la armonía y el amor, vivir en paz, que alguien se preocupe por uno, aunque digamos que no, aunque finjamos que estamos bien solos. —Me reí con amargura y ella me estudió como si estuviera chiflado—. ¿Tú nunca has querido una vida así?

—No.

—¿Cuál es tu sueño?

—Yo no tengo sueños, Linda. Yo soy más de realidades. Pero de las crudas, de las violentas, donde el dolor predomina por encima de todo, donde la gente muere a diario y, muchas veces, yo soy el causante de esas muertes, donde no hay nada seguro y donde prácticamente no existe la paz y mucho menos el amor.

—¿Y dónde entro yo en esa realidad?

Su pregunta me descolocó tanto que no reaccioné hasta pasados varios segundos.

—¿Y dónde entro yo en tu sueño? —Le devolví la pregunta.

Tragó saliva de manera audible y a mí me bombeó a toda prisa el corazón. No me gustaba sentirme así.

—¿No te gustaría? —preguntó con los ojos húmedos a causa de la ilusión que le provocaban esos pensamientos, aunque los dos sabíamos que eran imposibles y jamás sucederían—. Sé sincero, por favor.

Exhalé con cansancio a la vez que disminuía la velocidad.

—Mírame, Linda. —Me quité las gafas de sol y las lancé sobre el salpicadero. Nos observamos durante un efímero segundo—. ¿Es necesario que te responda?

Vaciló un momento.

—Tu respuesta no me dice mucho.

—A veces no es necesario añadir más.

—Mírame de nuevo. —Lo hice de inmediato, con total transparencia para que me viera a mí y no a la bestia en la que me había convertido. Al percibir la magnitud de mis sentimientos y de mis emociones, sonrió poniéndose colorada—. Tienes razón.

—¿Necesitas más palabras?

—No..., me ha quedado claro. —Se rio con suavidad—. Te verías muy sexi sin camiseta, sudoroso y despeinado, cortando leña para la chimenea.

Cuando esa absurda imagen se manifestó en mi cabeza, murmuré:

—Lo siento, pero no me veo cortando leña. —Su expresión soñadora cambió a una deprimida, así

que me apresuré a añadir—: Pero tú te verías perfecta al lado de la chimenea, desnuda. O recién follada sobre la alfombra mullida.

Bufó con la mirada encendida de deseo.

—Siempre estás pensando en lo mismo.

—Ya sabes..., una vez que la meto... —Dejó la frase inacabada y me gané un guantazo en el brazo

—. ¡Au! ¡Joder! ¡Qué agresiva te has vuelto!

—Todo se pega menos la hermosura.

—Y tú ya tienes bastante de eso —dije con espontaneidad, pero ella no lo interpretó así.

—Zack —pronunció mi nombre con un suspiro—, no hace falta que me trates con tanta delicadeza. Ni que me digas esas cosas por decirlas; por hacerme sentir bien o yo qué sé, para regalarme los oídos como recompensa de los últimos días.

Entendía que desconfiara de mí. La había tratado pésimo desde el minuto uno, pero pronto tendríamos que separarnos y no quería que se llevara un recuerdo tan nefasto de mí. Por primera vez en mis treinta y ocho años de edad, deseaba que alguien me recordara con adoración, con calidez, con algo de afecto, con ese brillo que desprendía su mirada cada vez que me observaba a los ojos.

—Si te las digo, es porque las pienso así, porque las siento de esta manera.

—¿Y me las dices ahora?

—Más vale tarde que nunca, ¿no? —pregunté, pero antes de que pudiéramos decir algo más, el camino de tierra apareció ante nosotros—. Ya casi hemos llegado.

La atmósfera se sobrecargó apenas La Cueva brotó como un componente más de la naturaleza.

Todo lucía igual. El viento soplaba en la misma dirección y movía las ramas de los árboles. El olor a flores silvestres se infiltraba a través de las ventanillas, aunque no estaban bajadas. La camioneta de Morgan estaba aparcada donde siempre. Unos cuantos rayos de sol se colaban por entre los troncos y daban de lleno a la fachada de la casa, lo que resaltaba las lejas de alerce. Las cortinas habían sido apartadas a un lado, pero no se alcanzaba a atisbar mucho del interior de la cabaña.

Linda aguantó el aliento y lo miró todo con estupefacción. Mientras, yo aparqué con la vista al frente y suspendí la marcha. El corazón me latía con una demencia devastadora.

—¿Qué sucederá ahora? —me preguntó con voz firme—. ¿Entrarás conmigo o te irás sin más?

—Sí.

—¿Sí qué?

—Entraré contigo —dije con la voz cerrada—. Verás a Angela en privado, os abrazaréis como si

llevarais años sin hacerlo y podréis ponerlos al día si os apetece. Yo hablaré con Morgan, a solas. —

Tras una larga e inquietante pausa, añadí—: Después me iré.

—¿Sin despedirte?

Al ver que íbamos a discutir me volteeé en el asiento y agarré su mentón para que me mirara.

Estaba serena, demasiado, como la calma que precede a la tempestad.

—No hagas esto más difícil. Ya es bastante complicado tener esta conversación.

—Que no quieras despedirte es un acto de cobardía por tu parte —espetó con tranquilidad, aunque su voz destilaba veneno. Sus ojos centelleaban ofensivos pero secos. No había lágrimas ni pucheros.

Ni siquiera le temblaba la barbilla.

No sé qué era más doloroso: verla fingir con tanto esmero o que me demostrara que de verdad le dolía nuestra separación.

Desvié mi vista hacia la ventanilla. Desde ese ángulo se adivinaba parte de la mesa de madera y las sillas en el comedor, pero si Morgan estaba ahí no lo vi. Sentí los dedos helados de Linda en mi mano, haciendo que me fijara de nuevo en sus ojos, pero su tacto me hirió la piel y me eché hacia atrás con brusquedad.

—Vámonos —ordené para terminar con todo aquello y actuando, en efecto, como una jodida gallina.

Cuando me erguí y cerré la puerta del piloto, la culata del revólver se me clavó en la espalda y se me tensaron los puntos. Mientras me recuperaba del dolor, Linda contempló la fachada de La Cueva como si quisiera memorizar todos los detalles que le conferían ese aspecto tan especial.

—Es tenebroso —dijo mientras me posicionaba a su derecha—. No lo recordaba así.

Tomé su mano y, sin más demoras, nos precipitamos hacia la entrada.

—Porque solo la has visto por dentro. Te vendé los ojos.

—Ah, sí... —Hizo una mueca de desagrado—. Fuiste muy simpático esa mañana.

Sacudí la cabeza y llamé con un golpe de mis nudillos a la puerta principal. Repetí el movimiento de mis dedos cuando el canto de un pájaro, que planeaba por encima de nuestras coronillas, fue lo único que traspasó el silencio. Como no sucedió nada coloqué la oreja sobre la madera, pero ni un ruido surgió de adentro. Una amarga sensación se anudó en mi estómago a la vez que me desplazaba hacia la ventana y pegaba los ojos al vidrio. Nada. Ni rastro de Morgan.

—¿Angy? —El grito de Linda me llegó desde el otro extremo—. ¿Angy? ¡Contéstame!

Me acerqué a ella en dos zancadas y la aparté de un empujón.

—No grites ni toques nada.

—No están —dijo empezando a ponerse nerviosa, como yo—. ¿Por qué no están, Zack?

Eso mismo me preguntaba yo, pero no podía decírselo de buenas a primeras. Miré de derecha a izquierda, pugnando por distinguir algo que pudiera serme de ayuda.

—¿Hablaste con él esta mañana?

No me quedó más remedio que gruñir la verdad.

—No.

—¿No?

—No, Linda. No contestó a la llamada.

—Y cuando...

—Tampoco. —Su rostro se contrajo por los nervios—. Mierda, no. No te pongas histérica.

¿Entendido? Esto no quiere decir nada. Quizás estén ocupados.

—O quizás tu amigo es un depravado y ha secuestrado a Angy.

—Él nunca haría algo así.

—Ya lo ha hecho antes.

—Quita —dije y golpeé la puerta de nuevo, como si fuera a cambiar el panorama.

—¡No van abrir porque no hay nadie!

Tenía razón. Yo ya lo sabía, aunque por un momento, al ver la camioneta de Morgan, pensé que sí había alguien en la casa. Di un paso hacia atrás y me pasé una mano por el pelo, frenético. Fue entonces cuando un objeto captó mi atención. Había una llave oculta en la hierba, pero no lo suficiente para pasar inadvertida. La recogí y la analicé con los ojos achicados. Linda hizo lo propio, con la misma desconfianza.

—¿Te la ha dejado Morgan?

Comprimí la llave en mi puño, con los músculos bañados de tensión. Morgan jamás pondría la llave de lo que él consideraba su hogar a la vista de todos. Jamás se le ocurriría arriesgarse a que alguien entrara en La Cueva sin su autorización. Él no había abandonado eso ahí para que yo lo viera o lo encontrara. Morgan no había hecho nada de aquello.

Agarré mi revólver.

—Te diré lo que vamos a hacer —dije hablándole con tacto—, abriré la puerta, entraré y tú

permanecerás detrás de mí hasta que yo peine la zona. No quiero que grites ni corras en busca de tu amiga. —La miré a los ojos. Le sería sincero a pesar de las consecuencias. No quería cagarla como lo había hecho en los últimos días—. No quiero que me distraigas más de lo que tu respiración lo hace ya.

—No te sigo... —susurró.

Alcé la llave entre nosotros.

—Morgan no ha dejado esto. Y si lo hizo, fue en contra de su voluntad. No sé quién ha sido, pero lo averiguaremos —aclaré cuando separó los labios, pero no emitió sonido. Sus mejillas palidieron hasta tornarse de un gris cadavérico.

—Por favor, dime que están bien... —dijo mientras la tensión crecía en torno a nosotros.

Quité el seguro al revólver e introduje la llave en la abertura.

—No me desobedezcas. Y haz lo que te he dicho.

Al abrir la puerta la madera lanzó un crujido, lo que hizo que rodeara el gatillo con más tirantez.

El aroma que perfumaba la casa, una mezcla de fresno, madera y tabaco, apabulló mis pulmones. Sin embargo, no olía a muerte. No olía al olor químico de la descomposición de los cadáveres, o a esa apestosa combinación de miedo y odio como cuando hallé a John en su casa.

Continué andando a paso lento.

La puerta se cerró con un sonido agudo.

—Quédate aquí. —Linda acató la orden, aunque sus ojos se alternaban de un rincón a otro.

La contemplé otra tanda de segundos antes de ir a inspeccionar la cocina, los dormitorios, los baños y cada esquina visible. Pero no descubrí nada del otro mundo. Estábamos solos, así que guardé la pistola y me dirigí de nuevo hasta la planta principal. Linda me siguió hasta el comedor mientras yo analizaba las cortinas y las paredes en busca de indicios de violencia. Ella también hizo lo mismo con los otros muebles de la estancia hasta que, con voz temblorosa, la oí decir:

—He encontrado algo.

Fui hacia ella y me detuve delante de la mesita de centro, fabricada con madera natural, donde Linda me esperaba expectante, con la mirada clavada hacia abajo. Yo también bajé la vista mientras ella se sentaba en el brazo del sofá para hacerme hueco. Enseguida se me agitó el aliento al ver una caja rectangular, de color negro y de no mucha anchura, con un cedé encima. Tomé una fuerte bocanada de aire y, al alzar mi cabeza, mis ojos captaron el reflejo de Linda y el mío en la pantalla del televisor.

Eso era parte del jodido juego.

Lo sentía en mi piel. Lo había sentido desde que me dispararon en la cafetería.

Hice a un lado el cedé, agarré la caja entre mis manos y, enseguida, aprecié el sabor más desagradable de

la muerte. Se me atolondró el corazón. El tiempo pareció estancarse en una especie de limbo inexistente cuando retiré la tapa con un torpe movimiento de mis dedos y entonces, en una fracción de segundo, el universo se tambaleó tal como había sucedido aquel domingo quince de abril de 2001.

Los sentimientos que experimenté aquella mañana emergieron con fuerza de mis entrañas, pero pronto la rabia mutó transformándose en impotencia, en un tremendo odio, en esa maldita ansia de venganza que me había estado carcomiendo desde hacía años, como una enfermedad terminal, y que

Linda, de alguna manera, había atenuado en pocos días, de un modo sutil y casi imperceptible.

—Dime que no es... —La voz de Linda me devolvió a mi propia caída libre. Se cubrió la boca

para ahogar un grito. Fue entonces cuando me di cuenta de que se había levantado para ver el contenido de la caja, con los ojos abiertos y la respiración angustiada—. ¡Oh, Dios mío! —Eché a correr escaleras arriba y llamé a su amiga con la voz desgarrada.

Yo volví a clavar la vista hacia abajo.

La palabra tatuada en los nudillos encajaba a la perfección con la frase del folio, que tenía guardado en mi bolsillo. La vida se unía con la muerte. Se fundían en un mismo elemento. Porque

¿qué sentido tenía la vida sin la muerte? Nada, absolutamente nada. Situé la cajita sobre la mesa y tras dejarme caer en el sofá, sin ser dueño de mis acciones, observé la tinta que daba forma a aquella palabra.

«Muerte» .

La mano cortada de Morgan completaba el mensaje.

Me restregué la cara, conmovido. La extremidad aún estaba hinchada, pero no había sangre en los dedos ni en las uñas. El corte era limpio y calculado, como las habilidades que sólo puede poseer un cirujano. El hueso de la muñeca había sido limado a conciencia, incluso con cierto mimo. «Una mutilación hermosa, ejecutada con una precisión envidiable», habría pensado alguna vez. Pero en ese momento me resultó un acto sádico e inhumano, no muy distinto a los que yo había cometido.

Aún en *shock*, oí a Linda abrir y cerrar puertas y correr por el pasillo de la segunda planta, mientras yo mantenía mis ojos fijos en la mano y me tatuaba aquella palabra en la memoria, con los dedos sobre mi barbilla, sintiendo mis caricias pero sin sentir las.

Benicio se había llevado la vida.

Otra vez.

Las pisadas de Linda me alertaron de su cercanía. Me puse en pie, pero no tapé la caja. Y si lo hice, no me enteré. Tenía un vacío en el pecho y ni siquiera la pérdida lograba colmarlo. Con cansancio agarré el cedé y lo sostuve con fuerza entre mis dedos hasta casi romperlo. La mano era solo un aperitivo. Lo peor estaba por llegar. Conocía demasiado bien a Benicio como para pensar que eso sería todo; que tendría suficiente con mutilar la mano de mi mejor amigo y envolverla en una puta caja a modo de regalo.

Linda reapareció en el comedor con la respiración trémula y la frente perlada de sudor. Caminó

un par de pasos, pero se detuvo y miró la caja mientras el pánico sustituía su sangre.

Introduje el cedé en el lector.

—Angy no está aquí —susurró con un jadeo, como si ese dato no fuera una obviedad.

La observé durante un instante, pero ella no me miraba.

No miraba a nadie.

Encendí el televisor y escasos segundos después, el vídeo empezó a emitirse. Eran imágenes de una sala oscura, con una vaga fuente de luz resaltando los ángulos de la habitación, pero el cuerpo de un hombre trajeado, color negro intachable, impedía ver más allá. Benicio Velázquez. Descubrí enseguida que era él, a pesar de que solo se veía parte de su chaqueta. Sus manos manipularon la cámara que estaba grabando todo aquello hasta enfocarla hacia el punto que él quería. Luego, dio un paso hacia atrás. Daría mi puto brazo a que sonrió en ese momento. Me sonrió a mí. Se friccionó las manos; aún llevaba el anillo de casado.

De repente, la cinta se cortó. Todo se mezcló con penumbra hasta que un grito desgarrador estalló en el aire, mientras la imagen se iba volviendo más nítida, cada instante un poco más.

Linda se estremeció y cayó al suelo al mismo tiempo que el vídeo exhibía el pecho desnudo de Morgan, marcado en carne viva con diversos números; signos de decenas de miembros de la Mafia

Mexicana que participaban en aquel acto de tortura.

Le habían atado a una silla de un modo muy similar al que yo había maniatado a Miranda Blair. La sangre no paraba de emanar con furia de sus múltiples heridas mientras un integrante tras otro iba hacia él con el hierro ardiendo en la mano para sellar cada zona intacta de su cuerpo. Cuando no hubo más piel virgen que destrozar, le quemaron las mejillas, los párpados y el cuello, aproximándose demasiado a la vena carótida.

Morgan estaba irreconocible. Su rostro no era más que un pedazo de carne fragmentada. No lloraba. Solo gritaba con las venas gruesas del cuello notándosele a través de los músculos entumecidos, balbuceaba palabras ininteligibles y agitaba la cabeza por el dolor.

Benicio se acercó a él y lo miró un momento desde arriba, con superioridad, seguramente con una sonrisa en los labios, antes de bajarle el pantalón y los calzoncillos. A continuación, se apartó para que sus secuaces siguieran con la tortura. Le quemaron la polla, los huevos y los muslos. Los gritos que emitía Morgan se hicieron insoportables, pero aun así no retiré mi mirada de la escena ni fui a consolar a Linda, que se había metido el puño en la boca para evitar gritar también.

Benicio no solo estaba mostrándome que siempre estaría un paso por delante de mí y que se adelantaría a hacer lo que yo ya había planeado pues, al fin y al cabo, me habían entrenado para pensar parecido a él, pero no como lo haría él exactamente, sino que también estaba exhibiéndome su inmenso poder, la cantidad de seguidores que le obedecían a ciegas a pesar de que se encontraba en busca y captura y algunos de sus aliados no estaban muy contentos con él.

En ningún momento le preguntó a Morgan por mí. Él ya sabía dónde me hallaba y hacia dónde me

dirigiría apenas terminara el vídeo.

Linda gimió de desolación, tanto por el sufrimiento de Morgan como por lo que le podría haber pasado a Angela, temerosa de que hubiera sufrido el mismo maltrato.

Durante varios minutos las imágenes no cambiaron. Era una tortura lenta, elaborada para experimentar un dolor inaguantable que daría paso a uno mortal. Lo intuí cuando Benicio se aproximó a la cámara y la movió hacia un ángulo diferente. Un rugido asomó a mi garganta cuando distinguí la estructura de un instrumento malévolo. El potro de tortura. Entre varios miembros a los que tampoco se les veía la cara, cargaron con el cuerpo debilitado y malherido de Morgan, lo tumbaron con poca delicadeza en el amplio mesón de madera y ataron sus muñecas con unas correas al cabecero; sus tobillos fueron restringidos al rodamiento que Benicio se encargaría de manejar.

Hubo risotadas burlonas, palabras en castellano y pitorreos cuando Benicio giró el mango del rodamiento, lo mínimo para que Morgan percibiera lo que le aguardaba. Volvió a hacerlo. Morgan resopló sin decir ni una palabra, sudando y apretando los ojos.

—No mires, Linda —dije con el corazón latiéndome con una energía impresionante, pues lo que venía a continuación era demasiado perverso incluso para mí. Ella no obedeció y siguió temblando

—. No mires... No mires esto —repetí con la voz turbada, pero el alarido desgajado de Morgan me hizo pedazos.

Benicio viró de nuevo el mango, sin detenerse. Lo manipuló una y otra vez hasta que la tensión en el cuerpo de mi amigo fue insostenible. Se escuchó perfectamente cómo su carne se rompía poco a poco a la vez que sus articulaciones no daban más de sí. Sus hombros y sus caderas, sujetos a las correas y al rodamiento, se desencajaron con un aullido grotesco, partiéndole en dos, como un muñeco. Pero una última petición logró salir de las cuerdas vocales de Morgan; unas palabras que retumbaron dentro de mí, de mi cabeza y de mi oscura alma.

«¡Zack! ¡Mata a este hijo de puta!», chilló a pleno pulmón en medio de un sollozo antes de que el chasquido de sus músculos desmembrándose diera paso a un tétrico silencio.

La oscuridad regresó a la pantalla.

Cerré los ojos cuando sentí que el odio, la ira y toda esa mierda que vivía conmigo desde que tenía uso de razón, todo aquello que me había convertido en el hombre que era, en el monstruo que siempre sería hasta el día de mi muerte, reverberó en mí aprisionándome entre sus rejas. Apreté los puños al ansiar romper a hostias la pantalla del televisor, pero me contuve a duras penas. Por Morgan. Porque no tenía derecho a destruir nada que habitara en ese lugar sagrado para él.

Volqué mi mirada en Linda, que se había encogido en el suelo como si a ella también le estuvieran partiendo el cuerpo. La entendía... porque a mí también me dolía a morir. Mis manos temblaron cuando me dispuse a extraer el cedé, pero no alcancé a hacerlo pues la pesadilla empezó de nuevo; aunque la oscuridad no menguó ni un ápice.

«¿Linda?», dijo una voz femenina que no había escuchado nunca, pero intuí a quién pertenecía.

Lloraba. Percibí el temblor en su voz. La vacilación. El pánico. «¿Linda?», volvió a preguntar un poco más alto. «Linda, ayúdame, por favor. No me dejes aquí», suplicó mientras a Linda se le quedaba atragantado el llanto y boqueaba como si se estuviera ahogando. Las palabras que deseaba pronunciar relampaguearon sin sonido, pero la aflicción era visible en sus delicadas facciones.

—¡No, por favor...! —susurró Linda retorciéndose de angustia, con las lágrimas recorriéndole los pómulos. La compuerta, esa que ella había cerrado tan bien, con tanta precaución y disfrazado de frialdad, se había abierto—. Angy... A ti no..., por favor.

La observé sin mermar los centímetros que nos separaban, sintiéndome culpable. Más todavía. Era la primera vez que la veía llorar y, por desgracia, no sería la última.

Angela murmuró otra vez el nombre de Linda entre hipidos al mismo tiempo que la oscuridad iba desvaneciéndose. Una joven pelirroja, muy atractiva, apareció atada a un taburete, sucia y húmeda de transpiración, sin magulladuras en la piel.

Linda se acercó a rastras hasta el televisor y palpó la pantalla como si así pudiera tocar a su amiga y transmitirle fuerzas, pero justo entonces la imagen se tornó un poco más clara. Los dos nos tensamos al reconocer las cajas rotas y la ventana redonda al fondo de la habitación.

El sótano.

Linda se levantó como un resorte, pero yo ya me había precipitado hacia los escalones con la pistola en la mano. Dudé ante qué atrocidad nos podríamos encontrar, pero abrí la puerta de todos modos y entré. Linda hizo lo propio detrás de mí. Sin embargo, el sótano lucía limpio y conservaba su característico olor a humedad. No había manchas de sangre ni el monstruoso recuerdo de la tortura.

Nos quedamos callados hasta que me guardé el revólver en el pantalón.

—¿Lo sabías? —la oí preguntar en tono acusador—. ¿Sabías que estaban en peligro?

Di media vuelta y miré sus ojos enrojecidos.

—Lo sospechaba.

—¿Y por qué no me lo dijiste?! —me reprochó a la vez que lloraba y caminaba a toda velocidad

hacia mí. Me empujó tres veces en el pecho, con los puños cerrados como rocas—. ¡¿Por qué te callaste algo así?! ¿Por qué, maldita seas?

Capturé sus muñecas cuando se dispuso a empujarme otra vez. Le había permitido que me golpeará en la bañera del motel, pero ni de coña lo haría dos veces; aunque me lo mereciera; aunque debería aniquilarme allí mismo.

—¿Qué coño querías que hiciese? —formulé la pregunta con un gruñido ahogado.

—¡Decírmelo!

—¿Para qué? ¡No te muevas! ¡Deja de moverte! ¡Detente! ¿Qué cojones podía decirte? ¡Sabía que te pondrías así si te lo contaba! —Me propinó un guantazo en el cuello—. ¡Histérica!

—¡Eres un hipócrita! —Se liberó de mí, pero no retrocedió—. ¡Eras consciente de que sus vidas estaban en juego y aun así no me lo dijiste! ¡Incluso sabes dónde está Benicio! —Como si hubiera recordado el folio metió la mano en mi bolsillo, desdobló el papel y leyó la dirección—. ¿Aquí? ¿Es aquí donde te espera? ¿Qué significa este sitio para vosotros?

Le arrebaté el folio con tanta rabia que se estropeó parte de la hoja. Ese maldito lugar lo significaba todo para mí, pero no era momento de aclarárselo a ella.

—No es de tu puta incumbencia.

—¡Claro que lo es! ¡Por tu culpa...!

—¡No sigas por ahí! —le advertí en tono amenazante, alzando la voz y apuntándola con el dedo,

con la cara descompuesta por la pérdida—. ¡Te estás comportando como una maldita niña de mierda! —Me pasé la mano por el pelo y me lo agarré—. ¡Joder! ¿Es que no lo entiendes? ¡No eres la única que ha perdido hoy!

Calló al entender que se había propasado con sus palabras ofensivas. Se creó un silencio corto, pero tan intenso como lo que sentíamos en nuestros corazones.

—¿Crees que...?

—No..., no tiene ningún motivo para herir a tu amiga. No tiene nada contra ti. Esto va conmigo.

Solo conmigo.

—¿Y por qué se la ha llevado? —Lloró.

—No lo sé —mentí porque lo único que quería era que dejara de sollozar—. Quizás para asustarme. O para jugar con mi mente. Sé que no la lastimará.

No era cierto. Ese capullo le haría a Angela tanto daño como se lo había infringido a Morgan.

¿Por qué? Por una simple razón: para cerciorarse de que yo fuera tras él.

Benicio se estaba llevando todo lo que alguna vez había tenido sentido para mí. Había conseguido deshacerse de mis padres a cambio de un puñado de dinero; había ordenado la ejecución de John cuando ya no le convenía tenerle en la pandilla y había esperado el momento idóneo para matar a mi amigo. Angela no era más que otro daño colateral en aquella guerra que nos traíamos los dos. Y si tenía que matarla, lo haría sin dejar evidencias como lo habría hecho ya con Morgan.

Ese hombre me había arrebatado todo lo que me importaba en la vida. Pero aún le quedaba alguien por quitarme. Una persona que me hacía sentir débil. Que me hacía cometer errores. Que me hacía jodidamente humano. Benicio había tirado el anzuelo. Ahora era mi turno de mover ficha.

Debía elegir si dejarme picar o no. Pero lo más importante: debía decidir qué hacer con la mujer que se encontraba a mi lado, mirándome desconcertada. Linda aún no lo sabía, pero ella era la última pieza del rompecabezas.

Ella cerraría nuestro juego.

**19**

**Linda**

*Lunes, 7 de septiembre de 2009*

*Transitando por la CA-299 W*

Dolor.

El dolor lo acaparaba todo. Monopolizaba mi mente, mi cuerpo y mi corazón; aunque no era la primera vez que sentía esa clase de dolor descomunal, esa agonía mortífera, como si me estuvieran extirpando partes esenciales de mí, para transformarme en un lienzo sin forma, en algo remoto e inverosímil.

Había experimentado todo eso cada día de mi vida, pero en ese momento me di cuenta de que esa sensación de desconsuelo había perdido intensidad con los años y ahora había vuelto del modo más cruel que hubiera podido imaginar: presenciando cómo me arrebataban a mi única familia, aunque no compartiéramos la misma sangre.

Gemí al recordar el llanto de Angy. Fue un sonido hueco, pero sabía que el hombre que conducía en silencio me había escuchado, aunque él prefiriera ignorarme. Llevábamos poco más de una hora en la vía tras abandonar La Cueva. No fue fácil hacerlo, o al menos para mí no lo fue. En un acto de desesperación revisé cada escondrijo de esa casa en la que estuve retenida durante cuarenta y ocho horas, donde compartí miradas ambiguas con mi mejor amiga, atadas de pies y manos. La última vez que nos vimos. Pero no hallé más de lo que ya había advertido a simple vista, como si la modesta cabaña hubiera permanecido deshabitada por quién sabe cuánto tiempo.

Cuando entré en la habitación principal, con Zack mirándome desde lejos, me comentó que lo más probable era que Morgan hubiera mantenido a Angy allí, para vigilarla mejor. No obstante, cuando acaricié las almohadas perfectamente acomodadas en la cama, que hacían juego con el edredón celeste, tuve la impresión de que esas sábanas no eran las que había tocado el cuerpo de Angy. No olían a ella. De hecho, la habitación entera no olía a nada. Solo a vacío.

Era evidente que los esbirros de Benicio, el asesino que no sólo me torturaba en sueños, sino que también se dedicaba a hacerlo en la realidad, habían retocado cada minúsculo detalle de la casa. La vivienda lucía pulcra, como si no hubiese sucedido gran cosa dentro de aquellas paredes, como si la vida

transcurriera con la misma gracilidad de siempre.

Ese pensamiento me hundió y me hizo llorar como no había llorado nunca, mientras me abrazaba

las piernas, sentada en el colchón. Me destrozó ver que todo seguía igual cuando ya nada lo era; cuando cada día era peor que el anterior; cuando había empezado a darme miedo despertarme porque no sabía qué me depararía el nuevo amanecer.

Mientras me desahogaba entre sollozos, Zack me dio mi espacio hasta que, pasados algunos minutos, me obligó a levantarme y me condujo hacia el coche, sin palabras. Incluso me ayudó a entrar con cuidado, como si estuviera inválida, porque ni siquiera eso podía hacer por mí misma. No tenía fuerzas. Ni ganas. Me sentía una anciana acabada, una vieja en el cuerpo de una mujer de veintiocho años.

Tras ponerme el cinturón, se internó de nuevo en la casa y aunque regresó poco después, no pregunté qué había hecho a pesar de que lo más lógico habría sido que hubiera ido a buscar comida o dinero. Pero no fue así. Aquello habría sido un acto irrespetuoso, como profanar una tumba, porque en eso se había convertido La Cueva.

Controlé el llanto mientras nos incorporábamos a la carretera, pero a pesar de que permanecí ausente la mayor parte del tiempo, varias preguntas me eclipsaron. No pude evitar preguntarme qué había sucedido entre Morgan y Angy desde mi partida, o cómo la habría tratado él. ¿Habría estado Angy loquita de amor por sus huesos?, pensé con angustia. ¿Habrán tenido un romance? ¿Habría sentido ella lo que yo siento por...?

La pregunta se resistió en mi mente.

Cualquier pensamiento se esfumó cuando Zack se adentró en el arcén hasta traspasar la franja de tierra y apagó el motor. Descendió la vista hacia el volante y recorrió la circunferencia con los dedos mientras yo lo miraba con nerviosismo.

—Baja del coche, Linda. —Su voz sonó tan fría que la temperatura cayó en picado. Cuando no me moví, ordenó en un tono aún más glacial—: Hazlo. Ahora mismo.

Sin esperar una contestación abrió la puerta, salió y la cerró con un golpe seco. El coche se sacudió por el impacto, pero yo continué inmóvil en el asiento hasta que un silbido me pitó en los oídos. Ese ruido me sacó de inmediato de mi aturdimiento. Atolondrada, observé el paisaje por la ventana y me sentí aún más confusa. El territorio estaba desolado salvo por los árboles gigantescos y las montañas que se insinuaban en la lejanía. El cielo se había vestido de varias tonalidades bermellón, simulando a la sangre, como si fuera el escenario de una película de gore.

Se me taponó la nariz. Las emociones se intensificaron provocándome un intenso ardor en el pecho cuando vi a Zack caminar de un lado a otro, sin avanzar ni retroceder. Con manos trémulas empujé la puerta y salí con algo de inestabilidad al exterior. El mundo pareció desintegrarse en cenizas cuando él se detuvo y me miró con seriedad y, en la misma proporción, con un brillo derrotado que casi me hizo perder el poco autocontrol que me quedaba. Me indicó que me acercara a él con un movimiento de mentón. Me temblaron las piernas.

Rodeé el vehículo y me planté delante de sus ojos.

—¿Ves ese letrero de ahí? —Señaló un punto detrás de mi cabeza. En cuanto me volteé, me estremecí al leer «Burney, 4 millas»—. Si te das prisa llegarás a la ciudad antes de que anochezca.

Quizás pase algún vehículo y puedas convencerle de que te lleve, pero yo no pondría muchas esperanzas en esa opción. La gente no suele fiarse de los forasteros que deambulan por estas zonas tan solitarias — enmudeció unos instantes antes de mirarme con firmeza y decir con decisión—: Adiós, Linda.

Sus palabras me dejaron tan aturdida que no me percaté de que me había esquivado y ya se estaba desplazando hacia el Chevrolet. Como una loca corrí hacia él, me interpuse entre su cuerpo y la puerta y le bloqueé con mis brazos.

—¿Qué estás haciendo? —mascullé la pregunta con el pecho subiéndome y bajándome rápido.

—¿No me has oído? Esto se terminó. —Las lágrimas inundaron mis párpados y mi control se disipó—. Se terminó, Linda... —repitió con congoja—. Te prometo que ayudaré a Angela. No permitiré que le ocurra nada malo, pero tú te quedas aquí.

Intentó hacerme a un lado, pero no desistí.

—Voy contigo. —Fue a apartarme otra vez, pero empujé sus manos con las mías. Lo intentó una tercera y una cuarta vez, cada vez poniéndonos más agitados—. ¿Qué haces? ¡No puedes abandonarme! —grité con voz ahogada. Estaba llorando de nuevo, pero era incapaz de sentir la humedad de las lágrimas. Lo único que sentía era sufrimiento, como espinas clavándose en mi corazón.

—No te abandono —gruñó Zack lleno de cólera reprimida—. ¡Te libero! ¡Te estoy liberando de toda esta mierda! ¡Te libero como debería haber hecho hace días!

—¡No! —me negué mientras sacudía la cabeza—. ¡Estás mintiendo y te equivocas si crees que te lo voy a poner fácil sólo porque te hayas aburrido de mí!

Su semblante se ensombreció.

—¡No digas tonterías!

—¿Que no diga tonterías? —estallé—. ¡Las tonterías las estás diciendo tú! ¡Me traes a mitad de la nada y me dices que me baje del coche como si fuera un perro!

—¡Pero no eres un perro! ¡Usa tu puto cerebro de una jodida vez! —gritó tan alto como yo, pero no me acobardé. Ni siquiera cuando lo empujé antes de que él me empujara a mí. La rabia y el dolor nos taladraban la piel—. ¿Es que no te das cuenta? —Me tomó por la muñeca y me acercó a él. Su boca casi aplastó la mía. Éramos unos agresivos—. ¿No te das cuenta de que te estoy dando una oportunidad?

—¿Para qué?

—¡Para vivir! —Su cara estaba a un palmo del mío, así que tenía un plano ideal de su pelo que caía salvaje y violento a cada lado de su cara, y de sus ojos, que serpenteaban con furia—. ¡Para que recuperes la vida que tenías antes de conocerme! ¡Para que puedas empezar de cero! ¡Para que olvides que existo! —Lo último lo dijo con la garganta cerrada. Se estremeció y le tembló la respiración—.

Olvídate de mí, Linda..., para siempre. Es lo mejor que podría pasarte.

Se alejó y me dio la espalda.

—No quiero olvidarte —declaré limpiándome las lágrimas con brusquedad. Vi cómo comprimía los puños y se sulfuraba en silencio—. No voy a hacerlo.

Se dio la vuelta. Si las miradas mataran me podría haber muerto allí mismo.

—¿Por qué no? ¡Maldita sea! ¿Por qué tienes que joderlo todo aún más? ¿Por qué simplemente no te vas? —Totalmente descontrolado, se precipitó hacia mí y me lanzó hacia atrás con un enérgico empujón—. ¡Vete! ¡Fuera! —No lo hice, y él siguió chillándome. Parecía un loco con los ojos desquiciados, el cabello alborotado y las mejillas rojas—. ¡Vete! ¡Joder! ¡Vete antes de que te haga más daño! ¡Lárgate!

Lloré desconsolada cuando caminó hasta la puerta del conductor y justo cuando creí que pisotearía un poco más mi corazón, golpeó el lateral con el puño utilizando una fuerza que no había visto antes en él. Zack no quería dejarme. No podía hacerlo, por eso estaba intentando que me fuera; que yo tomara la decisión; que lo abandonara. Su respiración se convulsionó hasta mutar a una serie de jadeos profundos mientras se sostenía al techo con las yemas.

Encorvado, gimió en voz baja.

—Me duele que me digas eso, no que me empujes. Puedes empujarme todas las veces que te plazca, pero jamás me dolerá tanto como lo que me acabas de decir. —Me miró con la mandíbula rígida, sin dejar caer los brazos, como si precisara de ese apoyo para seguir en pie. Había más que pesadumbre en su mirada. Muchísimo más—. Tendrás que patearme para que me vaya..., porque no

pienso marcharme. —Sollocé con los dientes castañeándome—. Y no me pidas que te olvide. Pedirme eso es como si me pidieras que deje de respirar. No puedo y siento que nunca podré.

—Necesito que te vayas —gruñó ignorando todo lo que le había dicho—. Necesito que desaparezcas de mi vista.

—¿Por qué? —Sus palabras me estaban matando—. ¿Por qué me alejas?

—¡Porque tengo más posibilidades de ganar contra Benicio si tú no estás conmigo! —me interrumpió y dio un paso al frente, distanciándose del coche—. ¡Porque me desconcentras! ¡Porque me ciegas y no puedo ver nada más que a ti!

Su confesión afianzó mis ilusiones, pero cuando retrocedió dispuesto a largarse, partí a paso riguroso hacia él y coloqué mis manos sobre su pecho.

—No lo hagas. —Se negó a mirarme. Un automóvil enfiló por la carretera, pero no le hicimos caso—. Me estás destrozando.

Tragó saliva.

—Lo sé. No te hago ningún bien. Y sufrirás más por mi culpa.

—¿Por qué estás tan convencido? ¿Por qué no puede haber una solución para nosotros?

Descendió sus ojos hacia mi rostro y sujetó mis brazos entre sus manos.

—Porque lo veo venir, y deberías sacarte de la cabeza ese maldito sueño de la casita en el bosque.

Eso es solo una ilusión, una puta fantasía que no se cumplirá jamás. Conmigo no hallarás nada de eso, ni en esta vida ni en ninguna otra.

Enterré mis uñas en su tórax al notar que había llegado a mi límite máximo. O más bien que acababa de rebasarlo tras su cruel declaración.

—¿Es que no te enteras? ¿No te das cuenta de que lo quiero todo de ti? Lo bueno y lo malo. La

felicidad y el dolor. Todo. En todas sus formas, hasta las más despiadadas; siempre y cuando tú estés ahí, conmigo. Eso es lo que anhelo de verdad. No la casita en el bosque, sino un «nosotros»; aunque nuestro futuro sea incierto y no sepamos lo que pueda pasar mañana o pasado o dentro de un año o dos. No busco el típico e infantil: «Y vivieron felices para siempre», porque eso no existe. Y tampoco quiero un cuento de hadas porque tú no eres un príncipe azul. —Inspiré hondo y acepté que las palabras fluyeran por sí solas. Nos merecíamos ese momento, que fuéramos sinceros el uno con el otro. Alcé mis manos hacia él y toqué con suavidad su rostro, delineando con mis dedos sus arruguitas llenas de una profunda tristeza—. Lo que sin saberlo estaba buscando ya lo encontré y lo tengo justo delante de mí.

Cerró los ojos cuando se le tornaron vidriosos.

—Te amo, Zack... —susurré con un gemido ronco. Él entornó los párpados, pero no me miró sorprendido. Los dos ya lo sabíamos, pero no era hasta ahora, que veíamos nuestro final ante nosotros, que reconocíamos todos los síntomas—. Te amo tanto que no sé cómo explicar lo que siento por ti. No sé cómo decírtelo. Solo sé que te amo como nunca imaginé que podría amar a alguien, que me da pavor sentirme así, tan perdida y necesitada, pero a la misma vez me embriagas.

Me tienes cautivada, aunque no sé cómo ni cuándo empecé a necesitarte como si fueras algo necesario en mi vida. No tengo idea. Lo único que sé es que te amo como a nada en el mundo.

Nos quedamos en silencio durante tantos segundos que me sentí avergonzada e intenté ocultar mi mirada, pero él me lo impidió cogiendo mi rostro entre sus palmas.

Mis manos rodearon sus muñecas.

—Ojalá pudiera matarte. Todo sería mucho más sencillo si pudiera hacerlo —dijo mientras acariciaba mis mejillas con sus pulgares, para llevarse las lágrimas con su piel. Sin dejar de mirarme a los ojos, apoyó su frente contra la mía y susurró—: Pero no puedo. Sería como matarme a mí mismo. —Limpió de nuevo mis lágrimas cuando más volvieron a surgir con poderío de mis cuencas

—. No sé qué coño significa amar a alguien, pero si es tal como me siento ahora mismo, entonces no me gusta. Lo detesto, Linda. Lo odio. Odio sentirme así.

—¿Qué es lo que sientes?

—Haces que me ahogue y respire a la vez. Que viva y muera al mismo tiempo. Que cuestione todo lo que he vivido, todo lo que he hecho, todo el mal que he causado. Eres fuego y hielo. Lo que me quema y me alivia. El veneno y la única cura. El principio y el fin. La luz entre tanta oscuridad. El cielo y el infierno juntos... Dime, Linda, ¿es esto amor? —preguntó con exasperación, como si de

verdad no soportara sentirse así—. Porque si lo es, no lo quiero en mi vida. Duele. —Puso mi mano sobre su corazón, que latía tan rápido como el mío—. Me dueles. Duele quererte y duele muchísimo más tener que alejarte de mí.

Era lo más bonito que me habían dicho nunca.

Tuve ganas de echarme a llorar de la emoción, pero reprimí el llanto para poder decirle:

—Entonces no me alejes de ti... —Las manos se me fueron a su pelo y me alcé de puntillas, a punto de sellar nuestros labios—. Y aprendamos a querernos.

Zack descendió la cabeza y me besó mientras yo sollozaba en silencio y me aferraba a él. Hundió la lengua en mi boca, pausadamente, y saboreó la sal de mis lágrimas en su paladar. Fue un beso agrisado, el más sincero y también el más sentido, el más temido por que se terminara, por que no hubiera otros después de ese.

Enredó sus manos en mi melena y jaló un poco de ella en ese gesto tan suyo que me trastornaba

de lujuria. Lo abracé a la altura de los hombros, casi colgándome de él, y continué deleitándome con los exquisitos toques de sus caricias. De repente, escurrió una mano entre mis muslos, desde atrás, y me aupó con algo de esfuerzo para apoyarme contra el lateral del coche, sosteniéndome por las nalgas.

Gemí. Él gruñó y me penetró más con su lengua. Sospechaba que la herida debía de incordiarle,

pero en vez de preocuparme por ello envolví su cintura con las piernas. Seguimos así durante varios minutos, como si no pudiéramos parar.

—¿Te das cuenta de lo jodido que es esto? —dijo sobre mis labios—. Ni siquiera te hago feliz. No te he visto reír a carcajadas ni una sola vez; de hecho, apenas te he visto sonreír.

Le planté otro beso. Uno corto, sin lengua, nada más que labios, fogosidad y sentimientos.

—Ya tendremos tiempo. —Acaricié su nuca a la vez que sentía sus manos amasar mis curvas—.

Para que me ría, para que yo te vea reír, para que seamos felices. —Respiró hondo, pero no se pronunció al respecto—. Pero primero debemos rescatar a Angy —le recordé porque esa era mi prioridad en aquel segundo—. Sé que está viva. Lo siento en mi corazón. Debemos ayudarla; hacer que la policía capture a Benicio y dejar que se pudra en la cárcel. Matarlo sería demasiado fácil, una salida rápida y quizás hasta placentera para un hombre como él. —Quería hacerle recapacitar sobre la decisión que había tomado, que encontrara una salida que no fuera la muerte o la autodestrucción

—. Hagamos que le arresten. Es lo mejor, Zack, piénsalo, por favor.

—¿Y después qué? —preguntó deslizando sus nudillos por mis mejillas ruborizadas.

Me encogí de hombros e intenté ser positiva.

—Ya veremos.

—Ya veremos... —Me estreché más contra él—. Me gusta.

—Lo digo en serio.

—Yo también. —Como si quisiera demostrármelo, su lengua naufragó dentro de mi boca y yo la acogí con un gemido de aprobación. Sin embargo, Zack interrumpió el beso demasiado pronto—.

Quizás en esto consiste el amor. En encontrar a esa persona que represente las dos caras de la moneda. La vida y la muerte. La tristeza y la alegría. El llanto y la risa. Alguien que te complete, pero que tenga la capacidad de vaciarte. Que te proporcione equilibrio, pero que tenga la habilidad de hacer que todo se tambalee. Que te rompa y te una otra vez, por muy pequeños que sean los pedazos.

Tú representas todo eso para mí, Linda. Te necesito. —Ante mi estupor meneó la cabeza y se rio de sí mismo—. Joder. No me hagas caso. La verdad es que no tengo ni puta idea del amor.

Me bajó con parsimonia de su cuerpo.

Resbalé notando todos sus músculos hasta que mis zapatillas pisaron la grava.

—Ibas muy bien. Eres muy romántico cuando te lo propones.

Dibujó una diminuta sonrisa, me dio un beso en la frente e hizo una seña hacia el Chevrolet.

—A por Angela.

—Juntos.

Realizó un gesto afirmativo.

—Descansaremos en Burney.

Empezó a oscurecer en cuanto nos subimos al coche. Pero el camino a Burney, ubicado en el condado de Shasta, fue bastante corto. En diez minutos alcanzamos una zona verdosa y poco transitada, perfecta para pasar tranquilos el resto de la noche. Giramos a la derecha y un poste luminoso, con las letras *Burney Motel* centelleando, nos alegró la vista. El complejo consistía en varias casitas blancas con techos marrones, rodeado de árboles, césped y flores, cuyo ambiente denotaba calidez y pureza.

Zack se detuvo enfrente de la recepción e introdujo su mano en el bolsillo. Cincuenta y cinco dólares aparecieron entre sus dedos.

—Si no te alcanza, no desesperes —dijo entregándome el dinero—. Hay más moteles a lo largo de la calle principal. Los precios varían según qué tan céntricos estén de las atracciones turísticas.

—¿Me esperarás aquí?

—Sí.

Por muy increíble que pareciera, me estaba diciendo la verdad; sin embargo, temía que supiera fingir tan bien como empuñar un arma y aniquilar a sus adversarios.

Extendí la mano hacia él.

—¿Me das las llaves del coche, por favor? —Sin echarme en cara mis recelos, depositó el llavero en mi palma—. Gracias. Quizás debería ponerme la peluca.

—No hace falta. El motel es propiedad de una familia y son muy amigables con los huéspedes.

Hazme caso. No tienes de qué preocuparte.

Fruncí el ceño.

—¿Qué intentas, Zack?

—Llegar a la habitación y tenerte desnuda para mí. —Algo parecido a una sonrisa cruzó por sus

ojos al verme apretar los muslos y expulsar el aire con brusquedad. Aun así, cogí la peluca y me la puse—. Ve, Linda, te prometo que no huiré corriendo.

—No es divertido. —La tristeza opacó su mirada—. Lo pasé bastante mal.

No dijo nada, aunque tampoco le di tiempo pues salí trotando hasta la recepción. Dentro, todo estaba limpio y ordenado. Había un arreglo de rosas amarillas en un jarrón de cristal, sobre el escritorio. Allí, una señora que rondaba los cincuenta años empujaba sus gafas de pasta morado, que acababan de descender hasta la punta de su nariz. Tenía un aspecto muy simpático.

Caminé hacia ella y alzó la vista del periódico en el que estaba haciendo un crucigrama.

—¿Puedo ayudarla? —preguntó en tono suave colocando el bolígrafo en la mesa.

—¿Le queda alguna habitación libre?

—Hay dos simples disponibles.

—Necesito una para esta noche. Somos una pareja.

Empujó la montura de sus gafas hacia arriba y analizó mi rostro con curiosidad.

—Son cuarenta y ocho dólares. —Le tendí el dinero. Mientras lo guardaba, preguntó—: ¿Tiene alergia?

—Al percibir mi expresión ceñuda, dijo—: Sus ojos están algo rojos.

—Oh, sí, algo de alergia sí que tengo.

—El polen reina en la atmósfera, pero Burney es una ciudad preciosa que merece la pena visitar

—dijo antes de facilitarme la llave de la habitación—. Le aconsejo que antes de que retomen su itinerario vayan a la cascada. Es una visión indescriptible. Los lagos son maravillosos también, pero no sé si disponen de tanto tiempo.

—Intentaremos visitar cuanto podamos.

La mujer asintió.

—Si aún no han cenado, hay varios negocios de comida rápida a pocos minutos de aquí; algunos cierran a medianoche, así que todavía están a tiempo de dormir con el estómago lleno.

—Gracias. Estamos bien así —dije mientras firmaba en el registro con mi nombre falso.

—La habitación está en la parte trasera del motel, dad la vuelta y la encontraréis enseguida, la segunda puerta a la derecha.

—Muchas gracias. Buenas noches. —Esbocé una sonrisa antes de irme. Ella continuó con su crucigrama.

Entré en el coche.

—¿Listo? —inquirió Zack encendiendo el motor.

—No me han reconocido.

—Te dije que no te preocuparas. ¿Qué habitación es?

—Tienes que dar la vuelta por ahí. —Señalé la zona que había delante de nosotros.

Él realizó el cambio de sentido y nos precipitamos hacia la parte contraria del motel. Mientras se disponía a hacerlo, lo miré por el raballo del ojo. Estaba calmado comparado a los gritos que nos habíamos intercambiado antes, pero algo en sus gestos me decía que no debía fiarme de él, que había cedido demasiado pronto a mi petición y él nunca cedería ante nada ni nadie. Quizás ni siquiera por mí.

—Puedo oír tus pensamientos desde aquí, Linda. —Su voz profunda me sobresaltó. Nos habíamos

detenido de nuevo. Como seguía nerviosa, me obligó a mirarlo y dijo, aunque sonó más como una orden—: Relájate. —Y acto seguido me arrebató las llaves que me había facilitado la encargada y se bajó del coche.

Hice lo propio mientras él sacaba la bolsa deportiva del maletero. Tras comprobar que no se nos olvidaba nada, anduvimos hasta la segunda casita. Estaba convencida de que no podría relajarme, pero mi nerviosismo se redujo a escombros apenas entré en la habitación. El lugar era magnífico.

Paredes blancas. Cortinas floreadas. Edredón naranja y almohadas rojas, esponjosas, que hacían que la cama de matrimonio pareciera más grande y cómoda. Cuadros de retratos de caballos, galopando con sus colas desatadas. Un escritorio y una silla. Al lado, sobre una mesita plegable, el televisor de unas veinte pulgadas.

Caminé hacia el escritorio y me quité la peluca.

—¡Tenemos cafetera! ¡Y microondas! ¡Y refrigerador! —exclamé emocionada, pero al no obtener respuesta me giré sobre mí misma temiendo hallarme sola en la habitación.

Mi miedo se esfumó de inmediato.

Zack me estaba observando con un brillo oscuro y penetrante en sus ojos, con los brazos cruzados, parado en mitad del pasillo. El deseo atravesó la distancia. Su mirada me cautivó. Me deslumbró su ardiente indiferencia y la pasión que desprendía. Era erótico. Como si solo existiéramos él y yo. Como si el mundo fuera un simple accesorio. Como si su mejor amigo no hubiera sido torturado hasta la muerte y Angy no estuviera secuestrada en algún lugar. Como si fuera posible dar con la solución para que lo nuestro funcionara. Como si lo que sentíamos fuera a ser suficiente para poder con todos y contra todos, incluso contra nosotros mismos.

—Desnúdate —ordenó mientras se acercaba con pisadas desafiantes y ligeras. Como no respondí, situó mis manos en el borde de mi camiseta y empujó la tela hacia arriba—. Te dije que te quería desnuda. Y lo quiero ahora. Te necesito, Linda.

—No sé si tú me necesitas tanto como yo a ti.

Sosteniéndome por la cintura, me arrimó a él y me besó en el cuello antes de arrastrar sus manos por mis costillas, llevándose mis dedos y la camiseta por el recorrido.

—Eres la única que puede matarme.

Temblé.

—Yo nunca haría algo así.

Nos miramos a los ojos mientras la atmósfera nos aplastaba como una órbita expansiva. No sé si me creyó porque arrasó mi boca con su lengua. Lamió hasta el último rincón con lengüetadas rudas y

agresivas a la vez que me desnudaba pausadamente y se adueñaba de todo mi cuerpo, reclamándome y usurpando cada centímetro de mi ser.

Eché mi cabeza hacia atrás. Sentí cómo deslizaba su lengua por toda la longitud de mi cuello. El vello se me puso de punta cuando desvió el camino y sus dientes se trasladaron desde mi barbilla hasta la vena carótida. Seduciéndome y catapultándome, repitió aquel insinuante movimiento y profundizó el roce de su dentadura sobre mi carne, despertando cada una de mis terminaciones nerviosas.

—Los pantalones... —dijo colocando una mano entre mis muslos—. Quítatelos.

Lo miré con los ojos entornados. Había morbo en su expresión, entusiasmo e incluso un ápice de impaciencia, pero también algo más, algo turbulento que me impedía desconectar al cien por cien.

Como me quedé demasiado tiempo pasmada, me azotó una nalga. Me dolió el cachete, pero los besos que le siguieron lograron nublar mi mente. Con nuestras lenguas enlazadas, me bajé la cremallera del *short* y la prenda resbaló por mis piernas. Las braguitas, el sujetador y las zapatillas tuvieron el mismo final, dejándome tal como había llegado al mundo.

Zack se separó lo mínimo de mí y recorrió con lentitud mi cuerpo con la mirada.

—Acuéstate en la cama —dijo a la vez que cogía el revólver de la parte trasera del pantalón. Lo depositó sobre la mesa. Relamiéndome los labios, fui a acatar la orden, pero entonces le oí decir en un tono aún más autoritario que el anterior—: Boca abajo.

Cerré los ojos y me contraje por dentro.

Él tenía ese efecto en mí. Sin proponérselo se había adueñado de mi mente, de mi corazón y de mi cuerpo, incluso de mi alma, cambiando todos mis esquemas.

Me tendí sobre el colchón. El edredón estaba frío, o quizás yo estaba demasiado caliente, pero el contraste de temperatura me provocó un estremecimiento placentero para mi vagina, letal para mi sensatez. Cuando Zack se demoró más de la cuenta en unirse a mí, giré el cuello hacia atrás y gemí al verme a mí misma en el espejo, que daba directo a la cama, mientras él me miraba intensamente a través del cristal, con semblante impasible y algo arrepentido.

Respiré compulsivamente.

Él, al percatarse de que lo había pillado, se quitó la camisa de franela y la camiseta, y se soltó el botón de los vaqueros. La herida del disparo y las contusiones afeaban su abdomen, pero él era un hombre demasiado varonil como para que unos cuantos moretones le hicieran sombra a su belleza

imperfecta.

Caminó en mi dirección analizándome con expresión animal. Hincó las rodillas a cada lado de mis caderas y me cargó el pelo sobre un hombro. Su respiración tanteó mi piel, que anhelaba más que la superficialidad de su aliento. Sin palabras me obligó a apoyar la mejilla derecha contra el colchón y esparció besos húmedos por mi espalda, de derecha a izquierda y de arriba abajo, adorándome con su

boca. Descendió sus labios hacia mis nalgas antes de continuar hacia mis muslos y finalizar en mis costillas, mientras con la palma libre me tocaba los pechos y el vientre.

Me tensé cuando Zack repasó las marcas que habían dibujado sus uñas en mi espalda. Besó aquellas líneas asimétricas, me mordió en un costado y, luego, tiró con sus dientes del lóbulo de mi oreja a la vez que sus dedos seguían oscilando por mi carne. Sin esperármelo me arañó la espalda, en la misma zona donde lo había hecho días atrás, marcándome de nuevo. Me arqueé empujando el trasero hacia él y, casi al instante, su palma ejerció una dolorosa presión hacia abajo, sobre mis omoplatos.

Dejé escapar un quejido de dolor y placer.

—Quieta —masculló antes de atenuar su agarre—. Hoy te quiero quietecita. —Se movió hacia delante, sobre la curva de mi trasero, y su bragueta me rozó entre los muslos.

El contacto nos produjo una fricción deliciosa. A tientas empuñé su erección sin mucho cuidado y se la manoseé por encima de los vaqueros, notándola dura y gruesa, ávida de acción. Masculló algo entre dientes y volvió a hundirme contra la colcha.

—No te muevas. —Sin embargo, se restregó varias veces contra mí y yo alcé el culo en busca de más roce—. Joder, Linda, vas a matarme antes de tiempo.

Se levantó de la cama y se deshizo del pantalón, pero cuando sus calzoncillos quedaron a la altura de sus rodillas, agarré su pene y me lo metí en la boca. Succioné a la vez que observaba cómo sus facciones se suavizaban al sentir mi lengua humedecerle entero. Estaba caliente, erecto y anhelante.

Me ayudé con la mano derecha para abarcar todo de él y con la izquierda le acerqué más a mis labios, intentando llegar más hondo. Los sonidos roncOS y ardientes que emergían de su garganta me incitaron a hacerlo más veces, cada vez más profundo y con más ímpetu, con nuestras miradas fijas en nuestros ojos.

Apuré el ritmo y gemí con su erección casi en la campanilla. Me volvía loca su sabor. La forma en la que me miraba y gruñía. Ese modo tan masculino de contraer los músculos y flexionar las piernas. Su excitación era suficiente para intensificar la mía. Sus dedos buscaron mi cabello para guiar mi cabeza, pero aparté sus manos de un guantazo. Una sonrisa asomó a su rostro antes de morderse el labio inferior y, como respuesta, impulsó las caderas hacia delante. Estuvo a punto de provocarme una arcada.

Le sonreí mientras me sacaba su pene, y le obsequié un beso en la ancha punta.

—Me encanta que te encante.

—Te estás convirtiendo en una arpía —se quejó sin mucho convencimiento—. Este no era mi plan.

—¿Y cuál era?

Me tumbó boca abajo, se arrodilló como había hecho antes y con una enérgica y entusiasta estocada me penetró desde detrás. Grité cuando un intenso placer me atravesó el clítoris. Como si fuera adicto a mis gemidos, se salió de mí y volvió a penetrarme con más impulso. Yo estaba tan mojada que aquello le facilitó la tarea de introducirse en mi interior, enloqueciéndome con sus penetraciones. La tercera vez que

me embistió, con rabia y pasión, arrugué el edredón entre mis dedos y le supliqué que me diera más.

Zack gruñó cerca de mi oído, con una mano en la colcha y la otra en el cabecero.

—Quería hacértelo despacio. Disfrutarte al máximo. Que tú me disfrutaras a mí también. Oh, joder... —  
Se salió de nuevo y frotó mi clítoris con su pene húmedo de nosotros—. Quería que esto

fuera especial, que lo recordaras como un encuentro bonito y no como algo sucio y morboso. —Casi no podía entenderle porque el orgasmo estaba a punto de arrollarme como un tren de mercancías. Me penetró tres veces más, igual de rápido e inclemente, antes volver a apartarse y penetrarme redoblando sus energías. Jadeó entre dientes por la mezcla de dolor y goce que le producía la herida de la bala—. Pero no puedo. No puedo dominarme. No sé comportarme de otra forma que no sea esta.

La primera convulsión me sacudió como un pequeño terremoto. Se quedó inmóvil con su erección palpitante dentro de mí, antes de mordirme en el hombro.

Emití un grito de desesperación.

—¡No quiero que cambies! ¡Quiero que seas tú mismo! —sollocé arqueándome—. El hombre que conocí y que conozco. —Lamió el mordisco en un gesto de agradecimiento—. Te prometo que recordaré este momento como todas las veces que me has hecho tuya. —Lo miré por encima del hombro, con los párpados casi cerrados—. Como todas las veces que tú has sido mío.

Inclinado sobre mí, rodeó mi garganta con su mano y me besó con increíbles ganas a la vez que sus caderas empezaban a moverse de nuevo. Fue lento al principio, un ritmo tortuoso que palpaba el castigo, como si estuviera controlándose y controlándome a la misma vez, pero pronto sus vaivenes se tornaron feroces. De repente, se distanció de mi boca y me empujó para que mis pechos quedaran aplastados contra el colchón y así poder arremeter con todas sus fuerzas dentro de mi vagina.

Al notar que iba a correrme, sacó su pene otra vez y me dejó a punto del orgasmo.

—Todavía no. —Atrapó una almohada, deslizó una mano por mi abdomen y me aupó para acomodar el almohadón debajo de mi vientre húmedo de sudor—. Hoy te deseo de todas las formas

posibles. Y nunca olvides que, suceda lo que suceda, yo siempre te necesitaré. Siempre. Hasta el fin.

Sus palabras me alarmaron.

—¿Qué...? —me interrumpí sin aliento cuando tanteó otra cavidad mucho más estrecha.

Sexo anal.

Me removí con los ojos muy abiertos. No estaba preparada para dar ese paso todavía, pues su última frase seguía resonando en mi cabeza. Intenté evitar que fuera más lejos, proyectando mis brazos hacia atrás, pero lo único que hice fue arañar sus muslos cuando tiró de mi pelo y me envió directa hacia sus labios.

Mientras me devoraba desesperado, como si yo supiera a libertad, como si fuera el elixir de la vida eterna, continuó empujando hasta colarse más adentro al tiempo que acariciaba mi clítoris con toques suaves, para atenuar la incomodidad de sus dificultosas embestidas. Poco a poco el dolor de la penetración cesó hasta transformarse en un placer oscuro, en una lujuria primitiva, en satisfacción y euforia.

Hundí mis uñas en sus piernas, ansiando atraerle más hacia mí.

—No pares... —No me refería a un plano sexual, sino a su declaración anterior. Le estaba pidiendo que no parara de necesitarme, porque yo tampoco me veía capaz de hacerlo. No me veía sin él y esperaba que él tampoco se viera sin mí—. No pares, por favor.

—Nunca —dijo sobre mis labios, bebiéndose mis gemidos y mis jadeos—. Nunca, Linda. Jamás.

Nos besamos de nuevo. Él siguió penetrándome y acariciándome sin prisa hasta que no pudimos más y explotamos juntos, amándonos a nuestra atípica manera, grabando todas las sensaciones experimentadas bajo la tosca corteza de nuestros caparazones. Fue un orgasmo diferente, vigoroso y muy repentino, que me dejó exhausta.

Fascinada, me tumbé de lado mientras él se recostaba detrás de mí, con su mano derecha sobre mi estómago, dibujando pequeñas circunferencias sobre mi piel, en la posición de la cucharita. Como la primera vez que dormimos juntos.

—Yo nunca te haría daño... —dije con un suspiro lleno de miedo.

Se me cargaron los ojos y bostecé.

—Duérmete, Linda —susurró Zack como si supiera que apenas podía aguantarme con los párpados abiertos, pero no paró de acariciarme con infinita ternura—. Duerme.

—¿Y mañana?

—Ya veremos. —Me acurrucó un poco más contra él, como si temiera que me escurriese como agua entre sus dedos—. Lo iremos viendo sobre la marcha.

Expulsé lentamente el aire de mis pulmones y, un segundo después, me quedé dormida, aunque no debería haberle creído. No debería haber confiado en sus palabras, ni haber anhelado un «nosotros» en nuestro futuro y, mucho menos, haber puesto esperanzas en una relación que desde el principio había empezado mal.

Nuestra historia de amor siempre había estado destinada al fracaso. Y a ser ninguneada por la muerte.

**Linda**

*Martes, 8 de septiembre de 2009*

*Burney Motel.*

*El frío me mece a su antojo. Desciendo mi mirada y me encuentro a mí misma con las palmas en el suelo, arrodillada en una habitación lóbrego. No sé dónde estoy ni qué hago aquí. Aterrada, miro a la derecha, luego a la izquierda e incluso hacia el techo. Todo es negro y melancólico. No hay color en este lugar.*

*Un escalofrío se enrolla en mi columna cuando mis dedos acarician el suelo y algo pringoso los enfunda, como si fueran unos guantes adhiriéndose a mi piel. Mientras mis pupilas se ajustan a la aterciopelada penumbra, alzo las manos y me inunda un pánico terrible al ver que estoy postrada en un charco de sangre. Quiero gritar, pero no puedo.*

*Me asfixio.*

*No puedo respirar.*

*De repente, los cuerpos de mis padres aparecen de la nada y caen sin vida a mi lado.*

*Sollozo en silencio y aprieto las manos hasta formar dos puños rígidos, pero no son los puños de una niña, sino los de una mujer adulta que no ha podido superar el pasado. Oigo sus pisadas. Es él.*

*Viene a por mí. Angy grita mi nombre. Su voz hace eco. Suena desgarrada y siento un latigazo en el corazón. Presente y pasado se acoplan.*

*Me encojo cuando su silueta entra en mi visión. Mis ojos se mueven sin sentido, hacia arriba, hacia abajo, hacia un ángulo y hacia el otro, pugnando por toparme con su mirada. Pero cuando estoy a punto de conseguirlo, todo se desvanece a mi alrededor y el aire vuelve a satisfacer mis pulmones.*

*Mis manos están limpias otra vez. La sangre ha desaparecido. Las sombras que crea mi cuerpo se combinan con las de este lugar mientras la penumbra planea sobre mí, atrapándome, hundiéndome como si de una tumba se tratara.*

*Estoy sola de nuevo..., excepto por unos ojos multicolor que resplandecen como dos focos llameantes a lo lejos, centelleando en los confines de la oscuridad.*

*Desnuda sobre la cama, me desperté de un sobresalto por la contundencia de unos golpes en la puerta principal. Me enderecé hasta tener las piernas flexionadas mientras sostenía la sábana contra mi pecho, sintiendo los párpados cansados y palpando el lado opuesto del colchón. El frío penetró en mis poros a la vez que, desconcertada, veía mis posesiones sobre el escritorio. Sin embargo, no había rastro de Zack y apenas perduraba el perfume a sexo en el aire.*

*Sin entender nada me fijé en la puerta del baño, que estaba entornada y, corriendo, me dirigí hacia allí. El miedo se asentó en mi corazón, que había aminorado sus latidos, al comprobar que no había nadie. Aun así, pese a estar demasiado confundida, me apresuré a limpiar mis partes íntimas y me vestí a toda prisa con la ropa del día anterior cuando aquel insistente golpeteo se tornó impaciente, creyendo, o más bien*

ansiendo creer y olvidándome de cubrir mi pelo con la peluca, que Zack habría salido un momento a preparar el coche y se había olvidado las llaves.

Fui hacia la salida con ese pensamiento en mi cabeza y abrí la puerta. No podía negarlo. Me costó entender qué significaba todo eso, a pesar de que mi mente captó de inmediato que había sido traicionada. Que él nunca había dejado de tener la intención de abandonarme. Que se acabó. Lo nuestro se había acabado.

Se me hizo un agujero en el estómago cuando una mano gruesa me dio la vuelta, cogió mis muñecas y las posicionó en mi espalda. En mis retinas aún bailaban los centelleos color rojo y blanco de los tres vehículos que se hallaban aparcados en la zona donde debía estar, y no estaba, el coche de Zack. Mientras, mis oídos apenas podían asimilar el incesante murmullo de la muchedumbre, a pocos pasos de mí. Un tenue clic interrumpió mis reflexiones mentales.

Todos ahogaron una exclamación, excepto yo que me encontraba demasiado agitada como para emitir sonido, cuando oyeron mi nombre en voz alta.

—Linda Evans, queda detenida —dijo el policía que acababa de esposarme. Estaba vestido con un uniforme verde y botas negras. Mientras me conducía hasta el coche patrulla, busqué a Zack con la mirada. Pero lo único que hallé fueron los varios pares de ojos que estaban clavados en mí y me observaban asustados, como si fuera Satanás en persona—. Tiene derecho a permanecer en silencio.

Cualquier cosa que diga podrá ser usado en su contra ante un tribunal. Tiene derecho a consultar a un abogado y a tener uno presente cuando sea interrogada por las autoridades. —Abrió la puerta trasera del vehículo antes de decir—: Si no puede contratar a un abogado, le será designado uno.

Tras terminar de leerme mis derechos, me ordenó que me sentara con un gesto de barbilla. El hombre tenía el rostro serio y demasiadas arrugas en la frente para la edad que reflejaban sus ojos azules; y su pelo, aunque oscuro como una noche sin estrellas, había desaparecido en la zona de la coronilla. Cuando no hice ademán de moverme, me estudió con sus espesas cejas arqueadas.

Automáticamente, tomé asiento con el cuerpo destemplado y la respiración pausada. Él cerró la puerta y se dirigió hacia sus compañeros, que hablaban con la gente que se hospedaba en el motel.

Mientras contemplaba compungida la escena, el silencio se agrupó como un peso muerto en mi

espalda. Y creció al ver que la dependienta, que me había atendido hacía escasas horas, acababa de llegar y miraba todo con desaprobación. Justo cuando creí que los acontecimientos no podían empeorar, sus pupilas se posaron en la ventanilla, y me miró decepcionada. Y yo me sentí tan culpable que incliné la cabeza hacia abajo, como si de verdad fuera una criminal.

El policía se deslizó al volante.

Los demás agentes le imitaron y nos incorporamos a la carretera.

El camino fue caótico para mi mente. Era como si estuviese viviendo otra de mis pesadillas, solo que el escenario había cambiado y el causante de mi dolor era el hombre al que le había entregado todo y cada

parte de mí; el único que me había despertado de una vida que realmente no estaba viviendo ni disfrutando; aislada de las emociones, refugiada en un agujero profundo, sin anhelar lo más básico del día a día salvo la seguridad que experimentaba al tener todo bajo control.

Quizás las ansias de Zack de matar a Benicio fueran más fuertes que lo que sentía por mí. Quizás lo único que le motivaba era vengar la muerte de su hermano. Lo más probable es que ya no esperara nada más que eso. Que hubiera dejado de aspirar a obtener aquello que pudiese hacerle feliz y que le hiciera sentirse completo. O quizás yo no era suficiente para colmar ese vacío.

No lo sabía.

No entendía nada.

Suspiré y dominé como mejor pude las lágrimas mientras a duras penas captaba las letras que aparecieron en un letrero verde, que decía: «Redding, 40 millas».

Varios minutos más tarde, llegamos a aquella localidad de paisajes verdes haciéndole competencia al cielo azul, con el puente Sundial que se erguía magnífico, único y blanco como la espuma, atravesando el Río Sacramento. Alcanzamos una oficina de dos plantas. La fachada había sido barnizada en color blanco y el tejado tenía algunas pinceladas en tono marino. En la pared frontal del edificio, que destacaba de las demás por haber sido construida con azulejos color blanco puro, rezaban las letras «Condado de Shasta, Oficina del Sheriff» escrito en dorado.

El agente aparcó tras la oficina y, a continuación, me abrió la puerta con semblante adusto.

Cuando me uní a él, me noté las piernas engarrotadas y el cuerpo tembloroso. Rodeó mi antebrazo con una mano y me escoltó hasta la entrada mientras sus compañeros hacían lo propio. En cuanto nos internamos en el departamento, una oleada de personas que trabajaban sin cesar nos saludó sin mirarnos.

Él continuó andando hacia la tercera habitación del rellano. Cuando abrió, dejó al descubierto una estrecha sala sin ventanas, de apariencia anodino. El suelo estaba montado con baldosas grises y el techo, con paneles luminosos. La pared de la izquierda, en el lateral, estaba cubierta con un cristal opaco, de tamaño rectangular y enmarcado negro, pero no había cámaras de seguridad como en la

típica cámara de *Gessel*. El único mobiliario era una mesa metálica y cuatro sillas a cada lado.

Me quitó las esposas.

—Siéntese. —Señaló la silla de la derecha, la que daba de cara al cristal. Obedecí, y él se marchó atrancando con llave la puerta.

Rígida como una estatua, aguardé intranquilos minutos hasta que un hombre de unos cincuenta años entró como un vendaval, con una carpeta debajo del brazo. Vestía un uniforme verde oliva con la estrella distintiva del sheriff y lucía tan severo como el oficial que me había traído hasta allí. No le quedaba mucho pelo en la cabeza, y el poco que aún resguardaba su cuero cabelludo era de un color gris perla. Su cuerpo era más bien prominente, y su tupido bigote le confería un aspecto íntegro, aunque su rostro estaba bien afeitado.

El sheriff se movió hacia mí y tomó asiento en la silla de enfrente mientras la puerta se cerraba con un

golpe sutil. Fue entonces cuando me percaté de que había otra persona con nosotros, alguien con quien no esperaba reencontrarme en ese momento.

Desde el umbral Benjamin Donovan me observaba con su habitual rictus solemne, agarrándose al picaporte. Su expresión fue mutando con el paso de los segundos, de la normalidad al absoluto horror, a la vez que entornaba los ojos como si le costara reconocerme. Yo, en cambio, me mostré inexpresiva hasta que se desplazó hasta nosotros y se sentó al lado del sheriff.

El sheriff carraspeó llamando mi atención.

Lo miré a los ojos marrones.

—Linda Evans —pronunció con voz grave—, mi nombre es Hugh Wallace, sheriff del Condado de Shasta. Supongo que conocerá los motivos por los que ha sido arrestada.

—Lo cierto es que no estoy muy segura... —murmuré mientras él abría la carpeta que había puesto sobre la mesa.

—Es curioso que una persona como usted, una futura promesa de la psicología forense, haya acabado así —continuó diciendo mientras estudiaba sus informes—. En pocos días acumula varias infracciones contra la ley. La más impactante es su presunta implicación en el motín que ocurrió en Nueva Folsom, un levantamiento que por cierto se ha cobrado casi una treintena de muertos, cientos de heridos y destrozos de valor incalculable hasta la fecha de hoy. —No pude evitar estremecerme.

Las cifras habían aumentado desde la última vez que vi las noticias—. Presuntamente, usted le proporcionó ayuda a Zack Cassidy, interno que cumplía condena por una barbaridad de delitos y que huyó de la prisión. Para más inri, ha dejado una estela de cadáveres en diversos estados del país en estos últimos días. —Arqueó una ceja y me miró a la cara—. ¿Le suena lo que le estoy diciendo, doctora Evans?

Que me llamara doctora en ese instante fue parecido a recibir un insulto; sin embargo, preferí mantener la calma y defenderme de la mejor manera posible, aunque mi credibilidad dejaba mucho que desear.

—Se está equivocando.

—Entonces no le suenan los nombres Miranda Blair, Roman López y Aaron Graham. —Tiró sobre la mesa tres fotografías cuando me quedé mirándolo sin pestañear. La primera imagen correspondía a la doctora Blair, muerta y con el rostro cubierto de cortes, tal como la habían encontrado en su domicilio. El siguiente era Roman López, el secuaz de Benicio que intentó matar a Zack en el Heart of Texas Motel, en Austin. Y por último Aaron Graham, el policía que le había reconocido en la cafetería. Él también había muerto. El vacío en sus rasgos así me lo confirmó—.

Por su expresión, creo que sí le suenan estas personas.

—Yo... —Sobrepasada por la reciente información, enmudecí y respiré con ansiedad.

El sheriff atacó contra mi autocontrol.

—¿Es cómplice de estos homicidios?

—¿Qué? ¡No! ¡Claro que no!

Busqué comprensión en los ojos de Donovan, pero la voz del sheriff me perturbó.

—Callie Matthews, la camarera que fue hallada en estado de histeria en el almacén del Callie's Coffee, aseguró que Zack Cassidy estaba con una mujer de pelo corto, tez pálida y pecosa, con unos ojos fríos y oscuros, con matices azulados, que no parecía estar en apuros ni necesitar ayuda. —

Inspiró con poca paciencia, sin alterarse—. Señorita Evans, hemos registrado su habitación en el Burney Motel. Tenemos constancia de que la mujer que nos describió la señora Matthews es usted. O

¿también piensa negarlo? —Fui a abrir la boca, pero me paralicé cuando formuló la siguiente pregunta—: ¿Sabe dónde está Zack Cassidy?

Me sentí acorralada.

Estaba muerta de miedo.

—¡Roman López mató a Miranda Blair!

—Sus huellas, Linda Evans, y las de Zack Cassidy fueron descubiertas en el cuerpo de la fallecida.

Ustedes tocaron el cadáver. ¿A quién pretende engañar?

—No le estoy engañando.

—¿Puede decirme dónde se encuentra Zack Cassidy? —Ante mi mutismo, indagó—: ¿Sabe por qué está usted hoy aquí? Por ese criminal, sí, pero no por la razón que imagina. Fue él quien nos llamó y nos dijo que la cómplice de un fugitivo se estaba alojando en el Burney Motel. —Mi corazón se rompió en partículas al oír aquello. Una parte de mí se negó a creerle; la otra no aguantó más dolor—. Usted más que nadie debería saber que la ha manipulado para que le cubra las espaldas. ¿No lo ve? Le está dando vía libre a ese asesino mientras las consecuencias caen sobre usted. Piénselo un momento. Usted es... — calló de golpe, pero sospeché que se contuvo de añadir: «usted es psicóloga».

—No es como lo está pintando.

—¿Dónde está Zack Cassidy? —No respondí—. ¿Es usted cómplice de los homicidios recién citados? ¿Le proporcionó ayuda para escapar de la prisión? ¿La ha amenazado para que no hable? —

Más silencio—. ¿Teme que haya futuras represalias contra usted?

—Quiero un abogado. —Fue lo único que atiné a decir con la mirada fija en la mesa.

El sheriff le lanzó un vistazo a Donovan antes de amontar las fotografías y ponerse en pie con un gesto demasiado elegante, que me pareció hasta superficial.

—Por supuesto, pero permítame que le diga una cosa: Zack Cassidy está condenado de por vida,

ese hombre no tendrá ninguna oportunidad para salir de esta porque con o sin su colaboración hallaremos su paradero. Sin embargo, usted aún tiene una salida, pero si le sigue encubriendo será tan culpable como él.

Sus palabras penetraron en mí como púas repletas de veneno.

Cruzó la sala y se marchó.

Un momento después percibí cómo Donovan iba hacia la salida y llamaba a alguien desde el quicio. En voz baja masculló algo entre dientes antes de sentarse donde había estado el sheriff. La atmósfera estaba colmada de incomodidad y de reproches.

Yo ya no me fiaba de él.

—Cuando supe que habían dado con tu localización, no escatimé en conducir hasta aquí —resopló

mientras me estudiaba con asombro—. Han sido unos días llenos de incertidumbre. Si te soy sincero, estoy que no me lo creo.

—Sí que vuelan rápido las noticias.

—¿Qué demonios ha pasado, Linda? —Se pasó una mano por el pelo—. ¿Tienes idea de todo el revuelo que se ha formado en torno a ti y a Zack Cassidy?

Alcé la barbilla, fastidiada por su declaración.

—No he seguido las noticias, pero por lo poco que he visto creo que tú tienes mucho que ver con que mi nombre saliera en el noticiario con más audiencia del país.

Donovan apoyó un codo sobre la mesa y gesticuló enfatizando sus palabras.

—¿Qué querías que pensara? ¿Qué podía hacer? ¿Se escapó el preso que tú estabas entrevistando!

¡De una prisión de máxima seguridad! Y, para colmo de males, desapareciste de un día para el otro.

Dios Santo, Linda... —espetó con la mandíbula tensa, pero pugnó por serenarse—. Los hechos a priori y a posteriori a la fuga fueron narrados a la policía tal como acontecieron. Ni más ni menos.

—No niegues que tacharme de criminal fue lo más fácil para ti y para la prisión. Necesitabais un culpable en la lista —dije apuntándole—. Que yo cayera os traía sin cuidado.

—No intentes echarme en cara el deber que me ceñí a cumplir. No toleraré este tipo de críticas.

Ponte en mi lugar, o mejor dicho en el lugar de los miembros de la Junta. ¡Mierda! ¡Huyeron cinco internos, Linda! Dos han muerto; uno de ellos a balazos al intentar traspasar la frontera. Otro consiguió hacerse con el turismo de una familia y estuvo recorriendo diversas ciudades hasta que el muy idiota se

quedó sin combustible; le cogieron antes de que pudiera poner un pie en Los Ángeles.

El último fue capturado hace dos días, se trata de un violador que cumplía condena en el nivel IV.

Estuvo a esto —creó un pequeño hueco entre el dedo índice y pulgar— de cometer su décima violación.

—Lo que me estás contando es un dramón, pero yo no tengo ni idea de lo que ocurrió en la prisión.

—No sé qué tan implicada estás, la verdad, pero han sido unos días espantosos. Gente pidiendo explicaciones, las autoridades exigiéndolas, medios de comunicación metiendo las narices donde no les llaman... Lo único que está claro es que uno de los presos que huyó como por arte de magia, y que aún anda suelto, tuvo contacto contigo durante semanas y después de aquella mañana no se supo nada más de ti.

—Suen a complot, pero no lo es.

Dos golpes nos interrumpieron. Un oficial joven entró cargando con una bolsa de plástico, que fue a parar a manos de Donovan. Tras recibir un desabrido «gracias» del director de la prisión de Nueva Folsom, se marchó tan silencioso como había entrado.

Benjamin extrajo el contenido de la bolsa.

—Estás lívida. Se te nota a la legua. —Situó un sándwich a mi alcance—. Come mientras seguimos hablando.

—No voy a hablar a no ser que esté presente el abogado que solicité.

Mis tripas gruñeron cuando le quitó la tapa al envase.

—No soy tu enemigo. Come, por favor. No quiero que te desmayes.

Aunque no quería, recibí el sándwich y empecé a engullir a una velocidad nauseabunda. Habían pasado demasiadas horas desde mi última comida. Donovan colocó una botellita de zumo a mi derecha mientras observaba mi garganta tragar con rapidez.

Una vez saciada, mi mente empezó a funcionar con eficacia de nuevo. Alcé la cabeza y me di cuenta de que Donovan me estaba mirando con un deje de tristeza en sus ojos grises.

—No es lo que parece —me apresuré a decir y me gané enseguida su atención.

—¿Y qué es lo que parece exactamente?

—Que me ha tratado mal.

Me señaló de arriba abajo con la mano.

—Es evidente que no te ha tratado muy bien.

—Estos últimos días han sido también muy duros para nosotros. —Inspiré hondo cuando un revoltijo de

nervios me revolvió el estómago—. Tú no lo entiendes.

—Explícamelo. Porque si tengo que sacar mis propias conclusiones y me guío por lo que grabaron las cámaras de seguridad de la prisión, tú no sales bien parada. —Se apretó el puente de la nariz—. Mira, seré brusco contigo porque es la única forma de que lo entiendas, eres sospechosa de delitos que te pueden meter en la cárcel por al menos unos quince años, sin opción a libertad condicional, así que más vale que empecemos a aclarar ciertos detalles.

Intenté no escandalizarme mientras notaba mis palmas húmedas de sudor.

—No estoy involucrada en el motín.

Crispó la mandíbula como si no me creyera.

—¿Recuerdas tu última visita a la prisión?

—Sí.

*Tendrán que machacarme el cerebro para que lo olvide*, pensé con un nudo en la garganta.

—Hablaste con Cassidy como llevabas haciendo desde principios de agosto. Según Steve Dalton,

lucías alterada. No eras tú misma, fueron sus palabras textuales. Había cierta complicidad entre Cassidy y tú. Quizás hasta cierta intimidación que antes no existía. Le preguntaría qué tan extraño fue tu comportamiento al agente Isaac Taylor, pero hace ocho días se celebró su funeral.

Me dieron ganas de vomitar al oír aquello.

—Isaac... ¿está muerto?

—Fallecieron nueve funcionarios en total y sí, Isaac Taylor fue uno de ellos. —Lo sentía mucho

por Isaac. Era un buen hombre y siempre se portó cordial conmigo a pesar del entorno en el que trabajaba—. Estuve dos días viendo la grabación de la cámara de seguridad, encerrado en mi despacho; treinta y cinco segundos de cinta que capturaron tu imagen saliendo de la prisión junto a un tío al que aún no hemos podido identificar. —*Morgan*. Una presión me estrujó el cráneo—. Os subisteis a tu coche y, entonces, desaparecisteis del radar.

—Ese encuentro no fue planeado.

—¿Y cómo explicas que al día siguiente se desatara una masacre a gran escala en una prisión totalmente equipada contra esta clase de eventos? —No me dio tiempo a responder—. Hablando claro, quiero entender qué conexión hay entre el motín, Cassidy y tú. ¿Qué pasó para que te fueras con él? Porque es evidente que le facilitaste cierta ayuda. No sé cuánta ni de qué tipo, pero algo de ayuda sí le ofreciste.

Deslicé las manos sobre la superficie de la mesa.

—Te prometo que no sé qué pasó —intenté convencerle—. Yo no estaba en Sacramento.

—¿Has estado con él?

—Sí, pero no porque yo quisiera.

—¿Quién es el hombre del vídeo?

Exhalé un suspiro tembloroso.

—No tiene importancia.

—¿Cómo que no la tiene? —rezongó molesto—. ¡Maldita sea, Linda! ¡No puedo creer que estés

esquivando las respuestas como más te plazca solo para seguir ayudando a un criminal! Si esta es la actitud que has adoptado y no piensas cambiar, será mejor que venga tu abogado porque lo vas a necesitar y mucho.

—¡No puedo darte una explicación! —grité cuando se levantó de la silla, listo para irse—. ¡No tengo idea de cómo consiguió escapar o si él orquestó la fuga! ¡No lo sé! —Me froté la cara—. Y el hombre del vídeo..., te aseguro que no os molestará jamás.

Hubo unos segundos de silencio.

—Está bien —acotó sentándose de nuevo, con un movimiento cansado—. No puedes darme una explicación sobre ese tema, lo aceptaré por ahora porque no quiero que nos quedemos estancados, pero sí puedes darme un motivo para que estuvieras con él estos días.

—Tuve que hacerlo para ayudar a una persona muy importante para mí.

—Angela Nichols —dedujo con un gruñido—. Ella también está desaparecida.

—Está en peligro. Necesita mi ayuda o la matarán.

—¿Quién? ¿Cassidy?

—¡No! ¡Él intenta salvarla de Benicio Velázquez!

Resopló como si su peor presagio se hubiera cumplido.

—Joder... —Apretó el puño—. Sabíamos desde el minuto cero que ese maldito intentaría dar con

Benicio. Pero no lo entiendo. ¿Qué hace Angela Nichols en esta ecuación?

—Benicio la secuestró. —Frunció el ceño, desconcertado—. Es una historia muy larga —dije omitiendo el tema de mis padres. No quería volverlo loco con tantos datos—. No importa el motivo.

Lo que sí importa es que Benicio quiere acabar con Zack y está utilizando a mi amiga como cebo. No se detendrá hasta matarlo. No tiene escrúpulos.

—Y Zack tampoco. —No pude negar esa afirmación—. Podemos prestarle auxilio a Angela, solo

tienes que indicarnos dónde se encuentra ese hombre.

—No estoy segura de su localización.

—Pero lo sospechas. Dínoslo y averiguaremos si ella está ahí.

Dudé un momento, pero aquello me supo a traición.

—No puedo.

—¿Por qué le sigues protegiendo, Linda?

—No lo protejo.

—Sí lo haces. No sé qué trato habéis tenido los dos, pero si te ha lastimado...

—Ni lo insinúes —lo interrumpí a la defensiva.

Tomó mi mano en un gesto casi paternal.

—Ahora estás aquí —dijo en tono tranquilizador—. No podrá hacerte daño, pero tienes que ser sincera con nosotros.

—¡No me ha hecho daño! —Retiré mis dedos de entre los suyos—. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo?

—Muchas, quizás. Tienes marcas rojizas en el cuello. Parecen arañazos, joder. Y según el oficial que te trajo hasta aquí, tienes un mordisco horrible en el hombro. ¿Cómo quieres que te crea si lo que ven mis ojos me demuestran que estás mintiendo?

De manera instintiva, me tapé las marcas del cuello con las manos. Un escalofrío viajó vacilante por mi espina dorsal mientras los recuerdos de la noche anterior me asaltaban la mente. Se me retorció el estómago. El vello se me puso de punta cuando recreé sus dientes arrastrándose por mi piel. ¿Lo había hecho a propósito? ¿Fue toda una actuación? Los ojos se me anegaron de lágrimas.

—No puedo decirte dónde está. Hay demasiado en juego. Y yo debería estar con él, pero me abandonó para no ponerme en peligro —dije intentando convencerme a mí misma, como una pobre

tonta que se había enamorado del lobo feroz—. Estoy segura de que me dejó por eso.

—O porque le estorbabas. Quizás ni siquiera esté dispuesto a no matar a Angela.

—No lo haré. Me lo prometió.

—¿Y te has tragado la promesa de un asesino que hace poco cumplía tres cadenas perpetuas?

Me sentí todavía más estúpida al oír sus palabras, pero aun así no reculé.

—No voy a decirte nada. Digas lo que digas. —Se sorprendió ante mi determinación—. La única

que puede ayudarle a detener a Benicio Velázquez soy yo. Él sí merece estar encerrado en una celda hasta

que se pudra en su propio infierno.

En ese momento llamaron a la puerta. El sheriff se asomó sin dirigirme la mirada y le hizo una

seña a Donovan. Los dos se marcharon de la sala, pero a los pocos minutos Benjamin volvió a reunirse conmigo. Lo que sucedió a continuación me dejó atónita.

—Tienes suerte. Han decidido soltarte a pesar de las pruebas encontradas en la habitación del motel, como la peluca, el pasaporte falso y tu caligrafía en el registro de clientes. —Lo miré convencida de que aquello era un farol—. Sinceramente, no entiendo qué te ata a ese hombre, pero lo que suceda de aquí en adelante es decisión tuya. Eres adulta. Sabes lo que haces y lo que quieres —

dijo a la vez que depositaba unas llaves sobre la mesa. Las llaves de un vehículo—. Tú eliges a partir de ahora. No me meteré más en asuntos que solo les conciernen a las autoridades. —Y tras inclinar la cabeza, se largó a paso ligero.

Yo me quedé estudiando la puerta que acababa de cerrarse mientras miles de pensamientos se manifestaban en mi mente, bloqueándome y haciéndome temblar.

¿Qué era lo que quería? ¿Qué elegía para mí? ¿Elegía la vida o la muerte? ¿El llanto o la alegría?

¿El aire o la asfixia? ¿El veneno o la cura? ¿El principio o el fin? ¿El amor o el vacío?

Más decidida que nunca, agarré las llaves y salí corriendo de la oficina del sheriff. Traspasé las puertas del edificio y, de inmediato, el sol me deslumbró con sus eficaces rayos. Permanecí un instante aturdida, pero pronto reanudé mi camino. Elegía las dos opciones. Lo bueno y lo malo. La luz y la oscuridad. Lo seguro y lo impreciso. La paz y la violencia. El equilibrio. Las dos caras de la moneda.

Elegía a Zack por encima de todo.

21

**Zack**

*Miércoles, 9 de septiembre de 2009*

*Seattle, Washington.*

Recorrer más de seiscientas millas fue sencillo en comparación a los minutos que tardé en irme del Burney Motel. O lo mucho que vacilé en despegar mis brazos del cuerpo cálido, suave y desnudo al que estaba abrazado. O lo complicado que fue no enterrar mi nariz en aquella maraña de pelo largo y liso, mordiéndome la lengua para no repasar con ella la marca que habían dibujado mis dientes en aquel hombro cada vez más delgado y escuálido.

Me sentí como una mierda al saber que esos instantes serían los últimos que compartiríamos juntos; que lo último que experimentaría con ella sería esa jodida ansiedad por volver a tumbarme a su lado. Sentir todo eso me desestabilizó. Quizás demasiado para un tío como yo, que nunca se había movido por el terreno de las emociones ni de los sentimientos. Cuando por fin conseguí poner cierta distancia entre nosotros, Linda empezó a gimotear y a retorcerse por las pesadillas. Por suerte, logré vestirme con

rapidez y salí cagando leches de allí.

Aunque mi parte egoísta me suplicara que lo hiciera, no podía llevarla conmigo. Ya la había expuesto demasiado a mi mundo, mucho más de lo necesario, mil veces más de lo que había planeado en un principio. Y tampoco podía huir con ella; aunque jamás se me hubiera ocurrido idear semejante estupidez, pues Benicio se había asegurado de que no me quedara otra opción más que enfrentarnos al tomar como rehén a Angela Nichols. Él y yo nos plantaríamos frente a frente, en un combate que lo más probable acabase en un baño de sangre. Y Linda no tenía cabida en ese encuentro, aunque eso significara que tampoco tenía cabida en mi vida.

Tras distanciarme lo suficiente del motel, me detuve en una cabina de teléfono y llamé a la policía.

Como un patético sinvergüenza, o mejor dicho como un miserable hijo de perra, vendí a Linda como si se tratara de una chiflada que huía de la justicia. No podía arriesgarme a que se la ingeniera para seguirme, porque Dios sabía que lo haría si pudiera.

No mucho tiempo atrás, yo no habría permitido que la situación llegara a tales extremos. O que alguien me alzara la voz o me contradijera; cosa que Linda solía hacer a menudo. Y tampoco habría sido necesario involucrar a la pasma en asuntos personales, con el propósito de mantener a alguien alejado de mí. Con un balazo en la nuca hubiera sido más que suficiente para solucionar el problema.

Quien se atreviera a tocarme los cojones más de la cuenta habría sido encontrado al día siguiente en el depósito de cadáveres sin identificar.

Pero con Linda era distinto. O quizás no. Quizás todo era malditamente igual con la única diferencia de que a ella la necesitaba en mi vida, que formara parte de mi jodida existencia, más jodida aún que antes de que nos conociéramos.

Horas después, entré en una estación de servicio y con la gorra y las gafas de sol puestas, eché gasolina y fui hacia el establecimiento. Vagué unos segundos por el pasillo y compré lo primero que se me antojó: un par de latas de cerveza, un refresco con sabor a no sé qué mierda, una bolsa de *snacks* y dos sándwiches que estaban a punto de caducar. Fui hacia el mostrador, dejé caer las provisiones y saqué los cuatro billetes arrugados que me quedaban en el bolsillo. El dinero se había esfumado, pero eso no me inquietó. Mi aventura finalizaría en Seattle.

Empujé los billetes sobre la superficie, pero me di cuenta de que la encargada, una mujer con unos treinta kilos de más y un tufo a cebolla que quitaba el aliento, me estaba mirando con suspicacia.

De pronto, se puso a temblar al reconocerme. Y yo, sin alterarme, posé la mano derecha sobre mi pistola.

Ella entendió el gesto y su expresión se coloreó de horror.

—Cóbreme —ordené apuntando el mostrador con la barbilla.

Ella asintió con un temblor de papada y registró con torpeza los artículos a la vez que iba metiéndolo todo en una bolsa de papel, tras haberle sumado el importe consumido en gasolina.

Capturó los billetes entre sus cortos dedos, pero titubeó al notar que yo aún mantenía mi mano sobre la

culata del revólver.

Al comprender sus siniestros temores, esboqué una lenta afirmación con la cabeza.

—No me mate, por favor —susurró abriendo la caja registradora, aunque apenas atinaba a enganchar el dinero—. No diré nada. Se lo prometo. Por favor.

Había oído esa puñetera frase unas mil veces en el pasado y aunque no le creí ni una jodida palabra, acepté la bolsa y me marché en silencio. Estuve un buen rato observando a través del espejo retrovisor en busca de algún atisbo de la policía local, incluso me desvié por otra carretera, pero todo permaneció tranquilo, así que continué conduciendo mientras escuchaba las noticias por la radio. «Dos accidentes de tráfico en la I-84, alerta máxima en la frontera, tiroteo con tres fallecidos en El Paso, calles cortadas en grandes ciudades, controles de tráfico en varias secciones y múltiples avenidas vigiladas en distintos puntos del país». Estuve al loro. No podía permitirme cometer ningún error. Eso era impensable.

Llegué a Seattle pasadas las cuatro de la madrugada. Estaba exhausto y la urbe, inmersa en un emocionante juego de luces procedentes de los cientos de edificios altos y enormes, los neones de los comercios ya cerrados al público y las farolas situadas en las infinitas aceras. Continué recorriendo la vía otros pocos minutos más y un momento después paralicé el motor en un lugar bastante familiar para mí, que no había cambiado mucho desde la última vez que paseé en sus calles.

Rainier Valley.

El temido barrio era uno de los más jodidos en Seattle. La diversidad cultural se propagaba conflictivamente en su territorio. El contraste de razas era notorio a simple vista, sobre todo cuando ibas caminando por la zona y te topabas cada dos por tres con los miembros de los guetos que se dividían el vecindario como más les salía de los huevos. No era el sitio más idílico para vivir, pues a veces se oían tiroteos a plena luz del día. Rainier Valley podía parecer el mismísimo quinto infierno para muchos, pero en el vértice de ese puto infierno estaba la casa de John, o mejor dicho la casa que antaño le había pertenecido.

Las luces de la vivienda estaban apagadas, pero a juzgar por la camioneta que había justo delante de mí, allí residía una familia o quizás una pareja. No tenía ni pajolera idea. Tras la muerte de John, su casa había sido puesta en subasta pública al igual que la mía, ubicada a unas cuantas manzanas de allí, en dirección norte. Pero aquello me traía por culo. No me afligía no tener ni donde caerme muerto, pues mi meta siempre había sido vengarme. Y no solo lo haría en honor a mi hermano, sino también por Morgan, Linda y Angela. Incluso por mí, joder. Sin embargo, no había un plan «B».

Jamás pensé que habría un «después» en mi futuro.

Descansé la nuca en el reposacabezas y, sin darme cuenta, caí rendido. Para cuando abrí los ojos, ya era de mañana. Me froté las mejillas, me estiré en el asiento y toqué el techo con los dedos hasta que una punzada de dolor me paralizó.

—Me cago en la puta... —mascullé sobando la herida.

Cuando el escozor mermó, comí todo lo que había comprado. Encendí un pitillo y manteniéndolo

entre mis labios, cargué el revólver con las balas, con la bolsa deportiva ejerciendo de copiloto.

Exhalando una abundante bocanada de humo, me incorporé a la vía, hacia SoDo, y más tarde viré hacia un callejón sin salida.

A lo lejos se insinuaban los extravagantes rascacielos donde la gente ricachona gozaba de espléndidas vistas a la ciudad, mientras que a mi izquierda los desgastados rieles de los ferrocarriles invadían gran parte del pavimento. La calle era larga y amplia, con varios postes de luz instalados cerca de las vallas que impedían la entrada a las vías ferroviarias, ocupada por alguna que otra furgoneta y algunos contenedores verdes de basura.

Paré a un lado del almacén de fachada color caramelo, de aspecto malgastado, y respiré hondo.

Benicio no había escogido ese sitio al azar. Todo lo contrario. Ahí fue donde empezó mi verdadero entrenamiento; donde nos enseñaron a John y a mí a actuar como salvajes hasta aplacar todo aquello que hacía vulnerable al ser humano.

Aún recordaba el día en que nos hicieron pelearnos entre nosotros, a usar los puños, los pies e incluso las uñas contra nuestros cuerpos. Fue una de las tantas pruebas que tuvimos que pasar por órdenes expresas de Benicio, aunque fue el maricón de Franco, su ayudante predilecto, quien orquestó la paliza. John era unos diez centímetros más alto que yo, aunque nuestra constitución corporal era similar, igual de esquelética a pesar de los tres años de diferencia que nos llevábamos.

Cuando Franco gritó «¡Pelead, mariconas!», nos lanzamos el uno contra el otro y nos dimos de

hostias como si no hubiera mañana. A los pocos segundos John se derrumbó quejándose en silencio en el suelo, con la nariz rota. Yo apenas había sufrido magulladuras y a pesar de que mi hermano estaba tirado en el duro cemento y le chorreaba con fuerza la nariz, me sentí poderoso por haberle ganado.

Sonreí con ironía y pesadumbre. Ahora, con treinta y ocho tacos sobre mis hombros, veía las cosas desde otra perspectiva. John se había dejado ganar; había permitido que le pegara suficientes veces para que el capullo de Franco creyera que habíamos luchado de verdad. John nunca me habría hecho daño a propósito.

Él no era como yo.

Sujetando el arma con poderío, salí del coche y me desplazé hasta el almacén. Benicio no había

ajustado ninguna fecha u hora, pero eso no supondría ningún problema. Él estaría dentro, aguardando con frenética excitación. Forcé el pomo y empujé la puerta metálica, arriesgándome a que me dispararan. Sin embargo, cuando ningún tiroteo dio comienzo, me asomé poco a poco hasta

hallarme en el interior. Estaba oscuro, pero unas recortadas ráfagas de luz, que provenían del techo deteriorado, iluminaban parcialmente el centro del almacén. La puerta se cerró detrás de mí. El sonido retumbó como un trueno, espantando a las palomas que se habían refugiado allí durante la noche.

Ignoré el temblor que agitó mi mano mientras analizaba cada ángulo con los ojos entornados y la respiración pausada. Todo estaba desprovisto de mobiliario. Las correas con las que solían fustigar mi piel hasta desgarrármela, cuando era un crío, no colgaban de las antiguas estanterías. Los bates de

béisbol que servían para atemorizarme cuando titubeaba al cumplir una orden habían desaparecido también. Solo unos viejos e inmundos cajones, amontonados unos encima de otros, adornaban el sombrío almacén de dos plantas.

Avancé precavido hacia la izquierda y accioné el interruptor de luz.

—No te molestes. No hay electricidad —dijo alguien oculto entre las sombras.

Esa voz, que poseía un leve acento cantarín bailando al final de cada sílaba, hizo que mi pulso se acelerara en cuestión de segundos y aullara feroz en mis oídos. De manera automática, tensé mi dedo índice en el gatillo. Pero no atisbé movimiento alguno en la sinuosa oscuridad.

Benicio se echó a reír ante mi reacción. La risa sarcástica de ese hijo de puta me agujereó los tímpanos y un torrente de fuego almizclado con una rabia bestial me recorrió el cuerpo, desde la punta de los pies hasta el último pelo de la cabeza.

—¿Es así como te presentas? —rugí como un león y di un paso hacia delante—. ¡Sigues escondiéndote como un miserable hijo de perra, como el maldito cobarde que eres!

—Acércate un poco más y me verás —me retó sabiéndose en ventaja sobre mí—. O quizás no.

Tendrás que arriesgarte para averiguarlo.

Acepté el desafío sin dudarlo ni pensarlo y me guie por mis instintos, caminando con tiento. Mis pisadas eran inaudibles, precavidas, pero estaba seguro de que Benicio no perdía detalle de mis gestos. La luz natural apenas penetraba en la estructura, pero aun así pude ver unas piernas largas, cubiertas por unos pantalones anchos, negros y desgastados, a unos cinco metros de mi posición.

Era Angela Nichols, desfallecida y sentada sobre una silla.

—Quédate donde estás. —La voz de Benicio reverberó potente y autoritaria desde la segunda planta—. Vaya..., qué lástima. Tenía la esperanza de que vinieras con la *princesita*.

—¡Suéltala! —dije refiriéndome a Angela. Estaba inconsciente pero viva. Su caja torácica subía y bajaba con entorpecimiento. La habían atado a unas cadenas y tenía la cabeza echada hacia un lado, pero no parecía estar herida—. ¿Por qué coño sigues involucrando a más gente? ¡Esta mierda es entre tú y yo!

Por un momento capté el brazo de Benicio cuando empezó a pasearse con parsimonia en el rellano de la planta superior, como si fuera el puto amo del universo.

—Tira el revólver, Zack. —Al oír la orden vi que había vuelto a alzar mi mano y estaba apuntando hacia ningún punto fijo, esperando tenerle en el blanco—. O la mejor amiga de la hija de los Evans lo pagará muy caro —escupió con desprecio el apellido de Linda.

De repente, se me ocurrió elevar mi mirada. Del tejado pendía una gran cuchilla con forma triangular, similar a las que formaban parte de las guillotinas, suspendida sobre la cabeza de Angela.

La cadena que tenía alrededor de las manos y de los pies mantenía la cuchilla en posición erguida mientras que otra cadena conectada a la primera estaba enrollada a la barandilla de la segunda planta.

Y Benicio, ese asqueroso sanguinario, sostenía un puñado entre sus dedos. Un mínimo movimiento y aquella arma letal le partiría de cuajo el cerebro.

Contraje los músculos.

—¡Hijo de perra!

A Benicio le entró la risa.

—No somos tan diferentes y... —Atrajo la cadena hacia él. La cuchilla se tambaleó con mortífera

lentitud—... arroja la pistola y dale una patada como si me la estuvieras dando a mí. —Aferré con más fuerza la culata. Él zarandó la cadena por segunda vez—. Pobre Linda Evans... Por tu culpa perderá a su adorable amiguita del alma. Por cierto, ¿le queda algún familiar vivo? O ya te has...

El revólver siendo trasladado a varios centímetros de mí le impidió seguir hablando.

—No metas a los Evans en nuestras movidas.

Benicio soltó una pequeña carcajada y, a continuación, emergió de entre la penumbra. Con una sonrisa colocó sus brazos en la barandilla. Su apariencia física no había cambiado, aunque algunas arrugas de madurez habían marcado aún más las facciones de su rostro. Pelo corto, negro y bien peinado. Iba vestido con una camisa azul marino, sin corbata y con los dos primeros botones del cuello desabrochados, y unos pantalones también azules, muy formales. Lucía una oscura barba de varios días, perfectamente recortada, sin canas visibles en ella a pesar de sus cincuenta y seis años.

Sus ojos color avellana, rodeados de unas profundas ojeras, algo característico en él, brillaban feroces mientras entrelazaba sus dedos y me miraba desde arriba con una mueca lobuna en los labios.

No iba armado, al menos a simple vista.

—¿Sabes qué hubiera hecho el antiguo Zack? —me preguntó con infinita arrogancia—. Habría disparado a la golfa que tienes delante de ti, sin dudarle. Espera, pero ¿qué estoy diciendo?! Habrías matado a la puta que te has estado cogiendo, la bella *princesita*, quizás después de habértela cogido un par de veces. Pero en cambio aquí estás, obedeciéndome para salvar a su amiga. —Sacudió la cabeza—. ¿Quién lo iba a decir, eh, Zack? ¡Tú..., enamorado! ¡La amas!

Lo fulminé con los ojos.

—¡Tanto como a ti muerto!

Benicio lanzó una carcajada sin alterar su postura y volviéndose más soberbio si cabía.

Temblé de cólera.

—Te has vuelto débil. Como John. —Cerré las manos en puños y mi mandíbula se petrificó al igual que cada músculo de mi cuerpo—. ¿Sabes lo fácil que le fue a Paul Sanders matar a tu hermano? ¡Ni siquiera se defendió el muy inútil!, me comentó por teléfono. ¡Ni siquiera hizo amago de agarrar su arma para derribar a Paul! —Oprimió la barandilla—. Tú siempre fuiste más listo que él; acatabas las obligaciones

sin cuestionarlas. Eras una auténtica máquina de matar, un arma letal que temían la mayoría de esos vergas comemierda. Fue una pena tener que prescindir de tus servicios.

Pero si me deshacía de John, tenía que hacerlo de ti también. Créeme, Zack, me resultó difícil tomar esa decisión.

—Lo dudo.

—No te hagas, pendejo. Tú sabes tan bien como yo que John era un lastre para la pandilla; una escoria en un mundo de fuertes; un cobarde que pensaba demasiado en el bien de los demás —dijo

todo eso para provocarme. Y casi lo consiguió. Tuve la intención de agacharme, recoger la pistola y volarle la maldita cabeza. Pero me chistó como si estuviera calmando a un caballo indomable, y agitó la cadena—. Quieto. —Cuadré los hombros, muy a mi pesar. Tras una pausa, prosiguió—: ¿Crees que no me daba cuenta de cuán dificultoso le era a John seguir las reglas? Nunca aceptó nuestro estilo de vida. Nunca quiso pertenecer a nuestro mundo. Si se rindió ante mí, cuando erais unas pobres criaturas sin futuro, fue porque sabía que esa era la única forma que teníais de sobrevivir. Pero nunca fue uno de los nuestros. Él siempre deseó hallar una salida, una vía de escape. ¡Por Dios, Zack!

Incluso echaba de menos a los drogadictos de vuestros padres, a pesar de que yo os liberé de ellos para que no albergarais ninguna carga en vuestro interior. Pero John era un ser endeble. Tratar de cambiarle era un caso perdido y una maldita pérdida de tiempo.

—Los mataste —dije refiriéndome a mis padres, aunque no me lastimó que estuvieran muertos.

Hacía tiempo que esas personas estaban enterradas para mí.

Sonrió mientras se dirigía hacia la izquierda.

—¿Alguna vez pensaste que de verdad les dejé marchar con mi dinero? —Guardé silencio.

Aquello le hizo reír—. ¡Esos mamones no llegaron vivos ni a la siguiente ciudad! ¿Ves? En eso te diferenciabas de John. Mientras que a él le costaba asimilar que vuestros padres os habían repudiado, tú lo aceptaste y preferiste ser mejor que ellos.

Negué con la cabeza.

—John era mejor que tú y yo juntos. Él tenía principios, corazón, alma o como cojones quieras

llamarlo, elementos que tanto tú como yo carecemos.

—Eso lo dices ahora porque un hombre muerto siempre es mejor que uno vivo, pues ni siente ni

padece —dijo con un suspiro enervado—. Desde que él era un niño, supe que John ansiaba ser una persona como otra cualquiera, un estorbo en la civilización. Sé que nunca lo entenderás, Zack, pero tenía que quitármelo de encima antes de que cometiera algún error y la pandilla sufriera las consecuencias.

A Benicio le encantaba hablar en plural, mostrarse preocupado por el bienestar de los miembros

del grupo, pero a él lo único que le importaba era salvar su pellejo. Él siempre estaría por encima de los demás. Al resto que les dieran por el culo siempre y cuando nadie se lo diese a él.

—¡No seas estúpido! —gruñí ofendido por su insinuación—. ¡John nunca habría hablado con la policía! ¡No era un soplón! ¡Él nunca habría hecho algo así!

Se encogió de hombros.

—Más vale prevenir que lamentar, ¿no, Zack? —Miró de reojo la cadena, y la toqueteó con las yemas de sus dedos. Una súbita tensión nubló la atmósfera—. Cuando me enteré de que habías matado a Paul y a las pocas horas a Pablo, mi hijo, me propuse hacerme un traje con tu carne en cuanto se me presentara la oportunidad. —Clavó en mí sus ojos ensombrecidos por el odio y la avaricia—. Tu detención hizo que la pandilla se desestabilizara, que no hubiera orden ni subordinación. Todo grupo necesita un líder, que les dirijan para que no se descarríen como el ganado, pero si ese líder debe desaparecer por fuerza mayor, la mierda no tarda en salir a la luz para tratar de sustituirte.

Me reí entre dientes.

—¡Menudo cabrón estás hecho! ¡Ya veo que lamentas mucho la muerte de tu hijo!

—Entre tú y yo, ese mocoso me importaba un carajo. La puta de Lucero lo malcrió con arrumacos. Se convirtió en un blandengue; en un niño con necesidades, ansias de cariño y afecto constante, en una maricona que me avergonzaba cada vez que abría la boca para decir alguna estupidez. El muy pendejo prefería estudiar en la universidad, encaprichado con ser un hombre de provecho en vez de manejar mis negocios. No era digno de ser mi hijo ni de llevar mi sangre en sus venas. —Me apuntó con el dedo índice—. Lo que me encabronó de verdad fue tener que esconderme

y enfrentarme a cientos de hombres que querían mi cabeza. ¡Putra madre! ¿Tienes idea de lo que es ver a tus proveedores buscarse otro distribuidor más competente que tú? ¡He visto cómo millones de dólares se iban por el inodoro delante de mis narices y yo no podía hacer nada más que mirar! —

bramó con la mandíbula apretada—. Ese día me juré a mí mismo que no descansaría hasta hacerte sufrir por cada año de mierda que me has hecho pasar.

Elevé la barbilla.

—¿Y a qué cojones estás esperando?

Se echó a reír y ladeó la cabeza.

—Dime, Zack, ¿de qué sirve matar a un hombre que no le teme a la muerte? ¿Qué placer me supondría eso? Créeme, podría haber ordenado que te cercenaran la garganta en la cárcel, que te ahogaras con tu propia sangre, pero al final me lo pensé mejor. No es tu muerte lo que busco. —

Adoptó una pérfida sonrisa—. Debo admitir que Morgan aguantó como un campeón. —Cegado por

el dolor, avancé un par de pasos, pero me detuve cuando estrujó la cadena y la cuchilla vaciló hacia delante y hacia atrás—. Qué lástima que no hayas aprendido la lección, cabrón. Eres un gran desperdicio.

Un hombre encabronado es peligroso, pero un hombre que no tiene nada que perder es invencible. Tú estabas en ese punto de superioridad. Pero ella te volvió débil. —Los latidos de mi corazón chocaron impetuosos contra mi pecho al oírle hablar de Linda—. Ya no quiero tu muerte. No me interesa. Pero eso tú ya lo sabes.

Me guiñó un ojo y se mostró divertido al verme tan agitado.

—¡No permitiré que le hagas daño, hijo de puta!

—Tú mismo se lo harás —aseguró mientras una sonrisa elevaba las comisuras de su boca. Pero

no estaba sonriendo por la frase en sí, sino porque ambos percibimos el sonido de unas ruedas chirriar en el exterior—. Yo ya te he arrebatado todo lo que podía quitarte. Ahora tú mismo terminarás de destruirte. O... —La puerta se abrió de par en par—... quizás ella te destruya a ti.

*Ella.*

Una corriente de aire osciló en el espacio al mismo tiempo que Linda, con el rostro desquiciado y temblando por el subidón de adrenalina, se precipitaba hacia la oscuridad. Miró hacia todos los lados, incapaz de distinguirnos entre las sombras.

—¡Entra, *princesita!* —exclamó Benicio sintiéndose eufórico, con los brazos estirados.

Linda se estremeció visiblemente al oír a ese capullo, pero siguió buscándome entre la penumbra.

Yo persistí inmóvil hasta que, de repente, sus ojos se encontraron con los míos. Las piernas me temblaron por la majestuosidad de nuestras miradas. De su pureza envolviendo mi alma sombría. Mi corazón dejó de funcionar y, en su lugar, un hueco imaginario se adueñó de mi pecho.

Estaba perdido.

Jodidamente perdido.

Lo supe desde el principio. Lo entendí la primera vez que posé mis labios sobre los suyos; porque desde aquel primer contacto, ella se introdujo en mi organismo, apropiándose sin hacer ruido de todo mi ser, sin que ninguno de los dos nos diéramos cuenta. Pero ahora que la tenía a pocos pasos de mí y me miraba con sus pupilas radiantes de amor, esperanza y cariño, no me cupo ninguna duda sobre cuál sería nuestro final.

El amor nos separaría, y Linda me destruiría a mí... tanto como yo a ella.

22

**Linda**

*Miércoles, 9 de septiembre de 2009*

*SoDo, Seattle.*

Tardé bastante en localizar el coche que me había proporcionado Benjamin Donovan, pues apenas abandoné la oficina del sheriff corrí hacia el *parking* privado, sin detenerme a mirar a mi alrededor.

Pero tras dar vueltas y vueltas sobre mí misma, regresé sobre mis pasos y vi que el vehículo estaba en la acera de enfrente.

El detalle me pareció algo desubicado, pero aun así me apresuré a entrar en el coche y franqueé las manzanas durante varios minutos. Yo siempre había sido una persona desconfiada, pero en ese segundo lo fui aún más al advertir que el depósito de combustible había sido llenado a conciencia.

Debía asegurarme de que nadie me estuviera siguiendo.

Sin embargo, nadie pareció reparar en mí y aunque no debía fiarme de las primeras impresiones,

tampoco deseaba perder más mi tiempo, así que me incorporé a la interestatal. Ya en Eugene, Oregón, me olvidé de la policía y me centré en atenuar los kilómetros que aún había ante mí. Cuando empecé a sentirme laxa, realicé una breve parada y mientras bordeaba el guardabarros, me fijé en los turismos que transitaban en la carretera. Nadie más se había detenido, así que la posibilidad de que me estuvieran acechando quedó descartada por enésima vez.

Al notarme algo mejor salté dentro del asiento, pero no giré la llave; en cambio, abrí la guantera y hallé un par de barritas integrales y un paquete abierto de chicles con sabor a fresa. Arrugué el ceño, cogí una tira del paquete y me uní a la vía, pero, aunque me metí prisa, la noche cayó sobre mí al igual que el agotamiento.

Paré en el primer área de descanso que encontré, con los ojos pesados por el cansancio. De repente, me angustió un grito estremecedor a la vez que me sentaba de golpe, con el corazón inquieto y sin poder moverme. Fue entonces cuando, tras eternos minutos de susto, me percaté de que me había quedado frita con el cinturón puesto. En cuanto me serené, encendí de nuevo el motor. Estaba acelerando cuando una camioneta se detuvo en la otra punta del perímetro, en busca de intimidad. Era una pareja de adolescentes y era evidente lo que estaban a punto de hacer.

Con una mano en el volante devoré las barritas y conduje negándome a pensar tanto en Zack como en Angy. Necesitaba tener la mente en blanco, que mis temores no me paralizaran. Horas más tarde, un ardiente dolor en las articulaciones y hambrienta hasta decir basta, alcancé la ciudad de Seattle y seguí las señales circulando por el tercer carril. Ya empezaba a notarse el tráfico de la hora punta y para colmo, tras haberme incorporado a la 7th Avenida, me desorienté entre tanta cantidad de automóviles y no giré a tiempo a la izquierda.

Perdida en la capital, pregunté a una señora mayor que caminaba por la acera cómo llegar hasta

SoDo. La mujer me dio unas cuantas indicaciones que a duras penas logré retener en mi cabeza.

Sonreí agradeciéndole la ayuda y avancé con lentitud hasta dar con una calle sin salida. De inmediato, visualicé el Chevrolet Captiva a pocos metros.

La tensión me estrujó la garganta.

Había conseguido permanecer tranquila la mayor parte del trayecto, pero en ese instante se me alteró el

corazón rebotando con imprecisión contra mi pecho.

Estimulada por la desesperación, troté hasta el almacén. Por culpa de los nervios me costó abrir la puerta, pero lo conseguí tras un potente empujón. En el interior la penumbra era absorbente. Achiqué los ojos y caminé con moderación, como si la oscuridad me hubiera embelesado. Las palpitaciones de mi corazón eran como truenos desatados en mis oídos, que me impedían escuchar con claridad,

pero aun así distinguí el murmullo de una voz masculina, carente de emoción y repleta de vida. Sufrí un pequeño zarandeo, pero continué escrutándolo todo hasta que me encontré con una mirada turbia, que irradiaba una energía palpable mientras un torrente de peligro le sitiaba en círculos.

Me quedé estupefacta.

Zack estaba a unos cuantos centímetros de distancia, de pie y a la izquierda. Su postura denotaba rigidez y los rasgos de su rostro estaban crispados, con las manos desarmadas. Lucía como un depredador de increíbles dimensiones, dotado para desmembrar un cuerpo hasta con los dientes, agresivo y despiadado.

Quise ir hacia él, a pesar de lo que había sucedido entre nosotros en las últimas horas, pero me contuve cuando percibí la débil figura de una mujer, cuya melena rojiza era como el fuego de una hoguera. Su cuerpo ya no lucía tan voluptuoso como hacía unas semanas y tampoco vestía las prendas que a ella la solían poner tontorróna. Al contrario, estaba demacrada; maniatada a una silla de hierro un tanto oxidada, con unas largas y gruesas cadenas ciñendo sus extremidades.

*Angy.*

Un chillido escapó de mis cuerdas vocales mientras me disponía a correr hacia ella.

—¡No te muevas! —ordenó la misma persona que había oído antes. Me congelé a la vez que buscaba el origen de esa voz tirana e incommovible—. Si no quieres que la cabeza de tu amiga ruede como una pelota de fútbol, quédate donde estás.

Un hormigueo de terror fracturó todos mis huesos a la vez que elevaba los ojos hacia el tejado.

De inmediato, se me heló la sangre al ver una cuchilla balanceándose por encima de la cabeza de Angy. Los perezosos vaivenes del arma me avisaron de la terrible desgracia que ocurriría en el caso de que yo no obedeciera la orden con sumisión. Se me revolvió el estómago con solo imaginar ese posible escenario, y la usual sensación de miedo se me acumuló en la boca mientras clavaba mis pupilas en el individuo que manipulaba la cadena.

El alma se me cayó a los pies. ¿Cuántas veces le había visto en mis sueños y cuán diferente se veía ahora? Benicio Velázquez era mucho más intimidante y malévolo en persona; más alto, musculado y fornido que en mis pesadillas; un hombre capaz de todo, incluso de lo inimaginable, inmoral, elegante y ruin, con una mirada tan penetrante y glacial como la muerte. Sus ojos eran un abismo sin fin y el timbre de su voz vibraba cortante como una katana recién afilada.

Miré a Zack y luego a su revólver, que reposaba a un par de metros de su alcance. Los nervios me desconsolaron como nunca, pero me obligué a observar de nuevo a Benicio. Al hacerlo sentí un insondable rencor, un odio que desconocía hasta entonces.

—¿Por qué haces esto? —le pregunté con amargura—. ¿Por qué sigues torturándome a costa de quitarme a mis seres queridos? ¿Qué ganas con hacerme sufrir?

Una sonrisa curvó las comisuras de los labios de Benicio.

—¿A quién te he quitado, según tú, *princesita*?

Rechiné los dientes.

—¡No me llames así! —Benicio miró de reojo a Zack, que ni siquiera parpadeó en respuesta—.

¡Angy no tiene la culpa de lo que te hicieron mis padres! ¡Ella es inocente!

—¿Te has vuelto loca? —se mofó—. ¿Por qué sacas a colación el tema de tus padres?

—Linda, es inútil dialogar con él —dijo Zack lanzándole una mirada asesina, casi sin mover los labios de tan apretados que los tenía.

Lo ignoré. Yo también tenía cuentas que saldar con el miserable que se pavoneaba en la segunda planta.

—No permitiré que me arrebates a Angy también.

Benicio frunció una ceja oscura.

—¿También? —Su tono se camufló de incredulidad antes de dirigirse a Zack, con un matiz de burla que me enervó la sangre—. ¿Qué le has dicho? ¿Le dijiste que yo...? —Soltó una carcajada seca—. ¡Cabrón mentiroso! ¿Es así como amas a la hijita de los Evans?

Sentí mi rostro palidecer mientras giraba la cabeza hacia el aludido, que no había ejecutado el más mínimo movimiento, aunque tenía los bíceps tiesos y los ojos radiantes de un sentimiento que iba más allá del rencor o del mismísimo odio.

—¿Qué está diciendo, Zack?

Su expresión era indescifrable. Fijó los ojos en el suelo como si fuera incapaz de mantenerme la mirada.

Temblé sintiéndome a la deriva.

—¿No le respondes a tu amada? —indagó Benicio, riéndose. El silencio se sintió tan amargo como si paladeara una cucharada de café puro—. Eso esperaba.

—¡Sé lo que estás haciendo y no vas a manipularme! —chillé. Sus misteriosas respuestas me estaban aturdiendo, pero no iba a permitir que creara un enfrentamiento entre Zack y yo.

Él volvió a hablarle a Zack.

—Te la has cogido durante días, has tenido el valor de meterle la verga hasta el fondo, pero no los huevos de confesarle quién eres. —Mi ansiedad se intensificó más y más al escucharle, pues no entendía nada—. Quizás por eso sigues vivo.

Los nervios me azotaron y me hicieron trizas la piel.

—¿De qué estáis hablando?

No replicaron.

Benicio fue hacia el tramo de escaleras que había a su izquierda, sujetando la cadena, y empezó a descender con parsimonia los peldaños. Zack y yo nos mantuvimos estáticos. Sabíamos que no dudaría en matar a Angy. Le vimos desplazarse hasta la silla y situarse detrás de ella, sin tocarla ni rozarla, apartado de la cuchilla y usando el cuerpo de mi mejor amiga como escudo humano.

Se notaba que lo tenía todo calculado. Sus pisadas habían sido premeditadas con tiempo, sus gestos eran una efímera parte de lo que haría después y cada palabra estaba destinada a hacer daño. A romperme. A rompernos.

—¿Ves esos cajones que hay detrás de ti, *princesita*? Encontrarás un regalo en uno de ellos.

Tómalo y regresa.

Mis mejillas se caldearon de rabia.

—Estás como una regadera si piensas que voy a hacerte caso —declaré con un siseo.

Un amago de sonrisa afloró en sus labios.

—En mi humilde opinión, creo que el más cuerdo de los tres que estamos aquí soy yo. —

Enseguida se me precipitó la respiración. Zack contrajo los músculos y Benicio se rio al percatarse de su error—. Lo siento, me olvidé de tu amiga, pero es que ella... —Se acercó al rostro de Angy

para luego levantar las manos y decir con malicia—: No, no, falsa alarma. Esta puta aún respira.

—¡Déjala en paz!

La piel de Angy se había tornado de un color cerúleo.

Benicio miró a Zack con un mohín de desagrado.

—No la has adiestrado muy bien —dijo como si yo fuera un animal al que deberían haber enseñado a comportarse. A continuación, señaló los cajones con la barbilla y me dijo en tono rudo—: Haz lo que te acabo de ordenar. —Y, de inmediato, se volvió hacia Zack—. Y tú, quédate ahí. Ni se te ocurra moverte, pendejo. Sería una pena tener que ensuciar el suelo con los sesos de esta belleza pelirroja.

Trémula, estudié a Zack a los ojos, rogándole en silencio que por favor no se moviera. Él no lo hizo; persistió firme en el lugar, con la mandíbula notándosele a través de la incipiente barba, y los puños

apretados como sólidas rocas.

Benicio me chistó para que le obedeciera.

Me tragué el impulso de insultarle, enfilé hacia los cajones y deposité el primero en el suelo.

Estaba vacío. Iba a hacer lo mismo con el segundo, pero me paralicé de golpe al encontrar un revólver entre la densa maraña de polvo. Tendría una longitud de unos dieciséis centímetros, o quizás un poco menos. El color del diseño era acabado en negro y en el lateral del cañón se podía leer Calibre 22.

Con aprensión sostuve la pistola entre mis palmas sudadas, con suavidad. Nunca antes había empuñado un revólver. De hecho, jamás había visto uno de cerca. La sensación de soportar el arma se sentía tan cargante como el peso que hundía mi corazón, aunque en realidad no pesaba demasiado. De repente, hilé una nueva determinación en mi cabeza y caminé con brío hacia la misma posición anterior. Levanté el revólver y apunté a la altura de la frente de Benicio.

Estaba decidida a todo.

—¡Suéltala! —ordené con voz aguda. Las manos me temblaban como gelatina y mis piernas parecían estar bailando solas—. ¡He dicho que la sueltes, cabrón!

Benicio se echó a reír a carcajadas.

—Tienes más huevos que el cobarde de Scott y la puta de Jessica.

—¡Hijo de la gran perra!

—Te acuerdas, ¿cierto? —Se lo dijo a Zack—. ¡Oh, claro que lo haces! ¡Cómo no ibas a hacerlo!

—Se oyó un gruñido procedente de la garganta del hombre al que yo amaba—. Casi me costó un huevo y la mitad del otro conseguir que me la devolvieran, pero sabía que merecería la pena. Esto le añade más morbo a la situación. Más odio. Más tensión... Hum... —ronroneó alzando la nariz e inflando las aletas, visiblemente excitado—. Sí..., puedo olerlo en el aire.

Clavé los ojos en Zack. Él estaba admirando el arma con una mezcla de extrañeza, añoranza y repulsión. Fue entonces cuando entendí lo que sucedía. La pistola que sostenían mis dedos era suya.

Su antiguo revólver. El arma con el que había matado a decenas de personas a lo largo de su vida, incluido al hijo del mismísimo Benicio Velázquez.

—Quítale el seguro, Linda —me ordenó Zack en tono sombrío, algo ausente.

—Eso, Linda, quítale el seguro —me animó Benicio con voz cantarina.

—¡Hazlo! —repitió Zack con un bramido ronco, con los ojos hirviéndole de odio. Trémula y entumecida, lo logré tras un par de intentos. Los dedos apenas me respondían—. ¡Dispárale!

Nuestro enemigo en común enarcó las cejas.

—¿Por qué debería dispararme?

Mis mejillas se tiñeron de rojo ante tanto descaro.

—¡Porque tú mataste a mis padres! —clamé procurando dominar el temblor de mis músculos—.

¡Los asesinaste delante de mí cuando yo tenía siete años! —Me temblaron con más fuerza las manos al evocar las imágenes de aquel trágico día mientras dos gruesas lágrimas descendían como cataratas por mis pómulos—. ¡Te mereces lo peor del mundo! ¡Te mereces sufrir lentamente!

Benicio agitó la cabeza en señal de desaprobación.

—Te equivocas, *princesita*.

—¡Para de llamarme así! —La rabia ardía en mí, y un rubor se propagó desde mis mejillas hasta mi cuello—. ¡No ensucies mis recuerdos con tu maldita depravación!

—Me da lástima esta pobre infeliz —dijo Benicio como si yo no estuviera encañonándolo con una pistola—. Zack ni siquiera te ha explicado qué significa el tatuaje en su brazo derecho.

Se me saltó un latido.

—¿Y qué importa eso? —inquirí con la frente arrugada, recordando la vez que le pregunté sobre el tatuaje y él no quiso responderme—. ¿Zack? —Busqué en sus iris una explicación que nunca llegó.

Había algo en sus ojos empañados, algo parecido a los remordimientos. Pero eso era imposible. Él nunca había tenido remordimientos. Él nunca se arrepentía de lo que hacía o dejaba de hacer.

Las palabras que salieron de sus labios me devolvieron a la cruel realidad.

—Lo siento mucho... —susurró Zack mientras sacudía la cabeza—. Lo siento muchísimo.

Se me nubló la vista a causa de la turbación.

—Zack..., dime qué significa el tatuaje —tartamudeé—. ¿Qué se supone que me has estado ocultando?

Benicio apoyó los codos sobre el respaldo de la silla y se puso cómodo para absorber cada detalle del espectáculo que él mismo había organizado, con cuidado de no tocar a Angy.

—¿Se lo explicas tú o prefieres que se lo diga yo? —sugirió él mirándonos alternativamente.

Zack lo aniquiló con los ojos enrojecidos y gesticuló con los brazos a la vez que gritaba.

—¡Voy a matarte, cabrón de mierda! —declaró con su rostro recortado por las sombras, adoptando una postura agresiva, como todo lo que le rodeaba y le había rodeado desde pequeño—.

¡Aunque eso signifique que yo tenga que morir también!

Benicio hizo oídos sordos a las amenazas de Zack.

—¿Sabes? Yo también tengo el mismo tatuaje. Es nuestro símbolo. Lo que nos diferencia de otras pandillas. Lo tengo tatuado aquí, en el costado izquierdo. —Se señaló la zona—. Nace en la parte lumbar y muere un poco más abajo de las costillas, como si la serpiente me estuviera estrujando las entrañas. Pero el número que corona mi tatuaje es el dígito diecinueve. —Unió sus dedos antes de llevárselos a la boca y pugnó por disimular una sonrisa tan perversa como él—. Zack posee el número diecisiete. ¿Nunca te has preguntado por qué?

Mi cordura pendía de un hilo. Los brazos me ardían, me dolía la cabeza y ya apenas notaba las piernas, las tenía adormecidas, en tensión, como mi corazón.

—¡Deja que se marche! —le dijo Zack con un grito—. ¡Solucionemos lo nuestro a solas! ¡Sin terceros! ¡Sin más rodeos! ¡Arreglemos esto de una puta vez!

Benicio lo ignoró. Se estaba divirtiendo demasiado a costa de nuestro sufrimiento.

—El número representa la edad que teníamos cuando cometimos nuestro primer asesinato como miembro de la pandilla. Es algo así como una muestra de lealtad. Un compromiso. Un juramento, o como más te plazca llamarlo. —Se encogió de hombros y con una mueca en los labios, miró a Zack

antes de decir—: Tu amado tenía diecisiete años cuando asesinó por primera vez. Fue en una tienda, una fría y lluviosa mañana de invierno, con orden expresa de aniquilar a un par de ladrones que huían de Tacoma. ¿Y sabes con qué lo hizo, *princesa*? Con esa pistola que sostienes con tanto ímpetu. —Se rio entre dientes mientras yo me echaba a temblar al intuir lo que diría a continuación, por más que me negara a creerlo—. Él mató a tus padres, Linda Evans. Él disparó contra ellos.

La revelación fue letal para mí.

Sentí como si me estuviera convirtiendo en materia incorpórea, sin masa ni cerebro. «Está mintiendo. Todo él es una farsa», me dije a mí misma a la vez que mi mente se rehusaba a unir las piezas que acababan de ser arrojadas sobre mí, junto con las que el pasado había dejado a medias. «Es mentira. Es un mentiroso», repetí con desesperación y meneé la cabeza en un intento por bloquear esas palabras que amenazaban con introducirse como un virus en mi sistema.

—¡Mientes! —grité con una oleada de angustia atorándome—. ¡Eres un mentiroso!

Zack bajó la mirada, respiró hondo y cerró las manos en puños.

Benicio siguió picándonos sin contemplaciones.

—¡Vamos, hombre, díselo! ¿Quién es el cobarde ahora? ¡Saca a esta puta de su mentira! —Se mordió el labio para contener una risotada—. ¡Cuéntale lo mucho que disfrutaste disparando a ese cabrón de Scott y a la puta de Jessica mientras Linda permanecía refugiada tras las estanterías! —El dolor me golpeó por dentro, lo que hizo que me tambaleara hacia delante mientras veía a Zack inspirar otra trémula bocanada de aire, rígido de pies a cabeza—. Seguro que te endurecías al pensar que te estabas cogiendo a la hija de los Evans; que estabas consiguiendo que gritara tanto como cuando era una niña, como cuando vio los

cadáveres de sus miserables padres. ¡Esos rastreros hijos de puta! ¡Ladrones! —Las lágrimas acudieron a mis ojos—. Hiciste bien en deshacerte de ellos cuando lo requirió la pandilla, Zack. Por el bien común. Oh, *princesita*, no llores. —Hizo una mueca demasiado grotesca—. Ellos estarían orgullosos de lo que te has convertido: en la fulana del asesino que les quitó la vida.

Tuve ganas de vomitar. Miré a Zack con la vista nublada mientras Benicio continuaba echando pestes a diestro y siniestro. El silencio, que se había formado entre nosotros, no hizo más que desvelar todos sus secretos a la vez que la verdad se manifestaba en su rostro apenado. Fue entonces cuando, al analizar su semblante ligeramente encorvado y entristecido, las traiciones salpicadas de sangre quedaron a la intemperie. La muerte, que parecía girar siempre en torno a él y a mí, se reflejó en sus iris mostrándome sin palabras cómo había matado a mis padres y había hecho exactamente lo que me dijo sentados en el Callie's Coffee; cómo les había disparado sin sentir el más efímero pésame por ellos.

Las lágrimas humedecieron mis pómulos a la vez que descendía la mirada hacia su brazo. Ahí estaba ese tatuaje... tan exótico, deplorable y amenazador. Aún podía notar la impresión que me causó aquel dibujo grabado a tinta cuando lo vi en su piel, impactándome y a la misma vez atrayéndome la ferocidad con la que el número diecisiete parecía perecer entre las llamas. Y también, para mi humillación, recordaba haber besado y lamido esa zona la primera vez que me entregué a él.

En ese momento sentí asco de mí misma. Había follado con el torturador de mis padres. Me había ofrecido en bandeja a él; un hombre que me había mentido desde el minuto uno, que me había manipulado como el más versado de los manipuladores, el mismo que me había vuelto adicta a sus besos y a sus caricias y ahora me condenaba a la muerte. A la más dolorosa. A una que no podría superar.

—Dime que no es cierto... —le supliqué con un sollozo—. Dime que es otra de sus mentiras.

Él tragó saliva. Sus ojos suplicaban comprensión. Estaba destrozado, como yo por su traición.

—Lo siento tanto... —le costaba hablar, como si tuviera arena en la garganta—. Lo siento, Linda.

Quise decírtelo. Lo intenté. Te juro que lo intenté, pero...

La cólera estalló en mí y me arrasó con ella.

—Pero ¿qué? —grité con la voz rota. Ya no lograba distinguir su silueta por culpa de las lágrimas, pero eso no me frenó de seguir chillando y temblando a la vez—. ¡Fue más fácil callarte!,

¿no? ¡Fue más fácil mentirme! ¡Eres un cobarde hijo de puta! ¡No vales nada! ¡Eres igual que la mierda a la que pretendes eliminar!

—Linda...

—¡No me hables! ¡No te dirijas a mí! —El revólver se sacudió en mis manos. Estaba tan ofuscada

por el dolor, por su deslealtad y por el mismísimo amor, que no era yo misma en ese momento. No era nada más que una nube de congoja y sufrimiento—. ¿Cómo he podido ser tan ignorante? ¡Por eso me apartabas! ¡Por eso me besabas, me follabas como te daba la puta gana y después me alejabas de ti como

si fuera un cáncer! —lloré como si un portón se hubiera abierto en mí y todas las emociones reprimidas estuvieran brotando con el frenesí de un tsunami—. ¿Alguna vez tuviste intención de decírmelo? ¿O esperabas que me enterase cuando estuvieras muerto o de regreso a la cárcel?

—No supe cómo hacerlo. —Me violenté al oír el timbre angustiado en su voz, por los sentimientos que revolvían nuestras tripas. Pero, aun así, no le creía. No podía hacerlo—. No quería lastimarte. No quería perderte. Linda, por favor... —Dio un paso hacia mí, pero se detuvo cuando desvié la pistola hacia él.

Benicio contuvo a duras penas una carcajada.

Fue entonces cuando me di cuenta de que yo era la única que estaba armada y, también, memoricé la ubicación de nuestras posiciones. Benicio estaba en el centro del almacén, escudándose detrás de una inconsciente Angy, mientras que Zack persistía quieto en el lado izquierdo y yo en el extremo derecho. Entre todos formábamos un triángulo. El triángulo de la muerte. Y solo yo podía decidir qué final merecía nuestro encuentro. Yo tenía el poder de cerrar la partida.

De terminar con todo aquello.

—No te acerques a mí —dije en un tono que no reconocí como mío, completamente neutro; aunque el corazón se me iba a salir por la boca. Notaba el retumbar de los latidos en las costillas—.

Si te mueves, aunque sea un poco, te dispararé.

Si le sorprendió mi amenaza no lo demostró.

Nos quedamos mirándonos con fijeza. Él serio y yo ahogándome en nuestros pocos pero intensos recuerdos. No entendía cómo había sido capaz de acostarse conmigo sabiendo que, cuando descubriera la verdad, le odiaría por el resto de mis días. ¿Cómo pudo haberse atrevido a decirme que me necesitaba cuando lo que yo necesitaba él mismo me lo había arrebatado hacía veintiún años?

Las lágrimas rodaron veloces por mi piel. El dolor creció hasta el punto de partirme en canal, trozo a trozo, jirón a jirón.

—Tu venerado Zack no titubeó tanto al dispararles a tus padres —me dijo Benicio como una pérfida serpiente, como su maldito tatuaje—. ¿Te acuerdas, Zack? Scott se derrumbó como un debilucho en el suelo. ¿Y Jessica? —Rio—. La muy golfa soltó un estúpido gritito. Menos mal que la hiciste callar de inmediato.

El temblor que detectó mi cuerpo casi me hizo apretar el gatillo por accidente.

Retorné el revólver hacia Benicio.

—¡Que te follen!

La risa desdeñosa de Benicio llenó el espacio.

Yo estaba tan alterada, tan harta de esa interminable pesadilla, que cuando advertí que Zack movía el pie

derecho mis brazos se fueron hacia él y lo apunté de nuevo con el arma.

—¡No te muevas! —grité con histeria—. ¡No me pongas a prueba! ¡No lo hagas!

Sus ojos colisionaron con los míos, provocando el mismo impacto como cuando chocan dos vehículos de manera frontal. Temblando, le sostuve la mirada. Los dos teníamos una perturbadora forma de comunicarnos. Éramos capaces de decirnos tanto en tan poco, o simplemente sin decir nada, disfrazar el silencio con palabras, que él entendió que yo no podía perdonarlo. Era imposible.

Superior a mí. Mientras nos contemplábamos con tristeza, los momentos que habíamos vivido me invadieron con súbita brusquedad y me hundieron en un agujero sin fondo. Recordar todo eso fue insoportable para mi corazón. Para mi mente. Para mi alma.

Zack dedujo lo que yo estaba sintiendo. Lo vio reflejado en mí. Y se adelantó a mis actos. Quizás lo supo antes que yo porque su corazón había experimentado la misma rabia, el mismo odio combinado con un potente y riguroso dolor, unos sentimientos tan macabros que tenían la habilidad de condensar los sentidos hasta el punto de que no pudieras pensar y mucho menos razonar.

Eso fue lo que me sucedió a mí.

No podía pensar.

No podía respirar.

Me abrumó la maldad que se respiraba en el almacén y exploté de la forma más inesperada que podría haber imaginado nunca.

Zack, mirándome una última vez, como se mira a alguien en una despedida, se abalanzó sobre el suelo y atrapó su revólver con un movimiento exacto.

Benicio, al percatarse de ello, mutó de expresión. Se le borró la siniestra sonrisa de los labios y sus dedos soltaron la cadena, no sin antes echar a correr y apartar a mi amiga de un empujón.

Mi dedo índice apreció el roce metálico del gatillo mientras presenciaba cómo Zack se levantaba con el brazo en posición y miraba a través del punto de mira.

Y accionó el gatillo.

La bala atravesó la espalda de Benicio.

El estallido de la piel rompiéndose y penetrando en la carne rugió en la atmósfera.

Zack se preparó para disparar otra vez, ansioso por arremeter toda su cólera contra Benicio.

Pero no pudo hacerlo.

No tuvo tiempo.

Él no.

Pero yo sí.

La rabia salió de mí con forma de grito y las pesadas lágrimas empañaron mis ojos.

Y entonces... hice lo inimaginable.

Lo que creí que haría nunca.

El primer disparo resonó por encima de mi llanto. El segundo me hizo llorar con más fuerza. El tercero me paralizó el corazón. El cuarto ni siquiera lo noté. El quinto lo sentí en mis propias carnes.

Y con el sexto..., creí que moriría.

Seis disparos en menos de once segundos.

Conmocionada, el arma resbaló de mis manos. Mis piernas temblaron y mi cuerpo cayó al suelo.

El dolor me destripaba, me carcomía, me absorbía la vida y me aplastaba en la oscuridad.

De repente, varias sirenas se oyeron a lo lejos y rompieron el lúgubre silencio que había inundado el almacén. Un momento después, un enérgico golpe tumbó la puerta de la entrada y decenas de agentes de policía se precipitaron hacia el interior, armados y mirando los cuerpos que yacían inmóviles en el cemento.

Yo también miré en la misma dirección, sentada sobre mis talones, llorando y abrazándome a mí misma. Con la penumbra cerniéndose sobre mí, vi cómo las titánicas sombras acorralaban a Angy, con la monstruosa cuchilla descansando a su lado. No la había tocado por los pelos. Dirigí mi vista hacia la zona que había detrás de ella. La figura desfavorecida de Benicio permanecía boca abajo, con un negruzco agujero en su camisa mientras que, a la izquierda, sobre un charco de sangre que cada segundo se hacía más grande y más espeso, estaba Zack con los párpados entornados y los labios entreabiertos.

Los ojos casi se me salieron de las órbitas. Fue entonces cuando comprendí lo que acababa de hacer. Había disparado con saña al único hombre que había amado en toda mi vida, a la persona que lo era todo para mí, al asesino que me torturaba en sueños sin yo saberlo, desde hacía más de dos décadas.

La realidad mató mi corazón. Sin proponérmelo y a pesar de que nunca había albergado el sentimiento de venganza en mi interior, había vengado la muerte de mis padres.

**23**

**Linda**

*Jueves, 10 de septiembre de 2009*

*Departamento de Policía, Seattle.*

Lo confesé todo.

Les conté quiénes eran mis padres, a qué se dedicaron y para quién trabajaron años atrás; la aparición de Morgan en Nueva Folsom y el inesperado secuestro de Angy, las amenazas que atentaban contra su vida y el mensaje que tuve que transmitir para evitar que la lastimaran; mi secuestro a plena luz del día en el *parking* de la prisión; la conversación con Miranda Blair y su confesión sobre las intenciones de Benicio; mi farsa en el Hospital Psiquiátrico y la charla con Lucero; además de las intervenciones en varios moteles del país y las tediosas idas y venidas en diversos estados.

Todo.

Excepto la corta visita que hicimos a Las Vegas.

Ese placentero y ardiente recuerdo aún ruborizaba mis mejillas. Era capaz de humedecer los rincones más íntimos de mi cuerpo, partes que no deberían reaccionar, logrando mortificarme por la vergüenza. Sin embargo, lo que más provocaban esas imágenes llenas de explosiva lujuria era despedazarme el corazón como consecuencia de la verdad que me había sido desvelada en las últimas horas.

Les conté todo.

Incluso quién era el verdadero responsable de la ejecución de mis padres. Todo, detalle a detalle, gráficamente, salvo mis sentimientos.

Ellos seguirían siendo mi más perverso secreto.

*Lunes, 21 de septiembre de 2009*

*Palo Alto, California.*

Negro.

Los árboles empapados por los luminosos rayos de sol, el césped brillante, verde como el que más, que se ensanchaba a lo largo del terreno llano, y las hermosas estatuas con forma de ángeles que decoraban el perímetro, lucían de color negro para mí. No importaba qué tan magnífico fuera el paisaje que bailaba ante mis ojos. En mi mente todo estaba manchado por la oscuridad. Por la muerte.

No podía percibir más allá de la espesa bruma que aturdía mis sentidos; una neblina que me impedía disfrutar de los elementos más básicos como los tonos del arcoíris, y que lograba que ni siquiera me alegrase por seguir estando con vida. «Ojalá no lo estuviera», había repetido miles de veces una vocecita en mi cabeza.

Inspiré hondo y clavé mi mirada hacia abajo. El charol negro de mis zapatos de tacón ensombreció un poco más mi alma, pero no tanto como me encogí al leer la inscripción grabada en la piedra labrada.

*Angela Nichols. 5 de febrero de 1981 – 9 de septiembre de 2009.*

No había ninguna frase de despedida o el típico: «Eras una mujer espléndida. Nunca te olvidaremos.

Siempre estarás en nuestros corazones».

Nada.

Sus tíos se pusieron de acuerdo y no desearon organizar nada extravagante para el funeral. De hecho, fue una ceremonia privada, con poca gente, nadie más que el círculo cercano a la familia. En resumidas cuentas, no acudieron más de seis personas que no habían tenido ningún trato con ella en los últimos años.

Respecto a mí, la mayoría no querían verme ni en pintura. Me culpaban de su fallecimiento, de su trágica partida, como si yo no lo hiciera lo suficiente por mí misma. A esas alturas, toda la nación sabía lo que había pasado con nosotras. Lo sucedido era noticia y la noticia se había hecho eco.

Nuestra osadía había sido expuesta al público a través de los medios de comunicación, y ese mismo público no se había acobardado en ser cruel conmigo.

En todo caso, aunque me lo impidieron los familiares de Angy, no pude acudir al entierro. No poseía los medios necesarios para desplazarme desde Seattle hasta Palo Alto y, además, cuando les pedí ayuda, tampoco quisieron tenderme una mano. No pude hospedarme en un hotel de la zona hasta hacía pocas noches después de que me enviaran algunas de mis pertenencias halladas en La Cueva, la cual fue inspeccionada y prácticamente saqueada en busca de evidencias por las autoridades.

Me sequé las lágrimas con el dorso de la mano. Esa insípida y deprimente lápida no hacía justicia a la belleza del Alta Mesa Memorial Park. Angy fue trasladada en ambulancia desde el almacén, pero falleció a tres millas de alcanzar el Northwest Hospital & Medical Center, mientras yo estaba siendo interrogada en la comisaría. La policía me había tendido una trampa mucho más ingeniosa que ir persiguiéndome kilómetro tras kilómetro en la carretera. Un simple GPS instalado en alguna parte del vehículo fue suficiente para seguir mis pasos.

Tras prestar una intensa y larga declaración, me dejaron en libertad bajo extrema vigilancia por haber disparado seis veces contra una persona, por mucho que se tratara de un criminal, aunque ellos creían que había sido en defensa propia. Ellos mismos llegaron a esa conclusión, y yo no les corregí de su error.

Cuando les pregunté por Angy, titubearon antes de decirme que lo sentían, que los paramédicos

no habían podido hacer nada por ella, que estaba demasiado grave y que había fallecido. Entré en estado de *shock*, que pronto se tornó en histeria. Ella había muerto y yo sentía que me moriría en ese mismo instante. Empecé a tiritar de pies a cabeza, a hiperventilar y a llorar como una chiflada en mitad del rellano, aferrada al brazo del oficial que me había dado la nefasta noticia. Tuve suerte de que no me encerraran en el calabozo, porque parecía una desquiciada que acababa de fugarse de un manicomio.

El agente de policía, como si se sintiera en la obligación de consolarme, se ofreció a llevarme al hospital. Con los ojos hinchados, acepté con un temblor de cabeza. Cuando llegué a la morgue al cabo de media hora, me indicaron el rincón donde tenían a Angy en una mesa de acero, tapada con una fina sábana blanca, frágil e inerte sobre la superficie, junto a otros cadáveres que habían perecido esa misma tarde.

Mi primera reacción al verla fue de un profundo rechazo. La segunda, de comenzar a llorar aun

sin haber cruzado más allá del umbral. La tercera, fue doblarme sobre mí misma cuando el forense dijo

con voz reticente: «Siento mucho su pérdida», «Le hemos realizado la autopsia», «Murió de un fallo cardíaco». Pero yo apenas pude oírle.

Mi llanto ensordeció la sala.

Como no me sosegué, me sacaron de allí y me obligaron a sentarme en una fila de asientos vacíos mientras una enfermera me daba un vaso de agua y un calmante. Había perdido a muchas personas en mi vida, pero nunca pensé que perdería a Angy de esa manera. No podía creerlo. No quería aceptarlo.

Pero tuve que hacerlo.

Más serena, aunque lo acertado sería decir que me sentía flotando en una nube, drogada hasta las cejas, me dirigí hacia el cadáver de mi mejor amiga. El forense, al verme acercarme a paso inestable hacia ella, dejó lo que estaba haciendo y se situó al otro lado de la camilla a la vez que yo destapaba poco a poco el rostro de Angy. Gimoteé al comprobar que no respiraba. No se movía.

Las lágrimas retornaron a mis ojos.

Incómodo, el hombre empezó a explicarme que la hemorragia interna había sido la causante del paro cardíaco. Al oírle mi ceño se frunció en señal de desconcierto. «¿Hemorragia interna?», pensé.

Angy no lucía ningún arañazo, ni siquiera una minúscula marca de agresión en el cuerpo. Él entendió mi gesto y agarró la sábana, pero se detuvo cuando se me aceleró la respiración. «Puede ser traumático», me avisó. Pero no me concedí tiempo para reflexionar. Yo misma tiré de la tela hacia abajo, decidida a averiguar qué le habían hecho a mi casi hermana.

Y no lo aguanté.

No pude con ello.

Ver la imagen de su abdomen ennegrecido por los cientos de puñetazos que le habían dado... Sus costillas rotas, destrozadas, hundidas, inexistentes en la zona de los costados... Fue una pesadilla. Una visión brutal para mi mente.

Perdí el conocimiento justo cuando le escuché murmurar que no había sido violada.

Esa fue la última vez que tuve a mi amiga frente a mí, en carne y hueso. En cambio, ahora lo único que quedaba de ella era una lápida sin personalidad, una piedra que me decía que Angy estaba ahí, en cierto modo, a su silenciosa manera, pero también que nunca más iba a regresar a casa haciendo ruido al abrir la puerta principal, ni me relataría con todo lujo de detalles cómo le había ido con su última conquista del mes, o de la semana, ni volvería a oír su estridente risa cuando estuviera enfrascada viendo algún programa de televisión.

La vida es así de efímera. Una maldita cabrona. Una mañana estás riéndote de tus propias miserias, o quejándote de lo duro que es el día a día, menospreciando cualquier instante de felicidad, y a la siguiente no eres más que un saco de huesos sin ninguna función más que la de estorbar y ocupar espacio en una tierra de vivos.

«¿Qué es lo que me queda de ti, Angy?», me pregunté en silencio mientras acomodaba un colorido arreglo floral a un lado de su lápida, ansiando darle un poco más de alegría, aunque fuera a través de flores muertas también. «¿Qué me queda sin ti?».

Esbocé una sonrisa trémula.

Las lágrimas bañaron mis pómulos cuando obtuve la respuesta como por fuerza divina. Ella me habría dicho que aún nos quedaban varios eventos por recorrer, sólo que esta vez sería por separado.

Que yo aún tenía que disfrutar de miles de aventuras arriesgadas, tan inciertas y desafiantes como la vida misma. Que debía impregnarme de las emociones que se me presentaran y que no debería desaprovechar. Que viviera, ni más ni menos.

Ella era así de positiva.

*Era...*

Con la punta de mis dedos acaricié la piedra como diciéndole «adiós» en vez de «hasta luego», pues no creía ser capaz de visitar su tumba cada cierto tiempo, antes de caminar en dirección a mi coche, que también había sido rescatado de La Cueva. Tras colocarme al volante, me cubrí la cara con ambas manos y sollocé como llevaba haciendo en las últimas noches, consumiéndome en mi pena.

Lo había postergado desde la semana anterior. Incluso me había planteado quedarme un par de días más en Palo Alto. O quizás viajar a Tacoma, aunque mi tía Emma no se había puesto en contacto conmigo para saber cómo me encontraba o para, simplemente, escuchar mi versión de los hechos.

Pero había llegado el momento. No podía prolongarlo más. No podía alargar más la espera.

Era hora de retornar a Sacramento.

*Jueves, 1 de octubre de 2009*

*Sacramento, California.*

Llegué a Sacramento el veintitrés de septiembre.

Aquella tarde hacía bastante calor y estaba agotada, pero cuando me hallé cerca del parque River Walk, encendí las luces de emergencia del coche y miré con expresión apagada el paisaje verdoso y los edificios altos que hacían contraste con la naturaleza y la modernidad de la urbe. De repente, sentí un gran vacío en mi interior.

Todo me parecía tan irreal.

Tan hermético.

Tan distante de mi antigua vida.

Y para colmo la policía no paraba de vigilarme, a pesar de que había declarado y proporcionado

datos fundamentales para la investigación del caso *CPS-Folsom*. Les tenía pegados a mis espaldas hasta para ir a comprar el pan, aunque no habían presentado cargos contra mí por el tema del motín.

Aun así, no se fiaban de mí.

El sentimiento era completamente mutuo.

Quince minutos después, volví a ponerme en marcha y entré en el *parking* subterráneo del edificio en el que compartía vivienda con Angy. *Compartíamos*. Aún me lo tenía que recordar. Era difícil acostumbrarse a esa sensación de estar completamente sola. No tener a nadie más a tu lado. Nunca antes me había sentido arropada por los amigos, porque no tenía más amistades que a Angy, y tampoco tenía una familia numerosa, o más bien no tenía una familia, a secas, pero en ese momento supe lo que era estar sola de verdad.

Por alguna razón, quizás porque me lo veía venir, no saqué mi pequeña maleta ni me colgué el bolso en el hombro. En cambio, subí hasta el séptimo piso con las llaves de casa en la mano, pero cuando tuve la puerta principal frente a mí, me estancué en el acto a la vez que percibía cómo mi corazón se paralizaba poco a poco.

No podía entrar ahí.

Si ver muerta a Angy había sido un golpe durísimo, verla viva sabiendo que estaba muerta sería devastador. Terminaría por volverme loca. Y ya la mayoría de la población americana me consideraba una patética trastornada por haber encubierto a un asesino y, según los rumores, por haberme enamorado de él.

Durante varios minutos permanecí firme, escuchando las ensordecedoras canciones que provenían del piso inferior, debatiéndome si meter o no la llave en la ranura.

De inmediato, negué con la cabeza.

«No, no puedo hacerlo», pensé dando un paso hacia atrás, sin apartar la mirada de la madera.

No podía combatir la realidad.

No me veía capaz de hacer frente a esa pesadilla.

Todavía no.

*Martes, 20 de octubre de 2009*

*Sacramento, California.*

Síndrome de Estocolmo.

Llevaba el tiempo suficiente en el mundo de la psicología para conocer a la perfección los síntomas y las circunstancias en las que se daba aquel trastorno psicológico. Pero no fue hasta que el especialista que

llevaba tratándome como su paciente desde hacía escasos días, mencionó aquel veredicto en voz alta, diagnosticándomelo sin más preámbulos, que no lo tuve en consideración.

«Es una reacción de lo más común en víctimas que han sido secuestradas y retenidas contra su voluntad, incluso violadas», me había explicado con paciencia, como si yo no fuera una *colega* del campo. «Es normal que veas cualidades en ese hombre que en situaciones normales repudiarías.

Tienes sentimientos positivos hacia él, a pesar de lo que te hizo. Es una fase a la que debemos poner remedio y lo haremos. Lo superaremos».

Tenía sentido. No le quitaba razón. Pero había una contradicción en ese análisis: *yo odiaba a ese hombre*. Estuve horas explicándole que no le veía ninguna cualidad buena; al contrario, la palabra

«asesino» no se la quitaría por mucho que mi corazón discutiera con mi mente. Pero el experto, cuya mirada comprensible me transmitía paz espiritual, no me entendió o quizás consideró que me encontraba demasiado compungida para alcanzar tal conclusión por mí misma.

Y tampoco entendió cuando una mañana acudí a su consulta con unas marcadas ojeras violáceas y

el rostro pálido y descompuesto por el estrés, me recosté en su diván color crema y le confesé que quería que me ayudara a dejar de tener pesadillas, sueños en los que mis seres queridos morían delante de mí, a manos de él, mientras yo presenciaba cada uno de sus actos en un segundo plano, como si estuviera oscilando entre el mundo real y el limbo, y que a pesar de odiarle como lo odiaba siempre terminaba desnuda, con sus piernas enredadas entre las mías, follándome con la bestialidad que me había demostrado.

En el fondo, yo era tan retorcida como él.

Cualquiera pensaría que éramos tal para cual.

Dos caras de una misma moneda.

El doctor Roberts, psiquiatra desde hacía más de treinta años, no me comprendió. Y por muy amable que fuera conmigo y me hubiese recetado unas fantásticas pastillas para dormir, no regresé a la consulta tras la quinta sesión.

Compré las pastillas, eso sí, y aunque era consciente de lo dañino que eran aquellos fármacos para el cuerpo y para la mente, me mediqué como una yonkie durante días. Fui cobarde. Pero no soñaba.

Él no aparecía en mis pesadillas. Ni Benicio. Ni mis padres. Ni siquiera Angy. Podía estar horas y horas tirada en la cama del hotel Hyatt Regency, donde me había estado alojando desde que hui de mi apartamento, con la vista en el techo, divagando sin pensar. Sin sentir. Sin vivir. Sin morir. Las pastillas apaciguaban el dolor, lo reducían a lo mínimo, como habían hecho conmigo, pero no lo hacían desaparecer.

Ni podrían.

Cuando me di cuenta de eso, una noche estrellada donde por primera vez habían bajado en picado

las temperaturas, boté la caja de pastillas en el cubo de basura. Elegí el dolor. Elegí sentir porque si sentía, significaba que aún estaba viva; hecha una mierda, pero viva al fin y al cabo. Y tomé medidas al respecto porque la cobardía, aunque era una salida rápida y pese a todo satisfactoria, era una palabra que me negaba a que formara parte de mi vocabulario.

Esa misma mañana cancelé la cuenta del hotel. Mi maleta estaba preparada a un lado de la puerta y, cómo no, las autoridades ya estaban al corriente de mis siguientes pasos. Solo faltaba que cogiera el coche, condujera hasta el mismísimo infierno y entrara en mi domicilio, donde me toparía de lleno con la antigua Linda Evans, esa mujer independiente y soberbia que solía ser fría, calculadora y prepotente, que no necesitaba a nadie para sobrevivir y mucho menos para ser feliz.

Aunque no quisiera, debía hacerlo... a pesar de que sintiera que no podría soportarlo.

Debía hacerlo por mí.

Para avanzar y no retroceder.

Sola.

Sin ellos.

Sin ella.

Sin él.

**24**

**Linda**

*Domingo, 15 de noviembre de 2009*

*Sacramento, California.*

Fue peor de lo que imaginé.

Cuando entré en el apartamento, lo hice observándome los pies y cerrando la puerta con un desabrido empujón. Respiré hondo antes de levantar la mirada, aunque mis ojos ya se habían detenido en las fotografías colgadas en las paredes, en el sofá donde había estado sentada varias veces con Angy y en la cocina donde aún podía vernos riéndonos mientras manteníamos conversaciones triviales.

Lo que sentí en ese segundo me sobrepasó.

Fuera de mí, destrocé cada objeto que cayó víctima de mis manos. Corrí hacia la cocina y volqué los taburetes, luego tiré los cojines del sofá por encima de mi cabeza como si de esa forma fuera a ocultar las emociones que colapsaban mi cordura.

No me importó el escándalo que monté. Más adelante, cuando los chismorreos sobre mí se propagaron aún más, no solo me llamaron *La Puta de Sacramento*, sino también *La loca del Estado de California*. Dos apodosos que acepté sin más porque, según mi mente, me merecía lo peor y me sentía como ambas

cosas también.

No lloré mientras me cargaba gran parte del mobiliario. No me salían las lágrimas, pero las ganas de hacerlo no me abandonaron en ningún momento. Me escocían los ojos, me quemaba la garganta y gimoteaba como un animal malherido, pero no lloré.

Sin aliento en mitad del salón, no concebí lo que percibieron mis ojos. No soportaba a la Angy sonriente de la fotografía que había en la pared frontal, ni a esa Linda con cara de aburrimiento que ansiaba escapar de la cámara fotográfica.

Con una mano en el cuello, notando como si me estuvieran obligando a tragar ácido, corrí hacia el dormitorio de Angy y me desplomé sobre su cama. Hundí el rostro en la almohada y grité con todas mis energías. El sonido fue empañado por el almohadón. Con los puños doblé la colcha, que aún desprendía el aroma dulzón de mi amiga, y me percaté de que sentía muchísima rabia; también dolor, pero más rabia que sufrimiento. Estaba rabiosa con la vida.

Durante varios días no me moví de la cama excepto para desplazarme hasta la cocina a beber agua. No comía. No dormía. Y aunque había oído el timbre unas cuantas veces a lo largo de la semana, no abrí a nadie. Sospechaba que sería algún vecino chismoso, fingiendo estar preocupado por mí para después cotillear con los vecinos o con la prensa.

Continué con esa patética actitud hasta que una mañana no pude más con mi propia peste a sudor y mi pelo grasiento, y me digné a darme una ducha antes de bajar al supermercado y, luego, limpiar hasta el último rincón del apartamento.

No fue hasta mediados de noviembre que entré por fin en mi dormitorio. Ese lugar era tan impersonal como las habitaciones de los moteles. No había nada que me identificara. Los apuntes de mi tesis yacían sobre el escritorio en el que solía trabajar durante horas, y la caja metálica que había guardado en el armario sobresalía de la repisa. Fui hasta allí ignorando los folios repletos de anotaciones y tomé la caja entre mis manos.

Me senté en el colchón y, entonces, eché un vistazo a los recuerdos que había mantenido lejos de todos como si estuviera custodiándolos. «Qué idiota había sido», me dije mientras extraía una fotografía de mis padres, otra de los tres sonriendo al *flash*, una pinza que solía utilizar mamá para sujetarse el cabello y un medallón de oro que, según mi tía Emma, le regaló mi padre a mi madre.

No había más. Me había aferrado a esos objetos materiales como si así estuviera reteniendo a mis padres en el mundo de los vivos cuando lo único que estaba haciendo era perjudicarme a mí misma.

Había estudiado una carrera que no me llenaba, ansiando hallar los miles de porqués de un asesinato que quedó sin resolver cuando la respuesta estaba justo delante de mí. ¿Por qué habían sido asesinados? ¿Por qué habían muerto? Simplemente porque sí. Porque les tocó a ellos. Porque ese había sido el final que les había designado el destino.

Y punto.

Sobreviví al huracán otoño refugiada en mi vivienda, arrellanada en el sofá o en la cama. Aquella tarde de

noviembre aún había luz diurna cuando, en mi dormitorio, tendida sobre el colchón, sonó el teléfono inalámbrico ubicado sobre la mesita de noche, a mi lado. Subí el auricular sin siquiera mirar el número registrado y me lo coloqué en la oreja.

La voz del agente especial Pierce me saludó con cordialidad. Se trataba del oficial que dirigía el caso *CPS-Folsom* en conjunto con otros miembros de la policía y el FBI.

—¿Ha visto las noticias? —dijo tras preguntarme qué tal me había ido en las últimas semanas, aunque él y su séquito de policías lo sabían a la perfección.

—No.

—Siento ser yo el que le tenga que decir que el viernes pasado se celebró el juicio de Benicio Velázquez. —En su tono saltaba la tensión en su grado más puro. Al oírle me senté recta como si acabaran de propinarme una patada en el esternón—. El jurado no tardó en deliberar. Ese mismo día el juez dictó cuál sería su sentencia.

Las imágenes de los últimos meses colmaron mi cabeza. Benicio había sobrevivido al disparo en la espalda, pero no salió ileso de las lesiones. La bala no fue letal para él, pero sí para gran parte de los nervios que componían su espina dorsal, la cual había quedado dañada de manera permanente.

Los médicos le diagnosticaron paraplejía. Estaba paralizado desde la mitad del tronco para abajo.

Cuando me enteré de ello, no pude evitar alegrarme de que no hubiera fallecido. No había nada más humillante para un hombre de la magnitud de Benicio, codicioso como él solo, que depender de una silla de ruedas para el resto de su vida.

—¿Y por qué no se me avisó? —gruñí apretando los dientes—. Me dijeron que me avisarían en cuanto saliera del hospital. Se suponía que yo iría a testificar contra él.

—El juez no lo consideró oportuno.

Separé los labios para respirar con más facilidad.

—¿Es una broma?

—No. —El corazón me bombeó más rápido y mis mejillas enrojecieron cuando la sangre empezó

a fluir con furia desde adentro—. A pesar de tu declaración tan detallada, no hallaron pruebas incriminatorias contra Benicio. La única baza que se ha podido jugar contra él es su desaparición, para la cual tiene una sólida cuartada, y otras pocas infracciones leves relacionadas con su caso. Todo lo demás, que creíamos tener contra su persona, son sospechas. Y los delirios de Lucero Velázquez se han quedado en eso: en delirios. No tomarán en cuenta las palabras de una enferma mental. Además, el vídeo encontrado en el hogar del señor Morgan Boyd no demuestra que sea Benicio quien aparece en la cinta. En otras palabras, no hay nada que podamos utilizar para...

—¡Ese hombre ordenó la ejecución de mis padres! —lo interrumpí con rabia renovada—. ¡Mató a

Angy! ¿Qué más queréis? ¿Qué más necesitáis?

—El cuerpo de Angela estaba limpio.

Los párpados me ardieron de indignación.

—¿Limpio? ¡Su cuerpo estaba negro por la monstruosa paliza que le dieron esos matones! —

espeté con un sollozo, gritando—. Vosotros habéis visto las fotografías de la autopsia, pero no tiene comparación con lo que yo presencié.

Le oí resoplar al otro lado de la línea telefónica.

—Entrará en prisión mañana mismo.

—¿Cuánto tiempo? —Se produjo un silencio tan intenso que casi hizo que quedara parálitica yo también—. ¿Por cuánto tiempo permanecerá ese tipo en la cárcel?

—Dos años. Su abogado lo defendió con uñas y dientes. Es un abogado reconocido. Se rumorea que trabaja para varios miembros de la mafia. —Reprimí un gemido al sentirme impotente—. Habrá que esperar a que se haga justicia.

—Benicio es culpable... Debe pagar por lo que hizo.

—Te aseguro que no quedará impune. Nosotros seguiremos teniéndole en nuestro radar, pero no podemos atribuirle esos delitos. No hay pruebas. Tenemos que...

Antes de que pudiera continuar, arrojé el teléfono contra la pared, con todas mis fuerzas, viendo cómo se hacía añicos, sintiéndome colérica y devastada.

Todo volvía a derrumbarse otra vez.

*Sábado, 26 de diciembre de 2009*

*Tacoma, Washington.*

Benicio fue custodiado hasta la otra punta del país, a Carolina del Norte, para ser más precisa. La condena que le fue impuesta era para echarse a reír, rozaba lo increíble, pero eso no era lo más indignante, sino el hecho de que lo enviaran a cumplir los dos años de sentencia al Instituto Correccional Federal, Butner, una prisión de mínima-media seguridad situada a veinticinco millas al noroeste de Raleigh.

En sillas de ruedas, Benicio se pagó el traslado en avión en primera clase, acompañado de una decena de oficiales que lo escoltaron como si fueran sus guardaespaldas. En la prisión, iba a estar bien atendido

con personal a su disposición las veinticuatro horas del día; aunque el centro penitenciario era famoso por la escasa-nula cantidad de funcionarios que solían merodear por los pasillos. Dispondría en su celda, separada de los presos comunes, de televisión por cable y varios libros para que no se aburriera, como también un bolígrafo y un cuadernillo por si le apetecía escribir. Y la comida se le sería servida en la celda siguiendo un riguroso menú especial. El pobre sufría de colesterol alto. Dos veces por semana un fisioterapeuta acudiría al centro a hacerle los masajes que se consideraran oportunos, para que no se resintieran sus piernas muertas.

Sin duda, Benicio lo pasaría fatal.

Estuve a punto de morir de la rabia cuando vi todo eso en el noticiario, a él en el aeropuerto saludando a la prensa como si fuera la reina de Inglaterra mientras un hombre empujaba su silla de ruedas a la vez que los paparazzis les fotografiaban.

Era una injusticia a voces.

Una injusticia inevitable.

Casi a finales de noviembre me llegó el periodo menstrual. Hacía meses que no me bajaba la regla, pero de todas formas siempre supe que no estaba embarazada. No tenía sentido inquietarme cuando estaba muerta por dentro. Me sentía vacía. Él se había llevado mi vida.

Sin embargo, el veintidós de diciembre tuve mi primer contacto con el mundo exterior. Casi había olvidado cómo socializar o mantener un diálogo normal cuando mi tía Emma telefoneó preguntando si me apetecía cenar con ellos en Noche Buena. Sorprendida, o más bien desesperada, acepté la invitación e interrumpí la llamada antes de que ella tuviera tiempo de arrepentirse.

Me planté la nublada tarde del veinticinco en Tacoma. Golpeé la puerta de la entrada mientras sostenía mi bolso de viaje con la mano izquierda. En cuanto mi tía abrió, una sonrisa doblada se dibujó en mis labios. Ella, en cambio, me analizó de arriba abajo antes de asomar la cabeza y echar un vistazo fuera.

—Entra —urgió internándose en la casa—. Entra antes de que te vea algún vecino.

Me tragué el nudo de mi garganta y la seguí en silencio. Cuando me apoyé en la jamba de la puerta de la cocina, ella ya había volcado su atención en el horno, metiendo cosas en la nevera y colocando ingredientes por doquier en la encimera de mármol, ignorándome.

«Como en los viejos tiempos», pensé con aflicción.

—Todo luce igual —comenté viéndola moverse de un lado a otro. Asintió de espaldas a mí y yo

me rendí por que no quisiera hacerme caso. Mi tía no precisaba de mi ayuda y tampoco buscaba mi compañía—. Iré a mi habitación. ¿Sigo teniendo la misma?

—Sí. —Hizo un gesto con la palma de su mano—. Ya sabes cuál es.

La tercera planta, una buhardilla con suelos de madera, amplia y luminosa, con una salita independiente, un sofá color crema y una zona de lectura orientada en dirección sur, con vistas al jardín.

Subí las escaleras, pero no deshicé la maleta. En cambio, me senté cerca de la ventana con forma triangular, meditando. No podía culpar a mi tía por ser como era, pues no tenía hijos ni más familia que su marido. Quizás por eso se conservaba tan joven y bella a sus cincuenta y un años. Pelo liso y muy castaño. Ojos oscuros, cutis perfecto y sin arrugas, tez pálida y buena figura, además de un buen saber estar. Su único defecto: poseer un carácter tan agrio como el limón.

Oscureció pronto.

Emma me hizo saber que la cena estaba servida con un vozarrón desde la escalerita. En las últimas horas había oído el timbre varias veces, como también las risas hipócritas de sus amigas y los halagos disfrazados de cortesía de sus maridos. Pero no importaba. Estaba más que acostumbrada a no disfrutar de una cena familiar.

Al llegar al salón vi a Rufus, el marido de Emma, y a dos parejas de la misma edad que ellos ya sentados a la mesa. Los conocía a todos y, por sus expresiones, ellos también se acordaban de mí.

Nos saludamos lo más cordialmente posible teniendo en cuenta que ni siquiera se molestaron en estrecharme la mano. Tomé asiento al lado de mi tía. La cena estuvo repleta de silencios arduos, miradas descaradas, suspiros cargados de tensión y vanos intentos por hablar de negocios por parte de Rufus y sus colegas. Cuando fue el turno del ponche de huevo y la repostería, enfilé hacia la cocina para tener un respiro.

Mi tía ya se había afanado en cortar en trozos perfectos la tarta con *fondant* de chocolate. La observé un momento hasta que una serie de dudas desfilaron por mi cabeza, cuestiones que necesitaba despejar, por mi bien.

—¿Por qué no me lo dijiste?

Se crispó al oírme y me miró por encima del hombro.

—¿De qué hablas?

—De mamá.

Se enderezó de golpe y se desplazó hasta el umbral con sus rasgos de porcelana contraídos y sus labios rígidos como una fina pieza de acero. Tras cerciorarse de que nadie había escuchado mis palabras, se giró hacia mí y negó con la cabeza.

—Tengamos la fiesta en paz y no arruines la cena, Linda —murmuró con cansancio—. No podemos hacer nada por nuestro apellido porque está manchado por el pasado de tu madre, pero intentemos pasar por alto todo el escándalo que se ha formado en los últimos meses. Ya he pasado bastante vergüenza ajena como para que en un día como este seamos el hazme reír de todos.

—Yo no tengo la culpa.

—Por eso mismo. No me hagas odiarte a ti también. —Y a continuación, cogió el plato con la tarta y la jarra con ponche y regresó al salón forzando una amplia sonrisa.

El resto de la velada pasó entre tragos amargos y risas superficiales. Y, cuando las agujas del reloj

dieron las doce en punto, un fugaz y frío abrazo dio la bienvenida a la Navidad.

Esa noche soñé con él. Soñé que estábamos tendidos en una cama de matrimonio, él con el pecho desnudo y yo con una camiseta negra de tirantes. Las sábanas eran de un color amarillento horrible y nos mirábamos a los ojos. No hablábamos ni hacía falta tocarnos para sentirnos. Solo nos observábamos, en silencio. Él parecía tan en paz, tan relajado consigo mismo, tan aliviado de aquello que cargaba en su corazón, que yo también experimenté lo mismo hasta que me desperté sin sobresaltos y comprendí que todo había sido un sueño.

El más bonito que había tenido en años.

A los pocos minutos me senté sorprendida cuando Emma se apresuró a entrar en la buhardilla mientras yo intentaba borrar la imagen de él de mi memoria.

—¿Qué sucede? —pregunté cuando depositó un paquete alargado en mi regazo.

—Para que veas que te apreciamos —dijo con una sonrisa, aunque sonó a reproche—. Ábrelo.

Empecé a quitarle el envoltorio a la cajita rectangular.

—¿Qué es? —indagué, pero una pulsera de plata apareció ante mí y los ojos se me cargaron de lágrimas. Era una réplica exacta de la pulsera que perdí en esa fiesta a la que Angy me había obligado a asistir cuando teníamos diecinueve años.

—Felicidades, Linda.

Fruncí el ceño hasta que me percaté de que estábamos a veintiséis de diciembre.

Cumplía veintinueve años.

—Gracias —musité pugnando por reprimir con todas mis energías el llanto que amenazaba con hundirme en la miseria—. No la volveré a perder. Te lo prometo.

Ella afirmó con la cabeza.

Nada de besos ni abrazos.

La melodía de mi móvil nos interrumpió.

—Responde. —Señaló el aparato—. Rufus y yo iremos a desayunar por ahí.

No era una invitación.

—Que os divirtáis, y gracias de nuevo.

Ella afirmó una vez más y desapareció bajando con elegancia las escaleras.

Recibí la llamada.

—¿Sí? —dije a pesar de que había reconocido el número de teléfono.

—Ha despertado.

Esas palabras me produjeron una tremenda y dolorosa presión en el pecho. Láminas de sudor empezaron a concentrarse en las palmas de mis manos a la vez que un escalofrío viajaba por todo lo largo de mi cuerpo. Intenté respirar hondo, pero casi me ahogué con el escaso aire que asistió a mis pulmones.

—¿Cuándo?

—Hace veinticuatro horas. —El tono del agente Pierce era serio y cauteloso—. Abrió los ojos durante el turno de noche de una de las enfermeras, pero enseguida volvió a quedarse dormido. Hoy ha vuelto a despertar. —Tras una breve pausa, continuó—: Los médicos le están bajando la dosis de los calmantes. No falta mucho para saber a ciencia cierta si Zack Cassidy ha salido del coma.

El simple hecho de oír su nombre en voz alta me estremeció con violencia. Había procurado no pronunciarlo ni siquiera en mi cabeza. Si no lo decía, no era real. Si no pensaba en alto en él, nada de lo que sucedió había sucedido. Pero él era tan real como la quemazón que transitó por cada uno de mis músculos hasta rodear mi corazón, envolviéndolo, sintiendo cómo se tornaba tan frágil como un jarrón de cristal.

—¿Se sabe si hay secuelas en su cerebro?

Tres meses y medio en coma era muchísimo tiempo. De las seis balas que disparé contra él dos impactaron en su abdomen, sin contar el golpe que se dio en la cabeza al caer al suelo y la gran pérdida de sangre que sufrió antes de que una ambulancia fuera a socorrerle al almacén. Tuvieron que hacerle varias transfusiones de sangre y una reanimación cardíaca de camino al hospital.

Casi lo había matado.

—No lo sabremos hasta que esté cien por ciento consciente y lo examine el médico.

Sin saber qué decir ni qué hacer, realicé un movimiento de afirmación con la cabeza.

—Bien.

Se produjo un corto silencio.

—Si su estado mejora y las cosas siguen como deberían de seguir, te llamarán para declarar y tendrás que explicar todo lo que nos explicaste a nosotros.

—Lo sé. —Tragué saliva, trémula y asustada—. Pero no te preocupes. Voy a hacerlo... Lo haré —añadí más firme—. El día del juicio declararé contra Zack Cassidy.

Y lo haría.

Me lo había prometido a mí misma en innumerables noches de insomnio. No me echaría atrás, aunque mi elección implicara escoger la cara más amarga de la moneda.

*Miércoles, 13 de enero de 2010*

*Tribunal Superior, Sacramento.*

Me marché de Tacoma tras la llamada del agente Pierce. Mis tíos, al decirles que no me quedaría más con ellos, casi soltaron un suspiro por no tener que mostrarme más en público y yo casi lo hice también, pero por no tener que soportarlos a ellos.

El Año Nuevo lo recibí durmiendo. O mejor dicho desvelándome cada dos por tres, nerviosa a morir porque los federales aún no se habían puesto en contacto conmigo, mientras oía cómo los atronadores estallidos de los fuegos artificiales explotaban en el cielo y lo teñían todo de colores y chispas agradables.

La semana siguiente fue una verdadera tortura. Estaba recostada en el sofá cuando una llamada entrante me hizo dar un enérgico brinco. Era el agente Pierce. No tuvimos una conversación larga, pero las pocas frases que intercambié conmigo fueron suficientes para que me pusiera a temblar de miedo.

«Zack Cassidy ha pasado los últimos días consciente».

«Su cerebro funciona a la perfección».

«El juicio se celebrará el trece de enero».

«Está listo para declarar».

La última frase reverberó en mi cerebro una y otra vez.

Como una alarma.

Yo también estaba lista para declarar, pero ¿lo estaba para tenerle frente a mí, enterrar mis sentimientos y actuar con coherencia a pesar de que mi corazón perecía ante tal planteamiento?

«Nadie se muere por falta de cariño», solía decirme no mucho tiempo atrás. Y era cierto. Nadie se muere por no amar o por no ser amado, pero una vez que lo experimentas y no puedes seguir sintiéndote así, la sensación que te deja por dentro es muy parecida a estar muerto.

El fin de semana se me hizo corto, pero los minutos de espera se me hicieron eternos en el edificio del Tribunal Superior del Condado de Sacramento. Estaba sentada en un banco fuera de la sala de vistas donde se llevaría a cabo el juicio, el cual había iniciado hacía veinte minutos. No podía oír ni una palabra o murmullo desde la distancia, pues la sala estaba insonorizada.

Poco después de que hube llegado al juzgado, el oficial Pierce habló conmigo. En aquel momento

la puerta de la sala se acababa de cerrar, pero pude, y aún podía, percibir la presencia de Zack al otro

lado de la pared. Sentía esa insólita atracción que me hacía querer regresar a él, esa necesidad que se había convertido en un alimento vital, en lo único que parecía mantenerme con vida.

Pierce me explicó que, cuando me lo indicaran, yo entraría en calidad de testigo. Prestaría juramento y me sentaría en la primera fila. La fiscalía expondría las pruebas recaudadas y yo daría mi versión de los hechos y respondería las preguntas que me hiciesen. Por último, me pidió que evitara mirar a Zack, que estaría en la zona de la izquierda. «No queremos que haya malentendidos,

¿cierto?», me había preguntado el agente antes de entrar en la sala para que diera comienzo la sesión.

Respiré hondo y me incliné hacia delante, ansiando poder aislarme de aquel mundo frío.

De repente, la puerta de la sala de vistas se abrió.

—Linda Evans —dijo un funcionario robusto—. ¿Linda Evans? —repitió cuando no reaccioné.

Pestañeando, me levanté del asiento. Había elegido con meticulosidad mi vestuario: zapatos negros de tacón, falda gris grafito de tubo, blusa de manga larga color ciruela y americana gris. Mi pelo, recogido en una coleta tirante. Cuando me vi en el espejo, no pude evitar recordar aquellos días soleados y calurosos en los que solía conducir hasta Nueva Folsom y me dedicaba a entrevistar a Zack mientras él me sonreía con arrogancia al otro lado de la mesa.

Me dio un vuelco el estómago. Enseñé mi carné de identidad y entré. La sala no era grande, pero me sentí intimidada. Mientras recorría el estrecho pasillo enmoquetado, elevé la barbilla y clavé la vista a lo lejos. Pierce me había dicho que no bajara la mirada ya que el jurado podría pensar que tenía intenciones ocultas, que actuara con normalidad y fuera sincera todo el tiempo. «No mires a la izquierda. No lo mires. No lo hagas», me repetí a mí misma como un mantra.

El silencio era sepulcral.

De cara a mí, en la parte frontal, presidiendo el acto y en un estrado más elevado que los demás, estaba la jueza. Rondaría los cuarenta y pocos años, tenía la piel aceitunada y el pelo corto negro azabache. A su izquierda, se hallaba el fiscal y a la derecha, el secretario y otro funcionario que grabaría el juicio. Después, en otras mesas, localicé a los abogados y al procurador, seguido de más hombres a los que no había visto en mi vida.

Trémula, me acomodé en el asiento.

Había un micrófono pegado a la superficie de la mesa, pero no hablé hasta que así me lo expresaron.

Con un gesto y mirándome seria, la jueza me hizo ponerme en pie mientras me explicaba que no podía mentir como parte ceremonial del juramento.

—Lo juro —dije con voz temblorosa. Y con otra seña me pidió que me sentara otra vez.

Intenté sostenerle la mirada en todo momento mientras ella se expresaba con la típica inflexibilidad que poseen los jueces, pero al cabo de pocos segundos no pude seguir prestando atención a sus palabras y sin querer bajé la mirada hacia la mesa.

No podía concentrarme. Le sentía tan próximo a mí como si lo tuviera en mi espalda, soplando sobre mi nuca, con su cálido aliento haciéndome cosquillas. Al pensar en eso se me convulsionó la respiración y empecé a tiritar violentamente, como si una ola de nieve hubiera sido asentada sobre mi cabeza. El dolor que notaba desde hacía meses se propagó parcialmente por mis vísceras mientras el ardor de la pérdida se reventaba en mi estómago a la vez que su aroma, que no había olvidado ni un miserable segundo, saturaba mis fosas nasales.

Cerré los ojos cuando mis latidos se tornaron impetuosos, agonizantes y ansiosos.

De repente, mi nombre resonó en la atmósfera. Era la jueza. La oí otra vez, con más exigencia.

Pero la gravedad parecía haberse adueñado de mis movimientos y, entonces, aquella inagotable fuerza misteriosa e hipnótica que nacía desde lo más profundo de su alma me arrancó de cuajo de mi estupefacción. Con suma lentitud entorné los párpados y, de inmediato, me encontré con sus ojos multicolor.

Zack también me estaba mirando.

Fijamente.

Una contradicción de sentimientos poderosos se anudó en mi interior al ver que su pelo y su barba habían crecido, pero nada en él lucía frágil; aunque el cansancio había castigado sus facciones.

Iba vestido con ropa informal, pero sus muñecas estaban esposadas y sus tobillos sujetos a unos constreñidos grilletes de acero. Era el mismo hombre que había conocido en la cárcel, solo que más endurecido y más lejano a todo lo que le envolvía. Excepto de mí. Por alguna razón no podíamos evitar volver al mismo punto de partida; uno demasiado tóxico y dependiente para que fuera considerado como sano en una relación.

Nos miramos comunicándonos sin palabras. Y a mí me bastó ese segundo para tomar una decisión. La definitiva. La que pondría punto y final a lo nuestro.

Él pareció entenderme, pues descendió la mirada con una mueca de congoja en los labios mientras sus iris danzaban transparentes y apretaba la mandíbula para contrarrestar el dolor que le provocaron mis silenciosas manifestaciones.

Las lágrimas se amontonaron en mis ojos y las dejé caer voluntariamente por mis mejillas.

Era momento de decir «hasta siempre» a los recuerdos.

Empezar una nueva vida.

Desde cero.

Lejos de todo.

Y sin las barreras del pasado.

**Zack**

*Jueves, 8 de mayo de 2014*

*Prisión de Nueva Folsom.*

Linda. Fue la primera palabra que emigró de mis labios tras salir del coma y encontrarme en una habitación blanca, de apariencia neutra, custodiada día y noche por varios agentes de seguridad, que iban armados como si estuvieran en la mismísima guerra de Vietnam, en el *Sutter Medical Center*, Sacramento, después de, según me informaron más tarde, haber sido trasladado desde el Hospital de Seattle.

Qué cojones.

Incluso después de cuatro años, su nombre aún era lo primero que pensaba al despertarme y lo último que rugía como un zumbido en mis oídos antes de dormirme en el fino colchón de mi celda.

Era una sensación delirante y morbosa, que se repetía una y otra vez en mi cabeza, como si mi cerebro estuviera en modo repetición.

Era una putada. Una grandísima putada no poder desterrarla de mis pensamientos. Toda ella se había grabado en mi oscuridad. Y, al parecer, mi sádica mente se había propuesto ser una cabrona conmigo, pues no paraba de evocar como un disco rayado aquella fría mañana de enero; el día que se celebró mi juicio en los juzgados de la capital.

Aún tenía presente cada detalle de lo ocurrido, como si hubiera sucedido ayer. Recordaba el momento exacto en que Linda entró en la sala con el propósito de ignorarme, como si yo no me hubiera hallado a tres malditos metros de ella. Se había sentado con tensión en el cuerpo y, a los pocos segundos, había girado poco a poco la cabeza en mi dirección, como si no deseara hacerlo y, sin embargo, no pudiera reprimir el impulso.

Ojalá hubiera podido levantarme y acercarme a ella. Quería hablarle, darle una explicación, aunque lo cierto era que no había mucho más que añadir. Aun así, me urgía confesarle que me arrepentía de muchas de las cosas que había realizado en el pasado, y todas y cada una tenían que ver con ella, a pesar de que me había cosido a balazos el abdomen. O que me quería más muerto que vivo o que se despachó a gusto contra mí en vez de contra Benicio, aunque lo extraño habría sido que no hubiera apretado el gatillo contra ninguno de los dos.

Tuve la mala suerte de ser el elegido, pero a fin de cuentas fui yo quien mató a sus padres bajo el mandato de ese capullo rastrero, sin detenerme a pensar en nada, ni siquiera en que ellos tenían una hija menor a la que proteger. Joder..., aquel había sido mi primer homicidio. «Pero ¿qué coño importa?», me había dicho antes de aniquilar a Scott y a Jessica Evans. Si no lo hacía yo, otro miembro de la pandilla se encargaría de cumplir la orden. Y a mí me habrían liquidado por desobediencia o por gallina, según lo mirara Benicio.

Sin embargo, debí habérselo confesado a Linda. Al final la gran bola de mierda que yo mismo había

creado terminó explotándose en el careto. Y como consecuencia, no solo por el asesinato de sus padres sino también por las falsedades que no paré de proferir durante días, había lastimado a Linda. Debería haber mantenido la polla guardadita en los pantalones y haber enviado a Linda a su casa cuando lo único que existía entre nosotros era una arrolladora tensión sexual no resuelta. Le habría dolido al enterarse, sí, pero no tanto.

La pérdida duele.

La traición arde de cojones.

En cuanto Linda dejó de resistirse, sus ojos se posaron sobre los míos y supe enseguida en qué estaba pensando. Llegados a ese nivel, ella no podía ocultar sus emociones y las mías estuvieron a punto de dejarme en evidencia. Nuestras miradas conectaron de inmediato y comprendí qué tan jodida era nuestra situación. Y también entendí que, aunque me había herido perder a John en su momento, hasta ahora no había conocido el auténtico significado de la palabra «tristeza». Sin embargo, aprendí la lección en un santiamén cuando ella se me quedó mirando con una intensidad tan violenta como rabiosa, atestada de desconsuelo.

Tuve que bajar los ojos antes de que la audiencia advirtiera lo mucho que sentía por ella; lo que se había estado cocinando a fuego lento en mi interior hasta que los sentimientos habían llegado a un tope sin retorno. Tuve que camuflarme en mi indiferencia, asfixiarme en mi propio silencio, antes de que las emociones me ahogaran al percibir con melancolía todo lo que había perdido.

Que la había perdido a ella.

El juicio se sintió como un puto infierno. Estaba cansado, hasta la polla de todo, molido por las heridas aún no sanadas y enfadado conmigo mismo porque ni siquiera había logrado matar a Benicio; aunque conocer que le jodí la columna me hizo soltar una carcajada silenciosa.

Depender de terceras personas en un mundo como el nuestro, lleno de oscuridad y de sombras, se parecía bastante a haberla palmado. Porque si el amor puede mandarte al otro barrio, siéntate y espérate a confiar en otra persona.

Pero ser responsable de su reciente condición no me hizo sentir menos cabreado, porque lo estaba y bastante, hasta la jodida médula, pues mi meta siempre fue cargármelo con mis propias manos, desollarlo vivo y muy despacio. Pero, en cambio, eché por tierra todo cuanto me pertenecía a causa de aquella corrosiva obsesión por vengarme. Yo mismo me condené a perder a las pocas personas

que formaban parte de mi vida. Benicio solo me facilitó el trabajo poniéndome la zancadilla por el camino para que me hiciera un poco más de daño en el proceso.

*Típico de ese hijo de perra.*

Los abogados y los miembros que componían el tribunal, todos ellos ataviados con togas, le hicieron varias preguntas a Linda, muy similares a las que yo había respondido antes de que ella apareciera en escena. Mientras lo hacían, no mostraron clemencia con ella. Sus gestos adustos tenían la finalidad de intimidarla, pero Linda aguantó el tipo durante gran parte de la sesión. No obstante, cuando las cuestiones

se tornaron más personales, más dolorosas de responder porque los recuerdos eran también más ácidos, y hubo terminado de relatar los días que la obligué a estar conmigo, saltándose varios episodios que prefirió que permanecieran en el anonimato, lució nerviosa y empezó a titubear.

A la jueza no se le pasó desapercibida la reacción de Linda ante la pregunta por qué no procuró escapar de mí o contactar con la policía cuando fingió reemplazar a Miranda Blair en el Hospital Psiquiátrico, aunque estuviera coaccionada por mí.

¿Por qué no me puso más resistencia?

El rostro de Linda se descoloró.

Separó los labios y respiró hondo.

«Porque temía por la vida de mi mejor amiga», fue su respuesta. Le tembló la voz al hablar. El micrófono casi pegado a su boca intensificó su estremecimiento.

Ellos le volvieron a formular la misma pregunta. Esas personas eran astutas. Sabían que algo no cuadraba en su versión de los hechos. Nadie tenía la menor duda de que Linda había disparado contra mí en defensa propia, acto que yo no desmentí pues, al fin y al cabo, ambos fuimos descubiertos con un arma de fuego en la mano cuando los agentes derrumbaron la puerta del almacén. Pero lo que no encajaba, aunque ella lo explicara miles de veces, era que tras ser detenida y puesta en libertad en la comisaría de Redding, hubiera acudido a mí otra vez y que incluso pareciera intentar protegerme durante el interrogatorio.

Cuando Linda no pudo darles una explicación más convincente, porque no la había, salieron a la luz los rumores que se habían divulgado sobre nosotros.

«Puede que no haya querido huir del señor Cassidy porque ambos mantenían una relación mucho más íntima de la que pretenden admitir», dijo el fiscal.

No había que ser ningún lince para darse cuenta de que Linda no había contado nada sobre nuestro romance, por llamar nuestra retorcida relación de una manera oficial. Con etiquetas. Ella quería limpiar su nombre mancillado por las circunstancias, volver a ser respetada como psicóloga forense y, sobre todo, como mujer; emprender una vida nueva y dejar atrás todos los prejuicios que la perseguían desde que la involucraron en el mismo saco que a mí, así que, aunque me partiera el alma y me doliera a morir, la ayudé a conseguir lo que tanto anhelaba. Se lo debía.

La siguiente pregunta la formuló la jueza.

«Linda Evans, ¿tuvo relaciones sexuales con Zack Cassidy?».

El silencio se dilató un momento en la sala seguido de una explosión de murmullos que provenían de la fila del público. Cesaron cuando la jueza puso orden golpeando dos veces la mesa con el mazo.

Linda parecía estar a punto de desmayarse.

Y yo, entonces, decidí sacar el último comodín que conservaba bajo mi manga.

—Tiene razón, señorita —dije en plan irónico, encogiéndome de hombros—. Me la follé un par de veces. —Los murmullos regresaron con un sordo estruendo—. No se preocupen. A la doctora le gustó, aunque chillara y pataleara como una perra.

Linda ahogó un grito de horror que a decir verdad quedó de puta madre en aquel momento. Le daba un toque de dramatismo al panorama, justo lo que le hacía falta para parecer una víctima delante de esos ojos hambrientos de información.

—¿Es eso cierto? —preguntó la jueza con la misma expresión de espanto.

—Aunque lo niegue, sucedió así —continué diciendo con un desinterés denigrante.

La mujer me fulminó con la mirada.

Linda no se atrevió a mirarme.

—Usted, cálese y no hable hasta que así se lo autorice —me exigió en tono crudo antes de dirigirse a Linda con una expresión mucho más suave que la anterior—. Señorita Evans, no tema y responda. ¿Sufrió abusos sexuales por parte del señor Zack Cassidy?

Más silencio.

Segundos interminables.

Expectación al rojo vivo.

«Vamos, Linda. Acepta esta oportunidad y continúa con tu vida. Tómala. Te mereces algo mejor

que esto», le dije mentalmente, aunque en el fondo no quería que lo hiciera. Si no lo hacía, al menos me quedaría la dicha de saber que no la había perdido del todo, aunque jamás volviéramos a estar juntos. Pero si mentía...

Si lo hacía...

Mi corazón se bambaleó en mi pecho al oír las siguientes palabras que hicieron eco en la sala.

Reprimí un aullido de dolor.

—Sí... —susurró Linda mientras le temblaba el labio inferior. Rompió a llorar y se cubrió el rostro con las manos, como si estuviera avergonzada. Sus sollozos me hirieron por dentro. Me desgarraron—. Él... Es...es verdad. Me... violó, abusó de mí.

Los miembros del jurado la miraron con compasión.

Y yo terminé de convencerme de que Linda ya no pertenecía a mi vida.

Me declaré culpable de todos los delitos que tenían en mi contra, de los cadáveres que habían encontrado a lo largo de los años, incluido el matón al que le volé los sesos y el policía al que le desfiguré media cara de un balazo. Incluso cuando me echaron la culpa de la muerte de Miranda Blair no protesté, pues las evidencias demostraron que mis huellas estaban en el cuerpo de la psiquiatra. Sin embargo, el homicidio de Angela quedó en suspenso por falta de pruebas más concluyentes, aunque estuvieron a un pelo de inculparme por ello también, por eso de estar en la escena del crimen y no sé qué chorradas más.

A la semana siguiente del juicio, tras recibir el alta médica, me enviaron en un bus de presos a Nueva Folsom con quinientos años de sentencia, sin olvidar las tres cadenas perpetuas que tenía acumuladas de antes. Entré en el trullo con una cadena alrededor de la cintura y las muñecas apretadas por unas esposas que estaban conectadas a la misma cadena. Lo mismo sucedió con mis tobillos.

Respecto a Linda..., no la volví a ver desde que salió corriendo de la sala de vistas apenas concluyó la sesión, con el rostro empapado de lágrimas, sollozando en silencio.

Esa era la última imagen que poseía de ella. La penúltima, se remontaba a cuando me disparó en el almacén mientras me miraba con odio y pesadumbre. No sabría decir cuál era peor. Quizás la que se proyectaba en ese instante: la imagen de mí mismo cuatro años después, mirando el techo de mi celda. Sin ella a mi lado.

Había tenido la esperanza de ser trasladado a Texas o a la jodida prisión de San Quentin, donde la pena capital aún estaba vigente. Pero no tuve tanta suerte. «La muerte es una salida demasiado humilde para que la disfrute un hombre tan ruin como usted, señor Cassidy», había declarado la jueza antes de levantarse con porte autoritario e irse por una puerta que había detrás de la tribuna.

Desde entonces mi vida en la trena seguía siendo una mierda. Tras el motín, el centro penitenciario decidió adoptar nuevas medidas de seguridad mucho más severas. Las pandillas estaban más separadas que antes en un vano intento por evitar conflictos internos, tanto en el comedor como en el patio de recreo. La vigilancia se reforzó instalando cámaras de seguridad en todos los ángulos muertos y añadieron unas cuantas más en los pasillos. Los oficiales custodiaban los muros con enormes rifles en las manos, cargados para disparar.

Pero esas reglas eran inútiles. Desde el principio el plan fracasó, pues tardaron más de ciento cincuenta días en reparar los estragos que había provocado la revuelta; meses en los que los niveles permanecieron cerrados; semanas en las que estuvimos aislados porque ni siquiera los comedores pudimos pisar. ¿Qué pasó cuando finalizó aquel estado de alarma? Pues que los leones aburridos de tanto encierro salieron a cazar. En menos de tres meses hubo centenares de apuñalamientos y decenas de asesinatos entre pandillas rivales, que la trena pugnó por omitir.

Yo sabía muy bien de lo que hablaba. Tenía el cuerpo cubierto de cicatrices.

Acaricié mi descuidada barba mientras recordaba el día en que me apuñalaron en las duchas, a pocas semanas de cumplir mi primer año en la prisión. Se suponía que dos guardias estaban vigilando el rellano, pero en cambio sentí la piel de mi espalda siendo picoteada con concisos movimientos de muñeca y descubrí un negro de la pandilla de los Bloods sonriéndome con sus dientes de pordiosero. Lo habían trincado en Sacramento y odiaba a muerte a La eMe, aunque yo no era un puto miembro de la Mafia Mexicana. Se la sudó aquel dato, obviamente. El hijo de puta arremetió contra mí usando un objeto que no lograron identificar y se piró de las duchas antes de que alguien se diera cuenta de sus malévolas

intenciones.

A los pocos minutos los guardias vociferaron que debía vestirme y al no obtener respuesta, entraron en el aseo y me encontraron tendido en las baldosas, desangrándome. Me trasladaron en estado crítico a urgencias. Casi la palmé en la mesa de operaciones.

A las tres semanas me mandaron de regreso a la trena y una semana más tarde, sorprendí a ese mismo capullo en un rincón del patio, fumándose un pitillo. Cuando se percató de mi sombra, yo ya le había propinado una paliza brutal que lo dejó inconsciente en el hormigón. Nadie me vio. Y los agentes no pudieron justificar dónde se encontraban cuando la prensa hizo preguntas impertinentes, después de emitir la noticia de que aquel culo negro había sido hallado con el cuello seccionado.

Nunca consiguieron dar con el culpable.

Mi segundo año fue más divertido. Me metí en una pelea de pandillas por la simple motivación de sentir algo más que..., bueno, algo más que la absoluta nada. ¿El resultado? Cuatro costillas rotas, los dos ojos morados como berenjenas y siete puntos en la ceja derecha. Al poco tiempo de regresar hecho un Cristo de la enfermería, dos miembros de los Bloods me tendieron una emboscada de camino al comedor. Me internaron de nuevo en el hospital, esta vez con un tajo de quince centímetros en la parte baja del estómago. Según alardearon esos sádicos con sus colegas, querían arrancarme los intestinos y hacérmelos tragar a la fuerza.

*Putos pirados.*

Pero a pesar de las heridas, gracias a ese incidente tuve noticias del mundo real. O más bien de las nuevas que hacían referencia a Benicio. Las enfermeras no eran muy discretas cuando llevaban aguantando largos turnos de noche y el paciente parecía estar sedado. Según comentaron entre susurros altos, Benicio no duró ni año y medio entre rejas. No se sabía cómo, aunque quizás hubiera sobornado a alguien de alta autoridad en la cárcel, pero lo dejaron en libertad con cargos.

Benicio no era gilipollas. Que el Cártel de Sinaloa le hubiera costado un abogado le proporcionó una pequeña pista sobre lo que le podría suceder. Pero si Benicio era un hombre inteligente, el Cártel lo era mil veces más. Ellos siempre se anticipaban a las estrategias de sus peones.

Benicio y su silla de ruedas no tardaron en huir a Seattle para buscar un dinero guardado y, de paso, para cerrar varias cuentas pendientes que le harían un poco más rico de lo que ya era, antes de fugarse a algún sitio inesperado. Pero lo asombrosamente inesperado fue el gran montón de mierda con el que se toparon tres agentes de policía, una gélida mañana de diecinueve de marzo de 2011, frente a uno de los coches patrulla que no podía salir del aparcamiento.

El conductor de dicho vehículo, un hombre mayor a punto de jubilarse, se bajó frustrado a la misma vez que sus compañeros se acercaban al barril que imposibilitaba la salida. Sobre la tapa, reposaba una notita que decía: «De nada».

Los oficiales se quedaron perplejos cuando destaparon el barril y vieron un cuerpo disuelto en ácido. Horas más tarde, el Cártel de Sinaloa difundió un vídeo donde torturaban a gusto a Benicio, presionándolo para que les dijera dónde estaba el dinero a la misma vez que, entre gritos, advertían a los traidores y a sus enemigos que no mostrarían compasión con ellos. Tras arrancarle las confesiones con

desmedida brutalidad, metieron su cuerpo atado, vivito y coleando, jadeando como un puto cochino en apuros, en el barril lleno de ácido.

La supremacía del carismático Benicio Velázquez había concluido. Al fin y al cabo, él no era más que uno de los cientos de títeres que movía la mercancía del Cártel en los Estados Unidos. El pez gordo se había tragado de un bocado al pez pequeño, como sucedía la mayoría de las veces en nuestro mundo. Pronto otro hijo de perra con menos cerebro y más ambicioso que Benicio le reemplazó en el poder de las calles de la gran y corrupta ciudad de Seattle.

Aquella mañana mis ansias de venganza desaparecieron de un plumazo. No obstante, mi perpetuo castigo continuó. Porque si los rumores de la ejecución de Benicio se propagaron como la pólvora, también circularon rumores sobre *La Puta de Sacramento*, también conocida como *La loca del Estado de California*.

Las malas lenguas señalaban que nadie había vuelto a ver a Linda desde que vendió a bajo precio su vivienda y que se había marchado de Sacramento sin decir nada a nadie. Algunos dijeron que buscó refugio en Nueva York y que rehízo su vida en *La Ciudad de Los Sueños*. Otros, que se alojó en Dakota del Norte y que al poco tiempo de instalarse allí conoció a un hombre cristiano, buena persona y con un poder adquisitivo superior a la media, que estaba temporalmente en la zona. Poco después se confirmó que la última especulación era la correcta. Y también entendí en mis propias carnes cuánto jodía amar a alguien.

Los dos se enamoraron perdidamente. Él invitó a Linda a viajar a Berlín donde tenía su residencia en la capital alemana. Ella aceptó casi de inmediato, según explicaron los más chismosos. A las pocas semanas de vivir juntos decidieron casarse en una ceremonia íntima, con paisajes de ensueño de fondo.

La última noticia que me había llegado de la idílica parejita ocurrió el año pasado cuando los habitantes del estado de California, quienes no habían olvidado el supuesto romance entre una psicóloga forense y un asesino a sueldo, la descubrieron paseando agarrada de la mano de su perfecto marido en las calles más concurridas de Sacramento. Se desconocía el motivo de aquella visita, aunque quizás solo estuvieran haciendo eso: visitando la ciudad.

Saber todo aquello me abatió hasta hacerme sangrar por dentro, pero no tanto como cuando también me enteré, atragantándome con mi propio dolor, de que Linda lucía una tierna y abultada barriguita de cinco meses de embarazada.

*Jodida vida de mierda.*

Hacía ya cuatro años de nuestra separación.

Ahora ella era la mujer de otro hombre.

Era feliz con él.

Sonreía.

Él la hacía sonreír.

Cuatro años que la perdí para siempre. Y, sin embargo, a pesar del tiempo que había transcurrido, ella era lo único que seguía matándome poco a poco, día tras día.

26

**Zack**

*Martes, 10 de junio de 2014*

*Patio de recreo, Nueva Folsom.*

Si miraba al frente no veía más que los enormes muros de hormigón y las altas vallas de alambre de espino electrificadas, rodeando como tentáculos la prisión.

En cambio, si echaba un vistazo a la derecha encontraría un grupo de seis subnormales charlando y fumando mientras el sol les humedecía los rostros, estallando de vez en cuando en estrepitosas carcajadas. Eran los Sureños. Sus miembros tenían tatuada la palabra Sur y también una estrella quebrada que dejaba claro su enemistad con los Norteños, sus archienemigos. Otros agregaban el número trece a sus símbolos, que representaba la letra «m» en el alfabeto latino y significaba

«Matones. Matanzas. Mexicanos» como homenaje a La eMe, quien mantenía un acuerdo con ellos. A

esa fructífera pero chocante alianza había que sumársele la pandilla La Hermandad Aria, una puta logia de asesinos con ideologías nazis.

En la zona de la izquierda, en contraste, estaban los negros. Ellos también se dedicaban a fumar y a carcajearse mientras fulminaban más que de vez en cuando a las pandillas de marrones y blancos.

Se hacían llamar los Crips y odiaban tanto a las cabezas rapadas como a los Sureños y a los Bloods; en especial a estos últimos. Con decir que uno de sus típicos símbolos estaba asociado a las iniciales BK, que se traducía como Asesinos de Bloods, era más que suficiente para entender cuánto odio existía entre ambos bandos, aunque tuvieran el mismo color de piel.

«De puta madre», pensé aspirando el humo de mi pitillo.

Una nueva pelea era lo único que faltaba para añadir más leña al fuego. La tensión podía cortarse con un cuchillo. Incluso cuando el día parecía que iba a ser de lo más tranquilito se convertía en una caótica mañana donde la sangre corría a sus anchas. Los reclusos solían caer como moscas por cualquier tontería.

Por eso mismo, para evitar ver la mierda que circulaba por ahí y por allá, mis ojos residían clavados en el suelo mientras me llevaba el cigarrillo a la boca y gozaba de los pequeños placeres, como degustar el tabaco o apreciar el ardor del humo raspándome la garganta. Eso era mucho mejor que contemplar cómo esos cabrones planeaban asesinarse los unos a los otros al final del día o quizás de la semana.

Estaba dando una impetuosa calada cuando atisbé una figura flacucha y alargada sentarse a mi lado. No me giré hacia él ni realicé movimiento alguno a pesar de que notaba sus ojos fijos en mí.

Llevaba haciendo lo mismo durante los últimos siete días, así que no iba a responder a la explícita provocación ahora.

Como si me hubiera leído la mente, hizo crujir los huesos de los nudillos y soltó una risotada.

—¿Quién es ella? —me preguntó, divertido. Sin hacerle ni puto caso continué fumando—. Vamos,

esto es un aburrimiento. Háblame de esa chava. Llevo tres noches seguidas oyéndote jadear como un perro en tu celda. —Lo miré con hastío y alcé una ceja. Era un niño de no más de veinticinco años.

Tez morena, pelo oscuro y ojos negros. El típico mexicano que había pasado la pubertad hacía tiempo, pero que no tenía ni un jodido vello en la cara—. Me llamo Eduardo, por cierto, pero mis amigos me dicen Lalo.

Entrecerré los párpados hasta que solo fueron una línea gris.

—¿Sí? —inquirí en plan irónico—. Y ¿quiénes son tus amigos?

Sonrió ante la pregunta y se subió la camiseta blanca hasta el pecho. Sobre el corazón tenía tatuado con tinta negra las letras «eMe» y un poco más abajo, donde comenzaba el abdomen, había un colibrí. Ese dibujo representaba al dios azteca de la fuerza y proclamaba que era un digno soldado de la Mafia Mexicana.

Sus tatuajes me confirmaron sus orígenes, sus alianzas y sus enemigos.

—Soy uno de los tuyos, *hermano*.

Noté los pulmones saturados de humo a la vez que volvía la vista hacia el horizonte.

—Hace mucho que no soy de nadie.

Se echó a reír y negó con la cabeza.

—Puedes ir con ese cuento a la poli, pero a mí no me vas a llenar el cerebro con pendejadas.

Arrojé el cigarrillo al suelo, apoyé los codos en los muslos y sin cambiar la expresión de mi cara, lo miré con frialdad a los ojos.

—Primero: no hablo con la poli. Segundo: lo que haga por las noches o por el día, o cuando me salga del mismísimo nabo, no es de tu puta incumbencia —gruñí en voz baja—. Ve a la otra punta del patio a que los Sureños te lamen el culo, o atemoriza a algún pobre desgraciado para que haga algún trabajito sucio por ti, pero no me toques los huevos o te enseñaré con el puño que no pertenezco a tus jodidos hermanos de la jodida Mafia Mexicana.

El chico alzó las cejas.

—Caray..., sí que te jode, pero aún sigues siendo uno de los nuestros —repitió como un loro. Se

inclinó hacia delante, con las piernas separadas y las manos entrelazadas—. Siempre lo serás. —Me estudió un momento de arriba abajo—. Mírate, tienes la piel marcada con tatuajes. Los dibujos que nos simbolizan hablan por sí mismos. ¿Quieres dejar de ser uno de la pandilla? Tienes dos opciones: desgarrarte a tiras la piel, o esperar a estirar la pata para que dejen de relacionarte con nosotros. —

Giró la cabeza, lanzó un escupitajo que no llegó muy lejos y volvió a mirarme—. ¿Y bien? ¿Aún quieres darle la espalda a un *hermano*?

Tenía razón. El tatuaje siempre me señalaría como un integrante de la eMe.

—Vete a cagar. —Fue lo único que dije antes de echar un vistazo a mi alrededor. Dos blancos se estaban pasando algo entre manos; un segundo después ambos individuos continuaron andando en direcciones opuestas por el patio.

El guardia que se suponía que debía estar pendiente de la zona no se percató del fugaz intercambio.

Lalo resopló.

—Eres un sensiblero de mierda.

—Y tú un necio tocapelotas.

Se produjo un corto silencio entre nosotros.

—Está bien... —dijo con una mueca en los labios—. Me vale madre si no formas parte de la pandilla. Me caes bien de todos modos. ¿Sabes? Te he estado observando. No eres muy sociable,

¿cierto? —No esperó respuesta—. ¡Qué hueva me da estar aquí, carajo! ¿Cómo podéis estar así las veinticuatro horas del día? Hablemos de algo. ¿Cuál era tu cargo?

—Asesino —gruñí como advertencia.

No funcionó.

—El mío era...

—Lo sé, maldita sea —lo interrumpí con sequedad—. Toda la puta trena lo sabe.

Eduardo o Lalo, también conocido como el Nocturno, había sido detenido la semana pasada en plena madrugada tras cruzar la frontera con quince kilos de cocaína y heroína en el maletero de la furgoneta que conducía desde Culiacán, México. Era la primera vez que lo detenían en más de ocho años de profesión en el contrabando de drogas a los Estados Unidos, profesión que heredó de su padre, que había muerto en un tiroteo en México, a manos de Los Zetas.

Lalo, con su mirada inocente y un cuerpo inofensivo, aparentemente, había burlado en innumerables ocasiones los controles de seguridad de la frontera, pero su apariencia de niño bueno no le sirvió aquella vez. Encadenado de pies y manos, como el criminal que era, rebasó las puertas del trullo y fue encerrado en una celda contigua a la mía. Lalo permanecería mucho tiempo entre barrotes. Unos treinta años, para

ser más exacto.

—¿Quién fue el cabrón que infiltró la información de mi expediente?

Apunté con la barbilla a uno de los guardias que pululaban por el patio.

—Ellos, pero tú tampoco has sido muy discreto.

—Ya... —El nuevo silencio duró tres segundos—. Entonces ya me conoces. Genial. Y ¿quién es ella? —Volvió a preguntar—. Te gusta mucho, ¿eh?

Se refería a Linda.

Cómo no.

Estar sin sexo no era ninguna novedad para mí. Ya había pasado por eso y era soportable en la medida de lo posible. Tampoco iba a empezar a abusar de niños desamparados en las duchas o en cualquier esquina oscura que encontrara desocupada. Además, las pollas no eran lo mío. No me ponían burro. Ni de ninguna otra forma. La mano derecha era más que práctica para desahogarme y descargar toda la tensión bajo las sábanas de la cama. Pero lo que nunca me desahogaría era tener que recurrir a la imagen de Linda para satisfacer esa necesidad. Por más que intentaba imaginarme a mí mismo follándome a otros coños, mi mente no reconocía otro cuerpo que no fuera el de ella.

«Pero Linda ya no era real. Hacía mucho que se había convertido en un recuerdo», me repetía a mí mismo constantemente, pero no entraba en mis cabales.

El placer de dejarme ir era temporal, efímero.

El vacío que le seguía después perduraba horas enteras, lentas y dolorosas.

—Si no me gustara, no me la pelaría pensando en ella.

Lalo se atragantó con una carcajada.

—Entiendo. —Estiró las piernas y se cruzó de brazos—. Hay cada latina por ahí. Son irresistibles.

Hay mujeres que son el Diablo. La tentación. El jodido paraíso.

—Es americana —dije conteniendo una sonrisita burlona.

Perfiló una mueca y meneó la cabeza como si no diera crédito a que yo prefiriera las sosas curvas de una gringa emperifollada a las naturales curvas de una latina.

—¿Y qué pasó con ella?

Saqué otro cigarrillo y lo encendí mientras sentía una punzada de dolor en el pecho.

—Se casó con otro. —Le oí emitir un largo silbido. Me encogí de hombros y exhalé poco a poco

el humo—. Tienen un hijo juntos, creo que un varón.

—Ya... —dijo con cierta incomodidad. Pasaron varios minutos antes de que él decidiera romper el denso silencio—. ¿Sabes? Yo no debería estar aquí. ¿Treinta años de condena? ¡No mames, carajo!

Hay pedófilos que cumplen menos por haber violado repetidas veces a alguna niña. —Se frotó la mejilla con indignación—. Yo no debería estar en este sitio. No, señor, no debería estar aquí.

—No eres el único que piensa eso.

—No voy a pudrirme en esta fortaleza. —Miró con repulsión los muros—. A la mierda con esto.

Sonreí ante tanta ingenuidad vestida de determinación.

—¿Y qué piensas hacer? ¿Fugarte?

Los ojos le brillaron bajo el sol del mediodía.

—¿Tú no lo harías?

Ensanché la sonrisa.

—Ya pasé por eso. Estuve fugitivo doce días. Y no, no es una buena idea. Será mejor que te quites esas mariconadas de la cabeza, por tu puto bien. No eres gilipollas. Mira a tu alrededor. Puedes ver que las aguas están muy revueltas. Siempre lo estarán. ¿Crees que ellos no están preparados? —

indagué refiriéndome a los guardias de seguridad—. Están a la espera de que se líe un nuevo motín; esos cabrones intuyen que habrá un nuevo altercado mucho más violento que los anteriores. No son idiotas, aunque intenten parecerlo.

—Son idiotas. Pero yo no voy a esperar a que se desencadene un nuevo levantamiento.

Arrugué el entrecejo.

—¿Qué intentas decir con eso?

—Hay formas más inteligentes de escapar y que no llaman tanto la atención. Créeme. —Me observó un instante y luego bajó el tono de su voz—. Se suponía que me iba a reunir con mi chica que vive en Los Ángeles; un bomboncito al que he estado pegado cada vez que tengo que viajar a los Estados Unidos. Se llama Viviana. Ella sabe a lo que me dedico, así que a estas alturas del partido debe de entender que me han atrapado. El año pasado hablamos sobre lo que me sucedería si me arrestaban. Lo más probable es que me cayeran varios años encima y, por lo tanto, no nos volveríamos a ver en mucho tiempo.

—No os equivocasteis —dije sacudiendo la colilla.

—Me aseguró que me ayudaría si me llegaban a meter en el talego.

—¿Y te lo creíste?

—Lo planeamos juntos. Vale, sí. Íbamos un poco fumados esa noche, pero sé que cumplirá su promesa. Ella me quiere. Y yo, bueno, es la única que me ha soportado durante años y que a pesar de mis defectos me sigue soportando. Quizás no podamos salir por el exterior de esta mierda, pero sí podemos hacerlo por el interior.

Al oírle hablar en plural, me puse de mala hostia.

—Oye, te lo digo en serio, no me involucres en tus puñeteros planes de fantasía.

—¿A poco no deseas marcharte de aquí? ¿Quieres portarte como un buen niño y morirte de una pulmonía en un par de años? Si es que los negratos no te liquidan antes —dijo, malicioso, pero yo opté por no responderle. La verdad era que me traía por culo si la palmaba—. ¿En serio? ¡No mames!

¡Tu celda y la mía están la una al lado de la otra! Si yo salgo tú también puedes hacerlo. Considéralo un dos por uno.

*Como en las ofertas de un puto supermercado, pensé.*

Ese crío estaba pirado.

Compuse una sonrisita y aplasté el pitillo con mi zapatilla.

—Por si lo has olvidado, no puedes recibir paquetes ni visitas y tampoco puedes realizar llamadas telefónicas a menos que sea una emergencia. Y, aunque lo fuera, tampoco te permitirían usar el maldito teléfono, así que por mucho que tu chica ansíe ayudarte no podrá ponerse en contacto contigo. Además, ¿cómo cojones piensas salir por el interior de esta porquería?

—Conozco a muchos de los tipos que están aquí metidos —dijo y un mohín triunfal curvó sus labios—. Incluso al amigo de Viviana, que trabaja como guardia de seguridad en este mismo nivel. —

Me guiñó un ojo y se rio entre dientes ante mi expresión de asombro—. Es un buen hombre. Ya sabes.

El típico padre de familia que está pasando por una pésima racha. La lana le vendrá de lujo.

—¿Quién es?

Lalo chasqueó la lengua contra el paladar a modo de negación.

—Se dice el mensaje, pero no se mata al mensajero. —Cuando volvió a sonreír, sus dientes torcidos se asomaron a su boca—. Además, no se encuentra en el patio ahora mismo.

—Vale, no me lo cuentes. Pero necesitarás herramientas.

—Tendremos herramientas y nos iremos de aquí.

Lalo era un irritante dolor de muelas.

Iba a decirle que no me involucrara en sus jodidas divagaciones, pero en cambio le pregunté:

—¿Y después qué? ¿Me buscarás un trabajo?

El sonido de la sirena tronó dando por terminada la hora al aire libre, pero ninguno de los dos nos pusimos en pie. Nos quedamos mirándonos, como si nos estuviéramos haciendo un juramento, aunque no nos conocíamos de hacía más de cincuenta minutos.

—Sí. Algo se me ocurrirá para arreglar tu actual situación laboral.

Agité la cabeza.

—No va a funcionar —dije al cabo de unos segundos.

Se encogió de hombros e ignoramos a los guardias que vociferaban próximos a la puerta.

—Si nos pillan..., pues nos jodemos.

—¿Y si no lo hacen?

—Entonces, *hermano*, nosotros les joderemos a ellos.

*Domingo, 21 de septiembre de 2014*

*Prisión de Nueva Folsom.*

Primera norma: nada es imposible.

Segunda norma: si te entran ganas de ir repartiendo hostias, te aguantas.

Poseer un comportamiento ejemplar pasó a convertirse en un objetivo a conseguir tras la conversación con Lalo. Eso y hacerle la pelota a todo dios ya que, según él, un guardia en tu contra es mil veces más jodido que tener a un negrata pandillero buscándote las espaldas con una navaja. El mexicano de facciones ingenuas podía parecer un niño a simple vista, sin mucho recorrido más que esconderse tras las faldas de mami, pero era más listo que el hambre.

Después de aquella mañana Lalo y yo nos seguimos juntando en el patio de recreo y, desde entonces, las cosas fueron cobrando algo de sentido y tomando un poco de forma. Viviana, la chica de dieciocho años a la que Lalo solía tirarse desde que ella cumplió quince, porque el número catorce le daba muy mal rollo o se la hubiera follado mucho antes, no defraudó a nadie. Con suma discreción movió ficha y tiró de los hilillos sin que se rompieran. La muchacha se estaba arriesgando a que la pillaran y la metieran en la cárcel, pero si el plan no fallaba recibiríamos un regalo de su parte con la pequeña cooperación de su amigo, el funcionario corrupto o como solía descojonarse Lalo, el Mensajero.

Semanas más tarde Lalo me hizo una seña en el patio. Desde críos nos enseñaban las señales corporales que utiliza la Mafia Mexicana en las prisiones; signos que la mayoría de los guardias no tienen ni puta idea de lo que significan. De inmediato, respondí con otro gesto indicándole que le había entendido. Tanto él como yo vestíamos los monos azules, a pesar de que las temperaturas se habían tornado agobiantes desde principios de agosto, pero como nosotros había otros internos, así que nuestra vestimenta no llamó el interés de nadie.

Esperamos a que sonara la sirena. Cuando lo hizo, caminamos hacia la puerta para formar la fila del recuento y entonces Lalo chocó contra mí como si hubiera tropezado con sus propios pies. El encontronazo duró menos de cinco segundos, pero en el interior de mi mono ya se hallaba oculto el obsequio que nos había hecho Viviana.

Un punzón.

—Tu chica es la hostia —le comenté a Lalo a la mañana siguiente.

Estábamos sentados en el mismo sitio de siempre, fumándonos un pitillo.

—Te lo dije: saldremos de aquí —dijo alzando su cigarro a modo de brindis.

—Esto se parece al más puro estilo Glen Stewart Godwin.

—Qué va, *mano*. Nosotros no tendremos una balsa a la orilla del río ni tampoco indicaciones con flechitas rojas en el suelo para señalarnos el camino a seguir. Ese cabrón lo tuvo más fácil cuando se fugó en 1987 de la antigua prisión.

Quizás sí. Quizás no. Fugarse una vez era pecar de tener mucha suerte. Pero hacerlo dos veces en menos de cuatro años..., eso era nacer con una flor en el culo.

O ser jodidamente listo, una de dos.

—¿Y ahora qué?

Lalo aspiró con fuerza su pitillo.

El humo salió por los orificios de su nariz.

—¿Te has fijado en las paredes de nuestras celdas? Son rocosas. Estos cabrones construyeron las paredes con piedras enormes, alineadas unas encima de otras, imitando la estructura de la antigua prisión, pues ambas estaban dirigidas por el mismo director en aquel entonces. También habrás notado que al lado del inodoro hay una pequeña rejilla de ventilación. Esa mierda está empotrada justo en medio de una de las piedras que componen la pared.

—Entiendo —murmuré, aunque en realidad no tenía ni pajolera idea de lo que intentaba decirme.

—Pues bien... —Suspiró con brusquedad—. Tenemos que cincelar con el punzón los bordes de hormigón hasta que podamos sacar de una pieza la piedra de la pared.

Lo miré incrédulo, a punto de descojonarme en su jeta.

—¿Qué mierdas estás diciendo?

Sin alterarse, lanzó el cigarrillo al suelo antes de proseguir:

—Detrás de nuestras celdas están los pasillos de mantenimiento y también una serie de escaleras

subterráneas que van por todo el trullo. Son utilizadas por los técnicos cuando las tuberías se estropean. Puedes verlas a través de la rejilla, si no me crees. Quizás nos lleve algo de tiempo extraer la piedra, pero aprovecharemos cualquier instante que nos permitan estos hijos de puta. Además, el punzón no hace ruido. Es una gran ventaja. —Me miró de reojo y bufó—. Confía en mí, *hermano*.

Allí abajo sé desenvolverse como pez en el agua. He introducido coca por los túneles subterráneos desde México. Es el método más efectivo que hallaremos nunca para salir de aquí, pues aunque el amigo de Viviana nos pudiera abrir todas las puertas y lográramos atravesar el perímetro, nos atraparían en menos de lo que canta un gallo. Hagamos esto bien y lo demás será pan comido.

*Pan comido... Y una mierda*, pensé notando el sol en los ojos.

Nos quedamos unos segundos en silencio hasta que le oí preguntar en un tono mucho más cauteloso:

—¿Piensas ir a por ella?

Hice una mueca. En los últimos días esa misma pregunta se había colado varias veces en mi cabeza, pero no fue hasta ese momento que tuve claro como el agua la respuesta.

—No, no puedo hacerle eso. Estaría actuando de un modo egoísta y despiadado. Además, ella no me necesita. Ya no. Está casada. Tiene un hijo. ¡Joder! ¡Tiene una familia! —Respiré hondo y espiré muy, muy despacio por la boca—. No puedo arruinarle la vida. No otra vez... —susurré mientras me tragaba el humo para sentir otro tipo de quemazón, antes de cambiar de tema y enfocarnos en lo realmente importante—. Dime, ¿cómo lo has conseguido? —Me refería a las herramientas—. No te

he visto hablar con nadie y nadie se ha acercado más de la cuenta a ti.

—No hagas preguntas —replicó poniéndose serio—. No necesitas saber más de lo que ya sabes.

—Es decir, nada.

—Exacto.

Le formulé de nuevo la misma pregunta cuando cambió la hora en la que solía ducharse. Él entró

primero. Después fue mi turno. En un rinconcito Lalo había abandonado para mí una cuchilla de afeitar a la que le había agregado un pomo rodeado con cinta americana negra, como si fuera una navaja de bolsillo. No es que él quisiera que alterase mi comportamiento sumiso, sino que tuviera un arma a mano con la que poder defenderme. Los Crips se habían cargado a dos mexicanos tras forjar una alianza temporal de no agresión con los Bloods y no iban a detenerse hasta exterminar a cada miembro de sus rivales.

Y nosotros entrábamos en esa categoría.

Debíamos andarnos con mil ojos.

Sin embargo, en cuanto los guardias apagaban las luces del corredor, me apresuraba a sacar el punzón de

debajo de mi almohada y raspaba los bordes de la piedra. Lalo tenía razón. No hacíamos ruido. Yo no podía oírle a él y nadie nos oía a nosotros. Había que ejercer mucha presión para conseguir que la zona se descascarillara lo mínimo, pero todas las noches dediqué dos o tres horas a erosionar el borde de hormigón que unía una piedra con la otra. Era una tarea que requería mucho esfuerzo físico, concentración y una santa paciencia.

Antes de volver a tumbarme en la cama, juntaba el polvillo y los restos de piedrecilla que habían caído al suelo con un poco de agua; y ponía esa mezcla de barro casero alrededor de los bordes. De esa manera nadie notaría lo que estaba haciendo.

El trabajo poco a poco fue dando resultados.

No podía negar que fueron noches colmadas de nervios, desesperación y pensamientos

contradictorios. Porque a pesar de que anhelaba ser libre otra vez, también estaba lleno de inseguridades. ¿Qué haría con mi existencia si me fugaba? Fuera, en el mundo real, no tenía a nadie y nadie me tenía a mí. ¿Volvería a matar por dinero? Eso era lo único que conocía en la vida. Me habían educado para ello y no creía servir para nada más. Pero ¿quería obedecer las órdenes del nuevo líder de la Mafia Mexicana? O más bien, ¿quería seguir siendo Zack Cassidy, el Asesino?

Y lo que más atormentaba mi corazón, ¿lograría algún día olvidarme de Linda Evans?

27

**Zack**

*Sábado, 20 de diciembre de 2014*

*Nueva Prisión de Folsom.*

Lalo y yo nos encontrábamos en el comedor común percibiendo los gestos huraños de los internos, que les corroía las ganas de acuchillar al rival que tenían a pocas mesas, mientras cinco guardias de seguridad se paseaban en círculos, como buitres carroñeros, y vigilaban a los mamones que comían un asqueroso puré medio verde, dos salchichas con mostaza, una rebanada de pan y una manzana madura.

Revolví la comida con el tenedor y miré con una mueca a Lalo. Debíamos hablar sobre nuestro

plan de escape, pero no habíamos tenido ocasión de hacerlo, ya que durante la hora libre, en el patio, un funcionario había estado detrás de nosotros, pegado a nuestro culo, como si presintiera que tramábamos algo. Y, joder, no se equivocaba. Hacía poco más de cuarenta y ocho horas que por fin habíamos desencajado la maldita piedra de la pared, pero Lalo parecía estar titubeando sobre si ponernos o no en marcha, cosa que a mí empezaba a putearme.

El silencio era inquietante.

Nadie se atrevía a hablar, porque nadie tenía cosas buenas que decir.

Lalo, al contrario que yo, zampaba con satisfacción la comida, por llamar de algún modo esa marranada. Cuando levantó la cabeza y vio el pan intacto en mi bandeja, alzó sus oscuras cejas pobladas a modo de

pregunta. Con un gesto indiferente le ofrecí toda la mierda que descansaba en el plato. No podía comer. El ambiente se sentía de lo más incómodo.

Sórdido.

Brutal.

—Gracias, *hermano* —dijo Lalo con la boca llena mientras untaba el pan en el puré. Se le escurrió al hablar un poco de comida por las comisuras de la boca.

—¡Silencio! —vociferó un guardia con cara de perro y se dirigió a paso severo en nuestra dirección—. ¡Comed con el pico cerrado, animales!

Se paró frente a nosotros.

—¿Ahora no podemos hablar, capullo? —indagué enfrentándome a su mirada irascible.

Lalo fue a discutir, pero el funcionario se le adelantó. Enterró el puño en la mesa, se encorvó sobre mí e inquirió:

—¿Quieres pasar un mes entero en tu celda, las veinticuatro horas del día, gallito?

—¡Oye, pendejo! ¿Qué mierda está mal contigo? ¡Esto no es un puto campo de concentración! —

gritó un interno con acento mexicano que estaba a cuatro mesas de nosotros.

El guardia le hizo una seña a otro y este avanzó hacia el tipo que acababa de protestar. Le agarró el brazo con una mano y con la otra aplastó el torso del interno, contra la mesa, logrando que la bandeja se le volcara en los muslos. El reo gruñó e intentó defenderse, pero el oficial le retorció la muñeca. En un abrir y cerrar de ojos los internos, sintiéndose ultrajados ante semejante abuso de autoridad, se pusieron en pie y empezaron a agredir a los agentes. Lo que empezó como un ataque verbal se convirtió en una pelea de puñetazos, patadas y cabezazos.

Al notar cómo la sangre se me calentaba en las venas, fui a levantarme para unirme a la pelea, pero Lalo me sujetó por el codo y me arrastró hasta un rincón a la vez que sorteábamos los cuerpos tatuados que rebotaban de un lado a otro.

—Hoy —susurró con decisión—. Lo haremos esta noche.

—¡Deberíamos haberlo hecho hace dos días, joder!

—Tenía que ser hoy. —Sacudió la cabeza mientras un guardia de seguridad golpeaba con una porra a un preso que acababa de romperle la nariz—. Estamos a veinte de diciembre.

—¿Y eso qué más da?

Nos apartamos a una esquina cuando un chicano estuvo a punto de impactar contra nosotros. El fortachón se enderezó con los dientes apretados, escupió sangre por la boca y se impulsó hacia el

guardia, bufando como un toro descarriado.

—Viviana nos estará esperando esta noche. Está todo organizado desde que me metieron en la sombra. — Los gritos se oían a lo bestia mientras mi semblante se ensombrecía al analizar sus palabras—. Mi chica ha estado viniendo los veinte de cada mes. Es parte del plan. No me refiero a que ella viene a la trena, sino que ha estado aguardando en el lugar al que debemos dirigirnos hoy.

Me entraron ganas de pillarle por el cuello del mono.

—¿Y me lo dices ahora?

—Preferí no comentártelo porque te habrías puesto nervioso, como en este momento. Las ansias

te habrían jugado una mala pasada. No es bueno trabajar bajo presión. —Miró a nuestro alrededor y nos alejamos otro poco. Todos estaban centrados en darse de hostias. Pronto irrumpirían los refuerzos—. *Hermano*, yo también quiero irme de aquí. Me apetece ver a mi chica, cogerla, acariciarla, besarla... Incluso oírla parlotear de pendejadas mientras se contonea delante de mí y cocina sabrosa comida mexicana para dos. Pero debemos hacer esto bien o nos atraparán.

Respiré hondo.

—Tienes razón. Joder. Está bien. Dime cómo lo haremos.

—Estos cabrones apagan las luces a las diez en punto, pero todavía es temprano. El guardia aún estará bastante despierto; sin embargo, suele alternarse entre la primera y segunda planta cada media hora. Habrá un momento en el que me aproximaré a la puerta de mi celda y silbaré muy bajito. Debes estar atento porque no lo haré dos veces. Si no respondes, me largaré yo solo.

—Entiendo.

—Perfecto.

Nos quedamos callados.

—Va a funcionar.

Me miró por el rabillo del ojo y dijo:

—Más nos vale.

Unos brazos gruesos tiraron de mí a la vez que hacían lo mismo con Lalo. Los refuerzos ya habían puesto orden a la rebelión y se disponían a separarnos. Nos escoltaron hasta nuestras celdas y a otros cuantos los llevaron a la enfermería. Desde entonces había estado encerrado, ya que sirvieron la cena en el agujero. Ahora estaba tendido en la cama, con los ojos clavados en las sombras, mientras la impaciencia hacía estragos en mí, convirtiéndome en un monigote de pacotilla. Sin poder estarme quieto me erguí hasta quedar sentado y junté las manos a la altura del mentón antes de volver a acostarme.

Quizás Lalo ya se había marchado.

Quizás yo no le había oído.

Quizás...

El silbido de un pájaro atravesó el silencio.

Me enderecé como si tuviera un muelle en la espalda; agarré la esponja que hacía las veces de colchón y la coloqué cerca del retrete, debajo de la piedra. Mis movimientos eran mecánicos. Quité con rapidez todo el mejunje de los bordes, introduje mis dedos en los huecos y atraje la piedra hacia mi pecho. Pesaba como un puto elefante y emitía un agudo chirrido al rozar la pared. Cuando la muy jodida estuvo a punto de caer al suelo, mis brazos ejercieron de cuna y descendí poco a poco el torso hasta que la piedra tocó el colchón.

Una gélida brisa resbaló por mi rostro mientras mis iris chispeaban de adrenalina. El agujero que había frente a mí era espectacular, sombrío, casi acogedor. Sin pensármelo metí el cuerpo en el hueco y un segundo después, me hallé en el pasillo de mantenimiento que había detrás de las celdas. Al principio no logré ver una mierda, pero gradualmente mis ojos se fueron adaptando a la penumbra.

La estructura de la prisión hacía contraste con las tuberías, sucias y oxidadas, que se entrelazaban unas con otras como si fueran cientos de serpientes de hierro forjado. Las escaleras de servicio se alzaban al fondo, a la izquierda, donde terminaban el pasillo y la última celda del corredor mientras Lalo, con una mano en el muro, me miraba a los ojos y contenía una sonrisa.

—Esto es la polla.

—Parece de película, pero no podemos ponernos a hablar sobre esta magnífica visión —susurró antes de que echáramos a andar hacia las escaleras—. *Orale*. Bajaremos hasta el siguiente bloque.

Descendimos a buen recaudo. La humedad había deteriorado parte de la estructura, a pesar de ser relativamente nueva. A simple vista se podía apreciar que las paredes no eran tan sólidas como deberían, y que el óxido y la roña habían cubierto los conductos y los tubos que parecían no terminar nunca. El aire no se respiraba tan denso como en las celdas, pero cualquier ruido que hiciéramos se sentía amplificado en nuestros oídos.

No nos detuvimos ni un instante; en cambio, continuamos hasta aterrizar en el pasillo de la planta baja y trotamos hasta la entrada de lo que tenía toda la pinta de ser un pasadizo.

La puerta estaba cerrada.

—Hay más tramos de escaleras detrás de este bloque —explicó Lalo en voz baja mientras manipulaba la cerradura con el punzón que había traído consigo—. Debemos seguir así hasta alcanzar los túneles. Si salimos ahora llegaríamos al corredor y lo último que queremos es toparnos con los cabrones de los guardias de seguridad. Después, nos dirigiremos en dirección sur. —Curvó los dedos y masculló una retahíla de juramentos en castellano hasta que la puerta rechinó con un lamento—. Menuda suerte, *hermano*.

Nos internamos en el pasadizo. Las escaleras estaban en una esquina como en la segunda planta.

Mientras ponía un pie en el escalón, me pregunté qué horas serían. No disponíamos de mucho tiempo a nuestro favor, pues a las ocho en punto comenzaría el primer recuento y los guardias, apenas vieran que no nos encontrábamos en las celdas, darían la alarma y la noticia se propagaría como la espuma.

Pisamos tierra firme de nuevo.

—¿Qué coño es ese ruido? —pregunté al distinguir el sonido de un motor.

—Estamos en la zona de la lavandería —replicó Lalo, moviéndose hacia delante y hacia atrás como un cangrejo mareado—. ¡Mierda! ¡No logro situarme! —se quejó y las primeras gotitas de transpiración se acumularon en su frente—. ¿Dónde está el sur?

—La puerta de la derecha.

En total, Lalo abrió cinco puertas más. El último pasadizo era angosto, siniestro y había decenas de tubos anclados al techo. Habíamos corrido tanto que no parábamos de limpiarnos el sudor helado de la cara. Apestábamos a mierda de caballo y ese lugar apestaba de cojones también. Tras permanecer a un trote constante y enérgico, dimos con un gran conducto que conducía, nada más ni nada menos, a un túnel subterráneo.

Estábamos fuera de las prolongaciones de la trena.

—Continuaremos en línea recta alrededor de unos quinientos metros y después nos desviaremos

hacia la izquierda —dijo con una mueca torcida por el agotamiento. Inspiró hondo y tomó una buena bocanada de aire. El corazón nos iba a mil por hora—. Viviana estará un poco antes de llegar al río, atravesando Folsom Lake Crossing.

Cuando hizo amago de entrar en el túnel, lo inmovilicé agarrándole por la muñeca.

—Espera, maldita sea. ¿No te has detenido a pensar que quizás no haya venido Viviana? Han pasado meses desde la última vez que hablasteis. Tal vez ella se haya aburrido o...

—Ella se encuentra justo donde acordamos —me cortó sin ánimos de maquinarse otro plan por si

aquel no funcionaba. Sin embargo, frunció una ceja y por primera vez una expresión de preocupación alteró sus rasgos—. Viviana está esperándonos. Y no hablemos de pendejadas ahora, *mano*. No podemos atrasarnos.

De inmediato, su silueta se perdió en la oscuridad. Solté un gruñido y, sin más remedio, lo seguí de cerca. Apenas lo hice, se me cruzó una rata del tamaño de un gato. Ese lugar era mucho más húmedo que los pasadizos. Las paredes tenían moho y suciedad acumulada de varios años, y el suelo estaba a rebosar de agua procedente de las lluvias que habían inundado los alcantarillados, mezclado con la orina y las heces de los animales que abundaban allí. Estaba oscuro y resbaladizo por lo que no pudimos avanzar con celeridad. Y, además, la peste ácida de las aguas residuales aminoró nuestra marcha también.

A medida que los minutos se consumían en un reloj imaginario, los músculos empezaron a arderme en señal de fatiga. Tenía las articulaciones engarrotadas y me ensordecían mis propios latidos. Incluso los jadeos de mi compañero eran audibles a duras penas en mis tímpanos. Al darnos cuenta de nuestras

limitaciones, no nos quedó otra opción más que descansar un momento.

Parecíamos dos muñecos trémulos, sedientos y sudorosos con las prendas pegadas a la piel.

Me doblé sobre mí mismo, con las manos en los muslos, y noté cómo una rata mordisqueaba la punta de mi zapatilla en busca de carne fresca a la que hincarle el diente.

Le di un puntapié y un sonido acuoso chapoteó a mi alrededor.

—Continuemos —dije a los pocos minutos mientras me erguía con cierta dificultad.

Me temblaban las rodillas.

—Venga, vámonos —resopló Lalo a través de los dientes—. Porque si tengo que estar más tiempo aquí abajo, prefiero regresar al agujero de mi celda.

Nos obligamos a continuar, pero a veces tuvimos que parar durante dos o tres minutos antes de retomar la caminata. Fue duro. La mala alimentación de los últimos años, sumado a los vicios como el tabaco, nos hizo movernos como viejos sesentones. De súbito, nos sobresaltamos al percibir los primeros ruidos del exterior.

Estábamos llegando.

Estábamos a punto...

Colisioné contra la espalda de Lalo.

—Es aquí —anunció con un deje ansioso en la voz—. ¿No lo oyes?

Afiné el oído y anduve como si me hubieran embrujado. No lo había notado antes, pero se oía el vaivén de una suave corriente de agua que chocaba perezosamente contra la orilla. Nos hallábamos próximos al Río de los Americanos.

—Tiene que haber una alcantarilla por aquí —dije mientras trotaba sin esperarle.

Recorrimos media milla más hasta hallar lo que andábamos buscando. Lalo empezó a escalar como un endemoniado y yo hice lo propio tras él. Cuando empujó la tapa de la alcantarilla, esta emitió un quejido pesado y el aire frío de la noche nos absorbió hacia fuera. De pie, me situé codo con codo con Lalo y admiramos la visión.

Estábamos a unos cuatro kilómetros del trullo. Desde aquel parámetro se adivinaba el solar lleno de maleza y la carretera Folsom Lake Crossing, que se extendía frente a nosotros. Las estrellas refulgían en el cielo y las nubes negras, movidas por el viento, enfundaban la luna menguante. El lugar lucía desolado a aquellas horas tan tardías. El puente se jactaba en la distancia junto a los árboles solitarios mientras que el río se mecía con fingida serenidad bajo la estructura. No había ni un alma allí. Nada salvo un

camión blanco aparcado en el arcén con las luces apagadas.

Lalo me apretó el hombro y sonrió como un chaval de veinticinco años.

Yo me mantuve receloso como un hombre de cuarenta y dos tacos.

Como si hubieran advertido nuestra presencia, los focos del camión se iluminaron y la fiereza del motor invadió el silencio de la noche. Al ver aquello Lalo corrió hacia el vehículo. Yo opté por ser más precavido, pero a medida que me acercaba distinguí unas letras escritas en color fucsia con los bordes plateados en el lateral.

*La Latina.*

No pude contenerme. Me eché a reír a carcajadas a la vez que Lalo abría la puerta trasera, aguantándola con una mano para que yo entrara primero en el camión con doble fondo. Apenas el pomo hizo clic al cerrar, el vehículo se puso en movimiento.

Lalo y yo nos miramos.

Nos entendimos.

La libertad, al menos por el momento, estaba postrada como una ofrenda a nuestros pies.

—Hay una bolsa detrás de ti —dije con una risotada al verle lanzar silbidos de alegría, e incluso improvisó una ridícula danza meneando sus delgadas caderas. Lalo se giró sobre sí mismo con un guiño de ojo y recogió la bolsa del suelo.

Varias prendas masculinas quedaron a nuestro alcance.

—Cámbiate —dijo ofreciéndome unos pantalones deportivos color negro, una sudadera también

negra, una cazadora acolchada y unas botas más negras aún. Se desnudó mientras yo arqueaba una ceja y observaba las prendas arrugadas en mis manos—. Dame todo lo que llevas puesto. Me encargaré de esto más adelante.

Enarqué aún más la misma ceja.

—Ocultarnos no será un camino de rosas. Aquí empieza el verdadero dolor de huevos. —Pateé los pantalones sucios de agua, barro y mierda, y me puse los deportivos. Hice lo mismo con lo demás

—. ¿Tu chica ha comprado esto para mí?

Lalo metió la ropa inmunda en la bolsa.

—Eh, no, es ropa mía. No te importa, ¿cierto? —Antes de que pudiera contestar, añadió—: Nos detendremos pronto. No hay casi tráfico a estas horas, así que... —Dejó a medias la frase y se sentó en el suelo.

Hice lo mismo, pero mi mente no paró de joderme. La sangre se me agolpó con súbita brusquedad en la

cabeza, mareándome. «Demasiadas emociones», pensé. Cerré los párpados y apoyé

la nuca hacia atrás. Mi destino no podía ser más incierto.

Lalo y yo no volvimos a articular palabra. Cada uno estaba ocupado en sus pensamientos, paladeando la libertad a su manera. Pero, de súbito, un brusco frenazo me hizo abrir los ojos. Lalo se levantó alarmado y me hizo un gesto para que no hablara. Me coloqué en cuclillas. Oí un par de voces en el exterior, luego hubo un poco de movimiento y después nada. Lalo contuvo la respiración al tiempo que mis pulmones parecían estar en medio de un ataque de ansiedad. Pero al cabo de un minuto el camión aceleró de nuevo y nosotros volvimos a respirar con normalidad.

Veinte kilómetros después y una interminable agitación mental, el vehículo se detuvo por completo. Me puse en pie, con las manos en los bolsillos, a la vez que percibía el sonido de la portezuela del conductor abrirse de par en par seguido de unos segundos de silencio que fueron interrumpidos por unas manos maniobrando en la palanca de la puerta trasera. Cuando aquella persona consiguió empujar la puerta, tirando con ímpetu de ella, un rostro casi angelical se asomó con timidez.

Viviana tenía la apariencia de una niña pequeña, frágil y muy hermosa. El pelo suelto y lacio con las puntas onduladas, color negro con destellos azulados, le llegaba un poco más abajo de la curva de su redondeado trasero. Sus ojos eran marrones y estaban ocultos por unas gafas de pasta oscura, que le conferían un aspecto aún más inocente. Era una mujer preciosa. No debía de medir más de un metro sesenta. La combinación perfecta para un tío como Lalo.

Él apenas vio que Viviana le sonreía colorada cruzó en dos zancadas la distancia que había entre ellos, la tomó por debajo de las axilas y la levantó llevándola consigo, como si una pluma pesara más que ella, cerrando la puerta en el acto.

La risa de Viviana sonó suave, cándida y melosa, pero Lalo aún no estaba por la labor de escucharla. Se besaron con una pasión que no había visto en mucho tiempo. Unos cuatro años, más o menos. Quizás Lalo aún no lo supiera, pero estaba enamorado de Viviana hasta los huesos. Y ella también de él. Los dos estaban hechos el uno para el otro. Lo sentía. Yo también había sentido esa misma desesperación, la tortura de necesitar a alguien hasta la muerte, la sensación de libertad al saber que el sentimiento era recíproco y que la otra persona notaba lo mismo cosquilleándole la piel.

Por un momento me abrumó una sacudida de envidia combinada con un pinchazo de pesadumbre

en el corazón. Pero no fue hasta que el inicial magreo subió de tono que me aclaré la garganta y ellos se rieron con los labios aún sellados.

Lalo me miró sonriente mientras Viviana ocultaba su rostro ruborizado en el cuello de su chico.

—Zack, *hermano*, ella es mi novia. —Viviana le rodeó la cintura con los brazos y le oprimió con fuerza las costillas. Era evidente que nunca antes la había presentado como «su mujer». *Cielo, ¿por qué no me traes lo que te pedí para él?* —le habló en castellano.

Ella accedió pese a que no quería despegarse de él. Me miró de reojo, se bajó del camión y nos dejó a solas.

—Tienes que decírselo —dije sintiendo una constricción en el pecho y un torbellino amargo en las papilas gustativas. Seguía sin gustarme sentir aquello. Jamás me acostumbraría. Jamás podría eliminar aquella impresión de mi sistema—. Hazlo. Nunca se sabe cuándo puedes perder a la persona que amas.

Lalo esbozó una sonrisa babilónica.

—¿Y qué sabes tú del amor?

Hice una mueca que rebozaba amargura.

—No mucho. —Por eso sigo solo, pensé—. En serio, no seas gilipollas o puede que venga otro cabrón más valiente que tú y se la lleve delante de tus narices.

Prefirió cambiar de tema.

—Estamos en San Francisco. En el puerto. Nos separamos aquí.

Me reí desganado.

—¿Qué quieres decir con «nos separamos aquí»?

—Lo que digo es que... —calló cuando su novia se reunió con nosotros y se situó a su lado. Lalo respiró hondo y soltó el aire de golpe—. Hay un barco pesquero, zarpará en quince minutos y tú te vas con él. Eso es lo que quiero decir.

Se me revolucionó el corazón.

—Dirás que vamos, en plural.

Viviana alzó el rostro hacia Lalo, y él la arrimó a su costado como si quisiera protegerla.

—Me temo que esta vez no habrá dos por uno, *hermano*. —Sonrió con melancolía, o eso me pareció a mí que no entendía el hilo de la conversación—. Nosotros nos quedamos en Estados Unidos, al menos por una temporada.

Sacudí la cabeza con el ceño fruncido.

—Os atraparán.

—No lo harán.

—Ya lo han hecho antes.

—Eso no es del todo cierto. —Fui a protestar porque ese no era el jodido pacto que teníamos, aunque en realidad no habíamos hecho ninguno—. No te preocupes por el trabajo. Eso sigue en pie y también tendrás un hogar. Viviana ha atado algunos cabos sueltos. ¿A que sí, cielo?

—Todo está en orden —aseguró ella con suavidad. Me miró unos segundos antes de volcar su interés en Lalo—. Le están esperando.

Apreté los dientes.

—¿Quiénes? —pregunté, pero esos dos tortolitos estaban tan compenetrados que ella entendió lo que tenía que hacer. De debajo del suéter, Viviana sacó un revólver envuelto en un pañuelo negro.

Me lo entregó, y yo acepté con desconfianza.

—Espero que no tengas que usarlo —dijo Lalo apuntando el arma con el mentón.

—No prometo nada. —Meneé la cabeza, sintiéndome perdido. El trullo no era el lugar más idílico para pasar el resto de tus días, pero no saber lo que te deparará el futuro tampoco era agradable.

Estaba solo, en cuanto amaneciera sería tachado de fugitivo otra vez, no tenía donde caerme muerto y tampoco sabía en qué negocios me involucrarían—. Este no era el plan. ¿Adónde coño iré?

—Por ahora al barco. Tengo un amigo que te situará a bordo. Se llama Ray. Tú hazle caso en todo. Él se encargará de ti y te dará las instrucciones que necesites cuando lo vea oportuno. Creo que os llevareis bien. Ray tampoco es muy hablador. Ahora vete, *hermano*.

Con la garganta cerrada, me guardé la pistola en la parte trasera del pantalón.

—¿Por qué no me comentaste que no vendrías conmigo?

Lalo se alejó de Viviana y se paró frente a mí.

—Porque no hubieras querido mover tu maldito trasero fuera de la celda. Por favor, no actúes como un pendejo y vete ya —dijo y entonces se quedó mudo. De repente, me agarró por la nuca, me atrajo hacia él y nos fundimos en un abrazo que duró dos segundos contados—. Vive. Vuela. Comete errores; aunque no muchos. Pero no olvides empezar a vivir como si no hubiera mañana.

Lo escuché en silencio, más confuso e incómodo que en toda mi puñetera existencia.

Di un paso hacia atrás y me dirigí hacia la puerta.

—Cuidaos. No os dejéis atrapar por la policía —les dije a modo de despedida, pero antes de salir a la noche miré a la pareja por encima del hombro—. Ya que conocéis mi próximo paradero, espero que me hagáis una visita.

Lalo miró a Viviana con una tierna sonrisa y aunque dijo lo que yo quería oír, o más bien lo que necesitaba oír en ese momento, supe que estaba mintiéndome.

—Algún día.

Como si estuviera a punto de caer por un barranco, me desplazé hasta el único barco que tenía pinta de

zarpar en menos de cinco minutos. Un tío enorme, cuadrado y con una gorra de lana negra en la cabeza, me recibió con un saludo de barbilla.

Era el tal Ray.

No cabía duda.

Estaba franqueando la pasarela cuando me detuve en seco y eché un vistazo hacia atrás justo a tiempo de ver cómo un hombre mayor, encapuchado y también vestido de negro, se subía al camión a la vez que las siluetas de Lalo y Viviana se mezclaban entre las sombras, bajo el brillante firmamento de San Francisco.

Ray se encargó de hacerme hueco en un camarote que utilizaban para guardar kits de medicina y otros trastos viejos. Disponía de una cama pequeña y un baño compartido, y no tenía autorizado subir a la cubierta. Ese tío me lo dejó claro desde el principio. «Tu sitio está en el camarote, debes comer en el camarote y entretenerte en el puto camarote también», me había explicado entre gruñido y gruñido.

Fue la primera vez que le oí hablar tanto.

La marea nos arrastró hacia algún destino desconocido para mí. Aquel sitio no era muy distinto a estar encerrado en una celda, por lo que tenía bastante distorsionada la noción del tiempo. Había recién amanecido cuando el dicharachero de Ray me trajo un montón de ropa que otros pescadores

habían abandonado meses atrás, para que viera si alguna de las prendas era de mi talla. Como regalo, me facilitó una gorra muy parecida a la suya, de los NBA Lakers.

Pasaron más horas.

Sin apenas contacto humano.

Hasta que una mañana Ray apareció de nuevo en mi cuarto y me dijo que lo acompañara. Subimos

en silencio el tramo de escaleras y, por primera vez, me encontré en la cubierta. El océano se balanceaba delante de nosotros mientras la marea colisionaba contra el rompeolas. El cielo lucía azul con algunas nubes blancas y otras más grises, las cuales formaban inverosímiles dibujos en lo alto, como si fuéramos parte de un lienzo. El sabor a sal resucitó mis aletargados sentidos.

—¿Cuánto tiempo ha pasado? —pregunté con seriedad mientras me aferraba a la barandilla y me inclinaba un poco hacia delante, gozando del panorama.

—Tres días —respondió Ray a la vez que veía cómo cuatro hombres guardaban unas redes.

Eso quería decir que toda Norte América ya me estaba buscando.

*De puta madre.*

—¿Dónde estamos?

Ray frunció el ceño.

—Sígueme.

Nos desplazamos hasta su camarote y allí me proporcionó un macuto para que metiera las prendas que quisiera llevarme conmigo. Tanto secretismo me tenía hasta la mismísima polla, pero por fortuna aquella misma tarde llegamos a donde fuera que estuviésemos. Lo supe cuando la jeta de Ray se plantó en mi pequeño cuartito, agarró la bolsa del suelo y me la lanzó al regazo. Lo asesiné mentalmente, recogí lo poco que tenía a mano y subí los escalones en cuanto atracamos.

El puerto estaba congestionado de gente, grúas y contenedores. Varios barcos se arremolinaban a lo largo del muelle mientras que otros seguían en alta mar. Los pescadores entraban y salían descargando cajas con mercancía, barriles sellados y otros materiales.

Elevé la mirada hacia el cielo. El sol se alzaba con prepotencia. Hacía calor. Me limpié el sudor de la frente con el dorso de la mano hasta que Ray me miró con fastidio y continuó andando sin más.

Sus pisadas eran tan enormes como sus bíceps duros, donde tenía dos sirenas lésbicas tatuadas en colores vivos. Enmudecidos, nos precipitamos hacia la parte de atrás del puerto hasta ubicarnos enfrente de una furgoneta gris.

—Sube.

—Estás de coña.

—La verdad es que no.

Y se deslizó al volante.

Froté mi rostro húmedo con ambas manos. Esa mierda me tenía frustrado. No me gustaba depender de tantas personas a las que no conocía de nada y que además poseían serios problemas con la comunicación verbal. No obstante, me acomodé en el asiento y cerré la puerta de un empujón. Ray ya se había abrochado el cinturón y tenía puestas unas gafas oscuras y los auriculares de su mp4 en los oídos, por lo que no escatimó en acelerar y condujo mascullando las canciones que se reproducían en el aparato.

La carretera estaba concurrida, pero no tardamos en alcanzar una pista privada sin nadie más que un par de funcionarios y unos cuantos vehículos de carga estacionados. Ray redujo la velocidad de un frenazo. Se bajó, me indicó que hiciera lo mismo y caminamos hacia un hombre cincuentón, que estaba de pie al lado de un avión de dimensiones medianas, blanco con líneas negras y amarillas.

Se sacó los auriculares.

—Quédate aquí —farfulló antes de ponerse a hablar con aquel desconocido, que se limitó a asentir ante las palabras de Ray, mientras yo echaba una ojeada a mi alrededor.

Fue entonces cuando atisbé al piloto dentro del avión, maniobrando y toqueteando botones e interruptores, con unos cascos sobre su calva y lustrosa cabeza.

Ray retornó a mí.

El desconocido se sumó a su compañero en el avión.

—No entiendo nada.

—Mi misión no es que lo entiendas. —Ray metió una mano dentro de su camisa de manga corta hasta pillar un sobre de papel reciclado. Me lo entregó y yo lo recibí con los ojos entornados—.

Ábrelo una vez que estés en el aire.

Levanté los brazos cuando me dio la espalda.

—¿¡Eso es todo?! —grité con los músculos comprimidos.

Me observó por encima de su ancho hombro.

—Sí, eso es todo.

—Dime en qué puto país estoy. —Y no era una petición.

Ray lo sabía, pero aun así se lo pensó durante lo que me pareció una eternidad.

—Panamá.

—¿Y de quién es este avión? ¿Pertenece a los tipos con los que iré a trabajar?

—¿De quién si no? —preguntó con burla antes de volver a acomodarse los auriculares en sus puntiagudas orejas. Se instaló en la furgoneta y aceleró a una velocidad de vértigo.

Maldije un millón de veces y eché una mirada al avión que seguía con la puerta abierta y las escaleras bajadas. *Me cago en mi vida.* Entré allí y me quedé paralizado en el pasillo. No era nada del otro mundo. Los cuatro asientos de los pasajeros eran minúsculos y las ventanillas, más pequeñas que las que había en los aviones convencionales.

Mientras los expertos terminaban de ponerse manos a la obra, coloqué la bolsa a mis pies. Me abroché el cinturón y persistí atento hasta que cerraron todas las puertas y oí algo así como

«Preparados para el despegue», lo cual sucedió con un áspero zarandeo que me erizó el vello de los brazos y apuró mi ritmo cardíaco.

Una vez que tomamos suficiente altura rasgué el sobre y leí en silencio la carta.

*Hermano,*

*En este momento debes de estar a miles de kilómetros de los jodidos Estados Unidos de la jodida Norte América. Lo sé. También estarás confuso, encabronado, incluso con ganas de usar el revólver que, recuerda, no debes empuñar. Aguántate, carajo. No seas impaciente. Me encantaría decirte cosas,*

*pero es peligroso que haya información deambulando por ahí, ¿no crees? Ray es un buen tipo, con un poco de mala onda, eso sí. Me debía un favor personal que ya me he cobrado contigo, así que no la cagues. Espero que esto haya valido la pena. Ah, no hables con nadie. Mantén la boca cerrada. La llave que ves es para cuando llegues a tu nuevo hogar. Confío en que te gustará. Es un sitio bonito.*

*Encontrarás trabajo, pero, mientras se concretan algunos asuntillos, ahí tienes unos cuantos dólares para empezar. Te servirán mientras tanto las cosas van tomando forma. No puedo decirte más.*

*Lalo.*

*Posdata: destruye esta mierda. Y no la jodas.*

Con un gruñido recogí los doscientos dólares de Lalo, me guardé la llave que había caído sobre

mi regazo, rompí la carta e intenté no joder las cosas, al menos durante las siguientes horas. El vuelo duró una jodida eternidad. En algún momento del trayecto se me cerraron los párpados y cuando los abrí otra vez, había anochecido y volábamos bajo. Aterrizamos en algún punto recóndito para llenar el depósito con combustible. Estaba lloviznando. Nada que ver con el clima caluroso de Panamá.

El piloto desapareció por pocos minutos dentro de una cabina en donde colgaba una cortina roja

del techo mientras su compañero se entretenía cambiándose de asiento. El piloto regresó con un vaso humeante de café y me lo ofreció. Se lo agradecí con una inclinación de cabeza mientras él, en un imperfecto inglés, me explicaba que en la mini cocina había sándwiches y *snacks*. No tardamos en despegar de nuevo.

Tras picotear algo, mear a gusto y estirar las piernas, caí preso de los brazos de Morfeo. Cuando me desperté, fue a causa de unos vigorosos vaivenes y ya era de día. El cielo se había camuflado de diversas tonalidades pasteles, el sol brillaba con fuerza y el calor penetraba en el avión. A medida que avanzábamos, hubo fuertes turbulencias en algunos tramos que me hicieron sudar aún más. Se sentía como si el avión fuera a desplomarse de un momento a otro; sin embargo, a la media hora se dispusieron a comenzar el descenso.

Mientras lo hacíamos, miré por la ventanilla. El océano se explayaba debajo de nosotros y la forma de una isla se dibujó en la distancia. No podía adivinar dónde nos encontrábamos, pero era evidente que nos hallábamos a miles de kilómetros de Panamá y otros cuantos más de los Estados Unidos. El piloto dio un par de vueltas para tener un aterrizaje decente en una pista menos amplia que la anterior. Cuando tocamos tierra, las ruedas rechinaron expulsando humo debido al contacto contra el asfalto, y nos detuvimos con algo de esfuerzo.

El piloto persistió callado la mayor parte del tiempo salvo para murmurar unas cuantas indicaciones por la radio antes y durante el aterrizaje. Se quitó los cascos y, a continuación, me miró interrogante mientras su compañero terminaba de apagar los botones.

—Ven conmigo —me dijo en su inglés mediocre.

Me eché el macuto al hombro. Bajamos del avión y nos montamos en una camioneta, aunque antes

el hombre tuvo que sobornar a un funcionario que nos exigió que le mostráramos nuestra identificación.

En cuanto vio el dinero, sonrió como un lelo. Nos alejamos de la pista aérea, y contemplé los letreros que iban emergiendo en la autopista. No estaban escritos en inglés ni en español, sino en portugués.

Hora y media más tarde me maravillaba con el voluminoso brote de montañas mientras nos adentrábamos en un municipio, el cual estaba rodeado de mar y de casas blancas con techos de color ladrillo. El conductor esquivó la bella y exótica localidad a la vez que la playa de arenas limpias y aguas cristalinas surgía a nuestra izquierda.

Nos inmovilizamos delante de una casita de dos plantas ubicada en una cala. Había palmeras por doquier, aunque el sitio estaba bastante aislado de la urbanización.

El tipo no apagó el motor. De inmediato, entendí el gesto, así que me bajé sin rechistar y él desapareció cuesta abajo. Agotado y sin nada que perder, ascendí los pocos peldaños que conducían a la casa y entré usando la llave que me había entregado Lalo.

La vivienda era bonita y sencilla. Paredes de colores neutros, demasiados fríos en comparación con la belleza de la zona, y suelos de madera. La salita de estar estaba justo al lado del salón donde había un ventanal con vistas al mar. A la izquierda estaba la cocina independiente con encimera de granito blanco y negro y armarios empotrados de madera oscura. La escalera de caracol llevaba a la segunda planta. Subí los escalones y descubrí una única habitación. La principal. Dentro relucían un escritorio y una silla a juego colocados junto a otra ventana desde donde también se dominaba el mar.

Por último, quedaba la cama de matrimonio y una puerta cerrada que supuse que era el baño.

Solté una agridulce exhalación, arrojé el macuto al suelo y me desnudé. Me dolía todo y aún tenía esa molesta sensación de estar flotando en el aire, meciéndome a su antojo. Tras estirarme sobre la cama, adornada con sábanas amarillas, el único color que le proporcionaba algo de vida a la deprimente decoración de la casa, me tapé los ojos con el brazo derecho y reflexioné sobre todo lo que había sucedido en los últimos días.

Era libre. Me encontraba en un lugar paradisíaco. El aire se respiraba puro otra vez y tenía una casa mucho más acogedora que la que había poseído en Seattle. Sin embargo, no me sentía feliz ni satisfecho. Aquel vacío demoledor no había aminorado ni una décima. Aún me faltaba algo para sentirme completo. O más bien a alguien para dejar de sentirme enjaulado en los recuerdos.

Daba igual que no estuviera en la cárcel.

Estaba muerto.

Jodido.

Con los ojos colmados de lágrimas, dejé caer mi brazo sobre el colchón y cerré los párpados mientras sentía aquella dolorosa necesidad de volver a tenerla a mi lado, fantaseando con acoger su calor y notar la devoción en su mirada, aunque fuera una última vez.

Solo una vez más.

Me quedé frito pensando en ella.

Me desperté intentando eliminarla de mis pensamientos.

Estiré los brazos y, tumbado como un holgazán, observé el paisaje a través de la ventana. Había amanecido hacía rato y la fetidez a sudor seco se había tornado insoportable. Bostezando y rascándome el vientre, fui hacia el cuarto de baño. Giré el grifo de la ducha, meé con una tranquilidad sublime y me puse a abrir armarios. No había mucho de nada, así que agarré el envase de gel corporal y el champú y me metí debajo de la alcachofa. Mis músculos se aflojaron casi al instante.

Una vez que volví a sentirme como persona, me anudé una toalla alrededor de la cintura, pesqué el cepillo de dientes que había en un vaso de cristal y cepillé mi dentadura. Me veía limpio otra vez, pero debía arreglarme esa barba de negligente, pensé mientras me miraba en el espejo. Chasqué la lengua y regresé a la habitación. Apresé el revólver enredado en la maraña de prendas sucias, crucé el espacio hasta el escritorio y deposité la pistola sobre la superficie. Fue entonces cuando reparé en una carpeta con separadores y varios archivos dentro.

Arrugué la frente y empecé a investigar los folios, percatándome de que debería haberlo hecho apenas puse un pie en aquella casa. Mi corazón empezó a latir con ferocidad mientras pasaba página tras página con el dedo índice. ¿Qué coño era eso?, me pregunté con la mandíbula tensa. De repente, mi cuerpo se puso rígido de pies a cabeza cuando el nombre Benicio Velázquez me abofeteó en la cara. Sin embargo, el siguiente nombre me dejó aún más anonadado. El mío.

Zack Cassidy.

No podría explicarlo, pero lo sentí en mi organismo. Saboreé la amenaza en la atmósfera. El instinto de supervivencia se revolvió en mi interior, como una lombriz retorciéndose en la tierra húmeda y fresca del bosque.

Decidido a enfrentarme a quien estuviera detrás de mí, capturé mi pistola y le quité el seguro.

Pero antes de que tuviera tiempo de voltearme, con el arma apuntando hacia el frente, ya me habían acorralado. No fui lo suficientemente rápido.

Me falló la respiración cuando unos ojos oscuros con decenas de estrellas azules me atravesaron como dagas mortíferas la piel a la vez que su fría y pálida mirada se fundía con la mía. Me quedé de piedra, sin habla, mientras contemplaba cómo apoyaba lentamente su cadera en la puerta y me miraba de una manera única, desafiante y amenazadora, glacial y ardiente a partes iguales, como lo era ella.

Como siempre lo había sido.

Como nunca había dejado de serlo.

*Linda.*

28

**Linda**

*Jueves, 25 de diciembre de 2014*

*Tarrafal, Isla de Santiago, Cabo Verde.*

Los latidos de mi corazón vibraron exaltados en mi pecho apenas me detuve delante de la puerta principal mientras mi respiración se revelaba contra mí y me hacía perder el equilibrio. A duras penas logré sostenerme contra la madera cuando mi cuerpo se estremeció y me sentí vapuleada por un millar de escalofríos, tan violentos y arrogantes como el hombre que se encontraba a pocos metros de mi posición.

Su presencia lo abarcaba todo.

Él estaba en todas partes.

Él era lo único que seguía siendo real.

El viento acunó algunos mechones sueltos de mi cabello, que tenía sujeto en una cola de caballo casi deshecha. Miré hacia el cielo, intentando hallar restos de valentía en mí, pero el desaliento aún me abrumaba. Las nubes se habían teñido del mismo color que la destrucción, cargadas de cólera contenida, y estaban siendo arrastradas por un ente invisible que ensombrecía poco a poco la ciudad.

Incluso la naturaleza parecía notar la crueldad que brotaba de todo su ser.

Respiré fascinada el aroma de la inminente tormenta a la vez que maniobraba con la llave en la ranura. Los inestables cimientos de mi vida volvían a columpiarse bajo mis pies, burlándose de mí, pero antes de que pudiera meditar sobre mis acciones me encontré dentro de la casa, con la espalda apoyada en la puerta. De inmediato, se me cargaron los ojos y un suspiro salió de mis labios.

Incluso después de tantos años aún reconocía su embriagadora esencia natural, que me caldeó de una manera alarmante, como si me estuviera acariciando con sus ásperas manos, con la misma exigencia de uno de sus besos.

No pude aguantarme más. Fui hacia las escaleras, hecha una bola de nervios, pero pugué por controlarme y ascendí hasta la planta superior con una lentitud exasperante, sin hacer ruido. Al ver que la puerta del dormitorio estaba abierta, mi corazón se volvió aún más inquieto. Las ganas de correr hacia la oscuridad que él interpretaba a la perfección, materializada en ser humano, se intensificaron. Sin embargo, al descubrirle de espaldas a mí, todo se tornó denso, caliente y abstracto, con un toque agridulce condensándose en la atmósfera.

Un agudo dolor colisionó contra mi vientre al percibir las heridas mal cicatrizadas en su piel; algunas eran rosadas mientras que otras habían adquirido un tono violáceo repulsivo. El pelo le había crecido aún más, lo que le daba un aire salvaje e infalible. Sus hombros se habían ensanchado y sus músculos parecían haberse solidificado como el caparazón de su alma. Incluso de espaldas transmitía un porte agresivo, mucho más peligroso y curtido que hacía cuatro años. No obstante, aquello quedó en un segundo plano cuando sintió mi presencia tras él, se giró con el revólver en la mano y apuntó a mi cabeza, listo para matarme.

El mundo pareció desplomarse a nuestro alrededor, sin llegar a rozarnos, cuando nos miramos a los ojos. Aguanté la respiración. En ese momento me di cuenta de lo enferma que estaba porque mientras

me sorprendí a mí misma deseando infiltrarme en sus pensamientos más perversos, no logré advertir ni un resquicio del hombre despiadado que habitaba en su interior, ni al monstruo, ni al asesino, sino a él.

Solo a él.

Solo a Zack.

—¿Vas a dispararme como yo lo hice contigo? —pregunté con voz insensible, aunque por dentro estaba temblando entera, descansando la cadera en la puerta.

Zack no bajó la pistola, sino que se limitó a mirarme con la mandíbula tensa. Ya no quedaba mucho del hombre de treinta y ocho años que conocí en la prisión. El tiempo y la fatiga se evidenciaban en las arrugas que surcaban su rostro. El paso de los años enfilaba cada una de sus bellas facciones y de sus rasgos imperfectos. Se veía agotado, quizás algo débil y vulnerable, pero seguía siendo Zack. Sus ojos multicolor, ardientes y profundos como los abismos del infierno, no habían cambiado. Aún desprendían calidez; aún eran magnéticos, pecaminosos y atrayentes como un imán. Sus ojos infinitos como el océano seguían siendo mi perdición, mi equilibrio y el pecado más dulce que había probado nunca.

Su nuez de Adán subió y bajó al tragar saliva.

—Debería —dijo con un gruñido mientras seguía apuntándome con la pistola.

Ahí estábamos de nuevo, mirándonos con expectación, tan próximos y tan distantes como al principio, como la primera vez que nos vimos, como si el tiempo hubiera retrocedido y los últimos años no hubieran existido jamás. Pero no era así. No podíamos engañarnos. Zack había envejecido.

Era quien era y quien siempre sería, quien me recordaría la maldad que habitaba en el mundo.

Él era mi oscuridad.

Y yo también había cambiado. Ya no era esa mujer de veintiocho años, la que tenía siempre la sartén por el mango, el control de su ordenada y rutinaria existencia. Ya no tenía los mismos sueños, pero sí las mismas pesadillas. Zack era quien las provocaba y el único que podía hacer que desaparecieran.

La vida nos había endurecido a los dos por igual, se había cobrado hasta el último aliento de nuestra inocencia, pero aún había luz entre tantas sombras; un rayito tenue pero poderoso, cegador como el amor, como lo que yo sentía por él.

Me aparté un mechón de pelo de la cara y me lo coloqué detrás de la oreja. Sus ojos siguieron el movimiento de mi mano derecha. Un segundo después, se posaron en la izquierda y por último en mi rostro. Estaba buscando mi anillo de casada.

Algo dentro de mí se encrespó de manera dolorosa, pero me obligué a caminar hacia él. Cuando

el revólver tocó la tela de mi camiseta, Zack se exigió serenarse también y descendió el brazo, pero no soltó el arma. Una intensa presión se instaló en la zona central de mi pecho. Mi pulso aumentó de ritmo, siguiendo el compás del rabioso oleaje, cuando sentí la corriente de electricidad que nos unía como nudos invisibles. Notaba la energía que irradiaba su cuerpo desnudo, y ni siquiera nos estábamos

tocando. Era enfermizo.

Estimulante.

Vital.

Queriendo escapar de sus iris penetrantes, me fijé en las páginas desperdigadas sobre el escritorio y leí mentalmente la primera línea. Era una breve descripción que había escrito sobre Zack. Una pequeñísima parte de lo que había aprendido de él, aquello que me había asustado y por muy maniático que resultara, que me había cautivado por completo.

«Desalmado. Violento. Astuto. Cruel. Inteligente. Sanguinario. Rudo. Agresivo. Inclemente.

Implacable . »

Y me quedaba corta.

—Tenías razón... —dije toqueteando las puntas de las hojas y retornando mi mirada hacia la suya, que no había dejado de observarme—. Logré terminar la tesis.

Él era el último criminal en mi estudio; el que ponía punto y final a una etapa de mi vida.

—¿Te has divorciado? —me preguntó con la voz ronca, dolida.

Me conmovió su desesperación.

—Algo así.

—¿Con quién?

Esbocé una sonrisa triste. ¿Cómo explicárselo sin derrumbarme como creía que estaba a punto de

hacer? ¿Cómo decirle que mi vida había cesado el día que nuestros caminos se separaron? Que sin él era incapaz de respirar sin sentir que me ahogaba. Que su ausencia terminó por volverme loca, en una razón sin sentido, en una desquiciada que cometió una locura mucho mayor que enamorarse perdidamente del asesino de sus padres.

Se me resquebrajó la voz al hablar.

—Con el pasado.

Zack no reaccionó ante mi declaración. Y yo no pude evitar bajar la cabeza y encogerme cuando

el primer trueno estalló en el cielo gris. La lluvia empezó a llenar nuestro silencio. Le oí exhalar a través de los dientes, y su aliento me acarició la piel. El calor que emitía su cuerpo encendió mi sangre, me despertó de mi perpetua somnolencia y me hundió en una espiral de sensaciones vivaces.

De repente, mis latidos se interrumpieron y luego bombaron a toda prisa la sangre cuando Zack

situó el revólver debajo de mi barbilla y levantó mi rostro hacia él. La pasión había oscurecido su mirada. Separé un poco los labios ante el sinuoso y frío contacto del arma sobre las comisuras de mi boca, como si de un beso tímido se tratara. Sabía que la pistola seguía sin el seguro puesto, pero me sentía más a salvo que nunca con él.

Zack continuó descendiendo el lateral del revólver, primero por mi cuello y por mi clavícula, para luego concluir en el nacimiento de mis pechos, con una templanza que me hizo aferrarme al borde del escritorio con las yemas de mis dedos.

—Explícamelo, Linda —me pidió en voz baja.

—Es una historia un poco larga —susurré también en el mismo tono.

Sonrió de medio lado. Y yo creí que me echaría a llorar al ver esa sonrisa tan hermosa de nuevo.

—Supongo que tengo algo de tiempo.

Respiré hondo. Era hora de exponer mis secretos, aunque tenía pavor a las consecuencias.

—El día del juicio me ofreciste una oportunidad. —Se crispó al igual que yo cuando nuestras mentes nos transportaron a aquella mañana llena de sufrimiento—. Y yo la acepté. Fui muy egoísta.

Permití que cumplieras condena por algo que no hiciste. Casi me odié tanto como te odiaba a ti por haber dicho que me violaste, pero lo hice porque sentía que me merecía algo mejor que todo el dolor que me habías causado y que no me dejaba vivir. —El revólver tembló en sus dedos y una cortina de desolación acudió a sus ojos—. Entonces tú ingresaste en prisión y yo intenté seguir con mi vida. Te juro que lo intenté. —Me reí sin ganas. Fue una risa trémula y torcida—. Tardé mucho en reunir el coraje suficiente para amontonar mis pedazos y tardé muchísimo más en pegar cada pieza para procurar repararme a mí misma, pero cuando lo logré y contemplé aquel boceto terminado, me di cuenta de que había algo que no encajaba. —Lo miré por encima de mis pestañas húmedas. Las lágrimas habían empezado a caer por mis pómulos, pero yo no las notaba—. Estar sin ti no encajaba.

Al oírme hizo amago de acercarse, pero se detuvo y me miró con congoja.

—Vendí mi apartamento —continué antes de que se me trabara la lengua—. Cuando la familia de

Angy se enteró, me reclamaron su parte del dinero. Yo no quería entrar en disputas, así que les di la mitad y me marché con lo puesto. Ese no era mi hogar. No podía permanecer allí. Esa casa me consumía... —susurré—. No tracé ninguna ruta mientras conducía hacia ningún destino en concreto.

Quizás esperaba encontrarme por el camino. La verdad es que no lo sé. No hay ninguna explicación.

Solo sé que cuando apagué el motor y observé la mansión que había en la calle de enfrente... —me interrumpí un momento—. Nunca imaginé que me escudaría detrás de una persona como él. Era miércoles cuando me colé como una delincuente en la casona, saltando la valla de hierro como lo habíamos hecho tú y yo. —Recordé con melancolía—. Pero Tom, el Nene, no estaba solo, a pesar de que no se celebraba ninguna de sus fiestas raras. Me topé con una señorita que iba algo colocada, cuarenta años más joven que él, abandonando a paso inestable el despacho y limpiándose los muslos con una toallita higiénica.

—¿Qué tiene que ver ese tío en todo esto? —masculló la pregunta justo al tiempo que otro trueno fustigaba el aire.

—Él es la razón por la que hoy yo esté aquí.

Su pecho se infló al tomar una brusca bocanada de oxígeno.

—No lo entiendo.

—Me acogió en su casa. Apenas me vio supo por qué me encontraba allí. Me dijo que podía quedarme en la habitación que quisiera y que hablaríamos mañana. ¿Te haces una idea de cuál habitación escogí? — Esbocé una sonrisa con algo de esfuerzo—. Le hice caso porque me sentía fatigada. En aquel entonces Benicio aún estaba en la cárcel. Como es lógico, yo temía estar metiéndome en camisa de once varas, pero Tom era el único que podía ayudarme. Al día siguiente él notó mis recelos, aun sin haber abierto la boca. Estaba nerviosa, a punto de largarme de allí, cuando empezó a explicarme que ya no trabajaba para Benicio y que hacía meses que lo había dejado. Claro que esto último Benicio no lo sabía. El Cártel de Sinaloa llevaba tiempo planeando deshacerse de ese psicópata.

—No te detengas ahora, Linda —me pidió cuando callé.

—Estaban hartos de sus tonterías, que se creyera superior a todos, y no deseaban seguir perdiendo dinero a costa de sus sanguinarias decisiones, pero la policía se interpuso en su camino. La sentencia que le dieron fue corta. El Nene dijo que no fue una coincidencia, ya que el Cártel quería que Benicio permaneciera lo mínimo entre rejas. Mientras Benicio entraba en prisión, el nuevo trabajo que le encomendaron a Tom fue desbloquear todas las cuentas que existieran, o que él tuviera conocimiento de su existencia, a nombre de Lucero Velázquez y otros nombres falsos que había usado Benicio durante las últimas décadas. Tom era quien manejaba la mayoría de los asuntos clandestinos de ese infeliz, quien enviaba el dinero a los paraísos fiscales y quien compraba bienes con títulos de empresas fantasmas para que el Cártel y los federales no pudieran encontrar el dinero, por lo que no tardó mucho en hacer su deber. Además de eso, también tuvo que blanquear una cantidad obscena de billetes sin levantar sospechas en la policía o en algún aliado de Benicio que pudiera darle el soplo durante su estancia en la cárcel. Su fin era definitivo.

—¿Y qué te pidió Tom que hicieras? —preguntó poniéndose en lo peor.

Él, desde pequeño, había aprendido que nada era gratis en *nuestro* mundo.

—Fui yo la que le pedí que hiciera algo.

Me miró como si le estuviera hablando en una lengua antigua.

—¿Qué fue lo que le pediste, Linda?

Tenía que decírselo. Era todo o nada. Y con Zack nunca habría término medio.

Me acerqué a él y pude apreciar los erráticos latidos de su corazón.

—Tu libertad.

Hubo un enorme silencio entre nosotros.

—No sé qué decir... —dijo con el rostro contraído, dando un paso hacia atrás—. No sé qué pensar.

Solté un suspiro y apoyé la parte baja de mi espalda contra el escritorio. Debía continuar para que Zack lo entendiera.

—Me alegré muchísimo cuando Benicio murió... —reconocí en un susurro—. Lo celebré en

silencio mientras veía las noticias. Sin embargo, pronto comprendí que la vida había sido muy justa con él y muy injusta con otros. Habría sido peor que el Cártel lo hubiera desplumado, que hubiera tenido que mendigar o que le hubieran dado la espalda. No habría sobrevivido ni un día. Y mucho menos en silla de ruedas. Benicio codiciaba el poder, que le adoraran como un dios de la guerra.

Pero su vida terminó donde tenía que terminar, a fin de cuentas. Mi repentina felicidad duró pocos segundos al ver que nada de lo que me rodeaba era como antes. Mi vida seguía siendo como no quería que fuera y nadie me traería de vuelta lo que había perdido. Lo único que me quedaba, y que podía hacer por mí misma, era progresar. Pero ¿cómo hacerlo si sientes que cada día te avejentas más y más? —Lo miré un momento, pero tuve que bajar la vista cuando un nudo me apretó la garganta—. Estaba muerta por más que respirara y tú eras el culpable de que me sintiera así. Cuando cerraba los ojos, te veía a mi lado. Cuando los abría, tú seguías apareciendo en mi mente. Sin Benicio de por medio, creí que aquel círculo vicioso se cerraría de una vez, pero no fue así. Sigue abierto. Y

tú eres el único que puede cerrarlo. El único que puede completarme. El único que le da sentido a lo que soy. —Me limpié las lágrimas mientras oía el repiqueteo de la lluvia que había empeorado en los últimos segundos—. Le pedí ayuda a Tom. Para mi sorpresa, no me hizo preguntas; al contrario, maquinó un plan sin permitir que me entrometiera en sus asuntos. Estuve más de dos años viviendo en Las Vegas, primero en su casa y luego de alquiler. Esperando a que fuera el momento adecuado.

Una sonrisa se dibujó en mi cara al recordar a Tom contándome anécdotas de los hermanos Cassidy; dos hombres tan iguales y tan distintos a la misma vez. John era tranquilo, risueño y mucho más centrado que su hermano, como el día atrapado en la noche, mientras que Zack era agresivo, las ganas de pelear las llevaba en la sangre, él era la noche atrapado en su propia oscuridad. Dos almas que habían sido arrastradas a un mundo lleno de violencia e injusticia, pero que uno de ellos había querido escapar de todo eso mientras que el segundo se había rendido a vivirlo. Eran como la vida y la muerte. Y la muerte siempre ganaba.

—¿Qué sucedió después?

Su voz me distrajo de mis pensamientos.

—Tom me dijo un día: «Lanza un rumor y verás como todos se lo tragan, aunque sea un bulo y no

se molesten en indagar si es cierto o no». Benicio había hecho eso; había lanzado rumores sobre sí mismo clamando que era invencible, intocable, que quien se enfrentara a él saldría con los pies por delante. Así que nosotros divulgamos rumores sobre mí, arriesgándonos a que tú cometieras alguna estupidez. —Busqué sus ojos para que me enfundaran valor, pero me emocionó verlos cegados de lágrimas que se negaba a derramar—. Lo... lo siento. La verdad es que nunca he estado en Nueva York. Nunca he vivido

en Dakota del Norte ni he conocido a ningún hombre. No me he casado ni tengo hijos. —Empezó a temblar con tanta vehemencia que pensé que me estrangularía por haberle

mentido de esa vil manera, pero en cambio se situó frente a mí para que estuviéramos más cerca—.

Sólo fueron rumores. Eran necesarios para que todos pusieran la mirada en otro sitio, para que creyeran que lo nuestro había acabado en tragedia y que así quedaría, para que pensarán que no me encontraba en los Estados Unidos; que me había olvidado de ti.

Permanecimos en silencio. Su mente estaba trabajando a toda velocidad, sacando conclusiones.

—Conocí a un tío en la trena. Se llama Lalo. Hemos estado meses planeando cómo escapar... —

calló al percibir la verdad en mi mirada.

—Lalo forma parte del plan. Tengo que reconocer que ese chico no me gustó ni un pelo al principio, pero Tom aseguró que era perfecto y, ya ves, no se equivocó. Le ofrecimos una cantidad considerable de dinero para que se dejara apresar por la policía. La mercancía que llevaba en la furgoneta no pertenecía a ningún Cártel, nos la prestó la brigada antidroga de sus almacenes, quienes también recibieron un buen pellizco. No tardamos en ponernos de acuerdo sobre cómo intervenir en la prisión. Lalo es un experto, aunque es bastante joven y está como una cabra, y tenía claro lo que debía hacer para ayudarte, pero no pudimos actuar con la rapidez que yo ansiaba, pues habríamos llamado la atención de las autoridades. Hay mucha corrupción en la policía y en las cárceles, incluso dentro del mismísimo FBI, pero también hay personas que son decentes y están al acecho de soplones. —Me enderecé para que pudiera sentirle aún más—. Ojalá no hubiera tenido que mentir tanto. Me ponía histérica cada vez que me enteraba de que te habías metido en una pelea, que pudieras salir lastimado. —Exhalé con agobio. Estaba demasiado silencioso—. Han sido los cuatro años más largos de toda mi vida.

Negó con la cabeza como si algo no le terminara de cuadrar.

—Sigo sin entender por qué un hombre como Tom se arriesgaría a ayudar a un hijo de puta como

yo.

Me encogí de hombros.

—Le encantan las historias de amor, pues él nunca ha tenido una. No sabe lo que es amar a alguien, ni siquiera a un familiar. Creció sin una familia y sin un lugar al que llamar hogar, y morirá sin ambas cosas también. La mansión no le llena. El lujo no le da la felicidad, solo cubre la soledad que lleva sintiendo desde que tiene uso de razón. —Se me achicó el corazón cuando las palabras de Tom resonaron en mi cabeza, la ansiedad que había manifestado mientras me confesaba sus miedos

bajo la luz de las tintineantes velas de su casa—. Me dijo que había hecho mucho mal en su vida y que quería hacer algo bien antes de morir. Su memoria tan privilegiada empezó a deteriorarse poco antes de que yo me mudara aquí, hace unos siete meses, y sabe que irá a peor. Él pronto entrará también en la categoría «prescindibles» y el Cártel de Sinaloa no dejará cabos sueltos.

Callé.

Zack continuó enmudecido durante agonizantes segundos, con los ojos radiantes de sentimientos.

—Dime algo, por favor... —supliqué porque ya no aguantaba más esa tortura de no saber qué pensaba al respecto.

—Creí que te había perdido para siempre.

Yo también había pensado lo mismo, muchas veces.

Tomé con delicadeza su rostro entre mis manos y me arrimé a él.

—Siempre me has tenido, incluso cuando parecía que no —susurré trazando con mis dedos las comisuras de sus ojos, las arruguitas a los lados de sus labios y las que enmarcaban su frente también. Era un hombre hermoso, mucho más que antes—. Habría derrumbado la prisión entera con

tal de sacarte de allí.

Mi confesión fue la gota que colmó el vaso.

El revólver cayó con estrépito al suelo cuando Zack, como un animal, se abalanzó sobre mí. Su

boca abordó la mía mientras me agarraba por la nuca para que nos fundiéramos en un mismo cuerpo.

Temblé. Él también tembló a la vez que me separaba los labios con su lengua, para poseerme como había extrañado tanto. En ese momento ni él era un criminal ni yo era una mujer atormentada por los recuerdos y las pesadillas. Sólo éramos dos núcleos que se precisaban, que se entendían y que se amaban como nunca imaginaron que amarían.

Nuestras lenguas se enlazaron entre ellas mientras de vez en cuando sus dientes me mordían y me arrancaban varios gemidos de desesperación. Enredé mis dedos en su pelo aún salpicado de agua y seguí disfrutando del ardor de sus besos, ansiando aferrarme a ellos con mis labios. Besarle era como besar a la vida, como coquetear con la muerte. Zack representaba ambos conceptos para mí, él era una droga que me hacía querer más, anhelarle como la primera vez que me besó, cuando sin saberlo solo nos teníamos el uno al otro.

Gruñó en mi boca.

Ese sonido fiero me humedeció entre los muslos.

Sus manos deshicieron mi coleta y mis mechones quedaron liberados de la goma,

desmoronándose en cascada. Me tiró un poco del pelo, me inclinó la cabeza hacia atrás e introdujo más su lengua en mi boca, para seducirme con sus fascinantes y febriles caricias. El beso, sin previo aviso, se tornó más desesperado y profundo, y sentí un cosquilleo sexual en las entrañas; sobre todo cuando descendió sus manos por mi espalda hasta llegar a mi trasero cubierto por unos pantalones de pitillo, y me alzó al aire. Le rodeé la cintura con las piernas y me dejé llevar hacia la pared más cercana para que me acomodara en ella.

Como si necesitara comprobar que yo era de carne y hueso, me levantó un poco la camiseta y me

arañó la espalda para marcarme. Me arqueé contra su boca y pellizqué su labio inferior. Lo que estábamos viviendo era mucho más intenso que la primera vez que nos tuvimos. Me eché hacia atrás y lo miré a los ojos, que aún estaban entornados. Me enterneció comprobar que había regueros de humedad en sus mejillas, aunque no sabría decir si eran debido a mis lágrimas o quizás a las suyas.

—Te he echado tanto de menos... —Acaricié cada ángulo de su rostro a la vez que me deleitaba con la sensación de su tacto y de sus dedos, que recorrían los trazos de sus uñas en mi piel—. Creí que moriría antes de que pudiera verte una última vez.

Su boca se curvó en una lenta sonrisa.

—No antes que yo, ¿recuerdas? —Cogió mi mano y me regaló un beso en el centro de la palma.

Solté un sollozo y lo abracé con todas mis fuerzas. Quería fundirme con él. Quería quedarme así para siempre. Él era mi consuelo, quien conseguía que la soledad se evaporase. No nos movimos durante varios minutos. Yo lloré en silencio y él siguió abrazándome, sosteniéndome para que no me hundiera, hasta que su voz me devolvió a nuestro volátil presente—. No me merezco esto. No me merezco esta segunda oportunidad. No te merezco, Linda.

Tenía razón. No podía negarlo. En el fondo Zack debería estar muerto, pagar como había hecho

Benicio, pero ¿cómo estar a favor de esa atrocidad si yo misma no había podido matarle cuando tuve la ocasión? Aquello sería suicidio.

Si él moría, yo moriría con él.

—Pero yo sí. Merezco ser feliz y solo contigo puedo serlo. —Cuando no respondió, lamí la piel

de su cuello y no pude evitar cerrar los ojos al empaparme de su calor. Justo ahí era donde quería estar por el resto de mis días, aunque tuviéramos que ir contra viento y marea o contra el mundo entero—. Tú eres todo lo que conozco. Todo lo que quiero conocer. Mi principio y mi fin.

Alzó mi barbilla con su mano.

Sus ojos eran dos llamas peligrosas.

—No soy bueno para ti.

No era una advertencia ni una amenaza, sino una promesa. Un compromiso a largo plazo o tan largo como el destino nos lo permitiera. Uno que no me aseguraba una vida fácil ni llena de colores, sino una vida en la que tendríamos que combatir los dolorosos recuerdos que albergaban nuestros corazones, una en la que tendríamos que vencer nuestros demonios más horribles, e incluso luchar contra nosotros mismos.

Sellé aquel juramento con mis palabras.

—Lo sé.

Frunció el ceño.

—¿Es que no lo entiendes? No tengo nada que ofrecerte. —Observó la habitación pobremente decorada —. No tengo nada. Solo doscientos dólares y un montón de problemas.

—Eso también lo sé. —Agachó la cabeza como si le pesara que lo aceptara sin condiciones, pero elevé su barbilla como él acababa de hacer conmigo. Los dos estábamos tratando de ignorar el tema, una herida que seguía rajada y que aún sangraba un poco. Una que debíamos cerrar y que solo nosotros podíamos hacer que cicatrizara. Sin embargo, nunca sanaría del todo y quizás, de vez en cuando, nos escocería la piel—. Te perdono —afirmé. Cuatro años era bastante tiempo para dejar reposar la rabia, para canalizar el dolor y aprender a remitirlo. Zack cerró con fuerza los ojos y endureció la mandíbula—. Te he perdonado hace mucho, Zack.

Respiró hondo antes de juntar nuestras frentes.

—Ojalá pudiera deshacer lo que hice aquel día. Ojalá no hubiera sido yo. Ojalá no hubieras tenido que pasar por todo lo que has pasado.

—No, Zack... Si este es el precio que tengo que pagar para estar hoy así, contigo, entonces volvería a pasar por cada una de esas amargas situaciones. —Lo besé en los labios hasta que entornó los ojos y me miró con infinita adoración, con un amor especial, no puro, pero sí muy especial—.

Aún no entiendes que me enamoré de ti siendo malo y moriré amándote de esta manera también.

—Quizás no pueda cambiar.

—Ya veremos. —No quería presionarle, pues entendía que estuviera inquieto. A mí también me había costado lo mío. Ya no ejercía la psicología forense. Hacía poco había empezado a trabajar en una institución en conjunto con otros psicólogos, donde tratábamos a adolescentes con problemas familiares. Era algo así como una mediadora entre ellos y sus padres. Yo les ayudaba con sus temores más ocultos, esos que no podían compartir, y ellos me echaban un cable para seguir perfeccionando mi portugués—. Tenemos tiempo.

En cierto modo lo teníamos. El Gobierno Estadounidense no podía hacer nada respecto a él.

Tenían las manos atadas, pues no había extradición en Cabo Verde con Estados Unidos. La Interpol no movería ni un dedo para localizar a Zack, teniendo en cuenta los costes y el papeleo que aquello suponía. Y aunque lo hicieran y lo localizaran, no podrían traerle de vuelta a América. Nos acecharían, eso sí, aguardarían a que cometiéramos algún error o a que saliéramos del país. Pero tendrían que pasar por encima de mí para que llegaran hasta él.

Me agarró fuertemente por la nuca, casi palpando el dolor.

Lo miré con fijeza.

—Antes de conocer a Lalo me importaba una mierda mi vida. Creo que nunca me ha importado lo suficiente —dijo atravesándome con sus ojos y sus palabras sinceras—. Cuando oí que te habías casado, te odié por que hubieras podido seguir sin mí. Pero no podía recriminártelo. Te mereces mucho más de lo que yo te pueda dar. —Me aproximó a él. Creí que me estrecharía entre sus brazos, pero me detuvo a la

altura de su boca. Nuestros labios se rozaron cuando murmuró—: Te pertenezco, Linda. Ahora y siempre. Incluso mucho antes de que aparecieras en mi vida. Te necesito para vivir.

Para respirar. Nada tiene sentido sin ti. Nunca lo ha tenido. Solo desde que te conozco le he empezado a temer a la muerte. Te necesito. —Entrecerró sus ojos mientras volvía a decir con un susurro ronco —: Te necesito.

Lo besé con todo el amor que había estado reservando para ese momento, aunque nunca imaginé que sería justo el día de Navidad. La mañana anterior había recibido una llamada de la institución diciendo que uno de los chicos se había puesto muy nervioso. Tuve que quedarme toda la tarde y toda la noche hablando con él, procurando calmarlo sin que sus padres se entrometieran y se pusieran a discutir a gritos. Pero estar con Zack era el mejor regalo que podrían haberme hecho. Lo amaba de una forma animal, primitivamente desgarradora.

Amaba al hombre y también a la bestia.

La lluvia empezó a oírse más estridente, como si estuviera en sintonía con nuestras respiraciones agitadas, con nuestros suspiros y nuestros jadeos de liberación. De repente, Zack caminó hasta la cama y me tendió con delicadeza sobre ella. Me sacó la camiseta y el sujetador, y continuó besándome desde el vientre hasta mis labios, abandonando vagas caricias por mi cuerpo, venerándome.

—No voy a romperme —dije con un gemido contra su boca húmeda de mi saliva.

Sonrió y se incorporó para deshacerse de la toalla. Fue entonces cuando vi mejor las heridas en su abdomen y en su pecho, las cicatrices de las balas que yo misma había disparado y otras que él se había buscado en la cárcel. El siniestro tajo en la parte baja del estómago. Y el tatuaje... con el número diecisiete; el dígito que nos serviría de recordatorio para que no olvidáramos quiénes éramos y de dónde veníamos. Pero también lo que me ayudaría a entender que nadie puede escoger a quien amar. Es imposible. Simplemente sucede el día menos pensado, en el momento más inoportuno, y está en nosotros afrontarlo de la manera que más feliz nos haga, sin que nos afecten las opiniones ajenas.

Algo abstraída, toqué las cicatrices de las balas, pero Zack atrapó mi mano y trenzó nuestros dedos antes de recostarse sobre mí.

—Quiero hacer esto bien.

—No pretendo que cambies. Ni espero que lo hagas, Zack. —Le di un tímido beso en el tatuaje para que viera que se lo decía en serio; que ese demonio no superaría mi amor por él—. Te amo con todas tus imperfecciones. Te amo a ti. Solo a ti.

Un gruñido refulgió de su garganta.

Rodeó mi cuello entre sus palmas y me besó con la rudeza que hacía de Zack un hombre adictivo y único. Terminó de desnudarme con apuro y ansias, y me acarició de un modo que rozaba el dolor para luego aliviarme con un simple roce de sus dedos. Era alarmante experimentar aquello. Sentir que se me comprimía el corazón y que un segundo después me hiciera sentir completa; que mi vida y la suya

conectaban entre sí, que me había encontrado a mí misma y que después de casi treinta y tres años extraviada en la soledad por fin tenía un hogar.

En cuanto me tuvo suplicándole, mojada y emitiendo ruiditos de placer, me penetró de una firme

estocada. No fue delicado. Sin embargo, yo tampoco quería que lo fuera. Lo que quería era arder con él. Ser solo suya y que él fuera solo mío. Fingir que lo demás no existía. Que nosotros éramos lo principal y el resto era lo secundario. Perderme en la eternidad de sus ojos mientras estaba dentro de mí, para luego hallarme cobijada en sus brazos. Saber que él estaría ahí para mí, para cuando me cayera; tenderle una mano cuando él tropezara con sus errores y también con los míos.

Me aferré a su espalda con las uñas y me arqueé al notar cómo me inundaba su calor. Él también

permitió que la pasión controlara el ritmo. Y de pronto el éxtasis nos caló profundo y fuimos barridos por la vehemencia de nuestros sentimientos, con los cuerpos jadeantes y temblorosos.

Cuando volvimos a ser nosotros mismos y no un amasijo de sensaciones placenteras y lujuriosas,

mi vista empezó a enfocarse pesadamente hasta que nos descubrí cara a cara, con nuestras cabezas sobre las almohadas y nuestros rostros relajados, en paz, enredados en viejas sábanas amarillas.

Como en mi sueño.

Zack era mi sueño.

Ya no había dolor.

Pestañeeé sorprendida cuando alargó una mano hacia mi rostro y secó con su pulgar una lágrima

que acababa de resbalar por mi mejilla. Su tacto fue tan delicado que me hizo sonreír con amplitud.

Aquella fue mi primera sonrisa de verdad. La primera de muchas. Él también sonrió y entrelazó nuestros dedos situándolos sobre su corazón.

Nuestra imagen se me grabó a fuego en la memoria.

Me sentía feliz.

Plenamente.

Y así fue cómo poco a poco fuimos creando nuevos recuerdos, juntos y de los dos, renunciando

al pasado pero sin borrarlo, viviendo el día a día como si fuera el último. Con la isla de testigo. Con todas y cada una de nuestras heridas. Con nuestros corazones magullados, que se necesitaban para seguir latiendo. Con nuestras almas ya no tan marchitas, ya menos dañadas y más fortalecidas.

Solo él y yo.

Siempre nosotros.

Y nuestro amor indestructible.

## Epílogo

*Presente.*

El mar meciéndose a un ritmo tranquilo me hace esbozar una alegre sonrisa mientras me llevo la taza de café a los labios. Es una visión hermosa, magistral y cautivadora, pero no tanto como el hombre que está instalando un par de tumbonas en nuestra parcela que enfila a la cala con sus rocosos salientes.

Los días posteriores a nuestro encuentro fueron intensos en todos los sentidos. Zack y yo no estábamos dispuestos a derrochar nuestro tiempo en cosas banales, así que empezamos desde el minuto cero a compartir todo aquello que no habíamos podido. Nos besamos durante horas, nos disolvimos en cálidos abrazos mientras yo me dejaba caer sobre su firme erección y luego, una vez satisfechos y fatigados, nos quedamos hablando hasta las tantas, con la luna admirándonos desde la ventana.

Esa misma noche, mientras él dormía desnudo, me levanté de la cama y boté los archivos de mi tesis a la basura, como también la pulsera que me había regalado mi tía Emma, pues no me apetecía que esa parte de mí fuera también parte de mi nuevo yo.

Zack es lo único que quiero en mi vida. Y yo soy todo lo que él necesita para vivir.

Pero no todo fue un camino de rosas. Habituarlos también fue difícil, sobre todo para él. Tras unas cuantas semanas disfrutándonos el uno al otro, le mostré mi lugar de trabajo. Las chicas más problemáticas babearon sin ningún disimulo por Zack apenas lo vieron entrar en el centro, con gafas oscuras, camiseta negra y vaqueros raídos. Los padres que estaban con sus hijos lo miraron con desconfianza mientras que los chicos, tan rebeldes como sus compañeras, quedaron fascinados con su tatuaje a la vez que le preguntaban qué significaba y amenazaban a sus agobiados progenitores que ellos se tatuarían uno similar en cuanto salieran de allí.

Yo me había encogido de hombros ante tal revuelo de hormonas e insubordinación. Puede que Zack sea un hombre maduro, pero aún es atractivo a rabiar. Continúa viéndose sumamente peligroso e inspira recelos a los más adultos.

Pero a pesar de que aquella situación fue todo un éxito, en solitario aún tenemos batallas que librar. Por ejemplo, el asunto de las pesadillas, que siguen desvelándome por las noches. Nunca han desaparecido y tampoco creo que lo hagan. Aun así, los sueños con forma de muerte son más llevaderos teniendo a Zack a mi lado. Cuando suceden, él se encarga de despertarme y decirme entre susurros que estoy a salvo de los monstruos que manipulan mi mente. Y lo hace de distintas formas. A veces me abraza hasta que abro los ojos. En otras, me besa hasta que le respondo perezosamente.

Pero el método que a mí más me gusta es cuando une nuestros dedos mientras le noto pegado a mi espalda, rodeándome con sus brazos, o con su cuerpo en general, y me susurra un dulce y profundo:

«Te necesito».

Esa es su manera de decirme que me ama, aunque lo nuestro va mucho más allá del amor.

Zack fue descubriéndose a sí mismo también. Aprendió lo mínimo de portugués, aunque con frecuencia se pone a charlar en inglés, ya que el municipio es una zona altamente turística en época de verano, y se dio cuenta de que le encanta montar y desmontar piezas, hacerlas funcionar y ser partícipe de esa transición. No me sorprendió que hallara empleo tras hacer migas con un tipo que no tiene ninguna pinta de ser legal. Se llama Diogo, y administra una famosa empresa náutica donde construyen embarcaciones a todo lujo en Tarrafal, las cuales son vendidas al mejor postor, sobre todo a multimillonarios de diversos países.

Yo, a pesar de mis sospechas, he preferido no indagar mucho hasta qué punto esos negocios pasan por las redes de la Ley, o si lo hacen de puntillas. Aun así, me consta que Zack no ha usado el revólver que mantiene guardado como un tesoro debajo de la almohada de nuestra cama, pero tampoco me cabe ninguna duda de que empuñará el arma y matará a quien ose interponerse entre nosotros. Y también estoy bastante convencida de que yo no se lo impediré, pues lo amo demasiado para permitir que alguien intente separarnos.

Un día, meses después de nuestro reencuentro, me alarmé al hallar correspondencia en nuestro buzón. Lo cierto es que no tenemos contacto con nadie que no viva en Tarrafal. Estamos aislados de nuestro pasado, aunque nos enfrentemos cada día a él. Como Zack aún no había llegado a casa, rasgué el sobre marrón y tras curiosear el contenido, entendí que aquello iba dirigido a Zack. Él entró al cabo de una hora y, apenas percibió mi expresión, supo que había sucedido algo.

Se acercó a mí con preocupación.

—Es para ti —le había dicho mientras le entregaba el sobre.

Me miró con los ojos entornados.

—¿Qué coño es esto?

—Ábrelo.

Sin esperar más, sacó lo que había dentro. Sus rasgos se endurecieron un momento antes de que se suavizaran otra vez. Sus labios perfilaron una alegre sonrisa. Aunque no había ninguna palabra escrita, los dos sabíamos a quién pertenecía la ecografía que sostenía Zack entre sus dedos. Desde que llegó a Tarrafal, había estado muy preocupado por lo que le podría haber sucedido a su colega mexicano de quien no habíamos tenido noticias, hasta entonces. Esa ecografía era la manera que tenía Lalo de decirnos que Viviana y él estaban bien, pero también era su forma de decirnos adiós. De sellar otra etapa de nuestras vidas pasadas.

Gracias a Lalo y sus silenciosas intenciones, comprendí una verdad que no sabía que me estuviera agobiando en silencio. Ocurrió mientras Zack y yo nos encontrábamos sentados en el sofá, cenando, viendo una película en blanco y negro. En una de las escenas los protagonistas empezaron a bailar y a reírse a carcajadas, pero al notar que Zack me estaba mirando con el ceño fruncido desvié la vista de la pantalla y le pregunté en voz baja:

—¿Qué pasa?

—Tú y yo nunca hemos bailado.

Situó el plato sucio en la mesita de centro.

—Eso es fácil de solucionar. —Alcé repetidas veces las cejas a modo de invitación.

Resopló entre dientes.

—No se me da nada bien... —confesó acariciándose la barbilla. Aquel día llevaba la barba recortada, como en la prisión, pero el pelo lo sigue teniendo largo y alborotado—. Es que... me he dado cuenta de que nunca hemos hecho nada de lo que hacen las parejas normales, o lo que les gusta a las mujeres normales.

—Yo no me he quejado. —Me puse en pie y extendí una mano hacia él. Con un suspiro la aceptó y se levantó también—. Y ya te he dicho que yo no soy muy normal.

—Lo hago fatal, que conste —advirtió con una mueca y me estrechó contra su pecho.

Pasé mis dedos por sus mechones y lo besé en los labios, que se abrieron de inmediato para mí.

Nuestras lenguas jugaron mimosas durante mucho más tiempo del que tenía en mente, por lo que creí que acabaríamos follando en el sofá, tal como había sucedido el día anterior. Zack sonrió contra mi boca como si hubiera tenido el mismo pensamiento y se distanció lo mínimo de mí mientras los dos aspirábamos nuestros alientos empapados de la creciente lujuria.

Nuestros ojos se descubrieron y, en respuesta, mi corazón latió mil veces más deprisa.

—¿Sabes? Una vez tuve una amiga... —dije con una mezcla de tristeza y añoranza en la voz.

Incluso ahora, aunque ya ha pasado algún tiempo, la sigo extrañando muchísimo. Siempre lo haré—.

Se llamaba Angy. Ella siempre solía decir que debemos disfrutar de la vida porque es demasiado corta, que si no nos arriesgamos, nunca sabremos lo que podría haber sucedido; que si alguno de nuestros planes no funciona a la primera ni a la segunda, quizás lo haga más adelante. —Hice una pausa cuando aquel dolor tan familiar me punzó por dentro y, luego, observé a mi hombre, que acariciaba mis mejillas con sus pulgares—. Yo tampoco soy muy buena bailarina, pero podemos aprender juntos.

Respiró hondo.

—Yo también tenía un amigo —dijo con la garganta cerrada—, que se estaría descojonando de mí

al verme titubear tanto por hacer algo tan estúpido como mover un poco los pies y las caderas. Y un hermano que hace rato te hubiera arrastrado a la pista de baile.

Hablar de ellos nos dolía, todavía nos duele demasiado, pero también resulta enriquecedor hacerlo porque ellos siempre persistirán en nuestra memoria.

Nos abrazamos y empezamos a movernos con pequeños y tímidos vaivenes. Cuando sentí que las lágrimas estaban bajo control, caminé hacia el sofá para apagar el televisor y encendí el reproductor de

música desde mi ordenador. La melodía de un piano inundó el espacio, y la sensual y erótica voz del cantante nos susurró muy bajito.

*Si quieres que te escuche, susurra.*

*Si quieres que corra, sólo camina.*

*Envuelve tu nombre en encaje y cuero.*

*Te oigo. No necesitas hablar.*

*Permítenos cometer mil errores,*

*porque nunca aprenderemos.*

Sonreí al escuchar *My obsession* de Cinema Bizarre y, a continuación, me giré sobre mí misma y regresé hacia Zack, a paso lento. En cuanto lo alcancé, tomó mi mano entre la suya y me dio una vuelta para luego estrechar su atlético cuerpo contra el mío. Me eché a reír al tiempo que nos balanceábamos al compás de la canción, dejándonos seducir por las letras, sintiéndonos como en casa.

Completos.

Realizados.

—No es tu culpa, Linda —comentó bruscamente.

Me estremecí cuando dio en el clavo con el motivo de mi preocupación.

—Y tampoco tuya.

—Quizás no sea de ninguno de los dos.

Suspiré con pesar.

—¿Estaría feo si admitiera que no me importa no poder tener hijos? ¿Que te quiero solo para mí?

—Casi ansié poder esconderme cuando se quedó pensativo durante infinitos segundos.

Zack exhaló pesadamente y, entonces, murmuró:

—A mí tampoco me importa. —Su respuesta me hizo apretar los ojos por el alivio que me embargó.

Es cierto que no me importaba, sigue sin hacerlo, pero lo que sí me preocupa es que el destino no quiera que seamos padres, por alguna siniestra razón. Me aterra que nos puedan distanciar otra vez, que estemos siempre tan vigilados y que ronden helicópteros en Tarrafal todos los días cuando eso no es común. Cada vez que oigo ese tormentoso zumbido en el aire, me echo a temblar de miedo.

Zack y yo no somos idiotas. Sabemos que la Interpol ha dado con nuestro paradero. Llevamos meses en su radar. Siempre estaremos atrapados en sus sistemas. Nunca seremos libres.

La isla se ha convertido en nuestra prisión. Nuestro amor, en los cimientos que la mantienen a flote.

—Todo está bien, Linda. No te preocupes —dijo Zack a la vez que me besaba en la coronilla en un intento por apaciguar mis inquietudes—. No va a pasar nada. Te lo prometo.

Nunca sé si debo creerle o no, pero afirmé con la cabeza y me tragué la desazón que me oprimía

la garganta. La canción terminó, pero volvió a reproducirse en modo automático. Aparcando a un lado los pensamientos negativos, decidí deleitarme con aquella canción que tanto me recuerda a nuestra historia.

—La letra me recuerda mucho a nosotros —musité.

—¿Sí? —inquirió en tono jocos—. A ver..., voy a prestarle más atención.

El cantante nos cantó con más fuerza.

*Tú eres mi obsesión.*

*Mi fetiche. Mi religión.*

*Mi confusión. Mi confesión.*

*Lo único que quiero esta noche.*

*La pregunta y la conclusión.*

*Tú eres, tú eres, tú eres...*

*Mi fetiche tú eres.*

Sentí su pecho vibrar por la risa mientras buscaba mis labios y me besaba de esa manera que me

hacía temblar por dentro. Le clavé las uñas en las costillas y me arrimé más a él. Gemimos. Antes de apartarse de mí, lamió mis labios con una sutil lengüetada y acunó mi rostro entre sus manos. Me miró a los ojos.

—Eres mi obsesión, Linda.

Él también es mi obsesión.

Quizás todo lo relacionado a nosotros lo sea.

Sonrío con cara de enamorada cuando el recuerdo empieza a despejarse poco a poco de mi mente.

Coloco la taza en el friegaplatos y miro a través de la ventana. La mañana ha amanecido bastante calurosa y la espalda desnuda de Zack me invita a unirme a él. No lo dudo y salgo al exterior sorteando la estructura de la casa hasta dar con unos peldaños no muy bien contruidos. Desciendo con prudencia la escalinata y cuando llego a una superficie plana, me paralizó al vislumbrar los apasionados ojos de Zack, que me observan con fijeza.

Esboza una de sus sonrisas pícaras, de medio lado, cuando una ráfaga de viento menea mi falda y se me ve hasta el alma.

Refunfuño con regodeo.

—Han quedado genial —le digo mientras reduzco la distancia que hay entre nuestros cuerpos.

—Ya no se volarán, aunque haga un tiempo pésimo. —Zarandea el reposabrazos de una de las tumbonas, que no se mueve pues está enganchada a la roca—. Ahora podremos tener un poco de diversión al aire libre.

Pongo mis brazos alrededor de su nuca y ejerzo una mínima presión sobre sus labios. Zack, en cambio, cuela sus dedos en mi melena y tira un poco de mis mechones para dominar el beso.

—No sé qué haría sin ti... —susurro contra su boca, con un poco de tristeza en el timbre de mi voz.

Él desliza sus palmas hacia mi columna y me acaricia en un gesto tranquilizador.

—No quiero verte tan preocupada, Linda. Hemos tenido un año y medio fantástico, ¿no crees? —dice pugnando por convencerme de que sigo siendo demasiado paranoica.

—Lo sé... —murmuro con un gemido ahogado—. Pero es que no quiero que nada cambie entre nosotros.

—Y no lo hará —asegura, pero el murmullo de un helicóptero, que vuela por encima de nuestras cabezas, hace que me agite de miedo. El ruido me atenaza el corazón. Exhalo un suspiro tembloroso y me agarro a él hasta que me duelen los músculos. Como si me entendiera, Zack me proporciona pequeñas caricias en el cuero cabelludo mientras dice cerca de mi oído—: Todo seguirá como hasta ahora. Pero si por obligación tuviera que haber un final definitivo para nosotros, elegiría este preciso momento, contigo a mi lado, abrazados y con la brisa templando nuestros rostros, sintiéndonos libres a nuestra manera, aunque todo sea una ilusión momentánea, con el mar y nuestro hogar a nuestras espaldas. —Elevo mi mirada hacia él y Zack me besa con dulzura en los labios—. No hay

final en el que tú no estés, Linda. ¿No lo ves? Te necesito cada día un poco más. Lo que siento por ti siempre aumentará. Siempre. No importa cuánto tiempo pase. No importa si mañana mismo muero.

Los obstáculos solo consiguen que mis sentimientos por ti se intensifiquen. Te necesito... —Otro beso, mucho más fogoso que el anterior. Mis ojos se llenan de lágrimas y, entonces, le oigo musitar

—: Sin ti, el cielo está envuelto en cadenas.

Una gruesa lágrima humedece mi mejilla.

—Yo también te necesito —le confieso, aunque él ya lo sabe de sobra—. Y siempre te necesitaré.

No me deja decir más.

Me envuelve en un apretado abrazo, con mi mejilla presionada sobre sus pectorales, mientras oímos cómo el helicóptero da media vuelta como si quisiera concedernos este instante de intimidad.

No puedo evitar que se me encoja el alma ante esta insidiosa y perpetua amenaza, pero Zack está en lo cierto: no hay paisaje más espléndido y maravilloso para nuestro final que la imagen de nosotros mismos abrazados, admirando el eterno y azulado océano que se explaya ante nuestros ojos a la vez que el viento parece querer unir aún más nuestros corazones.

Lucimos como una bella estampa recién salida de un cuento de hadas, pero no lo es ni de lejos.

Así que, ¿cómo poner punto y final a nuestra intensa historia de amor? ¿Quizás con un: «*Y vivieron felices para siempre*»? No... Eso no existe en la vida real.

Simplemente..., y vivimos felices.

**Fin**

## **Agradecimientos**

Hace un año que publiqué *Fragmentos* y un poco más de dos desde que escribí mi primera novela. En este tiempo, ha llegado gente a la que le estaré siempre agradecida, que me ha apoyado desde el minuto cero y han hecho posible que Alessandro y Amber llegaran a miles de hogares. Soy malísima exteriorizando mis sentimientos ya que, aunque parezca increíble, hablar de mí o de lo que siento es toda una hazaña, pues estoy poco acostumbrada a las muestras de afecto, así que espero hacerlo lo mejor posible.

En primer lugar, no puedo comenzar esto sin dedicárselo a mi madre. Sin ella, sin sus consejos y sin su ayuda, nunca me hubiera atrevido a publicar mis obras. Gracias por confiar tanto en mí, aunque yo muchas veces no confíe demasiado en lo que puedo hacer o llegar a hacer, por tirar de mi mano para que no me esconda, por aguantar mis lloriqueos y mis inseguridades y, bueno..., por aguantarme en general. Te quiero y te necesito, vieja.

A mi Cuarteto Orgásmico. Beixi, Lorena y Puri, ya sabéis lo especiales que sois para mí. No puedo estar más feliz de que forméis parte de este sueño, de mi vida. Ojalá esto tan bonito que hemos construido dure hasta la eternidad. Gracias por vuestro ánimo, por las risas que nos hemos echado, por nuestras conversaciones, a veces, sin sentido hasta las tantas de la noche y, sobre todo, por vuestra amistad.

A las chicas de Alessandro, creado por Carmen Roca y Sara Álvarez. Carmen, tú fuiste una de las primeras que se enamoró perdidamente de Alessandro y no sabes cuánta falta me hacía ese empujoncito para seguir hacia adelante y no echarme atrás. Y Sara, me encantó ver tus ganas al finalizar la lectura de *Fragmentos*. Gracias a las dos por estar al pie del cañón y por sentir mi historia tan vuestra.

A Noemí Sánchez, porque desde siempre hubo buen rollito entre nosotras, porque te alegraste muchísimo de mi primera publicación y te has alegrado aún más de esta segunda. Espero que tus sueños también se hagan realidad. Y, créeme, triunfarás.

A Wendy Sánchez, por ayudarme a creer en mí, por enseñarme a hablar «mexicano», por hacerme llorar de la risa, por nuestros amores literarios y por estar conmigo desde la distancia. Espero que esta amistad que se ha consolidado tan rápido sea para siempre y podamos conocernos en España, irnos a Londres a por *nuestros* chicos, relajarnos y beber mojitos en California y comer rica comida mexicana en la preciosa Sinaloa.

A Fernanda Díaz, por hacer realidad un sueño que no creía poder cumplir jamás. Gracias por tu ayuda, por amar tanto mi historia y por conseguir que mi primer bebé llegara a tu bello país, Costa Rica. También quiero agradecer el cariño que me han brindado Anaís Abarca, Rita Obando, Isa Sánchez y Tatiana Chacón. Y a cada una de mis niñas que viven en Costa Rica, mil gracias. No sé cómo agradecereros tanto cariño.

A Paula Guzmán, lo que me has ofrecido desde el minuto cero no se puede compensar con palabras. Gracias a ti, también pude llegar a México, un país que es muy especial para mí. Tienes luz propia y esa luz la están sintiendo todas tus lectoras con tus bellas historias. Nada me haría más dichosa que poder abrazarte algún día.

A Cristy, Verónica y Gaby, por sus palabras de ánimo, sus ansias de leerme y sus infinitas recomendaciones literarias, que cada semana me hacen un poquito más pobre.

A todas las blogueras que me han dedicado parte de su tiempo. Y a todos los grupos literarios de Facebook, en especial a *Divinas Lectoras*, *La caja de los libros*, *Las chicas de los libros*, *Zorras Literarias* y *La magia de los libros*. Gracias por ayudarme a promocionarme y por no importales que esté como una loca promocionando mi novela en sus grupos.

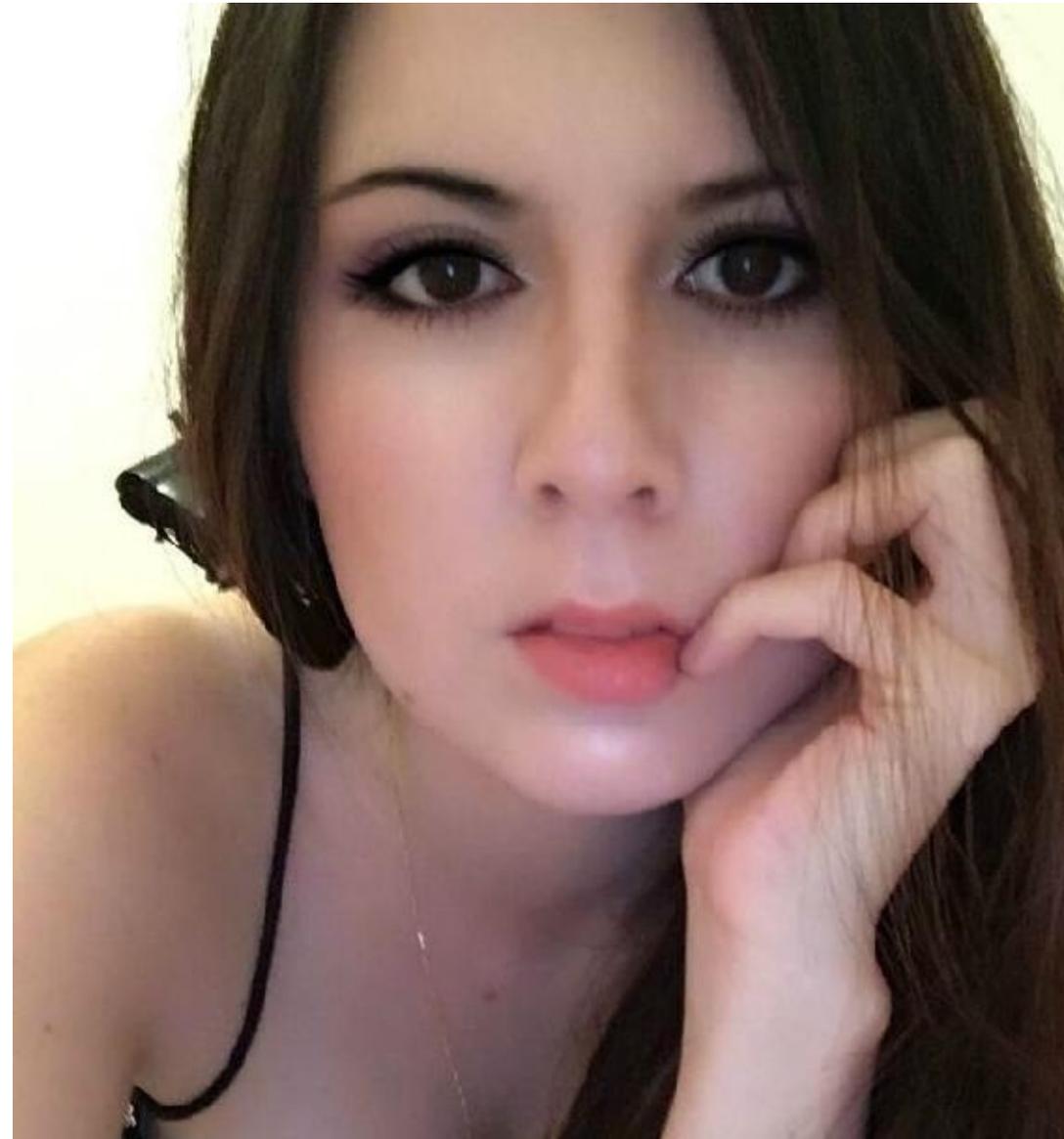
A cada una de mis lectoras y lectores. Emi Gómez, Lorena Rivera, Patricia López, María José Escamilla, Isa Jaramillo, Lidia Gómez, Lidia López, Lidia Esther, Tanya Martins, Tamara González, Luz Alvarenga, Carmen Delia, Maty, Joaky, Lorena Chacón, Miguel Ángel, Celia Daniela, Karla Rdz, Encarna Prieto, Jessyca C, Eli, Olga Dutch, Montse Simon, Ana María, Lourdes Gocce, Mariana, Sabri, Andrea Chiovetta, Cecilia Schenone, Monique, Lizeth, Angela Muse, Angela Iguaran, Laia y muchísimas personas más que por desgracia no puedo nombrar porque es técnicamente imposible.

Cada una compone un fragmento de mi corazón, cada una es una cadena que no me ahoga, sino que me libera. Gracias por tantas cosas buenas, por recomendarme y por enviarme mensajes cada día, por amenazarme para que no mate a mis personajes y por decirme que casi casi soy una perra sin corazón (con cariño, claro. O eso espero). Y también por escribir reseñas en *Goodreads* y *Amazon* para que otros se animen a leerme. No sé si yo me merezco tanto amor y tanto cariño, pero vosotras/os os merecéis lo mejor del mundo.

Sé que me estoy dejando a mucha gente y pido perdón y comprensión por esto, pero envío un beso enorme a todas mis lectoras de España, México, Venezuela, Chile, Argentina, Italia, Ecuador, Francia, Canadá, Colombia, Puerto Rico, Brasil, Alemania y mil lugares más. ¡No sabéis la ilusión que me hace que me leáis de lugares tan lejanos!

Y para terminar le dedico estas breves palabras a Zack Cassidy. ¿Qué puedo decirte a ti? Gracias por meterte en mi cabeza y no querer salir de ahí. Gracias, gracias, gracias.

Y por último a Linda..., porque ahora sé que eres feliz.



## **SOBRE LA AUTORA**

**Pamela Díaz (Bilbao, 1991)** vive por y para el mundo de las letras. Nacida en Bilbao y criada en Torre vieja, sus dos grandes pasiones son la escritura y la lectura. Amante de los animales, las tramas policíacas y las subculturas criminales, vuelve con *El cielo está envuelto en cadenas* tras la gran acogida que ha tenido *Fragmentos*, su primera obra, la cual ha ocupado los primeros puestos de Amazon durante varias semanas y ha cautivado a miles de lectoras. En la actualidad, está inmersa escribiendo su tercera novela.

# Document Outline

- [Créditos](#)
- [NOTA DE LA AUTORA](#)
- [Prólogo](#)
- [1Linda](#)
- [2Linda](#)
- [3Linda](#)
- [4Zack](#)
- [5Linda](#)
- [6Zack](#)
- [7Zack](#)
- [8Linda](#)
- [9Linda](#)
- [10Linda](#)
- [11Zack](#)
- [12Linda](#)
- [13Linda](#)
- [14Linda](#)
- [15Zack](#)
- [16Linda](#)
- [17Linda](#)
- [18Zack](#)
- [19Linda](#)
- [20Linda](#)
- [21Zack](#)
- [22Linda](#)
- [23Linda](#)
- [24Linda](#)
- [25Zack](#)
- [26Zack](#)
- [27Zack](#)
- [28Linda](#)
- [Epílogo](#)
- [Agradecimientos](#)
- [SOBRE LA AUTORA](#)